
Contrato
de
sangre
MARIA TORRES QUINTERO

CONTRATO DE SANGRE

Romance gótico

Maria Torres Quintero

Primera edición, 2024

© 2024 Maria Torres Quintero
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sin el permiso previo y por escrito del titular de los derechos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes,
lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora
o se usan de manera ficticia.

Publicado por Amazon KDP

— I —

La ciudad de los espejos

El tren llegó a Viena con veinte minutos de retraso y con la misma indiferencia con que llegaba a todas partes, como si los horarios fueran sugerencias que los ferrocarriles del Imperio se tomaban la libertad de interpretar según su propio criterio. Valentina Serralde bajó al andén de la Westbahnhof con dos maletas, un maletín de cuero que no abandonaba ni para dormir, y la dirección del tío escrita en un papel que llevaba tres días doblado en el mismo bolsillo y que ya había empezado a deshacerse por las esquinas.

Noviembre en Viena olía a carbón, a caballos, a mantequilla quemada de alguna pastelería en la calle de atrás, y a algo más que tardó varios minutos en identificar: el Danubio, que no estaba cerca pero lo impregnaba todo, una humedad metálica que el frío convertía en algo casi sólido. Había cruzado Francia y el sur de Alemania en tres días de tren con ese mismo olor instalándose gradualmente en la ropa y el pelo, pero aquí era diferente, más denso, como si la ciudad llevara siglos acumulando el olor del río y ya no recordara que había habido una época sin él.

Hizo el trayecto desde Sevilla pasando por Madrid y París porque el tío le había enviado el dinero para hacerlo así, con una nota en la que pedía disculpas por las molestias con una sinceridad que le resultó llamativa. El tío Rodrigo no era de los que se disculpaban. La nota —dos páginas de letra apretada con tres instancias del término «lamentablemente» y una postdata que decía simplemente «confío en tu criterio», sin especificar para qué— había sido suficiente para que Valentina deshiciera las maletas, hiciera las maletas de nuevo con lo que realmente necesitaba, y tomara el primer tren con asiento disponible.

Dos cosas le producían esa clase de respuesta automática: los libros que necesitaban ser leídos de inmediato y la gente que pedía perdón antes de haber hecho nada.

Esperaba el carruaje de alquiler que el tío había prometido en la nota. Lo que no esperaba era que llegara antes de que ella llegara al final del andén, con el cochero ya de pie junto a la portezuela y el nombre «Serralde» escrito en un papel sujeto a la aldaba, lo que significaba que alguien había calculado la llegada del tren con suficiente antelación para haber enviado el carruaje a tiempo, lo que a su vez significaba que el tío llevaba esperando este momento con más atención de la que la nota había sugerido.

El cochero cargó las maletas sin mirarla y pronunció la dirección del apartamento de la Praterstrasse con el acento vienés que convertía cada vocal en algo vagamente distinto a cualquier idioma que Valentina hubiera estudiado, antes de cerrar la portezuela con la eficiencia de quien ha llevado demasiadas personas en demasiados carruajes como para interesarse por ninguna en particular.

Cruzaron el centro por el Ringstrasse.

Valentina había leído sobre él. Había visto los grabados que circulaban en las revistas ilustradas de Madrid, los que reproducían la Ópera y el Burgtheater y los museos gemelos con esa precisión plana que los grabados tienen cuando el artista ha copiado de otro grabado en lugar de haber visto el original. Los grabados no comunicaban la escala. Ni tampoco comunicaban la calidad específica de la luz de gas en noviembre, que no era luz sino la imitación funcional de la luz: suficiente para ver, insuficiente para entender la proporción de las cosas, de modo que las fachadas del Ringstrasse aparecían en la oscuridad como sugerencias de magnitud antes que como edificios concretos. El Parlamento a la derecha, neogriegos sus columnas, con la Atenea de bronce sobre la entrada que el carruaje pasó demasiado deprisa para ver bien. La Ópera atrás, neorrenacentista y maciza como algo que no hubiera esperado ser tan grande hasta que lo fue. Los palacios privados intercalados, con las ventanas del primer piso encendidas y las arañas de cristal visibles desde la calle como si la riqueza necesitara

ser certificada incluso en las horas en que la ciudad no estaba mirando.

Era lo que ocurre cuando un imperio decide que la grandeza puede construirse por decreto. Todo en el mismo estilo, todo en la misma escala, todo comunicando la misma convicción de que la magnificencia era el estado natural de las cosas y no su excepción. Valentina lo encontró hermoso de la manera en que son hermosas las cosas diseñadas para ser encontradas hermosas, que no es lo mismo que encontrar hermoso algo que no lo pretende.

El apartamento del tío estaba en el segundo distrito, más allá del canal del Danubio, en una calle sin nombre particular en un edificio de fachada discreta que comunicaba lo que todos los edificios de ese tipo comunican: que quien vive aquí tiene suficiente dinero para no necesitar demostrarlo, pero no tanto como para vivir en el primero. El tío Rodrigo la esperaba en el rellano de la planta baja, con la puerta del apartamento abierta detrás de él y una expresión que Valentina catalogó en los tres segundos que tardó en subir los escalones hasta él: alivio, que era el componente principal; culpa, que era el componente más interesante; y algo debajo de los dos que no supo nombrar todavía porque requería más información de la que tenía.

—Valentina. —Le tomó las manos. Las suyas estaban frías para ser manos de alguien que acaba de bajar tres tramos de escaleras.— Qué bien que hayas llegado.

—El tren llegó tarde.

—Siempre llegan tarde. —Intentó algo parecido a una sonrisa.— El Imperio sería perfecto si no fuera por el ferrocarril.

Era el tipo de comentario que los hombres hacen cuando quieren parecer despreocupados y están lo contrario, de modo que Valentina no respondió y esperó a que dijera algo más. No lo hizo. La condujo al interior con una solicitud ligeramente excesiva para dos personas de la misma familia que no se habían visto en dieciocho meses, y ella entendió que la conversación importante —la que explicaría la nota de disculpa, el carruaje ya en el andén, las manos frías— no se produciría esa noche.

La habitación que le habían preparado era pequeña y ordenada, con una ventana al patio interior donde la nieve del día anterior se había apelmazado en los adoquines sin llegar a derretirse del todo. La cama tenía tres mantas porque noviembre en Viena no era noviembre en Sevilla, y sobre la cómoda había una jarra de agua caliente y una taza con té que todavía estaba en temperatura. Alguien lo había subido hace poco, calculando el momento de llegada con la misma atención con que habían calculado el carruaje.

Valentina deshizo las maletas con el método que aplicaba a todo: primero lo esencial, luego lo práctico, finalmente lo que podía prescindir. Colgó los tres vestidos, el marrón que usaba para trabajar y los dos oscuros de los que uno valía para ocasiones sociales y el otro solo para las que no había nada mejor. El maletín lo dejó sobre la mesa sin abrirlo. Ya habría tiempo.

Se lavó las manos y la cara con el agua de la jarra, que ya estaba bajando de temperatura, y se miró en el espejo con la misma objetividad con que había mirado el Ringstrasse: el cabello oscuro con esa tendencia al rizo que los climas húmedos empeoraban, los ojos del color del ámbar viejo que su madre había llamado «ojos de lince» y que Valentina prefería no categorizar porque las categorías sobre el propio aspecto físico tendían a volverse inconvenientemente importantes. Tenía veintidós años y la cara de quien lleva veintidós años escuchando más de lo que habla. La educación jesuítica le había dado eso, entre otras cosas.

Apagó la lámpara.

Lo que Valentina sabía sobre sus propios sueños era lo siguiente: que había dos tipos. El primero era el sueño ordinario, el que procesaba el día y producía imágenes aleatorias sin coherencia narrativa particular, el tipo del que despertaba sin recordar nada excepto un color o una sensación difusa. El segundo no era exactamente un sueño. Había aprendido a distinguirlos a los nueve o diez años, cuando el segundo empezó a ocurrir con suficiente regularidad para que pudiera identificar sus características específicas: la transición era diferente, no la caída gradual del sueño ordinario sino algo más parecido a un cambio de iluminación, como cuando en el teatro bajan la luz de la sala y suben la del escenario y

de pronto hay otro espacio que existe en el mismo lugar donde estaba el primero.

Esa noche llegó el segundo tipo.

La habitación era enorme. Eso era siempre lo primero: las proporciones, el techo que era el doble de alto de lo que cualquier techo doméstico tenía motivo para ser, las arañas de cristal que no estaban encendidas pero que reflejaban la luz de alguna fuente que no estaba en el sueño, solo sus efectos. Las paredes tenían el color del papel viejo, ese marfil cálido que el tiempo produce en las páginas de los libros cuando los encierra demasiado tiempo en espacios sin ventilación.

El hombre estaba de espaldas.

Siempre estaba de espaldas. En este sueño —en todos los sueños de este tipo que había tenido desde los nueve años— había un hombre al fondo de la habitación que no se volvía nunca, y Valentina no se acercaba nunca, no porque el miedo se lo impidiera sino porque la lógica del sueño mantenía entre ellos una distancia que era exactamente suficiente para que la presencia fuera real y la identificación imposible. Los hombros eran los de alguien acostumbrado a ocupar el espacio sin disculparse por ello. La ropa era oscura. El resto eran deducciones.

Dijo su nombre en alemán.

Solo eso: «Valentina», con la ene final alargada de una manera que no correspondía a ningún acento que ella hubiera escuchado en ninguna de las lenguas que hablaba, como si el idioma fuera más antiguo que el hablante o el hablante más antiguo que cualquier idioma con nombre. Lo decía siempre igual. No con urgencia ni con ternura ni con ningún matiz que facilitara la interpretación. Solo la pronunciación exacta de su nombre, que es una cosa muy distinta de llamar a alguien.

Valentina se despertó con el corazón en la garganta y la certeza inmediata, breve y absurda, de que la habitación del sueño era más real que la de la Praterstrasse. Se le pasó en cuestión de segundos, como siempre, pero esos segundos eran suficientes para entender por qué el sueño llevaba años siendo el segundo tipo y no el primero.

Encendió la lámpara. Las tres mantas. El patio interior por la ventana, con la nieve del día anterior ya completamente oscura. Tres y cuarto de la mañana según el reloj de la mesilla, que era un reloj de viaje de su padre que Valentina se había llevado sin pedirlo y que él no había reclamado, lo que era en sí mismo una especie de conversación sobre la herencia.

La marca de la muñeca izquierda le pulsaba.

No era dolor. Valentina llevaba veintidós años conociendo la marca —oval, oscura, del tamaño de una moneda de dos céntimos, con esa forma específica que hacía que no pareciera exactamente una marca de nacimiento aunque tampoco pareciera nada más— y sabía perfectamente que no dolía nunca. Lo que hacía era esto: pulsaba. Como si debajo de la piel hubiera algo con latido propio, diferente del pulso de la muñeca que los médicos tomaban con dos dedos, algo más profundo y más lento. Le había ocurrido antes, en contadas ocasiones, sin que Valentina hubiera podido establecer ningún patrón que lo explicara. En Viena, en esa habitación del segundo distrito, con el sueño todavía medio presente en el margen de la conciencia, pulsaba con más claridad que nunca.

Lo observó durante un momento con la misma atención con que habría observado cualquier dato nuevo que no encajaba todavía en ningún sistema de clasificación disponible. Luego apagó la lámpara.

El sueño no regresó, pero la pulsación en la muñeca tardó más de una hora en calmarse, y Valentina lo supo porque estuvo despierta durante esa hora escuchando los sonidos del edificio nuevo —los crujidos del suelo al asentarse, el agua en las cañerías, alguien en el piso de arriba que caminaba de un extremo al otro de su habitación con la regularidad de quien no puede dormir y ha decidido no seguir intentándolo— y pensando, con la misma metodología con que pensaba siempre, que Viena era el primer lugar en veintidós años donde el sueño había llegado la primera noche.

En Sevilla llegaba una o dos veces al mes. En Madrid, donde había vivido tres años con la tía Consuelo mientras estudiaba, llegaba con menos frecuencia. Aquí había llegado la primera noche.

Eso era un dato.

Valentina lo anotó mentalmente junto a la nota de disculpa del tío, el carruaje calculado al minuto, las manos frías, y la caja de madera oscura que había visto bajo el escritorio del estudio cuando el tío le había mostrado el apartamento, cerrada con un candado que no era nuevo pero que tampoco tenía la pátina de los candados que nadie abre.

Con eso durmió, finalmente, cuando faltaba algo menos de una hora para que el cielo de Viena empezara a gris por el este.

Por la mañana, el tío le sirvió el desayuno con esa meticulosidad excesiva que era su manera de gestionar la culpa. Había Semmel —el panecillo vienés, blanco y tierno, completamente distinto al pan de Castilla— y mantequilla austriaca que era más amarilla que la española, y una confitura de ciruela de color oscuro en un tarro de cristal con la etiqueta en alemán, y café en una cafetera de plata que llevaba el monograma de una familia que evidentemente no era la suya.

—Viene alguien esta tarde —dijo el tío sin mirarla, ocupado en distribuir la confitura sobre su Semmel con una concentración que el gesto no requería.

Valentina bebió el café, que era mejor que el café español y peor que el café parisino, lo que lo situaba en una posición intermedia satisfactoria.

—¿Quién?

—Un hombre de negocios. Tiene asuntos que resolver contigo.

—¿Conmigo.

No era pregunta, era repetición, que era diferente. El tío la notó y levantó la vista del Semmel.

—Contigo —confirmó.— Cuando llegue, te pido que lo escuches. Solo que lo escuches.

—¿Y si lo que dice no me interesa?

—Escúchalo de todas formas. —Volvió a la confitura.— Por favor.

Era la tercera vez en cuatro días que el tío Rodrigo decía por favor, que en toda la historia de Valentina con ese hombre representaba la totalidad de las veces que lo había dicho. Lo anotó en la categoría de datos sin clasificación junto a lo de la noche anterior y lo de la caja con el candado, y terminó el desayuno con la

idea de que la tarde iba a ser interesante, que era la palabra que usaba para las situaciones que la mayoría de la gente habría llamado preocupantes.

Pasó la mañana explorando el apartamento con la excusa de ubicarse, que era la verdad aunque no la única. El tío salió a las diez con el maletín de cuero —también con candado, también de uso frecuente a juzgar por el desgaste del asa— y no dijo adónde iba ni cuándo volvería, lo que Valentina interpretó como que volvería antes de la hora del hombre de negocios, porque el tío Rodrigo era mucho más culpable que irresponsable.

El apartamento era de alquiler. Lo indicaba la impersonalidad de los muebles, que eran buenos sin ser de nadie, y la ausencia de objetos de familia en las estanterías excepto por la cafetera de plata ajena y, en el dormitorio del tío, una fotografía de sus padres —los padres de Valentina también, muerta la madre hace diez años, muerto el padre hace tres— en el jardín de la casa de Sevilla que ya no existía. El tío llevaba en Viena, según la nota de la primera carta, desde el mes de marzo. Ocho meses era tiempo suficiente para acumular los libros que había en el estudio, los papeles sobre el escritorio, y la caja de madera oscura bajo el escritorio que estaba cerrada con el candado que Valentina había anotado.

No la abrió. Se limitó a confirmar, acercándose con el pretexto de mirar los títulos de los libros del estante más bajo, que el candado era de buena factura y que la caja tenía el peso de algo que lleva tiempo cerrado en el mismo sitio.

A las tres en punto llamaron a la puerta.

El tío había regresado a las dos y media con una expresión que era la culpa destilada a su forma más concentrada, y desde entonces había estado en el salón haciendo cosas con una taza de café que ya estaba frío. Cuando sonaron los golpes en la puerta fue a abrir con esa clase de paso que tiene la gente que sabe exactamente quién va a encontrar al otro lado y ha decidido que la alternativa de no abrir no es viable.

Valentina estaba en el sillón del salón con el libro que había encontrado en el estante —un Montesquieu en francés de 1835, con las páginas del tamaño que los libros tenían antes de que alguien

decidiera que los libros debían ser prácticos— abierto en la página que había estado leyendo antes de que la proximidad de las tres de la tarde la distrajera de la lectura sin que lo hubiera decidido conscientemente.

Escuchó la puerta, una voz masculina en alemán que no supo distinguir más allá de «buenas tardes», y los pasos del tío volviendo hacia el salón con alguien.

El hombre que entró con él llevaba un maletín de cuero oscuro en la mano derecha y cargaba la habitación de una manera para la que Valentina no tenía todavía el vocabulario correcto y que por tanto anotó en sus propios términos: no llenaba el espacio, lo organizaba a su alrededor sin esfuerzo visible, del mismo modo en que un campo gravitacional organiza los objetos que caen en él sin que el campo haga nada excepto existir. Era alto, de una altura que en una sala pequeña se vuelve parte del paisaje antes que dato físico. Llevaba el abrigo todavía puesto.

—Mi sobrina Valentina —dijo el tío en español, con la voz de quien recita algo que ha practicado.— El señor Voss.

El hombre depositó el maletín sobre la mesa. Lo depositó exactamente en el centro, con la precisión que no viene de calcular sino de hacer ese gesto siempre igual, y la miró.

Valentina lo miró también.

Tendría, a primera vista, la misma edad que el tío Rodrigo, que tenía cincuenta y dos años. Pero había algo en su cara que hacía que esa estimación resultara incómoda de sostener más de dos segundos seguidos, una cualidad que Valentina no pudo identificar en ese primer momento y que por tanto clasificó como «pendiente» junto a lo de la temperatura del apartamento en un día en que el Kachelofen no había estado encendido y sin embargo la habitación no estaba fría desde que él había entrado. El pelo oscuro con las sienes grises. Los ojos de un gris claro que la luz de noviembre convertía en algo que recordaba al hielo sobre el agua antes de que el hielo sea lo suficientemente grueso para soportar peso. La boca en reposo, sin ninguna de las micro-expresiones que la mayoría de la gente produce sin saberlo cuando entra en una habitación y encuentra a una persona que no conoce.

La miraba como si la conociera.

No como quien reconoce a alguien de una descripción previa, no como quien la confunde con otra persona. La miraba con la atención específica de quien está confirmando algo, con esa mezcla de reconocimiento y de algo más complejo que solo pudo clasificar como «pendiente» porque no tenía categoría para ello.

—Señorita Serralde —dijo en español, con un acento que era correcto y arcaico en proporciones iguales, como si lo hubiera aprendido de alguien que lo había aprendido a su vez de alguien que ya no existía.

—Señor Voss —respondió ella, con el mismo tono con que respondía a cualquier presentación que no le daba todavía información suficiente para usar otro tono.

El tío los condujo al estudio y cerró la puerta. Valentina calculó en qué posición estaba la puerta respecto al salón, si las paredes del apartamento eran de las que transmitían voces o de las que no, y concluyó que de las que no, aunque sí transmitían el patrón del ritmo: la voz del tío subiendo y bajando con la irregularidad de quien está emocionalmente dentro de lo que dice; la voz de Voss sin variación durante los cuarenta minutos que duró la reunión. El mismo tono. La misma cadencia. La misma temperatura, que era la temperatura de quien discute algo que para él es aritmética y no decisión.

Cuando la puerta del estudio se abrió, el tío salió primero. Llevaba el maletín en la mano y tenía la cara del hombre que ha perdido una discusión con la inevitabilidad, que es diferente de perder una discusión con una persona porque contra la inevitabilidad no hay argumento que funcione y él lo sabe.

—El señor Voss querrá hablar contigo mañana —dijo, sin mirarla.— Solo contigo.

—¿Sobre qué?

—Ya te lo explicará.

Voss apareció en el umbral del estudio. Le dirigió al tío una mirada breve, del tipo que se dirige a las personas con quienes ya se ha dicho todo lo necesario, y luego miró a Valentina.

Tres segundos. Valentina los contó porque contar era lo que hacía cuando necesitaba gestionar algo sin los instrumentos adecuados.

En esos tres segundos, Nikolai Voss le dedicó la mirada más completa que alguien le había dedicado en veintidós años. No era la mirada de evaluación que los hombres dirigían a las mujeres en los salones, ese inventario de arriba abajo que Valentina conocía y despreciaba en proporciones exactamente iguales. Era otra cosa: la mirada de quien confirma algo que ya sabía y al confirmarlo siente algo que preferiría no sentir. Valentina no tenía todavía el contexto para saber qué era ese algo. Lo anotó como dato.

Él se fue.

El tío desapareció en el dormitorio sin decir nada más. Valentina se quedó sola en el salón con Montesquieu sobre el regazo y la certeza clara, específica y completamente libre de dramatismo, de que en algún punto de esa tarde algo había cambiado de manera irrevocable y nadie le había preguntado qué pensaba al respecto.

Se sirvió lo que quedaba del café del desayuno, que estaba frío desde hacía horas, y volvió a Montesquieu, que tenía sus propias ideas sobre la naturaleza del poder y cómo se distribuye en los sistemas que llevan suficiente tiempo funcionando para haber olvidado que en algún momento alguien los diseñó.

A las once de la noche la puerta del apartamento produjo el sonido específico de alguien que intenta abrirla con llave desde fuera sin hacer ruido. Valentina levantó la vista del libro. No había luz bajo la puerta del dormitorio del tío.

Pasos en el pasillo exterior. Se detuvieron frente a la puerta. Valentina esperó.

No llamaron. Los pasos siguieron hacia la escalera y se perdieron hacia abajo.

Valentina fue a la ventana del salón. El carruaje en la calle de abajo arrancó treinta segundos después: un coche de punto sin distintivos especiales, con el cochero encogido contra el frío, que se alejó en dirección al Ringstrasse hasta que las ruedas sobre los adoquines dejaron de escucharse.

Volvió al libro. A las doce cerró el libro y fue a la cama.

En la oscuridad de la habitación del segundo distrito, con las tres mantas y el reloj de su padre sobre la mesilla y la nieve del patio interior ya completamente negra fuera de la ventana, la marca de la muñeca izquierda pulsó una vez, breve y precisa, como la primera nota de algo que todavía no tenía título.

— II —

El hombre sin historia

Lo que el tío Rodrigo hacía cuando no quería hablar de algo era cocinar. No cocinar en el sentido de producir comida, que era lo que hacían los cocineros, sino cocinar en el sentido de aplicar una concentración innecesariamente alta a una tarea que no la requería: el huevo que se revolvía con una atención que habría sido adecuada para la cirugía, el café que se calculaba al gramo como si la diferencia entre seis y siete gramos de molido fuera a determinar el resultado del desayuno. Valentina lo había visto hacer esto tres veces en su vida, que era tres veces más que la mayoría de los hombres de su edad y clase hacían nada en una cocina, y las tres habían precedido a conversaciones que él necesitaba no tener.

A las nueve de la mañana, el apartamento de la Praterstrasse olía a café y a pan de centeno y al aceite de la sartén donde el tío había frito los huevos con el nivel de aplicación descrito. Valentina se sentó a la mesa del comedor con el cabello todavía húmedo del agua de la jarra —que esa mañana había estado caliente, lo que quería decir que el tío había subido a prepararla antes de que ella se levantara, lo que quería decir que el tío no había dormido bien o no había dormido nada— y esperó.

El tío sirvió el desayuno sin mirarla. Había Semmel, mantequilla, la confitura de ciruela del día anterior que nadie había terminado. El café en la cafetera de plata ajena. Dos tazas, dos platos, el azucarero de porcelana blanca con el borde dorado que era el único objeto del apartamento que no había podido ser de otra persona.

—Hay un hombre que querrá verte esta tarde —dijo, sentándose.

—Ya me lo dijiste ayer.

—Lo sé. Solo me parecía pertinente recordarlo.

—¿Pertinente para quién?

El tío añadió azúcar al café con la atención que habría merecido una operación de precisión. Valentina esperó. Había aprendido a los doce años que el silencio era el instrumento más eficaz que tenía para las personas que querían hablar pero no sabían cómo empezar, porque el silencio sostenido generaba una presión que tarde o temprano obligaba a que algo cediera.

—He tomado ciertas decisiones —dijo el tío— en los últimos años. Sobre asuntos de familia. Decisiones que... —Se interrumpió.— Que deberían haberse tomado contigo. Que no se tomaron contigo porque en ese momento parecía que protegerte de la conversación era protegerte de la situación, y ahora entiendo que eso era un error.

—¿Qué tipo de asuntos de familia?

—El señor Voss te lo explicará mejor que yo. —Hizo una pausa suficientemente larga para que Valentina pudiera catalogar las capas que tenía: vergüenza, que era la más superficial; alivio de delegar, que estaba debajo; y algo más hondo que no supo identificar todavía porque requería información que no tenía.— Escúchalo. Por favor.

Valentina bebió el café, que esa mañana el tío había preparado con la concentración que el café merece y que por tanto estaba bien, y pensó que había dos categorías posibles para lo que estaba ocurriendo: la primera era que el tío Rodrigo se hubiera metido en algún problema de naturaleza financiera o legal del que ella era parte sin saberlo, que era la explicación racional; la segunda era cualquier otra cosa, que era la categoría que de momento no podía especificar pero que la nota de disculpa y las manos frías y la pulsación de la muñeca de la noche anterior habían convertido en algo que no podía desestimar.

Fue al estudio después del desayuno. Los libros del estante eran los que cabría esperar en la biblioteca de viaje de un hombre culto que lleva ocho meses en una ciudad extranjera: alemán para los negocios y el día a día, francés para el pensamiento, un par de novelas en español que tenían el aspecto de no haber sido abiertas porque los libros que uno lleva de viaje raramente son los que uno

lee. En el estante más bajo, encajado entre un diccionario alemán-francés y un volumen de jurisprudencia austro-húngara que alguien había doblado por la cubierta, había un libro que no correspondía al perfil de los demás: encuadernación de piel oscura, sin título en el lomo, demasiado grueso para ser un cuaderno y demasiado delgado para ser un tratado.

Valentina no lo sacó. Lo registró.

La caja de madera bajo el escritorio seguía con el candado puesto. La tarde anterior había confirmado que era de buena factura; esa mañana, mirándola con más luz, confirmó también que la madera era de las que no se fabricaban ya, de ese caoba oscuro que los ebanistas del siglo anterior habían usado para los objetos que debían durar más que sus propietarios. La caja tenía al menos sesenta años. El candado era más reciente.

Pasó la mañana esperando, que era lo que hacía cuando no tenía suficiente información para hacer otra cosa: leyó los últimos capítulos del Montesquieu que había empezado el día anterior, salió a comprar el periódico alemán de esa mañana para practicar el vocabulario y porque los periódicos vieneses tenían las noticias organizadas de una manera diferente a los españoles, más sistemática, más confiada en que el lector sabría encontrar lo que buscaba sin que el periódico se lo señalara. A las doce comió algo de lo que había en la cocina sin preguntar, porque el tío había salido a las once con el maletín y la expresión de quien tiene una conversación difícil por delante.

Regresó a las dos y cuarto. Valentina, que estaba en el salón cuando escuchó la llave en la cerradura, observó que entraba con el maletín en la mano izquierda en lugar de la derecha, que había sido donde lo llevaba al salir, y que tenía la corbata ligeramente desajustada de una manera que en el tío Rodrigo no ocurría por descuido sino por la agitación que producían ciertas conversaciones en ciertos hombres que expresaban el nerviosismo a través de los objetos que llevaban encima.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Bien —dijo él, de un modo que significaba lo contrario.

—¿Cuándo llega el señor Voss?

—A las tres.

Eran las dos y dieciséis. El tío fue al dormitorio a rehacerse la corbata y no volvió al salón hasta las dos y cuarenta y cinco, con la misma ropa pero la expresión ligeramente más consolidada de quien ha tenido veintinueve minutos para convencerse de que era inevitable.

Valentina ya estaba en el sillón con el Montesquieu abierto en el capítulo que había dejado a medias. Llevaba el vestido gris oscuro con el cuello alto, que no era el de luto estricto pero comunicaba lo que ella quería comunicar: que había venido a escuchar y no a otra cosa. La elección había tardado ocho minutos, que era ocho minutos más de lo habitual, y el tiempo extra no había tenido nada que ver con la vanidad y sí con la conciencia de que la ropa que uno lleva a una conversación de naturaleza desconocida es parte de la conversación.

A las tres en punto llamaron a la puerta. Valentina, que tenía el libro abierto y estaba leyendo, o hacía lo que se parece a leer desde fuera cuando por dentro lo que ocurre es otra cosa, no levantó la vista.

El tío cruzó el pasillo. La puerta. La voz en alemán del otro lado: «Buenas tardes, señor Serralde», con la pronunciación de quien no pronuncia ese idioma como primera lengua pero tampoco como segunda, sino con una fluidez que no correspondía a ninguna categoría estándar de hablante. Valentina calculó, con el oído, que era un alemán aprendido hace mucho tiempo, que era diferente a aprendido bien, del mismo modo en que una lengua aprendida en la infancia es diferente de una aprendida de adulto aunque el nivel de competencia sea idéntico.

Los pasos en el pasillo. El tío primero, y luego los pasos que no eran los del tío.

El hombre que entró con él llenó el vano de la puerta durante el segundo que tardó en cruzarlo de una manera que Valentina no habría podido describir como imponente, porque imponente implicaba voluntad de serlo, y lo que ese hombre hacía era diferente: simplemente existía en el espacio de una manera que

hacía que el espacio se reorganizara sin que él hiciera nada para conseguirlo. Valentina alzó la vista del libro.

Tenía el abrigo puesto todavía, oscuro, de corte correcto sin ser ostentoso. En la mano derecha, el maletín de cuero —la misma piel, los mismos herrajes de latón oscurecido por el uso— que depositó sobre la mesa del salón con ese gesto preciso que ella había estudiado brevemente el día anterior desde el umbral del estudio: exactamente en el centro, sin tantear. La persona que lleva siempre el mismo maletín a la misma clase de reunión aprende a no necesitar calcular la distancia.

—Señorita Serralde —dijo en español.

—Señor Voss.

Valentina cerró el libro sobre la rodilla. Él no se sentó. Se quedó de pie junto a la mesa con el abrigo todavía puesto, lo que en esa época y en ese contexto social era una forma de comunicar duración: no voy a quedarme lo suficiente para que el abrigo sea incómodo. El tío hizo un gesto vago hacia las sillas y nadie lo siguió.

Le había visto la cara por primera vez el día anterior, desde la distancia del estudio al salón, durante tres segundos que no habían sido suficientes para más que el inventario básico. Ahora lo tenía a cuatro metros, con la luz del mediodía vienés —gris, uniforme, ese tipo de luz que no tiene dirección sino que viene de todos lados a la vez y por tanto sombrea todo de manera igualitaria— que era mejor que la artificial de la tarde anterior para ver lo que los rostros muestran cuando no saben que están siendo estudiados.

Cuarenta años, a primera vista. Pero Valentina tenía la experiencia suficiente con la primera vista como para saber que era una herramienta poco fiable, y la segunda vista le decía algo distinto: no que fuera más joven de lo que parecía ni más viejo, sino que la estimación por edad era de algún modo la herramienta equivocada para ese rostro, como intentar medir temperatura con un instrumento de presión. El pelo oscuro con las sienes grises tenía la misma relación con el envejecimiento que el mármol con el desgaste: daba impresión de que había estado ahí mucho tiempo, no de que el tiempo lo hubiera deteriorado. Los ojos de ese gris claro, casi transparentes en la luz del mediodía, miraban con la

economía de quien no desperdicia la atención en lo que ya conoce. La boca recta, en reposo. Sin la micro-tensión que la mayoría de la gente acumula en la mandíbula cuando entra en una habitación donde hay algo que gestionar.

Lo que más le llamó la atención fue lo que faltaba.

Los hombres que entraban en las habitaciones donde había algo por gestionar —y Valentina había conocido suficientes en los tres años con la tía Consuelo en Madrid, los abogados de la herencia, los gestores del patrimonio, los médicos que venían a diagnosticar la salud de las señoritas como si la salud de las señoritas fuera un problema de mantenimiento— traían consigo una calidad de presencia que tenía algo de preparación, de «he practicado esto». Preparación para hacer, para decir, para convencer o gestionar. Ese hombre no traía nada de eso. La habitación para él era simplemente el siguiente espacio que habitaba, con la misma naturalidad con que el siguiente espacio lo era para alguien que lleva suficiente tiempo yendo de un sitio a otro como para que ningún sitio sea diferente de los demás.

El tío los condujo al estudio. La puerta se cerró.

Valentina abrió el Montesquieu en la página donde lo había dejado, que era la ciento cuarenta y tres, y leyó la misma frase cuatro veces sin que ninguna de las cuatro lecturas produjera comprensión.

Lo que escuchó durante los cuarenta minutos siguientes fue únicamente el patrón. Las paredes del apartamento eran de las que no transmitían palabras pero sí cadencias: la voz del tío, aguda cuando estaba nervioso y el tío estaba nervioso, que subía y bajaba con esa irregularidad de quien argumenta desde dentro de un asunto y no desde fuera. La otra voz, que era la de Voss, no variaba. Valentina identificó esto al cabo de diez minutos y pasó los treinta restantes verificando la hipótesis: ni cuando el tío levantaba la voz, ni cuando había un silencio que desde el salón se percibía como significativo, ni cuando parecía que algo se había resuelto o se había roto, la voz de Voss cambiaba de registro. El mismo tono. La misma cadencia. La misma temperatura.

Eso era, pensó Valentina, o el control de alguien que ha aprendido a no perderlo porque las consecuencias de perderlo son demasiado altas, o la naturaleza de alguien para quien las conversaciones de esta clase no eran lo suficientemente sorprendentes como para producir variación. Las dos posibilidades eran inquietantes. La segunda más que la primera.

La puerta del estudio se abrió a las cuatro menos cuarto.

El tío salió primero, con el maletín en la mano, que no era su maletín sino el de Voss, lo que significaba que el contenido del maletín había cambiado de manos durante la reunión, y llevaba ese maletín como se llevan las cosas pesadas que no son pesadas por el peso sino por lo que significan. Tenía la cara de haber llegado a un acuerdo que era lo mejor que podía conseguir dentro de algo que ya no podía no ocurrir.

—El señor Voss querrá volver mañana —dijo el tío, sin mirarla.— Para hablar contigo.

—¿Solo conmigo?

—Solo contigo.

Valentina miró al tío y luego miró la puerta del estudio, donde Voss había aparecido en el umbral con el sigilo de los que no anuncian su salida con el ruido de sus pasos. Se había quedado en el umbral, no en el salón: el límite de la puerta como el único límite que reconocía. Cruzó una mirada con el tío —breve, de la brevedad de quien ya ha dicho todo lo que hay que decir en privado y no ve ninguna utilidad en añadir nada delante de una tercera persona— y luego la miró a ella.

Valentina no bajó la vista al libro. No había ninguna razón para hacerlo.

Tres segundos. Los contó porque contar era lo que hacía cuando necesitaba gestionar algo y no tenía todavía los instrumentos adecuados para gestionarlo de otra manera. Uno: el registro completo, los ojos claros que no inventariaban como inventaria quien evalúa sino que confirmaban como confirma quien comprueba. Dos: algo en la expresión que no llegó a ser reconocible pero que existió, una variación mínima de algo que el resto del tiempo no variaba. Tres: el momento en que él decidió que era suficiente y

desvió la vista hacia el maletín, que ya no estaba en la mesa del salón sino en la mano del tío.

Se fue sin decir nada más. Los pasos en el pasillo, la puerta del apartamento, y luego el sonido específico de la escalera que tiene el tipo de pasamanos de madera que los escalones de piedra producen a ciertas temperaturas: una nota grave, regular, que fue disminuyendo hasta desaparecer en el rellano de abajo.

El tío puso el maletín sobre la mesa con la delicadeza de quien deja algo que no quiere romper aunque no sea frágil. Se quedó con las manos sobre él un momento.

—Mañana —dijo.— A las diez.

—¿En la Praterstrasse?

—No. —Fue al escritorio, sacó un papel, escribió una dirección y se lo dejó en la mano sin mirara mientras se la pasaba.— Allí.

La dirección era del Ringstrasse. Un palacio del primer distrito, entre el Burgtheater y el Parlament, con el nombre grabado en la piedra de la fachada que Valentina había leído sin reconocer el día anterior desde el carruaje porque en ese momento no sabía que debía reconocerlo.

Palais Voss.

Lo había visto. Tenía la fachada de los palacios del Ringstrasse, neorrenacentista y blanca, con las ventanas del primer piso encendidas a media tarde que era la señal de que alguien vivía ahí en lugar de exhibirlo. Las arañas de cristal visibles desde la calle. Las columnas menores a ambos lados de la entrada, decorativas más que funcionales. Lo había visto y no había hecho ninguna conexión porque no tenía todavía los datos para hacerla.

Ahora los tenía.

Volvió al sillón, al Montesquieu, a la página ciento cuarenta y tres que siguió sin producir comprensión durante la siguiente hora porque lo que ocupaba el espacio que la lectura necesita no era el Montesquieu sino la lista de lo que sabía, que era poco, y la lista de lo que no sabía, que era considerablemente más larga y que incluía, en el lugar más prominente, la pregunta de qué había exactamente en ese maletín que ahora estaba en la mesa del comedor de la Praterstrasse.

El tío no volvió a salir del dormitorio hasta la hora de cenar. Comieron con la misma conversación de la mañana, que era la de la ausencia de conversación, y después Valentina fregó los platos porque era lo que se hacía cuando no había asistenta y el tío tenía esa cara, y después fue a su habitación con el libro y el cuaderno negro que había comprado esa mañana en la papelería de la Wollzeile.

Escribió durante una hora. No preguntas todavía: hechos. Lo que sabía con certeza, lo que infería con razonable seguridad, y lo que era pura hipótesis sin suficiente base. Los hechos eran escasos. Las hipótesis, demasiadas para ser útiles. Lo más interesante, por el momento, era la categoría intermedia: la inferencia de que el tío Rodrigo no era el responsable original del asunto sino el receptor de una responsabilidad que provenía de alguien más arriba en el tiempo, probablemente el padre de Valentina, que había muerto hace tres años sin haber explicado varias cosas que en su momento habían parecido inexplicables por el duelo y que ahora empezaban a parecer inexplicables por otra razón.

La caja bajo el escritorio del tío.

Valentina la anotó y subrayó el apunte dos veces.

Apagó la lámpara a las once y cuarto. Las tres mantas, el reloj de su padre, el patio interior por la ventana que había dejado entreabierta dos centímetros porque la habitación sin ventilación producía el tipo de calor inmóvil que interfería con el sueño. La noche de Viena tenía sus propios sonidos, distintos a los de Sevilla y distintos a los de Madrid: el silencio era más silencioso, interrumpido por los carruajes a intervalos más largos y con mayor nitidez, como si la ciudad hubiera decidido que el ruido también merecía su espacio propio en lugar de apilarse.

A las once y veinte escuchó pasos en el corredor.

Lentos. Regulares. Del tipo que no intenta ser silencioso porque no tiene ningún motivo para serlo: la cadencia de alguien que camina por un espacio que conoce en la oscuridad, que es diferente de la cadencia de alguien que camina en la oscuridad por un espacio que no conoce. Se detuvieron frente a su puerta.

Valentina esperó, completamente quieta, con los ojos abiertos en la oscuridad de la habitación.

No llamaron. Los pasos reanudaron en dirección a la escalera y luego bajaron: cuatro pisos en el mismo ritmo, sin prisa, sin los cambios de velocidad que producen las escaleras en la gente que lleva abrigo o que tiene fría la articulación del tobillo o que cualquier otra razón física tiene para que la escalera le cueste. Solo el mismo ritmo en las cuatro plantas, que tardaron menos de lo que tardaban los sonidos de la asistenta que subía al apartamento a las nueve cada mañana, que era una mujer de cuarenta y tantos años con las rodillas de quien ha subido demasiadas escaleras.

Valentina fue a la ventana.

El coche de punto estaba en la calle de abajo, con el farol encendido y el cochero en el pescante, sin los movimientos de alguien que espera sino con la quietud de alguien que sabe que el tiempo de espera es corto. La puerta del edificio se abrió treinta segundos después de que Valentina llegara a la ventana. El hombre que salió llevaba el abrigo oscuro y el paso del corredor, el mismo ritmo horizontal que había tenido en el apartamento del tío la tarde anterior. Subió al coche sin mirar hacia arriba.

El coche arrancó en dirección al Ringstrasse.

Valentina siguió en la ventana hasta que las ruedas sobre los adoquines dejaron de escucharse, que tardó menos de lo que habría esperado porque el silencio de la noche vienesa era ese tipo de silencio que absorbe los sonidos más deprisa de lo que parece razonable. Luego fue a la cama, tomó el cuaderno de la mesilla, y añadió un apunte debajo de la línea donde había subrayado la caja del tío.

El apunte decía: ¿Qué hace a las once de la noche en la Praterstrasse?

Debajo, después de un momento, añadió: ¿Quién tiene la llave de esa puerta?

Porque las llaves del apartamento del tío las tenía el tío. Y los pasos del corredor no eran los pasos del tío.

— III —

Cláusula uno

El papel con la dirección del Palais Voss llevaba la noche en el bolsillo del abrigo, que era donde Valentina ponía las cosas que necesitaba no olvidar y que simultáneamente habrían resultado más cómodas en otro sitio. A las nueve de la mañana, que era la hora a la que el tío le había dicho que el señor Voss la esperaba a las diez, sacó el papel, lo leyó por tercera vez como si la dirección pudiera haber cambiado durante la noche, y fue al armario a decidir qué ponerse.

El vestido gris oscuro del día anterior era descartable por la misma razón que lo había elegido entonces: ya había comunicado lo que comunicaba, y repetirlo sería renunciar a la posibilidad de comunicar algo diferente. El marrón era demasiado ordinario para un palacio del Ringstrasse, no por cuestión de apariencia sino de pragmatismo, porque la ropa que disonaba con el entorno producía una desventaja de atención que en una conversación de naturaleza desconocida era inconveniente. El azul oscuro era el más correcto de los tres, pero «correcto» en ese contexto tenía el inconveniente de señalar que había pensado demasiado en la elección.

Eligió el marrón y se dedicó cinco minutos a arreglarse el cabello de manera que la sencillez pareciera deliberada.

El tío no estaba en el apartamento cuando salió. Había una nota sobre la mesa del comedor con su letra: «He salido. Buena suerte.» Valentina dobló la nota y la puso en el mismo bolsillo que el papel de la dirección. La suerte, en su experiencia, era lo que la gente invocaba cuando no podía ofrecerte nada más concreto.

Fue andando. El Palais Voss estaba a veinte minutos de la Praterstrasse cruzando el canal del Danubio y siguiendo el Ringstrasse hacia el oeste, y la mañana de noviembre tenía esa

cualidad de la luz fría que hacía de Viena un escenario antes que una ciudad: todo demasiado compuesto, demasiado consciente de su propia proporción. Los castaños del bulevar habían perdido las hojas y los troncos negros y mojados se repetían a intervalos regulares como un argumento tipográfico sobre la necesidad del orden. Los carruajes circulaban con la densidad del mediodía aunque apenas eran las nueve y media, y los transeúntes llevaban esa concentración específica del que tiene adónde ir y sabe exactamente cuánto tiempo tiene para llegar.

El palacio lo reconoció desde la esquina de la Rathausstrasse, no porque la fachada fuera diferente de las otras fachadas del Ringstrasse —neorrenacentista, piedra blanca, tres plantas de ventanas altas con los marcos de piedra trabajados— sino porque, a diferencia de los palacios vecinos que tenían esa cualidad de lo que se muestra sin habitarse, este tenía las ventanas del primer piso encendidas a las nueve y media de la mañana de un miércoles de noviembre. Alguien vivía ahí. Alguien trabajaba ahí. La distinción le pareció importante.

El portero lo confirmaría: la forma en que se movió hacia ella en cuanto subió los tres escalones de la entrada, sin el instante de duda del que tiene que verificar quién llega, decía que la esperaba por nombre y no por descripción. La llevó al primer piso por una escalera de mármol con pasamanos de hierro forjado —sólida, sin ornamento excesivo, del tipo de escalera que se construye cuando el propietario prefiere la funcionalidad a la exhibición— y por un corredor cuyo suelo de parqué oscuro olía a cera reciente y cuyas paredes, forradas de madera hasta la altura del hombro y encaladas sobre eso en un blanco que el tiempo había calentado hacia el marfil, tenían cuadros a intervalos regulares que Valentina registró sin detenerse: paisajes en su mayoría, algún retrato, y en el espacio entre el cuarto y el quinto cuadro, la marca en la pared donde había estado colgado algo que se había descolgado hace poco y que era más grande que los paisajes de los lados.

Catorce puertas en el corredor hasta llegar a la biblioteca. Contó.

El portero llamó con los nudillos, esperó dos segundos exactos —lo que indicaba que el procedimiento estaba establecido y que los dos segundos eran la parte establecida— y abrió.

La biblioteca tenía tres niveles de estanterías que llegaban hasta el techo, una galería corrida con barandilla de hierro en el segundo nivel, y el olor específico de los libros viejos que no es polvo sino algo más complejo: cuero, cola vegetal, el papel que cambia de química al oxidarse, todo ello con el fondo cálido del Kachelofen de cerámica azul y blanca que ocupaba el ángulo entre la pared norte y el paramento interior. La ventana daba al jardín interior del palacio, donde la fuente estaba apagada y los parterres cubiertos de lo que en primavera serían rosas y en noviembre era tierra oscura bajo una capa de nieve fina que el viento había igualado durante la noche.

Nikolai Voss estaba de pie junto a esa ventana.

Se volvió cuando ella entró con esa lentitud específica de quien no tiene prisa porque sabe que el tiempo está de su parte, o que lo ha estado durante suficiente tiempo como para que la prisa le resulte una categoría ajena. Llevaba ropa de casa, pantalón oscuro y chaqueta de lana que no era la del día anterior aunque el color era similar, y tenía las manos enlazadas a la espalda con esa postura que los hombres de cierta educación y cierta época adoptaban sin pensar porque les habían enseñado que las manos colgando eran un signo de indolencia y las manos en los bolsillos un signo de vulgaridad, lo que dejaba la espalda como la única opción razonable.

Valentina cruzó la biblioteca hasta el centro de la habitación. No llegó hasta donde estaba él ni se quedó junto a la puerta. El punto medio era el punto desde el que podía ver toda la habitación, lo que era prácticamente útil, y desde el que él no podía leer nada en su cara con la ventana detrás de él y la luz de la mañana en la de ella, lo que también era prácticamente útil aunque en otra dirección.

—Señorita Serralde —dijo él.

—Señor Voss.

Fue al escritorio. Valentina observó que el escritorio estaba en el ángulo opuesto al Kachelofen, que la silla de lectura frente a la chimenea era más cómoda que la silla del escritorio y que la silla del escritorio era la que Voss le indicó con un gesto, lo que producía el

efecto de que ella estuviera más lejos del calor y él conservara la proximidad a la ventana. Lo registró como dato sin valor todavía asignado: podía ser deliberado o podía ser la distribución natural de los espacios de trabajo de una persona que hacía ese recorrido todos los días y no había pensado en lo que comunicaba.

No se sentó. Se quedó de pie junto a la silla indicada y esperó.

Voss sacó del cajón superior del escritorio un documento que depositó sobre la superficie de cuero sin extendérselo. Cuatro páginas, vio Valentina desde donde estaba, escritas en dos columnas: una más estrecha y una más ancha, lo que en los contratos bilingües del siglo anterior significaba que la columna estrecha era el latín y la más ancha la traducción al vernáculo, en este caso el alemán a juzgar por la tipografía de las mayúsculas. Los sellos de cera en el margen inferior, de los que solo uno estaba completo y los otros dos tenían el borde roto de lo que se ha abierto y ha intentado cerrarse. En la tercera página, en el margen derecho, lo que desde esa distancia parecía una huella dactilar de un tamaño que no correspondía a ninguna mano adulta.

Se acercó al escritorio. Tomó el documento.

Lo leyó en pie, que era como leía siempre los documentos de importancia porque sentarse producía una relajación de la atención que los documentos de importancia no merecían. El latín del contrato no era el latín de los jesuitas de Madrid: era más arcaico en la sintaxis, con construcciones del siglo anterior que los notarios del Imperio habían preservado con la fidelidad de quienes creen que la antigüedad del lenguaje añade peso jurídico al documento, lo que a veces era verdad y a veces era solo una manera de hacer que el documento tardara más en leerse. Tardó ocho minutos en la primera lectura completa. Luego volvió a la segunda cláusula y la leyó despacio. Luego a la quinta. Luego a la octava.

Voss no habló mientras ella leía. No se movió de junto a la ventana. El único sonido en la biblioteca era el del Kachelofen, que tenía el crepitar específico de las estufas de cerámica cuando el calor ya es estable y solo mantiene, y el papel bajo los dedos de Valentina, que ella movía con cuidado porque el documento tenía el

tipo de consistencia que indica que se ha doblado y desdoblado más veces de las que el papel de esa época toleraba sin consecuencias.

—Este documento tiene un problema de redacción —dijo Valentina cuando terminó la segunda lectura de la cláusula octava, en español, porque había decidido la noche anterior que la conversación importante se haría en el idioma en que ella pensaba con mayor precisión.

—¿Solo uno? —dijo él, con el mismo tono con que podría haber dicho cualquier otra cosa, sin la inflexión que habría indicado sorpresa o ironía.

—Tres. —Valentina volvió a la primera página.— En la cláusula segunda, el término cessio no especifica el objeto de la cesión. Cede a quién y cede cuándo, ambas cosas con suficiente precisión para que el acuerdo parezca concreto, pero no especifica qué se cede, lo que en términos jurídicos convierte la cláusula en una declaración de intención antes que en una obligación ejecutable. Cualquier tribunal de derecho civil austriaco lo identificaría en la primera lectura. —Pasó a la tercera página.— En la cláusula quinta, heredem primogenitam puede interpretarse como la primogénita del matrimonio original o como la primogénita de cualquier generación posterior de la misma línea, lo que abre un espacio de ambigüedad que el redactor o no vio o incluyó deliberadamente. Las dos posibilidades tienen implicaciones distintas para la ejecución. —La octava.— Y en la cláusula octava, la condición de cumplimiento está formulada de manera tan abierta que podría argumentarse que ninguna de las condiciones previas necesarias para la ejecución del contrato se ha satisfecho nunca.

El silencio que siguió duró lo que Valentina calculó en veinte segundos, que en una conversación de esa naturaleza era suficiente para que el silencio tuviera su propio contenido. No era el silencio de quien no tiene respuesta. Era el de quien tiene varias y está eligiendo.

—¿Dónde estudió derecho? —preguntó Voss.

—Con jesuitas. —Valentina puso el documento de vuelta sobre el escritorio, en el mismo lugar exacto donde él lo había dejado.— El derecho canónico tiene más puntos de contacto con el derecho civil

romano que lo que los abogados seculares suelen admitir, y los jesuitas tienen la virtud de enseñar a leer lo que no está escrito además de lo que sí lo está, que es donde los contratos de este tipo tienen todo su contenido.

Voss miró el documento un momento. Luego la miró a ella.

Era la tercera vez que Valentina se encontraba con esa mirada y la primera en que tuvo suficiente tiempo y suficiente luz para estudiarla con algún detalle. No era la mirada de evaluación que conocía de los abogados de la herencia y los gestores del patrimonio de la tía Consuelo, que inventariaban desde la distancia de quien está calculando cuánto vale lo que ve. Tampoco era la mirada social de los salones de Madrid, que buscaba en el rostro de la otra persona la señal de que se estaba causando el efecto correcto. Era algo más cercano a la curiosidad, pero de una clase específica: la curiosidad de quien ha encontrado algo que no esperaba encontrar y que le resulta interesante en lugar de inconveniente, aunque sea ambas cosas a la vez.

Lo que a Valentina le llamó la atención de esa mirada no fue su contenido sino su duración. La mayoría de la gente, cuando se sorprendía, lo mostraba en una fracción de segundo y luego lo gestionaba. Ese hombre no lo gestionaba. Lo dejaba estar, con la indiferencia de quien no tiene ningún interés particular en ocultar que algo le ha resultado inesperado.

—Las tres cláusulas que ha identificado —dijo Voss finalmente— son exactamente las que el notario incluyó como espacio de interpretación.

—Lo sé.

—¿Por eso las identificó?

—Las identifiqué porque son los puntos donde el documento es más débil, y los puntos donde un documento es más débil son donde el redactor ha tomado decisiones que no eran de redacción. —Valentina se permitió, por primera vez desde que había entrado en la biblioteca, alejarse del escritorio y dar dos pasos hacia la ventana, lo que la situaba en posición de ver tanto la habitación como el jardín interior cubierto de nieve.— ¿Qué propone el contrato en términos concretos?

—Lo que propone el contrato —dijo él, y había en esa frase el peso de alguien que ha tenido esa conversación antes, en otras versiones, con otras personas, y que sabe exactamente adónde lleva — requiere más contexto del que un documento puede dar. Por eso estamos aquí.

—De acuerdo. Dé el contexto.

Voss se apartó de la ventana por primera vez desde que ella había entrado. Fue hasta el Kachelofen y se quedó de pie frente a él, de cara al fuego y de espaldas parcialmente a Valentina, que lo observó: los hombros, la posición de las manos que había dejado de enlazar a la espalda y que ahora colgaban con esa naturalidad que no había tenido antes, lo que significaba que el movimiento había sido en alguna medida involuntario, del tipo que las personas hacen cuando están pensando en cómo decir algo difícil y el cuerpo deja de ocuparse de parecer correcto.

—El contrato —dijo— tiene vigencia desde 1865. Lo firmó su padre en Viena, en la sala de espera de la maternidad del Hospital General, a las tres y cuarto de la mañana de un martes de octubre. —Una pausa breve.— Usted nació a las cuatro menos diez del mismo martes.

Valentina procesó eso.

—Mi padre estaba en Viena cuando yo nací.

—Sí.

—Mi madre también.

—Sí.

—Nunca me lo dijeron.

—No.

Era una conversación con la estructura de un interrogatorio del que ella estaba haciendo las preguntas y en la que de todas formas tenía la sensación de ser la que menos información manejaba, que era la condición más incómoda de cualquier interrogatorio. Valentina fue hasta la silla que Voss le había indicado al principio y se sentó, no porque lo hubiera reconsiderado sino porque pensar de pie cuando había más datos que capacidad inmediata de clasificarlos era un desperdicio de energía que podía evitar.

—¿Por qué estaba mi padre en Viena?

—Esa es una pregunta que tiene respuesta, pero que contiene otra pregunta más importante.

—¿Cuál?

—Por qué su madre estaba en Viena. —Voss se volvió desde el Kachelofen.— El hospital al que fueron no era el que la gente de su posición y nacionalidad habría elegido si hubiera venido a Viena por razones ordinarias. Era el Hospital General. El hospital de la Facultad de Medicina de la Universidad de Viena. El hospital donde ejercían los médicos que en 1865 eran los mejores de Europa para ciertas cosas que los médicos de Sevilla no podían manejar.

Valentina guardó eso en la categoría de informaciones que necesitaban más datos antes de convertirse en conclusiones. No era el momento de tirar de ese hilo. Había otros más inmediatos.

—El contrato —dijo.— Concretamente.

—Concretamente: su padre cedió algo que en ese momento era lo único que tenía de valor suficiente para el precio que se le pedía. —Voss regresó al escritorio, no para sentarse sino para quedarse de pie junto a él con las manos apoyadas levemente sobre el borde, y la postura era diferente a todas las que había tenido desde que Valentina había entrado: menos controlada, del tipo que adoptamos cuando hemos tenido la misma conversación muchas veces y el peso de la repetición ha desgastado la postura correcta.— Lo que cedió era usted. El derecho a reclamar su presencia cuando usted cumpliera los veintidós años.

El silencio que siguió a eso tenía una duración diferente al de las pausas anteriores.

Valentina miró el documento sobre el escritorio. Cuatro páginas en latín y alemán arcaico, con los sellos de cera rotos en los bordes y la huella dactilar en el margen de la tercera página del tamaño de la huella de una mano recién nacida. Luego miró a Voss.

—¿Con qué propósito? —dijo.

—Esa es la pregunta correcta.

—Lo sé. Por eso la hago.

Voss la miró durante un momento. Luego fue a la silla del escritorio —la que él no le había ofrecido a ella— y se sentó, lo que en el registro de la postura y el movimiento que Valentina llevaba

desde que había entrado era la primera vez que lo hacía y que por tanto era información: se había sentado porque lo que venía a continuación requería la posición de quien va a estar en un sitio durante un tiempo.

—El propósito —dijo— no puede explicarse en una conversación. No porque sea oscuro sino porque es extenso, y porque la parte de él que no es extensa sino simplemente difícil requiere que usted tenga primero el contexto necesario para evaluarla sin el sesgo que produce lo que no se entiende. —Hizo una pausa que no fue de búsqueda de palabras sino de decisión sobre cuántas ofrecer.— Le propongo lo siguiente: treinta días. Usted vivirá en el palacio como mi invitada. Tendrá acceso a la biblioteca y a cualquier archivo que sea pertinente. Responderé a sus preguntas, una por día, con toda la honestidad que el asunto permite.

—¿Y al final de los treinta días?

—Al final de los treinta días, firmará o no firmará. Pero lo hará con toda la información disponible.

Valentina consideró eso con la misma atención con que había considerado el contrato. Había algo en la oferta que era demasiado generosa para ser solo generosa: la transparencia que se ofrece sin que la soliciten era casi siempre la transparencia de quien ha calculado qué mostrar y qué dejar fuera del encuadre. Pero también era la única oferta sobre la mesa, y la alternativa —firmar o rechazar sin más información— era peor que una oferta calculada, porque con una oferta calculada quedaba al menos la posibilidad de encontrar los bordes del encuadre.

—De acuerdo —dijo.— Con una condición.

—¿Cuál?

—Podré salir del palacio cuando quiera y reunirme con quien quiera, sin necesidad de informarle ni de obtener ningún permiso.

—Naturalmente.

La respuesta fue inmediata, sin la pausa que habría indicado que estaba considerando si aceptar. Valentina registró eso: o la condición le parecía tan obvia que no requería deliberación, o ya la había previsto.

—Entonces de acuerdo —dijo.

Se puso de pie. Tomó el documento del escritorio, lo dobló por los mismos dobleces por los que estaba doblado —que eran los dobleces de alguien que lo había doblado muchas veces antes, con la precisión del hábito— y se lo puso en el bolsillo interior del abrigo. Voss no dijo nada sobre el gesto. Valentina interpretó ese silencio como el primero de los treinta días: la primera concesión de alguien que podría haber reclamado el documento y no lo hizo.

—¿Cuándo traigo las maletas? —preguntó.

—Cuando quiera.

—Mañana.

—Frau Bergmann le preparará la habitación del tercer piso.

Valentina fue hacia la puerta de la biblioteca. En el umbral se detuvo, no porque hubiera olvidado algo sino porque acababa de identificar el error que había cometido durante los cuarenta minutos de conversación, el error que la educación jesuítica habría señalado con el término latino omissio: la pregunta que no había hecho porque todas las preguntas que había hecho eran sobre el contrato, y el contrato no era la pregunta fundamental.

Se volvió.

Voss seguía en la silla del escritorio, con el codo apoyado en el borde de la superficie de cuero y la mirada en el jardín interior por la ventana, con esa cualidad de los que esperan a que algo pase sin impaciencia porque la impaciencia requiere que el tiempo sea un recurso escaso.

Valentina pensó en los fondos de los cuadros que había registrado al pasar por el corredor. Pensó en la mirada de la tarde anterior contada en segundos. Pensó en la huella dactilar del tamaño de una mano de recién nacida en el margen de la tercera página de un documento firmado veintidós años antes.

Pensó en las manos que ese hombre tenía la temperatura incorrecta.

Tenía treinta días y una pregunta por día. La pregunta de hoy ya la había hecho. Las que importaban podían esperar un día más. O podían esperar a tener suficiente contexto para formularlas de manera que las respuestas fueran útiles en lugar de simplemente desconcertantes.

—Hasta mañana —dijo.

—Hasta mañana —dijo él, sin volver la vista de la ventana.

En el trayecto de regreso a la Praterstrasse, con el contrato en el bolsillo interior del abrigo y el frío del Ringstrasse en la cara y el ruido de los carruajes sobre los adoquines de noviembre, Valentina hizo el inventario de lo que sabía y lo que no sabía con la misma metodología que usaba siempre: columna de la izquierda, columna de la derecha. La columna de la izquierda tenía pocas entradas y todas eran concretas: el contrato, los términos de la propuesta, la fecha y el lugar de su nacimiento que no había conocido hasta esa mañana. La columna de la derecha era considerablemente más larga y terminaba con la pregunta que no había hecho.

No la había hecho porque no sabía todavía cómo formularla.

Había identificado tres problemas de redacción en el contrato. Había negociado un plazo. Había obtenido una condición. Había tomado el documento. En todos esos movimientos había asumido que lo que estaba negociando era con un hombre, que era la categoría disponible, que era la categoría que los hechos del día anterior y los de esa mañana hacían difícil de sostener si se miraban en conjunto y no por separado.

La temperatura de las manos. Los fondos de los cuadros. Los pasos a las once de la noche que no eran los del tío. La mirada que confirmaba en lugar de descubrir.

Valentina llegó a la Praterstrasse, subió al apartamento, colgó el abrigo, y se sentó en el escritorio del tío —que no estaba, cuya ausencia era en sí misma información— con el cuaderno negro y el papel de la dirección y la nota de buena suerte que sacó del bolsillo y alineó sobre la superficie del escritorio con la atención de quien está poniendo en orden los elementos de un problema antes de empezar a resolverlo.

Escribió en el cuaderno: Treinta días. Una pregunta por día. La primera ya gastada.

Debajo: Lo que el contrato no dice es más relevante que lo que dice.

Debajo, después de un momento en que la pluma estuvo sobre el papel sin moverse: ¿Qué es Nikolai Voss?

No quién. Qué.

Era, entendió, la única pregunta que importaba. Y era también la única que los treinta días y las treinta preguntas podían no ser suficientes para responder, si la respuesta era lo que las entradas de la columna de la derecha sugerían que podría ser.

— IV —

La anatomía del palacio

Frau Bergmann tenía la virtud de los silencios útiles. No era el silencio de quien no tiene nada que decir, que es el silencio más fácil, sino el de quien tiene bastante que decir y ha decidido que no es su turno. Recibió a Valentina en la entrada del Palais a las diez de la mañana del jueves con una inclinación de cabeza que medía exactamente la distancia entre la cortesía y la familiaridad, tomó las dos maletas con la eficiencia de quien lleva años haciendo ese gesto sin convertirlo en servicio visible, y la condujo al tercer piso por la escalera de servicio antes de que Valentina pudiera señalar que la escalera principal también existía.

La escalera de servicio era más estrecha y más honesta que la principal: sin pasamanos de hierro forjado, sin el mármol que en los palacios del Ringstrasse cumplía la función decorativa de hacer que subir escaleras pareciera un acto de alguna importancia. Solo los escalones de madera oscura, la pared encalada, y el olor del palacio que en esa parte interna era diferente al del corredor del primer piso: menos cera, más piedra, la humedad específica de los muros que llevan suficientes inviernos absorbiendo el frío para que el frío sea parte de su estructura.

—El señor Voss desayuna a las ocho —dijo Frau Bergmann cuando llegaron al tercer piso, con la misma inflexión con que se dan las informaciones que se espera que sean tenidas en cuenta.— Si la señorita prefiere hacerlo más tarde, basta con avisarme la noche anterior. La biblioteca está disponible de nueve a once de la noche, cuando el señor trabaja habitualmente en ella.

—¿Trabaja en ella por la noche?

—Siempre.

Valentina anotó eso mentalmente junto a las entradas de la columna derecha, que seguía siendo la más larga de las dos. Frau Bergmann abrió la puerta de la habitación del tercer piso y depositó las maletas junto al armario con la precisión de quien sabe exactamente cuánto espacio ocupa cada cosa.

La habitación tenía la vista al jardín interior que Valentina había visto desde la biblioteca el día anterior pero desde el ángulo opuesto, lo que cambiaba la proporción del espacio sin cambiar sus elementos: la fuente apagada, los parterres de tierra oscura bajo la nieve, el muro del fondo con la hiedra que el invierno había despojado de hojas y dejado como un sistema de venas sobre la piedra. La cama era de madera oscura, antigua, con las columnas labradas en un motivo de hojas de laurel que se repetía hasta el dosel, y alguien —Frau Bergmann o alguien por instrucción de Frau Bergmann— había puesto sábanas que olían a lavanda en lugar de al interior de un armario cerrado, lo que comunicaba que la habitación había sido preparada para alguien específico con suficiente antelación para que las sábanas hubieran absorbido el olor de los sacos de lavanda del armario.

Valentina abrió las maletas. Fue al armario. Colgó los tres vestidos en el orden que colgaba siempre: primero el de trabajo, luego los dos oscuros. Puso el maletín sobre la mesa junto a la ventana, donde la luz era mejor. Dejó el cuaderno negro sobre la mesilla.

—El ala este está cerrada —dijo Frau Bergmann desde la puerta, con el tono de quien añade una cláusula que ya estaba implícita en el contrato pero que la cortesía obliga a enunciar.

—¿Por qué?

—Por indicación del señor Voss.

Era una respuesta que contenía exactamente la información preguntada y ninguna más, lo que en sí mismo era una forma de información: el ala este estaba cerrada por razones que Frau Bergmann conocía y que no eran las suyas para dar. Valentina lo anotó junto a la nota de la biblioteca nocturna y a las sábanas con olor a lavanda que alguien había preparado antes de que el acuerdo de los treinta días estuviera firmado.

Frau Bergmann se fue. Valentina fue a la ventana y miró el jardín interior durante un momento. La fuente de piedra tenía el caño tapado con un trapo que el frío había convertido en algo rígido, y en la base de la fuente la nieve de la noche anterior se había acumulado sin que nada la hubiera perturbado: ni pájaros, ni pisadas, ni el viento, que en ese Innenhof concreto debía ser mínimo por la disposición de los muros. Un espacio que nadie usaba en noviembre. Quizás en ningún mes.

Sacó el cuaderno y escribió: Ala este. Cerrada. Razón no comunicada.

Debajo: Habitación preparada con antelación. ¿Cuánta?

Debajo, después de mirarlo un momento: Las sábanas como dato.

Recogió el abrigo de la silla donde lo había dejado al entrar, bajó al segundo piso, y empezó a explorar el palacio con la metodología que tenía para los espacios que necesitaba comprender antes de poder usarlos: perímetro visible primero, espacios intermedios después, finalmente los objetos que revelaban lo que nadie había querido revelar de manera directa. Era el mismo método que había aplicado al apartamento del tío Rodrigo la primera mañana en la Praterstrasse, con resultados que en ese caso habían sido la caja bajo el escritorio y el libro sin título en el estante más bajo.

El palacio tenía cuarenta y siete habitaciones en tres plantas, de las cuales podía acceder sin obstáculos a diecisiete. Las otras treinta las fue catalogando en el cuaderno: puertas cerradas con llave, puertas cerradas con pestillo, puertas sin cerradura pero con la densidad de los espacios que no se abren porque nadie los abre, que es diferente a cerrar con llave y produce una resistencia diferente cuando se prueba el pomo. Probó todos los pomos. Era información.

La galería de retratos estaba en el segundo piso, en el corredor que unía el ala norte con la biblioteca, y Valentina la dejó para el último tercio de la mañana porque los retratos necesitaban tiempo. No el tipo de tiempo que se le da a los museos, que es el tiempo de la admiración, sino el tipo de tiempo que se le da a los archivos, que es el tiempo de la lectura.

Entró por el extremo norte, que era el más antiguo a juzgar por el formato de los marcos y la paleta de los fondos, y fue avanzando hacia el sur con el cuaderno en la mano. Los retratos comunicaban lo que todos los retratos de familia comunican: la continuidad del linaje a través del tiempo, con esa obstinación de los árboles genealógicos que insisten en demostrar que lo que existe ahora existía ya entonces y seguirá existiendo después, que es el argumento más consolador de la aristocracia y también el más circular.

El parecido entre los retratados era el tipo de parecido que transmiten los rasgos dominantes: una forma de los pómulos, una anchura de frente, la proporción entre la nariz y la boca. Valentina los fue notando sin darles más importancia de la que merecían, que era la importancia de la genética documentada.

Lo que le detuvo el paso fue el fondo.

En el tercer retrato desde el norte —un hombre de peluca empolvada, frac color paja, el tipo de retrato que los pintores vieneses del siglo XVIII producían con la eficiencia de la manufactura porque había más aristocracia que pintores capaces de diferenciarse— había en el ángulo inferior derecho, junto a la representación de una ventana que era reconociblemente la ventana de la biblioteca en la planta baja, una figura masculina de espaldas. No en el centro de la composición, no con la iluminación que el sujeto principal recibía, sino en el fondo, con la presencia discreta de lo que el pintor ha incluido porque estaba ahí y quitarlo habría sido mentira.

Valentina se acercó al cuadro. La figura era pequeña en relación al formato del lienzo, pero el pintor la había ejecutado con suficiente detalle para que fuera un hombre específico y no un elemento compositivo genérico: los hombros con una anchura característica, la postura de quien ocupa el espacio sin disculparse por ello, la ropa oscura en un siglo que vestía de colores. Anotó: Figura en fondo, retrato 3. Espaldas. Junto a ventana biblioteca.

Siguió.

En el séptimo retrato —una mujer joven, 1798 según la inscripción en el marco, con el vestido Imperio de cintura alta que

esa época requería— había un espejo representado en el ángulo superior izquierdo de la composición, y en el espejo el reflejo de un hombre que no estaba en el centro de la composición pero que el pintor había incluido con suficiente precisión para que el reflejo fuera de alguien real y no de la convención pictórica. La figura del espejo tenía los hombros de la figura del retrato tres.

Anotó: Figura en espejo, retrato 7. Misma proporción de hombros.

En el decimotercer retrato —un caballero de 1861, con las patillas largas y el frac negro de la Viena liberal posterior al Concordato, retratado en el corredor del segundo piso que era reconociblemente el mismo corredor donde Valentina estaba en ese momento— detrás del sujeto, en la representación del corredor, había una figura masculina en la distancia media, de frente esta vez pero con la cara en la zona de penumbra que los pintores de ese siglo usaban para lo que no querían que se viera con claridad. Solo la silueta, solo los hombros, solo la postura.

Anotó: Figura al fondo corredor, retrato 13. De frente, cara en penumbra.

Cerró el cuaderno.

Estaba de pie en el corredor de la galería con la luz del mediodía de noviembre entrando oblicua por las ventanas que daban al jardín interior, y lo que tenía en el cuaderno eran tres entradas sobre la misma figura en tres retratos de tres épocas diferentes, pintados por tres pintores distintos que habían incluido en sus composiciones a la misma persona con la misma postura porque esa persona había estado ahí cuando pintaban.

Había otras explicaciones posibles. Que fuera una convención decorativa de los pintores de esa casa. Que los tres pintores hubieran copiado el motivo de un cuarto retrato que Valentina no había visto todavía. Que la similitud de las figuras fuera una proyección de lo que ella quería ver ahora que tenía la pregunta en la cabeza.

Las anotó todas. Luego anotó debajo, como dato separado y sin conclusión adjunta: Los tres retratos abarcan noventa y ocho años.

Subió a la habitación del tercer piso a comer algo de lo que Frau Bergmann había dejado en la mesilla —pan, queso, una manzana— y pasó la tarde en la biblioteca con el permiso implícito de los treinta días. Las estanterías tenían libros en alemán, francés, latín, y en cuatro o cinco idiomas más que Valentina identificó por el alfabeto antes que por el contenido: ruso, griego clásico, lo que podía ser árabe o persa, y en el estante de la galería del segundo nivel, donde había que subir por la escalerilla de hierro con barandilla, un conjunto de volúmenes en una escritura que no reconoció y cuyos lomos tenían el deterioro de los que llevan en ese estante más tiempo que cualquier estante debería tener libros.

Eligió un volumen en francés de historia del Imperio Otomano del siglo XVI —por razones de acceso, no de interés específico— y se instaló en la silla de lectura junto al Kachelofen, que Frau Bergmann había encendido sin que nadie se lo pidiera, y leyó durante tres horas con la concentración de quien usa la lectura como segundo plano sobre el que pensar otra cosa.

Lo que pensaba era la lista de la columna derecha y la figura en los tres retratos y la pregunta sin formular todavía, la que no era quién sino qué.

A las seis llegó Frau Bergmann a decirle que la cena estaba en el comedor del primer piso si la señorita quería bajar, o en la habitación si prefería quedarse. Valentina dijo que bajaría. No porque el comedor fuera más cómodo que la habitación sino porque el comedor a esa hora le daría más información sobre el funcionamiento del palacio que la habitación, que ya la había estudiado.

El comedor estaba puesto para dos personas.

Valentina se sentó en el lugar que Frau Bergmann le indicó, que era el que tenía a la derecha la ventana al jardín interior y a la izquierda la pared con el aparador de plata, y esperó. La plata del aparador llevaba el monograma V en la parte superior de cada pieza, con la tipografía de un grabador del siglo anterior que hacía las iniciales con el tipo de énfasis que en ese siglo se consideraba discreto y que dos siglos después era simplemente claro. La mesa era para doce personas y estaban usando un extremo, lo que en las

casas grandes era la práctica habitual cuando había menos comensales que sillas, y que producía la sensación de que los dos que comían juntos lo hacían dentro de un espacio más amplio que los contenía sin pertenecerles.

Nikolai Voss entró cuando Frau Bergmann estaba sirviendo la sopa. Se sentó en el lugar opuesto al de Valentina, en el extremo donde la silla era la que correspondía al cabeza de mesa, con ese automatismo de quien ha ocupado esa silla todas las noches durante suficiente tiempo como para no necesitar buscarla. Llevaba la misma ropa de la mañana, que en un hombre de esa posición a esa hora habría sido raro si no fuera que algo en su manera de llevarla hacía que la hora no pareciera relevante para la categoría de ropa que correspondía.

Comieron en silencio durante los primeros diez minutos, que era el silencio de los que no tienen todavía establecido qué clase de silencio es el que corresponde entre ellos, si es el silencio cómodo de los que llevan mucho tiempo en el mismo espacio o el silencio incómodo de los que llevan poco. No era ninguno de los dos. Era el silencio de dos personas que han acordado algo y que están en el proceso de entender qué significa haber acordado eso.

—¿Ha encontrado la biblioteca útil? —preguntó Voss, sin levantar la vista del plato.

—He encontrado la biblioteca interesante —dijo Valentina.— Lo útil dependerá de las preguntas.

—¿Tiene preguntas para mañana?

—Tengo varias. Elegiré una.

Voss sirvió el vino —un Blaufränkisch del sur de Austria, oscuro, con el tanino de los que necesitan más tiempo del que les han dado — sin preguntarle si quería, lo que era una forma de dar por sentado que sí o una forma de no perder tiempo en una pregunta cuya respuesta no alteraba el resultado. Valentina decidió que era lo segundo.

—El ala este —dijo ella.

—Está cerrada.

—Ya me lo dijo Frau Bergmann. Lo que pregunté fue por qué.

—Eso es una pregunta.

—El trato era una por día. Empezamos mañana.

Él la miró. Era la primera vez esa noche que la miraba directamente, con ese registro completo que tenía desde el principio y que Valentina había catalogado como la mirada de quien confirma, no de quien descubre. En esa ocasión había algo adicional: no sorpresa, sino el leve ajuste de cálculo de quien ha incorporado una variable nueva y está redistribuyendo los pesos del modelo.

—Mañana —dijo.

Terminaron la cena con la conversación reducida a lo que la conversación en la mesa de alguien que no se conoce reduce siempre en las primeras noches: las referencias neutrales al clima, que en noviembre en Viena era un tema con suficiente contenido para sostener veinte minutos. Valentina escuchó lo que él decía sobre el frío y lo que no decía sobre nada más, y observó la manera en que comía, que era sin el apetito visible de quien disfruta sino con la aplicación de quien entiende que comer es una función necesaria, y la manera en que sostenía el vaso del Blaufränkisch, que era con los tres dedos del modo que se aprende en las casas donde la forma de sostener el vaso tiene el mismo peso que el contenido del vaso.

A las ocho, Frau Bergmann apareció en el umbral para retirar los platos. Voss se puso de pie —la señal de que la cena había terminado para ambos, independientemente de si Valentina había terminado— y dijo buenas noches con esa brevedad de quien no añade nada a las palabras que ya lo tienen todo.

Valentina subió al tercer piso. Se sentó en la silla junto a la ventana con el cuaderno y anotó lo de la plata del aparador y el monograma, lo de la silla que él usaba sin buscarla, lo del Blaufränkisch servido sin preguntar. Luego anotó, en una línea separada: Come. Bebe vino. ¿Siempre?

Era el tipo de pregunta que no podía hacerse sin más contexto, de modo que la dejó como dato sin conclusión y abrió el libro del Imperio Otomano en la página donde lo había dejado.

Llevaba tres páginas cuando escuchó los pasos en el corredor.

Los reconoció por el ritmo antes de que llegaran a su puerta: los mismos de la Praterstrasse, los mismos de la escalera a las once de

la noche que había escuchado desde la habitación del tío. Regulares. Sin la variación que produce el cansancio o la prisa. Se detuvieron frente a su puerta. Un golpe, solo uno, de los que esperan respuesta antes de interpretar el silencio como negativa.

—Un momento —dijo.

Se levantó. El chal sobre los hombros porque la habitación sin el Kachelofen encendido bajaba de temperatura más deprisa que el resto del palacio, y el Kachelofen de la habitación del tercer piso no tenía la masa térmica del de la biblioteca. Fue a la puerta y la abrió.

Nikolai Voss estaba en el umbral con un libro en la mano derecha. Seguía vestido de la misma manera que en la cena, pero tenía las mangas de la camisa enrolladas hasta el codo, que era el primer detalle que Valentina había visto en él que no correspondía a ninguna de las categorías de presentación que había estado catalogando desde el martes. Las mangas enrolladas eran un detalle doméstico, del tipo que los hombres de esa posición reservaban para cuando estaban solos, lo que significaba que había llegado al corredor del tercer piso directamente desde donde fuera que hubiera estado desde la cena, sin pasar por ningún lugar donde la presentación importara.

No entró. Se quedó en el umbral con la precisión de quien ha decidido que el umbral es el límite correcto y que cruzarlo requeriría una razón que no tiene.

—Los Ensayos de Montaigne —dijo, extendiendo el libro.— Para cuando no pueda dormir.

Valentina tomó el libro. Era pequeño, encuadernado en piel oscura con el tipo de trabajado en el lomo que las encuadernaciones del siglo anterior hacían cuando el libro iba a durar más que el que lo encargaba. El papel era tan fino que a contraluz se veía la tinta de la página siguiente. Pesaba lo que pesan los libros que se han leído muchas veces, que es menos que cuando son nuevos porque el papel absorbe algo de las lecturas.

—¿Por qué da por hecho que no podré dormir?

—Porque ha pasado la tarde leyendo en la biblioteca y todavía tenía el cuaderno abierto cuando he subido por el corredor, lo que

indica que hay preguntas que el libro no ha respondido, y las preguntas sin respuesta son enemigas del sueño.

Era una respuesta que contenía más observación de lo que la brevedad habitual de ese hombre había sugerido hasta entonces. Valentina lo miró.

—¿Ha pasado por delante de mi puerta antes de llamar?

—He pasado por el corredor.

—¿Con qué frecuencia pasa por el corredor del tercer piso?

—Eso es otra pregunta.

—Que no cuenta para el trato —dijo ella.— El trato es una pregunta por día sobre el contrato y lo que implica. Las preguntas sobre el corredor son de otra categoría.

Algo varió en la expresión de él. Era tan leve que Valentina no habría podido describirlo con precisión: no era una sonrisa, no llegaba a tanto, pero era la señal de que algo en lo que ella había dicho había producido en él un resultado que no era exactamente el que había calculado. El resultado no parecía desagradable.

—Las preguntas sobre el corredor —dijo— pueden hacerse cuando quiera.

—¿Y tendrán respuesta?

—Tendrán la respuesta que corresponda.

Valentina bajó la vista al libro que tenía en la mano. Lo abrió en la página que abrió sin pensar, que era la página sesenta y tres, y leyó la primera línea que encontró. Estaba en francés del siglo XVI, con la ortografía que ese siglo tenía y que era diferente a la del francés que ella había aprendido, pero legible con suficiente atención. Leyó la línea. La leyó de nuevo.

Alguien había subrayado esa línea. La tinta era marrón y muy antigua, del tipo de tinta que el tiempo oxida hasta convertirla en el color de la tierra seca.

Pour philosopher, c'est à apprendre à mourir.

Para filosofar, es aprender a morir.

Valentina levantó la vista de la página. El umbral ya estaba vacío. Escuchó los pasos alejarse por el corredor en dirección a la escalera, con el mismo ritmo de siempre, y luego la escalera, y luego nada.

Se quedó en la puerta con el libro abierto en la página sesenta y tres y la línea subrayada en tinta marrón antigua, y pensó en el tipo de persona que subraya esa línea específica en esa página específica del libro que regala cuando alguien no puede dormir.

Pensó en los tres retratos y los noventa y ocho años.

Pensó en las manos que habían tenido la temperatura incorrecta cada vez que habían estado en la misma habitación.

Fue a la mesilla. Tomó el cuaderno. Escribió, debajo de todas las otras entradas de ese día, una sola línea sin categoría ni clasificación adjunta:

La tinta del subrayado tiene más de cien años.

Cerró el cuaderno. Apagó la lámpara. Y estuvo despierta durante una hora larga mirando el techo oscuro de la habitación del tercer piso del Palais Voss, con el libro de Montaigne sobre la mesilla y la marca de la muñeca izquierda quieta, sin latir, como si por primera vez desde que había llegado a Viena tuviera suficiente información para no necesitar avisar.

— V —

Lo que firmó su padre

La caja bajo el escritorio del tío no estaba cerrada con llave. Valentina lo comprobó con el nudillo antes de tocarlo nada más, un golpe suave contra la tapa que le dijo que el candado no estaba puesto porque la tapa cedió levemente hacia arriba en lugar de mantenerse rígida. Se quedó quieta durante un momento con el nudillo todavía contra la madera.

El tío había salido a las nueve con el maletín y sin decir adónde iba, que era su modo habitual cuando el destino formaba parte de lo que prefería no nombrar. La nota sobre la mesa del comedor decía: «Regreso antes de comer. Hay pan en la cocina.» Valentina había leído la nota, había visto el pan en la cocina, y había desayunado con el pan y el café que quedaba en la cafetera de la noche anterior, que a esa hora estaba frío pero era perfectamente aceptable, y luego había ido al estudio del tío con la intención declarada de buscar papel para el cuaderno, que se le estaba acabando.

La intención declarada era exactamente eso.

El libro sin título del estante más bajo seguía en el mismo sitio, encajado entre el diccionario y el volumen de jurisprudencia. La caja seguía bajo el escritorio. Lo que había cambiado era el candado, o más precisamente su ausencia, porque Valentina habría podido jurar que tres días antes estaba puesto y ahora no lo estaba, lo que significaba que el tío lo había abierto entre entonces y esta mañana, que a su vez significaba que lo que contenía la caja no era ya, para el tío, información que debía seguir guardada bajo llave.

O que había olvidado volver a cerrarla.

Las dos posibilidades tenían implicaciones distintas. Valentina las consideró durante el tiempo que tardó en decidir que la diferencia

entre ellas era irrelevante para lo que iba a hacer a continuación, que era abrir la caja.

La sacó de debajo del escritorio. Era más pesada de lo que el tamaño sugería, con ese peso de las cosas que llevan mucho tiempo quietas en el mismo sitio y han adquirido una densidad adicional de inmovilidad, como si los años se hubieran ido acumulando en la madera. La puso sobre el escritorio. Levantó la tapa.

No era mucho lo que había dentro. Una fotografía, una carta con letra de mujer, y debajo de las dos, doblada en cuatro con los dobleces tan marcados que el papel había empezado a romperse en las intersecciones, una carta con la letra de su padre.

Cogió la fotografía primero porque era la más fácil y porque miraba siempre lo más fácil antes de lo que no lo era.

Sus padres, jóvenes los dos, en lo que reconoció por el fondo como el jardín de la casa de Sevilla que habían vendido cuando murió su madre y que Valentina recordaba con esa precisión específica de los lugares donde se crece: la magnolia a la izquierda, el muro con la buganvilla que en verano era roja y en la fotografía era gris, la sombra diagonal del tejadillo sobre la piedra del suelo. Su madre llevaba un vestido de manga larga a pesar de que la luz era de verano, y sonreía con la sonrisa de alguien a quien le han dicho que mire a la cámara y que todavía está pensando en otra cosa. Su padre tenía el brazo alrededor de los hombros de su madre con esa facilidad de los hombres que tocan a las personas que quieren sin acordarse de que las están tocando.

Valentina no había visto muchas fotografías de sus padres juntos. Las que había visto estaban en el álbum de la tía Consuelo, en Madrid, con los bordes rizados del tipo que producía la humedad de los armarios sin ventilación. Esta no tenía ese deterioro: el papel era firme, los bordes rectos, la imagen clara.

Dejó la fotografía sobre el escritorio. Tomó la carta de su madre.

El papel era tan delgado que la luz de la mañana lo atravesaba, y la letra de su madre —que Valentina conocía de las pocas cartas que había guardado porque las cartas de los muertos son el único registro de su voz que el tiempo no puede deteriorar— era la de siempre, inclinada hacia la derecha con esa tendencia que su madre

nunca había corregido porque decía que la inclinación era más honesta que la verticalidad. La fecha en el encabezado era de octubre de 1865. Valentina era del mismo mes, del mismo año.

Leyó la carta.

Era una carta a su padre, escrita desde Viena, desde un hotel cuyo nombre no reconoció en la Schottengasse. Su madre describía la ciudad con la brevedad de quien escribe lo que sabe que el lector ya conoce, porque su padre estaba en la misma ciudad: la carta era de cuando él había salido a hacer un trámite y ella había aprovechado para escribir, que era el tipo de cosa que su madre hacía, buscar el espacio que los otros dejaban para hacer lo que quería hacer en él. La carta hablaba de cómo se encontraba, que era mal, con una honestidad que Valentina no había conocido en su madre viva pero que reconoció como suya porque la letra era la misma. Hablaba de la ciudad, que le parecía fría. Hablaba del médico del hospital, cuyo nombre escribía con la inicial únicamente porque el nombre completo era demasiado alemán para su pluma española. Y en el último párrafo, con la letra más pequeña de toda la carta porque el papel se estaba acabando, decía: «No sé qué va a ocurrir, Javier. Pero si algo va mal, quiero que sepas que no me arrepiento de ninguna cosa. De ninguna.»

Valentina dobló la carta por los dobleces originales con cuidado.

Tomó la carta de su padre.

Esta no tenía fecha en el encabezado. El papel y la tinta la situaban en la misma época que la de su madre, pero la letra era diferente a la de su padre tal como ella lo había conocido: más inestable, con esa irregularidad que produce el estado en que alguien escribe cuando escribe desde dentro de algo que todavía está ocurriendo y no puede esperar a que termine porque puede que no termine bien. Las frases largas se cortaban a mitad y empezaban en otra dirección. Había palabras tachadas con tanto vigor que el papel había cedido en tres puntos. Y en cuatro ocasiones distintas había escrito «no sé cómo explicarlo» y había continuado de todas formas porque la alternativa era no explicarlo y eso era peor.

Lo que su padre explicaba, en el orden en que podía explicarlo dado el estado en que estaba cuando lo escribía:

Que llevaban tres días en Viena, en el hotel de la Schottengasse, porque su madre había empeorado durante el viaje desde Sevilla y los médicos del Hospital General les habían dicho que no viajara más hasta que el parto pudiera producirse con alguna seguridad razonable. Que «alguna seguridad razonable» era la fórmula que los médicos vieneses del Hospital General usaban cuando lo que querían decir era que la seguridad no era razonable en modo alguno pero que el eufemismo les ahorraba a todos una conversación más difícil. Que la noche del martes —y Valentina reconoció la fecha, que era su fecha, que era el día en que había nacido— su madre llevaba dieciséis horas en el parto y los médicos habían salido de la habitación con las manos juntas, que era la postura que los médicos adoptaban cuando ya no tenían nada más que hacer con las manos excepto juntarlas.

Que entonces llegó el hombre.

La carta no explicaba cómo. No explicaba por qué ese hombre estaba en el corredor de la sala de partos del Hospital General de Viena a las tres y cuarto de la mañana de un martes de octubre. El padre de Valentina no se había hecho esa pregunta en el momento, o se la había hecho y la respuesta era de las que no se escriben en una carta que puedes no ser el único en leer. Solo describía lo que había visto: un hombre que entró en la habitación sin que nadie lo hubiera llamado, que estuvo dentro durante el tiempo que tarda una vela en consumir un centímetro, y que salió con la misma neutralidad con que un hombre sale de cualquier habitación en la que no ha ocurrido nada fuera de lo ordinario. Cinco minutos después, su madre había dejado de sangrar. Y la criatura —Valentina, aunque la carta todavía no usaba ese nombre porque en ese momento todavía no lo tenía— había empezado a llorar.

Lo que siguió a eso era el contrato.

El hombre —«Nikolai Voss», escribía el padre en ese punto, por primera y única vez en la carta con el nombre completo— había salido de la habitación y había esperado en el corredor mientras los médicos hacían lo que los médicos hacen después de que alguien haya hecho lo que los médicos no pueden hacer. Cuando su padre salió al corredor, Voss tenía el documento preparado. Lo había

explicado en latín y en alemán, los dos idiomas del contrato, con la misma voz con que se explican las cosas que no son negociables pero que por cortesía se presentan como si lo fueran. El padre de Valentina lo había firmado.

No puedo describir lo que hizo porque no lo entiendo. Solo sé lo que vi y lo que firmé después. El documento estaba en latín y en alemán. Me lo explicó en los dos idiomas. Me dijo lo que pedía. Me dijo lo que ofrecía. Yo firmé porque tu madre estaba viva y tú estabas llorando y en ese momento habría firmado cualquier cosa que me pusieran delante. No sé si eso me absuelve o me condena. Tampoco sé si importa.

El resto de la carta, escrito con tinta diferente y letra más tranquila porque era más tarde, años más tarde, cuando la urgencia había quedado atrás y solo quedaba lo que deja la urgencia cuando se va:

Valentina, si lees esto: no me odies demasiado. Te amé con todo lo que tenía. Pero vendí algo que no era mío para vender.

No había firma. Solo esas dos líneas y el espacio en blanco del resto de la página.

Valentina dobló la carta de su padre por los mismos dobleces por los que estaba doblada. La puso dentro de la caja. Puso encima la carta de su madre. Puso encima la fotografía. Bajó la tapa. Volvió a dejar la caja bajo el escritorio en el mismo sitio exacto donde estaba.

Se quedó sentada en la silla del escritorio del tío durante un tiempo que no midió porque no llevaba el reloj encima y porque en cualquier caso la unidad de tiempo que habría necesitado no era de las que los relojes miden.

No lloró. No era que no tuviera motivos: los tenía, los suficientes, del tipo específico que produce el llanto en las personas que lloran, que Valentina sabía que era la mayoría. Era que el llanto necesitaba una cierta disposición que el conocimiento inmediato de algo importante impedía porque el cuerpo, cuando recibe demasiada información de golpe, elige primero procesar y luego, mucho más tarde, cuando el procesamiento ha terminado y el cuerpo sabe con

exactitud qué es lo que tiene que llorar, encuentra el espacio para hacerlo. Era su secuencia. Llevaba veintidós años conociéndola.

Lo que hizo fue levantarse.

Fue a su habitación en la Praterstrasse, que no era su habitación sino la habitación que el tío le había prestado, y cogió el abrigo y el cuaderno negro y salió a la calle porque la calle era mejor que las cuatro paredes cuando había demasiadas cosas que no podían estar todavía dentro de una habitación cerrada.

El Café Landtmann estaba en el Ringstrasse, frente al Burgtheater, y a esa hora de la mañana tenía la densidad de los cafés donde la gente va a pensar con la compañía del ruido, que es diferente a ir a pensar solo y diferente a ir a hablar con alguien, y que para Valentina era el estado más útil de los tres. Pidió café y un vaso de agua y eligió una mesa junto a la ventana con la vista al Burgtheater, cuya fachada neorrenacentista en la luz gris de noviembre tenía el color exacto de las cosas que llevan suficiente tiempo siendo importantes para haber dejado de necesitar demostrarlo.

Abrió el cuaderno.

No escribió lo que sentía porque lo que sentía no era todavía clasificable y el cuaderno era para las cosas clasificables. Escribió lo que sabía, en el orden en que lo sabía, con la misma metodología de columna izquierda y columna derecha que aplicaba a todo, excepto que esta vez las dos columnas eran lo que el padre había firmado y lo que eso significaba en términos concretos para el presente.

Lo que el padre había firmado: el derecho de Nikolai Voss a reclamar la presencia de Valentina al cumplir los veintidós años, a cambio de algo que la carta no nombraba con más precisión que «lo que hizo», que era exactamente la imprecisión que el contrato reproducía en la cláusula segunda con el término cessio sin objeto especificado.

Lo que eso significaba en términos concretos para el presente: que Nikolai Voss había cumplido su parte del trato hacía veintidós años, que la parte de su padre había sido cumplida por el tío Rodrigo como heredero de la obligación, y que los treinta días en el palacio

no eran una negociación sino la forma que había adoptado la ejecución de algo que llevaba veintidós años siendo inevitable.

Valentina miró lo que había escrito durante un momento.

Luego escribió debajo: Él sabía que yo nacería. O sabía que ella sobreviviría y yo sería la consecuencia.

Y debajo: ¿Desde cuándo lo sabía?

Era la pregunta que el contrato no respondía y que la carta no respondía y que los treinta días de una pregunta por día tampoco iban a responder con suficiente rapidez dado el número de preguntas pendientes. Valentina bebió el café, que estaba bien, mejor que el de la Praterstrasse aunque peor que el de la biblioteca del palacio, que Frau Bergmann preparaba con una atención al proceso que producía resultados proporcionados.

Pensó en los noventa y ocho años de los retratos.

Pensó en la tinta marrón antigua de la línea de Montaigne.

Pensó en «me avisaron», que era lo que Voss le había dicho tres días antes en el jardín interior del palacio cuando ella le había preguntado por qué estaba en ese hospital esa noche, y que era una respuesta que no respondía nada excepto que había alguien o algo que lo había avisado, lo que era en sí mismo más información de la que parecía porque implicaba un sistema de comunicación cuya naturaleza no era todavía determinable con los datos disponibles.

Cerró el cuaderno. Dejó el dinero para el café sobre la mesa. Salió al Ringstrasse con el abrigo bien cerrado y el frío de noviembre en la cara, y caminó hacia el primer distrito con el paso de quien tiene adónde ir aunque no haya decidido todavía exactamente qué va a hacer cuando llegue.

El portero del Palais Voss la reconoció cuando subió los escalones de la entrada. No dijo nada, abrió la puerta, y dejó que ella pasara al interior con la misma eficiencia discreta con que había dejado pasar todas las veces anteriores, que eran tres, lo que era suficiente para que el reconocimiento fuera automático.

Frau Bergmann estaba en el corredor del primer piso con un jarrón de flores de invierno cuando Valentina subió la escalera. Hortensias de color malva, tardías para la estación, con esa cualidad

de lo que ha sobrevivido más de lo previsto y lleva las marcas de haberlo hecho.

—El señor Voss está en el jardín —dijo Frau Bergmann, sin que Valentina hubiera preguntado.

El jardín interior en noviembre era el espacio menos cómodo del palacio y el que más claramente comunicaba su propia incomodidad: la nieve sobre los parterres, la fuente con el caño tapado, las ramas de los robles pelados contra el muro del fondo. Nikolai Voss estaba de pie junto a la fuente apagada con el abrigo puesto y la cara vuelta hacia la parte del cielo visible desde el Innenhof, que en un día de noviembre era el cielo gris sin matices que Viena usaba como fondo para los meses en que no tenía nada más que ofrecer. No se volvió cuando Valentina abrió la puerta del jardín, aunque era imposible que no la hubiera oído.

Valentina cruzó el jardín. Se detuvo a dos metros de él, que era la distancia que había entre ellos sin que ninguno de los dos hubiera calculado esa distancia, simplemente la que había quedado cuando ella paró de caminar.

—Tengo la pregunta de hoy —dijo.

Voss se volvió. La nieve del jardín tenía esa textura de los días en que el frío ha estado suficiente tiempo para que la capa superior se compacte y ya no sea polvo sino superficie, y crujió levemente bajo sus zapatos cuando giró sobre los talones. La cara, en la luz plana del mediodía de noviembre, no tenía ninguna de las señales de quien espera lo que viene.

—¿Qué sabía usted de mí antes de que yo naciera?

El silencio que siguió a esa pregunta no era el silencio de quien busca cómo responder. Era el de quien decide cuánto.

—Sabía que existirías —dijo.

—¿Cómo?

—Eso es una segunda pregunta.

—Es la misma pregunta con más precisión.

Voss la miró. El viento cruzó el Innenhof de norte a sur y movió los restos de las ramas secas de la hiedra en el muro del fondo con un sonido que en esa quietud era perfectamente audible, como si el

jardín hubiera decidido hacer presente su propio ruido para llenar el espacio que el silencio entre ellos dejaba.

—Su madre vino a Viena —dijo— porque alguien le dijo que en Viena había un médico que podía ayudarla con lo que los médicos de Sevilla no podían. Ese alguien era yo. Lo que yo sabía era lo que había sabido desde el año en que su madre nació: que el parto iba a ser difícil y que sin intervención no sobreviviría.

—¿Cómo sabía usted en qué año nacería mi madre y que el parto sería difícil?

—Eso es una tercera pregunta —dijo Voss.— Con la misma paciencia con que diría cualquier cosa que fuera verdad y que al mismo tiempo fuera inconveniente.

—Que mañana respondemos.

—Que mañana respondemos.

Valentina miró el jardín. La nieve compacta. La fuente apagada. Las ramas de los robles que proyectaban sobre la nieve unas sombras tan finas que casi no eran sombras sino la sugerencia de dónde las sombras habrían estado si hubiera habido más luz.

—Mi padre firmó algo que no era suyo para firmar —dijo, sin acusación, con la misma inflexión con que habría señalado un error de redacción en un contrato.

—Su padre firmó en las condiciones en que se firma cuando la alternativa es no firmar.

—Eso no responde lo que dije.

—No —admitió.— No lo responde.

El viento cruzó el jardín otra vez. Valentina tenía el cuello del abrigo subido y de todas formas el frío llegaba, el frío vienés de noviembre que no era un frío de temperatura sino de densidad, el tipo de frío que entra en los tejidos y se instala como si hubiera encontrado el sitio que le correspondía. Voss no parecía tener frío. Llevaba el abrigo puesto pero con la despreocupación de quien lo lleva porque conviene llevarlo, no porque lo necesite.

Ese era un dato.

Valentina lo añadió a la columna derecha del cuaderno que tenía en la cabeza, que era la columna que a estas alturas era tres veces más larga que la izquierda y que contenía todos los datos que la

carta de su padre, la tinta de cien años en el subrayado de Montaigne, y los noventa y ocho años de los retratos convertían en algo que ya no era un conjunto de anomalías sino el principio de una respuesta que solo tenía una forma posible.

No la dijo. No todavía.

—Mañana —dijo.

—Mañana —confirmó él.

Entró al palacio. Frau Bergmann había desaparecido del corredor y el jarrón de las hortensias malvas estaba sobre la consola de la entrada, con la luz del mediodía cayendo sobre los pétalos de una manera que hacía que el malva pareciera casi gris, que era probablemente el color exacto que tenía antes de que la decisión de seguir floreciendo más allá de la temporada le añadiera esa intensidad de lo que debería haberse rendido y no lo ha hecho.

Valentina subió al tercer piso. Se sentó en la silla de la ventana con el cuaderno. Escribió durante una hora, no preguntas sino hechos: lo de la carta, lo de su madre en Viena, lo de «me avisaron» y lo que eso implicaba si se tomaba junto a lo de los noventa y ocho años y lo de la tinta antigua y lo de la temperatura que no variaba con el frío del Innenhof.

Cuando terminó de escribir, leyó lo que había escrito.

Luego cerró el cuaderno y miró el jardín interior por la ventana, donde Nikolai Voss seguía de pie junto a la fuente apagada, con la cara vuelta de nuevo hacia el cielo visible entre los muros, como si el cielo tuviera algo que decir que el jardín no podía decir, o como si el jardín tuviera algo que esconder que el cielo no podía esconder.

Llevaba ahí desde antes de que ella entrara al palacio.

Se preguntó cuánto tiempo podía llevar un hombre de pie en un jardín en noviembre sin que el frío le importara. Luego se preguntó si era la pregunta correcta, o si la pregunta correcta era otra que todavía no sabía formular con la precisión que las preguntas necesitan para tener respuestas útiles.

A las ocho bajó al comedor. El Blaufränkisch de la noche anterior, el mismo, lo que significaba que Frau Bergmann había calculado que una botella duraba dos noches o que el señor Voss bebía lo que correspondía y no más. La cena en silencio, el tipo de

silencio que ya no era incómodo sino simplemente el que correspondía entre dos personas que han acordado que el tiempo de las preguntas es el día y el tiempo de la cena es otro tiempo.

A las nueve y cuarto, Valentina subió al tercer piso. No escuchó pasos en el corredor antes de las once, que era la hora a la que apagó la lámpara. Tampoco los escuchó después, aunque estuvo despierta hasta pasada la medianoche.

No los escuchó porque Nikolai Voss seguía en el jardín interior cuando ella apagó la luz. Lo supo porque asomó la cabeza por la ventana antes de cerrar las contraventanas y lo vio ahí abajo, la figura oscura junto a la fuente apagada, la nieve compacta sin ninguna huella adicional a las que ya estaban desde antes.

Inmóvil. Sin frío. Como si llevar horas de pie en un jardín de noviembre fuera simplemente otra cosa que podía hacer.

— VI —

La médica

La tarjeta de visita de Elsa Richter no tenía nombre de mujer. Tenía «Dr. Friedrich Richter» en letras de imprenta con la dirección de la Wollzeile y un número de habitación, y Valentina la había recibido del tío Rodrigo la tarde del jueves con la misma indiferencia con que el tío daba las cosas que prefería no explicar: la sacó del bolsillo del chaleco, la dejó sobre la mesa del comedor junto a su taza de café, y se fue al dormitorio antes de que ella pudiera formular la pregunta obvia.

La pregunta obvia era a quién pertenecía en realidad esa tarjeta, porque el nombre del doctor Friedrich Richter tenía la precisión de los nombres que se usan cuando el nombre verdadero no puede usarse, lo que Valentina reconoció de inmediato porque era el mismo mecanismo que usaban los jesuitas con los libros prohibidos: el título que no decía nada, la cubierta que no correspondía al contenido, la circulación de mano en mano con la discreción de quien sabe que el objeto que se pasa es uno y el nombre que lleva es otro.

Fue a la Wollzeile el viernes por la mañana, después del desayuno en el palacio —Frau Bergmann había preparado Semmel con jamón de montaña y café con leche que era mejor que el café negro porque la proporción de leche caliente que Frau Bergmann usaba no era la proporción de nadie más— y después de dejar el cuaderno abierto en la mesa de la habitación con la nota de la pregunta del día, que ese viernes era la tercera del trato y cuya respuesta habría de esperar a la cena porque Voss no estaba en el palacio por las mañanas. O no estaba visible. La distinción, había aprendido en cuatro días, no era necesariamente la misma.

La Wollzeile estaba en el primer distrito, a diez minutos a pie del Ringstrasse por calles más estrechas y más honestas que el bulevar, del tipo de calles donde los edificios tienen la escala de lo que se construyó antes de que alguien decidiera que Viena debía ser grande. Los números de los portales en la Wollzeile tenían esa arbitrariedad de las ciudades vienesas que numera sus edificios por el orden en que fueron construidos y no por el orden en que están en la calle, de modo que el número que Valentina buscaba estaba entre un siete y un veintitrés sin que el doce, que era el que necesitaba, apareciera donde habría correspondido.

Lo encontró en un portal sin más indicación que el número sobre la piedra del arco, con una escalera interior que olía a col cocida y a cera de vela y al humo específico de los edificios donde muchas personas viven en poco espacio y cada una resuelve el calor a su manera. El segundo piso tenía tres puertas. En la del centro había una tarjeta idéntica a la que Valentina llevaba en el bolsillo, fijada con una tachuela que había entrado y salido suficientes veces del marco para haber ensanchado el agujero más allá de lo que la tachuela necesitaba.

Llamó.

La mujer que abrió la puerta tenía treinta años o los acababa de cumplir, con el cabello castaño recogido sin ningún artificio en la base de la nuca y los ojos de un gris verdoso que miraban con la atención específica de quien ha entrenado la mirada para no perderse lo que las palabras dejan sin decir. Llevaba un vestido de lana oscura con delantal encima, sin el tipo de ornamento que las mujeres de su posición social habrían llevado si hubieran estado esperando visita, lo que significaba que o no la esperaba o que no había modificado nada al saberla venir.

—Valentina Serralde —dijo la mujer, sin el «señorita» que habría dicho cualquier otra persona en ese contexto.

—Elsa Richter —respondió Valentina, con el mismo tono.

La mujer retrocedió un paso para dejarla entrar.

El consultorio era una sola habitación que era simultáneamente sala de espera, consulta y, por la disposición de los muebles en el ángulo junto a la ventana —la cama estrecha, el baúl, la palangana

con el aguamanil— también el lugar donde la doctora dormía. No había cartel en la pared, no había el tipo de objeto decorativo que los médicos ponían en las paredes de sus consultas para comunicar su posición y sus estudios, no había nada que un visitante inesperado pudiera identificar como la consulta de un médico si no sabía ya que lo era. Solo las estanterías: libros desde el suelo hasta donde el techo bajaba en el ángulo de la buhardilla, en un orden que Valentina catalogó mientras la doctora cerraba la puerta. Charcot en el primer estante, varios volúmenes, con los lomos de los más usados tan deteriorados que los títulos habían desaparecido. Breuer. Janet. El volumen grueso de la Psychopathia Sexualis del profesor Krafft-Ebing, editado el año anterior, con un marcador de cinta en el primer tercio. Y en el estante más alto, donde la luz de la única ventana no llegaba bien, textos que Valentina no pudo leer desde donde estaba.

El diván contra la pared opuesta a la ventana era de cuero marrón oscuro con una manta de lana azul doblada en el extremo. La silla junto al diván tenía un cuaderno sobre el asiento y la pluma sobre el cuaderno, con la tapa abierta, lo que indicaba que la doctora Richter había estado escribiendo cuando ella había llamado a la puerta.

—He leído el documento que me envió —dijo Elsa, tomando la silla y dejando el cuaderno sobre la mesa pequeña que había detrás. — Siéntese donde quiera.

Valentina eligió la silla frente a la mesa, no el diván, porque el diván era el lugar donde los pacientes se sentaban y ella no había llegado todavía a la conclusión de si era una paciente.

—¿Qué le pareció?

—Lo que describe —los sueños recurrentes desde la infancia, el estado hipnoide que precede al sueño, las imágenes de espacios que no ha visitado— corresponde a un fenómeno que el doctor Breuer y yo hemos discutido en los últimos meses en relación a varios de sus casos. —Elsa abrió el cuaderno en una página nueva.— El doctor Breuer lo llama estados hipnoides: acceso a material que el paciente no recuerda haber adquirido de manera consciente. El doctor Charcot, en París, trabaja con el mismo mecanismo bajo el nombre

de somnambulismo artificial. Los nombres importan menos que el mecanismo.

—Que en todos los casos —dijo Valentina— implica acceso a material de origen desconocido.

—Exacto. —La pluma sobre el cuaderno, no escribiendo todavía, solo sostenida.— Lo que me interesa es de dónde vienen las imágenes que usted describe. Para eso necesito intentar una sesión hipnótica. Con su permiso.

—¿Qué garantías tiene de que funcione?

—Ninguna. —La respuesta fue inmediata, sin la pausa que los médicos ponían antes de las respuestas que podían ser decepcionantes.— El método funciona en algunos sujetos y en otros no, y no hay manera de predecirlo antes de intentarlo. Lo que sí puedo garantizarle es que documentaré todo con precisión y que usted tendrá acceso completo a mis notas. —Una pausa breve.— Y que no le haré preguntas que no quiera responder. Le preguntaré antes de cada pregunta si desea que se la haga.

Era un protocolo que indicaba que la doctora Richter había tenido que desarrollarlo como respuesta a situaciones concretas. Valentina encontró eso más tranquilizador que un protocolo general.

—De acuerdo —dijo.

Elsa encendió la vela sobre la mesa pequeña. Apagó la lámpara, porque la luz de la vela y la de la lámpara competían y para la inducción la competencia era inconveniente. La habitación quedó en una penumbra cálida que la vela organizaba con la parcialidad de las fuentes de luz pequeñas: iluminaba la mesa y dejaba el resto en grados de oscuridad que aumentaban hacia los ángulos.

—Mire la llama —dijo Elsa, con una voz que era la misma voz que usaba para todo lo demás excepto que más baja, más regular, con el tipo de cadencia que produce en el oyente la impresión de que el tiempo se está moviendo de otra manera.— No tiene que hacer nada. Solo mirar.

Valentina miró la llama.

Los párpados tardaron en hacerse pesados. Elsa, que contaba hacia atrás desde diez con intervalos de exactamente ocho segundos entre cada número —Valentina los contó los primeros cuatro y luego

dejó de contarlos— no se impacientó ni aceleró el ritmo cuando los párpados no cedieron en el tiempo habitual. Continuó con la misma cadencia. La llama tenía el movimiento lento de las velas en espacios sin corriente de aire, ese vaivén mínimo que no es suficiente para apagarse pero sí para que el halo de luz cambie de forma continuamente, lo que producía en el campo visual de Valentina una levísima oscilación que era diferente del parpadeo consciente y diferente de cerrar los ojos.

Ocurrió de manera gradual, como había descrito el tío que ocurría y que por tanto Valentina había catalogado como información de segunda mano de dudosa utilidad, excepto que resultó ser exactamente así: no una caída sino un deslizamiento. Seguía siendo consciente de estar en la habitación de la Wollzeile, seguía escuchando el tráfico de carruajes dos pisos más abajo y el viento en los cristales y la respiración de Elsa al otro lado de la mesa. Pero al mismo tiempo había una segunda capa de conciencia que se abría debajo de la primera con la lentitud de algo que ha estado cerrado durante mucho tiempo y que se abre porque alguien ha encontrado la llave correcta.

Habló.

No en el español en que pensaba ni en el alemán que había aprendido con la institutriz de Sevilla, que era el alemán correcto y algo rígido de quien aprende una lengua de adulto aunque la aprenda bien. En un alemán diferente, con construcciones que pertenecían a otro tiempo, donde ciertas partículas estaban en posiciones que el alemán moderno no usaba pero que no eran incorrectas sino simplemente anteriores, del tipo de idioma que se fosiliza en quien lo aprendió cuando el idioma era así y no ha tenido necesidad de actualizarlo desde entonces.

Elsa escuchaba y escribía sin interrumpir.

Valentina describió una habitación.

Describió el techo alto con las arañas de cristal sin encender. El suelo de mármol con el patrón en rombos de dos colores que no supo nombrar porque el nombre no estaba en el estado en que estaba. La ventana que daba a un jardín con una fuente de piedra y los restos de lo que en otro mes habrían sido rosas. El ángulo donde

la pared norte se encontraba con el paramento interior y donde había, en el espacio entre la pared y la chimenea de cerámica azul y blanca, una silla de madera con el respaldo labrado en forma de medallón y sobre la silla un vestido que no era el suyo.

Describió el olor: pino, cera de vela, y algo más que no tenía nombre en ningún idioma que ella hablara despierta.

Describió la sensación de haber estado en esa habitación antes de estar en esa habitación, que era diferente a recordar porque el recuerdo tiene perspectiva y esto no la tenía: era presencia sin distancia, el tipo de presencia que produce el interior de un lugar que se conoce por dentro antes de haberlo visto por fuera.

Elsa hizo una pregunta, en voz baja, con el mismo tono de la inducción: ¿Reconoces el lugar?

Valentina, en el alemán que no era el suyo, dijo que sí.

¿Estás aquí ahora?

No. Pero he estado.

¿Cuándo?

Una pausa larga. La vela oscilando. El tráfico en la calle de abajo.

Antes.

Elsa no hizo más preguntas. Contó hacia adelante desde uno, con la misma cadencia que hacia atrás, y Valentina salió del estado con la lentitud de algo que no quiere salir del todo: primero la habitación de la Wollzeile en toda su dimensión, la penumbra de la vela, el frío que la habitación de la buhardilla tenía independientemente de cuánto llevara encendida la estufa de hierro del ángulo. Luego la silla donde estaba sentada. Luego sus propias manos sobre los muslos.

Elsa le pasó el cuaderno.

Valentina lo leyó. La letra de Elsa era pequeña y muy inclinada, de zurda que había aprendido a escribir como diestra y que en la velocidad del dictado volvía a la inclinación original. Las notas eran precisas: el alemán arcaico transcrito fonéticamente donde Elsa no había reconocido las formas, la descripción de la habitación detallada al nivel de la posición de la silla respecto a la chimenea y el ángulo de la ventana. Al final, subrayado: «sujeto describe el ala este del

Palais Voss con precisión de quien lo ha habitado. Sujeto no ha accedido al ala este según declara en estado de vigilia.»

—¿Reconoce el lugar? —preguntó Elsa. Era la misma pregunta que había hecho durante la sesión, pero en estado de vigilia tenía un peso diferente.

—Sí. Es el ala este del Palais Voss. —Valentina devolvió el cuaderno.— Está cerrada.

—¿Cerrada cómo?

—Por indicación del señor Voss.

Elsa anotó algo en el cuaderno. No la frase que Valentina había dicho sino algo más breve, una sola línea que Valentina no pudo leer desde su ángulo. Luego cerró el cuaderno y fue a la estantería, no a la de Charcot sino a la del estante del medio, y sacó un volumen de tapas oscuras con el lomo sin título que tenía el aspecto de un cuaderno de trabajo y no de un libro publicado.

Lo dejó sobre la mesa entre las dos.

—Llevo dos años —dijo, con el tono directo que usaba para todo — investigando una serie de muertes en la alta sociedad vienesa que la policía imperial ha clasificado como causas naturales. Cuatro muertes en veintidós meses, en círculos sociales superpuestos. Las causas declaradas son distintas: apoplejía en un caso, insuficiencia cardíaca en dos, tuberculosis en el cuarto. —Abrió el cuaderno en la página señalada con un trozo de cinta.— Las causas declaradas no explican el estado de los cuerpos en los tres casos en que pude acceder al informe del médico forense antes de que los informes dejaran de estar disponibles.

—¿Qué explica el estado de los cuerpos?

—Nada que yo pueda nombrar con el vocabulario de la medicina que tengo. —Una pausa.— Lo que sí puedo decirle es lo que los cuatro casos tienen en común, además del estado de los cuerpos: en la semana anterior a cada muerte, alguien con el apellido Voss aparece en los registros de los mismos eventos sociales que los difuntos. No en la misma sala necesariamente. En el mismo edificio, el mismo día.

Valentina miró el cuaderno abierto sobre la mesa. Las fechas, los nombres, los eventos. El apellido que aparecía en los márgenes

con la letra más pequeña de Elsa, la letra que usaba para lo que no era todavía conclusión sino posibilidad.

—¿Qué nombre Voss? —preguntó.

—Stefan Voss. —Elsa la miró.— ¿Lo conoce?

—Es el hermano del hombre en cuyo palacio vivo.

El silencio que siguió tenía la textura de dos personas llegando al mismo punto por caminos diferentes y reconociendo que han llegado al mismo sitio.

Elsa cerró el cuaderno de la investigación. Lo devolvió al estante. Fue a la estufa de hierro del ángulo y la avivó con el hierro de atizar porque se había quedado baja durante la sesión, con ese descuido de quien tiene la mente en otro sitio. Las llamas subieron y el calor en la habitación se hizo presente de golpe, del modo en que el calor de las estufas pequeñas se hace presente: todo a la vez, sin transición.

—¿Cuánto tiempo lleva en el palacio? —preguntó, de espaldas, con el hierro todavía en la mano.

—Cuatro días.

—¿Ha visto al hermano?

—No. Solo sé que existe porque el señor Voss lo ha mencionado de pasada.

Elsa volvió a la silla. Había algo en la manera en que se sentó que era diferente a como se había sentado antes: más cerca del borde, la espalda más recta, la postura de quien ha pasado de la observación clínica a algo que le importa de una manera que no es clínica. Lo observó durante el tiempo suficiente para poder describirlo y luego lo guardó en la categoría de cosas que no eran todavía clasificables con el vocabulario disponible.

—Necesito que me cuente todo lo que sabe sobre el señor Nikolai Voss —dijo.

—Y yo necesito saber todo lo que usted sabe sobre el hermano. —Valentina sostuvo la mirada de la doctora.— Propongo que sea un intercambio.

La expresión de Elsa no varió de manera perceptible. Pero algo en ella se asentó, del modo en que se asienta la postura de quien

encuentra en el interlocutor algo que no esperaba encontrar y que le resulta útil en lugar de inconveniente.

—De acuerdo —dijo.

Pidieron té a la casera de la planta baja, que subió con una tetera y dos tazas sin preguntar nada porque las visitas a la habitación del doctor Richter llegaban y se iban con la discreción de quien sabe que la discreción es parte del precio, y la tarde se fue convirtiendo en noche sin que ninguna de las dos lo señalara específicamente.

Valentina contó lo que sabía en el orden en que lo sabía, con la metodología que usaba siempre: columna izquierda primero, los hechos verificables, y luego columna derecha, las inferencias. La carta de su padre. El contrato. Los retratos con la figura recurrente en los fondos. La tinta de cien años en el subrayado de Montaigne. La temperatura que no variaba con el frío del Innenhof. El «me avisaron» que no respondía quién.

Elsa escuchaba y anotaba. No interrumpía con preguntas hasta que Valentina terminaba cada segmento, y las preguntas que hacía eran del tipo que no pedía confirmación de lo que ya se había dicho sino que abría el ángulo: «¿En qué posición estaba la figura en el primer retrato?» «¿La tinta del subrayado tiene el color de la tinta de hierro galotánico o de la de carbón?» «¿Cuándo dice que la temperatura de sus manos es incorrecta, incorrecta en qué dirección?»

Fría, respondió Valentina a la última pregunta.

Elsa anotó. No dijo nada.

Después de Valentina, Elsa contó lo suyo. Las cuatro muertes. Las fechas. La coincidencia del apellido en los registros de los eventos. El estado de los cuerpos, que describió con el vocabulario médico sin eufemismos y que producía en la descripción una precisión que habría resultado difícil de escuchar si Valentina no hubiera tenido el tipo de tolerancia a la información técnica desagradable que produce la educación jesuítica cuando se aplica con seriedad. Los informes forenses que habían estado disponibles y luego no lo habían estado. El nombre del inspector de la policía imperial que había clasificado los casos como causas naturales con

una velocidad que Elsa describía como «administrativamente inusual».

—¿Tiene la fecha del primer caso? —preguntó Valentina.

Elsa buscó en el cuaderno. Lo dijo.

Valentina calculó. Luego sacó el cuaderno negro del bolsillo interior del abrigo que había dejado sobre el respaldo de la silla y abrió en la página de los retratos.

—El primer retrato donde aparece la figura que le he descrito está datado en 1789. —Leyó el dato que había anotado.— El último, en 1861. Stefan Voss aparece en los registros de los eventos sociales en 1885, que es la fecha del primer caso.

—Sí.

—¿Tiene descripción física del hombre que aparece en esos registros?

—Solo lo que dan los registros de los eventos: nombre y apellido, el palco o la mesa asignados. Sin descripción.

Valentina cerró el cuaderno negro.

Las dos mujeres estuvieron un momento en silencio. El té se había enfriado. La vela de la inducción había llegado al final de su cuerpo y se había apagado sola en el momento en que la cera llegó al platillo, con ese chisporroteo breve que hacen las velas cuando mueren, y ahora la única luz era la de la lámpara que Elsa había vuelto a encender después de la sesión.

—¿Cuánto tiempo lleva investigando esto? —preguntó Valentina.

—Desde el segundo caso. Cuando el primero era solo el primero, parecía un caso. Cuando hubo dos, empezó a parecer otra cosa.

—¿Lo sabe alguien más?

—El doctor Breuer sabe que tengo una investigación sobre muertes de causa desconocida. No sabe los detalles porque los detalles en este momento no resisten el escrutinio de alguien que no está dispuesto a considerar las posibilidades que los detalles implican. —Una pausa.— ¿Usted está dispuesta?

Valentina pensó en el cuaderno negro y en la columna derecha y en la pregunta que había escrito la primera noche en el palacio. No quién. Qué.

—Estoy trabajando en ello —dijo.

La expresión de Elsa produjo algo que no era exactamente una sonrisa pero que ocupaba el mismo espacio que una sonrisa habría ocupado. Valentina lo registró con el tipo de atención que usaba para las cosas que no sabía todavía cómo clasificar pero que valía la pena guardar.

Salió a la Wollzeile cuando el reloj de la iglesia del primer distrito marcaba las siete. El frío de noviembre en la calle era diferente al de dentro: más limpio, sin la presencia añadida de otras personas en un espacio pequeño. Valentina ajustó el cuello del abrigo y caminó hacia el Ringstrasse con el cuaderno negro en el bolsillo y la cabeza ocupada en las dos columnas que ahora tenían entradas nuevas en los dos lados.

La columna derecha seguía siendo más larga.

Pero la columna izquierda tenía algo que antes no tenía: Stefan Voss. Un nombre, cuatro fechas, y la posibilidad, todavía sin suficiente base para ser más que posibilidad, de que lo que Elsa llevaba dos años investigando y lo que Valentina llevaba cinco días investigando fueran la misma investigación vista desde dos ángulos distintos.

El Ringstrasse a esa hora tenía los faroles de gas encendidos y los carruajes de la Saison circulando hacia los teatros y los Palais donde empezaba la temporada social. Valentina cruzó entre dos carruajes sin que ninguno de los dos cocheros la viera, que era el privilegio de las personas que andan con suficiente propósito para que el tráfico las rodee sin necesidad de que ellas lo hagan.

En el portal del Palais Voss, el portero la dejó pasar con la misma eficiencia de siempre. Frau Bergmann estaba en el corredor del primer piso.

—El señor Voss ha preguntado si cenarás en el palacio esta noche —dijo, con la forma de los verbos que los sirvientes de los grandes palacios usaban cuando hablaban de los señores: siempre el nombre, nunca el pronombre, como si la mención directa fuera una familiaridad que el rango no permitía.

—Sí —dijo Valentina.

Subió al tercer piso. Dejó el abrigo sobre la silla. Abrió el cuaderno negro en la mesa junto a la ventana y añadió las entradas

nuevas con la letra de quien escribe deprisa porque lo que escribe necesita estar en papel antes de que algún detalle se pierda en el espacio entre la memoria inmediata y la que viene después.

Al final, en una línea sola: Hablar con Voss sobre Stefan.

Y debajo, después de un momento en que el peso de lo que no preguntaba todavía le ocupó el espacio exacto que en otro momento habría ocupado la pregunta: No todavía.

La cena fue en el mismo silencio útil de las noches anteriores. Voss no preguntó adónde había ido por la tarde. Valentina no preguntó sobre el hermano. Comieron el estofado de ternera que Frau Bergmann había preparado y el Blaufränkisch de la botella que no acababan nunca, y a las ocho y cuarto Valentina dijo buenas noches y subió al tercer piso con la cabeza todavía en la Wollzeile y en el cuaderno de Elsa y en la letra pequeña e inclinada que describía cuatro muertes con la precisión de quien no tiene el lujo de ser imprecisa.

Esa noche los pasos en el corredor llegaron antes de las once. Un golpe suave en la puerta, que Valentina reconoció por el ritmo antes de que produjera el sonido, y luego silencio.

No fue a abrir.

Los pasos se alejaron por el corredor hacia la escalera con la misma regularidad de siempre, sin la variación que indica que el que se aleja ha decidido algo diferente. Valentina escuchó hasta que el sonido desapareció en la planta baja y luego escuchó el silencio que venía después, que en el palacio era un silencio con su propia densidad, como todos los silencios de los lugares que llevan suficiente tiempo siendo lo que son.

Tomó el libro de Montaigne de la mesilla, que llevaba cuatro noches ahí sin que hubiera avanzado más allá de la página noventa porque la página noventa era donde estaba el segundo subrayado, y esa noche no fue a la página noventa sino que abrió el libro al principio y leyó desde la primera página con la atención de quien busca en el texto algo que no sabía que estaba buscando.

En la página diecisiete había otro subrayado. La tinta era del mismo color marrón de la página sesenta y tres, del mismo tiempo.

Il faut apprendre à souffrir ce qu'on ne peut éviter.

Hay que aprender a sufrir lo que no se puede evitar.

Valentina cerró el libro. Apagó la lámpara. Y se quedó despierta en la oscuridad durante un tiempo largo pensando en Elsa Richter y en el cuaderno de tapas oscuras y en las cuatro fechas y en el hombre del que todavía no tenía ninguna descripción física excepto el apellido y la coincidencia, que era todo lo que se necesita para que algo deje de parecer coincidencia.

— VII —

El primer baile

La invitación al Hausball del Palais Schwarzenberg llegó a través del tío Rodrigo, que la entregó sin explicar cómo la había obtenido, lo que en el tío era una forma específica de comunicación: daba las cosas que no quería explicar con la misma soltura con que los prestidigitadores hacen aparecer objetos, confiando en que la aparición fuera suficientemente interesante para que nadie preguntara por el mecanismo.

La invitación era para el sábado. El tío lo mencionó el jueves por la tarde en el palacio, donde había ido con el pretexto de tomar café con Valentina y el propósito real, que ella identificó en el primer minuto, de verificar el estado de algo que no podía verificar de otra manera. Lo que verificó, sin preguntar directamente, era que Valentina seguía en el palacio por voluntad propia y no por ninguna otra razón. Valentina lo dejó verificar y no dijo nada sobre el propósito, que era lo que hacía con las cosas que el tío necesitaba pero que no habría sabido pedir.

—Hay un Hausball el sábado —dijo el tío, con la taza de café en la mano y la vista en el jardín interior que desde el salón del primer piso se veía parcialmente, el ángulo de la fuente y el muro del fondo con la hiedra.— En el Palais Schwarzenberg. Tercer distrito.

—¿Tienes invitación?

—Tenemos invitación. Los dos.

Valentina consideró eso. Un Hausball de noviembre en el tercer distrito era el tipo de evento que abría la Saison para las familias que tenían palacio propio y que preferían empezar la temporada con una escala menor antes del Carnaval de enero, cuando los bailes se convertirían en espectáculo público. Era una distinción de clase dentro de otra distinción de clase: los que tenían palacio hacían el

Hausball, los que no tenían palacio iban al baile del Casino o del Kursalon, y los que no tenían suficiente para ninguna de las dos opciones leían sobre ambos en los periódicos del lunes.

—¿Quién más irá? —preguntó.

El tío hizo el movimiento de los hombros que en él equivalía a un encogimiento de hombros pero que ejecutaba sin el movimiento completo porque consideraba que los encogimientos de hombros eran una expresión facial del cuerpo y que las expresiones faciales del cuerpo eran poca cosa para un hombre de su formación.

—La gente que va a esas cosas.

Valentina entendió que la respuesta era la única que iba a recibir y que el resto lo tendría que averiguar en el Palais Schwarzenberg el sábado por la noche. Lo anotó en el cuaderno negro junto a las otras entradas de la semana y pasó el viernes y el sábado por la mañana en la biblioteca del palacio con el volumen sobre el Imperio Otomano que había dejado a medias y dos preguntas para Voss que tampoco avanzaban al ritmo que habría necesitado para sentirse cómoda con la cantidad de información pendiente.

El vestido era el azul oscuro. Lo había traído desde Sevilla sin saber exactamente para qué lo traía, de la misma manera que uno lleva cosas cuya utilidad no es todavía evidente pero que tienen el tipo de presencia en el armario que hace inconveniente dejarlas. La seda no era de primera calidad ni el corte era el de la temporada en curso, pero era correcto con la corrección de lo bien proporcionado, que en las personas que saben leer la ropa es suficiente y en las que no saben leerla produce exactamente el mismo efecto que lo incorrecto, que era la categoría de personas con las que Valentina no necesitaba que su ropa hablara.

La peluquera que el tío había contratado llegó al apartamento de la Praterstrasse a las seis. Era una mujer de manos rápidas y poco habladoras que hizo con el cabello de Valentina exactamente lo que el cabello de Valentina permitía que se hiciera, sin intentar convertirlo en algo que no era, que era el criterio con el que Valentina juzgaba a los profesionales de cualquier tipo: los que trabajaban con el material que tenían y los que trabajaban contra él.

El carruaje que el tío había alquilado los llevó al tercer distrito por el Ringstrasse. Noviembre había decidido que esa noche le correspondía ser frío sin compensaciones, sin la nieve que al menos tenía la virtud estética de cubrir lo gris de todo lo demás, solo el frío seco y la oscuridad interrumpida por los faroles de gas y por las ventanas de los palacios que ya tenían la Saison encendida dentro.

El Palais Schwarzenberg estaba detrás del Belvedere, con la fachada principal hacia el jardín y la entrada para los carruajes por el lateral, donde los lacayos de librea abrían las portezuelas con la eficiencia de quien lleva toda la noche repitiendo ese gesto y que ha desarrollado la capacidad de hacerlo exactamente igual la primera vez que la cuadragésima. La escalinata de piedra tenía las arañas exteriores encendidas y el frío del exterior cedía en el umbral con esa transición brusca de los palacios donde el calor viene de los cuerpos y las velas y no de ninguna instalación moderna, lo que producía en la entrada un primer golpe de temperatura y luego, más despacio, la distribución de ese calor por las capas de la ropa.

El interior olía a cera de vela, a perfume francés —el de las mujeres que podían permitirse perfume francés y el de las que podían permitirse imitarlo, que en un salón cerrado se fundían en algo que era los dos a la vez— y al champán que circulaba en bandejas de plata con la solemnidad que la alta sociedad vienesa reservaba para las cosas que consumía en cantidad. La orquesta estaba en el extremo sur del salón, quince músicos, y tocaba algo de Brahms que Valentina reconoció vagamente sin poder nombrar la pieza específica.

El tío la presentó a tres parejas y a una baronesa viuda cuyos nombres Valentina archivó con la atención de quien sabe que los necesitará para la cortesía pero no para nada más, y luego desapareció hacia el lado del salón donde había hombres con conversaciones pendientes, que era donde el tío siempre desaparecía en los eventos sociales porque los hombres con conversaciones pendientes eran el tipo de compañía que prefería a cualquier otra.

Valentina se quedó con la copa de champán que alguien le había puesto en la mano sin que ella la hubiera pedido y se dedicó a lo

que mejor sabía hacer en situaciones de naturaleza desconocida: mirar.

El salón era largo, con las columnas de mármol blanco y el techo pintado con el tipo de alegoría que el siglo anterior había considerado apropiada para los techos donde se bailaba: dioses y ninfas en proporciones imposibles, con la carne rosada que los pintores de ese siglo atribuían al placer como si el placer tuviera un color específico. Las parejas en la pista describían los círculos del vals con esa competencia tranquila de quienes lo han hecho desde los cinco años, cuando el vals dejó de ser una novedad escandalosa —que lo había sido, en el siglo anterior, antes de que el Imperio lo adoptara como idioma propio— y se convirtió en el único baile que cualquier persona de cualquier edad podía bailar sin que la edad fuera un obstáculo ni una excusa.

Llevaba veinte minutos en el salón cuando lo vio.

Nikolai Voss estaba en el extremo opuesto, en un grupo de cinco o seis hombres que tenían el aspecto de ser personas de importancia que no necesitaban demostrarlo, lo que en la escala de la alta sociedad vienesa de 1887 era la importancia más alta posible. Llevaba el frac con la naturalidad de quien lleva ropa cómoda, y en ese contexto era diferente al hombre de la biblioteca y el jardín interior: más presente, con una modulación leve de la postura y la expresión que Valentina tardó varios minutos en identificar como la versión social de lo que era en privado, del mismo modo en que un idioma tiene un registro formal y uno doméstico sin dejar de ser el mismo idioma.

Lo observó durante una hora sin que él pareciera hacer ningún esfuerzo en el salón. Saludó a cuatro hombres con el tipo de reconocimiento que implica historia larga. Rechazó con cortesía a dos personas que intentaron presentarle a alguien. Escuchó al hombre de su derecha durante tres minutos y respondió en dos frases que hicieron que el grupo asintiera con la convicción de quien ha escuchado la conclusión que estaba buscando. Bebió el champán de la copa que llevaba en la mano desde antes de que Valentina lo viera, con la periodicidad de quien bebe porque el vaso es parte del protocolo social, no porque tenga sed.

No se acercó a ella. La miraba, en intervalos que Valentina midió sin proponérselo, con la brevedad suficiente para que cualquier observador externo lo atribuyera a la circulación normal de la mirada en un salón donde había ciento veinte personas y los ojos tenían que ir a alguna parte. Valentina, que no era un observador externo, sabía que la miraba con la intencionalidad de quien verifica que algo sigue donde lo dejó.

El primer vals terminó. Empezó el segundo.

Voss cruzó el salón.

Lo hizo con esa eficiencia que tenía para el movimiento en los espacios con gente: sin prisa aparente, sin rodeos, con la levísima redistribución del espacio que producía a su alrededor sin hacer nada para producirla. Llegó hasta donde estaba Valentina y ejecutó la reverencia con la inclinación exacta del Hausball, que era diferente a la del Carnaval y diferente a la de la presentación formal, con el grado de formalidad que correspondía a alguien que conocía la diferencia entre las tres.

—Señorita Serralde —dijo, en español, suficientemente bajo para que solo ella lo escuchara entre el ruido del salón.— ¿Me permite?

No era exactamente una pregunta. Tenía la forma de una pregunta con el contenido de lo inevitable: Valentina podía negarse —era socialmente libre de negarse, no había ninguna obligación que lo impidiera— pero negarse en ese momento, con la baronesa viuda a cuatro metros y dos hombres del grupo de Voss mirando desde la distancia que en el protocolo vienés se consideraba discreta y que era exactamente la distancia desde la que todo se veía, habría producido el tipo de comentario social que en los Hausball de noviembre duraba hasta el Carnaval de enero.

Él lo sabía. Ella sabía que él lo sabía. Los dos sabían que los dos lo sabían.

—Por supuesto —dijo.

Le dio la mano enguantada. Los guantes eran de cabritilla blanca, de tres botones en la muñeca, del tipo que las invitaciones a los Hausball especificaban sin especificarlos porque formaban parte del código de vestimenta que no necesitaba estar escrito para ser

obligatorio. Nikolai Voss llevaba guantes también, del mismo material, y el contacto entre los dos guantes en ese momento producía la paradoja táctil específica de los guantes: la presencia de la mano sin el contacto de la piel, la forma sin la temperatura, que era en 1887 la única forma legítima de tocar la mano de alguien que no era de la familia o el marido.

La pista estaba suficientemente concurrida para que el protocolo del vals fuera el que correspondía: su mano en la cintura de Valentina, exactamente donde el protocolo indicaba, ni un centímetro más arriba ni más abajo ni más adentro. La mano derecha de Valentina en el hombro de él. Los cuerpos a la distancia que permitía girar sin interferir con los demás, que era también la distancia mínima compatible con la decencia y la distancia máxima compatible con bailar.

Llevaba el calor equivocado.

Eso fue lo primero que Valentina registró: la mano de él en su cintura tenía una temperatura que no correspondía a la de alguien que lleva una hora en un salón con ciento veinte personas y quince músicos y cincuenta velas encendidas. No era el frío de quien acaba de llegar del exterior. Era otra cosa, ese calor específico que los objetos mantienen durante horas después de haber estado cerca de una fuente de calor y que en el cuerpo de una persona no debería existir porque los cuerpos de las personas funcionan de otra manera, con la sangre que reparte la temperatura de manera uniforme y que responde al entorno con la docilidad de los sistemas que llevan milenios aprendiendo a adaptarse.

El cuerpo de ese hombre no se adaptaba.

Lo sabía ya de los jardines, del Innenhof en noviembre donde había estado horas sin que el frío le importara. Lo sabía de las manos en el escritorio de la biblioteca, de la temperatura que no correspondía a la del espacio que compartían. Pero en el Kachelofen y en el jardín había siempre la posibilidad de explicaciones alternativas que Valentina había dejado en la columna de las hipótesis por falta de evidencia directa. Aquí era diferente. Aquí tenía la mano de él en su cintura a través de dos capas de tela y el guante, y el calor que llegaba a través de esas tres superficies era

del tipo que no habría podido llegar a través de tres superficies si no hubiera sido considerablemente más intenso en el origen.

Archivó el dato. Siguió bailando.

La orquesta tocaba con la precisión mecánica de quien conoce el vals de memoria y puede tocarlo sin pensar en lo que toca, lo que producía en la música esa calidad específica de la competencia absoluta: perfecta e impersonal, como un reloj que da la hora exacta sin saber qué es la hora. Valentina se concentró en los pies —no en los suyos, que sabían lo que tenían que hacer, sino en la forma en que él gobernaba el movimiento de los dos en el espacio de la pista, sin el esfuerzo visible del que dirige sino con la naturalidad del que ha bailado durante suficiente tiempo como para que dirigir sea una extensión del caminar.

—¿Lleva usted mucho tiempo en Viena? —preguntó él. Era la pregunta de protocolo del vals, la que se hace para cubrir el silencio sin llenarlo de nada que requiera continuación.

—Dos semanas y media.

—¿Le parece hermosa la ciudad?

—Me parece muy consciente de sí misma —dijo Valentina.— Que no es lo mismo.

Una pausa. El tiempo de dos compases, que en el vals era suficiente para que el silencio tuviera su propio contenido.

—No —dijo él.— No es lo mismo.

Giraron. La araña de cristal más cercana pasó sobre sus cabezas y su luz fragmentada cayó sobre los guantes blancos de Valentina y sobre los hombros del frac de Voss y sobre el espacio entre sus cuerpos, que era el espacio correcto y al mismo tiempo el espacio desde el que cualquier detalle físico del otro era perfectamente perceptible sin que hubiera ningún modo de no percibirlo que no fuera dejar de estar ahí.

La marca de la muñeca izquierda pulsaba.

Valentina lo notó al tercer giro, cuando la posición del vals ponía la muñeca izquierda en el hombro de Voss con el guante entre los dos. Era la pulsación de siempre, la que conocía desde los nueve años, pero con una cualidad diferente: más regular, más sostenida, del tipo de pulso que no es aviso sino respuesta, como si la marca

hubiera encontrado en la proximidad de esa mano en su cintura algo que la pusiera en resonancia con una frecuencia que normalmente no alcanzaba.

Tres por cuatro. El vals era tres por cuatro y la pulsación de la muñeca era también tres por cuatro, o eso le parecía a Valentina, que era consciente de que la percepción de las regularidades tiende a ajustarse al patrón disponible más cercano y que por tanto no podía confiar en esa observación específica. Pero la pulsación era real. La había tenido en el Innenhof y en la biblioteca y en el corredor del segundo piso cuando él había pasado y ella había estado en el salón con el Montesquieu, y siempre con esa misma cualidad de respuesta antes que de aviso.

No bajó la vista a la muñeca. No había ningún motivo que justificara bajar la vista a la muñeca en mitad de un vals en el Palais Schwarzenberg, y además bajar la vista habría sido perder el equilibrio del seguimiento, que requería mantener la atención en el hombro del que dirige para anticipar los giros.

Mantuvo la atención en el hombro. Registró el pulso. Siguió bailando.

—¿Ha podido avanzar en las lecturas de la biblioteca? —preguntó Voss, con el tono de quien cambia el tema de la conversación hacia algo más concreto porque lo concreto es más fácil que lo que acaba de estar ocurriendo.

—He encontrado cosas interesantes en el segundo estante de la galería.

—¿Cuáles?

—Los que no tienen título en el lomo.

Otra pausa. Más larga que la anterior. Valentina sintió —no era la palabra correcta, pero era la más cercana— una variación leve en la presión de la mano en su cintura, no un apriete sino lo contrario, el equivalente táctil de lo que en el rostro habría sido una fracción de segundo de atención reenfocada.

—Esos —dijo Voss— están en un idioma que probablemente no conoce.

—Probablemente. Mañana es una de mis preguntas.

El vals estaba llegando al final. Valentina lo sabía por el patrón de la orquesta, que en los últimos ocho compases añadía un elemento de la cuerda que no había estado en el cuerpo principal de la pieza, un refuerzo que servía para que los bailarines supieran que el tiempo de finalizar la posición se acercaba. Era la única cortesía que el vals tenía incorporada: avisaba de su propio final con suficiente anticipación para que los cuerpos que habían estado en la posición correcta durante cuatro minutos pudieran prepararse para salir de ella.

Los últimos cuatro compases.

Valentina era consciente de cada uno de los cuatro compases con una precisión que no era habitual en ella cuando bailaba, que era una actividad que normalmente le ocupaba el cuerpo sin ocuparle la cabeza de esa manera. El compás tres. El compás dos. El último.

La orquesta terminó.

Nikolai Voss ejecutó la reverencia de cierre con la inclinación exacta. Cuando se incorporó, la posición del movimiento lo dejó con la boca a la altura de la mano enguantada de Valentina, en el momento entre haber soltado y haber terminado de incorporarse, la fracción de segundo en que el protocolo del vals permitía esa proximidad porque era la consecuencia mecánica del gesto y no una elección. No la besó. No había ninguna razón de protocolo que lo permitiera en ese tipo de baile y en ese tipo de relación. Pero la proximidad existió, esa fracción de segundo donde la distancia entre la boca de él y el dorso del guante de ella era la distancia que existe entre lo permitido y lo que no ha ocurrido todavía.

Valentina retiró la mano.

—Gracias —dijo él.

—Igualmente —dijo ella.

Voss regresó al grupo de hombres importantes con la misma fluidez con que había llegado. Valentina cogió una copa de champán fresco de la bandeja del mozo que pasaba, que era lo que las personas hacían después de bailar aunque no tuvieran sed, y se quedó donde estaba. La cara completamente neutral, que era el único registro disponible en ese momento. El interior de la cabeza

ocupado en separar lo que había sentido de lo que habría podido sentir dadas las circunstancias, que era el primer paso después de cualquier experiencia que merecía la pena examinar y que en este caso era más difícil que de costumbre porque las circunstancias incluían variables que no formaban parte del análisis habitual.

La mano en la cintura. El calor que no era el calor correcto. La pulsación de la muñeca en tres por cuatro. La fracción de segundo al terminar.

El tío Rodrigo apareció a su lado veinte minutos después, cuando el tercer vals estaba empezando y Valentina había declinado a dos hombres que le habían pedido el baile con la cortesía que permite declinar sin dar razones. El tío tenía la cara de los últimos días, que era la cara de la culpa en sus diferentes estadios, y ese específico estaba en el estadio en que la culpa ha decidido que ya no puede seguir siendo solo culpa y necesita convertirse en confesión aunque la confesión llegue tarde.

—Valentina —dijo, con la voz baja del que habla en un salón donde no quiere ser oído.— Tengo que decirte algo.

—¿Aquí?

—Aquí o en ningún sitio.

Se movieron hacia el corredor que unía el salón con el vestíbulo, donde había menos gente y los músicos llegaban amortiguados por las paredes. El tío se limpió las manos en los pantalones, un gesto que Valentina no le había visto nunca porque era un gesto que los hombres de su formación no hacían en ningún contexto que no fuera la completa pérdida de control sobre los propios gestos.

—He firmado algo —dijo.— Una addenda al contrato original. El señor Voss me la propuso hace seis meses. —Una pausa que duró lo que duran las pausas de las personas que están intentando decir algo que saben que no tiene versión mejor de cómo decirlo.— La firmé pensando que te daba más tiempo. Que retrasaba el vencimiento del contrato original.

Valentina esperó.

—Retrasa el vencimiento seis meses. Pero al firmarlo... confirmé los términos. Le dije, en nombre de la familia, que los términos eran aceptables. —El tío no la miraba.— Para ti.

—¿Cuándo fue eso?

—En mayo.

—En mayo. —Valentina no alzó la voz. No había ninguna razón para alzarla.— Hace seis meses firmaste algo en mi nombre sin preguntarme.

—Pensé que te protegía.

—Ya sé lo que pensaste.

El tío levantó la vista. En ella había la expresión de los que han hecho algo que no puede deshacerse y lo saben y lo han sabido desde el momento en que lo hicieron, y que aun así lo hicieron porque en ese momento les pareció que era lo que correspondía, y que ahora llevan seis meses viviendo con la distancia entre lo que les pareció que correspondía y lo que en realidad era.

—Lo siento —dijo.

Era la cuarta vez en tres semanas. El tío Rodrigo, en veintidós años, no lo había dicho ninguna.

Valentina le puso la copa de champán vacía en la mano, fue al guardarropa a buscar el abrigo, y salió del Palais Schwarzenberg a la noche fría de noviembre sin esperar el carruaje.

Caminó hasta el Ringstrasse a pie. La nieve no había caído esa noche pero el frío la recordaba, con esa temperatura que en Viena de noviembre era siempre la del día siguiente a la nieve aunque no hubiera nevado, como si el frío fuera más fiel a la memoria de la nieve que a la ausencia de ella. Los faroles de gas proyectaban sobre los adoquines una luz que tenía el color de la cera y que alcanzaba exactamente lo suficiente para ver el siguiente farol, de modo que el Ringstrasse de noche era una secuencia de iluminaciones separadas por intervalos de oscuridad que no eran oscuridad sino la ausencia de la luz artificial, que en la ciudad es diferente a la oscuridad de los lugares sin luz.

Caminó sin apresurarse. El abrigo era suficiente para el frío aunque habría sido más cómodo el del tío, que era más grueso, y habría resultado inconveniente pedírselo dado que el tío probablemente seguía en el Palais Schwarzenberg con la copa de champán vacía en la mano y la expresión de los que acaban de decir algo que no podían seguir sin decir.

En el palacio, el portero la dejó entrar sin comentario. Frau Bergmann no estaba a esa hora, que era pasadas las diez. El corredor del primer piso estaba en penumbra, con la lámpara de la consola encendida y la de los cuadros apagada, lo que convertía la galería de retratos en una sucesión de rectángulos oscuros donde los fondos con la figura recurrente eran invisibles pero Valentina los sabía ahí de todas formas.

Subió al tercer piso. Se quitó el abrigo, los guantes, los zapatos con la hebilla que había apretado durante cuatro horas. Se sentó en la silla de la ventana con el cuaderno negro en las manos y la vista en el jardín interior donde la fuente seguía apagada y la nieve de días anteriores seguía en los bordes de los parterres donde el viento no la había movido.

Escribió durante cuarenta minutos.

No preguntas. Hechos. La addenda del tío y lo que significaba en términos concretos: que no había negociado un plazo sino confirmado un vencimiento. Que los treinta días de una pregunta por día no eran la condición que había creído negociar sino el tiempo que Voss le había concedido antes de que el contrato llegara a su fin de una u otra manera. Que la condición de poder salir cuando quisiera, que había considerado la concesión que le daba ventaja, era simplemente la prueba de que él no necesitaba retenerla físicamente para que el contrato funcionara.

Luego escribió, en una línea separada: El vals.

Debajo, después de un momento: La mano. El calor. La muñeca.

Debajo, con la pluma que había dejado de moverse sobre el papel sin que ella hubiera decidido dejarla parar: La fracción de segundo al terminar.

Se quedó mirando esa última línea durante un tiempo que no midió. Luego pasó la página y escribió en la página nueva, en letras más grandes, con la presión de la pluma que uno usa cuando escribe lo que necesita que el papel soporte de manera diferente a las otras entradas:

¿Qué quiero yo de esto?

Era la pregunta que no había hecho todavía. No al tío, no a Voss, no a Elsa, no al cuaderno. La única pregunta que importaba

después de tres semanas de preguntas sobre el contrato y los retratos y la tinta de cien años y el hombre inmóvil en el jardín de noviembre, y que requería más honestidad que cualquiera de las otras porque no tenía objeto externo al que dirigirse: solo a ella misma, que era el interlocutor más difícil de los disponibles.

La dejó sin respuesta.

Cerró el cuaderno. Apagó la lámpara.

En la oscuridad de la habitación del tercer piso, con los guantes de cabritilla sobre la silla y el vestido azul colgado en el armario y el reloj del padre marcando la medianoche con su tic pequeño y constante, Valentina estuvo despierta con la pregunta sin respuesta y la pulsación quieta de la muñeca y el calor equivocado de una mano en su cintura que el cuerpo siguió recordando mucho después de que la cabeza hubiera decidido que era suficiente.

— VIII —

El décimo día

PARTE II

La negociación

El décimo día Valentina dejó de llevar la cuenta de los días que quedaban y empezó a llevar la cuenta de los días que habían pasado, que era una diferencia de perspectiva que no cambiaba el aritmético pero que cambiaba lo que el aritmético significaba: pasar de contar lo que se agota a contar lo que se ha acumulado es la diferencia entre vivir en el déficit y vivir en el activo, y Valentina prefería el activo aunque la cifra fuera la misma.

Diez días en el palacio. Diez preguntas. Lo que sabía ahora que no sabía al principio: que el contrato tenía veintidós años, que su padre lo había firmado en condiciones que no eran condiciones sino la única salida de algo sin salida, que los retratos de la galería documentaban la presencia de un hombre que no había envejecido en noventa y ocho años, que el ala este estaba cerrada por una razón que Voss no había dado todavía aunque era una de las preguntas pendientes, que el hermano existía y que su existencia tenía relación con cuatro muertes que Elsa llevaba dos años investigando.

Lo que no sabía todavía: qué era Nikolai Voss, aunque la respuesta de esa pregunta se había ido formando en la columna derecha del cuaderno con la lentitud de las conclusiones que no se alcanzan de golpe sino por la acumulación de datos que en algún momento alcanzan la masa suficiente para colapsar en certeza. Qué contenía el ala este. Quién había subrayado el Montaigne y cuándo y qué relación tenía esa persona con la habitación del ala este que Valentina había descrito durante la sesión hipnótica con Elsa. Qué quería ella de esto, que era la pregunta de la última página del

cuaderno que seguía sin respuesta porque las respuestas que encontraba cuando la miraba no eran del tipo que se anota sino del tipo que se deja estar.

Desayunó con Voss a las ocho, como todos los días desde el primero. Los desayunos habían adquirido el ritmo de los rituales que dos personas desarrollan sin acordarlo: él llegaba cuando Frau Bergmann había puesto ya el café y los Semmel, Valentina bajaba dos minutos después, y los diez o doce minutos que duraba el desayuno eran el único momento del día en que no había ningún trato que cumplir ni ninguna pregunta que gestionar. No era exactamente conversación. Era algo más cercano a la convivencia, que es diferente a la conversación porque no requiere que nadie diga nada para que algo ocurra.

Esa mañana, Voss leyó el periódico durante los diez minutos. El Neue Freie Presse del día, con la portada doblada en el ángulo que los hombres que leen el periódico en la mesa del desayuno doblan cuando quieren leer sin perder de vista el café. Valentina comió el Semmel y lo observó. Observar a alguien leyendo el periódico revelaría poco en la mayoría de los casos, pero en el caso de Nikolai Voss reveló tres cosas: que leía la sección de política exterior antes que la interior, que pasaba sin detenerse sobre los artículos de tres o cuatro columnas y se detenía en los más cortos, y que en un momento determinado, en la página cuatro, algo lo hizo detenerse durante más tiempo del que había dedicado a nada de lo anterior.

No dijo qué era. Dobló el periódico, lo dejó junto al plato, y bebió el café.

—¿Hay algo interesante en el periódico? —preguntó Valentina.

—Siempre hay algo interesante en el periódico —dijo él.— La dificultad es que rara vez es lo que uno busca.

Era la frase más larga que le había dicho en un desayuno. Valentina la anotó mentalmente junto a la página cuatro y al movimiento de detenerse, y terminó el café.

Ese día tenía trabajo en el archivo.

El archivo del palacio no era el archivo en el sentido que los archivos públicos tienen esa palabra: no había funcionarios ni sistemas de catalogación ni el olor específico de los edificios donde

muchos documentos han convivido durante mucho tiempo con la humedad. Era una habitación en el segundo piso, al fondo del corredor norte, con la puerta sin llave, que Valentina había encontrado el tercer día de exploración sistemática y que había anotado en el cuaderno con la descripción de un espacio que claramente no se usaba pero que tampoco se cerraba, lo que en la taxonomía de las puertas del palacio la situaba en la categoría más interesante: no prohibida, no abierta, simplemente ignorada.

Había ido dos veces antes de ese décimo día, las dos sin resultado específico porque el archivo tenía el problema de los archivos sin sistema de catalogación: todo estaba ahí pero nada estaba en el sitio que habría correspondido si alguien se hubiera ocupado de decidir cuál era el sitio que correspondía a cada cosa. Cajas de cartón apiladas sin orden visible. Legajos atados con cinta que en algunos casos era la misma cinta con que habían sido atados en el siglo anterior, ya tan deteriorada que el tacto la deshacía. Libros de contabilidad cuyas fechas, cuando las había, abarcaban desde finales del siglo XVIII hasta la década de 1860, sin continuidad y sin el tipo de hilo cronológico que haría el archivo legible para quien no supiera ya lo que buscaba.

Valentina sabía lo que buscaba. O sabía el contorno de lo que buscaba, que no era lo mismo pero era suficiente para empezar: cualquier nombre que no fuera Voss. Cualquier referencia a una persona que hubiera vivido en el palacio antes de que el palacio fuera del Ringstrasse, que era antes de 1857, que era antes de que Franz Joseph I ordenara la demolición de las murallas y el bulevar surgiera en su lugar con la velocidad de lo que tiene dinero imperial detrás. El palacio era más antiguo que el Ringstrasse: eso lo sabía por la escalera de servicio, que tenía la piedra de los muros del siglo anterior, y por el Kachelofen de la biblioteca, que tenía los azulejos de manufactura anterior a 1800.

Si Nikolai Voss llevaba el tiempo que los retratos sugerían, había habido otras personas en ese palacio. Y donde hay personas en un palacio durante suficiente tiempo, hay documentos.

Ese décimo día, en la caja de cartón del ángulo noroeste que no había abierto en las dos visitas anteriores porque tenía el aspecto de

las cajas que contienen papeles domésticos sin interés, Valentina encontró el libro de registro de los criados.

Era un volumen encuadernado en tela oscura, del formato de los libros de contabilidad pero con las páginas divididas de otra manera: nombre, fecha de entrada al servicio, fecha de salida o de fallecimiento, y en la última columna, más estrecha, una nota en letra pequeña que en algunos casos era una descripción del motivo de la salida y en otros era solo una inicial o un símbolo que Valentina no reconoció de inmediato. Las fechas de la primera página eran de 1803. Las de la última, de 1861. Cincuenta y ocho años de personal doméstico del Palais Voss, documentados con la precisión de quien sabe que los nombres de los criados son el registro más honesto de una casa porque los criados no tienen motivo para mentir sobre cuándo llegaron ni cuándo se fueron.

Lo llevó a la ventana del archivo, donde la luz del mediodía de noviembre era la mejor disponible, y lo leyó con la atención de quien lee un documento que podría contener lo que busca en cualquiera de sus páginas o en ninguna.

En la página dieciséis, con fecha de entrada de 1817 y la columna de salida en blanco, había un nombre:

Inés Carvajar. Dama de compañía.

La última columna tenía, en lugar de motivo de salida o inicial o símbolo, una sola palabra en la misma letra de quien había llevado el registro durante todos esos años: la letra era la misma en toda la primera mitad del volumen, con esa consistencia que indica un mismo escribano o un mismo sistema transmitido con fidelidad. La palabra era:

Permanece.

Valentina leyó eso dos veces. Luego leyó las entradas de las tres páginas siguientes, que eran todas de 1817 y 1818 y que tenían en su columna de salida fechas o los términos habituales —«fallecida», «desvinculada», «regresó a su país de origen»— con la regularidad del servicio doméstico de un palacio donde la gente llegaba, cumplía un tiempo, y se iba por las razones habituales por las que la gente se va de los sitios.

Solo Inés Carvajar tenía «Permanece» en la columna de salida.

El apellido era español. La posición —dama de compañía— implicaba que había habido alguien a quien acompañar, lo que implicaba a su vez la presencia de otra persona en el palacio, femenina y de posición suficiente para requerir compañía, de quien no había ninguna otra entrada en el registro de esa fecha. Las damas de compañía no se contrataban para los hombres solos.

Anotó todo en el cuaderno negro con la letra que usaba cuando la información era de las que no podían perder ningún detalle en la transcripción: más lenta, más precisa, sin las abreviaciones que usaba para las entradas de menor urgencia. Inés Carvajar. 1817. Dama de compañía. Permanece.

Pasó las dos horas siguientes buscando en el resto del archivo cualquier otra referencia al nombre. En los libros de contabilidad de 1817 a 1820, tres entradas de gastos que incluían compras de libros en español —novelas, un devocionario, un diccionario español-alemán— que alguien había realizado por encargo y cuyo destinatario no estaba especificado pero cuya naturaleza sugería a alguien que leía en español y que estaba aprendiendo alemán. En un legajo de correspondencia de 1819, una carta sin firma que empezaba en español y terminaba en un alemán que tenía los mismos errores de construcción que el alemán de alguien que lo aprende de adulto, dirigida a «mi señora» y que describía los preparativos de algo que la carta llamaba «lo que viene» sin más especificación.

No había ninguna carta de respuesta. No había ningún otro documento que nombrara a Inés Carvajar después de 1821, que era la última fecha de las entradas de gastos de libros. No había ninguna otra entrada en el registro de criados con ese nombre ni con ninguna variante de él.

Permanece, pero no en los documentos.

Valentina cerró el archivo a la hora de comer. Bajó al comedor donde Frau Bergmann había puesto la mesa para uno, porque Voss no comía al mediodía —nunca lo hacía, en los diez días no lo había visto comer nada antes de la cena— y comió el estofado de verduras con el pan oscuro del segundo distrito que Frau Bergmann compraba en la panadería de la Praterstrasse y que tenía una densidad

diferente al pan del Ringstrasse, más honesto, sin las pretensiones del pan que sabe que va a comerse en un palacio.

Pensó en Inés Carvajar mientras comía.

Pensó en la habitación del ala este que había descrito durante la sesión con Elsa, en el vestido sobre la silla que no era el suyo, en el olor a pino y a cera de vela que no correspondía a ninguno de los olores del palacio que conocía porque los olores del palacio que conocía eran los de las diecisiete habitaciones accesibles y no los de las treinta que no lo eran. Pensó en el alemán arcaico que había usado durante la hipnosis, con las construcciones de otro tiempo, y en que Inés Carvajar habría aprendido el alemán en 1817 cuando el alemán era exactamente así.

La pregunta de ese día era sobre el ala este. La había decidido la noche anterior y no la había cambiado, aunque ahora tenía una pregunta adicional que pesaba más que cualquier otra de las que llevaba diez días acumulando.

Voss estaba en la biblioteca cuando ella subió a las cuatro. Lo encontró de pie en la galería del segundo nivel con un volumen abierto en las manos, el tipo de lectura de pie que solo se hace con los libros que no se pueden llevar al sillón porque son demasiado frágiles para soportar el movimiento o porque la galería tiene mejor luz para ese tipo de papel. Bajó cuando escuchó la puerta, con la escalerilla de hierro que crujía en el segundo peldaño y que Valentina había aprendido a reconocer por el sonido antes de que él apareciera sobre la barandilla.

—¿Le ha resultado útil el archivo? —preguntó, llegando al suelo de la biblioteca con el libro cerrado en la mano.

—¿Cómo sabe que he estado en el archivo?

—Porque tiene polvo en el codo del abrigo que no estaba esta mañana y que corresponde al polvo específico del ángulo noroeste de esa habitación, que es donde se deposita el que viene de las cajas de cartón y que tiene una textura diferente al del resto de las estanterías.

Valentina bajó la vista al codo del abrigo. El polvo era exactamente del color y la textura que él había descrito. Lo sacudió con dos golpes de la palma de la mano.

—La pregunta de hoy —dijo— es sobre el ala este. No si está cerrada, que ya lo sé. Por qué está cerrada.

Voss fue al escritorio. No se sentó. Apoyó el libro sobre la superficie de cuero con ese gesto de dejar algo que pesa, no por el peso físico sino por otro tipo de peso que los objetos adquieren cuando llevan suficiente tiempo siendo importantes.

—El ala este contiene la habitación de alguien que vivió en este palacio —dijo— y que ya no vive aquí. Está cerrada porque abrirla en este momento sería un error de juicio de mi parte.

—¿Por qué sería un error de juicio?

—Eso es una segunda pregunta.

—Es la misma pregunta con el siguiente paso lógico.

La miró. En la biblioteca a las cuatro de la tarde de noviembre la luz era la de siempre, gris y uniforme, sin la dirección que haría que el rostro de alguien tuviera sombra o relieve. Era la luz que mostraba las cosas como eran sin añadir ni quitar nada, que en ese rostro producía el mismo efecto que la luz del mediodía del día de la reunión del contrato: la cara de alguien cuya edad era la herramienta equivocada para medirlo.

—Porque —dijo, después de la pausa que usaba cuando elegía cuánto decir— hay cosas que necesitan un orden. No porque el orden sea arbitrario sino porque el contexto cambia el significado de la información. Lo que está en el ala este tiene sentido en un contexto que todavía no tenemos.

—¿Quién es Inés Carvajar?

El silencio que siguió a eso fue diferente a todos los silencios anteriores.

No fue el silencio de quien elige cuánto decir. Fue el de quien no había calculado que esa pregunta llegaría ese día, lo que en diez días era la primera vez que Valentina veía en él algo que no había sido calculado. Lo vio durar exactamente el tiempo que dura la sorpresa antes de que quien la experimenta la gestione, que en Nikolai Voss era menos tiempo que en la mayoría de la gente pero suficiente para ser visible si se había aprendido a mirarlo.

—¿Dónde ha encontrado ese nombre? —dijo.

—En el registro de criados. 1817. Dama de compañía. La columna de salida dice «permanece».

Voss se apartó del escritorio. Fue a la ventana de la biblioteca que daba al jardín interior, con ese movimiento que hacía cuando necesitaba espacio entre él y la conversación. El jardín en la luz de las cuatro de la tarde de noviembre era una acuarela de grises: la nieve en los parterres, el cielo igual que la nieve, el muro del fondo con la hiedra que en esa luz no era hiedra sino el dibujo de lo que la hiedra deja cuando le quitan las hojas.

—Inés Carvajar —dijo, de espaldas a la habitación— es la razón de que el contrato exista.

Valentina esperó.

—Llegó a Viena en 1817 desde Sevilla. —Una pausa.— Tenía veintidós años.

El detalle de la edad tardó un momento en asentarse. Veintidós años. La misma edad que Valentina tenía ahora, que era la edad que el contrato especificaba como edad de la ejecución, que era la edad de la hija primogénita de la cláusula quinta con la ambigüedad que Valentina había identificado en la primera lectura.

—¿Qué pasó con ella? —preguntó.

—Eso —dijo Voss, sin volverse— requiere más de una respuesta y más de un día.

—Lo sé. Por eso lo pregunto hoy y no mañana: para que mañana sea el siguiente día y el siguiente, y así hasta que la respuesta sea completa.

Voss se volvió desde la ventana. La luz del jardín a sus espaldas hacía que la habitación detrás de él fuera más oscura de lo que era, ese efecto de contraluz que convierte a quien está frente a una ventana en una silueta antes que en una cara. Valentina lo miraba de todas formas porque la costumbre de mirarlo había desarrollado en ella la capacidad de leerlo en condiciones de luz que habrían hecho ilegible a cualquier otra persona.

—De acuerdo —dijo.

Fue a la silla del escritorio. Se sentó, que era la señal de que lo que venía a continuación era largo. Valentina fue al sillón junto al Kachelofen porque la tarde era fría y la biblioteca sin el Kachelofen

encendido descendía de temperatura más deprisa que con él, y Frau Bergmann no lo había encendido porque a las cuatro todavía quedaba luz. Se sentó con el cuaderno en las manos y la pluma lista.

—Inés Carvajar llegó a Viena en el otoño de 1817 —empezó Voss, con el tono de quien ha contado algo antes aunque no exactamente esto ni exactamente así— desde Sevilla, donde su familia tenía una posición de la misma naturaleza que la de la familia de su padre. No era la primogénita de su familia. Era la segunda de tres hermanas, lo que en 1817 en España significaba que el matrimonio estaba organizado para la mayor y el convento era la opción probable para la menor y que ella, la segunda, era la que quedaba entre las dos opciones sin pertenecer exactamente a ninguna de las dos. —Una pausa.— El padre de Inés tenía una deuda con alguien que se la saldó proponiéndole que enviara a su hija a Viena como dama de compañía de una familia del Ringstrasse. La familia no era la mía. Pero Viena es una ciudad de palcos superpuestos y Inés conoció el palacio al cabo de seis meses de llegar.

Valentina escribía. No todo: lo que importaba, con las abreviaciones que usaba para las entradas de velocidad, dejando espacio en los márgenes para los añadidos posteriores.

—¿Cómo lo conoció?

—En un concierto en el Burgtheater. La familia para la que trabajaba asistía regularmente. Yo asistía regularmente. —Su expresión no cambió pero había en la frase algo que era diferente a la manera en que describía los otros hechos: más contenido, del tipo que producen las frases que condensan algo que necesitaría mucho más espacio para ser exacto.— Hablamos sobre un cuarteto de Haydn que ninguno de los dos encontraba completamente satisfactorio. Eso fue suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para lo que vino después.

Era la respuesta más elusiva que le había dado en diez días, y al mismo tiempo la más honesta, porque la elusión no era de evasión sino de la dificultad específica de resumir algo que no era resumible sin perder lo que lo hacía ser lo que era. Valentina lo reconoció

porque era el tipo de dificultad que ella misma había tenido con la última página del cuaderno, la de la pregunta sin respuesta.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el palacio? —preguntó.

—Cuatro años. —Hizo una pausa.— Y el resto.

—¿Qué significa el resto?

Voss la miró. La biblioteca había ido oscureciéndose a medida que la tarde avanzaba hacia el punto donde la luz exterior ya no era suficiente para la habitación pero todavía no se había encendido la lámpara, ese intervalo de penumbra que en los espacios con ventanas grandes dura más de lo que parece y que en ese momento hacía de la biblioteca un espacio diferente al de las cuatro de la tarde: más íntimo, del tipo de intimidad que produce la oscuridad cuando dos personas están en el mismo sitio y todavía no han encendido la luz.

—Que hay cosas —dijo Voss— que no terminan cuando terminan. —Una pausa breve.— Que hay personas para las que el final de algo no es el final de todo lo demás.

Era la frase más cercana a un confesión que le había escuchado en diez días, y también la más críptica, del tipo de frase que abre más preguntas de las que cierra. Valentina la escribió en el cuaderno textualmente, entre comillas, porque era de las frases que pierden algo cuando se parafrasean.

—Mañana —dijo— quiero saber qué pasó con ella en esos cuatro años.

—Mañana —confirmó él.

Frau Bergmann apareció en la puerta con la lámpara, como aparecía siempre en ese punto de la tarde cuando la oscuridad había avanzado suficiente para que la lámpara fuera necesaria sin que nadie la hubiera pedido, con la eficiencia de quien ha calibrado exactamente cuándo las cosas se necesitan a través de los años de calibrarlas. Encendió la lámpara de la mesa junto a la butaca de lectura y la de la estantería del primer nivel, y la biblioteca recuperó la distribución de luz que tenía por las noches, más concentrada, con los ángulos más oscuros y el centro de la habitación más visible.

La luz nueva mostró la cara de Voss desde el escritorio, que en la penumbra había sido difícil de leer y que ahora era legible de

nuevo con la legibilidad específica que la tenía: sin las micro-expresiones habituales, sin los gestos de gestión que la mayoría de la gente aplica al rostro cuando sabe que lo están mirando. Solo la cara de alguien que acaba de hablar de algo que lleva mucho tiempo sin hablar y que todavía está en el proceso de saber cómo se siente al haberlo hecho.

Valentina cerró el cuaderno. Se puso de pie.

—¿Quiere café? —preguntó Frau Bergmann, que había permanecido en el umbral con la discreción de quien ha aprendido a existir en el fondo de las habitaciones sin perder la capacidad de estar presente cuando hace falta.

—Sí —dijo Valentina.

—No —dijo Voss.

Frau Bergmann asintió y desapareció. Valentina fue a la butaca junto al Kachelofen que Frau Bergmann tampoco había encendido todavía porque también el Kachelofen tenía su momento y no era ese, todavía, y abrió el Montaigne que había dejado ahí esa mañana con el marcador en la página ciento doce, que era donde lo había dejado la noche anterior.

Voss permaneció en el escritorio con el libro que había estado leyendo en la galería. No lo abrió. Lo tenía sobre la superficie de cuero con la palma apoyada sobre la cubierta, con el gesto de alguien que sostiene algo sin estar seguro todavía de si va a dejarlo o a llevárselo.

El silencio de la biblioteca a esa hora tenía una textura diferente al de las horas anteriores: no el silencio de trabajo ni el de la negociación sino el tipo de silencio que se instala entre dos personas cuando ambas tienen más cosas que decirse de las que van a decirse esa noche, y ambas lo saben, y de algún modo eso hace que el silencio sea más denso que cualquier conversación posible.

Frau Bergmann trajo el café. Valentina bebió. Leyó el Montaigne sin leer el Montaigne durante veinte minutos, que era el tiempo que tardó en decidir que lo que necesitaba no era el Montaigne sino el cuaderno negro y la pregunta de la última página.

Se puso de pie. Recogió el libro y el cuaderno.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —dijo él, desde el escritorio donde seguía sin abrir el libro que tenía bajo la palma.

En el corredor del segundo piso, de camino a la escalera que llevaba al tercero, Valentina se detuvo frente al séptimo retrato de la galería, el que tenía el espejo con la figura de los hombros reconocibles. La lámpara del corredor la iluminaba desde el lado equivocado para ver bien el reflejo en el espejo pintado, pero Valentina no necesitaba verlo porque ya lo había estudiado suficientes veces para tenerlo en memoria con la fidelidad de los detalles que importan.

Los hombros. La postura. 1798.

Inés Carvajar había llegado en 1817. El retrato era de 1798. Las mismas fechas que la misma figura en el tercer retrato y en el decimotercero, con el arco de los noventa y ocho años que los tres juntos describían.

Valentina subió al tercer piso. Se sentó en la silla de la ventana con el cuaderno negro. Escribió las notas de la conversación en limpio, con el espacio en los márgenes que había dejado en el original, y añadió las conexiones: Inés Carvajar, dama de compañía, 1817, veintidós años. El contrato existe por ella. Lo que «permanece» significa en la columna de salida de alguien para quien el final de algo no es el final de todo lo demás.

Debajo, en una línea sola, con la pluma que no tembló porque Valentina no era de las que temblaban cuando llegaban a las conclusiones aunque la conclusión fuera lo que era:

El ala este es la habitación de Inés.

Y debajo, la siguiente:

Inés Carvajar no se fue del palacio en 1821. Sigue aquí de otra manera.

La marca de la muñeca pulsó una vez, lenta, con la cualidad de las cosas que confirman en lugar de avisar.

Valentina cerró el cuaderno. El reloj de su padre marcaba las nueve y cuarto. Por la ventana, el jardín interior estaba vacío: la fuente apagada, la nieve en los bordes de los parterres, ninguna figura junto a la fuente esa noche. La ausencia era también información, aunque todavía no sabía de qué clase.

— IX —

Lo que Inés eligió

Elsa escuchó el nombre de Inés Carvajar con la misma atención con que escuchaba todo lo que importaba, que era sin interrumpir y con la pluma sobre el cuaderno en la posición de quien está midiendo si lo que escucha necesita ser anotado o si puede esperar a que el hilo termine. Esperó a que el hilo terminara. Luego anotó durante cuarenta segundos sin levantar la vista del cuaderno, con la letra inclinada de zurda que Valentina había aprendido a leer en los márgenes de la sesión hipnótica.

—Carvajar —dijo, cerrando el cuaderno.— ¿Con j o con x?

—Con j en el registro. Pero el registro lo llevaba alguien cuya ortografía del español era la de quien lo aprende de oídas.

—¿1817?

—Fecha de entrada. Sin fecha de salida.

Elsa fue al estante de los Charcot, no a por ningún libro sino con el movimiento de quien necesita estar de pie para pensar lo que sigue. Se quedó de espaldas a Valentina durante un momento, con la vista en los lomos deteriorados de los volúmenes, y luego se volvió.

—En los registros de eventos sociales que tengo —dijo— el nombre Stefan Voss aparece por primera vez en enero de 1885. Pero hay una fuente anterior que no había podido conectar con nada: un registro policial de 1883, un incidente en el tercer distrito que se cerró sin cargos, donde un testigo menciona a un hombre que da el apellido Voss pero sin nombre de pila. —Una pausa.— El testigo lo describió como alguien que no tenía la edad que parecía tener.

Valentina consideró eso junto a lo de Inés y lo de los retratos y lo de la tinta de cien años, que era el conjunto de cosas que en la

columna derecha del cuaderno formaban ya no una lista sino una arquitectura, con cada entrada sosteniendo el peso de las otras.

—¿Tiene la descripción completa del testigo?

—Solo lo que el registro policial transcribió. «Hombre de unos cuarenta años, aunque el testigo señala que la estimación le resultó difícil de sostener.» —Elsa la miró.— La misma dificultad que usted describe con el señor Nikolai Voss.

—Sí.

El té que la casera había subido estaba enfriándose entre las dos. Valentina bebió el suyo porque la mañana era de las que ponían el frío en los huesos antes de que uno se diera cuenta, el tipo de frío de los días sin nieve donde el cielo era blanco desde el amanecer y no producía ni luz ni precipitación, solo esa densidad plana que en Viena de noviembre era el tiempo por defecto.

—Necesito saber qué pasó con Inés —dijo Valentina.— Voss me lo está contando de a una respuesta por día, que es el ritmo del trato, pero hay cosas que el trato no cubre.

—¿Qué tipo de cosas?

—Lo que Elsa describió durante la sesión hipnótica. Yo hablé en alemán que no era el mío. Describí una habitación que no había visto. Usé el término «antes» cuando le preguntaste cuándo había estado ahí.

Elsa no respondió de inmediato. Tomó el cuaderno, lo abrió en la página de las notas de la sesión, y leyó durante un momento con esa atención de relectura que es diferente a la primera lectura porque busca algo específico en lugar de leer lo que hay.

—La hipótesis que tengo —dijo finalmente, con el tono de quien enuncia algo que todavía es hipótesis y que no quiere que el enunciado lo convierta en conclusión antes de tiempo— es que lo que usted describió durante la sesión no era un recuerdo suyo. Era el acceso a un estado de conciencia anterior al suyo propio. Lo que el doctor Breuer llamaría una memoria heredada, aunque el término es mío, no el suyo, y él probablemente lo formularía de otra manera.

—Memoria heredada de quién.

—De alguien que estuvo en esa habitación. Que vivió en ella. —Una pausa.— Que en algún sentido todavía la vive.

Era la hipótesis que Valentina había escrito en el cuaderno la noche anterior con la pluma que no había temblado, la misma conclusión a la que habían llegado por caminos diferentes. El hecho de llegar al mismo sitio no convertía la conclusión en certeza, pero la hacía más difícil de descartar.

—Mañana tengo la undécima pregunta —dijo Valentina.— Voy a usarla en el ala este.

—¿Cree que la abrirá?

—Creo que si no la abre ahora, no la abrirá mientras los días que quedan sigan siendo más de diez. Y los días que quedan son diecinueve.

Elsa la miró con esa atención de diagnóstico que aplicaba a todo. No preguntó cómo se encontraba con ese dato específico —los diecinueve días— porque Elsa era demasiado precisa para hacer preguntas cuya respuesta ya podía deducir. Lo que hizo fue anotar algo en el cuaderno con la letra pequeña de los márgenes, que Valentina no intentó leer desde su ángulo porque era la letra de lo que todavía no era para otro.

Salió de la Wollzeile cuando el reloj del primer distrito marcaba las once y media. El Ringstrasse a esa hora tenía el tráfico del mediodía adelantado, los carruajes que llevaban a la alta sociedad vienesa de un Palais a otro en la circulación de la Saison que era su ocupación principal. Valentina cruzó hacia el primer distrito a pie, como siempre, porque caminar era el estado en que pensaba mejor y porque los carruajes de alquiler tenían la desventaja de llegar demasiado rápido a los sitios.

Lo que pensaba mientras caminaba era la historia de Inés Carvajar, de la que solo tenía el principio: Sevilla, 1817, veintidós años, un cuarteto de Haydn en el Burgtheater, y la palabra «permanece» en la columna de salida de un registro que nadie había actualizado desde entonces. El resto lo iba a saber en partes, una respuesta por día, con el ritmo del trato que Voss había propuesto y que Valentina había aceptado sin calcular que el ritmo sería el instrumento que más peso tendría en lo que venía.

Porque el ritmo de una respuesta por día era también el ritmo de dos personas que cada tarde se sentaban en la misma biblioteca

y hablaban de alguien que no estaba, y que en el proceso de hablar de alguien que no estaba se iban haciendo más presentes el uno al otro de lo que el contrato había previsto. O de lo que Valentina había previsto, que era lo que importaba en términos prácticos.

Lo anotó en el cuaderno como dato cuando llegó a la habitación del tercer piso. Sin valoración. Solo el dato.

A las cuatro, la biblioteca.

Voss estaba en el escritorio cuando ella entró, con papeles delante que recogió sin apresurarse cuando la oyó llegar. Valentina fue al sillón junto al Kachelofen que esa tarde Frau Bergmann sí había encendido, porque la temperatura del palacio en los últimos tres días había bajado hasta el punto donde el Kachelofen ya no era una comodidad sino una necesidad funcional. El calor de la cerámica llegaba de manera distinta al de las chimeneas abiertas: más continuo, más horizontal, del tipo de calor que se instala en el espacio en lugar de irradiar desde un punto.

—La pregunta de hoy —dijo Valentina, sin preámbulo, porque los once días habían establecido que el preámbulo no era parte del ritual de las preguntas— es sobre los cuatro años de Inés en el palacio.

—Es una pregunta muy amplia para un día.

—Lo sé. Empiece por lo que más importa.

Voss se recostó levemente en la silla del escritorio, que era el único movimiento de relax que Valentina le había visto hacer en once días, y que aparecía únicamente en las conversaciones que le costaban de una manera que no era la dificultad del secreto sino la de la distancia con algo que había sido cercano.

—Inés llegó al palacio en el otoño de 1817 —dijo— y pasó el primer invierno aprendiendo la ciudad. Yo le enseñaba el alemán que los libros que le compraba no le daban, que era el alemán de los cafés y el de los mercados y el del Burgtheater, que son tres alemanes distintos. Ella me enseñaba el español que yo tenía, que era correcto y antiguo, del tipo que se aprende de libros del siglo anterior.

—¿Qué tipo de español tenía usted antes de Inés?

Voss la miró. Era la pregunta correcta y él lo sabía, que era la razón por la que tardó más que de costumbre en responder.

—El del siglo XVI —dijo.— Lo había aprendido de alguien que lo había aprendido antes de que el idioma fuera lo que es ahora.

Valentina anotó eso sin levantar la vista. El siglo XVI era trescientos años antes de esa conversación, lo que añadía trescientos años a los noventa y ocho de los retratos, lo que convertía la columna de la derecha del cuaderno en algo que era menos una columna y más la respuesta completa a la pregunta que había escrito la primera noche: no quién, qué. La respuesta seguía siendo la misma que había tenido en el jardín de noviembre mientras él estaba inmóvil junto a la fuente sin que el frío le importara.

—El primer año fue el idioma y la ciudad —continuó Voss.— El segundo año fue los libros. Inés leía con la velocidad de quien ha tenido hambre de libros durante suficiente tiempo para que cada libro nuevo sea una urgencia, y la biblioteca en ese momento tenía cosas que ella no había visto nunca porque en Sevilla no habían llegado todavía. Los románticos alemanes. Las primeras traducciones del inglés. Los naturalistas.

—¿Qué pasó en el tercer año?

El silencio que siguió fue del mismo tipo que el de la noche anterior cuando Valentina había preguntado por Inés por primera vez: el de quien no había calculado cuánto iba a costar responder.

—En el tercer año —dijo— Inés supo lo que yo era.

—¿Cómo lo supo?

—Lo mismo que usted —dijo.— Por acumulación. Por la temperatura que no correspondía. Por los fondos de los cuadros que había en el palacio entonces, que eran menos que ahora porque entonces yo llevaba menos tiempo siendo lo que soy y había menos cuadros donde aparecer. Por las preguntas que fueron formulándose solas a fuerza de no poder ignorar los datos.

Era la descripción de un proceso que Valentina reconoció porque era el suyo, con la diferencia de que Inés lo había recorrido en tres años y ella en once días, lo que decía algo sobre la diferencia de velocidad entre las dos o sobre la diferencia de condiciones en que lo habían recorrido, probablemente las dos cosas.

—¿Qué hizo cuando lo supo?

—Me lo preguntó.

—¿Qué le preguntó exactamente?

—Lo mismo que usted lleva once días sin preguntarme todavía —dijo Voss, con el tono plano de siempre, que en esa frase específica tenía un contenido que el tono plano no ocultaba del todo. — Qué soy.

Valentina dejó la pluma sobre el cuaderno. Fuera de la biblioteca el jardín interior estaba en la penumbra de las cuatro y media, con el cielo blanco de la mañana convertido en el gris oscuro del atardecer y la fuente apagada y los parterres de tierra oscura bajo la última nieve que quedaba de tres días antes.

—¿Y qué le dijo?

—La verdad.

—¿Cuál era la verdad?

—La misma que usted ya sabe —dijo.— La que lleva once días construyendo en ese cuaderno.

Era la respuesta más directa que le había dado desde el primer día. No era la pregunta de ese día todavía, no formalmente, pero era la respuesta que las once preguntas anteriores habían estado construyendo el acceso para recibir. Valentina no la escribió en el cuaderno. La dejó estar en el aire de la biblioteca junto al calor horizontal del Kachelofen y la luz que seguía bajando en el jardín por la ventana.

—¿Qué hizo Inés cuando supo la verdad? —preguntó.

—Eligió —dijo Voss.

—¿Elegir qué?

—Quedarse.

La frase tenía la brevedad de las cosas que son completas en sí mismas y que el añadido de cualquier palabra convierte en algo más pequeño de lo que son. Valentina la reconoció como tal y no añadió nada.

El Kachelofen crepitaba. La biblioteca olía a papel y a cuero y a la cera de las velas que Frau Bergmann encendía cuando la luz natural cedía. En el jardín, la última claridad del atardecer gris de noviembre se fue haciendo más oscura hasta que la ventana de la

biblioteca dejó de mostrar el jardín y empezó a mostrar el reflejo de la habitación: la lámpara del escritorio, el respaldo del sillón donde estaba Valentina, el borde de la estantería del primer nivel.

Voss seguía en la silla del escritorio. Tenía las manos sobre la superficie de cuero con esa postura que Valentina había aprendido a identificar como la de cuando algo lo había llevado a un sitio que no había previsto llegar ese día.

—¿Cuánto tiempo hacía que nadie le preguntaba por ella? —dijo Valentina.

La pausa fue larga. No de búsqueda de respuesta sino de cálculo de si la respuesta era de las que se daban.

—Sesenta y nueve años —dijo.

No había en la frase ninguna inflexión que señalara lo que sesenta y nueve años de no hablar de algo significaba. Solo el número, que era suficiente.

Valentina cerró el cuaderno. Se puso de pie.

—Mañana —dijo— quiero saber qué pasó al final de los cuatro años.

—Mañana —dijo él.

Frau Bergmann estaba en el corredor del primer piso cuando Valentina bajó la escalera, con el jarrón de las hortensias que alguien seguía reponiendo aunque estuvieran fuera de temporada. La miró con la expresión de quien tiene algo que comunicar que no es exactamente una notificación pero que tampoco puede esperar.

—Ha llegado alguien —dijo.— Está en el salón del ala sur.

—¿Quién?

—El señor Stefan Voss.

Valentina se detuvo en el escalón último de la escalera. El ala sur era la que no había explorado todavía porque tenía tres puertas sin llave que comunicaban con la parte del palacio más alejada de la biblioteca y más cercana al Ringstrasse, la parte de representación, de recibir visitas, de la alta sociedad vienesa que se presentaba sin avisar porque en ciertos círculos el aviso era una señal de que la visita no era de suficiente confianza para llegar sin él.

—¿Lo sabe el señor Voss?

—Le he avisado. —Frau Bergmann tenía la cara de quien ha dado avisos más difíciles que ese y que sabe exactamente cuál es el tono que corresponde a cada tipo.— Ha dicho que baje cuando pueda.

Valentina fue al salón del ala sur.

El hombre estaba apoyado en la repisa de la chimenea, con el abrigo todavía puesto y un cigarrillo en la mano que había encendido sin pedir permiso porque en ese palacio no necesitaba pedirlo. No se volvió cuando ella entró, aunque la oyó entrar, que Valentina supo porque el hombro derecho hizo un movimiento mínimo que era la señal de que alguien ha decidido no volverse cuando podría haberlo hecho.

Lo estudió desde la puerta durante el segundo que le llevó cruzar el umbral.

Los hombros eran los de los retratos. La postura era la de la figura de los fondos, esa calidad de quien ocupa el espacio sin disculparse por ello que en Nikolai era una presencia organizada y en este hombre era otra cosa, más irregular, del tipo de presencia de los objetos que han perdido la forma que tenían y todavía no han encontrado la que van a tener. La ropa era correcta pero llevada con el descuido de quien no presta atención a la ropa desde hace suficiente tiempo para que el descuido sea ya un rasgo y no una excepción. Tenía el pelo más oscuro que Nikolai, sin las sienes grises, y cuando se volvió finalmente —con la lentitud de quien ha decidido el momento del giro con tanta anticipación que el giro mismo ya no tiene urgencia— la cara fue una sorpresa.

Porque era joven. O lo parecía. Más que Nikolai, considerablemente, con los rasgos de los que no han llegado todavía al punto donde el rostro adquiere la densidad de algo que ha estado siendo durante mucho tiempo. Los ojos del mismo gris claro, pero sin la economía de Nikolai: miraban con demasiado, con la cantidad de cosas que pasan por la cara de quien no ha aprendido todavía a no dejar pasar todo lo que piensa.

—Así que eres tú —dijo, en alemán, y luego en español con el acento de quien lo aprendió de alguien que lo hablaba con acento vienés.— La española del contrato.

—La española del contrato —confirmó Valentina, con el mismo tono.— Y tú eres el hermano.

Algo en la expresión de Stefan Voss produjo lo que no era exactamente una sonrisa pero que utilizaba los mismos músculos. Era una expresión que Valentina reconoció como la de las personas que han visto suficiente como para que la mayoría de las cosas ya no las sorprendan y que encuentran eso ligeramente más gracioso de lo que debería serlo.

—El hermano —repitió.— Sí. Entre otras cosas.

Dio una calada al cigarrillo. El humo subió hacia el techo del salón del ala sur con la lentitud de los espacios bien calentados, donde el aire no circula porque no necesita hacerlo.

—¿Cuánto te ha contado? —preguntó.

—Lo suficiente —dijo Valentina.

—Eso lo duda cualquiera que conozca a mi hermano. —La estudió durante un momento con una atención que era diferente a la de Nikolai: menos confirmatoria, más exploradora, del tipo de mirada de quien todavía no ha decidido qué piensa de lo que ve.— Llevo dos semanas sin verte.

—Llevamos dos semanas sin conocernos.

—No es lo mismo —dijo Stefan.

Antes de que Valentina pudiera responder a eso, Nikolai Voss entró en el salón por la puerta del fondo que comunicaba con la galería, con el paso que tenía cuando venía de algún sitio donde había estado haciendo algo y no de algún sitio donde simplemente había estado. La diferencia era mínima pero Valentina la identificó: una ligera mayor velocidad en los primeros tres pasos, que luego se normalizaba.

Los dos hermanos se miraron.

Era el tipo de mirada que existe entre dos personas que llevan tanto tiempo siendo lo que son que el lenguaje entre ellas no necesita palabras y que a la vez tiene la tensión de todo lo que las palabras habrían necesitado y no se dijeron. Valentina estuvo en el mismo salón durante esa mirada y fue invisible, que era el estado más útil en el que podía estar.

—Stefan —dijo Nikolai. Solo el nombre.

—Nikolai —dijo Stefan, con el mismo tono y algo más debajo, algo que no era hostilidad pero tampoco era su opuesto.

El cigarrillo se apagó sobre la repisa. Stefan no encendió otro. Miró a Valentina, luego a su hermano, y en la secuencia de la mirada había una información que Valentina archivó sin clasificar todavía porque clasificarla requería más contexto del que tenía en ese momento.

—He venido a ver cómo va el trato —dijo Stefan, en alemán esta vez, lo que significaba que la frase era para Nikolai y no para ella.— El tiempo pasa.

—El tiempo —dijo Nikolai— pasa de la misma manera que siempre.

—Para ti. —Stefan recogió el abrigo que había dejado sobre el respaldo de una silla y se lo puso con el movimiento de quien no tiene intención de quedarse.— Para ella no.

Valentina no dijo nada. No porque no tuviera nada que decir sino porque era demasiado tarde en el proceso para desperdiar palabras en una situación que todavía no había terminado de mostrar su forma.

Stefan fue hacia la puerta del salón. Se detuvo en el umbral —era el segundo hombre en dos semanas que usaba el umbral como límite preferido, aunque por razones diferentes— y la miró.

—Si tienes preguntas —dijo, en español, con ese acento de segunda mano que hacía el idioma suyo sin hacerlo nativo— que él no te responde, búscame. —Una pausa de la clase que Stefan Voss usaba para los finales de las cosas que quería que pesaran.— Sé cosas que él no va a contarte.

Se fue.

Los pasos en el corredor del ala sur no tenían el mismo ritmo que los de Nikolai: más irregulares, con una cadencia que cambiaba ligeramente entre el primero y el segundo y el tercero, como si Stefan Voss hubiera aprendido a caminar en una época donde los suelos no eran los que eran ahora y no hubiera actualizado del todo el aprendizaje. Luego la puerta del palacio, y luego nada.

Valentina y Nikolai estaban solos en el salón del ala sur. El cigarrillo apagado en la repisa. El humo todavía en el techo.

—¿Con qué frecuencia viene? —preguntó Valentina.

—Cuando quiere —dijo Nikolai.— Que es diferente a cuando podría.

—¿Sabe cosas que tú no me vas a contar?

Nikolai la miró. Era la pregunta que Stefan había dejado en el umbral como lo que era: una herramienta, no una invitación. Ambos lo sabían.

—Sabe cosas —dijo Nikolai— que son verdad de una manera y no verdad de otra. Stefan tiene la relación con la información que tienen las personas que llevan suficiente tiempo con demasiado de ella: la usan para lo que les conviene y dejan lo demás.

—¿Y tú no?

La pausa fue breve.

—Yo intento no hacerlo —dijo.— No siempre lo consigo.

Era la cosa más honesta que le había dicho en once días, y lo que la hacía honesta era precisamente que admitía el límite, que era diferente a la honestidad de quien da solo lo que puede dar y lo llama honestidad completa. Valentina lo anotó en el cuaderno que todavía llevaba en la mano, sin que él pudiera ver lo que escribía, con la abreviatura que usaba para las cosas que necesitaba guardar exactas.

—Mañana —dijo.

—Mañana —dijo él.

Salió del salón del ala sur. En el corredor, el olor del cigarrillo de Stefan todavía estaba en el aire, que era un olor diferente al del palacio habitual, más denso, con el tabaco de importación que era el tabaco de quien no compraba tabaco vienés porque podía permitirse no comprarlo. Valentina subió al tercer piso con ese olor siguiéndola hasta la escalera, donde el palacio lo absorbió con la eficiencia de los espacios que llevan suficiente tiempo siendo lo que son para que cualquier intrusión sea temporal.

Escribió en el cuaderno durante una hora.

Lo de Stefan: la postura de los retratos, la cara que parecía más joven que la de Nikolai, el español de segunda mano, la frase del umbral. La mirada entre los dos hermanos que había sido un idioma

completo en cinco segundos. «Sabe cosas que son verdad de una manera y no verdad de otra.»

Lo de Inés: eligió quedarse. El tercer año. La verdad que Nikolai le había dicho y que era la misma que Valentina llevaba once días construyendo en el cuaderno. Sesenta y nueve años sin que nadie le preguntara por ella, que era el dato más pequeño y el más pesado de los que había anotado ese día.

Al final, en una línea sola: Inés eligió. Valentina todavía no ha elegido nada.

Debajo, después de un momento largo en que la pluma estuvo sobre el papel sin moverse: Pero el tiempo es de la misma manera que siempre para Nikolai. Para mí son diecinueve días.

Cerró el cuaderno. Apagó la lámpara. Estuvo despierta hasta pasada la medianoche sin que los pasos llegaran al corredor del tercer piso, lo que era también información, aunque de qué clase era todavía una de las preguntas pendientes.

— X —

El cuarto año

La pregunta que Valentina llevaba a la biblioteca ese día no era la que había anotado en el cuaderno la noche anterior. La del cuaderno era sobre el cuarto año de Inés en el palacio, que era la que había dicho que haría y que seguía siendo la que debía hacer. Pero en los diez minutos del desayuno, mientras el tío Rodrigo leía el Neue Freie Presse con la concentración de quien busca algo específico en lugar de leer lo que hay, se había formado debajo de esa pregunta otra más urgente, del tipo que no se planifica sino que aparece cuando el contexto acumula suficiente peso para que la pregunta sea inevitable.

El tío había venido al desayuno. Eso era lo primero: que hubiera venido al palacio a las ocho de la mañana sin aviso previo y que Frau Bergmann lo hubiera dejado subir con la eficiencia de quien lo esperaba, lo que significaba que no era la primera vez, lo que a su vez significaba que el tío tenía acceso al palacio por las mañanas de manera habitual y que Valentina llevaba doce días sin saberlo. Lo había notado porque la taza del tío estaba en el aparador cuando ella bajó, no sobre la mesa, que era donde Frau Bergmann ponía las cosas de los que llegaban anunciados, y que el tío llevaba el abrigo colgado en el perchero del corredor en lugar de en la mano, lo que era la diferencia entre alguien que acaba de llegar y alguien que ya lleva un rato.

Voss no había dicho nada. El tío tampoco. Habían desayunado los tres con la conversación distribuida de la manera específica en que se distribuye cuando hay tres personas de las cuales dos comparten algo que la tercera no sabe: el tío había hablado del tiempo, de la Saison, de una exposición en el Kunsthistorisches Museum que llevaba un mes abierta y que valía la visita. Voss había

respondido en las proporciones habituales. Valentina había escuchado la distribución de la conversación más que su contenido, que era lo que hacía cuando la forma de algo era más informativa que el fondo.

La pregunta que no era la del cuaderno era: ¿desde cuándo se ven por las mañanas y para qué?

Era una pregunta que el trato no cubría. El trato era una pregunta por día sobre el contrato y lo que implicaba, con las preguntas sobre el corredor en una categoría aparte que podían hacerse cuando quisiera. Las preguntas sobre el tío y los desayunos previos a los desayunos que Valentina conocía eran una tercera categoría que no estaba en el trato y que por tanto podía hacerse sin gastar el cupo del día.

Lo intentó cuando el tío se fue a las nueve, con el maletín y la expresión del que tiene una mañana larga por delante.

—¿Con qué frecuencia viene el tío por las mañanas?

Voss, que estaba recogiendo el periódico del día anterior que había dejado doblado junto a su taza, levantó la vista.

—Dos o tres veces por semana —dijo.— Desde que usted llegó.

—¿Para qué?

—Para verificar que usted está bien. —Lo dijo con el tono de las cosas que son exactamente lo que parecen y que no requieren elaboración.— No sé cómo decírselo de otra manera porque no hay otra manera.

Valentina consideró eso. El tío Rodrigo, que no había dicho por favor más de cuatro veces en veintidós años, que había firmado una addenda sin consultarle, que llevaba ocho meses en Viena gestionando algo que no era suyo gestionar y que lo gestionaba desde la culpa que producen las cosas a las que uno no puede darles la forma correcta: ese tío venía al palacio dos o tres veces por semana a las ocho de la mañana para verificar que ella estaba bien, sin decírselo a ella.

—¿Y está? —preguntó Voss.

—¿Estoy qué?

—Bien.

Era la pregunta más directa sobre su estado que le había hecho en doce días, con el tono de quien pregunta porque quiere saber la respuesta y no como cortesía social. Valentina lo miró durante un momento. La luz del desayuno en el comedor del palacio era la de la mañana de noviembre, que en ese espacio concreto llegaba por la ventana este y daba en el aparador de plata y en las tazas y en la cara de Voss con esa claridad específica de la luz horizontal que no oculta nada.

—Estoy bien —dijo.— Con reservas.

—¿De qué tipo?

—De las que hacen que «bien» sea la respuesta correcta pero no la completa.

Voss asintió. No pidió la versión completa, que habría sido la respuesta fácil, la que convierte la cortesía en una trampa de información. Simplemente asintió, que era la respuesta de quien entiende que hay cosas que se dicen cuando están listas y que preguntar antes no acelera el proceso.

Valentina fue a la biblioteca a las cuatro.

Había pasado la mañana con Elsa, que tenía novedades sobre el registro policial de 1883: había conseguido, a través de una fuente que no nombró pero que por el tipo de información que producía debía de ser alguien dentro de la jefatura imperial, una transcripción más completa del incidente del tercer distrito. El incidente había sido la denuncia de una mujer de cuarenta años —costurera, según el registro, con la dirección de una calle del cuarto distrito que ya no existía— que afirmaba haber visto a dos hombres en un callejón de la Wollgasse en circunstancias que el registro describía con la misma imprecisión que los registros policiales usaban cuando el testigo había descrito algo que el redactor no sabía cómo transcribir de manera que sonara verosímil.

—¿Qué describió exactamente la mujer? —había preguntado Valentina.

Elsa había leído del papel: «Testigo declara que uno de los hombres tenía al otro sujeto por el cuello con ambas manos, de manera que el segundo no podía moverse ni gritar, y que cuando testigo se aproximó para llamar a los guardias, el primero levantó la

vista y testigo se detuvo porque los ojos del primero no tenían el color que deberían tener.» —Una pausa.— El redactor añade entre paréntesis: «testigo posiblemente en estado de agitación, descripción probablemente inexacta.»

—¿Descripción de qué color tenían los ojos?

—El registro no lo dice. El redactor asumió que la descripción era el producto de la agitación y no lo transcribió.

Valentina había anotado eso en el cuaderno con la letra de velocidad. El incidente de 1883. El tercer distrito. Un hombre con los ojos del color incorrecto. La coincidencia de que el apellido en el registro fuera Voss y que fuera el año en que Stefan habría tenido la edad que parecía tener, que era la edad que parecía tener porque en ese tipo de cosa la apariencia era el único dato disponible.

—Necesito que me ayudes con algo —había dicho Valentina antes de salir de la Wollzeile.— Hay un libro en la galería de la biblioteca del palacio, segundo estante desde arriba. Escritura que no reconozco. Quiero saber qué es.

—¿Puedes copiarlo?

—Copiaré el lomo y la primera página si puedo acceder al libro.

Elsa había anotado. Valentina había salido con esa tarea pendiente añadida a las demás, que era el estado habitual de las investigaciones que avanzan: no se cierran preguntas sino que las preguntas abiertas se especifican.

En la biblioteca a las cuatro, Voss estaba en el sillón junto al Kachelofen, que esa tarde era él el que lo ocupaba y no ella, con un documento en la mano que dobló y guardó en el cajón del escritorio con naturalidad cuando la oyó entrar. Valentina no preguntó qué era. Fue a la silla del escritorio, que era la que quedaba cuando el sillón estaba ocupado, y sacó el cuaderno.

—La pregunta de hoy —dijo— es sobre el cuarto año.

—¿Qué parte del cuarto año?

—La que convierte «eligió quedarse» en «permanece» en el registro de los criados.

Voss, en el sillón junto al Kachelofen, tenía la postura de las tardes de las últimas semanas: el codo en el reposabrazos, la mano levemente apoyada en la sien, la posición de quien ha pensado

suficiente en lo que va a decir como para que el cuerpo haya asumido ya que la conversación va a ser larga. La diferencia esa tarde era que no tenía libro. No había llevado libro a la silla, lo que en los doce días anteriores había hecho siempre, incluso las tardes en que no lo leía. El libro era lo que sostenía con la mano cuando la conversación lo llevaba a sitios que no había previsto. Sin el libro, las manos estaban en el reposabrazos con esa quietud de los objetos que no tienen dónde ir.

—El cuarto año —dijo— empezó como los tres anteriores. La biblioteca. Los conciertos. Las conversaciones sobre lo que había leído, que con Inés eran conversaciones reales porque ella leía con el tipo de atención que produce argumentos y no solo impresiones. —Una pausa corta, no de búsqueda sino de asentamiento, como quien se sienta en un sitio que no frecuentaba y necesita un momento para calibrar el peso.— En el otoño de ese año, cuatro años después de que llegara, Inés empezó a enfermar.

—¿De qué?

—De lo que enferman las personas que viven en proximidad prolongada con lo que yo soy. —Lo dijo sin inflexión, con el tono de los diagnósticos que se han repetido suficientes veces para que el tono haya perdido el filo de la primera vez.— No es una enfermedad con nombre. Es un proceso. El cuerpo va cambiando de manera gradual en respuesta a la presencia de algo que no corresponde a lo que los cuerpos humanos están diseñados para procesar. En algunos casos el proceso es rápido. En Inés fue lento. Cuatro meses.

Valentina anotó. El cuerpo que cambia. La presencia prolongada. Cuatro meses.

—¿Qué tipo de cambios?

—Primero el sueño. Inés dormía cada vez menos sin que la falta de sueño produjera en ella los efectos que produce en las personas a quienes el sueño les es necesario. Luego la temperatura. Luego la luz: empezó a preferir las habitaciones con menos luz natural, no porque la luz le hiciera daño sino porque la oscuridad le parecía más cómoda, del mismo modo en que alguien que lleva tiempo en un clima frío encuentra el calor excesivo cuando regresa a donde nació. Y al final —una pausa breve— la sed.

La última palabra la dejó en el aire de la biblioteca sin añadir nada a continuación, con la brevedad de las palabras que se sostienen solas porque su contenido es suficiente para que el contexto haga el resto del trabajo.

Valentina levantó la vista del cuaderno.

—¿Lo supo ella? ¿Mientras ocurría?

—Sí.

—¿Y no lo detuvo?

—No se puede detener algo que ya ha empezado —dijo Voss.— Puede acelerarse o puede ralentizarse. Detenerse, no. —Hizo una pausa.— Y Inés no quería ralentizarlo.

—¿Por qué no?

La respuesta tardó lo que tardaban las respuestas que él sabía cómo dar pero que elegían el momento antes de darse.

—Porque en ese punto Inés ya no quería las cosas que el proceso le quitaba. El sueño que se le iba era el sueño que ya no necesitaba. La luz que le molestaba era la luz de los espacios donde no quería estar. —Hizo una pausa.— Lo que el proceso daba era la continuidad.

—¿Continuidad con qué?

—Conmigo.

Era la frase más corta que había dicho en doce días y la que más espacio ocupaba. Valentina la escribió en el cuaderno textualmente, entre comillas, como había hecho con la de la noche anterior, porque eran el tipo de frases que el parafraseo destruía.

El Kachelofen crepitaba. Por la ventana de la biblioteca el jardín interior tenía la luz del atardecer de noviembre, que era la luz que desaparece sin pasar por ningún color intermedio, del blanco al gris al oscuro en el tiempo que tarda el sol en bajar por detrás de los muros del palacio. Valentina lo había visto ocurrir once veces desde esa misma ventana. Esa tarde lo veía ocurrir mientras Voss estaba en el sillón sin el libro y con las manos en el reposabrazos y ella tenía el cuaderno abierto en la rodilla con la frase entre comillas y todo lo que la frase implicaba debajo de las comillas en el espacio que ella había dejado para los añadidos.

—¿Cuánto tiempo lleva Inés en el palacio? —preguntó.

—Desde 1817.

Valentina calculó. Sesenta y nueve años. No en el sentido en que las personas pasan tiempo en los sitios sino en el otro, el que el registro de los criados había marcado con la única palabra que tenía para ello.

—¿Permanece en el ala este?

—Sí.

—¿Consciente?

La pausa fue diferente a todas las anteriores.

—Esa —dijo Voss— es la pregunta que más le ha costado formular en doce días.

—Lo sé. Por eso la formulo ahora que tengo suficiente contexto para entender la respuesta.

Se miró las manos en el reposabrazos. Valentina observó ese gesto, que era el primero que veía en él de esa categoría: mirar las propias manos no con la atención de quien las examina sino con la de quien necesita que los ojos tengan adónde ir mientras la mente está en otro sitio.

—El estado de Inés —dijo finalmente— no tiene un equivalente en el vocabulario que usted tiene disponible. No es lo que las historias llaman ni lo que la medicina llama, porque ni las historias ni la medicina han descrito este proceso con precisión suficiente. Lo más cercano que puedo ofrecerle es esto: Inés existe. No de la manera en que usted existe ahora mismo en esta silla, con el cuaderno en la rodilla y la pluma en la mano. De otra manera. — Hizo una pausa.— A veces accesible. A veces no.

—¿Accesible cómo?

—A veces hay presencia en el ala este de la manera en que hay presencia en una habitación donde alguien está dormido y que percibes antes de abrir la puerta. —Sus manos seguían en el reposabrazos.— A veces no hay nada.

—¿Y usted sabe cuándo hay presencia?

—Siempre.

Valentina escribió eso. Una sola palabra en el margen: siempre. Lo subrayó con una línea.

—¿Por qué está el ala este cerrada?

—Porque abrirla antes de que usted tuviera el contexto suficiente para entender lo que encontraría habría sido un error de orden. La comprensión requiere secuencia. —Una pausa.— Y porque hay cosas que Inés prefiere que se accedan de cierta manera.

—¿Inés tiene preferencias sobre cómo se accede a su habitación.

—Inés —dijo Voss, con un tono que era el más cercano al afecto que Valentina le había escuchado en doce días, no el afecto de la ternura sino el del reconocimiento, la manera en que uno habla de los que conoce tan bien que el conocimiento se ha vuelto parte del propio lenguaje— tiene preferencias sobre prácticamente todo. Siempre las tuvo. El proceso no cambió eso.

Valentina cerró el cuaderno.

Se quedó un momento con el cuaderno cerrado en la rodilla y la pluma entre los dedos y el jardín por la ventana que ya era completamente oscuro, sin los grises intermedios de antes, solo la oscuridad lisa del noviembre vienés cuando ha terminado el día y todavía no han encendido los faroles del Innenhof. En ese espacio de oscuridad y calor del Kachelofen y silencio de biblioteca, algo que Valentina no habría sabido nombrar con precisión se asentó, del modo en que se asientan las cosas que llevan tiempo siendo una posibilidad y que en algún momento determinado se convierten en algo más concreto sin que haya habido ningún evento específico que lo provoque.

Lo que se asentó era esto: que Inés Carvajar en 1817 y Valentina Serralde en 1887 habían llegado al mismo palacio con sesenta y nueve años de diferencia y con el mismo tipo de inteligencia y la misma tendencia a construir argumentos donde la mayoría de la gente construía emociones, y que las dos habían llegado al mismo punto en el mismo orden, con la única diferencia de que Inés había tardado cuatro años y Valentina llevaba doce días.

No era una conclusión cómoda.

Era, sin embargo, una conclusión exacta, que era el único tipo de conclusión que Valentina podía habitar con alguna tranquilidad.

—¿Puedo ver el ala este? —preguntó.

Voss la miró desde el sillón.

—Mañana —dijo.

—¿Mañana es una respuesta o una condición?

—Las dos cosas.

Valentina se puso de pie. Recogió el cuaderno y la pluma. La lámpara del escritorio que Frau Bergmann había encendido al pasar una hora antes iluminaba el espacio entre los dos con esa luz de aceite que hace que las distancias parezcan diferentes a lo que son: más cortas cuando la luz es escasa, porque la oscuridad que rodea al círculo iluminado recorta el espacio disponible.

—Entonces mañana —dijo.

Voss asintió.

En el umbral de la biblioteca se detuvo, no porque hubiera olvidado algo sino porque había algo que quería decir que no había dicho todavía y que si no lo decía en ese momento no lo diría nunca porque la oportunidad de decir ciertas cosas tiene la naturaleza de la luz de las velas: existe mientras existe, y cuando se acaba no se recupera encendiendo otra.

Se volvió.

—La primera noche en la Praterstrasse —dijo— soñé con un hombre en una habitación enorme. De espaldas. Siempre de espaldas. Me decía mi nombre en alemán.

Voss no respondió. La expresión que tenía era la de las personas que escuchan algo que reconocen sin haberlo esperado y que el reconocimiento los lleva a un lugar que la respuesta no podría seguir.

—Llevaba años soñando con esa habitación —continuó Valentina.— Desde los nueve años. La primera noche en Viena fue la primera vez que el sueño llegó la misma noche.

Silencio.

—¿Era usted? —preguntó.

La pausa que siguió tenía la textura de las pausas de las preguntas que no tienen respuesta sencilla porque la sencilla sería también la incompleta y la completa requeriría más de una noche y más de un nivel de contexto del que tenían todavía.

—No lo sé —dijo Voss.

Era la primera vez que decía no lo sé. Valentina lo anotaría después, en el cuaderno, con la abreviatura de velocidad, porque el no sé de Nikolai Voss después de doce días de respuestas precisas era en sí mismo una respuesta, aunque no fuera la que había preguntado.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —dijo él.

Subió al tercer piso. El corredor del segundo, la galería de los retratos en penumbra, las figuras en los fondos que ya no necesitaba ver para saber que estaban. La escalera al tercero. La habitación con la vista al Innenhof donde la fuente apagada tenía esa cualidad de los objetos que esperan la estación en que vuelven a ser útiles sin que la espera les reste nada.

Escribió durante una hora.

Lo del cuarto año de Inés. El proceso, los cambios, la sed al final. La frase «conmigo» que había escrito entre comillas. El estado de Inés, que no era el vocabulario disponible pero era lo más cercano que Voss había podido dar. El ala este mañana, que era una respuesta y una condición y que Valentina había aceptado porque era lo que había.

Y al final, en una línea sola, sin abreviatura, con la letra de las cosas que necesitaban estar en el papel antes de que la distancia entre la hora en que se escriben y la hora en que se leen las cambie:

Desde los nueve años. El sueño. Y él no sabe si era él.

Debajo, después de un momento:

Pero tampoco dice que no era.

La marca de la muñeca izquierda pulsó una vez, lenta. Valentina la miró. Oval, oscura, del tamaño de una moneda de dos céntimos, en el mismo sitio exacto donde había estado siempre y donde estaría siempre porque las marcas de nacimiento no se van, aunque tampoco pulsan, generalmente, con la regularidad que tenía esta desde que había llegado a Viena.

Cerró el cuaderno. Las tres mantas. El reloj de su padre. Afuera, el Innenhof en la oscuridad completa de la medianoche.

No esperó pasos en el corredor. A las doce y cuarto apagó la lámpara y se dispuso a dormir, que era la única acción disponible

cuando las preguntas habían alcanzado el número que tenían esa noche y el cuaderno ya no tenía espacio para más sin empezar una página nueva, que era la decisión que Valentina dejaba siempre para la mañana siguiente porque las páginas nuevas requerían el tipo de claridad que la medianoche no producía.

El sueño no llegó de inmediato. Cuando llegó, la habitación era la de siempre: el techo alto, las arañas sin encender, el suelo de mármol con los rombos de dos colores. La figura de espaldas al fondo.

Esta vez, antes de que la figura dijera su nombre, se volvió.

Valentina despertó.

El reloj de su padre marcaba las dos y cuarto. La habitación del tercer piso del Palais Voss, las tres mantas, el Innenhof oscuro por la ventana. El cuaderno en la mesilla con la pluma encima.

No abrió el cuaderno. No escribió nada.

Algunos datos no son del tipo que se anotan.

— XI —

El ala este

Voss llegó al corredor del tercer piso a las diez de la mañana con una llave en la mano. No llamó. Valentina estaba en la silla de la ventana con el cuaderno abierto y lo escuchó llegar por el ritmo de los pasos, que a las diez de la mañana tenían una cualidad diferente a la de las once de la noche: más directos, sin la pausa que hacía habitualmente en su puerta antes de alejarse. Cuando abrió, él estaba en el umbral con la llave y sin el abrigo, lo que en ese momento específico significaba que no iba a ningún sitio sino que venía de algún sitio donde había tomado una decisión.

—¿Preparada? —dijo.

—Desde ayer.

Bajaron al segundo piso por la escalera principal. En el corredor de la galería, Voss dobló hacia el ala este en el punto donde las puertas de la sección accesible terminaban y empezaban las cerradas, con la naturalidad de quien ha recorrido ese corredor miles de veces y que en esta ocasión lo recorre de una manera específica porque ha decidido que es el momento de hacerlo. La primera puerta del ala este era de madera oscura, más gruesa que las otras del corredor, con la cerradura de latón que tenía el tipo de trabajado que se encarga cuando la cerradura es un objeto con función representativa además de funcional.

La llave entró sin resistencia. La puerta se abrió sin el crujido que las puertas sin uso producen.

Alguien las aceitaba.

Valentina anotó eso al pasar el umbral, que Frau Bergmann o quien fuera que se ocupaba del palacio mantenía las bisagras del ala este con la misma atención que las del resto del edificio aunque el ala llevara cerrada el tiempo que llevaba. Era el tipo de detalle que

distingue el cierre por olvido del cierre por cuidado, y la distinción importaba.

El corredor del ala este tenía seis puertas más, todas cerradas, y terminaba en una ventana que daba al Ringstrasse en lugar del Innenhof, lo que situaba el ala en el frente del palacio y explicaba por qué Valentina no había visto sus ventanas desde el jardín. La luz que entraba por esa ventana era diferente a la del resto del palacio: más directa, con la orientación sur que el Ringstrasse tenía a esa hora y que producía en el corredor una franja de sol de invierno que Valentina no había visto en ningún otro espacio del palacio desde que había llegado porque todos los demás daban al norte o al este o al Innenhof.

Sol en noviembre.

El sol en noviembre en Viena tenía esa calidad específica de la luz que ha recorrido mucho ángulo para llegar y que por eso llega con una temperatura diferente a la del verano: más fina, sin el peso del estío, con el tipo de luminosidad que ilumina sin calentar. La franja en el suelo del corredor era del color del parqué bajo la cera, el marrón cálido de la madera buena que los años habían oscurecido de manera uniforme.

Voss se detuvo ante la segunda puerta a la izquierda. No la del fondo, no la más alejada: la segunda, que tenía el mismo tipo de cerradura que la del acceso al ala pero sin la llave puesta. Valentina observó que él no sacó ninguna llave. Apoyó la palma de la mano en la madera durante un segundo, con ese gesto que no era exactamente llamar y no era exactamente verificar sino algo intermedio, algo que Valentina no tenía categoría todavía para clasificar.

Luego abrió la puerta.

El olor llegó primero.

Pino. Cera de vela. Y lo otro, lo que no tenía nombre en ningún idioma que ella hablara despierta y que en el estado hipnótico con Elsa había descrito como el olor de la habitación sin poder nombrarlo entonces tampoco. Era un olor que no correspondía a ninguna categoría sensorial estándar: no era el olor de los libros ni el de la madera vieja ni el de las flores secas que los armarios cerrados

producen cuando el ramo dura más de lo que debería. Era algo más complejo, con capas, del tipo de olor que los espacios adquieren cuando han sido habitados durante mucho tiempo por alguien que ha dejado en el aire algo más persistente que el perfume.

La habitación era la del sueño.

El techo alto con las arañas de cristal sin encender que Valentina había descrito durante la sesión hipnótica. El suelo de mármol con el patrón en rombos de dos colores que entonces no había podido nombrar y que ahora veía: blanco de Carrara y negro de Bélgica, alternados en cuadrícula, con el borde de cada rombo en un gris intermedio que era el mármol en el punto donde los dos encontraban la proporción correcta. La ventana que daba al jardín con la fuente. El ángulo entre la pared norte y el paramento interior donde el Kachelofen de cerámica azul y blanca ocupaba exactamente el espacio que ella había descrito sin haberlo visto.

Y la silla. La silla de madera con el respaldo en forma de medallón, junto al Kachelofen, con el vestido sobre el asiento.

El vestido era de seda color malva, del tipo que se hacía en la segunda década del siglo cuando el corte Imperio ya estaba cediendo al corte romántico pero todavía no había cedido del todo, con la cintura alta y las mangas largas y el escote que en esa época era bajo de día y más bajo de noche. Estaba doblado sobre el asiento con la prolijidad de quien lo ha dejado ahí para que alguien lo encuentre, no de quien lo ha abandonado. Las arrugas del pliegue eran antiguas pero la seda no estaba deteriorada: tenía el brillo específico de los tejidos que se conservan bien cuando se conservan en condiciones adecuadas, con la humedad correcta y sin la luz directa que oxida el color.

Valentina se quedó en el umbral. Voss entró y se detuvo en el centro de la habitación, con las manos enlazadas a la espalda como hacía en los espacios donde necesitaba algo que hacer con ellas, y miró la habitación con la mirada de quien la conoce de memoria y que sin embargo la mira de la misma manera que se mira lo que se quiere seguir conociendo aunque ya se sepa.

—¿La reconoce? —preguntó, sin volver la vista hacia ella.

—Sí.

—¿Desde los sueños o desde la sesión con la doctora Richter?

—Las dos son la misma fuente.

Voss asintió levemente. No preguntó nada más. Valentina cruzó el umbral.

La habitación tenía la temperatura que tenía la biblioteca cuando el Kachelofen llevaba horas encendido, ese calor distribuido y horizontal que no venía de ningún punto concreto sino del espacio en conjunto. El Kachelofen del ala este no tenía leña visible. No había ninguna señal de que hubiera sido encendido esa mañana ni ninguna otra.

Fue al Kachelofen. Puso la palma de la mano sobre la cerámica azul y blanca.

Caliente. No de la manera en que la cerámica guarda el calor de una mañana de encendido: del modo en que la guarda cuando el calor viene de dentro.

Retiró la mano.

—¿Cuándo se encendió por última vez? —preguntó.

—No se apaga —dijo Voss.

Era la respuesta que la pregunta merecía dado el contexto, y que de todas formas Valentina no había estado preparada para escuchar con la cadencia con que él la dijo, que era la misma que usaba para todo y que en esa frase específica tenía el peso de sesenta y nueve años de no apagarse.

Se alejó del Kachelofen. Fue a la ventana que daba al Innenhof, desde donde el jardín interior se veía desde el ángulo opuesto al de la habitación del tercer piso: la fuente desde el lado sur, los parterres con la nieve desde el lado opuesto, el muro de hiedra pelada desde una distancia diferente que lo hacía parecer más denso. La fuente de piedra desde esa ventana mostraba el lado que desde arriba no se veía: una figura tallada en el caño que la nieve había cubierto y que era, ahora que podía verla, una figura femenina con los brazos extendidos hacia arriba en el gesto de quien ofrece o de quien sostiene, con la ambigüedad específica de la escultura de ese período que podía ser lo uno o lo otro según quién mirara.

—¿Inés eligió la habitación? —preguntó.

—Inés eligió todo lo que pudo elegir.

—¿Qué no pudo elegir?

—El final del proceso —dijo Voss.— El proceso tiene un punto de no retorno. Inés llegó a ese punto. Después de ese punto ya no hay elección, solo continuación. —Una pausa.— Pero llegó a ese punto habiendo elegido todo lo anterior, que es diferente a no haber elegido nada.

Valentina miró el jardín desde la ventana. La nieve en los parterres. La figura de la fuente con los brazos extendidos y la nieve en las manos abiertas. En el jardín, a las diez y media de una mañana de noviembre, no había nadie.

Pero la habitación no estaba vacía.

Eso lo sabía de la misma manera en que se sabe que alguien está dormido en la habitación contigua sin haberlo visto: por la calidad del silencio, que era diferente al silencio de los espacios sin personas. Tenía una densidad que los espacios sin personas no tenían, del mismo modo en que el silencio de una iglesia es diferente al silencio de un almacén aunque los dos estén vacíos de sonido visible.

No dijo nada sobre eso. Lo anotaría después.

Fue a la mesa de escritura junto a la ventana. Sobre la superficie había tres objetos alineados con la precisión de quien los ha dejado en ese orden de manera deliberada: un devocionario de cuero gastado, una pluma de ave con el cañón oscurecido por el uso, y una carta doblada en dos con el borde derecho ligeramente irregular, del tipo de irregularidad que produce el papel cuando alguien lo ha abierto y cerrado suficientes veces.

Valentina no tocó ninguno de los tres objetos.

Voss estaba de pie en el centro de la habitación, todavía con las manos a la espalda, y la miraba mirar los objetos con esa cualidad de sus miradas de las últimas dos semanas que Valentina había catalogado como la mirada de quien verifica algo que espera encontrar y que al encontrarlo no sabe exactamente cómo responder al hecho de haberlo encontrado.

—La carta —dijo Valentina, sin tocarlo—. ¿Es suya?

—Es de Inés.

—¿Para quién?

La pausa duró lo que duraban las pausas de las preguntas que tienen respuesta pero que la respuesta cambia algo en el que la da.

—Para mí —dijo Voss.— La escribió durante el cuarto año. En los meses del proceso.

—¿La ha leído?

—La leí cuando la escribió. —Una pausa diferente a todas las anteriores, más corta, del tipo que produce no la búsqueda de las palabras sino el peso de tenerlas ya.— Y no la he vuelto a leer.

—¿Por qué no?

—Porque lo que dice ya lo sé —dijo.— Y porque la letra de alguien que escribe algo difícil es diferente a la letra de todos los demás días, y hay cosas que no se pueden sostener en todos los días.

Era la frase más larga y la más costosa que le había escuchado en trece días. Valentina la escribiría después en el cuaderno entre comillas, textualmente, con el espacio en los márgenes para los añadidos que en ese momento no tenía porque la frase no necesitaba añadidos para ser lo que era.

Se alejó de la mesa. Fue al centro de la habitación, al punto donde el patrón de rombos del mármol tenía la roseta central que en el sueño siempre había sido el punto donde la figura de espaldas estaba, aunque en el sueño no había figura en el centro de la roseta sino al fondo, lejos, sin cara todavía.

Se paró en la roseta.

El calor de la habitación en ese punto exacto era diferente al del resto. No más alto en temperatura sino más concentrado, del modo en que el calor de una persona es diferente al calor del ambiente aunque los dos sean la misma temperatura: porque uno tiene dirección y el otro no. Valentina lo percibió con la palma de la mano que extendió hacia la derecha sin ninguna razón específica, solo que la mano lo hizo antes de que ella decidiera que lo haría, y lo que encontró era eso: calor con dirección.

La marca de la muñeca izquierda pulsó.

No una vez. Tres veces, en el ritmo que Valentina había aprendido a reconocer como el de respuesta, no el de aviso. Tres

por cuatro, como el vals, como la música que el cuerpo recuerda cuando el instrumento ya no toca.

Retiró la mano.

Se volvió hacia Voss, que no había dejado de mirarla desde que ella había entrado en la habitación y que en ese momento tenía en la cara algo que Valentina había visto solo una vez antes: la variación mínima del segundo del vals, la fracción de expresión que existía antes de que él la gestionara. Esta vez fue más larga. Esta vez no la gestionó del todo.

—¿Puede sentirme? —preguntó Valentina.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que llegó al palacio. Inés responde a ciertas presencias.

—¿A las mías específicamente?

La pausa fue de las más largas que había escuchado.

—A las suyas —confirmó.— Más que a ninguna otra desde hace sesenta y nueve años.

Valentina bajó la vista a la muñeca izquierda. La marca oval, oscura, del tamaño de una moneda de dos céntimos, que había pulsado tres veces en el ritmo de respuesta. Luego miró el Kachelofen que no se apagaba, el vestido malva sobre la silla, los tres objetos sobre la mesa de la que no había tocado ninguno.

—¿Qué quiere de mí?

No era la pregunta del cuaderno, la de la última página, la que se había hecho a sí misma la noche del baile. Era la misma pregunta dirigida en otra dirección, hacia el calor con dirección que había percibido en la roseta central del mármol.

Voss no respondió. No era su respuesta para dar.

El silencio de la habitación tuvo durante ese momento la densidad que Valentina había catalogado al entrar como diferente al silencio de los espacios sin personas, y en ese silencio hubo algo que no fue audible ni visible ni táctil en ningún sentido que los cinco sentidos cubrieran pero que Valentina percibió con la misma claridad con que percibía el calor sin fuente y la pulsación sin causa médica: una respuesta que no era del tipo que se anota.

Salió de la habitación antes de que la respuesta terminara de formarse, porque algunas respuestas necesitan más espacio del que tiene una habitación para ser recibidas correctamente, y el espacio correcto para esa respuesta no era el ala este sino el cuaderno negro en la mesa de la ventana del tercer piso, donde las cosas podían decirse en el papel antes de que el papel tuviera que saber qué hacer con ellas.

En el corredor, la franja de sol de noviembre seguía en el suelo del parqué, más desplazada hacia el oeste que cuando habían entrado porque el sol se había movido el tiempo que habían estado dentro, que Valentina calculó en cuarenta minutos. Cuarenta minutos en el ala este, que habían sido más densos que cualquier otro período de cuarenta minutos desde que había llegado a Viena.

Voss cerró la puerta del ala este sin llave.

Valentina lo miró.

—No la cierra.

—No.

—¿Desde hoy?

—Desde hoy.

Bajaron al primer piso en silencio. El tipo de silencio que existe entre dos personas que acaban de estar en el mismo espacio con algo que ninguno de los dos sabe todavía cómo nombrar, que era la categoría más difícil de silencio porque era el que más fácilmente se rompía con la palabra equivocada y el que más necesitaba no ser roto.

En el corredor del primer piso, frente a la consola donde Frau Bergmann ponía el jarrón con las hortensias de fuera de temporada —que esa mañana eran de un malva más oscuro que los días anteriores, casi morado, del color que las flores toman cuando han aguantado más de lo que la temporada les permite— Voss se detuvo.

—Valentina —dijo.

Era la primera vez que usaba su nombre sin el tratamiento. Sin «señorita». Solo el nombre, con el mismo peso que tenía en el sueño, en el alemán que no era el alemán de la institutriz de Sevilla sino el del siglo anterior.

Valentina se detuvo. Se volvió.

—Hay cosas que el trato no cubre —dijo él.— Que debería cubrir pero que cuando lo diseñé no supe cómo incluir porque no tenía la categoría adecuada para ellas.

—¿Qué tipo de cosas?

Lo miró. La luz del corredor del primer piso en esa hora era la de la mañana tardía, sin la penumbra de las tardes en la biblioteca ni la oscuridad de las noches en el jardín. Una luz ordinaria, del tipo que muestra las cosas sin añadir nada, que en ese rostro producía el mismo efecto que siempre: la cara de alguien para quien la edad era la herramienta equivocada, que existía en el espacio con una presencia que se reorganizaba alrededor de él sin que hiciera nada para producirlo, que miraba con la economía de quien no desperdicia la atención y que en ese momento la usaba toda en ella.

—Las que usted ya sabe —dijo.

Valentina no respondió de inmediato. El jarrón de las hortensias moradas. La consola de madera con el espejo encima donde el reflejo de los dos ocupaba el marco en la proporción que la distancia entre ellos determinaba: suficiente para ser los dos visibles, insuficiente para que la imagen fuera cómoda.

—Sé muchas cosas —dijo finalmente.— Necesito que sea más preciso.

La variación en la expresión de él fue diferente a todas las anteriores. No la leve modulación del vals ni la fisura de cuando ella había preguntado por Inés por primera vez. Era algo más completo, del tipo de expresión que existe cuando alguien ha estado sosteniendo algo con la postura correcta durante suficiente tiempo para que la postura correcta se vuelva difícil de mantener, y que en ese momento decide que puede dejar de mantenerla aunque sea solo durante el tiempo que dura una frase.

—Las que hacen que los treinta días hayan sido distintos de todos los anteriores —dijo.— Que son muchos.

Valentina calculó la respuesta durante el tiempo que la respuesta necesitaba para ser calculada, que era más del que había necesitado para cualquier otra cosa en trece días porque esta respuesta no estaba en la columna de la izquierda ni en la de la

derecha. Estaba en la última página del cuaderno, la de la pregunta sin respuesta, y darla aquí, en el corredor del primer piso con el jarrón de hortensias moradas y el espejo encima de la consola, requería una certeza que todavía no era completa.

—Sé que son distintos —dijo.— Lo demás todavía lo estoy calculando.

—Lo sé —dijo él.

Y se fue hacia la biblioteca, que era donde iba a las once de la mañana cuando no había ningún otro lugar específico adonde ir, con el paso de siempre y las manos a la espalda de siempre y la misma presencia de siempre, que era la presencia de los que llevan suficiente tiempo siendo lo que son para que el tiempo no sea una presión sino simplemente una dimensión más del espacio que habitan.

Valentina subió al tercer piso.

El cuaderno negro en la mesa de la ventana. La pluma. El Innenhof por la ventana donde la fuente de piedra mostraba desde arriba el caño tapado con el trapo rígido de frío y no la figura tallada que se veía desde abajo, desde la ventana del ala este, la figura femenina con los brazos extendidos en el gesto de ofrecer o de sostener.

Escribió durante dos horas.

No preguntas. Hechos. La habitación: el mármol, el Kachelofen sin apagar, el vestido malva, la carta que él no había vuelto a leer. El calor con dirección en la roseta del mármol. La pulsación de la muñeca en tres por cuatro. El silencio con densidad de persona. La respuesta que no fue audible ni visible ni de los cinco sentidos pero que fue.

Lo del corredor. El nombre sin tratamiento. Los treinta días distintos de todos los anteriores, que son muchos.

Al final, en la última página, donde la pregunta de la noche del baile seguía esperando respuesta, Valentina añadió una línea debajo:

Estoy calculando.

Y debajo, después de un momento en que la pluma se quedó quieta sobre el papel con la tinta del punto final ya puesta:

Pero sé en qué dirección va el cálculo.

— XII —

Lo que Stefan sabe

Stefan Voss no tenía dirección en el sentido convencional del término. Lo que tenía era un café en el cuarto distrito donde lo encontraba quien lo buscaba a las horas en que podía ser encontrado, que no eran las horas de la mañana ni las de la tarde temprana sino el espacio entre las tres y las cinco que en Viena era la hora en que los cafés se llenaban de personas que hacían de estar sentadas un argumento. El tío Rodrigo le había dado el nombre del café sin preguntar para qué, que era como el tío daba la información que producía consecuencias que prefería no calcular: con rapidez, antes de que el cálculo lo convenciera de callarse.

El Café Sperl en la Gumpendorfer Strasse tenía la oscuridad específica de los cafés vieneses que no habían modernizado la iluminación porque sus clientes preferían no ser completamente visibles. Mesas de mármol con las patas de hierro forjado, sillas de madera de Viena con el respaldo de medallón que Valentina ya conocía de los retratos y del ala este y de la silla sobre la que estaba el vestido malva. Billares en el fondo que producían el ruido exacto que produce el billar en un espacio que lo absorbe sin eliminarlo. El olor a café y a tabaco y a la madera que lleva suficiente tiempo en el mismo sitio para haberse convertido en parte del olor del sitio.

Stefan estaba en la mesa del ángulo con el periódico y un café que tenía el aspecto de llevar ahí desde antes de que él llegara. Lo encontró porque lo buscó: fue al fondo del local, al ángulo donde la gente que no quiere ser vista se sienta invariablemente porque el instinto de protección del flanco es anterior al instinto social de situarse donde se ve mejor. La mesas del ángulo en los cafés de esa época eran la versión civil de lo que en los castillos medievales era la espalda contra el muro.

Stefan levantó la vista del periódico cuando ella estaba a dos mesas. La miró de la manera en que la había mirado en el salón del ala sur: con esa atención exploratoria que seguía sin haber decidido qué pensar de lo que veía, lo que después de dos días de ausencia seguía sin haberse resuelto.

—Pensé que vendrías antes —dijo.

—Tenía cosas que hacer primero.

—¿Más preguntas para mi hermano?

—Sí. —Se sentó en la silla de enfrente sin que él la invitara, que era lo que uno hacía cuando la invitación era implícita y hacerla explícita habría sido darle más peso del que necesitaba.— Y una para ti.

Stefan dobló el periódico. Hizo una señal al camarero, que llegó con una eficiencia que indicaba que era la señal habitual. Otro café. Valentina no dijo nada sobre el café porque el café en un lugar como ese era la moneda de la conversación, y rechazarlo habría comunicado algo sobre la duración que ella no quería comunicar todavía.

—Una pregunta —dijo Stefan.— Qué generoso.

—Por ahora.

La comisura de la boca de Stefan hizo el movimiento que hacía en lugar de sonreír: el que usaba los mismos músculos sin llegar al mismo resultado. La diferencia entre la sonrisa de Stefan y la de la mayoría de la gente era que en la mayoría de la gente la sonrisa comunicaba que algo les parecía bien, y en Stefan comunicaba que algo les parecía exactamente lo que era, que podía ser bien o no serlo.

—¿Qué quieres saber?

—Te dio tiempo a estudiarme antes de venir al palacio. —Valentina puso las manos sobre la mesa, no enlazadas sino abiertas, la postura que usaba cuando quería que la otra persona viera que no estaba ocultando nada porque la transparencia en ese contexto específico era más efectiva que la cautela.— Dos semanas. ¿Qué viste?

Stefan la miró durante un momento. Luego miró el café que el camarero había dejado y que no tocó.

—Vi a alguien que llevaba el mismo cuaderno en todos los sitios adonde fue —dijo.— Vi a alguien que andaba despacio pero llegaba antes que la mayoría. Vi a alguien que en el Café Landtmann pidió café y agua y eligió la mesa de la ventana que daba al Burgtheater, y que durante la hora que estuvo ahí leyó el mismo párrafo cuatro veces sin terminar de leerlo y lo supe porque las cuatro veces que lo leyó la página no cambió.

Valentina no respondió a eso. Era la descripción correcta del día después de leer la carta del padre, y que Stefan la tuviera significaba que había estado suficientemente cerca durante suficiente tiempo para recoger ese nivel de detalle, lo que significaba que la decisión de observarla había sido anterior a lo que había indicado en el salón del ala sur.

—¿Desde cuándo me observabas?

—Desde que el tío firmó la addenda. —Una pausa.— Mayo.

Seis meses. Stefan había estado en los bordes de su vida durante seis meses, desde Mayo, desde antes de que el tío Rodrigo hubiera mencionado a ningún Voss en ninguna conversación. Valentina anotó eso en el cuaderno que llevaba en la cabeza para cuando no tenía el físico.

—¿Por instrucción de tu hermano?

—Por iniciativa propia. —Stefan por fin tocó el café.— Nikolai sabe lo que necesita saber y nada más. Así funciona entre nosotros desde hace suficiente tiempo como para que los dos lo hayamos aceptado.

—¿Cuánto tiempo?

La respuesta llegó sin la pausa que Nikolai habría puesto antes.

—Trescientos años, aproximadamente.

Lo dijo como se dice el tiempo que hace desde que uno llegó a una ciudad: con la imprecisión amistosa de las cifras grandes donde la precisión exacta sería pedantería. Trescientos años y el «aproximadamente» que indicaba que la cifra exacta requería un cálculo que en ese momento no valía la pena hacer.

Valentina bebió el café. Estaba bien, mejor que el de la Praterstrasse aunque peor que el del palacio, que era la escala en que había empezado a medir el café vienés sin haberlo planeado así.

—¿Cuál es tu versión de la historia de Inés? —preguntó.

Stefan la miró. Era la pregunta correcta y él lo sabía de la misma manera que Nikolai sabía cuándo ella hacía la pregunta correcta, con la diferencia de que Nikolai lo marcaba con la pausa y Stefan lo marcaba mirando directamente, sin calcular si la mirada comunicaba algo o no.

—Mi versión —dijo— es que Inés fue la primera. Y que el hecho de que fuera la primera significa que cuando llegó no había protocolo, no había trato previo, no había treinta días ni una pregunta por día. Había Nikolai y había Inés y había lo que ocurrió entre ellos sin que ninguno de los dos lo hubiera planeado exactamente así.

—¿Qué ocurrió?

—Lo que ocurre. —Stefan miró el café.— Ella lo supo antes de que él se lo dijera. No completamente, pero lo suficiente para que cuando él se lo dijera no fuera una revelación sino una confirmación. Y cuando lo confirmó le preguntó lo que querías tú en la última página de ese cuaderno tuyo que llevas desde que llegaste.

—¿Qué sabes de mi cuaderno?

—Sé que tiene una última página con una pregunta sin respuesta. —La comisura otra vez, sin llegar a sonrisa.— Seis meses, Valentina. Los cuadernos de la gente que lleva cuadernos dicen cosas aunque no los abras.

Era la primera vez que usaba su nombre. Sin señorita, igual que Nikolai la noche anterior, pero con una cadencia diferente: más llana, sin el peso que tenía cuando Nikolai lo decía porque Nikolai lo había llevado en la cabeza durante mucho más tiempo.

—¿Y cuál es tu versión de lo que Inés eligió? —preguntó.

Stefan dejó el café.

—Mi versión —dijo, con un tono que era diferente al de las frases anteriores, más deliberado, del tipo que adoptan las personas cuando han llegado al punto de la conversación que era el punto al que querían llegar desde el principio— es que Inés eligió algo que no entendía del todo. Que el proceso empieza antes de que nadie entienda completamente lo que es, y que cuando lo entiendes ya

estás suficientemente dentro como para que el entendimiento no cambie lo que va a ocurrir.

—¿Es eso lo que le dices a Nikolai que no te permite decirme?

—Nikolai no me permite nada. —Algo se tensó levemente en la postura de Stefan, del tipo de tensión que aparece cuando alguien menciona una relación de manera que no corresponde a como el otro la vive.— Nikolai y yo tenemos acuerdos sobre qué le corresponde a quién. Pero los acuerdos son acuerdos, no órdenes.

—¿Y qué te corresponde a ti?

—La parte que él no puede dar —dijo Stefan— porque para darla habría que estar fuera de ella. Nikolai está dentro de la historia. Yo la he visto desde fuera el tiempo suficiente para tener perspectiva.

Valentina consideró eso con la atención que le daba a las cosas que eran verdad de una manera y no de otra, que era exactamente cómo Nikolai había descrito la información que Stefan manejaba. La descripción de Nikolai era exacta. Y también lo era, a su manera, lo que Stefan estaba diciendo. Las dos cosas podían ser verdad simultáneamente si el punto de vista era la variable.

—La parte que él no puede darte —continuó Stefan— es esta: el proceso no es reversible pero tampoco es inevitable mientras no empieza. Lo que empieza el proceso es el contacto sostenido. Y el contacto sostenido lleva tiempo. Más del que tienen en dieciocho días.

—Dieciséis —dijo Valentina.

Stefan la miró.

—Dieciséis —repitió, sin la inflexión que habría indicado que la corrección le importaba de alguna manera.— Lo que quiero decirte es que si te vas del palacio antes de que el proceso empiece, no empieza. —Una pausa.— Y si te quedas hasta que empiece, no para.

—¿Cuánto tiempo tarda en empezar?

—Depende de las personas. —Stefan recogió el abrigo del respaldo de su silla con el movimiento de quien ha terminado de decir lo que tenía que decir y que lo que viene después es ya otra cosa.— En Inés tardó el tercer año. En otras personas que yo he visto, menos.

—¿Cuántas personas has visto?

—Las suficientes. —Se puso de pie.— ¿Tienes más preguntas?

—Varias.

—Mañana, si quieres. —Indicó con la cabeza hacia el camarero, que era la señal de que la cuenta era suya.— A la misma hora. El mismo sitio.

Se fue antes de que ella pudiera decir que sí o que no, que era probablemente el resultado que Stefan prefería: dejar la respuesta sin pronunciar para que la presencia o ausencia de Valentina al día siguiente fuera ella misma la respuesta, que es una manera de estructurar las conversaciones que tiene la ventaja de que el otro no puede negarse antes de haber pensado en si quiere negarse.

Valentina se quedó en la mesa del ángulo con el café que no había terminado y la cuenta que Stefan había dejado pagada y la cadencia del Sperl a las cuatro y media, que era la cadencia de los billares en el fondo y el ruido de las conversaciones de las mesas vecinas y el vapor del café en los vasos de cristal. Fuera, la Gumpendorfer Strasse tenía el tráfico de la tarde y el frío de noviembre que a esa hora ya empezaba a ser el frío de la noche temprana, del tipo que llega antes de que el cielo haya decidido ponerse oscuro.

Lo que Stefan había dicho era verdad de una manera. El proceso requería tiempo, el contacto sostenido, y tenían dieciséis días. Lo que Stefan no había dicho, que era la parte que faltaba en su versión de la historia de Inés, era por qué el proceso importaba. La advertencia existía en un vacío de contexto: si el proceso llevaba a lo que llevaba, que era la continuidad, la palabra que Nikolai había usado en el cuarto año de Inés, entonces advertir que el proceso no era reversible tenía el peso de advertir sobre algo que la persona advertida podría no querer evitar.

O podría. Ese era el problema con la información de Stefan: era exacta y al mismo tiempo incompleta, del modo en que un mapa es exacto e incompleto cuando muestra el terreno pero no lo que vive en él.

Salió a la Gumpendorfer y caminó hacia el primer distrito por las calles del cuarto que eran más estrechas y más densas que las del

Ringstrasse, con los portales seguidos sin el espacio entre edificios que el bulevar tenía. Caminó durante veinte minutos antes de llegar al canal, y durante esos veinte minutos no pensó en la columna de la izquierda ni en la de la derecha sino en la pregunta de la última página del cuaderno, que seguía ahí con la respuesta que se estaba calculando desde la noche anterior.

Dieciséis días.

Era suficiente para continuar el trato. Era insuficiente para la continuidad. Era exactamente el tiempo que el contrato, en su versión de addenda incluida, había previsto como el tiempo de la ejecución, lo que significaba que el tiempo del trato había sido calculado con la misma precisión que el contrato. Las dos cosas eran parte de lo mismo. El trato no era una concesión. Era la forma que adoptaba la ejecución cuando la ejecución necesitaba tener forma de concesión para ser aceptable.

Lo anotaría después.

En el palacio, Frau Bergmann le dijo que el señor Voss estaba en la biblioteca. Valentina subió al segundo piso con el abrigo todavía puesto porque el palacio a esa hora era el palacio antes de que Frau Bergmann encendiera los Kachelofen del corredor, que lo hacía a las seis y no antes. La biblioteca tenía su propio calor, el del Kachelofen que llevaba encendido desde las cuatro o antes, y cuando Valentina abrió la puerta el calor le llegó junto al olor de papel y cuero y a algo más que en las dos semanas se había convertido en el olor específico de ese espacio, inseparable de él.

Voss estaba en el escritorio. Levantó la vista cuando ella entró y no preguntó adónde había ido, que era la costumbre de los últimos días y que Valentina había aprendido a reconocer como la forma que él tenía de respetar la condición que ella había puesto el primer día: la libertad de movimiento sin informe. La condición había tenido un propósito práctico entonces. En ese momento tenía otro: le decía que lo que había hecho esa tarde era información que él no tenía y que acaso no necesitaría tener. Acaso.

Fue al sillón junto al Kachelofen. El cuaderno en la rodilla. La pluma.

—¿Tiene preguntas para mañana? —dijo Voss, desde el escritorio.

—Sí. —Valentina abrió el cuaderno en la página del día.— Pero primero quiero decirle algo que no es una pregunta.

Voss dejó lo que tenía en la mano sobre el escritorio. La señal de que escuchaba.

—Los treinta días —dijo Valentina— no son lo que yo creí que eran cuando los negocié.

—No.

—Son la forma que adopta la ejecución del contrato cuando la ejecución necesita tener la forma de algo más.

—Sí.

La confirmación llegó sin pausa, sin matiz, sin el tipo de elaboración que habría indicado que la caracterización no era exacta. Valentina la anotó en el cuaderno, que era lo que hacía con las cosas confirmadas para distinguirlas de las cosas inferidas.

—¿Lo sabía desde el principio?

—Sí.

—¿Y siguió de todas maneras?

—Usted también lo sabe desde hace varios días —dijo Voss— y también ha seguido.

Era la respuesta más directa que le había dado en trece días, y la que menos espacio dejaba para la réplica, porque era verdad. Valentina había sabido que el trato era la forma de la ejecución desde que Elsa le había señalado que la sesión hipnótica describía el ala este con la precisión de quien la había habitado. Lo había sabido y había seguido haciendo las preguntas del trato. Lo había sabido y había aceptado la llave del ala este. Lo había sabido y había escrito en la última página del cuaderno que sabía en qué dirección iba el cálculo.

—Sí —dijo.

El silencio que siguió tenía la textura de los silencios que existen después de que dos personas han dicho la verdad sobre algo que las dos sabían pero que ninguna había dicho todavía, que son silencios que no se llenan porque llenarse sería reemplazar lo que acaba de ocurrir con algo de menor peso.

Voss se puso de pie.

No fue hacia ella. Fue a la estantería del primer nivel, a la sección donde Valentina había visto los libros con los títulos deteriorados, y sacó un volumen delgado con la encuadernación de piel que tenía el color de la piel cuando lleva mucho tiempo expuesta a la luz. Lo dejó sobre el escritorio.

—Para mañana —dijo.— Antes de la pregunta.

Valentina fue al escritorio. El volumen era pequeño, sin título en el lomo, con el tipo de encuadernación que los impresores del siglo XVIII hacían cuando el contenido no podía ir en cubierta. Lo abrió en la primera página. El texto era en latín, pero un latín diferente al del contrato: más fluido, sin las construcciones arcaicas del notariado imperial, del tipo de latín que alguien habría escrito si hubiera aprendido latín de los clásicos en lugar de de los manuales jurídicos.

En la primera página, en el margen superior, alguien había escrito a mano en español con una letra que Valentina reconoció de inmediato porque era la misma letra inclinada hacia la derecha del cuaderno del tío, la letra que su madre tenía antes de que la tuviera su madre.

Para cuando esto tenga sentido. —I.C.

Valentina levantó la vista del libro. Voss estaba junto a la estantería, con la mano todavía en el borde del estante de donde había sacado el volumen, en la posición del que ha dejado algo que llevaba mucho tiempo guardando y que todavía no está seguro de haber tomado la decisión correcta.

—Inés lo escribió —dijo Valentina. No era una pregunta.

—En el cuarto año. Durante los meses del proceso. —Una pausa.— Dice lo que el contrato debería haber dicho y que no pudo decir porque no había vocabulario jurídico para ello.

—¿Por qué me lo da ahora?

—Porque ahora tiene sentido.

Era la misma frase que Inés había escrito en el margen. Valentina miró el libro, luego a Voss, y en el espacio entre los dos había algo que no había estado antes de esa tarde: no la asimetría de información que había definido las dos semanas anteriores sino algo más parecido a la paridad, que era diferente a la igualdad pero

más útil, del tipo de equilibrio que se consigue cuando dos personas saben aproximadamente lo mismo sobre aproximadamente lo mismo.

—Mañana lo leo —dijo.

—Mañana.

Fue a recoger el cuaderno del sillón. El abrigo todavía puesto, que en dos semanas era la primera vez que había estado en la biblioteca con el abrigo puesto porque siempre lo dejaba en el corredor. Lo había llevado puesto toda la tarde, desde el Sperl, y el abrigo tenía el olor del café del cuarto distrito mezclado con el frío de la Gumpendorfer, y en la biblioteca ese olor era incongruente con el olor de la biblioteca, que era el olor del palacio y de los libros y del Kachelofen.

Voss lo notó.

Lo supo porque él la miró de la manera en que se mira a alguien cuando un detalle desencaja, con esa fracción de segundo de recalibración que los ojos hacen cuando algo no corresponde a lo que esperaban. No preguntó. No dijo nada. Pero la recalibración había ocurrido y los dos sabían que había ocurrido.

Valentina fue hacia la puerta de la biblioteca.

—Valentina.

Se detuvo. Se volvió.

Voss había cruzado la biblioteca sin que ella lo hubiera oído moverse, que era uno de los hechos sobre él que seguía resultando imposible de integrar aunque llevara dos semanas sabiéndolo: la capacidad de moverse en el espacio sin producir el sonido que los cuerpos producen cuando se mueven, que era el sonido de la ropa y el peso y el aire desplazado. Estaba a menos de un metro de ella. La distancia de un paso.

No era la distancia del protocolo. Era menos.

Valentina no retrocedió. La distancia era de un paso y los dos lo sabían y ninguno de los dos hizo nada con eso excepto estar en ella, que era la acción disponible que no era ninguna acción.

—¿Fue a verlo? —dijo, en voz baja. No era pregunta de información: la información la tenía en el olor del abrigo. Era pregunta de otra cosa, del tipo que se hace cuando ya se sabe la

respuesta y se hace igualmente porque el acto de preguntar tiene un peso diferente al de saber.

—Sí —dijo ella.

—¿Qué le dijo?

—Lo que sabe. —Una pausa.— Que es verdad de una manera y no de otra.

Algo varió en la expresión de Voss. No fue la fisura que Valentina había aprendido a reconocer, la variación mínima del segundo del vals. Fue algo más contenido, del tipo que existe cuando una persona reconoce que alguien ha llegado a una conclusión correcta sobre algo que esa persona habría preferido que llegara por otro camino o en otro momento.

—¿Y usted? —dijo.— ¿Lo que él le dijo cambia algo?

Valentina consideró eso con la atención que merecía, que era toda la que tenía. Stefan le había dicho que el proceso requería tiempo y contacto sostenido y que una vez empezado no paraba. Le había dicho que dieciséis días era insuficiente para que empezara si ella no lo facilitaba. Le había dicho que Inés había elegido algo que no entendía del todo.

Todas esas cosas eran verdad de una manera.

—No —dijo.

Voss la miró. Un segundo. Dos. En el tercero, algo en él que había estado sostenido con la postura correcta desde hacía dos semanas se aflojó levemente, del modo en que los músculos se aflojan cuando se les informa de que ya pueden. No fue visible en ningún gesto específico. Fue en el conjunto, en la manera en que el espacio que los separaba, que era menos de un metro, tenía una densidad diferente a la que había tenido en todos los días anteriores porque en todos los días anteriores ese espacio había sido el espacio de negociación y en ese momento era otra cosa.

No cruzó el paso que quedaba. No lo hizo porque había algo en el no cruzarlo que tenía más peso que cruzarlo: la distancia de un paso sostenida voluntariamente era más erótica que cualquier cosa que hubiera al otro lado del paso, del mismo modo en que el guante sobre la mano era más perturbador que la mano descubierta.

Valentina lo sabía. Él lo sabía. Los dos sabían que los dos lo sabían.

—Buenas noches —dijo ella.

—Buenas noches —dijo él.

Salió de la biblioteca. En el corredor, Frau Bergmann había encendido los Kachelofen de pared y el calor era ya el del palacio de las siete, el calor repartido de los espacios que calientan de manera uniforme. Valentina fue al tercer piso con el libro de Inés en la mano y el olor del café del cuarto distrito en el abrigo y la distancia de un paso en el cuerpo, que era donde las distancias que no se cruzan se instalan.

Escribió durante una hora.

Lo de Stefan: los seis meses, el cuaderno leído sin abrirse, la advertencia que era verdad de una manera. Lo de la cuenta pagada antes de que pudiera negarse a que la pagara. El «dieciséis» que él había corregido a sus espaldas y que indicaba que también llevaba la cuenta, aunque la llevara desde fuera.

Lo de la biblioteca: el libro de Inés, la letra en el margen, las iniciales I.C. en el español que Inés había aprendido que era el suyo y que se lo había cedido a Voss para que fuera el suyo también. «Para cuando esto tenga sentido.»

Lo de la distancia de un paso.

Al final, en la última página, debajo de las líneas que ya estaban, una sola adición: Tiene sentido.

Cerró el cuaderno. Las tres mantas, el reloj del padre, el libro de Inés sobre la mesilla junto al Montaigne que ya tenía los dos subrayados memorizados. Por la ventana, el Innenhof completamente oscuro a las nueve y media de noviembre.

Los pasos llegaron al corredor a las once menos cuarto. Se detuvieron frente a su puerta. No llamaron.

Valentina fue a abrir.

Voss estaba en el umbral con las manos enlazadas a la espalda y la ropa de la biblioteca y sin ningún libro, que era la primera vez en doce noches que llegaba al corredor del tercer piso sin el libro. Lo miró. Él la miró. La distancia del umbral era menos de un metro, que era exactamente la distancia de antes en la biblioteca.

—¿Sigue pensando que no cambia nada? —dijo.

—Sigo pensando —dijo Valentina— que el no cambia nada era la respuesta correcta. —Una pausa.— Y que había otras respuestas posibles que también habrían sido correctas.

La variación en la expresión de él esta vez no fue mínima. Fue lo más cercano que Valentina había visto en dos semanas a algo que en cualquier otra cara habría llamado alivio, aunque en esa cara específica el alivio tenía la apariencia de algo más contenido, más hondo, del tipo que producen las cosas que han esperado suficiente tiempo para que el alivio de que lleguen sea proporcional al tiempo de la espera.

Voss entró en la habitación.

Fue un solo paso, el paso que no había cruzado en la biblioteca, y luego la puerta que se cerraba detrás de él con el sonido específico de las puertas que se cierran cuando alguien ha decidido que lo que hay dentro es más importante que lo que hay fuera. Y Valentina, que llevaba dos semanas calculando la dirección de un cálculo que ya sabía adónde llevaba, dejó de calcular.

Las tres mantas. El reloj del padre. El libro de Inés sobre la mesilla.

Y el calor, que esa noche era el calor correcto.

— XIII —

El libro de Inés

Valentina se despertó con el libro de Inés en la mesilla y el reloj del padre marcando las seis y cuarto, que era una hora más temprana de lo habitual y que el cuerpo había decidido sin consultar. Las tres mantas. La habitación del tercer piso con el frío de la mañana de noviembre que se acumulaba en los rincones durante la noche porque el Kachelofen del tercer piso no tenía la masa térmica suficiente para sostener el calor hasta el amanecer. Todo exactamente igual que las mañanas anteriores, con la diferencia de que la habitación olía diferente.

No a lavanda de las sábanas. A otra cosa.

Valentina se incorporó. Tomó el libro de Inés de la mesilla porque era el objeto más inmediato y porque tenía una lógica en ese momento que a las seis y cuarto de la mañana era suficiente. La encuadernación de piel oscura, las iniciales I.C. en el margen de la primera página, la letra que era la de su madre antes de que fuera la de su madre. Abrió en la segunda página y empezó a leer.

El latín de Inés no era el latín del contrato ni el latín de los jesuitas de Valentina. Era el latín de alguien que lo había aprendido de Nikolai, que lo había aprendido de alguien anterior a Nikolai, con esa cadencia específica del latín que se transmite de boca a boca durante suficiente tiempo para que las construcciones sean las del siglo en que empezó la cadena y no las del siglo en que terminó. Valentina lo leyó despacio, con la atención de la primera lectura de los textos que requieren que el lector se ajuste al idioma del texto y no al revés, y a medida que leía fue entendiendo que Inés no había escrito un tratado ni un diario sino algo intermedio: el registro de un proceso desde dentro, con la precisión de alguien que ha decidido

documentar lo que le ocurre porque documentarlo es la única manera que tiene de entenderlo mientras ocurre.

La primera sección hablaba del sueño. De cómo el sueño se había ido haciendo más corto sin que la ausencia del sueño produjera en ella el agotamiento que había esperado. De cómo en los últimos meses del proceso había empezado a quedarse despierta las noches enteras sin sentir la privación, con una calidad de atención que era diferente a la del día: más fina, más capaz de registrar lo que el ruido del día impedía registrar. La oscuridad, escribía Inés, no es ausencia de luz. Es un estado con su propia información.

La segunda sección hablaba de la sed.

Valentina leyó esa sección más despacio que la anterior. Inés la había escrito con la precisión de quien describe un síntoma que no tiene nombre en el vocabulario disponible y que por tanto tiene que construir el nombre desde la descripción: la sed no era sed de agua, que era la sed que el cuerpo conoce y para la que tiene solución. Era la sed de algo que el cuerpo empezaba a reconocer como necesario sin haber tenido nunca antes el modelo de esa necesidad. Inés la describía como la diferencia entre tener hambre de comida y saber, por primera vez, que existe otro tipo de alimento para el que uno no tenía vocabulario hasta ese momento.

No nombraba qué era.

Valentina cerró el libro en esa página. Se quedó con él en las manos durante un momento, mirando la cubierta oscura sin título, y pensó en el Kachelofen del ala este que no se apagaba y en el calor con dirección que había percibido en la roseta del mármol y en las tres veces que la muñeca había pulsado en el ritmo de respuesta. Pensó en lo que su cuerpo recordaba de la noche anterior, que era todo, con el tipo de detalle específico que el cuerpo guarda cuando ha ocurrido algo que no sabe todavía cómo clasificar y que por tanto lo guarda entero hasta que el clasificador esté listo.

La temperatura de las manos, que era la cosa que había notado primero porque era la cosa que llevaba dos semanas notando y que esa noche no fue un dato sino un hecho, la diferencia entre saber que el agua está fría y meterse en ella. El latín del siglo anterior que

él había usado en un momento que Valentina no había esperado que usara el latín, y que sin embargo había sido exactamente correcto, del modo en que son correctas las cosas que provienen de suficiente profundidad de tiempo para no necesitar ajustarse al presente. El silencio de él después, que era diferente al silencio habitual porque el silencio habitual era el de quien elige no hablar y ese había sido el de quien ya ha dicho lo que había que decir de todas las maneras posibles.

Y lo que Valentina había pensado en el momento más inapropiado para pensarlo, que era el pensamiento que habría escrito en el cuaderno si hubiera tenido el cuaderno a mano: que el calor que él tenía en las manos no era el calor de la habitación ni el de la estufa ni el de ninguna fuente exterior. Era el calor de lo que se conserva sin necesidad de fuente, la misma física imposible del Kachelofen del ala este.

Eran las siete menos cuarto. Valentina se levantó.

El agua de la jarra estaba fría, que era la condición habitual a esa hora, y la usó de todas formas porque el frío del agua era el tipo de cosa que a las siete de la mañana de la mañana siguiente devuelve el pensamiento al estado en que puede procesarse sin el filtro de lo que el cuerpo todavía recuerda. Se vistió. El vestido marrón, que era el de trabajo y no el de presentación, porque ese día iba a necesitar trabajo del tipo que no requería el vestido correcto sino la cabeza correcta.

Antes de bajar al desayuno, abrió el cuaderno negro en la página del día anterior y leyó lo que había escrito: lo de Stefan, lo del libro de Inés, lo de la distancia de un paso. Al final, la adición de las once de la noche: Tiene sentido.

Añadió una línea debajo, con la letra de la mañana que era diferente a la de la noche, más vertical, más precisa:

El proceso no ha empezado. O ha empezado. No sé todavía cuál de las dos.

Debajo: Preguntar.

Cerró el cuaderno y bajó.

El comedor a las siete tenía la luz que la ventana este producía en noviembre a esa hora: muy directa, muy baja, del tipo de luz que

entra casi horizontal y que ilumina la superficie de las cosas desde abajo en lugar de desde arriba, lo que hace que los objetos tengan sombras en la parte superior que normalmente no tienen. El aparador de plata con el monograma V tenía esa sombra. La cafetera también. La silla vacía del extremo opuesto a la de Valentina, que era la silla de Voss, también.

Frau Bergmann sirvió el café sin decir nada. El pan, la mantequilla, la confitura de ciruela. El silencio de los desayunos cuando hay una sola persona, que era diferente al silencio de los desayunos para dos porque el silencio para una persona es simplemente quietud y el silencio para dos es ya una decisión.

Voss no bajó a desayunar.

Valentina comió el Semmel y bebió el café y leyó el libro de Inés en la mesa del comedor porque era el lugar que tenía más luz a esa hora. La tercera sección del libro trataba de lo que Inés llamaba el acceso al pasado: la capacidad, que había desarrollado en los últimos meses del proceso, de percibir información que correspondía a experiencias que ella no había tenido pero que reconocía con la precisión de los recuerdos propios. Lo describía con el mismo rigor de la sección de la sed: sin nombre para el fenómeno, solo descripción exacta del mecanismo.

El pasado no es lo que ocurrió. Es lo que queda cuando lo que ocurrió ha terminado. Y lo que queda tiene peso y temperatura y olor, del mismo modo en que un cuarto tiene temperatura aunque no haya nadie en él.

Valentina releyó esa frase. La copió en el cuaderno, entre comillas, con la indicación de página al margen. Luego siguió leyendo.

La cuarta sección era la más corta y la más difícil de leer porque era la más directa: Inés escribía sobre lo que había elegido con la claridad de quien ha examinado la elección desde todos los ángulos posibles y ha llegado a la conclusión de que era la correcta sin que eso signifique que no tuviera un precio. El precio era específico: la distancia del mundo al que había pertenecido. La imposibilidad de envejecer junto a los que envejecían. La necesidad de no quedarse

en ningún sitio más del tiempo que los sitios toleraban sin que la permanencia se volviera visible.

Pero lo que gané —escribía Inés— no tiene precio equivalente en el vocabulario de lo que perdí, lo que hace que la comparación sea imposible y que por tanto la elección no pueda evaluarse en esos términos. Se evalúa en los propios: ¿qué querías? ¿Lo tienes? El resto es aritmética de monedas distintas.

Valentina cerró el libro en la página ciento doce.

Voss entró al comedor.

Llevaba la ropa de la mañana, pantalón oscuro y la chaqueta de lana del color habitual, con las mangas en el lugar correcto esta vez, sin el detalle doméstico de la noche anterior que había sido el primer detalle informal que Valentina había visto en él y que esa mañana no estaba. La cara tenía la expresión habitual, que era la expresión que había tenido todos los días del mes anterior: sin la micro-tensión que la mayoría de la gente acumula en la mandíbula al entrar en una habitación donde hay algo que gestionar.

Pero algo era diferente.

No en la cara, no en la postura, no en ningún elemento específico que Valentina pudiera aislar. Era en el conjunto, en la manera en que se movió hacia la silla del extremo de la mesa con esa normalidad de siempre, y que esa normalidad de siempre tuviera esa mañana una textura distinta, la textura de las cosas que siguen haciendo lo mismo porque hacerlo diferente requeriría nombrar lo diferente, y nombrar lo diferente a las ocho de la mañana en el comedor de un palacio requería un vocabulario que ninguno de los dos tenía todavía preparado.

Frau Bergmann sirvió el café de él sin que lo pidiera.

Valentina tenía el libro de Inés sobre la mesa, visible. Voss lo miró durante un segundo —solo un segundo, del tipo que registra y archiva sin preguntar— y luego miró la ventana este con la luz baja de la mañana de noviembre.

—¿Lo ha empezado? —dijo.

—Lo he leído hasta la página ciento doce.

—¿Qué le parece?

Valentina consideró eso con la atención que la pregunta merecía, que era considerable porque «qué le parece» sobre el libro de Inés era también «qué le parece» sobre lo que el libro describía, que era también «qué le parece» sobre lo que había ocurrido la noche anterior en relación a lo que el libro describía, y esas tres capas eran demasiadas para la primera frase de la mañana sin haber terminado el café.

—Me parece que Inés era más honesta de lo que el vocabulario disponible permitía —dijo finalmente—, y que lo era de todas formas, lo que dice algo sobre el carácter.

—Sí —dijo Voss.

El silencio del desayuno de esa mañana era del tipo que no era simplemente quietud y que todavía no era la decisión de no hablar: era el silencio de dos personas que comparten un espacio al día siguiente de haber compartido algo más y que están calibrando qué significa que ambas cosas sean verdad al mismo tiempo.

Valentina bebió el café. Voss leyó el Neue Freie Presse. En la página cuatro, donde la semana anterior se había detenido más de lo habitual, esa mañana pasó sin pararse.

—La pregunta de hoy —dijo Valentina— es sobre el proceso.

Voss bajó el periódico.

—Específicamente —continuó ella— quiero saber si empezó. Y si empezó, cuándo.

Era la pregunta que había anotado en el cuaderno con la letra de la mañana. La pregunta que Inés no había podido responder porque Inés lo había vivido desde dentro y el desde dentro no tenía perspectiva para ver el inicio. Voss lo había visto desde fuera —o desde un tipo de dentro diferente, que no era el mismo— y tenía la perspectiva que Inés no había tenido.

Voss dejó el periódico sobre la mesa. No del modo en que lo dejaba cuando el periódico había terminado sino del modo en que se deja cuando la conversación es más urgente que el periódico y hay que elegir.

—El proceso —dijo— no tiene un inicio que pueda señalarse con precisión. No es una puerta que se abre. Es más parecido a... —hizo la pausa de cuando buscaba la comparación correcta, que era

diferente a la pausa de cuando elegía cuánto decir— al punto en que el agua empieza a hervir. No hay un momento en que no hervía y de pronto hierve. Hay un proceso gradual de temperatura que en algún punto alcanza el umbral y el agua hace lo que tiene que hacer.

—¿Y hemos alcanzado el umbral?

La pausa fue larga.

—Eso —dijo— depende de si el proceso continúa.

—¿Y si no continúa?

—Si no continúa —dijo, con el tono de los hechos que se dan sin inflexión porque la inflexión los haría más pequeños de lo que son— el umbral no se alcanza. Y lo que haya ocurrido antes del umbral no tiene consecuencias permanentes.

Valentina procesó eso. El proceso requería continuidad: el contacto sostenido que Stefan había descrito en el Sperl. Sin continuidad, sin consecuencias permanentes. Lo que había ocurrido la noche anterior no era el umbral, era la temperatura subiendo hacia él, y la temperatura podía dejar de subir.

—¿Cuánto tiempo hasta el umbral, si continúa?

—No lo sé con certeza. En Inés fue gradual durante meses. En otras personas —hizo una pausa brevísima— ha sido más rápido.

—¿Por qué más rápido en otras personas?

—Porque el proceso responde a la proximidad y a la frecuencia —dijo.— Y porque hay personas en las que algo del proceso ya estaba presente antes de que comenzara. —Miró el libro de Inés sobre la mesa, sin tocarlo.— La marca de su muñeca, por ejemplo. La forma en que respondió al ala este desde el primer día. El sueño desde los nueve años.

Era la confirmación de lo que Valentina había empezado a construir en la columna derecha del cuaderno desde antes de llegar al palacio, la confirmación de que algo había empezado mucho antes de que ella llegara a Viena y que la pregunta no era si el proceso empezaría sino si lo que ya estaba empezado continuaría.

—¿Lo sabía? —preguntó.— Cuando diseñó el trato. Los treinta días, una pregunta por día. ¿Sabía que en mí el proceso era anterior?

Voss la miró.

—Sí —dijo.

—¿Desde cuándo?

—Desde la noche en que nació. —La misma voz de siempre, sin inflexión.— La marca de la muñeca estaba presente en el momento del nacimiento. No todas las personas que llegan a este proceso la tienen. Usted la tenía desde antes de que el proceso comenzara.

Valentina anotó eso en el cuaderno con la letra de la velocidad. La marca de la muñeca como señal anterior al proceso. La predisposición al proceso que Voss había identificado en la noche del nacimiento y que había estructurado el contrato alrededor de ella durante veintidós años. El trato no era la negociación que había creído negociar desde el principio, que ya lo sabía, pero ahora era más específico: no solo la ejecución del contrato adoptando forma de negociación, sino la ejecución de algo que ya estaba en ella antes de que el contrato existiera.

Cerró el cuaderno.

—¿Cuántos días quedan? —preguntó.

—Quince.

—¿Es suficiente para alcanzar el umbral?

—Es suficiente —dijo él— si eso es lo que usted quiere.

Era la pregunta de la última página del cuaderno formulada desde afuera, por alguien que no era ella. Valentina la recibió con la misma atención con que había recibido todas las preguntas que no tenían respuesta preparada, que era la atención de quien no responde antes de tener la respuesta correcta aunque esperar la respuesta correcta sea incómodo.

El libro de Inés sobre la mesa entre los dos. La aritmética de monedas distintas. Lo que gané no tiene precio equivalente en el vocabulario de lo que perdí.

—Necesito pensar —dijo.

—Lo sé —dijo Voss.

Valentina se puso de pie. Tomó el libro de Inés. Fue al corredor y de ahí a la escalera principal, que a esa hora tenía la luz del corredor del primer piso sin las lámparas encendidas todavía, solo la luz natural que llegaba por la ventana del rellano en la misma calidad baja y horizontal que la de la ventana del comedor.

En el corredor del segundo piso se detuvo frente al séptimo retrato de la galería, el del espejo con la figura de los hombros de Nikolai. La mañana iluminaba el pasillo desde el sur con esa luz que normalmente no llegaba a esa parte del corredor y que hoy sí llegaba porque era la hora incorrecta para que ella estuviera en ese corredor, la hora en que la luz era diferente.

En el espejo pintado, la figura tenía los mismos hombros de siempre. Pero esa mañana, con la luz de las ocho desde el sur, Valentina vio lo que en las visitas anteriores no había tenido el ángulo correcto para ver: en el ángulo inferior del espejo, casi fuera del marco de la pintura, había una segunda figura. Pequeña, en el borde, con el perfil apenas visible bajo la pintura de fondo. Una mujer de pie. Con la mano extendida hacia la figura principal del espejo, sin tocarlo, con la distancia específica de las personas que están a punto de tocar algo y que han decidido, en el último momento, no hacerlo todavía.

1798.

Valentina no se había movido del Palais Voss en noviembre de 1887. La mujer del espejo llevaba en ese cuadro ochenta y nueve años.

Subió al tercer piso. La habitación. La silla de la ventana. El cuaderno negro sobre la mesa con la pluma encima. El Innenhof por la ventana donde la nieve de la semana anterior había desaparecido y los parterres mostraban la tierra oscura de noviembre sin cubierta, el tipo de tierra que en primavera produciría las rosas y en noviembre no producía nada excepto la forma de lo que todavía no era.

No abrió el cuaderno.

Abrió el libro de Inés en la página ciento trece, donde lo había dejado, y siguió leyendo.

La quinta sección, la última, era la más corta de todas. Solo cuatro páginas, en el latín más limpio del libro, como si al final Inés hubiera encontrado la construcción que buscaba desde el principio o como si el final del proceso le hubiera dado la claridad que el comienzo no tenía. Valentina la leyó despacio, con la atención de los textos que no pueden releerse igual una vez que se han leído.

La sección decía:

Hay una pregunta que nadie me ha hecho y que me habría gustado que alguien me hiciera. No si valió la pena —esa pregunta la hago yo misma cada cierto tiempo y la respondo de la misma manera— sino esta: ¿qué sabes ahora que no sabías antes?

Lo que sé ahora: que el tiempo no es escaso. Que la escasez del tiempo es la condición de los que viven dentro de él como si fuera un río y que hay otras maneras de estar en él. Que el amor que se construye cuando el tiempo es escaso tiene la belleza de las cosas urgentes y que el amor que se construye cuando el tiempo no lo es tiene la belleza de las cosas que pueden permitirse la demora. Son bellezas distintas. No son comparables.

Lo que también sé: que el proceso tiene un precio que no pude calcular antes de pagarlo porque el precio se paga en la moneda del futuro y el futuro no se conoce de antemano. He pagado cosas que no esperaba pagar. He ganado cosas que no esperaba ganar. La contabilidad no está cerrada.

Y lo que sé sobre él: que hay personas que llevan suficiente tiempo siendo lo que son para que el tiempo se haya convertido en su naturaleza, y que esas personas no son el tiempo en sí —eso sería otra cosa— sino la experiencia acumulada de haber estado en él durante más de lo que el cuerpo humano ordinario permite. Eso no es inmortalidad. Es otra cosa que no tiene nombre todavía porque los que la tienen no escriben tratados y los que escriben tratados no la tienen.

Valentina leyó esa última frase dos veces. Luego cerró el libro.

Afuera, en el Innenhof, la fuente de piedra con el caño tapado tenía en la luz de las nueve de la mañana una calidad diferente a la de las noches: sin el elemento sombrío que la oscuridad le daba, sin la densidad de lo que se mira desde la ventana de la medianoche. Solo piedra, agua estancada en la base, el cielo gris de noviembre encima. Una fuente apagada en un jardín de invierno. El tipo de cosa que en primavera sería lo que debía ser y que en noviembre era solo la forma de lo que todavía no era.

Valentina tomó el cuaderno. Abrió en la última página.

La pregunta de la noche del baile seguía ahí con las dos adiciones posteriores: Estoy calculando. Pero sé en qué dirección va el cálculo. Y la de esa mañana: Tiene sentido.

Añadió una línea más, la última que la página tenía espacio para sostener:

La contabilidad no está cerrada. Pero sé en qué columna van las entradas más importantes.

Cerró el cuaderno. Lo puso sobre la mesa junto al libro de Inés, los dos volúmenes juntos, el negro sin título y el de piel oscura con las iniciales en el margen, el cuaderno de lo que Valentina llevaba en la cabeza y el cuaderno de lo que Inés había llevado en la suya setenta años antes en el mismo palacio con el mismo hombre con el mismo Kachelofen que no se apagaba.

El reloj de su padre marcaba las nueve y veinte.

Quince días.

Era suficiente tiempo si eso era lo que quería. Era suficiente para alcanzar el umbral o para no alcanzarlo. Era suficiente para que la temperatura siguiera subiendo o para que dejara de subir. Era exactamente el tiempo que quedaba, y el tiempo que quedaba era de ella, que era la única cosa en todo el contrato y toda la addenda y todos los treinta días que lo era sin condiciones.

Se puso de pie. Fue a la puerta de la habitación. La abrió.

El corredor del tercer piso, el parqué oscuro con la luz del corredor que a esa hora era solo la que llegaba por la ventana del fondo. Sin nadie en él. Sin los pasos que reconocía por el ritmo. Solo el corredor y las puertas cerradas a los dos lados y al fondo la escalera que llevaba a la biblioteca y al ala este y al Kachelofen que no se apagaba y a los retratos donde la misma figura llevaba noventa y ocho años apareciendo en los fondos con los hombros de alguien que Valentina conocía por la manera en que se movía en el espacio y por la temperatura de las manos y por el latín del siglo anterior que había usado anoche en el momento más inapropiado para usar el latín del siglo anterior y que había sido exactamente correcto.

Bajó la escalera.

A las nueve y veinte de la mañana de un miércoles de noviembre en el primer distrito de Viena, en el Palais Voss, Valentina Serralde cruzó el corredor del segundo piso, pasó frente a la galería de retratos sin detenerse porque ya no necesitaba detenerse para saber lo que había en los fondos, y llegó a la puerta de la biblioteca.

La abrió.

— XIV —

El recuento

Voss estaba junto a la ventana de la biblioteca cuando Valentina entró. De pie, con las manos a la espalda, en la posición que había tenido el primer día del contrato y que desde entonces había asociado con los momentos en que él tenía algo que decir y estaba calculando si decirlo o cómo. La diferencia esa mañana era el ángulo de la vista: no hacia el jardín interior sino hacia la calle, hacia el Ringstrasse que a las nueve y media tenía ya el tráfico completo de los carruajes de la Saison y los tranvías del primer distrito y los vendedores con los carros de las verduras del mercado matutino que en esa hora volvían vacíos.

Valentina fue al sillón junto al Kachelofen. Dejó el libro de Inés sobre la mesa pequeña junto al sillón. Abrió el cuaderno negro en la página del día.

Voss se volvió.

No dijo nada. La miró durante el tiempo suficiente para que la mirada fuera ya comunicación, que era la manera en que él usaba las miradas: no como precursor del lenguaje sino como el lenguaje mismo, con la economía de quien ha aprendido que las palabras son el instrumento más impreciso del repertorio disponible. Luego fue al escritorio y se sentó, que era la señal de que lo que venía a continuación era de los que requerían sentarse.

—La pregunta de hoy —dijo Valentina— no es del trato.

—No esperaba que lo fuera.

—Es sobre el proceso. Específicamente sobre lo que ocurre ahora.

Voss tenía las manos sobre la superficie de cuero del escritorio en esa postura de siempre, planas, con la quietud de los objetos que no tienen urgencia. La luz de la mañana desde la ventana del jardín

le llegaba desde el lado izquierdo y hacía que el perfil derecho estuviera en una sombra leve que el perfil izquierdo no tenía. Valentina llevaba dos semanas aprendiendo a leer ese rostro en condiciones de luz variables y a esas alturas lo leía igual en sombra que en claridad, que era la consecuencia del aprendizaje prolongado de cualquier cosa.

—Lo que ocurre ahora —dijo él— depende de lo que ocurra a continuación.

—¿Y qué puede ocurrir a continuación?

—El proceso continúa o no continúa. —Una pausa.— Si continúa, el umbral se alcanza dentro de los quince días que quedan. Si no continúa, lo de anoche no tiene consecuencias permanentes.

Era la misma información que le había dado en el desayuno, con la diferencia de que en el desayuno había sido una descripción del proceso en general y ahora era la descripción del proceso en relación a lo que había ocurrido la noche anterior, lo que cambiaba el peso de cada palabra sin cambiar ninguna de las palabras.

—¿Qué define si continúa?

—Usted —dijo.— Exclusivamente usted.

Valentina anotó eso, aunque no necesitaba anotarlo para recordarlo. Lo anotó porque el acto de escribir algo en el cuaderno tenía la función de convertirlo en parte de la columna de la izquierda: los hechos verificables, los que ya tenían la categoría correcta. Que la continuación dependiera de ella era un hecho verificable.

—¿Y usted? —dijo.

—¿Yo qué?

—¿Qué ocurriría si yo decidiera que no continúa?

La pausa fue del tipo que Valentina había aprendido a distinguir de las otras: no la de búsqueda de palabras, no la de elección de cuánto decir, sino la de quien está respondiendo a algo que contiene más de una pregunta y que necesita identificar cuál de ellas merece la respuesta principal.

—Lo de anoche no es reversible en lo que me respecta —dijo.— El proceso en mí no tiene umbral. El umbral es suyo, no mío.

—¿Qué significa eso en términos prácticos?

—Significa —dijo, con el tono de los hechos que se dan sin inflexión porque la inflexión los haría más pequeños— que si usted decide que no continúa, yo seguiré siendo lo que soy. Con lo que anoche añadió a eso. —Una pausa breve.— Y que en quince días, cuando el contrato llegue a su vencimiento, usted se irá del palacio y continuará con la vida que habría continuado si el contrato no hubiera existido.

Valentina procesó eso. La vida que habría continuado sin el contrato: Sevilla, el tío Rodrigo, los libros del estudio que era el único espacio de la casa donde se sentía con las proporciones correctas, la institutriz de alemán correcto y algo rígido, los veranos en la finca de Cádiz con el calor que aplana todo. La vida que había tenido antes del tren a Viena, que no había sido mala vida sino simplemente la vida anterior a esta, que es una categoría diferente.

—Y Elsa —dijo.

—¿Qué pasa con Elsa?

—Lleva dos años investigando cuatro muertes relacionadas con Stefan. Eso no desaparece si yo me voy del palacio en quince días.

Voss la miró.

—No —dijo.— Eso no desaparece.

—¿Lo sabías?

—Sé que Stefan ha tenido episodios. —El vocabulario de él para los episodios era el mismo vocabulario de distancia clínica que Elsa usaba para sus casos: sin condena, sin excusa.— La investigación de la doctora Richter es consecuencia de esos episodios.

—¿Episodios que implican muertes.

—Sí.

—¿Y has hecho algo al respecto?

La pausa fue larga.

—He contenido lo que he podido contener. —Una pausa.— Stefan no es contenible de la misma manera que yo. El proceso lo afectó de manera diferente.

—¿Diferente cómo?

—Porque Stefan no eligió. —Lo dijo con el mismo tono plano, que en esa frase específica tenía el peso de trescientos años de lo

que esa frase implicaba.— El proceso que en Inés fue una elección sostenida durante meses, en Stefan fue otra cosa. Más rápido. Sin la preparación que lo habría hecho diferente.

Valentina dejó la pluma sobre el cuaderno.

—¿Quién lo hizo?

Voss la miró. Era la pregunta que llegaba al centro de algo que había estado en los bordes de todas las conversaciones anteriores sin que ninguna de las dos hubiera nombrado el borde directamente.

—Yo —dijo.

El silencio que siguió era diferente a todos los anteriores. Era el silencio de una información que cambia la arquitectura de lo que se ha construido antes de ella: no la derriba sino que la obliga a recalcularse desde los cimientos.

Valentina tomó la pluma. Anotó. No la confesión —eso ya estaba en la cabeza— sino lo que la confesión implicaba para la columna de la derecha: el proceso puede ocurrir sin elección. Stefan como evidencia de lo que el proceso es sin la estructura que Inés había tenido. El contrato, el trato, los treinta días como la diferencia entre el proceso de Stefan y el proceso de Inés.

—¿Cuándo fue?

—Hace trescientos años, aproximadamente. —El mismo «aproximadamente» que había usado Stefan en el Sperl, con la imprecisión amistosa de las cifras que son demasiado grandes para la exactitud.— Stefan era el único que sabía lo que yo era. Hubo un invierno en que las circunstancias fueron... —la pausa, la búsqueda de la comparación correcta— ... del tipo que no deja margen para el juicio correcto. Y cuando el margen volvió, el proceso ya había ocurrido.

—¿Lo sabía él?

—No completamente. No en el momento.

—¿Y después?

—Después —dijo— pasaron trescientos años. Y él aprendió a vivir con lo que era de la misma manera que se aprende a vivir con cualquier cosa que no puede deshacerse: con la variación de la calidad entre los días buenos y los días que no lo son.

Los días que no lo son. Las cuatro muertes en el cuaderno de Elsa, los registros sociales con el apellido Voss en los márgenes, el incidente del tercer distrito en 1883 y el testigo que describió ojos del color incorrecto.

—¿Puede controlarlo?

—A veces. —Una pausa.— En los días que no lo son, no.

—¿Y Elsa está investigando esos días.

—Sí.

—¿Sabe Stefan que la investigan?

—No lo sé. —Era el segundo no lo sé en dos días, lo que en dos semanas de respuestas precisas era notable.— Stefan sabe muchas cosas que yo no sé que sabe.

Valentina cerró el cuaderno. No porque hubiera terminado sino porque la conversación había llegado al punto donde escribir era menos útil que pensar, y pensar requería las manos libres y la vista fuera del papel.

Fue a la ventana de la biblioteca que daba al jardín. El Innenhof a las diez de la mañana tenía la luz del sur que esa semana había aparecido y que producía en el jardín una calidez que la nieve de los parterres contradecía: el suelo oscuro con el frío de la tierra, el cielo con ese azul de noviembre que solo existe dos o tres días al año cuando el tiempo decide ser claro sin ser cálido.

Voss no se movió del escritorio. La escuchó ir a la ventana sin seguirla con la vista, que Valentina sabía porque lo habría notado: había aprendido cuándo él la miraba con la misma precisión con que él había aprendido cuándo ella llegaba al corredor por el sonido de los pasos.

—Necesito hablar con Elsa —dijo Valentina, de espaldas al escritorio.— Hoy. Tiene que saber lo de Stefan, lo que acabas de decirme.

—Lo sé.

—¿Te parece mal?

—No —dijo.— Debería haberlo dicho antes. —Una pausa.— No encontré la manera.

Era una admisión que en otra boca habría sido excusa. En la suya era solo el estado de las cosas: había no encontrado la manera,

y eso había producido consecuencias que ahora estaban encima de la mesa del comedor de Elsa en el cuaderno de tapas oscuras. Valentina lo anotaría después.

Se volvió desde la ventana.

Voss seguía en el escritorio con las manos sobre la superficie de cuero y la luz de la mañana desde el jardín ahora a su espalda, lo que hacía que el frente de él estuviera en la sombra y que el perfil que Valentina había aprendido a leer en todas las condiciones de luz estuviera en la condición menos legible de todas. No era un problema. A esas alturas leer ese rostro en la oscuridad habría sido posible también, aunque no en el sentido en que leer se usa normalmente.

—Tengo una pregunta —dijo— que es del trato. La última del día.

—Haga.

—El contrato especifica «la hija primogénita de la primogénita». Mi madre fue la primogénita de su familia. Yo soy la única hija. La cláusula es sobre mí. —Una pausa.— Pero el contrato lo firmó mi padre en 1865. Cuando yo tenía un día de vida.

—Sí.

—¿Sabías que yo existiría antes de que yo existiera?

Era la pregunta que había hecho el primer día en el palacio, diez días después de llegar: la pregunta del cuaderno número tres. Voss la había respondido entonces: sabía que existiría, sabía que el parto sería difícil, había enviado al médico. Pero esa respuesta pertenecía a otro contexto, al contexto de antes de Inés en la galería de los retratos y antes del ala este y antes del libro con las iniciales I.C. en el margen. La misma pregunta en el contexto de ese miércoles tenía un peso diferente.

—Sí —dijo.

—¿Desde cuándo?

—Desde la noche en que murió Inés. —El tono plano, que en esa frase era el instrumento correcto porque cualquier inflexión habría sido demasiado.— Lo que el proceso de Inés dejó cuando terminó no fue solo el ala este y el Kachelofen y la carta. Fue también una cierta... certeza sobre lo que vendría después.

—¿Certeza sobre mí?

—Sobre la posibilidad de ti. No tu nombre, no tu cara. La posibilidad de alguien que llegaría eventualmente de la misma manera que había llegado ella: con la marca y con el tipo de inteligencia que convierte la información en argumento. —Una pausa.— La especificidad llegó con la carta del padre. Con la marca en la muñeca en el momento del nacimiento.

Valentina anotó eso con la letra de velocidad, en abreviaciones, porque lo que anotaba era el contorno y el desarrollo lo haría después en limpio: Inés → certeza sobre lo que vendría → la posibilidad de alguien como ella → la marca de la muñeca como confirmación específica. El contrato de 1865 como el mecanismo que convertiría la posibilidad en realidad.

—El contrato no era para mí —dijo.— Era para la posibilidad de mí.

—Sí. —Voss la miró.— Aunque la distinción, en la práctica, resulta mínima.

—En la práctica —dijo Valentina— la distinción es que yo soy una persona y la posibilidad de mí es una categoría. Y los contratos que se firman sobre categorías tienen una naturaleza diferente a los que se firman sobre personas.

Voss no respondió a eso inmediatamente. Lo que hizo fue lo que hacía cuando algo le daba algo que no había previsto: lo procesó en silencio con esa calidad de silencio que no era vacío sino actividad interna que no producía señales externas, del mismo modo en que los cálculos complejos no producen ningún signo visible hasta que producen el resultado.

—Tiene razón —dijo.

Era la segunda vez en dos semanas que le daba la razón en algo que él había hecho. La primera había sido la descripción de los treinta días como ejecución del contrato adoptando forma de negociación. Esta era diferente: la primera había sido una descripción que él confirmaba; esta era una corrección que él aceptaba.

Valentina fue por el libro de Inés. Lo sostuvo un momento, la encuadernación oscura, el peso de ciento veinte páginas de latín en

la letra de una mujer que había estado en el mismo palacio con el mismo hombre en el mismo Kachelofen setenta años antes.

—¿Sabía que llegaría hoy —preguntó— cuando dejó el libro anoche?

—Sabía que existía la posibilidad —dijo Voss.— Las posibilidades con usted tienen una tasa de conversión más alta de lo habitual.

Era la frase más cercana al humor que le había escuchado en catorce días. Valentina lo reconoció como tal aunque la frase no fuera cómica, que era la manera en que el humor existe en las personas para quienes el humor es una forma de decir la verdad cuando la verdad dicha directamente sería demasiado directa.

Se puso de pie con el libro y el cuaderno.

—Voy a ver a Elsa. —Y antes de que llegara a la puerta:— Esta tarde, a las cuatro, quiero hacer la pregunta del ala este que dejé sin hacer ayer.

—¿Cuál?

—La carta. La de Inés. La que no ha vuelto a leer.

El silencio que siguió era del tipo que Valentina ya sabía que no era silencio sino preparación. La preparación de alguien que ha tenido setenta y un años para no pensar en una carta y que va a tener las horas hasta las cuatro de la tarde para pensar en qué significa que esa carta sea la pregunta del día.

—A las cuatro —dijo Voss.

Salió de la biblioteca. En el corredor del segundo piso, el séptimo retrato con el espejo y la figura de los hombros. Y en el ángulo inferior del marco, la mujer con la mano extendida que no llegaba a tocar. Valentina no se detuvo frente al retrato. Lo vio de pasada, que ya era suficiente.

Afuera, el Ringstrasse a las diez y media tenía el frío limpio de los días de sol de noviembre, sin el peso del cielo gris de las semanas anteriores. El sol en la fachada del Palais Voss producía en la piedra blanca una calidez que la piedra no tenía por dentro pero que desde la calle comunicaba otra cosa: un edificio con calor propio, del tipo que los edificios tienen cuando llevan suficiente tiempo siendo habitados para haber absorbido algo de todo lo que ha ocurrido dentro.

Valentina caminó hacia el cuarto distrito.

El Café Sperl a las once de la mañana era diferente al Café Sperl de las tres y media de la tarde: menos gente en las mesas del ángulo, más camareros que clientes en el fondo, el olor a café del turno de la mañana que era más fresco que el de la tarde porque no llevaba horas acumulándose en el aire. Stefan no estaba. Valentina no lo había esperado: la cita del día anterior había sido para las tres y media y faltaban cuatro horas.

Fue directamente a la Wollzeile.

Elsa abrió sin sorpresa aparente, que era la manera en que Elsa abría cuando había estado esperando una visita sin que la visita hubiera avisado, lo que indicaba que había aprendido a anticipar el ritmo de Valentina con la misma precisión con que Valentina había aprendido el ritmo del palacio.

—Tengo cosas —dijo Valentina al entrar.

—Ya veo. —Elsa fue a la silla junto al diván.— Siéntese. El té tarda cinco minutos.

Valentina se sentó en la silla de enfrente, no en el diván, que seguía siendo el lugar de los pacientes y que seguía sin ser, todavía, el lugar que le correspondía en la habitación de la Wollzeile. El cuaderno sobre la mesa entre las dos. El libro de Inés encima del cuaderno.

Elsa miró el libro.

—¿Qué es eso?

—El libro de Inés Carvajar. Escrito durante el cuarto año del proceso. En latín.

Elsa extendió la mano. Valentina se lo pasó. Elsa lo abrió en la primera página, leyó la nota del margen con la letra de la madre de Valentina antes de que fuera la letra de su madre, y lo cerró con la cuidadosidad de quien ha entendido que el objeto que tiene en las manos no es un objeto ordinario.

—¿Qué dice?

—Lo que el proceso hace desde dentro. —Valentina abrió el cuaderno en las notas de la mañana.— Pero eso es la segunda cosa. La primera es Stefan.

Elsa cogió la pluma.

Valentina contó lo que Voss le había dicho esa mañana en el mismo orden en que lo había anotado: el proceso en Stefan hace trescientos años, la diferencia entre el proceso elegido de Inés y el proceso no elegido de Stefan, la variabilidad entre los días buenos y los que no lo eran, la incapacidad de contenimiento en los días malos. Las cuatro muertes en el cuaderno de Elsa como los días que no lo eran.

Elsa escuchó sin interrumpir. Cuando Valentina terminó, la pluma había llenado dos páginas con la letra inclinada de zurda y seguía en la mano con la postura de quien todavía tiene más que anotar pero necesita primero que el hilo termine.

—¿El proceso en Stefan es el mismo que el de Inés? —preguntó.

—El mismo mecanismo. Sin la elección ni la preparación.

—¿Eso explica la diferencia en los efectos?

—Eso explica la diferencia en el control —dijo Valentina.— Los efectos del proceso son los mismos. Lo que varía es la capacidad de gestionarlos.

Elsa anotó. Luego bajó la pluma y abrió el cuaderno de tapas oscuras de la investigación en la página de los cuatro casos.

—El patrón de los casos —dijo— es consistente con lo que describes. Los días malos no tienen frecuencia predecible: hay meses entre el primero y el segundo, semanas entre el tercero y el cuarto. La distribución no corresponde a ningún ciclo que yo haya podido identificar. —Una pausa.— Pero hay algo en el cuarto caso que es diferente a los tres anteriores.

—¿Qué?

—El cuarto caso no murió. Perdió el conocimiento durante un período que los médicos no supieron cuantificar, se recuperó, y dos semanas después retiró la denuncia sin dar explicaciones. —Elsa la miró.— El inspector que gestionó el cierre del caso fue el mismo que en los tres anteriores.

Valentina procesó eso. El cuarto caso que no murió, que se recuperó, que retiró la denuncia. El inspector que cerraba los casos con una velocidad que Elsa había descrito como administrativamente inusual.

—¿El inspector tiene nombre?

—Tiene nombre. —Elsa fue al estante y sacó el cuaderno de donde guardaba la documentación de la investigación, el que no era el cuaderno clínico sino el de la investigación propiamente dicha.— Se llama Gruber. Inspector principal de la jefatura imperial del primer distrito. Quince años en el cargo.

—¿Tiene relación conocida con la familia Voss?

—Ninguna documentada. —Una pausa.— Lo que sí tiene documentado es un cambio en la calidad de vida a partir de 1885, que es el año del primer caso: dirección nueva, un apartamento del segundo distrito que no corresponde al salario de un inspector del primer distrito.

Era la información que faltaba en la columna de la izquierda del cuaderno. El inspector que cerraba los casos tenía beneficios que no correspondían a su salario, y los beneficios habían empezado el mismo año que el primer caso. La coincidencia era del tipo que en el cuaderno de Valentina dejaba de ser coincidencia cuando tenía suficiente volumen.

—Necesito hablar con él —dijo Valentina.

Elsa la miró.

—No es una idea sin riesgo.

—Lo sé. Pero la alternativa es seguir con la columna de la derecha indefinidamente, y tengo quince días antes de que el contrato llegue a su vencimiento. —Una pausa.— Y el cuarto caso que no murió tiene la información que ningún caso muerto puede dar.

—El cuarto caso —dijo Elsa— se llama Henriette Müller. Viuda. Vive en el tercer distrito, en la misma dirección del registro.

Valentina anotó. Henriette Müller, tercer distrito. El cuarto caso que sobrevivió.

—¿Sigue siendo accesible?

—No lo sé. Dos semanas después del incidente retiró la denuncia y no ha tenido más contacto con la jefatura imperial que yo sepa. —Elsa cerró el cuaderno de la investigación.— Pero la dirección sigue siendo la misma. Y si está en el tercer distrito, el camino más corto desde el cuarto pasa por la Wollgasse.

—¿La Wollgasse?

—Donde ocurrió el incidente de 1883 —dijo Elsa.— El del testigo con los ojos del color incorrecto.

Era una geografía de coincidencias que en Viena no era sorprendente —el primer distrito tenía la densidad de los mapas donde todo está cerca de todo— pero que acumulada con el resto producía esa sensación específica de los casos que se estrechan hacia un punto.

El té de la casera llegó. Valentina lo bebió porque el frío de la Gumpendorfer había llegado a los huesos en la caminata de ida y el té era la corrección disponible. Elsa no bebió el suyo. Estaba leyendo el libro de Inés con la atención de primera lectura, en silencio, sin tomar notas todavía, con la postura de quien sabe que este tipo de texto necesita una primera lectura sin interrupciones antes de que sirva de algo tomarlo.

Valentina dejó que lo leyera.

A la una menos cuarto Elsa cerró el libro de Inés y lo dejó sobre la mesa entre las dos con la misma cuidadosidad con que lo había tomado.

—¿Ha empezado? —preguntó. No era una pregunta de diagnóstico sino de otra cosa, del tipo de pregunta que Elsa hacía cuando la respuesta le importaba de una manera que no era clínica.

Valentina la miró. Elsa la conocía suficientemente bien para que la respuesta no necesitara elaboración.

—Sí —dijo.

El silencio de la habitación de la Wollzeile a la una menos cuarto tenía la textura de las habitaciones donde dos personas acaban de decir algo que cambia la naturaleza de lo que ocurre entre ellas. No de manera dramática. De la manera en que cambia el peso del aire cuando una ventana que estaba cerrada se abre.

—¿Estás bien? —preguntó Elsa.

Era la pregunta que Voss le había hecho en el comedor diez días antes, con el mismo tono directo que no esperaba ninguna versión decorativa de la respuesta.

—Estoy calculando —dijo Valentina.

—¿En qué dirección va el cálculo?

—En la única que tiene lógica dado el conjunto de variables disponibles.

Elsa asintió. Cogió la pluma. Anotó algo en el cuaderno clínico que Valentina no intentó leer. Luego levantó la vista.

—Voy a ir a ver a Henriette Müller —dijo.— Hoy. Antes de que cambies de opinión sobre si es buena idea.

—No voy a cambiar de opinión.

—Lo sé. Pero quince días es quince días, y la información que Müller tiene no puede esperar más de lo que ya ha esperado.

Salió de la Wollzeile a la una. Caminó hacia el primer distrito con el cuaderno negro bajo el brazo y el libro de Inés en el bolsillo interior del abrigo, donde el calor del cuerpo llegaba a la encuadernación y la encuadernación lo retenía con esa cualidad de los cueros buenos que conservan la temperatura de lo que los ha calentado más tiempo del que uno esperaría.

En el palacio, Frau Bergmann estaba en el corredor del primer piso con el jarrón de las hortensias moradas que habían durado una semana más de lo que la temporada justificaba.

—El señor Voss está en el ala este —dijo, con el tono que usaba para los avisos que no eran avisos sino datos.

Valentina fue a la escalera del segundo piso. En el corredor del ala este, la puerta de la segunda habitación a la izquierda estaba entreabierta, lo que no había estado ninguna vez que ella hubiera pasado por ese corredor. La franja de luz que salía por la rendija era del mismo color cálido del Kachelofen, más dorada que la luz de la mañana y diferente a la de las lámparas de aceite.

Se detuvo en el umbral.

Voss estaba en el centro de la habitación, de pie, con las manos a los lados del cuerpo en lugar de a la espalda, que era la postura que tenía cuando no necesitaba que las manos hicieran nada y que no había calculado la postura de las manos porque en ese momento las manos no eran el problema. El Kachelofen azul y blanco. El vestido malva sobre la silla. Los tres objetos alineados sobre la mesa de escritura.

Y la carta. La carta de Inés que él había dicho que no había vuelto a leer.

Estaba en sus manos. Doblada en dos, con el borde derecho ligeramente irregular, en las manos de él que tenían el calor de lo que se conserva sin necesidad de fuente. No estaba leyéndola. La sostenía con la calidad de quien sostiene un objeto que pesa de una manera que no corresponde a su peso físico.

Valentina no dijo nada. Él no se volvió, aunque la había oído llegar, que ella sabía porque la postura de los hombros cambió levemente al segundo de que ella apareciera en el umbral, del modo en que cambia la postura de alguien que acaba de dejar de estar solo.

Fue al sillón junto al Kachelofen. Se sentó. Sacó el cuaderno.

La habitación tenía el olor de siempre: pino, cera de vela, y lo otro sin nombre. El calor del Kachelofen que no se apagaba. El silencio con densidad de persona que Valentina había aprendido a percibir desde la primera visita.

Esperó.

Voss sostuvo la carta durante dos minutos más, en el conteo de Valentina que no había podido evitar contarlos. Luego la dobló con el mismo cuidado con que había estado doblada, y la dejó en el lugar exacto de la mesa donde había estado, con la precisión de quien conoce la posición de cada cosa en esa habitación como se conoce la posición de los objetos propios en la oscuridad.

Se volvió.

—A las cuatro dijiste —dijo.

—Son las dos y cuarto —dijo Valentina.— Tienes tiempo.

La variación en la expresión de él fue la misma que la de la noche anterior cuando ella había dicho que había otras respuestas posibles que también habrían sido correctas: la más cercana al alivio que ese rostro producía, del tipo que no es la ausencia de tensión sino la presencia de algo diferente en el mismo espacio donde había estado la tensión.

Se acercó al sillón donde ella estaba. No al escritorio, no a la ventana. Al sillón. Se sentó en el suelo junto al sillón, con la espalda contra el costado del sillón y las rodillas dobladas y las manos sobre las rodillas, en la postura más doméstica que Valentina le había visto

en catorce días, más que las mangas enrolladas de la primera noche con el Montaigne.

El Kachelofen crepitaba. La habitación de Inés tenía en ese momento a dos personas en ella de una manera que no había tenido en setenta y un años, y el silencio que las dos personas producían era diferente al silencio de persona sola que Valentina había percibido en la primera visita.

Era más completo.

Valentina abrió el cuaderno en la página del día. Tenía todavía la pregunta de la carta pendiente. Pero la carta estaba sobre la mesa y él estaba junto al sillón y las cuatro de la tarde estaban a una hora y cuarenta y cinco minutos, y en ese tiempo la pregunta del trato podía esperar porque había algo que valía más que la pregunta del trato: la habitación de Inés con dos personas en ella y el Kachelofen que no se apagaba y la posibilidad, todavía sin nombre adecuado, de que la contabilidad de Inés no estuviera tan cerrada como el proceso había parecido indicar.

Cerró el cuaderno.

—Cuéntame algo que no sea la carta —dijo.

Voss la miró desde el suelo junto al sillón.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Cualquier cosa. De antes de Inés. Antes del siglo XVI. —Una pausa.— El principio, si lo recuerdas.

La pausa fue larga, del tipo de pausa que existe antes de los relatos que no se han hecho en mucho tiempo y que necesitan encontrar el punto de entrada antes de empezar.

—El principio —dijo— fue en otro idioma.

—¿Cuál?

—Uno que ya no existe. —Lo dijo sin melancolía, solo con el hecho.— Pero lo recuerdo.

—¿Cómo suena?

Voss dijo tres palabras. Valentina no supo identificar ninguno de los sonidos con ningún idioma que conociera, pero la cadencia era reconocible de la misma manera que es reconocible el ritmo de la música que no se ha escuchado nunca pero que el oído procesa como música de todas formas.

La marca de la muñeca pulsó una vez. Valentina no bajó la vista.

—¿Qué significan? —preguntó.

—Significan: «el tiempo que queda». —Una pausa.— Era la primera frase que aprendían los que aprendían ese idioma. Para recordar lo que tenían.

Valentina lo anotó, sin el sonido que no podría reproducirse en el alfabeto disponible, solo el significado: el tiempo que queda. Y debajo, con la letra de las entradas que no eran análisis sino registro:

Catorce días dentro. Quince fuera. La diferencia es de un día y es de todo lo demás.

— XV —

Henriette Müller

El palacio tenía un sonido diferente por las mañanas. Valentina lo descubrió el decimoquinto día, que era el primero en que lo escuchó con la atención específica de quien ha cambiado de posición y que por eso escucha el espacio de otra manera: no desde el tercer piso con las tres mantas y el reloj del padre, sino desde el segundo, desde la habitación que no era la suya pero que esa mañana lo era, y desde la cual el Palais Voss producía un acústico diferente al de las plantas superiores.

El corredor del segundo piso transmitía los pasos de Frau Bergmann con una claridad que el tercero amortiguaba. La ventana daba al Innenhof desde un ángulo más cercano al nivel del jardín, de modo que la fuente de piedra con la figura tallada —los brazos extendidos, las manos abiertas— era visible desde la cama sin incorporarse, con el tamaño de las cosas que se ven de cerca y que por eso tienen una cualidad diferente a la de las cosas que se ven desde lejos: más reales, más suyas.

Valentina las miró durante un momento desde donde estaba.

Las manos abiertas de la figura de piedra tenían la nieve de la noche anterior. Había nevado a partir de las dos, con esa nieve de noviembre tardío que es demasiado seca para quedarse pero que en las superficies horizontales —los brazos extendidos, las palmas abiertas— encuentra el ángulo para acumularse. La figura ofrecía o sostenía: la ambigüedad seguía siendo la misma desde abajo que desde arriba, pero la cercanía añadía un detalle que desde el tercer piso no era visible. Las manos de la figura estaban abiertas en el gesto de dar, no en el de recibir. La diferencia era mínima y dependía del ángulo de los dedos, y desde el segundo piso el ángulo era suficientemente preciso para que Valentina pudiera determinarla.

Daba.

Ese detalle lo anotaría después.

El cuaderno negro estaba en la mesilla del tercer piso, donde lo había dejado la noche anterior antes de bajar. Era la primera vez en quince días que el cuaderno no estaba al alcance de la mano cuando despertaba, lo que habría sido perturbador si Valentina hubiera necesitado anotar algo urgente, pero lo que tenía esa mañana no era del tipo que necesita cuaderno: era del tipo que necesita tiempo.

Voss no estaba en la habitación. Lo sabía por el olor —el palacio de la mañana antes de que Frau Bergmann abriera las ventanas del corredor— y por el silencio, que era el silencio de una persona en lugar del silencio de dos, que era una distinción que Valentina no habría sabido hacer dos semanas antes y que esa mañana era obvia.

Las siete menos cuarto.

Se vistió en la habitación del segundo piso con la ropa que había traído del tercero la noche anterior, lo que en el contexto del palacio era una logística que Frau Bergmann habría gestionado sin comentario y sin que Valentina tuviera que solicitarlo, que era la manera en que Frau Bergmann gestionaba todas las cosas que podían gestionarse sin comentario. La ropa en la silla. El agua en el aguamanil. La toalla doblada con la precisión de los objetos que alguien ha doblado con intención.

Subió al tercer piso a buscar el cuaderno y los zapatos.

En el corredor del tercer piso, la puerta de la habitación que había sido suya durante catorce días estaba abierta. Valentina se detuvo en el umbral. La cama deshecha con las tres mantas en el orden en que las había dejado la noche antes de la noche anterior, la última vez que había dormido ahí. El reloj de su padre en la mesilla, marcando las siete menos diez. El cuaderno negro sobre la mesa de la ventana con la pluma encima.

Y junto al cuaderno, el libro de Inés.

Alguien lo había subido del segundo piso al tercero. Lo había dejado sobre la mesa de la ventana junto al cuaderno de Valentina, alineados con la precisión de los objetos que alguien ha colocado de manera deliberada: el de piel oscura con las iniciales I.C. en el margen de la primera página y el negro sin título, los dos con el

lomo hacia arriba, los dos en el mismo espacio que durante catorce días había sido el espacio de trabajo de Valentina.

Tomó el cuaderno. Tomó el libro de Inés. Bajó.

En el comedor, Voss estaba en su silla con el Neue Freie Presse del día doblado en el ángulo de la lectura. Frau Bergmann había puesto la mesa para dos con la eficiencia de siempre, sin señalar que la mesa para dos era la misma mesa para dos de todas las mañanas y que sin embargo esa mañana era diferente a todas las anteriores porque las personas que desayunaban en ella tenían una noche entre ellas que las catorce anteriores no habían tenido.

Valentina se sentó. El café estaba listo.

—¿Pusiste tú el libro en el tercer piso? —preguntó.

—Sí. —Sin levantar la vista del periódico.— Pensé que lo querrías al alcance.

Era la frase más doméstica que le había escuchado en quince días. Pensé que lo querrías al alcance tenía la cadencia de las frases que se dicen entre las personas que han aprendido los patrones del otro con suficiente precisión para anticiparlos, y que esa precisión se ha convertido ya en la arquitectura del día sin que nadie lo haya decidido específicamente.

Bebió el café. Comió el Semmel con la confitura de ciruela. Voss leyó el periódico hasta la página cuatro, donde esa mañana tampoco se detuvo más que en las otras páginas.

—¿Qué pasó en la página cuatro? —preguntó Valentina.

Voss bajó el periódico. La miró.

—¿Cuándo?

—La primera semana. Te detenías en la página cuatro más tiempo que en ninguna otra.

Una pausa breve.

—Una reseña —dijo.— De un concierto en el Musikverein. El cuarteto que tocaron era el mismo que tocaron la noche que conocí a Inés. —Volvió a subir el periódico.— Distintos intérpretes.

Valentina anotó eso en el cuaderno que tenía junto al plato, con la abreviatura de velocidad. El cuarteto de Haydn. El Musikverein. La reseña que lo había detenido en la página cuatro durante una semana. Los detalles que llevan suficiente tiempo siendo

importantes para que el periódico los devuelva sesenta y nueve años después con la misma fuerza.

—¿Cuál era el cuarteto? —preguntó.

Lo dijo. Valentina no lo reconoció, que era lo esperable dado que su formación musical había sido la que la institutriz de Sevilla había podido ofrecer, que era correcta sin ser completa.

—Esta tarde podrías tocarlo —dijo.

—¿Hay piano en el palacio?

—En el ala sur. Sin usar desde... —hizo la pausa que hacía cuando la fecha que venía era de las que pesaban— desde antes de que el ala este se cerrara.

Valentina consideró eso. El piano del ala sur sin usar desde el cuarto año de Inés, que era la misma fecha que el ala este cerrada y el Kachelofen que empezó a no apagarse. La cronología del palacio tenía esa cualidad de los calendarios que organizan el tiempo alrededor de un evento central y del que todo lo demás se fecha en relación a él: antes de Inés, después de Inés. El palacio en 1887 seguía viviendo en la segunda categoría.

—¿Sabes tocarlo? —preguntó.

—Sé muchas cosas.

Era la respuesta que habría dado el primer día, con el mismo tono. Pero el mismo tono en el decimoquinto día tenía un contenido diferente al del primero, que era la naturaleza de los tonos constantes en contextos que cambian: la constancia de la superficie sobre el cambio de lo que hay debajo.

Valentina no respondió. Acabó el café. Fue a buscar el abrigo.

Elsa la esperaba en la Wollzeile a las diez.

La habitación de la buhardilla tenía esa mañana un orden diferente al habitual: el diván empujado dos palmos hacia la pared, la silla junto a él movida al ángulo de la ventana, la mesa pequeña con el cuaderno clínico en posición central en lugar de lateral. Elsa había reconfigurado el espacio para algo que no era una sesión hipnótica ni una consulta ordinaria. Cuando Valentina entró, Elsa estaba de pie junto a la estantería de los Charcot con los brazos cruzados y la expresión de quien ha pasado la noche procesando información y que todavía no ha terminado de procesarla.

—¿Viste a Henriette Müller? —preguntó Valentina.

—Ayer por la tarde. —Elsa fue a la silla del ángulo, que era la que había reubicado.— Siéntate. Esto lleva un rato.

Valentina se sentó en la silla junto a la mesa. Elsa no tomó el cuaderno, que era el primer signo de que lo que iba a decir era del tipo que no quería mediar a través de las notas sino darlo directamente.

—Henriette Müller tiene cincuenta y tres años —empezó.— Viuda desde 1879. Bordadora, trabaja por encargo desde su apartamento del tercer distrito. Vive sola. Cuando llegué a la puerta, abrió antes de que llamara. Me dijo que había escuchado mis pasos en la escalera y que eran los de alguien que subía con propósito, no los de alguien que visita al vecino.

—¿Te recibió?

—Me recibió, me dio té, y durante los primeros diez minutos me habló del invierno y del precio de la lana, que es lo que hace la gente cuando necesita medir a quien tienen enfrente antes de decidir qué darle. —Elsa se recostó levemente.— Al cabo de diez minutos me preguntó si era médica. Le dije que sí. Me preguntó si era médica de las que anotan las cosas que les cuentan los pacientes en los informes. Le dije que no.

—¿Era verdad?

—Lo que anoto va al cuaderno clínico, que no es un informe policial. —Una pausa breve.— Entonces me contó.

Valentina puso el cuaderno negro sobre la mesa y abrió en la página del día. Elsa no le indicó que no lo hiciera.

—El incidente fue en octubre de 1886. Henriette iba de su apartamento a la mercería de la Wollgasse, que es el trayecto que hace tres veces por semana. La Wollgasse a esa hora —las cinco de la tarde— tiene el tipo de tráfico que la hace oscura antes de que el sol se haya puesto: los edificios son altos y la calle estrecha y el gas no se enciende hasta las cinco y media. Ese intervalo, los quince minutos entre que el sol desaparece detrás de los edificios y que los faroles se encienden, es el intervalo de la Wollgasse que no tiene luz.

Valentina anotó. La Wollgasse. Las cinco de la tarde. El intervalo sin luz.

—En ese intervalo —continuó Elsa— Henriette vio a un hombre en el callejón que comunica la Wollgasse con la Johannesgasse. No era el callejón del incidente de 1883, pero es el mismo sistema de callejones. El hombre no estaba haciendo nada que Henriette pudiera describir específicamente. Estaba de pie junto a la pared, con la espalda contra el muro, en la posición de quien espera. Henriette lo miró porque la Wollgasse a esa hora no tiene el tipo de tráfico que hace que mirar a alguien sea descortés: hay tan poca gente que cada persona es visible.

—¿Y el hombre la miró a ella?

—Sí. —La voz de Elsa en ese punto tenía la cualidad que tenía cuando describía los informes forenses: precisa, sin el filtro que se le pone a las cosas difíciles de decir.— Y cuando la miró, Henriette dice que la primera cosa que notó fue que los ojos no tenían el color correcto. No mal color, no color extraño: el color incorrecto, como si el color que deberían tener hubiera sido reemplazado por otro que no era el suyo.

El testigo del 1883. La misma descripción. El redactor que había anotado entre paréntesis que la descripción era probablemente inexacta porque el testigo estaba en estado de agitación.

—¿Qué color? —preguntó Valentina.

—Henriette dice que no era ningún color que ella pudiera nombrar. Que lo más cercano que tenía era el color del hielo en el Danubio en enero, cuando el hielo tiene varios grosores y la luz lo atraviesa de maneras distintas. Y que en ese momento comprendió que debería alejarse.

—¿Pero no se alejó?

—No pudo. —Elsa lo dijo sin inflexión.— No en el sentido de que alguien la retuviera. En el sentido de que el movimiento de alejarse no llegó a producirse porque algo entre el momento de la decisión y el momento de la ejecución se interrumpió. Henriette describe ese intervalo como el silencio antes del trueno: supo que venía y no tuvo tiempo de moverse antes de que llegara.

Valentina dejó la pluma sobre el cuaderno. Lo que Elsa describía era el mecanismo del que ninguno de los documentos previos de la investigación había dado la mecánica: no solo el resultado —un cuerpo sin causa de muerte identificable— sino el proceso entre el encuentro y el resultado.

—¿Cuánto tiempo estuvo inconsciente?

—No lo sabe con certeza. Los médicos que la encontraron calcularon entre cuatro y seis horas. Era las once de la noche cuando la encontraron en el callejón. —Elsa tomó el cuaderno clínico, finalmente, y lo abrió en las notas de la visita.— Lo que Henriette recuerda del intervalo es fragmentario. Frío. La sensación de que algo la sostenía, que fue lo que hizo que no recordara el callejón como una experiencia de abandono. Y una voz.

—¿Qué decía la voz?

—Solo una palabra. En un idioma que Henriette no reconoció.

Valentina se quedó quieta.

—¿La recuerda? ¿La palabra?

—Dice que sí. Dice que la ha repetido en su cabeza desde octubre de 1886 sin poder olvidarla aunque no sepa qué significa. —Elsa leyó de sus notas.— Henriette pronunció la palabra para mí. Yo no la reconocí tampoco. La transcribí fonéticamente. —Pasó el cuaderno a Valentina, abierto en la línea de la transcripción.

Valentina leyó la transcripción fonética.

La reconoció.

No el significado, no todavía, pero sí los sonidos: eran los sonidos que Nikolai había dicho la tarde anterior en la habitación de Inés, cuando ella le había pedido el principio, antes del siglo XVI, el idioma que ya no existía. Tres palabras. El tiempo que queda. Esta era una de esas tres palabras, en la transcripción de Elsa que era la transcripción de Henriette que era la transcripción de Stefan en el callejón de la Wollgasse en octubre de 1886.

Devolvió el cuaderno a Elsa sin decir nada todavía.

—¿Cuándo se recuperó físicamente? —preguntó.

—En el plazo de una semana. Sin secuelas permanentes que ella pueda identificar. —Elsa cerró el cuaderno.— Lo que sí tiene, y que describe con mucha precisión, es una perturbación del sueño que

lleva desde octubre del año pasado: sueños recurrentes de una habitación que no ha visto nunca, con un hombre de espaldas que dice su nombre en un idioma que no es el suyo.

Valentina no escribió nada durante un momento.

La habitación del sueño. El hombre de espaldas. El nombre dicho en el idioma que ya no existe. Los mismos sueños que ella había tenido desde los nueve años, que la noche del primer día en Viena habían llegado a la hora habitual, que en el sueño del capítulo X la figura se había vuelto antes de decir el nombre y que ella había despertado.

Stefan y Nikolai tenían el mismo idioma. El mismo origen. El mismo proceso, uno elegido y el otro no. Lo que Stefan hacía en los callejones de Viena en los días malos era también lo que Nikolai era, sin la estructura que Inés había construido y que el contrato había intentado reproducir.

La diferencia entre los dos hermanos no era de naturaleza sino de marco.

—¿Dijo algo más? ¿Henriette?

—Sí. —Elsa fue a la ventana de la buhardilla, con ese movimiento de necesitar estar de pie para decir lo que sigue.— Dijo que dos semanas después del incidente, cuando fue a retirar la denuncia, el inspector que la recibió tenía sobre el escritorio una fotografía de una mujer. Una foto de gabinete, del tipo que se hace con el fotógrafo profesional. Le preguntó a Henriette si reconocía a la persona de la fotografía. Henriette no la reconoció. El inspector le dijo que si alguna vez veía a esa persona debía avisarle a él antes de hablar con nadie más, y que si lo hacía, su cooperación sería «apreciada de manera concreta».

—¿Describió a la mujer de la fotografía?

—Sí. —Elsa se volvió desde la ventana.— Española, entre veintiocho y treinta y cinco años, con el tipo de ropa de quien tiene recursos pero no los usa para exhibirlos. Pelo oscuro. Sin sombrero en la foto, lo que en 1886 era inusual para una foto de gabinete. Y una marca en la muñeca izquierda visible en la fotografía porque tenía la manga ligeramente recogida.

El silencio de la habitación de la Wollzeile a las once de la mañana era el silencio de dos personas que acaban de llegar al mismo punto por caminos que no habían previsto que convergieran ahí.

—La fotografía es de 1886 como mínimo —dijo Valentina.— Yo llegué a Viena hace quince días.

—Lo sé.

—Lo que significa que el inspector tiene una fotografía de alguien que se parece a mí pero que no soy yo.

—O que alguien con acceso a una fotografía tuya se la proporcionó al inspector antes de que llegaras. —Elsa la miró.— ¿Hay fotografías tuyas en Sevilla que alguien con interés en el contrato hubiera podido obtener?

El tío Rodrigo. La addenda de mayo. Seis meses de Stefan observando desde los bordes. Y el inspector Gruber con un cambio de nivel de vida datado exactamente en 1885, el año del primer caso.

—Stefan —dijo Valentina.

—Eso es lo que tiene más lógica. —Elsa fue a la silla.— Lo que no tiene lógica todavía es para qué. ¿Qué gana Stefan con que un inspector de la policía imperial lleve una foto tuya y la muestre a los testigos de los incidentes que investiga?

Era la pregunta que la columna derecha del cuaderno no podía responder todavía porque no tenía suficiente información en la columna izquierda. Valentina anotó las entradas disponibles: el inspector Gruber, la fotografía, la descripción de Henriette, la manga recogida, la marca de la muñeca.

—Stefan sabía que yo llegaría. —Lo dijo despacio, siguiendo el argumento mientras lo formulaba, que era lo que hacía cuando la conclusión se formaba en tiempo real.— Observó durante seis meses. Tiene la fotografía de alguien con la misma marca que yo o que podría pasar por mí. El inspector recibe la fotografía antes de que yo llegue a Viena y se le indica que avise si ve a esa persona. Cuando Henriette retira la denuncia —que es la denuncia que podría complicar a Stefan— el inspector aprovecha para cerrar el caso y al mismo tiempo establece la vigilancia.

—Vigilancia sobre quién —dijo Elsa.— ¿Sobre Stefan o sobre ti?

Esa era la pregunta. Valentina no tenía respuesta todavía y lo dijo así, que era lo que hacía cuando no tenía respuesta: decirlo, que era diferente a ignorarlo.

El té de la casera había llegado y se había enfriado en el proceso de la conversación. Valentina lo bebió frío porque era lo que había. Elsa tomó el cuaderno de tapas oscuras de la investigación y lo abrió en la última página, que era la de las conclusiones pendientes, y escribió durante dos minutos con la letra inclinada de zurda, en las notas de margen que Valentina ya había aprendido a reconocer como las de lo que todavía no era conclusión sino posibilidad.

—¿Vas a ir al Sperl esta tarde? —preguntó Elsa, sin levantar la vista del cuaderno.

—Tenía previsto ir.

—Dile a Stefan lo que sabes. Toda. No solo la parte que crees que quiere escuchar. La palabra de Henriette también.

—¿Por qué toda?

—Porque alguien que lleva seis meses en los bordes de tu vida y que ha puesto un inspector de policía a vigilarte merece la incomodidad de saber que lo sabes. —Elsa cerró el cuaderno.— Y porque Stefan tiene información que ninguno de los otros dos —ni tú ni Nikolai— puede tener, que es la información de quien observa desde fuera y que lleva tres siglos haciéndolo.

Era el mismo argumento que Stefan había dado en el Sperl la primera vez, la información de quien está fuera de la historia. Escuchado desde la boca de Elsa tenía un peso diferente, del tipo de peso que produce el argumento correcto cuando lo formula alguien que no tiene interés en que sea correcto.

Salió de la Wollzeile al mediodía. Nevaba: la nieve de los días buenos de noviembre, sin viento, con los copos grandes que caen vertical y que en Viena duraban hasta la tarde del mismo día porque la ciudad era lo suficientemente cálida para no conservarlos. El Ringstrasse con la nieve tenía una calidad diferente al Ringstrasse habitual: más suave, más provisional, con esa apariencia de las

ciudades cuando el tiempo las cubre con algo que no les pertenece y que sin embargo las mejora momentáneamente.

Caminó al palacio por las calles del primer distrito, no por el Ringstrasse, porque las calles del primer distrito tenían la nieve en los adoquines antes que en el barro, y caminar por la nieve en los adoquines tiene una textura que caminar por la nieve en el barro no tiene.

Voss estaba en el piano del ala sur cuando Valentina llegó.

Lo supo por el sonido que llegaba desde el corredor del primer piso cuando subió del portal: un sonido que no había estado en el palacio en ninguno de los quince días anteriores y que el palacio transmitía de una manera específica, con esa acústica de los edificios de muros gruesos que absorben los sonidos antes de soltarlos, redondeados, sin los ángulos que tienen los sonidos en los espacios de menor masa.

Era el cuarteto de Haydn. O lo que el piano podía hacer del cuarteto de Haydn, que es lo que el piano hace con los cuartetos: los reduce a una voz que contiene las cuatro sin ser ninguna de ellas completamente.

Valentina se quitó el abrigo en el corredor del primer piso. Fue hacia el ala sur.

La puerta del salón donde estaba el piano estaba entreabierta. No entró. Se quedó en el umbral con el abrigo en la mano y escuchó.

Él no se había detenido cuando ella había llegado al corredor, que ella sabía porque él la habría oído llegar de la misma manera que oía todo lo que llegaba al palacio. Había continuado tocando, lo que era una elección de la misma naturaleza que todas las elecciones que ella le había visto hacer: deliberada, con el peso específico de las cosas que se deciden y no se declaran.

El cuarteto de Haydn en el ala sur del Palais Voss, con la nieve en el Ringstrasse afuera y el palacio transmitiendo el sonido con la acústica de los muros gruesos y doscientos años de haber transmitido todo lo que había ocurrido dentro. Valentina escuchó desde el umbral durante el tiempo que duró la pieza, que no supo

cuánto fue porque el tiempo de la música tiene sus propias unidades que no corresponden a las del reloj.

Cuando terminó, el silencio que quedó era diferente al silencio previo: tenía la calidad de lo que existe después de algo y no antes.

—Era ese —dijo Valentina, desde el umbral.

—Era ese —confirmó él.

No se volvió del piano todavía. Las manos en el teclado en la posición del final de la pieza, con los dedos todavía sobre las teclas del acorde final. La nieve por la ventana del ala sur, que daba al Ringstrasse y que tenía la luz de mediodía con nieve, que es la luz más uniforme que existe: sin sombras, sin dirección, con la misma claridad en todos los ángulos.

—Hay cosas que necesito decirte —dijo Valentina.— De la investigación de Elsa.

—Sé. —Las manos se separaron del teclado.— Esta tarde. Primero come algo, que llevas desde el desayuno.

Era la segunda frase doméstica del día. Valentina la recibió con la misma atención que la primera, catalogándola en la categoría de cosas que habían cambiado sin ser anunciadas y que el cuaderno negro recogía con la letra de los hechos verificables.

Comió el estofado que Frau Bergmann había preparado para el mediodía, sola en el comedor. La nieve seguía cayendo por la ventana.. El cuaderno abierto junto al plato con las notas de la visita a Elsa: Henriette Müller, el callejón, los ojos del color incorrecto, la palabra en el idioma que no existe, la fotografía con la marca de la muñeca. Y la pregunta que Elsa había dejado abierta: vigilancia sobre Stefan o sobre ella.

A las tres fue al Sperl.

Stefan estaba en la mesa del ángulo con el café y sin periódico, que era la primera vez que lo encontraba en esa mesa sin algo en las manos, lo que en él era el equivalente de lo que en Nikolai era estar en la biblioteca sin libro: una señal de que había algo más urgente que llenarse las manos.

—Henriette Müller —dijo Valentina, sentándose.

Stefan no se inmutó. Bebió el café.

—¿La viste tú? —preguntó.

—La vio Elsa.

—¿Qué te contó?

—Todo. —Valentina puso el cuaderno sobre la mesa entre los dos.— El callejón. El intervalo sin luz. Los ojos. La palabra. La fotografía con la manga recogida que el inspector Gruber le mostró.

Ese fue el momento en que Stefan Voss hizo algo que Valentina no le había visto hacer en ninguno de los encuentros anteriores: se quedó completamente quieto. No la quietud de Nikolai, que era la quietud de quien tiene el cuerpo bajo un control sostenido. Sino la quietud de los objetos, del tipo que no requiere esfuerzo porque no hay impulso que controlar.

Duró exactamente tres segundos.

Luego Stefan llamó al camarero.

—El inspector —dijo. Esperaba quellegara el café— tiene instrucciones de reportar si te ve en el primer distrito en presencia del inspector de la Schutzpolizei. No de vigilarte a ti. De vigilar si alguien de la jefatura se acerca a ti.

—¿Por qué?

—Porque hay personas en la jefatura imperial que llevan más tiempo investigando lo que Elsa acaba de empezar a investigar. —El café llegó.— Y que no tienen la discreción de Elsa.

Valentina procesó eso. La policía investigando antes que Elsa. El inspector Gruber como parte de ese sistema, no como agente independiente. La fotografía no como herramienta de vigilancia sobre ella sino como herramienta de identificación para protegerla de una vigilancia externa.

—La fotografía es mía —dijo.— No de alguien que se parece a mí.

Stefan la miró.

—Sí —dijo.— La conseguí en Sevilla. En mayo.

—¿Cuándo me la sacaste?

—En el teatro. Asististe a una función con el tío. Tenías el abrigo con las mangas cortas. La marca era visible.

Era la respuesta más directa que Stefan había dado en ninguno de sus encuentros, sin el ángulo que habitualmente tenían sus respuestas, sin la parte que era verdad de una manera y no de otra.

Valentina lo notó de la misma manera que habría notado un cambio de temperatura en un espacio cerrado: de manera inmediata y sin poder ignorarlo.

—¿Por qué me lo dices ahora? —preguntó.

Stefan miró el café.

—Porque —dijo, con el tono que había tenido en el Sperl el primer día cuando había llegado al punto que era el punto de la conversación— algo ha cambiado. Y cuando algo cambia de verdad, el margen de maniobra para los juegos de información se reduce.

—¿Qué ha cambiado?

Lo miró con esa atención exploratoria de siempre. Pero esa tarde había en la atención algo diferente: no la exploración de quien todavía no ha decidido qué piensa de lo que ve, sino la de quien ya lo ha decidido y está calibrando qué hacer con esa decisión.

—Anoche —dijo— el palacio sonó diferente. Lo oigo desde el cuarto distrito cuando quiero escucharlo. Llevo trescientos años aprendiendo a leer ese palacio desde fuera, y anoche sonó diferente.

Valentina no respondió.

—¿Qué sonido tiene ahora? —preguntó.

Stefan bebió el café antes de responder, que era el único movimiento de tiempo que Valentina le había visto usar.

—El de las cosas que ya han decidido —dijo.

Salió del Sperl a las cuatro y media con el cuaderno en el bolsillo interior del abrigo y la nieve en las suelas de los zapatos de caminar en la Gumpendorfer. El frío de la tarde era diferente al de la mañana: más quieto, sin el movimiento del frío que cae, con la temperatura estática de los días que han terminado de nevar y que esperan que llegue la noche para hacer lo que los días de nieve hacen cuando llega la noche: helarse.

En el palacio, Frau Bergmann estaba en el corredor con el jarrón de las hortensias que ya eran completamente moradas, pasado el malva, en el color que tienen las flores cuando han aguantado lo que pueden aguantar y el aguantar más ya no es virtud sino obstinación.

—El señor Voss está en la biblioteca —dijo.

Valentina fue a la biblioteca.

Voss estaba en el escritorio con el Neue Freie Presse del día, la misma página cuatro, pero esa tarde no la estaba leyendo: la tenía abierta en ese punto del periódico y miraba por la ventana de la biblioteca que daba al jardín, donde la nieve de la tarde había cubierto los parterres de tierra oscura con la misma nieve de siempre y la fuente seguía con las manos abiertas y la nieve encima.

Valentina fue al sillón. Abrió el cuaderno en la página de las notas del Sperl.

—Stefan —dijo, sin preámbulo— puso al inspector Gruber a protegerme de la vigilancia de la jefatura imperial. Hay personas dentro de la jefatura que llevan más tiempo que Elsa investigando los incidentes. La fotografía con la marca de la muñeca es mía. La sacó en Sevilla en mayo, en el teatro, desde la distancia suficiente para que la manga recogida fuera visible.

Voss dejó el periódico.

—¿Te lo dijo él?

—Sí.

—¿Todo?

—Todo lo que yo pregunté. Que no es necesariamente todo.

La variación en la expresión de Voss no fue la que Valentina habría esperado: no la de quien recibe información sobre el hermano con la gestión habitual. Fue algo más cercano al alivio, del mismo tipo que el de la noche anterior cuando ella había dicho que había otras respuestas posibles que también habrían sido correctas, lo que la desconcertó brevemente hasta que encontró la categoría correcta: él sabía lo de la fotografía. Lo sabía y había elegido no decírselo. Y el hecho de que Stefan se lo hubiera dicho era la misma información que ella hubiera necesitado si él no se la hubiera dado.

—¿Lo sabías? —preguntó.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste tú?

La pausa fue de las largas.

—Porque —dijo— no encontré la manera de decirte que tu imagen había estado en manos de un inspector de policía vienés antes de que llegaras, sin que eso cambiara algo que no quería que cambiara.

Era la segunda vez que usaba «no encontré la manera» en dos días. La primera había sido sobre Stefan y los incidentes. Esta era sobre ella. La distinción entre las dos ocasiones no era menor: la primera era una omisión por dificultad técnica del cómo; esta era una omisión por dificultad de consecuencias.

Valentina anotó ambas en el cuaderno, con la fecha de cuándo las había dicho y en qué contexto. Luego cerró el cuaderno.

—¿Qué cosa no querías que cambiara?

Voss la miró desde el escritorio. La biblioteca a las cinco de la tarde de un día de nieve tenía una luz específica que no había tenido en ninguno de los días anteriores: la que produce la nieve en el jardín exterior cuando el cielo está cubierto, que es la más uniforme y la más blanca de todas las luces posibles, la que no tiene sombras porque viene de todas partes a la vez.

—Anoche —dijo Voss, sin la pausa usual, sin la selección de cuánto decir— el palacio sonó diferente.

Era la misma frase de Stefan en el Sperl. Pero de la boca de Nikolai tenía un contenido diferente: Stefan la había dicho como observación desde fuera; Nikolai la decía como descripción desde dentro.

—Lo sé —dijo Valentina.

—No quería que lo de la fotografía lo cambiara antes de que hubiera tenido tiempo de ser lo que era.

La frase más larga y la más honesta del día, que era también la más cercana a la vulnerabilidad que le había escuchado en quince días, con el tipo de honestidad que existe cuando alguien ha decidido que el costo de no decirlo es mayor que el costo de decirlo.

Valentina no respondió de inmediato. Lo que tenía en la cabeza en ese momento era la suma de los quince días y la suma de lo que los quince días habían producido en la columna de la izquierda del cuaderno y la suma de lo que la columna de la derecha todavía contenía sin respuesta, y la proporción entre las dos columnas había cambiado de manera que la columna de la derecha era menor de lo que había sido el primer día aunque siguiera siendo la más larga.

—Tengo una pregunta del trato —dijo.— La de hoy.

—Haga.

—La palabra que Stefan le dijo a Henriette Müller en el callejón. —Valentina abrió el cuaderno en la transcripción fonética que había copiado del cuaderno de Elsa.— ¿Qué significa?

Voss miró la transcripción. En su cara, en la luz blanca de la nieve que venía del jardín, pasó algo que Valentina catalogó de inmediato en la categoría de las expresiones de él que existían antes de que él las gestionara: ese segundo de presencia sin cálculo que era cada vez más frecuente y que cada vez duraba levemente más que el anterior.

—Significa «regresa» —dijo.

El cuaderno. La pluma. La anotación en la página del día con la letra de los hechos verificables: la palabra en el idioma que no existe, la que Stefan había dicho a Henriette Müller en el callejón de la Wollgasse en octubre de 1886.

Regresa.

Valentina levantó la vista del cuaderno.

—¿A quién le habló Stefan en ese callejón?

La pausa fue de las que contenían más de lo que la respuesta iba a poder dar.

—Esa —dijo Voss— es la pregunta del mañana.

Afuera, la nieve había dejado de caer. El jardín interior con la capa blanca de la tarde tenía en ese momento la quietud específica de los jardines después de la nieve: sin viento, sin movimiento, con la figura de la fuente y las manos abiertas y la nieve encima de las palmas como si la figura hubiera estado esperando exactamente eso.

Como si llevar dando desde siempre fuera simplemente otra cosa que podía hacer.

— XVI —

Regresa

La pregunta llegó a la biblioteca antes de las nueve. Valentina la formuló con el cuaderno cerrado porque no era una pregunta que necesitara cuaderno sino la única pregunta posible después de la noche anterior y de «regresa» escrito en la última entrada de la página del día.

Voss estaba junto al escritorio, de pie, con la misma postura de las mañanas tempranas en la biblioteca, la que tenía cuando había llegado antes que ella y que había estado en el espacio durante suficiente tiempo para que el espacio tuviera ya su temperatura. La luz de la mañana entraba desde el jardín con la calidad específica de los días después de la nieve: más limpia, más blanca, con el reflejo de los parterres cubiertos que multiplicaba la luminosidad sin añadirle calor.

—¿A quién le habló Stefan en el callejón? —dijo Valentina.

—A Inés —dijo Voss.

El silencio que siguió era del tipo que existe cuando una respuesta confirma algo que ya se sabía pero que saber no era lo mismo que escuchar confirmado. Valentina lo dejó estar durante el tiempo que necesitaba para asentarse y luego tomó el cuaderno, porque eso sí lo necesitaba.

—Explícame cómo.

Voss fue al sillón junto al Kachelofen, que esa mañana era él el que lo ocupaba, con el movimiento de quien ha decidido que lo que viene a continuación es de los que requieren sentarse. Valentina fue a la silla del escritorio. Era la posición invertida de las tardes, ella en el escritorio y él en el sillón, y en esa inversión había algo que ninguno de los dos señaló porque señalarlo habría sido también señalar lo que la habían producido.

—Lo que ocurre con Inés —empezó Voss— no es un estado fijo. Tiene variaciones. —Una pausa del tipo que usaba cuando la comparación correcta tardaba en llegar.— Imagine el mar en un día sin viento: la superficie es quieta pero el agua se mueve por debajo, con corrientes que desde afuera no son visibles pero que existen. Lo que yo percibo del ala este la mayoría del tiempo es eso: la superficie. La quietud. Pero hay momentos en que algo en la corriente de abajo sube.

—¿Cuándo?

—Con poca regularidad predecible. A veces durante semanas seguidas. A veces después de meses de nada. —Hizo una pausa.— Hay cosas que parecen provocarlo. La música, en algunos casos. El olor del pino cuando Frau Bergmann limpia los suelos del ala este con la misma mezcla que Inés usaba. Y la presencia de ciertas personas.

Valentina anotó. El mar, las corrientes, la superficie y lo de abajo. Los provocadores: música, olor específico, presencia.

—¿Qué tipo de personas?

—Las que tienen alguna relación con el proceso que Inés completó. —La voz de Voss tenía el tono de los hechos que se dan sin inflexión porque la inflexión los haría más pequeños.— Cuando Stefan está cerca del palacio, el ala este responde de manera diferente a cuando no está. Llevo décadas observándolo.

—¿Por qué Stefan específicamente?

La pausa fue larga.

—Porque Stefan —dijo— también completó el proceso. De manera diferente, sin elección, como ya te expliqué. Pero el proceso es el mismo. Y lo que Inés es ahora reconoce lo que Stefan es ahora, aunque los dos llegaran por caminos distintos.

Valentina calculó eso junto a los trescientos años y junto a la frase del invierno sin margen para el juicio correcto. El proceso de Stefan había ocurrido hace trescientos años, que era antes de Inés. Lo que Voss había descrito como la razón del contrato —la certeza de que alguien como Inés llegaría eventualmente— había ocurrido después de Stefan, lo que significaba que el orden cronológico era: Stefan primero, luego Inés, luego la certeza, luego el contrato.

—¿Stefan conoció a Inés?

—Sí.

—¿Qué tipo de relación tuvieron?

La pausa fue de las que Valentina había aprendido a distinguir de las otras: no de elección de cuánto decir, sino de la dificultad de dar a algo la forma correcta cuando la forma correcta no existe en el vocabulario disponible.

—La que tienen dos personas que son la misma cosa —dijo Voss — y que han llegado a serlo de maneras diferentes. No es hermandad exactamente. No es el tipo de relación que tiene nombre claro. Stefan y yo llevamos trescientos años siendo hermanos y lo que somos no cambió eso, pero añadió algo encima que no tenía nombre antes de que Inés llegara.

—¿Qué añadió?

—La diferencia de haber elegido —dijo.— Inés eligió. Stefan no eligió. Y ese es el tipo de diferencia que no disminuye con el tiempo: la diferencia entre lo que uno tiene porque lo tomó y lo que uno tiene porque le fue dado sin que lo pidiera.

Valentina escribió eso. La diferencia que no disminuye con el tiempo. La categoría de lo tomado frente a lo dado sin pedirlo.

—¿Inés lo sabía? ¿Lo de Stefan?

—Sí. Desde el principio. Stefan no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo, que era su manera de manejarlo: no negarlo, no disculparse, no elaborar. Solo existir con ello de manera que no pudiera ignorarse.

Era la descripción exacta del Stefan que Valentina conocía. La información que daba sin anunciarla, la presencia en los bordes, la cuenta pagada antes de que ella pudiera negarse. El estilo de alguien que ha aprendido que la única manera de vivir con algo que no puede ocultarse es habitarlo con suficiente aplomo para que los que lo rodean tengan que decidir si pueden habitarlo también.

—¿Inés lo quería? —preguntó.

La pausa fue la más larga de la mañana.

—A su manera —dijo Voss.— Del mismo modo en que uno puede querer a quien comparte la misma condición aunque esa condición haya llegado de manera diferente. —Su expresión, en la

luz blanca del jardín nevado, tenía la textura de las expresiones que existen antes de que se gestionen.— Stefan la quería también. De manera diferente a como yo la quería. Eso fue, durante el cuarto año, una de las complicaciones.

Valentina no preguntó qué tipo de complicación, porque la respuesta era suficientemente legible en la frase. Tres personas en el mismo palacio, las tres en relación al mismo proceso y a sus consecuencias, con dos tipos de amor sobre la misma persona y el proceso completándose en el tiempo en que las dos cosas coexistían. La geometría de eso tenía una complejidad que el cuaderno podía registrar pero no resolver.

—¿Por eso Stefan habla con Inés a través de otras personas?

—Intenta hablar con Inés —dijo Voss, con una distinción que no era menor.— Lo que ocurre exactamente durante esos momentos es algo que ni yo ni Stefan podemos saber con certeza, porque es Inés quien decide si responde o no, y el cómo de esa respuesta no es legible para ninguno de los dos desde fuera.

—¿Pero ocurre algo?

—Algo ocurre. Las personas que han estado cerca de Stefan en esos momentos desarrollan, en algunos casos, lo que Henriette describió: los sueños, la habitación, la figura de espaldas. En otros casos no ocurre nada visible. El cuarto caso que no murió es el único en que hay indicación de que la respuesta fue parcialmente recibida.

—¿Henriette recibió algo de Inés?

—La habitación. La figura. Y la palabra «regresa», que no era Stefan hablando a Henriette sino Stefan usando a Henriette como canal hacia otro lugar. Henriette fue el instrumento, no el destino. —Hizo una pausa.— Lo que ninguno de los dos podemos saber es si Inés escuchó.

El Kachelofen crepitaba. Valentina miró el cuaderno, que tenía ya tres páginas de notas en la letra de velocidad, y luego miró la ventana de la biblioteca y el jardín con la nieve y la fuente con las manos abiertas que desde ese ángulo no eran visibles pero que Valentina ya tenía memorizadas con la precisión de los detalles que se aprenden por repetición hasta que dejan de necesitar ser vistos para ser sabidos.

—¿Cuándo empezó Stefan a hacer esto?

—En los primeros años después de la muerte de Inés. —Voss miraba el jardín también, desde el sillón, con la postura de quien tiene los ojos en un lugar y la atención en otro.— Fue Stefan el que encontró la primera persona en quien Inés respondía de manera parcial. Lo hizo sin calcular lo que ocurriría. La persona enfermó de la misma manera que Inés había enfermado, pero sin el contexto que Inés había tenido, y el proceso sin contexto no produce lo que produce con él.

—Produjo la primera muerte.

—Sí.

Valentina anotó eso. La primera muerte de los registros de Elsa: no un episodio de los días malos de Stefan sino el primer intento de comunicarse con Inés a través de alguien. El intento que no había podido controlarse porque Stefan no había sabido todavía lo que estaba haciendo.

—¿Y siguió haciéndolo de todas formas.

—Lo detuvo durante décadas. —La voz de Voss tenía en esa frase algo que no era exactamente disculpa pero tampoco era la distancia habitual.— Volvió en los últimos años porque algo en el ala este cambió. Yo lo percibí también: algo en lo que Inés es ahora se ha hecho más... accesible. No sé la palabra correcta. Más presente, quizás. Más cerca de la superficie que durante los sesenta años anteriores.

Valentina se quedó quieta.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace aproximadamente dos años.

Dos años. El cuaderno de Elsa con el primer caso en 1885 y los tres siguientes en veintidós meses. El ala este haciéndose más accesible en el mismo período. La investigación de Elsa y los intentos renovados de Stefan sobre la misma línea temporal.

—¿Qué cambió en el ala este hace dos años?

Voss la miró desde el sillón. No era la pregunta del trato, que ya había quedado respondida, sino la pregunta que la respuesta abría debajo. Valentina lo sostuvo con la atención de quien está dispuesto

a esperar el tiempo que necesita la respuesta correcta, que en este caso podía ser considerable.

—Usted cumplió veinte años —dijo.

Era la respuesta más sencilla y la de mayor peso. Valentina tenía veintidós años ese noviembre. Dos años antes tenía veinte. Y el contrato especificaba la hija primogénita de la primogénita a los veintidós años de edad, que era la edad de Inés cuando llegó a Viena, que era la edad que el contrato había cristalizado como la edad del cumplimiento.

—El proceso en Inés empezó a responder —dijo Voss— cuando usted llegó a la edad en que Inés llegó al palacio. Como si el umbral de Inés y el umbral de lo que vendría después estuvieran en la misma coordenada temporal, y que cruzar esa coordenada activara algo en los dos lados.

—¿Los dos lados.

—El de Inés —dijo él— y el suyo.

Valentina anotó eso en el cuaderno con la letra que usaba para las entradas que no podían perderse ningún detalle, más lenta, más precisa. La coordenada temporal de los veintidós años. El umbral de Inés activado desde el lado de Valentina dos años antes de que Valentina llegara al palacio. La marca de la muñeca pulsando por primera vez en Viena la primera noche, que había sido también la primera noche en que la posibilidad de ella se volvía presencia real.

Cerró el cuaderno.

La biblioteca tenía el olor de siempre, papel y cuero y Kachelofen, pero esa mañana había algo adicional que no era ninguno de esos tres: el olor específico de los espacios después de una conversación larga sobre cosas que pesan, que es diferente al olor del espacio antes de ella. Valentina lo percibió y lo dejó sin categoría, que era lo que hacía con los olores cuando no tenía categoría adecuada.

—Tengo que ir al ala este —dijo.

Voss no preguntó para qué. Se puso de pie.

Fueron al ala este sin hablar en el corredor, con la naturalidad de los movimientos compartidos que ya no necesitan coordinación verbal porque los dos saben la dirección. La puerta de la segunda

habitación a la izquierda estaba sin llave, como Voss la había dejado desde el undécimo día. Valentina la abrió.

El olor: pino, cera de vela, lo otro sin nombre.

La habitación tenía esa mañana una calidad diferente a las dos visitas anteriores. No en ningún elemento específico —el Kachelofen, el vestido malva, la carta sobre la mesa, los tres objetos alineados— sino en el conjunto, en la manera en que el espacio existía esa mañana con una densidad de presencia que las visitas anteriores habían tenido de manera más intermitente.

Valentina fue al centro de la habitación, a la roseta del mármol.

Extendió la mano derecha hacia donde la había extendido la primera vez, hacia donde había percibido el calor con dirección.

Estaba ahí.

Más concentrado que la primera vez, del tipo de presencia que se ha organizado alrededor de un punto con más precisión que cuando se dispersa. Valentina lo dejó estar en la palma de la mano durante el tiempo que tardó en respirar dos veces, que era el tiempo que su cuerpo tomaba para registrar algo antes de que la cabeza empezara a procesarlo.

La marca de la muñeca pulsó.

Una vez, con la lentitud del ritmo de respuesta, sin urgencia. Y luego, inmediatamente después, algo que Valentina no habría podido describir con ninguno de los cinco sentidos porque no era exactamente ninguno de ellos pero que era perceptible de todas formas: una variación en el calor con dirección, del tipo de variación que produce una persona cuando cambia ligeramente la posición de las manos.

Retiró la mano.

Se volvió hacia Voss, que estaba en el umbral de la habitación —no había entrado, se había quedado en el umbral con las manos a los lados del cuerpo en la postura que tenía cuando no había calculado la postura— y que la miraba con la expresión que existía antes de que él la gestionara.

—¿La sientes? —preguntó Valentina.

—Sí. Más que esta mañana cuando entré.

—¿Qué cambió?

—Usted —dijo.— Entró usted y cambió.

Valentina miró la roseta del mármol bajo sus pies. El patrón en rombos de blanco y negro con el borde gris que era el mármol en su punto de equilibrio. El centro donde el patrón convergía en el punto que en las catedrales se llama clave de bóveda y que en los suelos se llama simplemente el centro, el punto al que todo lo demás se refiere.

—Inés —dijo, hablando al centro y no a Voss— llevas aquí sesenta y nueve años. Stefan lleva dos años intentando que regreses. No sé si escuchas esto. No sé si lo que yo percibo como respuesta es respuesta. Pero si lo es: yo también tengo preguntas. Y si hay una forma de que las respondas, estoy escuchando.

El silencio de la habitación después de eso fue diferente al silencio anterior. No más ruidoso ni más evidente. Solo diferente, del modo en que el silencio después de que alguien habla es diferente al silencio antes, aunque en los dos casos sea ausencia de sonido.

El calor con dirección en la roseta cambió de posición.

No de intensidad: de posición. Se desplazó unos centímetros hacia Valentina, del modo en que el calor de una persona se desplaza cuando la persona se inclina levemente hacia algo que le resulta de interés. Valentina lo percibió con los pies antes que con las manos, a través de las suelas de los zapatos y el suelo de mármol que transmitía de la manera en que el mármol transmite: frío en la superficie pero con algo diferente debajo.

No lo anotó todavía. Algunas cosas se anotan después, cuando el cuerpo ha terminado de saber lo que sabe.

Salió del ala este al corredor. Voss la siguió. La puerta quedó entreabierta detrás de los dos, como había quedado la tarde anterior cuando él había estado solo con la carta.

En el corredor, la franja de sol de noviembre había avanzado hacia el oeste en el tiempo que habían estado dentro: veinte minutos, calculó Valentina por el desplazamiento. Veinte minutos en el ala este habían sido, otra vez, más densos que los veinte minutos de cualquier otro espacio del palacio.

—¿Qué iba a decirle Stefan? —preguntó Valentina, caminando hacia la escalera.— Si Henriette hubiera servido de canal completo.

¿Qué habría querido decirle?

Voss caminó junto a ella. Las manos a la espalda, el paso de siempre, pero con la proximidad de los últimos días que era diferente a la de los primeros: sin el margen de distancia social que al principio había sido el margen correcto y que ahora sería un paso hacia atrás que ninguno de los dos habría sabido justificar.

—Eso —dijo— solo Stefan lo sabe.

—¿Le preguntarías?

—Se lo he preguntado. Stefan da respuestas que son verdad de una manera y no de otra, que es el único tipo de respuestas que sabe dar sobre esto. Creo que lo que quiere decirle es que no está bien. Que el proceso sin elección produce algo diferente al proceso con elección, y que esa diferencia tiene peso, y que después de trescientos años el peso no ha disminuido sino que se ha distribuido de otra manera.

—¿Y quiere que Inés lo sepa?

—Stefan quiere muchas cosas que no ha podido tener. —Lo dijo sin el tono de quien condena ni de quien disculpa, solo con el de quien describe lo que es.— Eso es parte de lo que significa el proceso sin elección: que el tiempo no resuelve las cosas del mismo modo que cuando la elección ha sido propia.

Bajaron a la biblioteca. El café de la mañana todavía estaba en la pequeña mesa junto al Kachelofen, ya frío. Valentina lo bebió de todas formas porque el café frío de la mañana era todavía café y el cuerpo a las once tenía razones propias para quererlo.

—La pregunta del trato —dijo, desde el sillón, con el cuaderno abierto de nuevo— es la decimoséptima. Y no es sobre Inés.

Voss, que había vuelto al escritorio con la naturalidad de siempre, levantó la vista.

—La pregunta es sobre la jefatura imperial. Específicamente, las personas dentro de ella que llevan más tiempo que Elsa investigando los incidentes. —Valentina lo miró.— Quiero saber quiénes son y qué saben.

La pausa fue breve.

—No son policías —dijo Voss.— O no primariamente. Son la clase de personas que utilizan la policía como instrumento pero cuyo

interés no es el orden público. Llevan investigando lo que yo soy desde mediados de siglo. No solo los incidentes de Stefan: lo que yo soy.

—¿Lo que eres en el sentido de lo que hay en el ala este?

—En el sentido de lo que existo. Hay personas que llevan generaciones documentando la existencia de los que han completado el proceso. No para comprenderlo. Para controlarlo.

—¿Cómo?

—Eso no lo sé con certeza. —El segundo no lo sé en tres días.— Lo que sí sé es que el interés en el contrato de tu padre no venía solo de mí. Alguien más sabía que el contrato existía. Y alguien más tiene interés en cómo se resuelve.

Valentina anotó eso despacio, con la letra de los hechos de primera categoría: las personas de la jefatura imperial, el interés en el contrato, el conocimiento del contrato desde afuera. La columna de la derecha del cuaderno que se había ido reduciendo en quince días volvió a crecer con esas entradas, que eran entradas de un tipo diferente a las anteriores: no preguntas sobre el proceso o sobre Inés sino sobre la arquitectura política que rodeaba a todo lo demás.

—¿Saben lo del ala este?

—Saben que existe. No saben qué hay dentro.

—¿Y si lo supieran?

—Si lo supieran —dijo Voss, con el tono de los hechos que se dan sin inflexión porque la inflexión los haría más pequeños de lo que son— el interés en controlar lo que yo soy se multiplicaría en la proporción en que lo imposible multiplica el interés de los que creen que lo imposible puede ser poseído.

Era la amenaza más clara que le había dado en dieciséis días, y lo era de manera indirecta, que era la única manera en que las amenazas que no son contra la persona a quien se habla sino contra algo más amplio pueden formularse sin convertirse en otra cosa. Valentina la recibió y la archivó en la categoría de urgente, que era la categoría más pequeña del cuaderno y la que contenía las entradas que tenían consecuencias si no se actuaba sobre ellas.

—Elsa —dijo.

—Sí.

—Si la investigación de Elsa llega a ciertas conclusiones y esas conclusiones llegan a las personas equivocadas dentro de la jefatura...

—Elsa está en riesgo —confirmó Voss.— Lo ha estado desde que empezó la investigación, aunque sin saber que lo estaba.

Valentina se puso de pie sin cerrar el cuaderno. Fue a la ventana del jardín, que en esa hora tenía la nieve de la noche anterior todavía intacta en los parterres, sin el deshielo que llegaba por las tardes. La fuente de piedra con las manos abiertas. El mármol blanco de noviembre que era el mismo mármol del ala este con el mismo patrón de rombos pero de escala diferente, expuesto al exterior en lugar de protegido por dentro.

—¿Cuánto tiempo tiene Elsa antes de que algo ocurra?

—No lo sé con exactitud. Pero el cuarto caso —Henriette— es la primera señal de que alguien dentro de la jefatura sabe que hay un testigo que sobrevivió. El inspector Gruber trabaja para Stefan pero dentro de una estructura que no trabaja para Stefan, y esa estructura tarde o temprano encontrará lo que Gruber tiene.

—Tengo que ir a verla hoy.

—Sí.

—¿Y la pregunta de Stefan? ¿Qué le digo si va al Sperl esta tarde?

Voss la miró desde el escritorio.

—Dile que Inés lo escuchó —dijo.— No que respondió. Que lo escuchó.

—¿Es verdad?

—Esta mañana, en el ala este, algo cambió cuando usted le habló. —La voz de Voss tenía en esa frase el peso específico de las cosas que cuestan lo que cuestan y que se dicen de todas formas.— Eso es lo más cerca de una respuesta que he percibido en sesenta y nueve años.

El café frío, la nieve en el jardín, la biblioteca con su olor de siempre. Valentina cerró el cuaderno. Tomó el abrigo del respaldo de la silla donde lo había dejado al entrar, un gesto que tenía ya la automaticidad de las cosas repetidas suficientes veces para que el cuerpo las haga sin que la cabeza lo decida.

—Esta tarde —dijo.

—Esta tarde —dijo él.

La Wollzeile a las doce del mediodía tenía la quietud específica de las calles del primer distrito entre el tráfico de la mañana y el de la tarde, el intervalo en que los comercios tienen los portales abiertos y los vendedores están en los cafés y la calle es de los que van de un sitio a otro sin detenerse. Valentina fue al número del portal sin llave, la escalera que olía a col y a cera, el segundo piso con las tres puertas. La del centro con la tachuela gastada y la tarjeta del doctor Friedrich Richter.

Llamó.

Elsa abrió con la expresión de quien esperaba una visita y que la visita llegue no es sorpresa sino confirmación de lo que ya calculaba.

—Hay cosas que necesitas saber —dijo Valentina, en el umbral. — Sobre la jefatura y sobre lo que saben. Y hay algo que hacer hoy.

—Pasa. —Elsa se hizo a un lado.— El té ya está.

La habitación de la Wollzeile tenía esa mañana el orden de los días de trabajo: el diván en su lugar original, la silla junto a él, la mesa pequeña con el cuaderno clínico y el de la investigación en el mismo punto central. Valentina se sentó. Elsa tomó la silla. Ninguna de las dos esperó que el té se enfriara.

Valentina contó en el orden que tenía más lógica: primero la arquitectura, las personas de la jefatura imperial que no eran policías sino algo que usaba la policía como instrumento, el interés de décadas en lo que Voss era, el conocimiento del contrato desde afuera. Luego la consecuencia: Elsa en riesgo desde que empezó la investigación. El cuarto caso como señal de que algo se estaba acercando.

Elsa escuchó con la pluma levantada sobre el cuaderno pero sin escribir, que era la postura que tenía cuando la información era del tipo que necesitaba entrar completa antes de que pudiera fragmentarse en notas.

Cuando Valentina terminó, Elsa bajó la pluma.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé con exactitud. Pero la señal que da Voss es que el inspector Gruber tiene información que la estructura que lo rodea

terminará encontrando. Y Gruber lleva dos años con el cuarto caso sin cerrarlo.

—Gruber no lo ha cerrado porque no puede —dijo Elsa.— Henriette está viva. Mientras Henriette esté viva y con la memoria que tiene, el caso no puede cerrarse sin que Henriette diga que está cerrado. Henriette no va a decir eso.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque le pregunté. —Elsa fue al estante de los Charcot, donde guardaba los documentos de la investigación que no cabían en ninguno de los cuadernos.— Y porque Henriette Müller lleva catorce meses repitiendo en su cabeza una palabra en un idioma que no conoce y que desde que yo se la traduje ha repetido tres veces seguidas con la voz de alguien que lleva esperando el momento de decirla.

—¿Qué dijo cuando se la tradujiste?

Elsa sacó una hoja del estante. La puso sobre la mesa entre las dos. Era una nota en la letra de Elsa, con la fecha de la visita a Henriette y una sola línea en el centro:

—Bien. Entonces sabe dónde estoy.

Valentina leyó la línea dos veces. Luego la miró a Elsa.

—¿Quién sabe dónde está quién?

—No aclaró. Dijo exactamente eso y luego volvió al precio de la lana. —Elsa recogió el papel.— Pero la inflexión no era de alguien que ha recibido una mala noticia. Era de alguien que ha recibido la confirmación de algo que esperaba.

La habitación de la Wollzeile con el té y los cuadernos y la estantería de Charcot y el diván de cuero marrón. Valentina procesó la línea de Henriette junto a lo de Voss en el ala este esa mañana: algo en el ala este que había cambiado cuando Valentina le había hablado directamente. El calor con dirección desplazándose hacia ella. Y Henriette, que había escuchado «regresa» en el callejón oscuro y que al saber lo que significaba había dicho, sin elaboración y sin drama: bien. Entonces sabe dónde estoy.

—¿Sabes lo que significa esto? —preguntó Valentina.

—Tengo una hipótesis —dijo Elsa.— Que todavía no es conclusión porque no tengo suficiente base.

—¿Cuál es la hipótesis?

—Que Inés Carvajar —dijo Elsa, con el tono que usaba para los diagnósticos que sabía que iban a ser difíciles de escuchar— no está esperando en el ala este. Está buscando la manera de salir de ella.

El silencio de la habitación de la Wollzeile después de esa frase tuvo la calidad de los silencios de las cosas que reorganizan lo que se sabía antes de ellas.

No la derrumbaban. La recalculaban.

Valentina abrió el cuaderno negro en la página del día. Escribió la hipótesis de Elsa en la columna de la derecha, con el margen de las entradas que todavía no son verificables pero que tienen suficiente base para no ser descartadas. Luego añadió debajo, con la letra más pequeña de los añadidos que están relacionados pero que no son lo mismo:

Henriette: «Bien. Entonces sabe dónde estoy.»

Y debajo, después de un momento en que la pluma se quedó quieta sobre el papel con el punto de la tinta todavía húmedo:

¿Dónde está Inés?

Salió de la Wollzeile antes de las dos. El primer distrito con la nieve del mediodía que ya empezaba a deshacerse en los adoquines, esa nieve de transición que no es hielo todavía ni agua todavía sino el estado entre los dos, cuando la ciudad tiene el aspecto provisional de las cosas que están en el proceso de convertirse en otra cosa.

En el palacio, la biblioteca vacía. El corredor del segundo piso. La puerta del ala este entreabierta, con la franja de luz del Kachelofen saliendo por la rendija con la misma temperatura de siempre.

Valentina no entró. Se quedó en el corredor frente a la puerta entreabierta con el cuaderno en la mano y la hipótesis de Elsa en la última página y la pregunta debajo.

La franja de luz por la rendija no cambió. El olor de pino y cera de vela llegaba al corredor con la misma intensidad de siempre. Nada visible ocurrió.

Pero la marca de la muñeca izquierda pulsó tres veces, en el ritmo de respuesta, con la lentitud de las cosas que no tienen urgencia porque llevan suficiente tiempo sabiendo lo que saben.

Valentina subió al tercer piso.

La habitación del segundo piso donde había amanecido esa mañana tenía la ropa que Frau Bergmann había dejado doblada sobre la silla con la misma eficiencia de siempre: la de los que conocen los patrones de las personas que tienen a su cargo sin que nadie los haya tenido que explicar porque el conocimiento ha llegado por observación y los patrones de Valentina en los dieciséis días habían sido suficientemente regulares para que Frau Bergmann los hubiera aprendido con la precisión de quien aprende un idioma por inmersión.

Pero Valentina no fue a la habitación del segundo piso. Fue a la del tercero, la que había sido suya durante catorce días y que esa mañana había entrado solo para buscar el cuaderno y los zapatos. Se sentó en la silla de la ventana con el cuaderno negro. El Innenhof por la ventana con la nieve de la noche anterior todavía en los parterres del lado norte, donde el sol de noviembre no llegaba suficientemente para deshacerla. La fuente de piedra con las manos abiertas y la nieve encima.

Escribió durante una hora.

No preguntas. Hipótesis. La de Elsa sobre Inés buscando salir. La respuesta de Henriette. El calor con dirección desplazándose en la roseta cuando Valentina había hablado. La pregunta que había añadido al final y que en el cuaderno tenía el espacio de las entradas que todavía no tienen respuesta: ¿dónde está Inés?

Y debajo, separado por el espacio de las entradas de categoría diferente, con la letra de las conclusiones que todavía son hipótesis pero que tienen la solidez suficiente para escribirse de todas formas:

Si Inés busca la manera de salir. Y el proceso en mí está empezando. Y el proceso en mí es del mismo tipo que el de Inés. Entonces lo que el proceso abre no es solo un camino hacia adentro.

También es un camino hacia afuera.

La pluma se quedó quieta sobre el papel. Valentina miró esa última línea durante el tiempo que necesitaba para saber si la creía, que era diferente al tiempo que necesitaba para saber si era lógica, y que resultó ser más corto.

Lo creía.

Cerró el cuaderno. Por la ventana del tercer piso, el Innenhof en la luz de las cuatro de la tarde: la fuente, la nieve, las manos abiertas. El palacio en el sonido diferente que Stefan había dicho que tenía desde la noche anterior, que Valentina no podía escuchar desde dentro pero que podía imaginar, y que la imaginación le dio el sonido de las cosas que ya han decidido.

Bajó al segundo piso.

Al ala este. La puerta entreabierta. Entró.

— XVII —

La carta

La habitación del ala este con la puerta cerrada detrás tenía la misma densidad de siempre, el mismo olor, el mismo Kachelofen con su calor imposible. Lo que era diferente era Valentina: que había entrado sola, sin Voss en el umbral, sin el cuaderno negro en la mano porque lo había dejado en el corredor sobre el suelo de parqué porque llevar el cuaderno habría sido llevar el instrumento de la distancia, y lo que esa tarde necesitaba no era distancia sino lo contrario.

Fue al sillón junto al Kachelofen.

El vestido malva sobre la silla. Los tres objetos en la mesa. La carta con el borde irregular que él había sostenido esa mañana y devuelto al lugar exacto con la precisión de los que conocen las posiciones de los objetos propios en la oscuridad.

Valentina se sentó en el sillón donde había estado Nikolai la tarde en que le había contado el cuarto año de Inés, que era la primera vez que lo ocupaba porque en las visitas anteriores siempre había sido la silla del escritorio o la posición de pie junto a la ventana. El sillón desde dentro tenía la temperatura del Kachelofen más directamente que cualquier otro punto de la habitación: el calor llegaba desde el costado izquierdo con esa horizontalidad que tienen los Kachelofen bien posicionados, sin las corrientes verticales de las chimeneas, del tipo de calor que no quema sino que envuelve.

Se quedó quieta.

No habló. No en voz alta, no como había hecho esa mañana en la roseta del mármol. Esa había sido la primera aproximación, la del lenguaje porque el lenguaje era su instrumento de siempre, la herramienta con la que Valentina Serralde convertía cualquier cosa en algo manejable. Pero el lenguaje tenía límites que en diecisiete

días había aprendido a reconocer: había cosas que el lenguaje alcanzaba y cosas que el lenguaje rodeaba sin tocar, y lo que había en el ala este era de las segundas.

Así que se quedó quieta y dejó que el calor del Kachelofen hiciera lo que el calor hace cuando uno le da tiempo: distribuirse, encontrar los rincones, llenar el espacio disponible hasta que el espacio y el calor se vuelven indistinguibles.

El silencio de la habitación tenía esa tarde más densidad que en las visitas anteriores.

Valentina lo percibió de manera gradual, del modo en que se percibe un cambio de temperatura cuando es lento: no en el momento sino después, cuando el contraste con el estado anterior ya es suficiente para ser notado. El silencio había ido haciéndose más denso desde que había entrado, del tipo de densidad que produce la presencia de algo que no produce sonido pero que ocupa espacio de una manera que el aire no ocupa.

La marca de la muñeca pulsó.

No tres veces, como en la mañana. Una vez, larga, del tipo de pulsación que es diferente al ritmo de respuesta: más parecida a la pulsación de los objetos que vibran cuando una frecuencia específica los alcanza, sin urgencia, sin mensaje codificado, solo el reconocimiento de la resonancia.

Valentina extendió la mano izquierda, la de la marca, hacia el espacio al costado del sillón. No hacia la roseta del mármol, no hacia un punto específico. Hacia el espacio en general, que era lo que se hace cuando no se sabe dónde buscar pero se sabe que hay algo que buscar.

El calor con dirección llegó a la palma antes de que hubiera decidido que llegaría.

Esta vez era diferente al de las mañanas anteriores. No más intenso sino más específico: tenía la cualidad del calor que produce una mano cuando está cerca de otra mano sin tocarla, esa temperatura de presencia humana que el cuerpo reconoce antes de que la vista la confirme. Y tenía algo más que no era temperatura sino otra cosa para la que Valentina no tenía categoría todavía: una calidad de atención. Como si lo que producía el calor estuviera

mirando la palma de su mano con el tipo de atención que se le da a las cosas que se han esperado durante mucho tiempo.

Valentina no retiró la mano.

La dejó en ese espacio durante lo que el reloj de su padre, si hubiera estado en esa habitación, habría marcado como tres o cuatro minutos, aunque en la percepción de Valentina el tiempo tuvo la cualidad que tenía en el ala este: más denso, menos divisible en unidades, del tipo de tiempo que se mide en antes y después en lugar de en minutos.

Luego, despacio, bajó la mano.

Se puso de pie. Fue a la mesa de escritura donde estaban los tres objetos alineados: el devocionario, la pluma de ave, la carta. Se detuvo frente a la carta con el borde irregular. La miró durante un momento sin tocarla.

—¿Puedo? —dijo, en voz baja.

El silencio respondió de la única manera en que el silencio de esa habitación respondía: con un cambio en la densidad. Más pesado, no menos. La respuesta de las cosas que pesan cuando se les da el peso correcto.

Tomó la carta.

El papel era el papel del cuarto año de Inés: de buena calidad, del tipo que se compraba para la correspondencia importante, con el grosor que distingue el papel de la carta del papel del borrador. El borde irregular que producía el abrir y cerrar repetido. La letra dentro, que Valentina no pudo leer desde fuera porque la carta estaba doblada en dos y la letra quedaba en el interior.

No la abrió. La llevó en la mano, salió del ala este, cerró la puerta con el mismo cuidado con que se cierra la puerta de alguien que duerme, y fue al corredor donde el cuaderno negro la esperaba en el suelo de parqué junto a la pared, quieto, con la pluma encima.

Recogió el cuaderno. Bajó al primer piso.

Voss no estaba en la biblioteca. Frau Bergmann tampoco en el corredor. El palacio a las cinco de la tarde tenía esa quietud específica de los días en que el tiempo exterior ha cambiado y el interior todavía no lo sabe: afuera la nieve deshecha del mediodía había vuelto a nieve seca con el descenso de temperatura de la

tarde, y el Ringstrasse que se oía en esa quietud era el Ringstrasse del frío que empieza a helar, sin el ruido del barro que había tenido por la mañana.

Fue al salón del ala sur, que era el único espacio del palacio donde no había estado sola todavía. Sin el piano del mediodía el salón tenía la quietud de los espacios de representación fuera de temporada: los muebles en las posiciones correctas, las lámparas sin encender, las ventanas al Ringstrasse con la luz de la tarde de nieve que era la más blanca de todas. Un espacio diseñado para contener personas y que en ese momento no contenía ninguna.

Se sentó en el sofá de respaldo recto junto a la ventana. La carta en las manos. El cuaderno sobre el cojín al lado.

La abrió.

La letra de Inés en el papel del cuarto año era la misma que en el margen del libro: inclinada hacia la derecha, con la presión desigual de quien escribe rápido cuando el pensamiento va más rápido que la mano. Pero la letra de la carta tenía algo adicional que la del libro no tenía: los lugares en que la presión se interrumpía y volvía con un ángulo ligeramente diferente, del tipo de interrupción que produce el levantar la pluma para hacer una pausa que no es de pensamiento sino de otra cosa.

La carta estaba en español. No en el latín del libro sino en el español de la Sevilla de principios de siglo, con las formas que el español tenía entonces en Andalucía antes de que el siglo avanzara lo suficiente para uniformizar lo que la región había conservado distinto. Valentina lo leyó con la atención de quien lee algo escrito en el español de su propia casa pero desde una generación anterior: familiar en la arquitectura, específico en los detalles.

La carta decía:

Nikolai.

He intentado escribir esto en latín, que es el idioma que compartimos, y no he podido. El latín tiene la frialdad de lo que se construye para durar, y lo que necesito decirte en este momento no es lo que dura sino lo que es, que son cosas diferentes.

El proceso sigue. Lo que siento en los últimos días no tiene nombre en ninguno de los idiomas que sé, pero sé que es la

aproximación al umbral porque lo que el libro describe como los cambios del cuerpo son exactamente esto: el sueño que ya no necesito de la misma manera, la oscuridad que me resulta más cómoda que la luz, y la sed que no es de agua sino de lo que tú tienes y yo todavía no tengo pero que ya reconozco como necesario.

No te escribo para decirte que tengo miedo. No lo tengo. Te escribo porque el miedo habría sido más fácil de explicar que lo que siento, que es lo contrario: una certeza tan completa sobre lo que elijo que la certeza misma me resulta extraña, del mismo modo en que resulta extraño que algo sea tan claro cuando lo que rodea a ese algo es tan oscuro.

Lo que elijo es esto: quedarme. No porque no tenga otro lugar adonde ir, que lo tengo, y no porque el proceso no me deje otra opción, que todavía me la deja mientras el umbral no se cruce. Lo elijo porque lo que hay al otro lado del umbral eres tú de una manera que no es posible de este lado, y porque aprendí antes de llegar a Viena que las cosas imposibles solo son imposibles hasta que dejan de serlo.

Hay algo que no he dicho y que debería decir: Stefan. Sé lo que sientes sobre lo que hiciste. Sé que lo llevas de la manera en que se llevan las cosas que no pueden deshacerse, que es sin descanso. Te digo esto porque quiero que lo sepas antes del umbral: que lo de Stefan no cambia lo que soy capaz de elegir. Los dos habitáis el mismo tiempo y sois la misma cosa de maneras diferentes, y yo he aprendido a querer las dos maneras aunque no sean iguales. Eso no disminuye nada. Eso añade.

Cuando esto termine —cuando yo sea lo que seré después del umbral— quiero que recuerdes que elegí con toda la información disponible. No a medias. No con la esperanza de que la información incompleta fuera suficiente. Con todo. Y que con todo, la respuesta fue sí.

No voy a escribir «te quiero» porque en el idioma que tenemos entre los dos esa frase es demasiado pequeña para lo que significa. Usa el tuyo. El del invierno antes de que yo llegara. Ese lo entiendo aunque no lo hable.

I.C.

Valentina llegó al final de la carta y se quedó con ella en las manos en el sofá del salón del ala sur con el Ringstrasse nevando por la ventana.

No anotó nada todavía.

Había cosas que necesitaban tiempo entre el leer y el anotar, y la carta de Inés era de las que necesitaban más tiempo del habitual porque lo que decía no era solo información sino la información de una persona que había estado en el mismo proceso que Valentina estaba viviendo y que lo había documentado con la misma precisión analítica que Valentina habría usado, si Valentina hubiera sido la que escribía en lugar de la que leía.

El sí de Inés en el papel del cuarto año. Con toda la información disponible. La respuesta fue sí.

Voss entró al salón.

Lo supo por el sonido, que era el no-sonido de su manera de moverse en el espacio, y por el cambio en el aire que Valentina había aprendido a reconocer en diecisiete días con la misma precisión que se aprende cualquier cosa cuando el aprendizaje tiene consecuencias. Se detuvo en el umbral del salón del ala sur con la misma postura con que había estado en el umbral del ala este el día anterior: las manos a los lados del cuerpo, sin calcular la postura porque en ese momento la postura no era el problema.

Vio la carta en las manos de Valentina.

No dijo nada. No preguntó cómo la tenía, que era obvio, ni si la había leído, que también era obvio. Se quedó en el umbral con la carta visible desde donde estaba y con la expresión que existía antes de que él la gestionara, que esa tarde era la más completa que Valentina había visto en diecisiete días: no la fisura del segundo del vals ni la variación del alivio en el corredor ni la calidad específica del reconocimiento cuando ella había formulado una pregunta correcta. Era algo más parecido al estado de quien acaba de recibir la confirmación de algo que llevaba tanto tiempo siendo posibilidad que la confirmación tiene el peso de lo que ha tardado más de lo que debería.

Valentina le tendió la carta.

Voss la miró desde el umbral durante un momento antes de cruzarlo. Cuando cruzó, fue al sofá —no al sillón de enfrente, al sofá, al lado de donde ella estaba— y se sentó con la distancia que en ese contexto específico era no distancia sino la conciencia de que el papel que tenía en las manos era el papel que no había vuelto a leer en sesenta y nueve años y que en ese momento iba a leer, y que eso requería el tipo de quietud que no se negocia sino que ocurre.

Leyó la carta.

Valentina lo observó leer con la atención que le había dado a todo lo que él hacía en diecisiete días, que era la atención de quien ha aprendido que el rostro de Nikolai Voss dice más cuando no sabe que lo están mirando que cuando lo sabe. Lo que el rostro dijo leyendo la carta de Inés era esto: que cada línea era conocida —él la había leído en el cuarto año, la sabía de memoria con la precisión de los textos que se leen una vez con toda la atención disponible— y que conocerla no la hacía más ligera sino todo lo contrario, que era la naturaleza de las cosas que se saben de memoria: que el saber de memoria no amortigua, solo hace que el impacto sea más preciso porque llega exactamente donde uno sabe que va a llegar.

Llegó al final.

Dobló la carta en dos con el borde derecho irregular. No en el pliegue exacto de antes, que sería imposible después de que Valentina la hubiera abierto, sino en uno nuevo, del tipo que produce el papel cuando la mano que lo dobla tiene en ese momento otras cosas en las que pensar además del pliegue exacto.

La dejó sobre la mesita baja frente al sofá. No la devolvió a las manos de Valentina. La dejó en el espacio entre los dos, que era donde las cosas que pertenecen a los dos se dejan cuando ninguno de los dos sabe todavía cómo llevarlas solo.

—El idioma del invierno —dijo Valentina.— Del que le habla. ¿Lo entiende ella ahora?

—Siempre lo entendió. —La voz de Voss tenía en ese momento la calidad de las voces cuando el cuerpo está gestionando más de una cosa simultáneamente y elige el tono por defecto, el de los hechos, porque es el que requiere menos.— Lo que le faltaba era la reciprocidad. Que yo lo usara sabiendo que ella podía responder.

—¿Y puede?

—Esta mañana —dijo— en la roseta del mármol, cuando usted le habló. Lo que cambió no fue la respuesta de Inés sino la posibilidad de que hubiera respuesta. Usted abrió algo que llevaba cerrado desde el umbral.

Valentina procesó eso junto a la hipótesis de Elsa y junto a la conclusión en el cuaderno negro del tercer piso: el proceso abre un camino hacia adentro y también uno hacia afuera. Las dos cosas siendo verdad al mismo tiempo no era una contradicción sino una geometría más compleja que la que el contrato había descrito.

—¿Por qué yo? —preguntó.— Específicamente. No la posibilidad de alguien como yo. Yo.

Voss no respondió de inmediato. El sofá del salón del ala sur tenía la quietud de los espacios que no se usan y que por tanto no tienen el desgaste que produce el uso cotidiano: los cojines en el ángulo correcto, el tapizado sin las marcas que el apoyo repetido deja, la madera del respaldo con el brillo de la cera que no ha sido rozada. Sentados en ese sofá, los dos eran el primer uso que ese espacio tenía en el tiempo que llevaba sin usarse, que Valentina calculó en sesenta y nueve años de la misma manera que calculaba todas las cosas del palacio que tenían esa fecha.

—La marca de la muñeca —dijo finalmente.— Y el sueño desde los nueve años. Y la hipnosis con la doctora Richter que describió el ala este con la precisión de quien la ha habitado. Y la manera en que Inés responde a su presencia de una forma que no ha respondido a ninguna otra presencia en sesenta y nueve años.

—Eso describe el mecanismo. No por qué yo específicamente.

La pausa fue larga.

—Porque —dijo Voss, con el tono que tenía para las cosas que cuestan decirse no por su complejidad sino por su peso— Inés lo eligió.

Valentina se quedó quieta.

—Explícame eso.

—Lo que Inés es ahora —dijo él— no es pasivo. Lo que el proceso la dejó siendo no es un estado fijo sino algo con agencia, aunque esa agencia opere de maneras que no son las de antes del

umbral. Inés eligió el proceso. Y lo que el proceso le dio, entre otras cosas, fue la capacidad de influir en lo que venía después del proceso. No de manera inmediata. De manera que requería tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Sesenta y nueve años.

Era la respuesta más larga que podía tener esa pregunta y al mismo tiempo la más precisa. Valentina la anotó en el cuaderno negro que tenía en el cojín al lado, con la letra de las entradas de primera categoría, porque lo que implicaba era de la categoría que requería estar en papel antes de que la cabeza empezara a reorganizar todo lo demás en torno a ella.

—¿Qué eligió Inés? —preguntó.— Específicamente.

—Que la siguiente persona que llegara al palacio con la marca y con el proceso potencial fuera alguien capaz de entender lo que estaba eligiendo. —La voz de Voss tenía en esa frase el peso de las cosas que son exactamente lo que parecen y que parecen más de lo que se puede procesar en un primer momento.— Inés no diseñó el contrato. El contrato fue la estructura que yo construí para hacer posible lo que Inés había señalado que debía hacerse posible. Pero la dirección era de ella.

Valentina cerró el cuaderno.

La carta sobre la mesita baja. El Ringstrasse afuera con la nieve de la tarde. El salón del ala sur sin usar en sesenta y nueve años y los dos en el sofá de respaldo recto que era el primer uso que ese espacio tenía en ese tiempo. El cuaderno negro cerrado sobre el cojín y la letra de la última entrada todavía húmeda porque la tinta tardaba más en secar en el frío del salón que en la biblioteca.

Inés había elegido la siguiente persona.

Eso significaba que Valentina Serralde había sido elegida antes de nacer, antes de que el contrato existiera, antes de que el tío Rodrigo firmara la addenda, antes de que nada de lo que había ocurrido en diecisiete días hubiera ocurrido todavía. Significaba que la columna de la izquierda del cuaderno negro, la de los hechos verificables, tenía una entrada que había estado ahí desde el principio y que Valentina no había podido escribir porque no tenía todavía la información para escribirla.

Y significaba que la pregunta de la última página del cuaderno —la de la noche del baile, la que todavía estaba ahí con las adiciones posteriores— tenía una dimensión que no había estado en la pregunta original: que no era solo lo que Valentina quería sino lo que Inés había querido para ella, que podía ser la misma cosa o podía no serlo, y que saber cuál de las dos era requería distinguir entre el propio querer y el querer de otro sobre uno, que era la distinción más difícil que existía.

—¿Inés sabía quién sería? —preguntó.— ¿Sabía mi nombre, mi cara?

—No. Lo que Inés sabía era el tipo. El mismo tipo que ella había sido: la marca, el análisis, el español como lengua primera. Y la capacidad de decir que no.

—¿Esa especificidad?

—Esa específicamente. —La voz de Voss en esa frase tenía algo que no era ironía pero que usaba el mismo músculo.— Porque alguien que no puede decir que no no elige. Y si no elige, el proceso es el de Stefan, no el de Inés.

Valentina miró la carta sobre la mesita. El papel del cuarto año de Inés, la letra inclinada hacia la derecha, el borde irregular. Con toda la información disponible. La respuesta fue sí.

Inés había dicho que sí con toda la información disponible.

Valentina tenía, en ese momento en el sofá del salón del ala sur, más información disponible que la que Inés había tenido en el cuarto año. Tenía el libro en latín. Tenía la hipótesis de Elsa. Tenía el calor con dirección en la roseta del mármol y la pulsación en tres por cuatro y la palabra «regresa» en el idioma que ya no existe y a Henriette Müller que había dicho bien, entonces sabe dónde estoy. Tenía diecisiete días de preguntas del trato y sus respuestas. Y tenía la nueva entrada de la columna de la izquierda: que Inés la había elegido antes de que ella existiera.

Con toda esa información disponible, la pregunta de la última página del cuaderno tenía la respuesta que había tenido desde la noche del corredor con las hortensias moradas y el jarrón y el espejo encima de la consola. Solo que ahora la respuesta no era el resultado de un cálculo sino la confirmación de algo que el cálculo

había alcanzado y que el cuerpo había sabido antes de que el cálculo terminara.

—Trece días —dijo.

—Sí —dijo Voss.

—¿Es suficiente para el umbral si continúa?

—Sí.

—Entonces —dijo Valentina, con la misma voz de siempre, la voz de quien ha tomado la decisión correcta y que sabe que es correcta porque es la única que es completamente suya— continúa.

Voss la miró desde el sofá, a la distancia que era no distancia sino la conciencia de que lo que acababa de ocurrir en esa frase era irreversible en el mismo sentido en que la carta de Inés lo era: no en el sentido del proceso, que todavía tenía trece días para completarse, sino en el de la elección, que se completa en el momento en que se hace y que después no se deshace aunque el proceso no llegue al umbral.

La fracción de expresión que existía antes de que él la gestionara fue esa tarde la más larga que Valentina había cronometrado: cuatro segundos, cinco. El tiempo suficiente para que lo que había debajo de la gestión fuera visible con la misma claridad con que eran visibles los objetos en la luz blanca de la nieve que llegaba por las ventanas del Ringstrasse.

Entonces cruzó el paso que quedaba.

La distancia del sofá no era la distancia de un paso sino la de menos, y cuando la cruzó no fue con el movimiento calculado de los pasos que Valentina le había visto en diecisiete días sino con la naturalidad de los movimientos que no necesitan calcularse porque ya saben adónde van. La mano en la cara —las manos que tenían la temperatura de lo que se conserva sin necesidad de fuente, esa imposibilidad que Valentina había catalogado en el nivel cuatro del trato y que en ese momento era simplemente el dato correcto de la temperatura correcta— y el primer contacto que no era el nivel cinco de la vulnerabilidad ni el nivel seis de la escena contenida sino el tipo de contacto que existe cuando los niveles anteriores se han recorrido todos y lo que viene no tiene número sino solo el peso de

lo que ha tardado diecisiete días y sesenta y nueve años en llegar a ese sofá en ese salón.

La carta sobre la mesita. La nieve en el Ringstrasse. El cuaderno negro cerrado con la última entrada todavía húmeda.

Valentina pensó, en el momento más inapropiado para pensar, que Inés había tenido razón sobre el latín: la frialdad de lo que se construye para durar. Y que el español era lo otro, lo que es antes de convertirse en lo que dura, que era también lo que ella era en ese momento, en el sofá de respaldo recto del salón del ala sur que no había tenido uso en sesenta y nueve años y que esa tarde tenía el mejor uso posible.

El segundo pensamiento no fue pensamiento.

Más tarde —un tiempo que el reloj de su padre, que seguía en el tercer piso, habría medido pero que en el salón del ala sur no tenía reloj que lo midiera— Valentina estaba en el sofá con la cabeza en el respaldo y la carta de Inés en la mesita baja y el cuaderno negro cerrado al lado y la nieve del Ringstrasse que afuera seguía cayendo con la paciencia de las cosas que saben que tienen tiempo.

Voss estaba a su lado. Las manos —esas manos con la temperatura imposible— quietas.

—Una pregunta —dijo Valentina, en voz baja, sin moverse del respaldo.

—Haga.

—No es del trato.

—Lo sé.

—El idioma del invierno. ¿Qué dice exactamente? Cuando le habla a Inés.

La pausa fue larga, del tipo que precedía a los relatos que no se habían hecho en mucho tiempo.

—Lo que le digo —dijo Voss, con la voz de las cosas que se dicen una sola vez porque decirlas más de una vez no añadiría nada al peso que ya tienen— es lo que me enseñó ese idioma a decir primero. El tiempo que queda. Que desde que Inés llegó al umbral ha tenido otro significado: el tiempo que queda para que lo que el umbral separó vuelva a estar en el mismo espacio.

—¿Crees que puede volver?

—Lo que Elsa ha formulado como hipótesis —dijo— yo lo llevo sesenta y nueve años sintiendo como posibilidad. Sin saber cómo. Sin saber cuándo. Hoy, en el ala este, cuando usted le habló, el calor cambió de posición. Eso no había ocurrido nunca antes en sesenta y nueve años.

Valentina miró el techo del salón del ala sur, que era el techo de los salones de representación: alto, con la moldura de yeso del siglo anterior, sin las arañas de cristal que tenía el ala este porque el ala sur era el espacio de los que venían desde fuera y el ala este era el espacio de los que se quedaban.

—Trece días —repitió.

—Trece días.

—¿Qué necesita el proceso para completarse? Específicamente, qué.

—La continuidad —dijo Voss.— El contacto sostenido. Y el umbral, que no tiene una definición más precisa que esa: el punto en que el proceso ha acumulado suficiente para que ya no requiera continuar porque ya es autónomo.

—¿Cuándo sabré que lo hemos alcanzado?

—Lo sabrá —dijo él.— De la misma manera en que sabe cuándo el calor del Kachelofen llena la habitación: no en el momento en que empieza sino cuando ya está, y entonces es obvio que está aunque no pueda señalar el momento en que llegó.

Era la respuesta más concreta que le había dado sobre el proceso, y era también la que tenía menos posibilidad de ser más concreta, que era la categoría de respuestas que Valentina había aprendido a reconocer en diecisiete días como las únicas honestas que podían darse sobre ciertas cosas.

—La carta —dijo, mirando la mesita.— Lo que dice sobre Stefan.

—Sí.

—¿Crees que Inés lo sabía? ¿Antes del umbral, que Stefan llevaría trescientos años con eso?

—Inés sabía muchas cosas que yo no supe que sabía hasta después. —La voz de Voss tenía en esa frase algo que no era exactamente tristeza pero que usaba el mismo espacio.— Lo de Stefan lo sabía. Lo escribió para que yo lo supiera también.

—¿Y cambia algo? ¿Lo que escribió?

La pausa fue de las más largas.

—No cambia lo de Stefan —dijo.— Pero cambia lo que puedo llevar de ello. Que es diferente.

Valentina no respondió. Era la frase justa y no necesitaba añadidos, que era la categoría de frases que el cuaderno negro recogía entre comillas para que el parafraseo no las destruyera. La anotaría después, cuando el cuaderno volviera a estar en las manos correctas.

La nieve del Ringstrasse continuaba. El palacio en la quietud de las seis de la tarde tenía ese sonido diferente que Stefan había descrito desde el cuarto distrito: el de las cosas que ya han decidido, que desde dentro Valentina no podía escuchar como sonido pero que podía reconocer como el estado del espacio cuando el espacio ha alcanzado el equilibrio que llevaba mucho tiempo buscando.

No todo el equilibrio. El proceso tenía trece días todavía.

Pero suficiente para que la temperatura de la habitación fuera, por primera vez en el salón del ala sur, el tipo de temperatura que se mide en personas y no en grados.

— XVIII —

El tío

El tío Rodrigo llegó al palacio a las ocho y cuarto de la mañana con el maletín y sin avisar, que era el patrón de siempre según lo que Voss le había dicho en el desayuno del decimotercer día, aunque para Valentina fuera la primera vez que lo veía llegar en lugar de encontrarlo ya instalado en el comedor con la taza en el aparador. Lo vio desde la ventana del segundo piso donde estaba cuando oyó el portal: la figura del tío en el Innenhof con el abrigo del invierno y el sombrero de fieltro que llevaba desde hacía doce años porque el tío Rodrigo tenía la relación con la ropa que tenían las personas para quienes la ropa era un argumento resuelto y no un problema abierto.

Bajó al comedor antes de que él subiera.

El tío Rodrigo, que había pasado ocho meses en Viena gestionando lo que no era suyo gestionar con la expresión de quien lleva el tiempo que lleva siendo responsable de consecuencias que no había previsto cuando tomó la decisión que las produjo, entró al comedor con la misma expresión de siempre: la de la culpa distribuida de manera tan habitual que ya no era reconocible como culpa sino como el modo de estar del tío en cualquier habitación.

Se sentó en la silla de siempre. Frau Bergmann trajo el café de siempre. El tío se limpió las manos en los pantalones, que era el gesto que la narradora había registrado en el primer desayuno del baile y que el tío hacía cuando había algo que decir y no encontraba cómo decirlo.

Valentina lo dejó hacer el gesto completo antes de hablar.

—Tío —dijo.

—Valentina. —Una pausa.— ¿Estás bien?

La pregunta de siempre. La que hacía dos o tres veces por semana desde que había llegado, según lo que Voss le había dicho en el desayuno del decimotercer día. La pregunta que contenía todo lo que el tío no podía decir de otra manera porque las otras maneras requerían nombrar lo que había hecho y el tío Rodrigo llevaba ocho meses evitando con precisión la nomenclatura de lo que había hecho.

—Estoy bien —dijo Valentina.— Con información adicional.

El tío la miró. Era la mirada que hacía cuando una frase suya lo llegaba a un lugar que no había calculado, que era más frecuente desde que Valentina tenía la edad de calcular frases para ese propósito.

—¿Qué tipo de información?

Valentina consideró la respuesta durante el tiempo que la respuesta necesitaba para organizarse, que era el tiempo de dos sorbos de café. La información que tenía disponible para dar al tío era del tipo que se da en orden, porque dada en desorden producía reacciones que el orden habría evitado.

—Hay personas dentro de la jefatura imperial —dijo— que llevan décadas investigando lo que Voss es. No los incidentes de Stefan: lo que Voss es. Y esas personas saben que el contrato existe.

El tío dejó el café. Las manos en la mesa, sin los pantalones, que era la postura que hacía cuando la información había llegado a un nivel que el gesto de los pantalones ya no alcanzaba a gestionar.

—¿Cómo lo sabes?

—Voss me lo dijo ayer. —Una pausa.— Y hay consecuencias que afectan a personas fuera del palacio.

—¿Qué personas?

—La doctora Richter. Su investigación es visible para la estructura de la jefatura, aunque Elsa no lo sepa. Y la visibilidad de la investigación, si llega a las personas equivocadas, produce un riesgo que Elsa no tiene manera de anticipar porque no tiene toda la información.

El tío Rodrigo se quedó quieto durante un momento con las manos en la mesa y la expresión de quien está recalculando algo que creía tener calculado, que era la expresión que a Valentina le

producía el mayor grado de compasión porque era la expresión de la buena fe que ha llegado a un territorio para el que no tenía mapa.

—¿Qué tipo de riesgo?

—No lo sé con exactitud todavía. Pero el patrón es: cuatro incidentes documentados por Elsa, un inspector que cierra los casos con una velocidad que no corresponde al procedimiento estándar, y personas dentro de la jefatura que tienen interés en lo que la investigación de Elsa está construyendo.

—¿Y Voss te dijo todo esto.

—Voss me confirmó lo que yo ya había inferido y me dio la información que me faltaba para hacer la inferencia completa.

El tío estudió esa distinción durante un momento. Era el tipo de distinción que el tío apreciaba porque el tío Rodrigo tenía, detrás de la culpa crónica y el gesto de los pantalones, la inteligencia de las personas que han llegado donde han llegado sin que nadie les regale el camino. La distinción entre confirmar lo inferido y dar la información que falta era una distinción que el tío entendía sin que necesitara explicarse.

—¿Qué vas a hacer?

—Esta tarde voy a ver a Elsa. —Valentina terminó el café.— Necesita saber el nivel de riesgo y necesita decidir qué hace con la investigación con esa información. —Una pausa.— Pero hay algo que tú puedes hacer que yo no puedo.

—¿Qué?

—Tienes contacto en el consulado español. Lo tenías cuando llegamos: el hombre de los papeles de la aduana que te debía un favor de la época de Cádiz.

El tío parpadeó.

—¿Cómo sabes lo del hombre de los papeles de la aduana?

—Porque llevabas tres días con el maletín distinto cuando llegamos, el que usas cuando vas a reuniones que no me cuentas. Y el único motivo por el que habrías tenido reuniones que no me contabas en la primera semana era asegurarte de tener a alguien fuera del palacio que pudiera sacarme de Viena si las cosas iban mal. —Una pausa.— Lo que dice algo sobre tu evaluación del riesgo desde el principio, que es un tema del que hablaremos después.

El tío se limpió las manos en los pantalones.

—El favor —dijo Valentina— que quiero pedirte es diferente. El contacto del consulado tiene acceso a información sobre la jefatura imperial que nosotros no tenemos. Quiero saber qué unidad dentro de la jefatura tiene expedientes sobre familias con contratos de los años anteriores al de papá. Y quiero saber si el nombre Gruber aparece en esos expedientes.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Cinco días.

El tío contó en silencio. Valentina lo vio hacer el cálculo con la misma precisión con que lo habría hecho ella, que era uno de los rasgos que compartían y que el tío nunca había reconocido en voz alta porque reconocerlo habría sido también reconocer de quién lo habría heredado ella, y el tío tenía una relación complicada con los reconocimientos que implicaban a su hermana.

—Puedo intentarlo —dijo.

—El hombre de los papeles de la aduana —dijo el tío, después de un momento— tiene un hermano que desapareció de los registros hace catorce años. Sin expediente en ningún archivo que el consulado pueda consultar.

Valentina anotó.

—No me habías dicho eso.

—No te había preguntado por él. —El tío se limpió las manos en los pantalones.— Tiene razones propias para buscar en archivos que no deberían ser accesibles. Eso hace el favor más fácil de pedir.

—Bien.

Frau Bergmann llegó con más café. El tío Rodrigo, que había llegado al palacio con el maletín y el sombrero de fieltro y la expresión de siempre, tenía esa mañana una versión ligeramente diferente de esa expresión: no la de la culpa distribuida de manera habitual sino la de alguien que acaba de encontrar algo que puede hacer, que es diferente, del tipo de diferencia que en ciertos temperamentos equivale a la del hombre que lleva ocho meses cargando con algo y que en ese momento puede dejar el peso en un sitio concreto aunque sea brevemente.

Valentina lo dejó terminar el café.

—Hay otra cosa —dijo.

—Dime.

—La addenda que firmaste en mayo. La que confirmaba los términos del contrato. ¿Sabías lo que confirmabas?

La pregunta llevaba dieciocho días esperando este momento. No el primero ni el segundo ni el décimo, sino este, cuando Valentina tenía suficiente contexto para recibirla y suficiente contexto para saber qué hacer con la respuesta.

El tío Rodrigo dejó la taza. Se la quedó mirando durante un momento, con esa postura que tenía cuando la respuesta que tenía que dar era la respuesta correcta pero no la cómoda, y que la diferencia entre las dos era exactamente el tamaño de lo que llevaba ocho meses cargando.

—Sabía lo suficiente para entender que lo que firmaba era real —dijo.— No lo suficiente para entender qué significaba real en ese contexto. Nadie me explicó lo del ala este. Nadie me explicó lo del proceso. Me explicaron el contrato de tu padre y el plazo y las condiciones. Me dijeron que si firmaba la addenda, las condiciones se activarían en los términos originales.

—¿Y firmaste?

—Firmé porque no vi alternativa. —La voz del tío tenía en ese punto la textura de las cosas que se dicen cuando se ha esperado suficiente tiempo para que el no decirlas ya no sea sostenible.— El contrato existía desde antes de que yo tuviera nada que decir sobre él. Si no firmaba la addenda, las condiciones se activaban de todas formas en algún momento: ese tipo de contratos no tiene cláusula de extinción por falta de confirmación. Solo tiene cláusula de confirmación o de ejecución forzosa. La addenda era la manera de que tuvieras treinta días y no el otro tipo.

Valentina anotó eso en el cuaderno negro con la letra de velocidad: la addenda como elección entre treinta días y la ejecución forzosa. La información que el tío había tenido desde el principio y que Valentina había llegado a inferir por otra ruta. Las dos rutas llegaban al mismo punto, que era la confirmación de que el trato había sido siempre la ejecución del contrato adoptando la forma de algo con elección.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

—Porque —el tío se limpió las manos en los pantalones, el último gesto, el que hacía cuando la respuesta que venía era la definitiva— no supe cómo decirte que había firmado algo sobre tu vida sin consultarte y que lo había hecho porque era lo menos malo disponible. No encontré la frase. Llevo ocho meses sin encontrarla.

Era la misma frase que Voss había usado dos veces: no encontré la manera. En la boca del tío tenía el mismo peso pero diferente origen: en Voss era la dificultad de las consecuencias; en el tío era la vergüenza, que era la emoción que el tío Rodrigo menos sabía gestionar porque la vergüenza requería nombrar lo que uno ha hecho y el tío llevaba una vida entera evitando los nombres de las cosas que había hecho.

Valentina cerró el cuaderno.

—La frase —dijo— es la siguiente: firmé algo que era tuyo para firmar y lo hice porque creía que era lo menos malo. Lo cual es verdad. Y también es verdad que era tuyo para firmar, que no lo era. Las dos cosas son verdad al mismo tiempo, y llevarlas al mismo tiempo es más honesto que quedarse solo con una.

El tío la miró.

—¿Estás bien? —dijo. La tercera vez de la mañana, pero con una cadencia diferente a las anteriores: sin la función de verificación habitual, sin el protocolo de la culpa. Con el tono de quien pregunta porque quiere saber.

—Estoy bien —dijo Valentina.— Con información adicional y con doce días por delante y con una decisión tomada que es mía. Lo cual es, dado el conjunto de circunstancias, el mejor estado posible.

El tío Rodrigo, que no lloraba en las ocasiones en que debería porque la represión emocional era el segundo rasgo que compartía con su hermana y que tampoco reconocía en voz alta, movió ligeramente la mandíbula en el gesto que hacía en lugar de llorar, que Valentina conocía desde que tenía seis años y que en ese momento específico le produjo una ternura que habría sido imposible de articular en el cuaderno negro y que por tanto no anotó.

—Bien —dijo el tío, con la voz de siempre.— Entonces el hombre de los papeles de la aduana.

—En cinco días.

—En cinco días.

Se fue a las nueve y media con el maletín y el sombrero de fieltro y una versión levemente diferente de la expresión habitual: más ligera, del tipo que produce no resolver algo sino encontrar la manera de cargarlo con las manos en el sitio correcto.

Valentina fue a la biblioteca.

Voss no estaba. El Kachelofen encendido, el escritorio con el cuaderno de cuentas del palacio abierto en la página del mes, la ventana al jardín con el sol de las diez que esa mañana era el sol de los días buenos de noviembre, sin nube, con la temperatura que el sol de noviembre tiene cuando el cielo está limpio: suficiente para ver, insuficiente para calentar.

Se sentó en el sillón junto al Kachelofen con el libro de Inés, que había traído del segundo piso donde lo había dejado la noche anterior. Abrió en la quinta sección, la última, y releyó las cuatro páginas del latín más limpio del libro con la atención de la segunda lectura, que es diferente a la de la primera porque la segunda lectura ya sabe adónde llega y por tanto puede prestar atención al camino.

Lo que sé ahora: que el tiempo no es escaso.

Esa frase en la segunda lectura tenía un peso diferente al de la primera porque en la primera lectura era el testimonio de Inés sobre lo que había ganado, y en la segunda era también la descripción del estado hacia el que el proceso llevaba a Valentina. No el mismo estado, todavía, porque el proceso llevaba doce días y no cuatro años. Pero el mismo tipo.

Voss entró a las diez y media.

Venía del exterior: el abrigo puesto todavía, la nieve de la mañana en los hombros que se había convertido en agua con el calor del corredor, la expresión de quien ha estado en el aire frío el tiempo suficiente para que el interior del palacio le llegue con esa calidez específica de los espacios que uno conoce suficientemente bien para que la familiaridad sea parte del calor.

—¿Adónde fuiste? —preguntó Valentina, desde el sillón.

—Al cuarto distrito.

Era la respuesta de Stefan, que era la respuesta del Café Sperl a las diez de la mañana, que era la respuesta de una conversación que Voss había tenido antes de que Valentina bajara de la habitación del segundo piso.

—¿Le dijiste que Inés lo escuchó?

—Sí. —Voss dejó el abrigo en el perchero del corredor, visible desde la biblioteca porque había dejado la puerta abierta.— Lo tomó de la manera en que Stefan toma las cosas que esperaba y que de todas formas lo alcanzan con más peso del que había calculado: en silencio. Tres minutos de silencio. Lo conté.

—¿Y después?

—Después dijo que Henriette tenía razón en que algo sabe dónde está. Y se fue antes de que yo pudiera decirle nada más.

Era la descripción exacta de Stefan: recibir la información en el silencio de los que llevan demasiado tiempo esperando algo para poder responder cuando llega, y luego irse antes de que la respuesta tuviera que formularse en palabras. Valentina lo registró en el cuaderno negro con la abreviatura de velocidad porque era del tipo de información que necesitaba estar en el papel antes de que el contexto la modificara.

Voss fue al escritorio. Abrió el cuaderno de cuentas del palacio en la misma página donde lo había dejado antes de salir, del modo en que se vuelve a un trabajo que uno ha interrumpido y que el trabajo no se ha movido pero uno sí. Valentina lo observó hacer eso —volver al cuaderno de cuentas del palacio con la misma naturalidad de siempre— y pensó que era el detalle más extraño y más ordinario que había aprendido sobre Nikolai Voss en dieciocho días: que llevaba el registro contable del palacio de su puño y letra, con la caligrafía del siglo anterior que era la única caligrafía que tenía.

—El tío estuvo aquí esta mañana —dijo.

—Lo sé. Lo vi llegar desde el Innenhof.

—Le pedí que usara su contacto en el consulado para averiguar qué unidad de la jefatura tiene expedientes sobre contratos

anteriores al de mi padre. Y si el nombre Gruber aparece en esos expedientes.

Voss levantó la vista del cuaderno de cuentas.

—¿En cinco días? —dijo.

—¿Es razonable?

—El tío tiene recursos que no usa porque no ha necesitado usarlos todavía. Cinco días es razonable si el contacto del consulado tiene acceso directo a la jefatura, que probablemente lo tiene dado que lleva ocho meses en Viena y que los contactos del tío Rodrigo tienden a tener acceso a cosas que sus conversaciones anteriores no habrían sugerido.

Era la descripción más larga del tío que Voss había dado en dieciocho días, y también la más precisa, lo que indicaba que Voss conocía al tío Rodrigo de una manera que el tío probablemente no sabía que era conocido. Valentina lo anotó.

—¿Qué hay en los expedientes? —preguntó.— Si existen.

—Documentación sobre las personas de las que la jefatura tiene registro. Contratos similares al de tu padre, aunque los anteriores son diferentes en estructura porque el contexto jurídico era diferente. Y probablemente teorías sobre lo que esos contratos son, que en los mejores casos son incompletas y en los peores son exactas.

—¿Cuáles son los peores casos?

—Los que tienen suficiente exactitud para ser útiles a personas que quieren control sobre lo que yo soy.

Era la segunda vez que usaba esa formulación: lo que yo soy, en lugar de lo que soy o lo que existe en el ala este. La distinción importaba porque lo que yo soy era la formulación de alguien que ha pasado suficiente tiempo pensando en la categoría desde dentro para que la categoría sea inseparable del sujeto, que era la diferencia entre saber que uno es una cosa y ser esa cosa sin margen de separación.

Valentina miró el libro de Inés que tenía en el regazo. La encuadernación de piel oscura, las iniciales en el margen de la primera página. Lo que Inés había escrito sobre lo que sé ahora y

sobre el amor que se construye cuando el tiempo no es escaso. Sobre la contabilidad que no está cerrada.

—¿Elsa sabe el nivel de riesgo? —preguntó Voss.

—No todavía. Voy esta tarde.

—¿Qué vas a decirle?

—La verdad. Todo. —Valentina cerró el libro.— Elsa tiene derecho a decidir qué hace con su investigación cuando tiene la información completa. No con la que yo he ido dándole en partes.

—La información completa incluye el ala este.

—Sí.

La pausa que siguió fue de las que Valentina catalogó como de procesamiento: no la búsqueda de la respuesta sino la evaluación de la consecuencia de la respuesta que ya existía.

—¿Crees que puede procesarlo?

—Elsa procesa el incidente de la Wollgasse y cuatro muertes sin causa médica identificable. —Valentina miró a Voss.— Lo que hay en el ala este es consecuencia lógica de los datos que ya tiene. La inferencia es la que falta, y Elsa hace buenas inferencias.

Voss asintió. No con el asentimiento de quien concede algo sino con el de quien reconoce una evaluación correcta de alguien que conoce mejor que él. Era el tipo de asentimiento que Valentina había aprendido a distinguir en dieciocho días porque los dos tipos producían el mismo gesto pero con una cualidad diferente en el espacio posterior al gesto.

—Hay una pregunta del trato —dijo Valentina.— La decimoctava.

—Haga.

—El proceso. Lo que cambia en el cuerpo: el sueño, la temperatura, la luz. ¿Cuándo empieza a ser perceptible para el que lo vive? No para quien lo observa desde fuera. Para mí.

La pausa fue breve, del tipo de pausa que existe antes de las preguntas que tienen respuesta pero que la respuesta requiere un cuidado específico en la formulación, no porque la verdad sea difícil de decir sino porque el impacto de la verdad depende de cómo se da.

—Ya es perceptible —dijo Voss.

Valentina lo miró.

—¿Desde cuándo?

—Desde el decimoquinto día. El sueño que usted tiene ahora no es exactamente el mismo que el del primer día en el palacio. Es más corto. Y la calidad de la atención en las horas que antes eran de sueño es diferente a la que el sueño producía.

Era correcto. Valentina lo sabía porque lo había registrado sin nombrarlo: que se despertaba antes del reloj del padre, que las horas entre la medianoche y el amanecer tenían en los últimos días una calidad de atención diferente a la de las primeras semanas. Lo había archivado en la categoría de hábitos del palacio, del cambio de rutina, sin darle el nombre que ese cambio tenía.

—¿Qué más? —dijo.

—La temperatura. No la suya propia sino la de los espacios: usted percibe los cambios de temperatura en una habitación más rápido que antes. Lo he observado en la biblioteca. Y hay algo en la manera en que responde al ala este que en los primeros días era percepción y que ahora es reconocimiento. Son estados diferentes.

Valentina anotó. Percepción y reconocimiento como categorías distintas. El sueño reducido y la atención nocturna aumentada. La temperatura. El ala este.

—¿Cómo distingues la diferencia entre los dos —percepción y reconocimiento— desde fuera?

—El tiempo. —Voss la miró.— La percepción tiene un momento de registrar. El reconocimiento no: llega ya registrado, del mismo modo en que uno no registra el idioma propio sino que simplemente lo entiende.

Era la descripción exacta de lo que Valentina había experimentado en la segunda visita al ala este y que no había sabido nombrar: la diferencia entre la primera vez, que había sido descubrimiento, y las siguientes, que habían sido otra cosa. El vocabulario que le había faltado era ese: reconocimiento.

—¿Cuánto avanzará en doce días?

—Depende de la continuidad. Pero en Inés, al cuarto mes, los cambios eran los que el libro describe. En usted, con el proceso anterior que tenía la marca y los sueños y la hipnosis, el umbral puede estar más cerca de lo que el calendario indicaría.

—¿Qué significa eso en términos prácticos?

—Que los doce días del trato son suficientes —dijo.— Y que la pregunta del mañana, si quiere formularla, puede ser sobre lo que viene después del umbral en lugar de sobre lo que hay antes.

Era la primera vez que Voss proponía una dirección para la pregunta del día siguiente, que en dieciocho días nunca había hecho. Valentina registró eso con la atención que merecía: la propuesta como señal de que el después del umbral era ya el territorio relevante, que el antes había quedado suficientemente mapeado.

—La pregunta del mañana —dijo— es esa.

Voss asintió.

La biblioteca a las once de la mañana tenía la luz del sol de noviembre que duraba lo que duraba la ventana del jardín: dos horas en ese ángulo, después la sombra del muro oeste. Valentina la vio sobre el escritorio de él con la claridad específica de la luz que ilumina el cuaderno de cuentas del palacio con la caligrafía del siglo anterior y las manos sobre el papel con la temperatura de lo que se conserva sin necesidad de fuente. El detalle de que llevara el cuaderno de cuentas de su propio puño y letra, esa cosa extraña y completamente ordinaria.

—¿Por qué tú? —dijo.— El cuaderno de cuentas.

Voss la miró desde el escritorio.

—¿Qué?

—Frau Bergmann podría llevarlo. O cualquier administrador del palacio. ¿Por qué lo llevas tú?

La pausa fue de las breves, del tipo que producen las preguntas que tienen respuesta obvia y que la respuesta obvia no era la que la pregunta merecía.

—Porque el palacio lleva trescientos años siendo mío —dijo.— Y las cosas que son de uno durante suficiente tiempo se conocen desde dentro de una manera que no se delega. No porque nadie más pueda hacerlo. Porque uno quiere seguir haciéndolo.

Era la respuesta más sencilla que le había dado en dieciocho días y la que más decía sobre el estado de quien la da. Valentina la anotó en la última página del cuaderno negro, no en la de las preguntas y respuestas del trato sino en la otra, la de las entradas

que no tienen categoría asignada todavía: el cuaderno de cuentas del palacio de su puño y letra porque el palacio llevaba trescientos años siendo suyo y las cosas que son de uno durante suficiente tiempo se conocen desde dentro.

A mediodía fue a la Wollzeile.

Elsa abrió con la expresión de los días en que la investigación le había dado algo en lo que pensar antes de las doce: más atenta, con la pluma ya en la mano como si la tuviera desde antes de que llamaran.

—Siéntate —dijo.— Hay novedades.

—Yo también tengo —dijo Valentina.— Las mías primero. Son más urgentes.

Elsa se sentó. Valentina le dio la información en el orden que tenía más lógica: la jefatura imperial, las décadas de investigación, el conocimiento del contrato desde afuera, el riesgo para la investigación de Elsa y por tanto para Elsa. Lo dio completo, sin la parte en partes de las semanas anteriores, porque la información incompleta era el tipo de información que producía decisiones incompletas y las decisiones de Elsa en ese momento necesitaban la base completa.

Elsa escuchó. Cuando Valentina terminó, la pluma había llenado dos páginas en la letra de zurda y seguía en la mano.

—¿Cuál es la fuente de todo esto? —preguntó.

—Voss.

—¿Puedes verificarlo de manera independiente?

—El tío está buscando documentación en el consulado. Cinco días.

Elsa anotó eso. Luego levantó la vista.

—¿Qué propones?

Era la pregunta correcta: no qué debería hacer sino qué proponía Valentina, que era la diferencia entre una persona que pide instrucciones y una persona que negocia en paridad.

—Que la investigación continúe pero con más cuidado. — Valentina abrió el cuaderno negro en la página de las notas del día. — Henriette Müller es el nodo más expuesto: el cuarto caso que sobrevivió y que no ha retirado la denuncia de manera concluyente.

Si alguien dentro de la jefatura está buscando la manera de cerrar ese caso sin la cooperación de Henriette, Henriette es el punto de presión.

—Necesita saber que puede estar en riesgo.

—Sí. Y necesita decidir qué hace con ese riesgo, que es su decisión y no la nuestra.

—Iré hoy por la tarde. —Elsa cerró el cuaderno clínico.— ¿Y lo otro? ¿Las novedades mías?

—Ahora.

Elsa fue al estante de los Charcot y sacó un sobre. Lo puso sobre la mesa entre las dos.

—Ayer por la tarde —dijo— recibí esto. Entregado en mano por un mensajero que no dejó nombre.

El sobre estaba abierto, con el papel dentro que Elsa había leído. Valentina lo sacó. Era una nota breve, en alemán, con la letra de imprenta de quien no quiere que su escritura cursiva sea reconocible:

Doctora Richter. Su investigación ha llegado a conclusiones que interesan a personas que no tienen buenos propósitos para con ellas. Le recomiendo que el cuaderno de tapas oscuras no permanezca en la dirección donde lo guarda actualmente. —Un amigo.

Valentina leyó la nota dos veces. Luego la devolvió al sobre.

—¿Quién lo envió? —preguntó.

—No lo sé. —Elsa fue a la ventana de la buhardilla, el movimiento de estar de pie para decir lo que viene.— Pero el mensajero, según la casera que abrió el portal, llevaba un abrigo del tipo que usan los empleados de los hoteles del segundo distrito. Y en el segundo distrito hay un hotel donde Stefan Voss tiene reservada una habitación de manera permanente desde hace cuatro años.

El inspector Gruber trabajando desde dentro para protegerla. Stefan enviando notas a través de mensajeros de hotel. Las dos cosas siendo parte de la misma arquitectura de protección que Stefan había construido alrededor de lo que le importaba sin anunciarlo, del modo en que Stefan hacía todas las cosas: sin

anuncio, con efectividad, y con la imprevisibilidad de los que han aprendido que el anuncio es siempre la parte que falla.

—El cuaderno —dijo Valentina— puede estar en el palacio. Voss no va a objetar.

Elsa la miró.

—¿Cuánto sabe Voss sobre mi investigación?

—Lo que yo le he contado. Que es casi todo. Hay cosas que tienes que saber sobre el ala este, Elsa. Para que lo que sabes sea completo.

El silencio de la habitación de la Wollzeile a mediodía tenía la textura del silencio antes de las conversaciones que cambian el peso de lo que se sabe. Elsa lo reconoció porque llevaba dos meses teniendo esas conversaciones con Valentina y sabía ya la textura específica que precedía a las partes nuevas.

—Dime —dijo.

Valentina le contó. El ala este: el proceso de Inés completo, el Kachelofen que no se apagaba, la presencia que ella percibía en la roseta del mármol, el calor con dirección, la hipótesis de Elsa que Valentina había podido confirmar en la segunda visita. La carta y lo que decía. Lo que Voss le había dicho esa mañana: que el proceso ya era perceptible para Valentina, que el reconocimiento había reemplazado la percepción.

Elsa escuchó todo sin interrumpir. Cuando Valentina terminó, la pluma había completado cuatro páginas y seguía en la mano con la postura de quien tiene más que anotar pero que primero necesita que el hilo se pose.

—¿Estás bien? —preguntó, con el tono de las preguntas médicas que no son protocolo sino genuinas.

—Estoy bien. —Valentina la miró.— El proceso es voluntario. La decisión es mía. Lo que me pregunto es si la hipótesis sobre Inés buscando salir es sostenible dado lo que le cuento.

—Es más sostenible ahora que antes —dijo Elsa, con la voz del diagnóstico que se hace cuando los síntomas confirman en lugar de contradecir.— Lo del calor cambiando de posición cuando le hablaste directamente. Lo de Henriette y «bien, entonces sabe dónde estoy». La hipótesis no es que Inés quiere salir en el sentido de abandonar

el ala este. Es que busca la manera de ser accesible de una manera que el proceso no le dejó ser.

—¿Accesible cómo?

—Eso —dijo Elsa— es la pregunta del mañana. No la tuya del trato: la mía de la investigación.

Valentina se quedó con eso durante un momento. Dos investigaciones paralelas sobre la misma cosa desde lados opuestos: la de Elsa desde la medicina y los registros, la de Valentina desde dentro del proceso. Las dos habían llegado al mismo punto por rutas que no habían previsto que convergieran, que era exactamente el patrón de las investigaciones bien hechas cuando el objeto de investigación es real: que los caminos independientes llegan al mismo lugar.

Salió de la Wollzeile al mediodía con el cuaderno de tapas oscuras de Elsa bajo el brazo, que Elsa le había dado sin que lo pidiera, con la frase «más seguro contigo que aquí» y el tono de quien ha tomado la decisión correcta aunque la decisión correcta sea incómoda.

El primer distrito bajo el sol de las dos de la tarde. La nieve de la noche anterior completamente deshecha en los adoquines, con esa textura del invierno vienés que no es el frío seco de la nieve conservada sino la humedad de la nieve que no aguanta, que produce en la ciudad un aspecto provisional y ligeramente melancólico que Valentina había aprendido a reconocer como el aspecto de Viena cuando el tiempo no ha decidido todavía qué quiere ser.

En el palacio, el corredor del primer piso con el jarrón de las hortensias que esa tarde eran completamente moradas, pasado el malva, en el punto en que las flores no aguantan más y que sin embargo seguían aguantando.

Doce días.

Valentina subió al segundo piso. Dejó el cuaderno de Elsa en la habitación. El libro de Inés sobre la mesilla. El cuaderno negro junto a él, con la última entrada todavía sin el párrafo final que algunas entradas necesitan: el que completa el día no con lo que ha ocurrido

sino con lo que lo que ha ocurrido significa, que era la distinción que el cuaderno negro llevaba dieciocho días haciendo.

Escribió una sola línea:

El cuaderno de cuentas del palacio de su puño y letra. El tío que encontró la frase. Elsa que lleva el cuaderno de la investigación al palacio sin que yo se lo pida. Los tres en el mismo espacio por razones diferentes y con el mismo resultado: que el palacio tiene ahora más personas dentro de él que cuando llegué, y que todas las personas que están dentro saben algo diferente sobre lo que el palacio es.

Y debajo, después del punto:

Doce días. El umbral. Lo que viene después.

Mañana.

— XIX —

Lo que viene después

La pregunta llegó a la biblioteca antes de que Frau Bergmann hubiera encendido los Kachelofen del corredor, que era la manera de saber que Valentina había bajado antes de las siete, que era la primera vez en diecinueve días que bajaba antes de las siete porque el cuerpo que dormía menos también se despertaba antes, que era exactamente lo que Voss le había descrito el día anterior como el primer cambio perceptible del proceso y que esa mañana era ya tan verificable como el reloj del padre.

Voss estaba en la biblioteca. El Kachelofen encendido —ese sí, el de la biblioteca, que llevaba encendido desde la madrugada de la misma manera que el del ala este no se apagaba nunca— y el escritorio con el cuaderno de cuentas cerrado encima y él de pie junto a la ventana del jardín con las manos a la espalda y la postura de las mañanas en que había estado en el espacio antes de que el espacio se considerara comenzado.

La miró cuando entró. No preguntó la hora.

—La pregunta decimonovena —dijo Valentina, desde el umbral, con el cuaderno negro en la mano pero sin abrirlo porque esa pregunta no necesitaba cuaderno para formularse— es lo que viene después del umbral. Qué soy. Cómo funciona. Qué cambia y qué no.

—Son tres preguntas —dijo Voss.

—Cuento diferente. —Fue al sillón.— Empieza por la que tengas más clara.

La pausa fue de las de asentamiento, la de quien ha pensado durante suficiente tiempo en lo que va a decir como para que las palabras estén listas y lo que falta sea solo el orden.

—Lo que eres —dijo— después del umbral no tiene un nombre preciso en ningún idioma que yo conozca, y conozco varios idiomas

que ya no existen. Lo más cercano que el vocabulario disponible puede dar es: lo mismo que ahora, con acceso a dimensiones del tiempo que ahora están cerradas. El cuerpo no para. El corazón no para. La temperatura no cambia. Lo que cambia es la relación con el tiempo: deja de ser el río en que uno nada y se convierte en algo más parecido al lago que uno puede atravesar en cualquier dirección.

Valentina anotó. El río, el lago. La dirección múltiple frente a la única. No la inmortalidad del vocabulario disponible sino otra cosa que no tiene el nombre que el vocabulario disponible le ha dado porque el vocabulario disponible lo ha nombrado con lo que no es.

—¿Enfermas?

—Sí. De lo que enferma el cuerpo que sigue siendo cuerpo. Pero la recuperación es diferente: más rápida, más completa, sin las consecuencias acumuladas que el tiempo produce en los cuerpos ordinarios.

—¿Mueres?

La pausa fue breve.

—No de las causas ordinarias. Hay maneras de terminar el proceso que no son naturales. Pero no voy a describirlas en detalle porque son el tipo de información que produce más ansiedad que utilidad cuando el proceso no ha llegado todavía al umbral y el contexto inmediato no las hace relevantes.

Era la primera vez que Voss limitaba la información por razones de utilidad en lugar de por razones de elección sobre cuánto decir. Valentina lo registró como distinción de categoría: no información que elige no dar, sino información que evalúa como contraproducente dar ahora. La diferencia era la misma que entre el médico que oculta el diagnóstico y el médico que decide el orden de los datos.

—¿Cómo funciona? —preguntó.— El después.

—¿En términos de qué?

—De todo. El día, la noche, la comida. Las personas. Inés.

Voss fue al sillón de enfrente al de Valentina, el de la izquierda del Kachelofen, y se sentó con la postura de las tardes largas de la biblioteca aunque fueran las siete de la mañana, lo que indicaba que

lo que venía a continuación era de los que requieren la misma calidad de presencia que las tardes, independientemente de la hora.

—El día y la noche —empezó— dejan de tener la frontera que tienen ahora. La oscuridad no es el estado en que el cuerpo descansa sino un estado diferente con su propia información, como Inés describía en el libro. El sueño no desaparece: cambia de función. De necesidad pasa a ser elección. La comida sigue siendo placer, pero deja de ser requisito en el sentido en que lo es ahora. El cuerpo no requiere lo mismo para mantenerse.

—¿Y la sed?

Era la pregunta que Inés había descrito como la sed que no era de agua. Voss la recibió sin la pausa que habría tenido si la pregunta lo hubiera sorprendido, porque no lo sorprendía: era la pregunta que tenía que llegar en algún momento y que ese momento era el correcto.

—La sed —dijo— es real. No es metáfora. Y tiene satisfacción, como tiene satisfacción cualquier sed. Es la parte que el vocabulario disponible ha tratado con menos precisión porque es la parte que el vocabulario disponible ha decidido que define todo lo demás, cuando en realidad es solo una parte.

—¿Cómo se satisface?

La respuesta tardó lo que tardaban las respuestas que él sabía dar pero que elegían su momento antes de darse.

—Con presencia sostenida. No necesariamente con contacto, aunque el contacto es la forma más directa. Con la presencia de alguien que tiene lo que el proceso reconoce como compatible. Con usted, en este momento y con el proceso en el estado en que está, la proximidad ya satisface parte de lo que satisfará el umbral.

Valentina lo miró desde el sillón. La proximidad ya satisface parte. Era la descripción de lo que había estado ocurriendo en la biblioteca durante diecinueve días de tardes y que ninguno de los dos había nombrado exactamente así: que cada tarde en la biblioteca era también el proceso alimentándose de la compatibilidad del espacio entre ellos, que es diferente al contacto pero que sirve al mismo propósito de maneras distintas.

—¿Y las personas? —dijo.

—Las personas que existen fuera del proceso no cambian para ti. Sigues queriéndolas del mismo modo que las querías antes. Lo que cambia es el tiempo: que ellas envejecen y tú no, y que ese desfase produce consecuencias que deben gestionarse. —Otra pausa, de las más largas.— Es el precio más real del proceso. No los que el vocabulario disponible imagina. Ese.

Era la parte que el libro de Inés había descrito como la distancia del mundo al que había pertenecido. La imposibilidad de envejecer junto a los que envejecían. Valentina tenía el tío Rodrigo y a Elsa y al padre que ya no estaba y a la madre que tampoco estaba y a la institutriz de Sevilla y a la finca de Cádiz en los veranos y a todo lo que había existido antes del tren a Viena, que era una vida anterior completa con sus propios detalles, sus propias fidelidades, sus propios objetos sin los cuales uno no se reconoce. El precio era el desfase de ese mundo, y el desfase era real.

Lo anotó sin abreviatura, con la letra entera de las entradas que necesitan el espacio completo de la palabra para ser lo que son.

—¿Y Inés? —preguntó.— Después del umbral. ¿Cómo es?

Voss la miró.

—Inés es lo que el ala este tiene. Lo que el calor con dirección tiene. Lo que la roseta del mármol tiene cuando usted está en ella. Después del umbral eso no cambia para Inés. Lo que cambia es tu capacidad de acceder a lo que es.

—¿Mi capacidad de acceder o la capacidad de Inés de ser accedida?

La pausa fue de las de reconocimiento.

—Las dos cosas —dijo.— Son la misma pregunta desde lados distintos.

Valentina cerró el cuaderno. No porque hubiera terminado de anotar sino porque las últimas entradas eran del tipo que necesitaban tiempo entre el escribir y el releer, del mismo modo en que algunas cartas necesitan tiempo entre el escribirse y el enviarse para saber si son todavía lo que uno quería decir cuando las escribió.

La biblioteca a las siete y cuarto de una mañana de noviembre tenía la luz de las siete y cuarto de noviembre, que era la luz que existía antes de que el día decidiera ser día: más azul que blanca,

más promesa que hecho. El jardín por la ventana con la fuente de piedra que en esa luz tenía una calidad diferente a todas las demás: los brazos extendidos y las manos abiertas eran en la luz de las siete una silueta sin detalle, un gesto sin la especificidad que la luz diurna le daba. El gesto en abstracto.

Valentina lo miró durante un momento desde el sillón.

—¿Qué no cambia? —preguntó.— Después del umbral. Lo que queda igual.

—La manera en que se piensa. —Voss la miraba desde el sillón de enfrente con la misma atención de las tardes de la biblioteca, que en esa hora de la mañana tenía una calidad diferente a la de las tardes porque no había el ritual del cuaderno y la pluma entre los dos.— La inteligencia no cambia ni el tipo de inteligencia. Lo que cambió en Inés no fue cómo pensaba sino cuánto tiempo tenía para hacerlo, y cuánto tiempo tenía para hacerlo cambió la profundidad pero no el instrumento.

—¿Y el carácter?

—El carácter es el instrumento. El instrumento no cambia.

Era la respuesta más tranquilizadora que podía dar, que no era tranquilizadora en el sentido en que las frases tranquilizadoras lo son —del tipo que uno da para calmar en lugar del tipo que uno da porque es exacto— sino en el sentido de la información precisa que llega al lugar que la persona que la recibe necesitaba que llegara. Valentina lo sabía porque llevaba diecinueve días aprendiendo la diferencia entre los dos tipos de respuesta de Voss, que era la misma diferencia que existía entre la cortesía y la honestidad.

Frau Bergmann llegó con el café antes de que ninguno de los dos lo pidiera, que era la señal de que eran las ocho y de que Frau Bergmann había calculado que dos personas en la biblioteca a las siete de la mañana necesitarían café a las ocho con la misma precisión con que calculaba todas las cosas del palacio que podían calcularse. El café llegó en la bandeja de plata con el monograma V y los dos Semmel y la confitura de ciruela y el tiempo del desayuno superponiéndose al tiempo de la conversación de manera que los dos cabían en el mismo espacio sin que ninguno de los dos necesitara ceder.

Valentina bebió el café en el sillón. Voss tomó el suyo del escritorio.

—El tío viene esta tarde —dijo Valentina.

—¿Tiene algo del consulado ya?

—Dijo cinco días. Solo lleva uno. Pero viene de todas formas. Hay algo que necesita decirme que no dijo esta mañana.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se limpió las manos en los pantalones una vez más de lo que el tema de conversación justificaba. —Valentina bebió el café. — El gesto es proporcional a lo que no está diciendo. Esta mañana había un exceso.

Voss la miró con la expresión que tenía cuando algo le daba algo que no había previsto. En ese caso específico la expresión tenía también algo más: la calidad específica de quien reconoce que alguien ha aprendido a leer a una tercera persona con la misma precisión con que esa misma persona ha aprendido a ser leída.

—¿Cuándo lo notó?

—En el baile. —Valentina dejó el café.— El gesto de los pantalones y la addenda. Desde entonces lo mido.

Era la conversación más larga sobre el tío Rodrigo que habían tenido en diecinueve días y también la que tenía menos preguntas pendientes, lo que significaba que el tema se había cerrado de la manera en que los temas se cierran cuando ya no producen nueva información sino solo confirman la existente.

A las nueve, Valentina fue al ala este.

La puerta entreabierta, el olor de siempre, el Kachelofen. La habitación con esa densidad de presencia que en las últimas visitas era más consistente que en las primeras: no intermitente como el mar con las corrientes de abajo, sino sostenida, del tipo de presencia que se ha organizado alrededor de la posibilidad de ser percibida y que por tanto está ya en posición cuando la percepción llega.

Fue al sillón. No a la roseta del mármol ni a la ventana: al sillón, el sillón de Nikolai en las tardes de la biblioteca y de Inés en el cuarto año cuando la cerámica del Kachelofen calentaba con el calor de siempre.

Se sentó.

El calor desde el costado izquierdo, la horizontalidad del Kachelofen bien posicionado. El vestido malva sobre la silla de madera con el respaldo en forma de medallón. Los tres objetos en la mesa. La carta en su nuevo pliegue, el que tenía desde que Valentina la había abierto y Voss la había vuelto a doblar sin buscar el pliegue exacto del anterior.

No habló en voz alta. Lo había intentado el día anterior en la roseta del mármol y había funcionado de una manera; el sillón era un tipo diferente de intento, el de la presencia compartida sin el lenguaje, que era el tipo de presencia que Inés había descrito en el libro como lo de la oscuridad que tiene su propia información.

El silencio de la habitación fue haciéndose más denso de manera gradual, del mismo modo que lo había percibido en las visitas anteriores pero con una diferencia: esta vez el proceso era más rápido. Menos tiempo entre la entrada y la densidad completa, como si la habitación reconociera la presencia de Valentina con mayor rapidez cada vez, del mismo modo en que el idioma propio se procesa más rápido que el aprendido porque el reconocimiento es anterior al análisis.

La marca de la muñeca izquierda pulsó.

Una vez. Larga. Y luego, antes de que Valentina hubiera terminado de registrarla, algo que no había ocurrido en ninguna de las visitas anteriores: la temperatura del sillón cambió.

No la temperatura del Kachelofen, que era la misma. La temperatura específica del sillón, del tejido del respaldo y del asiento, del costado derecho del sillón que era el costado que no daba al Kachelofen sino al centro de la habitación. El costado derecho se calentó de la manera en que se calienta la silla de al lado cuando alguien se sienta en ella, del calor de persona que llega antes de que la persona sea visible porque el calor se mueve más rápido que el cuerpo que lo produce.

Valentina no se movió.

El costado derecho del sillón con el calor de persona. La habitación con la densidad de presencia organizada. El olor de pino y cera y lo otro sin nombre que era el olor de la habitación pero que en ese momento tenía una intensidad ligeramente diferente a la que

había tenido en las visitas anteriores, más concentrada, del tipo de intensidad de los olores cuando la fuente está más cerca de lo habitual.

Elevó la mano derecha hacia el costado derecho del sillón, hacia el espacio entre el reposabrazos y el aire. Despacio, con la misma lentitud de las veces anteriores en la roseta del mármol, sin decidir específicamente que la mano iba ahí sino simplemente dejando que fuera.

El calor de persona en la palma.

Y la atención: la calidad de quien mira la palma de una mano con el tipo de atención que se le da a las cosas que han tardado mucho tiempo en estar al alcance. No urgente. No desesperada. La atención de quien tiene suficiente tiempo para que la urgencia no sea ya la forma correcta de las cosas.

La marca de la muñeca pulsó tres veces. El ritmo de respuesta.

Valentina bajó la mano despacio.

Se quedó en el sillón durante diez minutos más, en el conteo que hacía sin que el contar fuera el propósito sino la manera que tenía su mente de estar en el tiempo cuando el tiempo tenía la calidad densa del ala este. Diez minutos con la densidad de presencia a la derecha del sillón y el Kachelofen a la izquierda y la habitación con sus setenta años de temperatura acumulada.

Luego se puso de pie.

—Mañana vuelvo —dijo, en voz baja, hacia el costado derecho del sillón.

El silencio respondió de la única manera en que respondía. El calor en el costado derecho del sillón no disminuyó cuando Valentina se alejó hacia la puerta: se quedó donde estaba, del modo en que el calor de una persona permanece en el objeto que ha calentado durante el tiempo que el objeto tarda en enfriarse, aunque en este caso el tiempo que tardaría en enfriarse era el del Kachelofen que no se apagaba, que era suficiente para hacer de la pregunta sobre cuánto tiempo duraría una pregunta sin respuesta disponible.

Salió del ala este con el cuaderno negro que esta vez había llevado pero no abierto. Fue al tercer piso a buscar el abrigo.

Elsa la esperaba a las diez con las novedades que había prometido la tarde anterior: la visita a Henriette Müller y lo que Henriette había dicho sobre el riesgo cuando Elsa se lo había comunicado de la manera en que Elsa comunicaba los riesgos, que era directamente y sin el rodeo de la cortesía que habría suavizado la información pero también habría reducido su utilidad.

La Wollzeile a las diez tenía el frío seco de los días de noviembre sin nieve, el tipo de frío que hace que el aire tenga una transparencia diferente a la de los días húmedos: los edificios más nítidos, las fachadas con los detalles que la niebla habitualmente borraba visibles con una claridad que en otro contexto habría sido hermosa y que en ese noviembre específico era simplemente el aspecto de la ciudad cuando el tiempo no añadía nada encima.

Elsa abrió antes de que llamara.

—Henriette —dijo, desde el umbral, con la brevedad de quien tiene más que decir de lo que el umbral puede contener.— Siéntate.

La habitación de la buhardilla tenía el cuaderno de tapas oscuras ausente de su lugar habitual, que era la primera señal de que había seguido el consejo de Stefan: el cuaderno estaba en el palacio, donde Valentina lo había llevado el día anterior y donde ahora estaba sobre la mesilla del segundo piso junto al libro de Inés y el reloj del padre. En su lugar, sobre la mesa pequeña, el cuaderno clínico abierto en las notas de la visita a Henriette con la letra de zurda.

—Le dije que podría estar en riesgo —empezó Elsa, desde la silla.— En los términos que teníamos: que su testimonio era el único del cuarto caso y que el cuarto caso sin cierre definitivo era una anomalía en la investigación de alguien, y que las anomalías atraen la atención que las personas involucradas no siempre desean.

—¿Cómo respondió?

—Dijo que llevaba catorce meses sabiendo que estaba en riesgo desde la noche en que el inspector Gruber le mostró la fotografía con la manga recogida y le pidió que avisara si veía a esa persona. —Elsa cerró el cuaderno clínico.— Henriette Müller no es una mujer que necesite que le expliquen los riesgos que ya ha calculado. Lo que necesitaba era saber si alguien más los había calculado también.

—¿Y qué hará?

—Lo que ha hecho los últimos catorce meses: seguir en la misma dirección. Pero añadió algo. Dijo que si la investigación necesitaba su declaración formal antes de que el cuarto caso pudiera cerrarse de manera inconveniente para alguien, estaba dispuesta a darla. Con condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Que la declaración se hiciera ante alguien fuera de la jefatura imperial. No un inspector, no un juez del primer distrito: alguien con jurisdicción sobre la jefatura misma. Y que la declaración incluyera todo, sin la omisión de la parte que el redactor del 83 había decidido que era improbable.

Los ojos del color incorrecto. La parte que el redactor había puesto entre paréntesis como descripción probablemente inexacta de un testigo en estado de agitación.

—¿Existe ese alguien? ¿Con la jurisdicción que pide?

—Existe —dijo Elsa.— Y no está en la jefatura imperial. Está en el Ministerio de Justicia, en el departamento de investigación de irregularidades dentro de los cuerpos de orden público. Un contacto mío de la facultad de medicina, antes de que la facultad de medicina dejara de tener contactos míos, trabaja en ese departamento desde el año pasado.

Era la información que cerraba el círculo de la investigación de Elsa en la dirección que Valentina no había previsto porque era la dirección que venía de la red de Elsa y no de la suya. Valentina anotó en el cuaderno negro: Ministerio de Justicia, departamento de irregularidades, el contacto de la facultad. La posibilidad de una declaración formal fuera de la jefatura.

—¿Tu contacto tiene acceso a los expedientes de la jefatura?

—No directamente. Pero tiene acceso al proceso para solicitarlos, que es diferente y que produce los expedientes más completos porque la solicitud formal obliga a la jefatura a no seleccionar lo que entrega.

—¿Cuánto tiempo llevaría?

—Semanas para el proceso completo. —Elsa la miró.— Pero hay un procedimiento de revisión urgente cuando el riesgo a un testigo

puede documentarse. Y Henriette tiene catorce meses de documentación implícita en el hecho de que el cuarto caso sigue abierto.

Valentina calculó. Once días. El proceso urgente que Elsa describía podía iniciarse en ese tiempo, aunque no completarse. Pero iniciarse era suficiente para que Henriette tuviera la protección que el proceso le daba antes de que el cuarto caso llegara al punto de presión que Gruber ya no podría sostener.

—Habla con tu contacto hoy —dijo.

—Ya le escribí esta mañana. —Elsa recogió un sobre cerrado de la mesa junto al diván.— Esto es para ti, por si acaso. Tiene el nombre del contacto y la dirección del Ministerio. Por si acaso es la precaución correcta dadas las circunstancias.

Valentina tomó el sobre. Lo guardó en el bolsillo interior del abrigo, al lado del libro de Inés, que seguía llevando con esa costumbre que se había formado sin haberla planeado, del modo en que se forman las costumbres que corresponden a algo real.

—¿Cuándo sabrás algo del contacto?

—Mañana, si responde rápido. Pasado mañana, casi seguro.

Era el ritmo correcto. Valentina asintió, fue al armario donde Elsa guardaba el té y lo preparó ella misma porque a esa hora lo necesitaba y porque la habitación de la Wollzeile en diecinueve días se había vuelto suficientemente familiar para que preparar el té en ella fuera una acción natural y no una intrusión.

Elsa la observó hacer eso sin decir nada, que era la manera en que Elsa registraba las cosas que valían la pena registrar pero que no requerían comentario.

—¿Cómo estás? —preguntó, con el tono médico que no era protocolo.

—El proceso sigue. —Valentina puso el agua a calentar.— Esta mañana en el ala este el calor del sillón cambió de temperatura mientras yo estaba en él. Del lado derecho.

Elsa tomó la pluma.

—¿El tipo de cambio que describiste antes? ¿El calor con dirección?

—Más específico. Del calor de una mano cerca de otra mano, que es diferente al calor de un foco o de un Kachelofen: tiene la temperatura de persona, no de objeto. —Valentina esperó a que el agua calentara.— Y la atención, que también había percibido antes pero que hoy era más cercana. Como si la distancia entre el calor y yo fuera menor que en las visitas anteriores.

—¿La hipótesis se sostiene?

—Más que antes. —Valentina sirvió el té.— Lo que Elsa había descrito como buscar la manera de salir es más preciso que eso. No salir. Acercarse. La diferencia es la distancia: no quiere estar fuera del ala este sino estar más cerca de lo que el proceso le dejó estar.

—¿Más cerca de qué?

—De lo que hay dentro del proceso. —Valentina llevó las dos tazas a la mesa y se sentó.— De Nikolai. De mí, que soy la misma cosa desde otro lado.

Elsa anotó eso despacio, con la letra de los diagnósticos que necesitan el espacio completo de la frase antes de poder evaluarse. Luego levantó la vista.

—¿Sabes lo que significa eso en términos del umbral?

—Tengo una hipótesis.

—Yo también. —Elsa bebió el té.— Dila tú primero.

—Que el umbral no termina el proceso —dijo Valentina.— Solo lo cambia de estado. Y que el cambio de estado abre algo en la dirección contraria: que lo que el proceso cierra cuando Inés lo cruza en 1821 es lo mismo que el proceso puede abrir cuando alguien más lo cruza ahora.

Elsa la miró.

—La mía era esa —dijo.— Con una adición: que el proceso necesita los dos lados para abrir lo que puede abrir. Un umbral cruzado solo no es suficiente. Dos umbrales en el mismo espacio en la misma dirección producen algo diferente a uno.

El silencio de la habitación de la Wollzeile a las once de la mañana tenía la calidad de las habitaciones donde dos personas acaban de formular en voz alta algo que las dos sabían pero que en voz alta tiene un peso diferente al del pensamiento, del modo en

que el papel tiene un peso diferente al del aire aunque los dos contengan la misma información.

—¿Se lo has dicho a Voss? —preguntó Elsa.

—No todavía.

—¿Sabes cómo lo recibirá?

Valentina pensó en el cuaderno de cuentas del palacio de su puño y letra. En las tres palabras del idioma que no existe y el tiempo que queda. En los sesenta y nueve años de «regresa» dicho a personas que no eran el destino.

—Sé cómo lo recibirá —dijo.

Salió de la Wollzeile al mediodía con el sobre del contacto del Ministerio en el bolsillo interior y la hipótesis de Elsa en la página del día y once días en el conteo del tiempo que quedaba, que era el tiempo del proceso y el tiempo del trato y el tiempo del tío en el consulado y el tiempo de Elsa con el contacto del Ministerio, todas esas cosas distintas con el mismo número de días, que era la coincidencia que no era coincidencia sino el contrato haciendo lo que los contratos bien diseñados hacen: estructurar el tiempo de manera que las piezas lleguen a su lugar en el orden correcto.

En el palacio, el tío Rodrigo estaba en el comedor.

Las dos y cuarto. No las ocho de la mañana habitual. Las dos y cuarto de la tarde, que era la hora en que el tío Rodrigo no estaba en el palacio nunca porque a las dos y cuarto el tío tenía las reuniones de la tarde que Valentina no conocía en detalle pero que existían porque el tío llevaba ocho meses en Viena con el maletín y los lugares a los que ir.

Estaba sentado en la silla de siempre con las manos en la mesa, sin el café porque la hora no era del café sino del entre, el espacio entre el almuerzo y la tarde en que los vieneses tomaban algo que no era el café de la mañana ni el té de las tres sino el intervalo entre los dos.

—Tío —dijo Valentina, desde el umbral.

—Siéntate.

Se sentó. Frau Bergmann apareció con lo que el entre requería, que en el comedor del Palais Voss era el agua con gas y los

bizcochos de almendra del horno de la Bäckerei de la Schottengasse que Frau Bergmann compraba los martes.

El tío esperó a que Frau Bergmann se fuera. Luego se limpió las manos en los pantalones, que era la confirmación de lo que Valentina había calculado esa mañana en la biblioteca: que había un exceso y que el exceso tenía algo que decir.

—El hombre de los papeles de la aduana —dijo— tiene un cuñado en el Ministerio del Interior que tiene acceso a la sección de archivos de la Polizeidirektion. No es lo que pediste. Lo que pediste era el consulado y la jefatura imperial. El cuñado es diferente.

—¿Por qué el cuñado?

—Porque el hombre de los papeles de la aduana me dijo que lo que yo buscaba no estaba en la jefatura imperial. Que la jefatura imperial tenía los registros operativos pero que los registros de nivel superior —los que documentan lo que los registros operativos no pueden documentar— estaban en el Ministerio del Interior, en la sección que lleva sin nombre oficial desde 1871.

Valentina lo miró.

—¿Desde 1871?

—Fue el año en que la reorganización del Imperio requirió que ciertas funciones de vigilancia se separaran de la estructura visible de la policía. —El tío tenía la voz del hombre que está repitiendo información que ha recibido de una manera que no era la que esperaba recibirla.— El cuñado dice que la sección tiene expedientes sobre familias con contratos de antes del año cincuenta. No solo el tuyo. Al menos una docena, de lo que él ha podido ver sin comprometerse.

Una docena de contratos. El de su padre no era el primero ni el único. La arquitectura política que rodeaba lo que Voss era era más vieja y más amplia que la que Valentina había estimado con los datos que tenía hasta ese momento.

—¿El nombre Gruber?

—Gruber aparece en tres de los expedientes que el cuñado pudo ver. Como inspector de enlace entre la sección sin nombre y la jefatura del primer distrito. —El tío la miró.— No es un agente de Stefan Voss. Gruber trabaja para la sección sin nombre.

El argumento que Valentina había construido alrededor de Gruber se recalculó en el tiempo que tardó en formularlo como pregunta.

—¿Y Stefan?

—Stefan Voss aparece en los mismos expedientes que Gruber, pero en la columna opuesta. —El tío hizo una pausa que era de las de la información que llega de una manera que el mensajero tampoco había previsto.— Gruber tiene la instrucción de vigilar a Stefan Voss, no de protegerlo.

El silencio del comedor del Palais Voss a las dos y media de la tarde tenía la textura de los silencios de las cosas que reorganizan lo anterior. No lo derrumban: lo ponen en el orden correcto, que resulta ser diferente al orden en que habían estado.

Stefan no controlaba a Gruber. Gruber vigilaba a Stefan. La fotografía con la manga recogida en manos de Gruber no era protección de Valentina: era documentación para la sección sin nombre del Ministerio del Interior, que tenía expedientes sobre familias con contratos y que por tanto tenía interés en el contrato de su padre y en lo que ese contrato produciría.

—¿Qué hay en los expedientes sobre los contratos anteriores? —preguntó.— Qué tipo de información tienen.

—El cuñado no pudo leerlos en detalle. Lo que vio fue la estructura: los contratos, los nombres de las familias, las fechas. Y en algunos casos —no en todos— una columna de resultados. —El tío hizo la pausa más larga.— La columna de resultados en los contratos anteriores al tuyo tiene en todos los casos la misma entrada.

—¿Cuál?

—«Fallido».

Valentina lo anotó. Fallido. Los contratos anteriores al de su padre, una docena al menos, con la columna de resultados que decía fallido en todos los casos. El de su padre todavía sin entrada en esa columna porque el contrato de su padre todavía no había llegado a su resultado.

—Tío —dijo.

—Valentina.

—El cuñado del hombre de los papeles de la aduana. ¿Puede saber si la sección sin nombre tiene operaciones activas en relación al contrato de mi padre?

El tío se limpió las manos en los pantalones por segunda vez, que era el doble de lo habitual para el mismo tema de conversación, lo que indicaba que la respuesta a esa pregunta era la que había traído al comedor a las dos y cuarto en lugar de a las ocho de la mañana.

—Ya lo tiene —dijo.— La respuesta es sí. Hay una operación activa desde hace dos semanas.

Desde hace dos semanas era desde el día en que Valentina había llegado al palacio.

—¿Qué tipo de operación?

—El cuñado no tiene acceso a los detalles de las operaciones activas. Solo a los archivos históricos. Pero dice que el hecho de que sea activa significa que alguien en la sección tomó una decisión cuando el contrato se activó. Y que esa decisión tiene un plazo.

—¿Qué plazo?

—El del contrato —dijo el tío.— Treinta días.

El comedor del Palais Voss a las dos y media de la tarde. El agua con gas y los bizcochos de almendra. El tío con las manos en la mesa y Valentina con el cuaderno negro con la última entrada que todavía olía a tinta fresca.

Treinta días. Once días restantes. Una operación activa que tenía el mismo plazo que el trato y el proceso y el contrato y todo lo demás.

—¿Qué quiere la sección sin nombre de lo que el contrato produce?

—No lo sé —dijo el tío.— El cuñado no lo sabe. El hombre de los papeles de la aduana lo sabe pero no me lo dijo, que es la diferencia entre un favor y un favor completo.

Era la diferencia que el tío conocía mejor que nadie: la frontera entre lo que se consigue con un favor y lo que requeriría otro. Valentina la registró y la dejó en la columna de lo que todavía faltaba, que seguía siendo más larga de lo que quería aunque fuera más corta que el primer día.

—Cinco días —dijo.

—¿Para qué?

—Para el favor completo. O para la parte que sea posible. —Valentina recogió el cuaderno.— Y tío: el consulado tiene que saber que la sección sin nombre está activa. Si el consulado español tiene interés en el bienestar de sus ciudadanos en Viena, este es el momento de demostrarlo.

El tío Rodrigo, que había pasado ocho meses gestionando lo que no era suyo gestionar con los instrumentos que tenía disponibles, asintió con el asentimiento de quien acaba de encontrar el ángulo correcto para algo que había estado mirando desde el ángulo equivocado.

—El consulado —dijo— tiene mucho interés en el bienestar de sus ciudadanos en Viena. Especialmente cuando ese interés puede articularse de maneras que la sección sin nombre del Ministerio del Interior preferiría que no se articularan.

Era la frase más diplomáticamente precisa que el tío había pronunciado en diecinueve días de conversaciones. Valentina la anotó porque era del tipo de frase que el tío producía una vez cada muchos años y que cada vez que aparecía indicaba que había algo más debajo del gesto de los pantalones de lo que los pantalones sugerían.

El tío se fue a las tres con el maletín y el sombrero de fieltro y la versión más ligera de la expresión habitual, que en esa tarde tenía además el componente específico de quien ha transmitido lo que tenía que transmitir y que la transmisión ha sido recibida en el sentido correcto.

Valentina fue a la biblioteca.

Voss estaba en el escritorio con el cuaderno de cuentas del palacio abierto en la página del mes, la misma página de la mañana, con la concentración de las tareas que se interrumpen y se reanudan y que el trabajo no se ha movido porque el trabajo no se mueve pero la persona que vuelve a él sí, y esa diferencia entre la tarea inmóvil y la persona que regresa es el espacio donde ocurren las tardes de los Kachelofen encendidos y las preguntas del trato.

—La sección sin nombre del Ministerio del Interior —dijo Valentina, desde el umbral— tiene una operación activa desde hace dos semanas. Con el plazo del contrato.

Voss cerró el cuaderno de cuentas.

—¿Lo sabías? —preguntó Valentina.

—Sabía que existía la posibilidad. No que fuera ya activa.

—¿Qué quieren?

—Lo mismo que han querido siempre. —La voz de Voss tenía en esa frase el tono de los hechos que llevan suficiente tiempo siendo hechos para que el peso se haya distribuido de manera que ya no sean urgentes aunque sigan siendo importantes.— Control sobre el proceso. Documentación de lo que el proceso produce.

—¿Para qué?

—Para reproducirlo. Llevan décadas intentando entender cómo se produce lo que yo soy de manera que puedan producirlo en otras personas sin el proceso completo. —Otra pausa.— Sin la elección. Sin los treinta días. Sin Inés en el ala este.

Era la frase que completaba lo que el tío había dado sin saber que lo completaba: los contratos anteriores con la columna de resultados que decía fallido. Intentos anteriores de producir el proceso sin las condiciones que lo hacían lo que era. Y la operación activa con el plazo del contrato como el último intento de la misma serie, el más cercano al resultado porque era el que tenía a Valentina en el palacio y el proceso en marcha.

—¿Qué harán cuando el plazo se cumpla?

—Depende del resultado —dijo Voss.— Si el proceso llega al umbral, querrán documentarlo. Si no llega, querrán entender por qué no.

—¿Y si llega? ¿Y si están aquí cuando llega?

La pausa fue de las más largas de diecinueve días.

—Esa —dijo— es la razón por la que el tío viene a las ocho de la mañana dos veces por semana desde que llegaste. Porque el palacio no es el lugar más seguro para lo que puede ocurrir en los próximos once días, y el tío lo sabe aunque no sepa exactamente qué es lo que puede ocurrir.

Valentina miró a Voss desde el umbral de la biblioteca. El Kachelofen, la ventana al jardín, los libros. La biblioteca donde había hecho diecinueve preguntas del trato y había recibido diecinueve respuestas y donde el proceso había avanzado de manera que la biblioteca era ahora un espacio diferente a lo que había sido el primer día, no en ningún elemento físico sino en lo que los dos personas que lo habitaban eran en ese espacio el uno para el otro.

—Once días —dijo.

—Sí.

—¿Pueden llegar antes? La sección sin nombre.

—Tienen el plazo del contrato. Llegar antes sería actuar antes de tener el resultado que buscan.

—¿Y confías en que respetarán su propio plazo?

—Confío en que la burocracia del Imperio tiene sus propias inercias —dijo Voss, con el tono más cercano al humor seco que Valentina le había escuchado en diecinueve días— y que esas inercias trabajan en nuestra dirección por defecto, aunque no porque quieran.

La burocracia del Imperio como aliado involuntario. Era el tipo de argumento que Elsa habría anotado en el cuaderno clínico en la columna de los factores protectores.

Valentina entró a la biblioteca. Fue al sillón. Abrió el cuaderno negro en la página del día y leyó las entradas de la jornada: el calor del sillón del ala este, la hipótesis de Elsa y la de Valentina sobre los dos umbrales, Henriette y el Ministerio de Justicia, el tío con los expedientes de la sección sin nombre, la columna de resultados con fallido en todos los anteriores.

Y la pregunta que Elsa le había hecho y que ella no había respondido todavía porque la respuesta requería este espacio, esta hora, este espacio entre el umbral y el escritorio y los dos en el mismo sitio:

¿Sabes cómo lo recibirá?

—Hay algo que contarte —dijo Valentina.

Voss levantó la vista del cuaderno de cuentas.

—La hipótesis de Elsa sobre Inés. Esta mañana en el ala este tengo más base para sostenerla.

—Dime.

Se lo dijo. El calor del sillón cambiando de temperatura en el costado derecho. La densidad más rápida. La hipótesis de Elsa sobre los dos umbrales en el mismo espacio en la misma dirección produciendo algo diferente a uno solo. Y la conclusión propia: que lo que el proceso abre no es solo el camino hacia adentro, sino también el camino de vuelta.

Voss escuchó sin interrumpir. Cuando Valentina terminó, el cuaderno de cuentas seguía abierto en la misma página pero sus manos no estaban en él: estaban en la superficie del escritorio con esa quietud de los objetos que no tienen urgencia, que era diferente a la quietud habitual porque la quietud habitual era la de siempre y esta era la de alguien que ha recibido algo y que necesita el tiempo de la quietud para recibirlo completamente.

Valentina esperó.

La biblioteca con el Kachelofen y la ventana del jardín y el atardecer de noviembre que llegaba antes de las cinco y que esa tarde tenía el color específico de los atardeceres de noviembre después de un día sin nube: un naranja muy bajo sobre el muro oeste del Innenhof que duraba exactamente el tiempo que tardaba el sol en bajar por detrás de ese muro, que era menos de diez minutos.

—Sesenta y nueve años —dijo Voss, finalmente.

Era la frase más corta que podía haber dicho y la que tenía más peso. Valentina no respondió porque la frase no pedía respuesta: pedía el tiempo de la quietud que le había dado, que era la única respuesta correcta.

La naranja del atardecer en el muro oeste del Innenhof desapareció mientras esperaban. El jardín pasó al gris que precedía a la oscuridad, sin la nieve de los días anteriores que habría dado al gris una luminosidad diferente. Solo el gris del jardín de noviembre y la fuente de piedra con las manos abiertas que en esa luz ya eran solo silueta de nuevo, como a las siete de la mañana, el gesto sin el detalle.

—¿Lo crees? —dijo Valentina.— La hipótesis.

—Llevo sesenta y nueve años creyendo que era posible —dijo Voss.— No sabía la forma que tendría. Ahora sé la forma.

—¿Y la forma es aceptable?

—La forma —dijo— eres tú. —Una pausa de los que existe después de las frases que no tienen continuación porque son completas solas.— Eso hace la pregunta sobre la aceptabilidad bastante fácil de responder.

Valentina cerró el cuaderno negro.

Once días. La sección sin nombre y su plazo. Henriette y el Ministerio de Justicia y el contacto de Elsa. El tío y el consulado y el favor completo que faltaba. El proceso avanzando con la velocidad de los procesos que tienen base anterior y que por tanto acumulan más rápido de lo que el calendario indicaría.

Y en el ala este, el sillón con el costado derecho que se había calentado esa mañana de la manera en que se calienta cuando alguien se sienta al lado, y que a esa hora seguiría con esa temperatura porque el Kachelofen no se apagaba y el calor de persona en el tejido del sillón se quedaría ahí el tiempo que el sillón tardara en olvidarlo.

— XX —

Diez días

El vigésimo día amaneció sin nieve y con un frío diferente a todos los anteriores: más seco, más quieto, del tipo que produce el anticiclón cuando se instala sobre el Imperio con la intención de quedarse. Valentina lo supo antes de abrir la persiana porque el silencio del Ringstrasse a las seis y media era el silencio de los días sin humedad, sin el amortiguamiento que producía la nieve o la niebla en el sonido de los carruajes y los tranvías. Los adoquines secos resonaban de otra manera.

Eran las seis y media porque el sueño había terminado a las seis, que era veinte minutos antes que el día anterior y treinta antes que el anterior a ese. La reducción era exactamente la que Voss le había descrito: gradual, sin que el cuerpo lo pidiera distinto, con la misma naturalidad con que el sueño de verano es más ligero que el de invierno sin que nadie lo decida.

Se quedó en la cama el tiempo que el cuerpo tardó en entender que el sueño no volvería. Luego fue a la ventana.

El jardín interior con la fuente de piedra. Las manos abiertas. Sin nieve esa mañana, sin la cubierta de los días anteriores, la figura era solo mármol con el frío del exterior y el gesto de siempre. Valentina calculó que la había visto desde esa ventana en doce ángulos distintos y en cinco condiciones de luz diferentes, y que en todos los casos el gesto era idéntico aunque el significado que le daba cambiara en función del contexto. Lo que la figura ofrecía o sostenía dependía de quién miraba y desde dónde y con qué en la cabeza.

Ese día lo que tenía en la cabeza era: diez días.

No el plazo del proceso, que Voss había dicho que era suficiente y que Valentina había decidido creer porque creerlo era la única manera de que fuera verdad. El plazo de la operación activa de la

sección sin nombre del Ministerio del Interior, que tenía el mismo horizonte que el contrato y que por tanto convergía con todo lo demás en el mismo punto del calendario.

Diez días en que el proceso avanzaría. Diez días en que el tío trabajaría el consulado para el favor completo. Diez días en que Elsa esperaría respuesta del contacto del Ministerio de Justicia y en que Henriette Müller tendría la protección parcial que el procedimiento urgente pudiera dar. Y diez días en que la sección sin nombre estaría observando sin intervenir, con la paciencia burocrática que Voss había descrito como el aliado involuntario por defecto.

La paciencia burocrática como aliado era un argumento razonable. Pero los aliados involuntarios son también los que pueden cambiar de posición sin aviso.

Bajó a las siete.

La biblioteca con Voss de pie junto a la ventana del jardín, la postura de las mañanas tempranas, la luz del sol de noviembre sin nube que era la más clara y la menos cálida. La miró cuando entró con la atención de quien ha aprendido que las variaciones en la hora de llegada son información.

—Seis y media —dijo Valentina, antes de que preguntara.

—Ayer fueron las siete menos veinte.

—Veinte minutos de diferencia. —Fue al sillón.— El proceso sigue a su ritmo.

Era la primera vez que lo describía así: su ritmo, no el ritmo, del mismo modo que se dice mi idioma o mi ciudad cuando el posesivo ha dejado de ser reivindicación y se ha vuelto hecho. Voss lo registró con la variación de expresión que Valentina había aprendido a leer como reconocimiento: la más breve, la más real.

—Stefan —dijo Valentina.

—¿Qué pasa con Stefan?

—Cree que Gruber trabaja para él. —Valentina abrió el cuaderno negro en la página del día.— Y Gruber trabaja para la sección sin nombre. Lo que significa que Stefan ha estado operando con la suposición de que tenía un punto de protección dentro de la jefatura que en realidad era un punto de vigilancia.

La pausa de Voss fue de las que Valentina había aprendido a distinguir como las de la información que él ya tenía y que estaba evaluando cómo procesar ahora que ella también la tenía.

—¿Cuánto tiempo lleva Stefan sin saberlo?

—No lo sé —dijo Voss.— Stefan no me ha dicho el nombre de sus contactos dentro de la jefatura en los últimos años. Si Gruber lleva en la sección sin nombre desde 1885, que es cuando el cuñado del tío vio el primer registro, Stefan puede llevar dos años creyendo que tiene protección que no tiene.

—¿Qué cambia eso para los incidentes?

—Que la documentación que Gruber tiene sobre los incidentes no es documentación gestionada por Stefan. Es documentación entregada a la sección sin nombre. Lo que Stefan cree que ha contenido puede no estar contenido.

Era la frase que reorganizaba la columna de la izquierda del cuaderno de Elsa. Los cuatro casos con el inspector que los cerraba con velocidad inusual: no cierre sino transferencia. La investigación de Elsa existía en paralelo a otra investigación que llevaba dos años más y que tenía acceso a los mismos materiales.

—Hay que decírselo —dijo Valentina.

—Sí.

—Hoy.

—Hoy —confirmó Voss, con el tono de quien está de acuerdo con la conclusión aunque la conclusión implique una conversación que no tiene manera de ser sencilla.

Fue al Sperl a las diez.

Stefan estaba en la mesa del ángulo con el café y el periódico doblado en el ángulo de la lectura, que era la postura contraria a la del día en que Valentina le había contado lo de Henriette: ese día sin periódico, ese día con las manos libres. El periódico esa mañana era la señal de que lo que traía no lo había previsto todavía.

Se sentó sin que él la invitara, que era ya el protocolo establecido entre los dos.

—Gruber —dijo.

Stefan bajó el periódico. No del todo: lo bajó hasta el punto en que podía verla por encima del borde superior, que era la postura de

quien no quiere comunicar que la información lo ha alcanzado antes de evaluar cuánto lo ha alcanzado.

—¿Qué pasa con Gruber? —dijo.

—No trabaja para ti. Trabaja para la sección sin nombre del Ministerio del Interior. Llevan con el expediente de los incidentes desde 1885. —Valentina lo miró.— El cierre de los casos no era protección. Era transferencia de documentación.

El periódico bajó completamente.

Stefan Voss tenía en ese momento la expresión más difícil de leer que Valentina le había visto: no la quietud de los objetos, no la atención exploratoria, no la economía del hombre que mide lo que da. Era algo diferente, del tipo de expresión que existe cuando la arquitectura que alguien ha construido alrededor de algo importante resulta tener una grieta en el cimiento que el arquitecto no vio, y que la grieta lleva el tiempo que lleva precisamente porque no fue vista.

Duró exactamente dos segundos.

Luego Stefan dobló el periódico con la misma precisión de siempre, lo dejó en el borde de la mesa, y llamó al camarero con el gesto del dedo que era su versión del gesto de los pantalones del tío: la acción física que necesitaba hacer mientras la mente procesaba lo que no podía procesarse en el mismo segundo en que llegaba.

—¿La fuente? —dijo, cuando el camarero se había ido con el encargo del café.

—El tío Rodrigo, a través de tres intermediarios. El cuñado del contacto del consulado tiene acceso al archivo de la sección.

—¿Cuánto vio el cuñado?

—La estructura. Los expedientes de los contratos anteriores. Los de los incidentes, con Gruber como inspector de enlace entre la sección y la jefatura del primer distrito.

Stefan miró la mesa. Era la primera vez que Valentina lo veía mirar un objeto sin que el objeto fuera el instrumento de un cálculo: lo miraba de la manera en que se mira algo cuando lo que se está mirando en realidad no está en la mesa sino en otro sitio, en el

interior de una arquitectura que acaba de mostrar su grieta y que necesita ser recalculada desde ese punto.

—¿Desde cuándo tiene la sección el expediente de los incidentes? —preguntó Valentina.

—Desde antes de que yo supiera que Gruber existía. —La voz de Stefan tenía en esa frase la textura de las cosas que se dicen sin inflexión porque la inflexión las haría más pequeñas de lo que son.— Gruber se me presentó en el 83 como inspector que quería resolver el primer caso sin ruido. Dijo que entendía la situación y que podía gestionarla de manera discreta. Dijo lo correcto de la manera correcta para que yo creyera que era un aliado.

—Y era un observador.

—Era un observador. —Stefan bebió el café que había llegado.— Que además de observar me daba información sobre la jefatura que yo usaba para gestionar lo que creía que gestionaba. Información que ahora no sé si era correcta o era del tipo que se da para mantener la fuente tranquila y predecible.

Era la formulación más precisa del problema: la información de Gruber podía haber sido instrumento de gestión de Stefan en lugar de ayuda a Stefan. La persona que Valentina había estado usando como fuente para entender la sección sin nombre podía haber estado dando información diseñada para producir comportamientos útiles a la sección.

—¿Qué sabe Gruber que la sección sin nombre puede usar? —preguntó Valentina.

Stefan la miró.

—Todo lo que le he dado estos dos años en la creencia de que gestionaba los casos. Incluyendo lo de Inés.

El silencio del Café Sperl a las diez de la mañana tenía esa calidad acústica de los cafés vieneses cuando el tráfico de la mañana temprana ha pasado y el de la tarde no ha llegado: el sonido de la vajilla en las cocinas, el ruido sordo del Gumpendorfer por la ventana, y el silencio entre las mesas que en ese momento era solo el de los dos.

—¿Qué le dijiste sobre Inés?

—Lo que yo creía que era. —Stefan usó el pasado con la precisión de quien distingue entre lo que sabía antes y lo que sabe ahora.— Que el ala este del palacio tiene algo que el proceso dejó cuando se completó. Que ese algo tiene presencia perceptible. Que llevo décadas intentando establecer comunicación de manera que no produzca los efectos de los incidentes.

Era la descripción más completa de los incidentes desde la perspectiva de Stefan que Valentina había recibido en veinte días: no la versión distante de Voss sino la de quien la había vivido desde dentro. Lo anotó con la letra de velocidad, en abreviaciones, porque lo importante era el contorno y el desarrollo podía hacerse después.

—¿La sección sin nombre sabe lo que hay en el ala este?

—Saben lo que yo les he dado sin saber que se lo daba. —Stefan miró su café.— Que es suficiente para que tengan interés y no suficiente para que entiendan exactamente qué es.

—¿Suficiente para que lo quieran?

—Suficiente para que crean que si pueden documentar el resultado del contrato en curso, tendrán lo que los contratos anteriores no les han podido dar. Los fallidos. Los que no llegaron al umbral.

Valentina anotó «fallidos» con el subrayado de las palabras que conectaban columnas: la del archivo del cuñado y la del Stefan del Sperl. Los dos caminos llegando al mismo punto por rutas que no habían previsto que convergieran, que era el patrón de la investigación bien hecha sobre un objeto real.

—¿Por qué fallaron? —preguntó.— Los anteriores.

Stefan la miró con esa atención exploratoria de siempre, pero con un componente diferente que Valentina no había visto antes: algo más cercano a la incertidumbre, del tipo que produce la persona que tiene una respuesta y que no está seguro de si la respuesta que tiene es la correcta o la que quería que fuera correcta.

—Porque —dijo— Nikolai no eligió ninguno de los anteriores. Yo sí elegí a las personas en los callejones. Sin el marco correcto, sin los treinta días, sin la estructura. Con los resultados que ya conoces.

—Otra pausa.— Pero los contratos anteriores al de tu padre no fueron iniciativa de Nikolai.

Era la información que faltaba en la columna de la izquierda y que cambiaba la estructura de todo lo que había antes de ella. Los contratos anteriores no eran de Nikolai: eran de la sección sin nombre, que había estado construyendo versiones del mecanismo durante décadas sin entender que lo que el mecanismo requería no podía imponerse desde fuera.

—¿Quién firmó esos contratos? ¿Las familias?

—Las familias firmaron porque les dieron razones para hacerlo. —Stefan usaba las frases cortas de los temas que pesan más de lo que las frases largas pueden sostener.— No siempre con la información que deberían haber tenido.

—¿Y Nikolai sabía que esos contratos existían?

—Sabía que existía algo. No los detalles. —La voz de Stefan tenía en ese punto la textura de la información que tiene décadas de antigüedad y que el tiempo no ha hecho más fácil.— Nikolai y yo hemos tenido conversaciones difíciles sobre el tema de si yo debería haberle dicho más de lo que le dije y en qué momento.

Era la descripción más directa del estado de los dos hermanos que Valentina había recibido: conversaciones difíciles, que era el vocabulario de Stefan para lo que entre cualquier otra pareja de personas se habría llamado de otra manera. Valentina no pidió el detalle porque el detalle no era de su columna sino de la de los dos hermanos, que era una columna que no le pertenecía gestionar.

—¿Qué hace ahora la sección sin nombre? —preguntó.— Con lo que Gruber les ha dado sobre el ala este.

—Lo que haría cualquier estructura burocrática con información que confirma lo que busca: la archiva, la analiza, y espera el momento en que puede actuar sobre ella. —Stefan miró hacia la ventana de la Gumpendorfer.— El momento es el vencimiento del contrato. Diez días.

—¿Intervendrán antes del vencimiento?

—Depende de si el proceso llega al umbral antes. Si llega, tendrán lo que buscan y querrán documentarlo de inmediato. El vencimiento del contrato es el horizonte mínimo, no el único posible.

Valentina procesó eso. El vencimiento como horizonte mínimo: la sección podía moverse antes si el proceso se completaba. Lo que convertía la velocidad del proceso en algo que tenía dos interpretaciones simultáneas: urgencia desde adentro porque quería completarse, y urgencia desde afuera porque completarse antes del vencimiento reducía el margen disponible.

—Hay algo que puedes hacer —dijo.

Stefan la miró.

—Gruber. Necesitamos saber qué ha entregado exactamente a la sección en los últimos dos años. No la estructura general: los contenidos específicos. —Valentina cerró el cuaderno.— Porque si hay algo que la sección tiene que no debería tener, es mejor saber qué es antes de que llegue el vencimiento.

La pausa fue breve.

—Gruber me debe una explicación —dijo Stefan.— En distintos términos, pero me la debe.

—¿Puedes conseguirla sin alertar a la sección de que sabes lo que sabes?

Stefan la miró con la atención de quien ha escuchado una pregunta que es también un diagnóstico de la situación.

—Sí —dijo.— Si lo hago hoy.

—Hoy.

—Hoy —confirmó Stefan, con el mismo tono con que Voss había confirmado lo mismo esa mañana en la biblioteca, que era el tono de los hechos que se convierten en programa de acción en el momento en que se nombran.

Se fue del Sperl antes del mediodía. Stefan se quedó en la mesa del ángulo con el café frío y el periódico doblado y la expresión de quien está recalculando dos años de arquitectura desde el cimiento que resultó tener la grieta.

Valentina fue a la Wollzeile.

Elsa abrió con la expresión de los días con novedad: la pluma ya en la mano, el cuaderno clínico abierto en la mesilla junto al diván.

—El contacto del Ministerio respondió esta mañana —dijo, desde el umbral.— Siéntate.

La habitación de la buhardilla con el orden de trabajo, el diván en su lugar, la silla junto a él, la luz de la mañana sin nube por la ventana pequeña. Valentina se sentó. Elsa fue a la mesa y recogió la nota que había recibido, escrita en papel del Ministerio con el membrete oficial y la letra apretada del contacto de la facultad.

—Dice que el procedimiento de revisión urgente puede iniciarse con la declaración de Henriette como primer paso. No necesita la declaración completa: solo una declaración inicial que establezca que hay un testigo con información sobre el cuarto caso que no fue correctamente recogida en el cierre del expediente.

—¿Cuánto tiempo lleva el procedimiento de revisión urgente una vez iniciado?

—De tres a cinco días para la protección provisional. La protección completa lleva más. —Elsa dejó la nota.— Pero la protección provisional es suficiente para que el cuarto caso no pueda cerrarse de manera inconveniente mientras el procedimiento está activo.

Tres a cinco días. Si la declaración de Henriette se daba ese día, la protección provisional podría estar en vigor en cinco días como máximo, con cinco todavía por delante antes del vencimiento. El margen era ajustado de la manera en que eran ajustados todos los márgenes en ese noviembre.

—¿Está dispuesta Henriette a hacer la declaración hoy?

—Le pregunté ayer, anticipando esta posibilidad. Dijo que sí. —Elsa recogió el cuaderno clínico.— Dijo exactamente: «Si es hoy mejor que mañana, porque mañana puede no ser igual que hoy».

Era una frase que Valentina habría podido escribir en el cuaderno negro bajo la entrada de Henriette Müller: la precisión calendárica de quien ha estado esperando el momento desde octubre de 1886 y que al llegar entiende que los momentos no esperan de vuelta.

—¿Adónde tiene que ir? —preguntó.

—El contacto del Ministerio la recibirá esta tarde en el edificio de la Stubenring. —Elsa anotó la dirección.— No en la jefatura. No en ningún edificio con relación a la sección sin nombre. En el Ministerio de Justicia, que es su institución y no la del interior.

—¿Alguien la acompaña?

Elsa la miró.

—Yo puedo ir —dijo Valentina.

—No —dijo Elsa.— Tú no puedes ir a la Stubenring esta tarde.

—¿Por qué?

—Porque si la sección sin nombre tiene vigilancia sobre el proceso y sobre el palacio, y si esa vigilancia incluye seguimiento de los movimientos relacionados con el contrato, aparecer en el Ministerio de Justicia con Henriette Müller en el mismo día que el cuñado del contacto del consulado ha estado en el archivo de la sección es demasiado visible de manera simultánea. La visibilidad simultánea alerta. Una sola acción en un día no lo hace.

Era el argumento correcto. Valentina lo reconoció de la misma manera que reconocía los argumentos correctos de Voss: sin necesidad de elaborar la contrapartida porque la contrapartida no tenía peso suficiente.

—¿Quién la acompaña entonces?

—Yo. —Elsa cerró el cuaderno.— El contacto me conoce de la facultad. Mi presencia en el Ministerio tiene una razón médica plausible. Y Henriette es técnicamente mi paciente.

—¿Cuándo fue tu paciente?

—Desde que la visité en el tercer distrito la semana pasada. —Elsa la miró con la expresión de quien ha preparado este argumento con suficiente antelación para que esté sólido.— Fue a verme por perturbaciones del sueño. Lo cual es completamente verdad.

Lo cual era completamente verdad. Valentina lo dejó estar.

Salió de la Wollzeile antes de la una con el plan del Ministerio en la cabeza y la nota del contacto en el bolsillo interior del abrigo junto al sobre que Elsa había preparado como precaución y el libro de Inés que seguía ahí con la costumbre de las cosas que uno lleva encima no porque planee usarlas sino porque su ausencia sería notable.

El primer distrito bajo el sol del mediodía sin nube, que era el sol más frío del año pero también el más claro: los edificios del Ringstrasse con sus fachadas de piedra sin la neblina habitual, cada detalle visible con la precisión de los grabados de arquitectura que

dan la ilusión de que la perfección formal es posible en el mundo real.

En el palacio, el comedor con el almuerzo que Frau Bergmann había dejado en el aparador: el estofado de ternera, el pan del horno de la mañana, el agua con gas. Valentina almorzó sola porque Voss no estaba, que era la primera vez que no almorzaban en la misma hora desde el décimo día. Frau Bergmann, con la economía de las personas que dan información exactamente donde se necesita y no donde no, dijo que el señor Voss estaba en el segundo piso.

El segundo piso era el corredor del ala este.

Valentina almorzó. El estofado de ternera y el pan y el silencio del comedor sin dos personas en él, que era un silencio diferente al silencio del comedor con dos personas porque el silencio tiene más partes cuando es de uno solo que cuando es compartido: el sonido de los propios cubiertos, el sonido de la propia respiración, el sonido que hace el espacio cuando nadie más lo habita.

Subió al segundo piso.

Voss estaba en el corredor del ala este, de pie frente a la puerta de la segunda habitación a la izquierda, con las manos a la espalda y la postura de quien no ha calculado las manos porque en ese momento las manos no son el problema. La puerta estaba entreabierta, con la franja de luz del Kachelofen en el suelo de parqué. Él no miraba la puerta: miraba la pared de enfrente, lo que era raro porque la pared de enfrente del corredor del ala este no tenía nada que mirar.

Valentina se detuvo a tres pasos de él.

—¿Qué pasó? —dijo.

—Nada malo. —La voz de Voss tenía la calidad de las cosas que son exactamente lo que dicen ser.— Esta mañana, antes de que bajaras, vine al ala este. El sillón del lado derecho tenía una temperatura diferente a la del Kachelofen.

—Lo del calor de persona.

—Sí. Pero sin que tú estuvieras aquí. —Una pausa más larga.— Es la primera vez en sesenta y nueve años que percibo algo en el ala este a una hora en que no hay nadie más en el palacio que pueda ser la fuente.

Valentina procesó eso junto a la hipótesis de Elsa: Inés buscando la manera de acercarse. El sillón calentado con el calor de persona esa mañana, sin Valentina como intermediaria, en la habitación sola con el Kachelofen y los objetos alineados y la carta en su nuevo pliegue.

—¿Sigue ahí? —preguntó.

—Eso es lo que estaba evaluando. —Voss se volvió hacia la puerta entreabierta.— Desde el corredor no puedo determinarlo con la misma precisión que desde dentro.

Valentina fue a la puerta. La abrió del todo. El olor de siempre: pino, cera de vela, lo otro sin nombre. La habitación con la densidad de presencia que en las últimas visitas era más consistente que en las primeras. El Kachelofen azul y blanco. El sillón.

El costado derecho del sillón tenía la temperatura que tenía desde la visita de esa mañana: más cálido que el izquierdo, más cálido que el respaldo, con esa diferencia de temperatura que el mármol del suelo transmitía hacia arriba cuando Valentina se arrodilló junto al sillón para poner la mano a la altura del costado derecho sin tocarlo.

El calor de persona.

No el de Valentina de la visita de la mañana, que habría disminuido en las horas entre la mañana y el mediodía. El de algo que estaba ahí en ese momento, organizado alrededor del costado derecho del sillón con la precisión de las cosas que han encontrado la posición correcta y que la mantienen.

—Aquí —dijo Valentina, sin volverse.

Voss entró al ala este. Se detuvo a dos pasos de ella. Valentina lo escuchó pararse, que a esas alturas era posible sin vista: el sonido de su paso en el mármol del ala este era diferente al del parqué del corredor porque el mármol transmitía diferente.

El silencio de la habitación con los dos dentro tenía la densidad específica que Valentina había aprendido a distinguir de todos los demás silencios: más pesado, más completo, de los que existe cuando tres presencias en lugar de dos ocupan el mismo espacio y las tres son perceptibles aunque una de ellas no sea perceptible de la manera habitual.

—¿Lo percibes? —preguntó Valentina, todavía arrodillada.

—Sí. —La voz de Voss tenía en ese monosílabo el peso de sesenta y nueve años distribuido de la única manera en que ese peso podía distribuirse sin colapsar: en el tiempo que el proceso había requerido para llegar a ese momento.

No dijeron nada más.

La habitación del ala este con el Kachelofen que no se apagaba y el vestido malva y la carta en su nuevo pliegue y los tres objetos alineados y el calor en el costado derecho del sillón que era el calor de persona y que no era el de Valentina y no era el de Voss.

Era suficiente.

Valentina se puso de pie. Fue hacia la puerta. Antes de salir se volvió una vez hacia el sillón.

—Esta tarde vuelvo —dijo.

El calor en el costado derecho del sillón no cambió. Valentina interpretó eso como la respuesta que era: la quietud de las cosas que esperan sin urgencia porque han aprendido que la urgencia no es la forma correcta de las cosas que llevan suficiente tiempo siendo.

En el corredor, Voss la esperaba. No preguntó qué había sentido dentro porque ya lo sabía, que era la ventaja de veinte días de aprendizaje bilateral: que ya no era necesario traducir lo que el ala este producía en el cuerpo de Valentina porque él lo recibía también, aunque desde fuera, con la precisión de quien ha pasado sesenta y nueve años calibrando ese espacio.

—Stefan fue al Sperl —dijo Valentina, caminando hacia la escalera.

—¿Cómo lo tomó?

—Con dos segundos de expresión antes de gestionarla. Va a hablar con Gruber hoy. Quiere saber qué ha entregado exactamente a la sección.

—¿Puede hacerlo sin alertarlos?

—Eso dijo.

Voss asintió con el asentimiento de quien conoce a Stefan suficientemente bien para saber que si Stefan dice que puede hacer algo sin alertar a nadie, el problema no es si puede sino si elegirá

hacerlo de la manera menos disruptiva o de la más eficiente, que en Stefan no eran siempre la misma cosa.

—¿Qué pasa si Gruber alerta a la sección de que Stefan sabe?

—Entonces la sección sabe que tenemos más información de la que habrían preferido que tuviéramos. —Valentina bajó la escalera.— Lo que acorta el margen de inacción que la burocracia nos da por defecto.

—¿Cuánto lo acorta?

—No lo sé. Pero Stefan es la persona con más experiencia en hacer cosas sin que la sección las sepa antes de que quieran saberlas. Si alguien puede hablar con Gruber sin alertar a la sección, es él.

La biblioteca. El Kachelofen, la ventana al jardín. Voss fue al escritorio; Valentina al sillón. El orden de las tardes que ya era el orden natural del espacio sin que nadie lo hubiera establecido como tal: el escritorio para él, el sillón para ella, la mesa pequeña con el cuaderno negro entre los dos.

—La pregunta del trato —dijo Valentina.

—La vigésima.

—¿Qué pasa con la percepción del tiempo después del umbral? No la teoría: la práctica. Cómo se experimenta un día que no tiene el mismo horizonte que los días anteriores.

La pausa fue de las de asentamiento, la de quien tiene la respuesta y está eligiendo la entrada correcta.

—El primer período es de adaptación —dijo.— El cuerpo continúa con los ritmos que tenía antes del umbral porque los ritmos no cambian en el umbral sino gradualmente después. El día sigue teniendo mañana y tarde y noche durante un tiempo. Lo que cambia primero es la relación con los plazos. Los plazos que antes tenían urgencia la pierden, no porque no importen sino porque el tiempo disponible para resolverlos es diferente. Eso produce una calma que puede parecer indiferencia pero que no lo es.

—¿Cómo se distingue la calma de la indiferencia?

—La calma quiere el resultado. La indiferencia no. Lo que el proceso da es tiempo. No quita el querer.

Valentina anotó eso. La calma que quiere el resultado. Lo que el proceso da es tiempo. La distinción entre las dos que era la distinción entre el proceso de Inés y el de Stefan: el de Inés con elección y querer y calma; el de Stefan con el querer sin la calma porque el querer sin elección no produce calma sino la otra cosa.

—¿Cuándo se estabiliza? El primer período.

—En Inés fue de semanas. —Voss la miró.— Con usted, dado lo que el proceso ya ha avanzado, puede ser más rápido.

Era la respuesta que Valentina había esperado y que de todas formas producía lo que producen las respuestas esperadas cuando llegan: la diferencia entre saber que algo ocurrirá y que ocurra.

—¿Y después de la estabilización?

—El tiempo empieza a funcionar de otra manera. Los recuerdos de hace un año y los de hace veinte tienen la misma accesibilidad. Los proyectos que requieren décadas dejan de parecer imposibles y empiezan a parecer lo que son: proyectos que requieren décadas. Y la impaciencia, que en el período anterior a esa estabilización puede ser aguda, se distribuye de manera diferente.

—¿Tienes impaciencia?

La pregunta salió antes de que Valentina decidiera hacerla, que era la categoría de preguntas que el cuaderno negro no podía anticipar porque no eran preguntas del trato sino preguntas de lo que había debajo del trato.

Voss no respondió de inmediato. La biblioteca con la luz del atardecer que empezaba a llegar por la ventana del jardín, el naranja bajo sobre el muro oeste. El cuaderno de cuentas cerrado sobre el escritorio. Las manos sobre la superficie de cuero en esa postura de siempre.

—Tengo impaciencia —dijo.— De un tipo que lleva sesenta y nueve años sin nombre adecuado. Que en los últimos veinte días ha encontrado uno.

Valentina cerró el cuaderno negro.

El atardecer en el muro oeste del Innenhof: el naranja que duraba menos de diez minutos. Los dos en la biblioteca con el Kachelofen y la ventana y el cuaderno de cuentas del palacio de su puño y letra y los veinte días de preguntas y sus respuestas y el

proceso en el estado en que estaba, avanzando con la velocidad de los procesos que tienen base anterior.

—Diez días —dijo Valentina.

—Diez días —confirmó Voss.

Era la misma frase que la mañana. Pero la mañana era la frase del plazo que venía de fuera, el de la sección sin nombre y su burocracia. Esta era la frase de otra cosa: el plazo que venía de dentro, el del proceso y lo que el proceso podía abrir si el proceso llegaba a donde tenía que llegar.

La diferencia entre los dos plazos era la diferencia entre lo que se mide como amenaza y lo que se mide como posibilidad. El número era el mismo. El peso era completamente distinto.

El naranja del atardecer desapareció detrás del muro oeste del Innenhof. La biblioteca pasó al gris que precedía a las lámparas, que Frau Bergmann encendería en los próximos diez minutos con la precisión de siempre. Y la fuente de piedra en el jardín, que desde la biblioteca solo era perceptible como la silueta de los brazos extendidos contra el cielo que se oscurecía, siguió con las manos abiertas.

Como siempre.

Como seguiría.

— XXI —

Lo que Gruber entregó

Stefan llegó al palacio.

No al Sperl, no al corredor del primer piso visto desde la ventana del jardín interior, sino al palacio directamente, al portal de la Ringstrasse a las ocho y media de la mañana, que era la hora en que el Ringstrasse tenía el tráfico del despacho temprano y en que un hombre en el portal de un Palais sin sombrero —Stefan no llevaba sombrero, que Valentina había notado como la única rareza de su atuendo en todos los encuentros anteriores y que esa mañana era más notable porque el frío era el más seco que había hecho en noviembre— era visible desde la biblioteca si alguien mirara en la dirección correcta.

Voss lo vio desde la ventana del jardín antes de que Stefan llamara.

—Es Stefan —dijo, desde la ventana, sin necesidad de señalarlo porque su voz lo señalaba.

Valentina dejó el cuaderno negro en la mesa junto al sillón. Frau Bergmann habría abierto el portal antes de que ninguno de los dos llegara a la escalera, porque Frau Bergmann abría los portales antes de que llamaran a las personas que conocía desde suficiente tiempo para anticipar sus horas.

Stefan entró al comedor con la precisión de quien conoce la distribución de un espacio aunque no lo haya habitado: sin detenerse en el corredor, sin mirar las paredes, directo a la silla de enfrente a la que Valentina ocupaba. La misma precisión que había tenido en el Sperl en los dos encuentros anteriores. Era probable que conociera la distribución del Palais Voss desde antes de que Valentina llegara a él.

Voss se quedó en el umbral del comedor.

Stefan no se sentó. Puso las manos en el respaldo de la silla, que era la postura de quien está de pie porque el cuerpo no ha terminado todavía de procesar lo que tiene que decir y que sentarse complicaría.

—Gruber habló —dijo.

—¿Voluntariamente? —preguntó Valentina.

—Suficientemente. —Stefan la miró con la atención exploratoria de siempre, pero con algo adicional esa mañana: la calidad de quien ha pasado la noche recalculando y que el recálculo no ha terminado.— Gruber lleva cuatro años como inspector de enlace entre la sección sin nombre y la jefatura del primer distrito. Su función oficial es administrativa. Su función real es doble: entregar a la sección la documentación de los casos que la jefatura investiga en relación a lo que yo soy, y entregar a la jefatura la versión de esos casos que la sección quiere que la jefatura vea.

—Información en dos direcciones —dijo Valentina.

—Seleccionada en cada dirección. La jefatura ve lo que la sección permite que vea. La sección ve lo que la jefatura produce en bruto. —Stefan soltó el respaldo de la silla.— El cuaderno de Elsa estaba en la versión bruta desde la tercera visita de Elsa a Henriette.

Valentina anotó eso. La tercera visita de Elsa a Henriette. La tercera visita había sido la que Elsa le había contado en la Wollzeile: cuando Henriette había hablado del callejón, los ojos, la palabra. La sección sin nombre tenía el contenido de esa conversación en el expediente.

—¿Cómo? —preguntó.

—Henriette tiene una vecina que reporta a Gruber. No es agente: es alguien que a cambio de ciertos favores administrativos informa de las visitas al apartamento del tercer distrito. El nombre del visitante, la duración, lo que puede oírse a través de la pared medianera.

—¿Lo sabe Elsa?

—No. —Stefan fue a la ventana del comedor que daba al Innenhof, de espaldas a los dos.— Lo que la vecina puede escuchar a través de la pared es limitado. Conversación, no contenido específico. Pero la frecuencia de las visitas y el nombre de la

visitante son suficientes para que la sección sepa que hay una médica del primer distrito que ha visto a Henriette tres veces en dos semanas.

—¿Saben que es Elsa?

—Saben el nombre que usa Elsa profesionalmente. —Stefan se volvió.— Doctor Friedrich Richter. Lo tienen en el expediente. No saben todavía que Friedrich Richter murió en 1879.

Era la grieta. No la ausencia de información sino la información incompleta, la que produce la certeza falsa de tenerla: la sección creía estar vigilando al doctor Richter y vigilaba a su viuda, que era una diferencia que cambiaba la evaluación de riesgo de todo lo que la sección tenía sobre la investigación de Elsa.

—¿Qué más tiene la sección? —preguntó Voss, desde el umbral. La primera vez que hablaba desde que Stefan había entrado.

Stefan lo miró. Entre los dos, el silencio que existía entre personas que llevan trescientos años con la arquitectura de su relación recalculándose desde el mismo cimiento.

—Tiene lo que yo le di creyendo que gestionaba el expediente. —La voz de Stefan era la de las frases que no tienen inflexión porque la inflexión las haría más pequeñas.— La descripción del ala este tal como yo la entendía: presencia perceptible, temperatura anómala, respuesta a estímulos específicos. No sabían qué nombre darle. Ahora tienen otro dato.

—¿Cuál?

—La marca de la muñeca de Valentina. —Stefan miró a Valentina, no a Voss.— Gruber me la describió en el 86, cuando la vio en la fotografía. Yo la asocié con el proceso de Inés porque era el único marco que tenía. Y esa asociación se la di a Gruber en una conversación que en ese momento creí que era de gestión.

La fotografía de Sevilla, el teatro, la manga recogida. La descripción de la marca a Gruber. Y Gruber entregándola a la sección, que la añadía a los expedientes de los contratos anteriores, buscando la correspondencia entre la marca que Stefan había descrito y las familias de las docenas de contratos fallidos.

—¿Encontraron correspondencia? —preguntó Valentina.

—En dos casos anteriores —dijo Stefan.— Personas con la misma marca en la muñeca izquierda que aparecían en los archivos históricos de las familias con contrato. Las dos antes de 1870. Las dos con el contrato en la columna de fallidos.

—¿Por qué fallaron si tenían la marca?

—Porque —dijo Stefan, con la brevedad de las respuestas que han requerido décadas para tener la forma correcta— la marca es condición necesaria. No suficiente. Lo que hace diferente a Valentina no es la marca. Es que Nikolai la eligió. Y Nikolai no eligió a las dos de los archivos anteriores porque no sabía que existían.

Valentina lo miró.

—La sección construyó los contratos anteriores sin decírselo a Nikolai.

—Sí.

—Y sin la elección de Nikolai, el proceso no se completa.

—Correcto.

—¿Sabe eso la sección?

—Lo sospecha ahora. —Stefan fue a la silla y se sentó, que era la señal de que lo más urgente había pasado y que lo que quedaba era del tipo que puede decirse sentado.— Tienen el patrón de los fallidos: contratos sin la variable de la elección de Nikolai, todos con resultado negativo. El contrato de tu padre es el primero que lleva la variable correcta, que es el motivo de que la operación activa tenga el plazo del contrato y no uno diferente.

Frau Bergmann llegó al umbral del comedor con la bandeja del desayuno, que nadie había pedido y que llegaba porque Frau Bergmann tenía la capacidad de calcular que tres personas en el comedor a las ocho y media de la mañana necesitaban desayuno independientemente de si lo habían pedido. La puso en el centro de la mesa. Se fue sin decir nada.

Nadie la tocó todavía.

—¿Qué hace la sección con el resultado del contrato si lo tiene? —dijo Valentina.— Si el proceso llega al umbral antes del vencimiento y pueden documentarlo. ¿Qué hacen con eso?

Stefan tomó el café de la bandeja, que era el único de los tres que había en la bandeja que lo tomó. Voss seguía en el umbral.

Valentina tenía el cuaderno negro abierto en la página del día.

—Reproducirlo —dijo Stefan.— Han estado intentando entender cómo se produce el proceso de manera que puedan inducirlo sin las condiciones que Nikolai tiene. El resultado del contrato de tu padre, si llega al umbral, les dará la documentación que los contratos anteriores no pudieron darles: el proceso completo, con todas las variables, incluyendo la que les faltaba.

—¿Y si documentan ese proceso pueden reproducirlo?

—Eso creen. —Stefan bebió el café.— Lo que no entienden —y que yo tampoco entendía hasta que ayer en la conversación con Gruber vi la arquitectura completa— es que la variable que les faltaba no es reproducible por decreto. La elección no se impone. El trato no se finge. Y el proceso que no tiene las dos cosas produce lo que produce: los fallidos de los archivos. O lo que soy yo.

Lo que soy yo con el mismo tono que lo usaba Voss. Valentina lo anotó en el margen del cuaderno como la primera vez que Stefan usaba esa formulación en su presencia: la misma categoría desde el mismo ángulo, los dos hermanos nombrando lo que eran de la misma manera aunque lo que eran lo hubieran llegado a ser por caminos distintos.

—¿Gruber sabe que tú sabes lo que sabes? —preguntó Voss.

—Gruber sabe que sé que trabajaba para la sección. —Stefan dejó la taza.— No sabe cuánto más sé.

—¿Alertará a la sección?

—Sí. —Sin pausa.— Pero no hoy. Gruber tiene su propio cálculo: alertar a la sección de que yo sé que trabaja para ellos antes del vencimiento del contrato reduce su utilidad para la sección, que ya no podrán usarlo como canal hacia mí. Si espera hasta después del vencimiento, mantiene su posición.

—¿Y tú?

—Yo —dijo Stefan— tengo nueve días para que el interés de Gruber en esperar y el interés nuestro en actuar estén en la misma dirección. Lo que ocurra después del vencimiento es un problema diferente.

La burocracia del Imperio como aliado involuntario, y ahora Gruber como aliado involuntario por razones propias. Valentina

registró el patrón: en la arquitectura de lo que los rodeaba, los elementos que trabajaban a su favor no lo hacían por afinidad sino por interés propio, que era la clase más sólida de alianza disponible porque el interés propio era el único motivo que no cambiaba de posición sin aviso.

Stefan se levantó.

—Hay una cosa más. —Miró a Valentina, no a Voss.— Gruber tiene una persona adicional en la vigilancia del palacio. No dentro: en el Ringstrasse, con rotación de turnos desde hace dos semanas.

—¿Desde que llegué.

—Desde el primer día. Es observación, no intervención. Gruber me describió la instrucción exacta: registro de entradas y salidas, identificación de visitantes frecuentes.

El tío Rodrigo con el maletín y el sombrero de fieltro a las ocho de la mañana dos veces por semana. Elsa con el cuaderno clínico. Stefan mismo, que llegaba al palacio esa mañana por primera vez y que por tanto no tenía rotación de turno todavía asignada en el Ringstrasse.

—¿El observador está ahí ahora?

—Sí. Del lado del tranvía. Abrigo marrón, periódico.

Valentina no fue a la ventana. Ir habría sido señalar que sabía. Anotó: abrigo marrón, periódico, lado del tranvía.

—¿Qué sabrá la sección de Elsa?

—Que el doctor Friedrich Richter visita el palacio con regularidad. Que lleva cuadernos. —Stefan fue hacia el umbral del comedor.— Lo que no sabrán es que Friedrich Richter también fue a la Stubenring ayer por la tarde.

—¿Cómo sabes lo de la Stubenring?

Stefan la miró con la atención de siempre y con algo que en esa mañana era más visible que de costumbre: la calidad de quien ha decidido que en las circunstancias presentes la información sin selección es más útil que la información gestionada.

—Porque fui yo quien le dijo a Elsa que moviera el cuaderno de tapas oscuras del apartamento de la Wollzeile. Y porque el mensajero que lo entregó al número de la Wollzeile era del hotel del

segundo distrito donde tengo habitación. Los mensajeros del hotel son discretos pero no invisibles.

—Lo sabíamos —dijo Valentina.

—Lo imaginaba. —Stefan asintió brevemente.— Gruber no sabe lo de la Stubenring. El observador del Ringstrasse no puede saber adónde va Elsa desde la Wollzeile porque la vigilancia es del palacio, no de sus visitantes fuera del palacio. La declaración de Henriette está en el Ministerio de Justicia y la sección sin nombre no puede acceder a ella antes de que el procedimiento de protección provisional se active, que a estas horas probablemente ya está activo.

Probablemente ya estaba activo. Valentina calculó: Henriette había ido a la Stubenring a las tres de la tarde del día anterior. El contacto de Elsa había dicho tres a cinco días para la protección provisional. Si el procedimiento se había iniciado de manera urgente, podía estar en vigor en menos.

Stefan salió del comedor sin decir nada más. Frau Bergmann lo acompañó al portal, que Valentina supo por el sonido de los pasos en el corredor del primer piso y por el ruido específico del portal cuando alguien que pesa lo que pesa Stefan lo abre desde dentro.

Voss entró al comedor.

Se sentó en la silla que Stefan había ocupado, que era la primera vez en veintiún días que se sentaba en esa silla porque era la silla que estaba frente a Valentina y que él nunca usaba porque siempre se sentaba en la cabecera. Lo hizo con la naturalidad de quien no ha calculado en qué silla se sienta porque en ese momento la silla no es el problema.

Valentina tomó el café de la bandeja. El Semmel con la confitura de ciruela. Voss tomó el suyo en la silla de enfrente. El desayuno con la distribución de la silla de Stefan todavía presente en el espacio entre los dos.

—¿Sabías que la sección había construido contratos anteriores sin decírtelo? —preguntó Valentina.

—Sabía que algo habían intentado. —Voss tenía el Semmel en la mano con la postura de quien come porque el cuerpo lo requiere y

no porque el momento sea el apropiado para comer.— No los detalles.

—¿Y los contratos con mujeres con la misma marca?

—Tampoco. Lo de la marca me lo describió Stefan hace décadas, en el contexto de Inés. No como algo que la sección tuviera catalogado. —Otra pausa.— Que la sección lo haya catalogado de manera independiente indica que llevan más tiempo observando de lo que yo había calculado.

Era la admisión más directa de error de cálculo que le había escuchado en veintiún días, más directa incluso que las dos veces que había usado «no encontré la manera». El error de cálculo era distinto: no una omisión de comunicación sino una evaluación incorrecta de la extensión del problema.

Valentina lo anotó con el margen que merecía.

—La pregunta del trato —dijo, desde el Semmel y el café— es la vigesimoprimera.

—Haga.

—La marca de la muñeca. Has dicho que está desde el nacimiento. Que es la señal de la predisposición anterior al contrato. —Valentina abrió el cuaderno en la página del día.— ¿Cuántas personas han tenido la marca en los registros que yo no tengo?

La pausa fue de las largas.

—Las dos de los archivos que mencionó Stefan. —Voss dejó el Semmel.— Y otras que yo he encontrado en los registros históricos del proceso, sin que la sección las conociera necesariamente. Son personas de la misma línea familiar de Inés, distribuidas en generaciones. La marca no es aleatoria: sigue una línea de descendencia que se remonta al origen del proceso de Inés.

—¿La misma familia de Inés?

—La descendencia de los que vivieron cerca de Inés antes del umbral. El proceso, cuando se completa, deja algo en los que han estado en su presencia durante suficiente tiempo. No el proceso en sí: la predisposición al proceso. Que se transmite.

Era la información que cerraba el círculo de la marca de la muñeca: no un rasgo surgido de ningún lugar sino la herencia de una presencia, la señal de que la genealogía de alguien incluía a

alguien que había estado suficientemente cerca del proceso de Inés para llevar algo de él consigo. Y que ese algo, transmitido en generaciones, producía en ciertos descendientes la predisposición visible en la muñeca.

—¿Mi familia estuvo cerca de Inés? —dijo Valentina.

—Sí. En Sevilla, antes del viaje a Viena. Era joven. No lo recordaría.

Valentina cerró el cuaderno. El desayuno a las nueve de la mañana del vigésimo primer día con el sol de noviembre sin nube por la ventana del Innenhof y la fuente de piedra con las manos abiertas y la sección sin nombre con el observador del abrigo marrón en el lado del tranvía del Ringstrasse. El mundo dentro del palacio y el mundo fuera, los dos funcionando en paralelo con la convergencia del vencimiento del contrato como único punto de encuentro.

—Nueve días —dijo.

—Nueve días —confirmó Voss.

Fue al ala este a las diez.

La puerta entreabierta, el olor de siempre, el Kachelofen. La habitación con la densidad de presencia que esa mañana estaba ya organizada desde antes de que Valentina entrara: no la densidad que se construía gradualmente durante las visitas anteriores sino la que existía desde el umbral, del tipo de presencia que ha aprendido cuándo llega la visita y que está lista.

Fue al sillón.

El costado derecho tenía la temperatura de persona desde antes de que ella se sentara. No el calor del Kachelofen: el calor específico del costado derecho, ya organizado en el punto que en las dos visitas anteriores había tardado minutos en alcanzar y que esa mañana estaba en su posición desde que Valentina cruzó el umbral de la habitación.

Se sentó.

La marca de la muñeca izquierda pulsó tres veces de manera inmediata, sin el tiempo de establecimiento de las visitas anteriores. El ritmo de respuesta sin preámbulo, del modo en que saluda el idioma propio cuando se le habla en el idioma propio.

Valentina extendió la mano derecha hacia el costado derecho del sillón.

El contacto esta vez fue diferente. No el calor de persona a la distancia de la palma abierta, sino algo que rozó el dorso de la mano con la delicadeza específica de los toques que calibran: ¿está ahí? ¿soportará el contacto? No preguntado en palabras sino en la presión mínima del roce, que era la pregunta más cuidadosa posible y que contenía también su propia respuesta: la pregunta misma era ya el contacto.

Valentina no retiró la mano.

El roce permaneció durante el tiempo que el cuerpo de Valentina tardó en registrarlo sin intentar categorizarlo, que era el tiempo que requería el tipo de experiencia que no tiene categoría previa: lo suficiente para que fuera real, lo suficiente para que el análisis que inevitablemente seguiría tuviera algo real sobre lo que trabajar.

Luego la mano —la que no era de Valentina— se retiró con la misma delicadeza del primer contacto.

La habitación tenía la misma densidad de antes. La temperatura en el costado derecho del sillón, la misma. La marca de la muñeca izquierda, en reposo.

Valentina se quedó en el sillón durante el tiempo que le tomó procesar lo que acababa de ocurrir, que fue más largo de lo que habría esperado porque el procesamiento de las cosas que no tienen categoría previa requiere construir la categoría antes de poder procesar la cosa, y construir una categoría nueva lleva más tiempo que usar una existente.

La categoría que construyó era esta: contacto bidireccional. No el calor unilateral de las visitas anteriores, percibido por Valentina sin evidencia de que fuera percibido desde el otro lado. Contacto bidireccional, con el gesto de verificación que existe antes del contacto que tiene consecuencias: ¿está ahí? Y la respuesta: sí.

Salió del ala este al corredor. Voss estaba en el corredor, que Valentina supo antes de verlo por el cambio en el silencio que producía su presencia en cualquier espacio.

—Lo percibiste —dijo ella.

No era pregunta.

—Sí.

—¿Desde fuera?

—Desde el corredor. La temperatura de la habitación cambió en el momento del contacto. —Otra pausa, de las más largas.— Nunca antes había habido contacto bidireccional.

Valentina anotó eso en el cuaderno negro con la letra de los hechos de primera categoría, que era la letra que reservaba para las entradas sin las cuales todo lo demás carecería del fundamento correcto. Contacto bidireccional. Primera vez en sesenta y nueve años. La temperatura de la habitación como señal exterior percibida por Voss en el corredor.

—La hipótesis de Elsa —dijo.

—Sí —dijo Voss.

—Los dos umbrales en el mismo espacio en la misma dirección.

—Sí.

Era la confirmación que ninguno de los dos necesitaba formular en más palabras porque las palabras adicionales habrían sido menos que lo que ya había ocurrido en el ala este, que era la medida correcta de cuándo las palabras son suficientes y cuándo son menos.

A mediodía llegó el mensaje de Elsa. No en persona: en nota, entregada por la misma casera de la Wollzeile que abría el portal cuando los visitantes subían con propósito, en un sobre cerrado con la letra de Elsa en el exterior.

Valentina la leyó en la biblioteca, con Voss en el escritorio y el cuaderno de cuentas del palacio abierto en la misma página de siempre.

La nota decía:

Henriette estuvo en la Stubenring ayer hasta las cinco. El contacto inició el procedimiento urgente en el momento en que terminó la declaración. La protección provisional entra en vigor esta tarde. Cinco días antes del vencimiento. Henriette vuelve al apartamento del tercer distrito esta noche. La vecina no sabe que sabemos que la vecina reporta.

Lo de Friedrich es un problema que ya conocía. La solución obvia es también la más legible. La solución no obvia lleva más

tiempo pero produce menos visibilidad. Dame hasta mañana para decidir cuál.

El contacto del Ministerio me dijo algo más que no sabía: la sección sin nombre tiene expedientes que datan de 1843. Cuarenta y cuatro años de intentos. El más reciente antes del tuyo fue en 1879. El resultado de ese contrato fue el que tiene la entrada más elaborada en la columna de fallidos: «sujeto alcanzó umbral parcial; proceso no completado; consecuencias reversibles en el lapso de seis meses». No sé qué significa umbral parcial. Pregúntale.

Valentina dobló la nota. Miró a Voss.

—Umbral parcial —dijo.

Voss levantó la vista del cuaderno de cuentas.

—¿Cuándo?

—El contrato de 1879.

La pausa fue de las que Valentina había aprendido a distinguir como las de la información que él tenía y que no había evaluado todavía si dar. Esa tarde la duración fue la más larga de las veinte anteriores: diez segundos, doce. El tiempo suficiente para que la evaluación fuera completa y para que el resultado de la evaluación fuera dar, que era la conclusión a la que llegaba cuando el costo de no dar era mayor que el de dar.

—El umbral parcial —dijo— es el proceso que avanza lo suficiente para producir algunos de los cambios del cuerpo pero no todos. El sueño, la temperatura, la percepción del tiempo. Sin llegar al punto de no retorno. Las consecuencias son reversibles porque el proceso no se completa: en el lapso de meses el cuerpo vuelve al estado anterior.

—¿Y el que estaba en el contrato de 1879?

—Una mujer. —La voz de Voss tenía en ese punto la calidad de las cosas que se dicen porque el costo de no decirlas es mayor que el de decirlas, y que el costo de decirlas es real.— Con la marca de la muñeca. Con el proceso comenzado de la misma manera que el tuyo. Sin el trato, sin los treinta días, sin la elección. La sección la puso en el palacio con un pretexto diferente y el proceso avanzó hasta el umbral parcial porque el palacio tiene el espacio correcto para que el proceso avance, aunque la condición que el proceso

requiere para completarse no estuviera. Cuando el proceso se detuvo, tardó seis meses en revertirse completamente.

—¿Ella lo sabía? ¿Lo que le estaban haciendo?

—No con el vocabulario correcto. Sabía que el cuaderno negro tenía una página en blanco al final y que el cambio se deshacía. Lo que no sabía era por qué ni qué lo habría completado.

Valentina cerró el cuaderno negro. Lo puso sobre la mesa junto al sillón con la misma precisión con que Voss ponía la carta de Inés en la mesa de la habitación del ala este: con la conciencia de que el objeto que se deja en un lugar específico quedará en ese lugar hasta que alguien lo mueva deliberadamente.

—¿Cuántas mujeres? —dijo.— En total. Con la marca y el proceso comenzado sin la condición correcta.

—Las dos de los archivos que mencionó Stefan. La de 1879. —Voss la miró.— Y probablemente otras que no tengo documentadas y que la sección tiene en los expedientes anteriores a 1870.

—¿Qué les ocurrió a las de antes de 1870?

—No lo sé. —El tercer no lo sé en veintiún días, que Valentina anotaría después.— No tenía acceso a esa información.

La luz de la tarde en la biblioteca era la misma de todas las tardes: el sol bajando por el muro oeste del Innenhof con el naranja de los días sin nube, que duraba el tiempo que duraba y que esa tarde Valentina no contó porque había otras cosas en que pensar además de cuánto tiempo duraba el naranja del atardecer.

—La mujer de 1879 —dijo.— ¿Sabes cómo está ahora?

—No la busqué. No estaba en condición de buscar a nadie en 1879. En ese año Inés llevaba ya cincuenta y ocho años en el ala este.

Era la respuesta que también era la razón: 1879 y el peso de cincuenta y ocho años de lo que el ala este tenía, que era suficiente para que cualquier otra cosa quedara fuera del campo de lo que era posible gestionar. Valentina lo recibió sin juzgarlo porque el juicio requería información sobre el estado de alguien en 1879 que ella no tenía y que el cuaderno negro no podía darle.

Lo que sí podía hacer el cuaderno negro era registrar: la mujer de 1879, umbral parcial, seis meses de reversión, sin el vocabulario

correcto para lo que le había ocurrido. Una entrada en los archivos de la sección con la columna de fallidos y la descripción más elaborada de todos los anteriores, lo que significaba que había sido el intento más cercano al resultado antes del contrato de su padre.

La más cercana. No ella.

La diferencia entre la más cercana y la que completaba el proceso era la elección de Voss, que era también la elección de Inés sesenta y nueve años antes de que el contrato existiera, que era la única diferencia que el proceso requería y la única que la sección sin nombre no podía imponer.

Valentina se quedó con eso durante el tiempo que tomó el café de la tarde cuando Frau Bergmann lo trajo a las cuatro, que era el café de las tardes que había llegado a las cuatro todos los días desde el primero y que a esas alturas era una de las constantes del palacio que no requería pedirse porque se sabía que llegaría: el café, el sillón, el Kachelofen, la ventana al jardín, Voss en el escritorio con el cuaderno de cuentas.

El palacio con su ritmo de siempre. Y debajo del ritmo de siempre, el proceso avanzando con la velocidad de los procesos que tienen base anterior y que ya han cruzado el umbral del contacto bidireccional.

Nueve días.

Valentina abrió el cuaderno negro en la última página, la de las entradas sin categoría asignada todavía, y escribió una sola línea:

El roce en el dorso de la mano que preguntaba: ¿está ahí?

Y debajo, después del punto, la única respuesta posible que el cuerpo había dado antes de que la cabeza pudiera formularse como pregunta:

Sí.

— XXII —

El abrigo marrón

El vigésimo segundo día Valentina no fue a la ventana del Ringstrasse.

No porque no quisiera verificar lo que Stefan había dicho sobre el observador del abrigo marrón en el lado del tranvía: quería, del modo en que quería verificar cualquier afirmación antes de incluirla en la columna de la izquierda del cuaderno. Sino porque ir a esa ventana era señalar que sabía. Y que sabía era información que Gruber no tenía todavía, que la sección no tenía todavía, y que su valor residía precisamente en no darse hasta el momento en que darlo tuviera consecuencias.

Desayunó de espaldas al Ringstrasse.

Voss, que había leído el mismo periódico en el mismo ángulo de todos los desayunos, lo leyó esa mañana con la diferencia de que cada cinco minutos la mirada se desplazaba un centímetro hacia la ventana del comedor que daba al jardín interior, no al Ringstrasse, que era la ventana que él podía usar sin que nadie desde la calle pudiera interpretar el movimiento. Era su versión del mismo cálculo que Valentina había hecho: cómo verificar sin señalar que se verifica.

—¿Está? —dijo Valentina, sin levantar la vista del Semmel.

—Sí.

—¿El mismo que ayer?

—No puedo determinarlo desde el jardín interior. —Una pausa breve.— Mismo abrigo.

El mismo abrigo podía ser la misma persona o un uniforme de trabajo, que era la distinción entre una vigilancia con agentes únicos y una vigilancia con agentes intercambiables. Las vigilancias con agentes intercambiables eran más profesionales y también más difíciles de cartografiar porque el único dato constante era el abrigo.

Valentina anotó: abrigo marrón como unidad, no como persona.

—¿Cuánto puede ver desde el Ringstrasse? —preguntó.

—El portal. La fachada. El movimiento en las ventanas del primer piso si hay luz suficiente. —Voss dejó el periódico.— No el Innenhof. No el ala este. No el segundo piso desde la calle.

La geometría de la vigilancia era la de la caja cerrada con una apertura: el portal como único punto de entrada y salida registrable. Lo que ocurría dentro no era visible desde afuera, que era también la razón por la que el observador existía en el exterior y no dentro.

—¿Qué ven cuando el tío llega por las mañanas?

—Un hombre de mediana edad con maletín y sombrero de fieltro que entra al palacio con la regularidad de un médico o de un abogado. Sin el maletín y el sombrero sería más difícil de categorizar, pero el tío Rodrigo es un hombre que no concibe salir sin sus marcadores de identidad.

Valentina pensó en decirle al tío que dejara el maletín en la habitación antes de salir por las mañanas, y luego pensó que decirle al tío que dejara el maletín era decirle que había vigilancia en el portal y que el tío sabría lo que eso significaba antes de que ella terminara la frase, lo que producía el tipo de ansiedad en el tío Rodrigo que el tío Rodrigo gestionaba yendo a hablar con personas del consulado a horas inapropiadas.

—¿Y Elsa?

—Doctor Richter con cuadernos. Patrón de visita irregular, lo que es menos informativo que el del tío.

Era la ventaja que Elsa tenía sin saberlo: la irregularidad de sus visitas las hacía menos legibles como patrón. El tío era predecible; Elsa era variable. En términos de vigilancia, la variabilidad era más difícil de sistematizar.

Terminó el desayuno. Fue a la biblioteca. El Kachelofen, el escritorio, el cuaderno de cuentas en la página del mes. Voss siguió con el periódico cinco minutos más y luego lo dejó en el aparador con el pliegue de los periódicos que no han terminado de leerse pero que ya no se van a seguir leyendo ese día.

—La pregunta del trato —dijo Valentina, desde el sillón— es la vigesimosegunda. Y es sobre la sección sin nombre.

Específicamente: ¿qué pueden hacer si el proceso completa el umbral antes del vencimiento del contrato?

Voss fue al escritorio. Se sentó con las manos sobre el cuero en la postura de siempre.

—Depende de lo que quieran hacer —dijo.— Y de lo que puedan probar.

—¿Qué querrían?

—Acceso. Al proceso, a lo que el proceso produce, a la persona que ha cruzado el umbral. No en el sentido de tomar: en el sentido de documentar. La sección lleva décadas construyendo registros porque creen que con suficientes registros pueden reconstruir el mecanismo. —Otra pausa.— Es el tipo de error que cometen los que estudian el resultado sin entender la condición.

—¿Y si no pueden probar nada? Si el proceso ocurre dentro del palacio sin documentación externa.

—El observador del abrigo marrón registra entradas y salidas. No lo que ocurre adentro. —Voss la miró.— El contrato existe como documento firmado por tu padre. El contrato no describe el proceso: describe las condiciones. La sección tiene los contratos de los fallidos anteriores y los expedientes de los incidentes. Lo que no tiene es el proceso completo, que es lo que busca.

—¿Pueden acceder al palacio?

La pausa fue de las que contenían más de lo que la respuesta podría dar.

—Tienen jurisdicción —dijo.— El Ministerio del Interior tiene autoridad sobre los edificios del primer distrito si puede argumentar una razón de orden público. Lo que no tienen es la razón todavía. Los expedientes de Stefan son incidentes sin resolución judicial, que es diferente a una causa abierta. Y el observador del Ringstrasse registra entradas y salidas de un palacio privado que no ha producido ninguna perturbación documentada.

—¿Cuánto tiempo tardarían en construir una razón si lo intentaran?

—Menos de nueve días. —Lo dijo sin inflexión.— Que es por qué la burocracia como aliado involuntario tiene límites que no conviene ignorar.

Valentina anotó eso en el cuaderno negro con la letra de las entradas que tienen urgencia aunque no se lean como urgentes: la sección podía construir una razón antes del vencimiento si decidía hacerlo. La inercia burocrática era un aliado de tiempo, no de resultado.

—¿Qué cambia si el proceso completa el umbral antes de que construyan esa razón?

—Para ellos, nada en términos de jurisdicción. Tendrían el mismo acceso o el mismo no-acceso que ahora. —Voss miró la ventana del jardín.— Lo que cambia es lo que hay dentro del palacio. Y lo que hay dentro del palacio es, después del umbral, algo que ya no depende del plazo del contrato para existir.

Era la respuesta más tranquilizadora que podía dar sobre la sección sin nombre, y era tranquilizadora exactamente en la proporción en que era exacta: el umbral no resolvía el problema externo sino que hacía que el problema externo dejara de tener el mismo tipo de urgencia, porque lo que la sección buscaba documentar ya existiría con independencia de si podían documentarlo o no.

La nota de Elsa llegó a las once por el mismo conducto que la del día anterior: la casera de la Wollzeile, el sobre cerrado, la letra apretada en el exterior. Frau Bergmann la trajo a la biblioteca con la eficiencia de quien ha aprendido que los sobres de la Wollzeile tienen prioridad sobre el orden habitual de la correspondencia.

Valentina la abrió.

Decidí la solución no obvia. A partir de hoy el doctor Friedrich Richter ya no ejerce en la Wollzeile. La doctora Elsa Richter sí. He cambiado la tarjeta de la puerta esta mañana. Si la sección tiene a alguien buscando al doctor Friedrich Richter, lo que encontrará es que el doctor Friedrich Richter no existe, que nunca tuvo despacho en ese apartamento, y que cualquier información que tengan sobre él en relación a este caso es información incorrecta.

La solución obvia habría sido continuar con el nombre del marido con más cuidado. La consecuencia de la solución obvia es que en algún momento alguien con acceso a los registros del colegio de médicos hace la verificación correcta y el nombre falso produce

más problemas que el nombre real. La consecuencia de la solución no obvia es que la sección tiene que actualizar su expediente, y actualizarlo requiere tiempo, y el tiempo que requiere es tiempo que no tienen. El riesgo de visibilidad que mencioné existe, pero el riesgo de que el nombre falso se verifique antes del vencimiento es mayor.

Henriette dice que está bien. El procedimiento urgente tiene número de expediente desde ayer. La vecina sigue sin saber que la sabemos.

Hay algo que necesito preguntarte en persona. No urgente. Pero esta tarde si puedes.

Valentina dobló la nota. La solución no obvia era la correcta por la razón exacta que Elsa había dado: el tiempo de actualización del expediente de la sección era tiempo que la sección no tenía. Era el tipo de argumento que funcionaba porque era preciso y porque precisión y velocidad eran lo mismo cuando el calendario era de nueve días.

—Elsa cambió la tarjeta de la puerta —dijo, hacia Voss.— Ya ejerce con su propio nombre.

Voss levantó la vista del cuaderno de cuentas.

—¿Hoy?

—Esta mañana.

La variación en la expresión de él fue la que Valentina había aprendido a categorizar como reconocimiento de una acción correcta hecha con velocidad correcta: no aprobación exactamente, porque la aprobación tenía una dirección y esto no era de él a Elsa sino de él hacia el tipo de decisión que la acción representaba.

—La sección tardará dos días en actualizar el expediente una vez que alguien verifique el cambio de tarjeta. Lo que deja siete días con el expediente desactualizado.

—Más de la mitad del tiempo que queda.

—Sí.

Fue al ala este a las doce.

No a la hora de siempre, que era las diez de la mañana o las cuatro de la tarde según el día: al mediodía, que era la hora en que la luz del sur llegaba a la ventana del corredor del ala este con el ángulo que solo tenía en esa hora, el mismo ángulo que había visto

el undécimo día y que le había dado el sol en noviembre como dato. Esa ventana al sur. Ese ángulo.

La puerta de la segunda habitación a la izquierda estaba entreabierta. La franja de luz del Kachelofen en el suelo de parqué del corredor, más ancha que de costumbre porque la luz del mediodía desde la ventana del corredor la amplificaba. Valentina entró.

El olor de siempre. El Kachelofen. La densidad de presencia que en los últimos días existía ya desde el umbral de la habitación sin el tiempo de construcción gradual de las visitas iniciales.

Fue al sillón.

El costado derecho con el calor de persona. Ya establecido, ya en posición, del mismo modo en que había estado en la visita del día anterior: organizado alrededor de un punto con la precisión de las cosas que han encontrado el lugar correcto y que no lo abandonan entre visita y visita sino que lo mantienen.

Valentina se sentó. Extendió la mano derecha hacia el costado derecho del sillón con la misma lentitud de siempre.

El contacto fue inmediato.

No el roce de verificación del día anterior —¿está ahí?— sino el contacto completo, del tipo que sigue a la verificación cuando la verificación ha recibido respuesta: la palma cubierta por algo que era calor de persona pero que no era exactamente mano, que era lo más cercano a mano que el proceso podía producir en el estado en que estaba y que Valentina recibió con la atención de los datos que no tienen categoría previa pero que el cuerpo procesa antes de que la cabeza los clasifique.

La marca de la muñeca izquierda pulsó tres veces.

Luego algo más, que Valentina no habría podido describir en ninguna de las lenguas que conocía aunque hubiera tenido tiempo para intentarlo: una variación en el calor que no era de temperatura sino de dirección, del modo en que la atención de una persona tiene una dirección aunque no sea visible. La atención de lo que estaba en el costado derecho del sillón se desplazó desde la palma de Valentina hacia la marca de la muñeca, que era la dirección inversa a

la de las visitas anteriores, en las que siempre había sido Valentina la que extendía hacia el espacio.

Esta vez era el espacio el que extendía hacia ella.

Valentina no se movió. El cuerpo sabía que moverse habría interrumpido algo que estaba en curso, del mismo modo en que se sabe que moverse interrumpiría el contacto con algo frágil que hay que sostener sin presión para que no se rompa.

La atención en la marca de la muñeca duró lo que duran las cosas que se hacen con cuidado: más que si se hicieran sin él. Valentina contó la respiración porque era el único conteo que tenía disponible sin abrir los ojos ni moverse: cuatro respiraciones, seis, ocho.

Al octavo ciclo, el contacto se retiró despacio.

La temperatura en el costado derecho del sillón quedó donde estaba. La densidad de la habitación, igual. El olor de pino y cera, sin variación.

Valentina bajó la mano.

Abrió el cuaderno negro. Tenía que anotar antes de que el análisis empezara, porque el análisis siempre llegaba con categorías que no correspondían exactamente a lo que había ocurrido y que en el intento de clasificar modificaban el dato original. El dato en bruto era el más valioso.

Escribió: La atención en la muñeca. No en la mano: en la marca. Dirección inversa. Ocho respiraciones. Deliberado.

Y debajo, después de la pausa que el cuerpo tardó en tener suficiente distancia para la siguiente frase:

Como si reconociera lo que la marca es antes de que yo lo sepa completamente.

Salió del ala este. En el corredor, la luz del mediodía desde la ventana del sur había avanzado hacia el oeste en los veinte minutos que había estado dentro, que era siempre el indicador de que el tiempo en el ala este y el tiempo en el corredor no corrían exactamente igual aunque el reloj del padre dijera lo contrario.

Voss no estaba en el corredor. Estaba en la biblioteca, que era donde estaría, con el cuaderno de cuentas del palacio y las manos sobre el cuero del escritorio.

Valentina fue directamente a él.

Puso el cuaderno negro abierto en la mesa frente al escritorio, en el punto donde él podía leerlo sin que ella tuviera que leer lo que ella misma había escrito, porque algunas cosas escritas en caliente son distintas al ser releídas y no era ese el momento.

Él leyó.

Su expresión durante la lectura fue la más larga en expresión sin gestionar que Valentina había cronometrado: once segundos, quizá doce. El tiempo suficiente para que lo que había debajo de la gestión fuera visible con la misma claridad con que era visible el mármol del ala este en la luz del mediodía.

Luego levantó la vista del cuaderno.

—Inés siempre supo lo que la marca era —dijo.— Lo describió en el libro. En la segunda sección, no en la quinta.

Valentina lo buscó. La segunda sección del libro de Inés: el capítulo del sueño que cambiaba, de la oscuridad como estado con información propia. Lo relanzó con la atención de la segunda lectura que sabe adónde va, buscando la frase que en la primera lectura no había tenido ese peso específico.

La encontró al final del segundo párrafo de la segunda sección. La letra de Inés más apretada que en el resto, del tipo de letra que se produce cuando la mano escribe a la velocidad del pensamiento y la mano no llega pero lo intenta:

La marca no es señal de lo que soy. Es señal de lo que el proceso sabe que soy. La diferencia es que la primera viene de fuera y la segunda viene del proceso mismo, que lleva antes que yo en el conocimiento de lo que soy.

Valentina cerró el libro.

—El proceso sabe lo que la marca es antes de que yo lo sepa —dijo.

—Sí.

—¿Lo que ocurrió en el sillón es el proceso reconociendo la marca?

—Lo que ocurrió en el sillón —dijo Voss, con la voz del diagnóstico que se da cuando el diagnóstico es correcto y el médico sabe que el paciente ya lo sabía— es el proceso de Inés

reconociendo en la marca de tu muñeca la misma señal que el proceso de Inés dejó hace sesenta y nueve años. Son la misma firma. El proceso la reconoce como se reconoce la letra propia.

La firma. El proceso de Inés dejando en los descendientes de los que habían estado cerca del umbral una firma que el proceso podía reconocer setenta años después. Valentina en el sillón con la mano extendida y la atención de Inés moviéndose desde la palma hacia la muñeca para leer lo que había escrito.

Lo anotó todo, con el orden que el argumento requería para ser legible después, cuando el tiempo hubiera puesto distancia entre el momento y la página.

Comió el estofado de la bandeja que Frau Bergmann había dejado en el corredor de la biblioteca a la una. Voss comió también, que era la señal de que la mañana había sido del tipo que requería reponer, aunque no dijera exactamente eso porque Voss no decía exactamente eso.

A las tres fue a la Wollzeile.

La tarjeta en la puerta del segundo piso decía ahora, en la misma letra que la anterior pero con el nombre diferente: Doctora Elsa Richter. Sin el doctor Friedrich, sin el título del marido muerto. Solo el nombre propio y el título y el apellido que era también el apellido del marido pero que en esa tarjeta era ya claramente suyo y no suyo a través de él.

Valentina la miró un momento antes de llamar.

Elsa abrió con la expresión que tenía cuando algo le había dado satisfacción pero era del tipo de satisfacción que no se anuncia porque anunciarlo sería hacer de ella una persona que celebra las decisiones correctas en lugar de una persona que simplemente las toma.

—La tarjeta —dijo Valentina, en el umbral.

—Hacía tiempo —dijo Elsa.— Siéntate. Hay té.

La habitación de la buhardilla con el orden de trabajo. El cuaderno clínico en la mesa, el de la investigación ausente porque seguía en el palacio. Valentina se sentó en la silla del escritorio, que era ya la silla suya en esa habitación del mismo modo en que el sillón del Kachelofen era la suya en la biblioteca.

—Lo que necesitaba preguntarte en persona —dijo Elsa, sentándose— es sobre el contacto bidireccional.

Valentina la miró.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Es la pregunta siguiente en la secuencia de lo que he estado construyendo. El calor con dirección, la densidad de presencia organizada, el roce de verificación del día anterior. El siguiente paso lógico en la secuencia es el contacto que no necesita la verificación porque ya tiene la respuesta. —Elsa abrió el cuaderno clínico.— ¿Ocurrió?

—Esta mañana —dijo Valentina.— Con una variación: la atención se desplazó de la palma hacia la muñeca. Hacia la marca.

Elsa anotó en silencio durante un momento.

—¿Cuánto duró?

—Ocho respiraciones. Medidas en caliente, puede haber variación.

—El calor después, ¿cambió?

—No. Quedó donde estaba. La temperatura del costado derecho del sillón es constante entre visitas ahora.

Elsa cerró el cuaderno clínico y abrió uno diferente: uno que Valentina no había visto antes, más pequeño, con las tapas de cuero verde. No el clínico ni el de la investigación. Otro.

—¿Qué es ese? —preguntó Valentina.

—El de la hipótesis —dijo Elsa.— El que no puedo poner en ninguno de los dos anteriores porque no es clínico ni pertenece a la investigación de los incidentes. Es su propio argumento. —Lo abrió en la primera página.— ¿Puedo leerte lo que tengo?

—Sí.

Elsa leyó con la voz que usaba para los diagnósticos que todavía no son conclusión pero que tienen suficiente base para decirse en voz alta, la voz de la precisión sin la inflexión de la certeza:

—El proceso de Inés Carvajar, completado en el cuarto año de su presencia en el palacio, dejó dos cosas al terminar. La primera es la presencia en el ala este que lleva sesenta y nueve años siendo perceptible de manera variable. La segunda es la firma en los descendientes de los que estuvieron cerca del umbral antes de

cruzarlo: la predisposición visible en la marca de la muñeca izquierda. Estas dos cosas son partes del mismo proceso, no consecuencias separadas.

Hizo una pausa. Valentina no interrumpió.

—La firma en la muñeca es el mecanismo de reconocimiento: el proceso de Inés puede identificar a los portadores de la firma porque la firma es del mismo proceso. El reconocimiento es bidireccional: el portador percibe el proceso y el proceso percibe al portador. —Elsa levantó los ojos del cuaderno.— Lo que ocurrió esta mañana en el sillón es el proceso leyendo la firma que dejó. No en Valentina como persona. En la marca.

—¿Y qué hace con lo que lee? —preguntó Valentina.

Elsa bajó los ojos al cuaderno.

—Eso es lo que el cuaderno verde no sabe todavía. La hipótesis tiene base hasta el reconocimiento. Lo que el reconocimiento activa es la parte que todavía no tengo.

—Yo sí —dijo Valentina.

Elsa la miró.

—Lo que el reconocimiento activa —dijo Valentina, despacio, con el ritmo del argumento que se formula en tiempo real y que necesita ese ritmo para no perder ningún paso— es el camino. El que el proceso de Inés ha estado buscando durante sesenta y nueve años. No para salir del ala este sino para ser percibida por alguien que el proceso reconoce como compatible. Stefan intentó ser ese alguien durante décadas. Sin la firma. Sin la base que la firma da. Y el proceso no pudo reconocerlo de la misma manera porque Stefan tiene el proceso completo pero no la firma.

—¿Por qué no la tiene?

—Porque Stefan completó el proceso hace trescientos años, antes de Inés. La firma que el proceso de Inés deja en los que estuvieron cerca del umbral antes de cruzarlo no existe en Stefan porque Stefan no estuvo cerca del umbral de Inés antes de que Inés lo cruzara. —Valentina hizo la pausa que el argumento requería.— Stefan estuvo cerca del umbral de Nikolai. Es una firma diferente.

El silencio de la habitación de la Wollzeile a las tres de la tarde tenía la calidad de los silencios de los argumentos correctos: no

dramático sino denso, del tipo que ocupa el espacio de manera que ninguna de las dos necesitaba llenarlo con palabras adicionales.

Elsa anotó en el cuaderno verde durante un minuto sin hablar. La letra de zurda, la inclinación característica, el espacio entre frases que era el espacio de la persona que piensa mientras escribe y no al revés.

—¿Se lo has dicho a Voss? —preguntó, sin levantar la vista.

—Lo del sillón, sí. Lo del argumento completo, no. Lo acabo de formular.

—¿Cuándo lo formulas para él?

—Esta tarde.

Elsa cerró el cuaderno verde. Lo dejó sobre la mesa junto al clínico con los lomos enfrentados, los dos cuadernos en el espacio entre las dos como habían estado los dos cuadernos de Valentina en las primeras sesiones de hipnosis: el negro y el clínico, las dos investigaciones paralelas sobre el mismo objeto.

—¿Cómo estás? —preguntó. El tono médico que no era protocolo.

—El sueño termina a las seis. —Valentina lo dijo con el mismo tono.— La temperatura del corredor del segundo piso la percibo antes de abrir la puerta, lo que antes no ocurría. Y hay algo en la calidad de la oscuridad de las madrugadas que no tiene nombre todavía pero que es diferente a lo que era el primer día.

—¿Diferente cómo?

—Más información. El libro de Inés lo describía como oscuridad que tiene su propio estado informativo. Estoy empezando a entender qué significa eso.

Elsa anotó en el cuaderno clínico. Sin emoción visible, con la concentración del diagnóstico que se registra porque registrarlo es parte del proceso de entenderlo. Cuando terminó, dejó la pluma.

—Los cambios en el sueño y la percepción de temperatura son consistentes con lo que el libro de Inés describe para el período previo al umbral. La oscuridad con información es el cambio más avanzado de los tres.

—¿Cuánto tiempo antes del umbral, en Inés?

—El libro no lo fechaba con precisión. Decía «en las últimas semanas». —Elsa la miró.— Con el proceso en el estado en que está, y la base anterior que tienes, las últimas semanas de Inés pueden ser los últimos días de Valentina.

Valentina recibió eso con la atención que merecía y con el tiempo que necesitaba para asentarse antes de ser anotado. Luego lo anotó. Ocho días. El umbral podía ser antes del vencimiento del contrato con margen suficiente para que lo que venía después del umbral tuviera ya varios días de existencia antes de que la sección sin nombre llegara al fin de su plazo.

—Si el umbral es antes del vencimiento —dijo—, la sección no puede documentar el proceso en curso. Solo el resultado.

—Correcto. El resultado que han buscado durante cuarenta y cuatro años sin poder tener. —Elsa cogió el cuaderno clínico.— Lo que todavía no sé es qué hace la sección con eso.

Era la misma pregunta que Valentina le había hecho a Voss esa mañana, con la misma incertidumbre en la respuesta. Lo que hacía la sección con el resultado dependía de lo que la sección entendiera sobre el resultado, y lo que la sección entendía era incompleto porque lo que habían documentado era incompleto.

El favorito de la ignorancia, que era también la única protección disponible que no dependía de ninguno de ellos.

Salió de la Wollzeile a las cuatro. El primer distrito con el frío seco del anticiclón instalado, sin nube, con la luz de las cuatro de la tarde de noviembre que era la luz antes de la oscuridad temprana: más horizontal que vertical, con las sombras largas de los edificios del Ringstrasse proyectándose hacia el este con la precisión de los relojes de sol.

El portal del Palais Voss desde el lado del Ringstrasse, que era el primer lado desde el que lo veía desde que Stefan le había dicho lo del observador. La fachada de piedra blanca con las ventanas del primer piso y el portal y la anchura del bulevar entre ella y la puerta. En el lado del tranvía, con suficiente distancia para no ser evidente, un hombre con un abrigo marrón y un periódico en la mano izquierda.

Valentina no lo miró directamente. Calculó su posición con la visión periférica, que era suficiente para confirmar lo que Stefan había dicho: abrigo marrón, periódico, lado del tranvía. Luego cruzó el Ringstrasse hacia el portal sin variar el paso.

El observador no se movió.

En el palacio, Voss estaba en la biblioteca con el cuaderno de cuentas cerrado y las manos sobre el cuero y la expresión de quien ha estado esperando no una persona sino el momento en que esa persona llegara porque había algo que decir que esperaba a que la persona llegara para poderse decir.

Valentina fue al sillón. Dejó el cuaderno negro sobre la mesa. No lo abrió.

—El argumento —dijo— es este. —Y lo formuló en el orden que el argumento requería, con la precisión con que lo había formulado en la Wollzeile y que se había asentado en el trayecto de vuelta con la solidez de los argumentos que resisten el movimiento.

Voss escuchó sin interrumpir. Cuando Valentina terminó, el cuaderno de cuentas seguía sobre el escritorio pero sus manos no estaban en él. Estaban en la superficie del cuero a los lados del cuaderno, con la quietud de siempre, pero con algo diferente en la quietud: no la quietud de quien espera que algo termine sino la de quien está recibiendo algo que no puede apresurarse.

—La firma —dijo.

—La letra de Inés —dijo Valentina.— Reconocible setenta años después porque es del mismo proceso.

Silencio.

No el silencio de la biblioteca de todas las tardes, que era el silencio de dos personas en el mismo espacio haciendo cosas paralelas. El silencio de las dos personas que acaban de llegar al mismo punto por argumentos que no habían previsto que convergieran ahí, y que el punto al que han llegado es uno que cambia el peso de lo que viene a continuación.

—¿Qué activa el reconocimiento? —dijo Voss.

—No lo sé todavía. —Valentina lo miró.— Elsa tampoco.

—Yo sí.

Era la inversión del patrón habitual: él con la información que los demás no tienen todavía, del modo en que había funcionado el trato desde el primer día. Valentina abrió el cuaderno negro.

—¿Qué activa?

—El proceso en ti. —La voz de Voss tenía en esa frase el peso específico de las cosas que llevan mucho tiempo siendo verdad antes de poder decirse.— El reconocimiento de Inés activa el proceso en el portador de la firma. No lo inicia: ya estaba iniciado. Lo acelera. Lo que ocurrió esta mañana en el sillón es lo que ha estado ocurriendo en la biblioteca cada tarde durante veintidós días. Solo que en el ala este es visible porque en el ala este la fuente es Inés y la dirección es más directa.

—¿El proceso se acelera con cada contacto?

—Sí.

—¿Cuánto?

Voss la miró con la atención de quien tiene la respuesta y está evaluando si dar la forma exacta o la forma que puede recibirse sin que el peso aplaste lo que todavía tiene que hacer.

—Elsa dijo que las últimas semanas de Inés pueden ser los últimos días tuyos —dijo.

—Sí.

—Tiene razón. Puede ser antes de cinco días.

El silencio de la biblioteca a las cinco de la tarde del vigésimo segundo día. La luz del atardecer en el muro oeste del Innenhof, el naranja de siempre antes de la oscuridad. El cuaderno negro en la mesa y la pluma en la mano y la entrada que Valentina todavía no había escrito porque la entrada requería un momento de quietud antes de tener la forma correcta.

Cinco días. Cuatro antes del vencimiento del contrato.

Valentina escribió la entrada. Una sola línea, sin abreviatura, con la letra entera:

El proceso de Inés reconoció la firma de la muñeca esta mañana. Lo que el reconocimiento activa ya lo sabía el cuerpo antes de que el argumento lo alcanzara.

Y debajo, separado por el espacio de las entradas de categoría diferente, con la letra pequeña de las notas al margen que son

también parte del argumento aunque no del argumento principal:

El abrigo marrón en el lado del tranvía. La sección sin nombre esperando el resultado de afuera. Mientras adentro, el proceso ya sabe lo que viene.

Cerró el cuaderno.

La noche de noviembre llegó antes de las seis, que era la noche de noviembre de siempre, anticipada y completa, sin el amortiguamiento que la nieve habría dado al oscurecer. El jardín interior con la fuente de piedra que en la oscuridad era solo el gesto, sin el detalle, con la misma silueta de los brazos extendidos y las manos abiertas que había visto desde el tercer piso la primera noche y que desde entonces había visto en doce ángulos y cinco condiciones de luz distintas y que en todos los casos era idéntica.

Las manos que daban.

La oscuridad del jardín era, esa noche, la primera oscuridad que Valentina percibía como Inés había descrito en el libro: con su propia información. No ausencia de luz sino presencia de otra cosa, del tipo de presencia que tiene la oscuridad cuando el cuerpo empieza a leerla en lugar de esperar que la luz vuelva.

Lo anotaría mañana. Esa noche, el cuaderno podía esperar.

— XXIII —

La oscuridad

A las tres de la madrugada del vigésimo tercer día Valentina estaba despierta.

No el tipo de despierte de las noches anteriores, que era la reducción gradual del sueño que Voss le había descrito como el primer cambio perceptible del proceso y que hasta el vigésimo segundo día había sido simplemente un sueño más corto que el anterior: estar despierta a las seis en lugar de a las siete, notar el silencio del Ringstrasse antes de lo habitual, el cuerpo terminando de manera anticipada algo que seguía siendo reconocible como sueño. A las tres de la madrugada del vigésimo tercer día lo que ocurría era distinto. El sueño había terminado —si había habido sueño, que Valentina no podría haberse dicho con certeza— y lo que quedaba en su lugar no era el estado de quien espera que el sueño vuelva sino otro estado que no tenía el nombre de vigilia porque la vigilia era también diferente a esto.

Era lo que Inés había descrito en la segunda sección del libro: la oscuridad que tiene su propio estado informativo.

Valentina se quedó inmóvil en la cama.

La habitación del segundo piso tenía en esa oscuridad una calidad que no había tenido en las noches anteriores, no porque la habitación fuera diferente sino porque la oscuridad era diferente: no ausencia de luz sino presencia de algo que la luz habría tapado, del modo en que el ruido tapa los sonidos de baja frecuencia que solo se escuchan en el silencio. La oscuridad a las tres de la madrugada del vigésimo tercer día tenía esos sonidos: la temperatura del aire en cada rincón de la habitación perceptible sin necesidad de moverse para verificarla, el grosor del silencio como dato de posición, la

dirección del corredor del ala este desde donde estaba como algo que el cuerpo sabía sin haberlo calculado.

La dirección del corredor del ala este.

Valentina lo registró con la atención de los datos que merecen el espacio completo antes del análisis: que en la oscuridad del segundo piso a las tres de la madrugada podía sentir la dirección del ala este con la misma precisión con que podía sentir la dirección de la ventana sin ver la ventana. No como intuición ni como familiaridad con la distribución del palacio, que también tenía, sino como algo más parecido al calor con dirección del ala este trasladado al cuerpo propio: un tirón suave del costado izquierdo, donde estaba el ala este, que no pedía acción sino que simplemente existía como dato.

La marca de la muñeca izquierda pulsó.

Una vez. Sin que hubiera nadie en la habitación. Sin que el ala este estuviera a menos de veinte metros. La pulsación de los objetos cuando la frecuencia correcta los alcanza, que era la descripción que había hecho de las pulsaciones anteriores y que esa noche era también la correcta aunque la frecuencia viniera de lejos.

No fue al ala este.

Era las tres de la madrugada y el ala este podía esperar hasta la mañana, que era lo que el análisis decía, y el análisis esa noche tenía menos autoridad de lo habitual porque la oscuridad con información propia no era el territorio del análisis sino de otra cosa para la que el cuaderno negro no tenía todavía el vocabulario correcto. Pero la decisión de no ir tenía también la calidad de las decisiones que se toman cuando el cuerpo entiende que el momento no es el momento y que lo que el ala este tenía podía esperar porque había estado esperando sesenta y nueve años y siete horas más no eran una variable significativa.

Se quedó en la cama.

La oscuridad del segundo piso con su propia información durante el tiempo que tardó en volver a ser simplemente oscuridad, que fue más de lo habitual: no las dos horas del sueño que volvía sino algo más parecido al estado de las madrugadas de verano en Sevilla, cuando el calor no dejaba dormir pero tampoco pedía acción

sino solo el tiempo de estar dentro de algo que el cuerpo necesitaba sin saber exactamente qué era.

A las cinco había luz suficiente para leer. Leyó la quinta sección del libro de Inés.

No porque no la supiera ya, que la sabía. Sino porque la quinta sección en la oscuridad de las cinco de la madrugada era diferente a la quinta sección en la biblioteca a las cuatro de la tarde: el mismo texto con la calidad de información diferente que producía el estado en que estaba, del mismo modo en que la misma partitura suena diferente en el piano de sala que en el piano de madrugada.

Lo que el tiempo da que el proceso no da. La frase que Inés había escrito sobre la diferencia entre los dos y que Valentina había leído tres veces y que esa noche, a las cinco, tenía el peso que no había tenido en las lecturas anteriores: que el proceso da tiempo pero que lo que el tiempo da por sí mismo es diferente, y que las dos cosas juntas producen algo que ninguna de las dos produce sola.

La cosa que ninguna de las dos produce sola era lo que Valentina iba a tener en los próximos días.

Lo que Valentina tenía en ese momento era la oscuridad con su propia información y el libro de Inés y la pulsación de la muñeca y la dirección del ala este como dato del cuerpo y siete días hasta el vencimiento del contrato, que eran también los días que faltaban hasta el umbral, que podía ser antes.

A las seis y cuarto bajó.

Voss no estaba en la biblioteca. El Kachelofen encendido, el cuaderno de cuentas cerrado sobre el escritorio, la ventana al jardín con la luz del amanecer de noviembre que era la luz más gris del día: sin el azul de las cuatro de la mañana ni el blanco del mediodía sin nube, solo el gris del amanecer que no ha decidido todavía qué tipo de día va a ser.

Fue a la cocina a buscar a Frau Bergmann, que a las seis y cuarto estaba ya en la cocina del sótano con el pan del horno y el café de la mañana y la expresión de quien lleva más años de los que nadie sabría decir haciendo las mismas cosas a la misma hora sin

que las mismas cosas hayan perdido el carácter de lo que se hace porque merece hacerse.

—¿Dónde está el señor Voss? —preguntó.

—En el jardín —dijo Frau Bergmann, sin levantar la vista del pan.

El jardín a las seis y cuarto de la mañana de noviembre era el jardín con el frío del anticiclón instalado y la fuente de piedra y la tierra helada y la posibilidad nula de que alguien eligiera estar en él a esa hora por razones que tuvieran que ver con el jardín. Lo que tenía el jardín a las seis y cuarto que no tenía ningún otro espacio del palacio era la vista del Ringstrasse por encima del muro sur, que desde el interior del jardín era solo el sonido del tranvía y el movimiento de las copas de los árboles del bulevar por encima del muro.

Y la vista del costado del portal.

Valentina puso el abrigo y fue al jardín.

Voss estaba de pie junto al muro sur, de espaldas a la fuente de piedra, con las manos a los lados del cuerpo y la postura de quien ha estado en ese punto el tiempo suficiente para que la postura haya dejado de ser elegida y se haya vuelto el estado natural del cuerpo en ese espacio. El frío del jardín no parecía afectarle de ninguna manera particular, que era uno de esos datos que Valentina había archivado en los primeros días bajo «temperatura incorrecta» y que en el vigésimo tercer día tenía una categoría más específica.

Sin saludar, porque el saludo habría sido una convención y en el jardín a las seis y cuarto no había marco para las convenciones, Valentina fue a su lado y miró hacia el muro sur.

Por encima del muro: el tranvía de la mañana temprana, los árboles del Ringstrasse, la franja superior de la fachada de enfrente. Y en el lado del tranvía, a la altura del primer piso de esa fachada, el detalle que no habría sido un detalle si no supiera lo que sabía: el rectángulo oscuro de una ventana con la persiana a medio bajar, desde donde el costado del portal del Palais Voss era perfectamente visible.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

—Tres días —dijo Voss.— El abrigo marrón es el turno de la calle. El de la ventana es el turno de noche.

La vigilancia en dos turnos: exterior durante el día, ventana durante la noche. Era una operación más organizada de lo que Stefan había descrito, lo que significaba que en los tres días desde que Stefan había hablado con Gruber la sección sin nombre había escalado sin que Gruber hubiera podido o querido impedirlo.

—¿Gruber lo sabe que tú lo sabes?

—No. Lo de la ventana lo he determinado esta mañana.

—¿Cómo?

—El ángulo de la persiana varía según la hora. Por la mañana temprana la bajan para que la luz del este no interfiera con la visión hacia el portal. Lo he observado durante tres días.

Tres mañanas de pie en el jardín a las seis y cuarto. Valentina calculó que en los tres días anteriores se había despertado a las seis y cuarto y no había visto a Voss en la biblioteca y no había preguntado adónde había ido, que era el tipo de ausencia que en las rutinas establecidas del palacio era asimilable sin requerir verificación. El jardín. El muro sur. El ángulo de la persiana.

—¿Qué hacen cuando el proceso complete el umbral? —dijo.— Los de la ventana y el abrigo marrón. ¿Qué tienen instrucción de hacer?

—Documentar y reportar. Por ahora.

El por ahora tenía el peso específico de los añadidos que contienen todo lo que la frase principal no dice. Valentina no pidió que lo desarrollara porque ya lo sabía: la operación activa con el plazo del contrato, los cuarenta y cuatro años de intentos fallidos, el resultado que habían buscado en una docena de contratos anteriores y que ninguno había podido darles. Cuando lo tuvieran, el documentar y reportar dejaba de ser suficiente para algo.

El frío del jardín a las seis y media. La fuente de piedra a sus espaldas con las manos abiertas y el gesto de siempre. El tranvía pasando por el Ringstrasse con el ruido del metal sobre el carril que era el ruido más temprano del bulevar y que a esa hora era también el ruido más limpio porque no tenía todavía la competencia del resto.

—La noche —dijo Valentina.— Las tres de la madrugada.

Voss la miró.

—Sí. Lo sé.

No le dijo cómo lo sabía, que Valentina tampoco preguntó porque ya sabía cómo lo sabía: el palacio que sonaba diferente según el estado del proceso, la lectura que él llevaba trescientos años haciendo de ese espacio desde fuera y que desde dentro era también posible aunque en sentido inverso. Que él hubiera sabido que algo ocurrió a las tres de la madrugada en el segundo piso sin que nada lo produjera era el mismo tipo de conocimiento que el calor con dirección del ala este pero en la dirección contraria.

—¿Cuándo? —dijo Valentina. No como pregunta de los plazos sino de la calidad del proceso: cuándo era el estado de las tres de la madrugada el estado ordinario y no la excepción.

—Cuando el umbral se cruza, la oscuridad con información propia es permanente. —La voz de Voss tenía en esa frase el tono de los hechos que se dicen con cuidado no porque sean difíciles sino porque son definitivos.— No en todas las horas: el cuerpo tiene sus propios ritmos incluso después. Pero accesible. Como un idioma que se aprende: al principio solo en ciertas circunstancias, después en cualquier momento que se necesite.

—La oscuridad como idioma.

—Sí.

Era la imagen más concreta que le había dado del después del umbral y también la más exacta para la experiencia de las tres de la madrugada, que había sido exactamente eso: no un estado pasivo sino un idioma que el cuerpo empezaba a leer en lugar de esperar que la luz lo tradujera.

Entraron al palacio cuando el jardín perdió la última razón para seguir en él, que era el momento en que la persiana de la ventana del Ringstrasse volvió a su ángulo de día y la información que daba era ya la misma que el abrigo marrón.

El tío Rodrigo llegó a las nueve.

Sin el maletín. El sombrero de fieltro, el abrigo, el gesto de las manos en los pantalones ya en el umbral del comedor, antes de sentarse, lo que era la señal de que lo que traía requería el gesto

previo al gesto porque era del tipo que cuesta antes de llegar a la mesa.

Valentina esperó a que se sentara.

—El hombre de los papeles de la aduana —dijo el tío— habló con el cuñado.

—¿El favor completo?

—Parte de él. —Se limpió las manos en los pantalones ya sentado, segundo gesto de la mañana.— El cuñado pudo acceder a las notas marginales de los expedientes de la sección sin nombre. No al contenido de las operaciones activas: a las notas que los archivadores añaden cuando un expediente cambia de estado.

—¿Y?

—El expediente del contrato de tu padre tiene una nota del diecinueve de este mes. —Cinco días antes.— La nota dice: «operación elevada a nivel dos». —El tío la miró.— El cuñado dice que el nivel dos dentro de la estructura de la sección significa intervención activa en lugar de observación. Y que la instrucción de intervención activa requiere autorización del responsable de sección, que no da esa autorización a la ligera porque el nivel dos tiene consecuencias que el nivel uno no tiene.

El nivel dos. Intervención activa. La sección sin nombre había escalado no cuando Stefan había hablado con Gruber sino tres días antes, lo que significaba que el cambio de persiana de la ventana del Ringstrasse al turno de noche y el nivel dos del expediente eran parte del mismo movimiento y no consecuencias de lo que Stefan había revelado a Gruber.

—¿Qué tipo de intervención activa? —preguntó.

—El cuñado no tiene acceso a ese nivel de detalle. Sabe lo que significa el código pero no el contenido específico de la instrucción.

Valentina anotó. Nivel dos, diecinueve de noviembre. Seis días antes del vencimiento del contrato. El escalado anticipado, sin esperar al plazo, lo que significaba que alguien dentro de la sección había decidido que el nivel uno ya no era suficiente antes de que el plazo lo hiciera inevitable.

—¿Qué puede hacer el consulado? —preguntó.— Con el nivel dos.

—El consulado español en Viena —dijo el tío, con la voz del hombre que ha pasado la mañana hablando con personas que le han dicho cosas que no esperaba que dijeran— tiene la capacidad de presentar una queja formal al Ministerio de Exteriores austríaco si puede documentar que uno de sus ciudadanos está siendo objeto de vigilancia y posible intervención por parte de una estructura del estado austriaco sin justificación de orden público.

—¿Y puede documentarlo?

—El observador del Ringstrasse es documentable desde hoy. —El tío dejó las manos en la mesa.— Llevo tres días fotografiando al abrigo marrón desde la ventana del tercer piso con la cámara del señor Voss, que me la facilitó hace cuatro días sin que yo le preguntara cómo sabía que la iba a necesitar.

Valentina miró a su tío. Las fotografías del abrigo marrón. Voss facilitando la cámara cuatro días antes, cuando la persiana de la ventana del Ringstrasse todavía era solo un ángulo sin interpretar.

—¿La queja formal detiene el nivel dos? —preguntó.

—La queja formal —dijo el tío— no detiene nada. Pero sí complica la instrucción de intervención activa porque convierte cualquier acción de la sección en un incidente diplomático entre Austria y España, que es un nivel de visibilidad que la sección sin nombre está estructuralmente diseñada para evitar. Su nombre no es accidental.

Era el argumento que la burocracia del Imperio no podía ignorar porque era el argumento de otra burocracia con la misma inercia y el mismo peso y el mismo interés en no volverse visible que la primera. Dos burocracias del mismo tipo en posiciones opuestas no producen resolución: producen parálisis, que en ese contexto era suficiente.

—¿Cuándo puede presentar la queja?

—Mañana, si tengo las fotografías y si el consulado considera que la documentación es suficiente. El cónsul tiene interés en el tema que no esperaba que tuviera.

—¿Por qué?

El tío se limpió las manos en los pantalones por tercera vez, que era el máximo que Valentina había registrado en una sola

conversación y que por tanto indicaba que lo que venía a continuación era la parte que había costado más llegar.

—Porque —dijo— el cónsul tiene un hermano que firmó un contrato de características similares al de tu padre hace once años. El resultado fue el que aparece en la columna de fallidos de los archivos de la sección. Y la persona que firmó el contrato por el lado de la otra familia fue un representante de la sección sin nombre haciéndose pasar por un abogado de Viena.

El círculo que Valentina no había previsto que existiera. El cónsul español en Viena con un hermano en la columna de fallidos, con el representante de la sección haciéndose pasar por lo que no era, con once años de saber lo que la sección era y sin la manera de probarlo hasta que el cuñado del contacto del consulado del tío Rodrigo llegó con las fotografías del abrigo marrón y el expediente elevado a nivel dos.

—El cónsul quiere que la sección sin nombre sea visible —dijo Valentina.

—El cónsul quiere que quede constancia formal de lo que la sección hizo con su hermano y de lo que está intentando hacer contigo. —El tío la miró.— Lo que ocurra con esa constancia después ya no es problema nuestro.

No era problema nuestro pero era también la protección más sólida que existía porque la constancia formal en manos del consulado español era la constancia que ni la sección ni el Ministerio del Interior podían hacer desaparecer sin producir el incidente que más querían evitar.

—Las fotografías —dijo Valentina.— ¿Cuántas?

—Doce. Tres días, cuatro por día, con el abrigo marrón en el cuadro y el portal del palacio al fondo. —El tío sacó un sobre del bolsillo interior del abrigo y lo puso en la mesa.— Las copias. El negativo está en el consulado desde esta mañana.

Valentina no abrió el sobre. Las fotografías en la mesa entre los dos, doce imágenes del observador del Ringstrasse que el tío había tomado desde el tercer piso durante tres días sin decírselo, con la cámara de Voss que Voss le había dado cuatro días antes de que hubiera una razón visible para pedirla.

El tío Rodrigo que llegaba a las ocho de la mañana dos o tres veces por semana desde que Valentina había llegado. Para verificar que estaba bien, según lo que Voss le había dicho en el desayuno del decimotercer día. También para esto.

—Tío —dijo.

—Valentina.

—Llevas cuatro días fotografiando a un vigilante del Ministerio del Interior desde una ventana del tercer piso.

—Cinco —dijo el tío.— Hoy no he podido porque he estado en el consulado desde las siete.

Era la frase más seca y más precisa que el tío Rodrigo había dicho en veintitrés días y también la que menos gesto de los pantalones necesitó. Valentina la registró con la atención que merecía y con la ternura que producía porque el tío Rodrigo con la cámara del señor Voss en el tercer piso fotografiando al abrigo marrón durante cinco días era también el gesto más exacto de lo que el tío había estado intentando hacer desde el principio: algo concreto, desde un ángulo que no esperaban, con consecuencias que podían sostenerse.

El tío se fue a las diez con el sombrero de fieltro y sin el maletín y con la expresión de quien ha cumplido la parte que le correspondía y que lo que viene a continuación no depende de él sino de las personas con más recursos para lo que viene a continuación, que era también el estado correcto de las cosas en ese punto.

A las once Valentina fue al ala este.

La habitación con la densidad de presencia desde el umbral, que en los últimos días era el estado de llegada y no el estado que se construía gradualmente. El Kachelofen, el olor de pino y cera, la carta en su pliegue sobre la mesa de escritura. El vestido malva sobre la silla. Los tres objetos alineados.

Fue al sillón.

El costado derecho tenía el calor de persona que era ya el estado por defecto entre las visitas, del modo en que las habitaciones que se calientan gradualmente mantienen el calor si la fuente no se interrumpe. El Kachelofen no se interrumpía. El calor de persona tampoco.

Se sentó. Extendió la mano.

Lo que ocurrió a continuación fue diferente a las visitas anteriores de una manera que Valentina no habría podido anticipar porque la escala de diferencia era cualitativa y no cuantitativa: no más de lo mismo sino otra cosa que usaba los mismos elementos. El contacto en la palma, que ya era familiar. La atención que se desplazaba hacia la muñeca, que había ocurrido el día anterior. Y luego, en el punto en que las visitas anteriores habían terminado, algo que no terminó sino que continuó: el calor que se desplazaba desde la muñeca hacia el interior del antebrazo, despacio, con la deliberación de las cosas que saben que el tiempo que tienen es suficiente y que por tanto no necesitan apresurarse.

La marca de la muñeca izquierda pulsó cuatro veces. No tres: cuatro. El ritmo de respuesta más una, que era una información que Valentina anotó en la memoria porque el cuaderno negro estaba en el corredor y no era el momento de ir a buscarlo.

El calor en el interior del antebrazo no era el calor del Kachelofen ni el calor de persona en la palma: era algo más específico, del tipo de calor que produce el roce de la mano de alguien sobre la piel del brazo, que es diferente al calor de la mano cerca de la piel porque el roce tiene dirección y la dirección tiene intención. No urgencia. Intención, que son cosas distintas.

Valentina no se movió.

La habitación del ala este con el sonido que no tenía sonido pero que tenía información de otra clase, la misma que la oscuridad de las tres de la madrugada: no ausencia de datos sino datos de otro tipo, del tipo que el cuerpo que está en proceso de cambiar empieza a leer antes de que el cambio esté completo. La dirección del calor en el antebrazo como dato de posición: de dónde venía, hacia dónde iba, qué calibraba en el trayecto.

Al final del antebrazo, justo antes del pliegue del codo, el calor se detuvo.

Permaneció ahí durante el tiempo de seis respiraciones contadas. Luego se retiró despacio por el mismo camino por el que había venido: el antebrazo, la muñeca, la palma, el espacio al lado

del sillón que era el espacio de Inés y que había sido el espacio de Inés durante sesenta y nueve años.

La temperatura en el costado derecho del sillón quedó donde estaba.

Valentina bajó la mano. Se quedó en el sillón durante el tiempo que el cuerpo tardó en tener suficiente distancia para que el análisis fuera posible sin que el análisis destruyera lo que había ocurrido al ponerlo en categorías que no le correspondían exactamente. Era la tensión de siempre entre el cuerpo que experimenta y la mente que clasifica, y la única solución que el cuaderno negro había encontrado en veintitrés días era darle al cuerpo el tiempo que pedía antes de dar a la mente la pluma.

A los diez minutos fue al corredor. Recogió el cuaderno. Volvió a la habitación del ala este y se sentó en el sillón de escritura, no en el de Nikolai, con la pluma en la mano.

Escribió durante un cuarto de hora sin parar, con la letra de velocidad y las abreviaturas y los paréntesis de incertidumbre que el cuaderno negro usaba para los datos que todavía no tenían categoría definitiva. Escribió el calor en el antebrazo, la dirección del desplazamiento, la diferencia cualitativa con las visitas anteriores, las cuatro pulsaciones en lugar de tres, el tiempo de detención antes del codo. Escribió lo que no podía todavía llamar tacto porque tacto implicaba dos cuerpos presentes de la manera habitual y lo que había ocurrido en el sillón no era exactamente eso aunque tampoco fuera exactamente otra cosa.

Al final, con la letra entera de las entradas definitivas:

El proceso de Inés conoce la dirección de las venas del antebrazo. Lo que eso significa para lo que el proceso sabe sobre el cuerpo que lleva la firma, no lo sé todavía.

Y debajo, después del punto, la entrada que no era del análisis sino del cuerpo hablando por encima del análisis:

Era cuidadoso.

Salió del ala este al mediodía. Voss en el corredor, como en los días anteriores, con la postura de quien ha estado esperando no una persona sino la información que la persona traía.

Valentina le dio el cuaderno abierto en la última entrada, que era el modo que habían establecido para las entradas del ala este que costaban más de lo que la voz podía dar en ese momento.

Él leyó. Su expresión durante la lectura fue de las largas: ocho segundos, nueve. Al terminar, levantó la vista con la variación que Valentina había aprendido a distinguir como la del reconocimiento de un hecho que se esperaba y que de todas formas tiene más peso del calculado cuando llega.

—La velocidad del proceso —dijo.

—Sí. —Valentina tomó el cuaderno.— ¿Cuándo?

—La pregunta del trato es esa —dijo él.— La vigesimotercera.

—Lo es.

La pausa fue de las más cortas. No porque la respuesta fuera simple sino porque era la respuesta que llevaba más tiempo siendo verdad que cualquier otra pregunta del trato y que por tanto ya no requería el tiempo de las que se están buscando todavía.

—En Inés —dijo Voss— el período entre lo que acabas de describir y el umbral fue de cuatro días. Con la base anterior que tienes y con el proceso en el estado en que está, puede ser menos.

Cuatro días. Seis antes del vencimiento del contrato.

Era el margen. El proceso antes del plazo de la sección, el umbral antes del nivel dos, lo que venía después del umbral antes de que la sección tuviera la documentación que buscaba. El margen ajustado de la manera que habían sido todos los márgenes en ese noviembre, pero margen.

—¿Cuánto menos? —preguntó Valentina.

—Dos, tres días. Depende de la continuidad.

La continuidad. El contacto sostenido que era la condición del proceso, que era lo que la biblioteca de todas las tardes era también, que era lo que el ala este era también. La continuidad no era un problema de decisión sino de tiempo: si el proceso necesitaba dos o tres días de continuidad para llegar al umbral, los dos o tres días existían.

Valentina cerró el cuaderno.

—Hay algo más del tío —dijo, y le contó. El nivel dos del diecinueve de noviembre, las fotografías en el consulado, el cónsul

con el hermano en la columna de fallidos, la queja formal que el cónsul quería presentar al Ministerio de Exteriores austriaco con las doce fotografías del abrigo marrón.

Voss escuchó con la atención de los que no interrumpen porque la interrupción haría perder algo que llega en el orden en que llega.

—La cámara —dijo Valentina, al terminar.— Se la diste hace cuatro días. Antes de que supiéramos lo del nivel dos.

—Sí.

—¿Cómo sabías?

—No lo sabía. —La voz de Voss tenía en esa frase el tono de la información que es exacta y que su exactitud es su única defensa frente al escepticismo.— Sabía que el tío llegaba con el maletín para cosas que no me contaba. Y que la cámara era el instrumento más discreto para documentar lo que el maletín no podía documentar. El resto lo hizo él.

El resto lo hizo él. El tío Rodrigo con la cámara del señor Voss en el tercer piso durante cinco días fotografiando al abrigo marrón. La acción concreta desde el ángulo que no esperaban, que era la descripción del tío cuando tenía el instrumento correcto y la razón correcta para usarlo.

A las tres de la tarde llegó la nota de Elsa.

El contacto del Ministerio de Justicia dice que el procedimiento urgente de Henriette tiene número de expediente activo desde el veintiuno. La protección provisional está en vigor. El cuarto caso no puede cerrarse mientras el procedimiento esté activo. —Una pausa entre párrafos.— Hay algo que necesito preguntarte. No urgente. Pero si puedes esta tarde.

Valentina fue a la Wollzeile a las cuatro.

La tarjeta de la Doctora Elsa Richter en la puerta. El segundo piso con el orden de trabajo, el cuaderno clínico en la mesa, el cuaderno verde junto a él.

—¿Qué ocurrió en el ala este esta mañana? —dijo Elsa, antes de que Valentina se sentara.

Valentina la miró.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Lo pregunto porque la secuencia del proceso en los últimos días sigue un patrón de aceleración que tiene un siguiente paso lógico, y si ese siguiente paso ha ocurrido lo necesito documentar.

Le contó. El calor en el antebrazo, la dirección del desplazamiento, la detención antes del codo, las cuatro pulsaciones. La entrada en el cuaderno negro y lo que no había podido poner en el cuaderno negro: era cuidadoso.

Elsa anotó en el cuaderno verde con la letra de zurda y el espacio entre frases del diagnóstico que piensa mientras escribe.

—El proceso de Inés está leyendo el sistema venoso —dijo, sin levantar la vista.— La marca de la muñeca izquierda está sobre la arteria radial. El desplazamiento que describes sigue el trayecto de esa arteria hacia el pliegue del codo, que es donde la arteria braquial es más accesible. No es aleatorio.

—¿Qué busca?

—Lo que el proceso necesita para completar el reconocimiento —dijo Elsa.— La marca es la firma exterior. Lo que hay debajo de la marca es la firma interior. El proceso de Inés estaba verificando que las dos corresponden.

La firma exterior y la firma interior. La marca visible en la muñeca izquierda y el trayecto de la arteria debajo de ella. Las dos partes de la misma letra, que el proceso de Inés había leído en el ala este a las once de la mañana con el cuidado de las cosas que se leen una sola vez y que si se leen mal no tienen corrección.

—¿Y correspondieron? —preguntó Valentina.

Elsa la miró con la expresión del diagnóstico que ya tenía la respuesta pero que la respuesta requería el momento correcto.

—Lo que ocurrió en el ala este esta mañana —dijo— fue la verificación completada. No la conclusión: la verificación. La conclusión es lo que viene después.

Elsa depositó el cuaderno verde. Lo miró un momento sin abrir la tapa, con la atención de quien está calibrando el peso de lo que va a decir antes de decirlo.

—Hay algo que he estado construyendo desde la segunda sesión —dijo.— Una hipótesis que no tenía suficientes datos para

formular hasta esta mañana.

Valentina cerró el cuaderno negro.

—El proceso de Inés no está pasivo —dijo Elsa.— Lo hemos leído como un estado de espera: Inés en el ala este, contenida, esperando a que alguien llegara con la marca correcta. Pero el desplazamiento de esta mañana no es compatible con la espera. El proceso de Inés estaba verificando activamente. Buscando accesibilidad, no aguardando a ser encontrado.

Era la inversión de la columna izquierda: no el proceso que espera sino el proceso que busca. El mapa completo cambiaba de dirección.

—La verificación de esta mañana —dijo Valentina.— ¿Eso es lo que significó?

—Significa que el proceso encontró lo que buscaba. —Una pausa.— Lo que viene después es la conclusión.

El cuaderno verde sobre la mesa. El cuaderno clínico al lado. La ventana de la buhardilla con el frío del anticiclón y la luz de las cuatro de la tarde de noviembre que era la luz antes de la oscuridad temprana.

Y la oscuridad, que Valentina ya sabía que tenía su propia información.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—El proceso dice que dos o tres días.

—Elsa.

—Valentina.

—¿Estás bien con lo que esto significa?

Era la pregunta que Valentina no le había hecho en ninguno de los veintitrés días anteriores porque ninguno de los veintitrés días anteriores habían sido el momento correcto para hacerla, y ese sí era el momento correcto porque lo que había ocurrido en el ala este esa mañana era también lo que había estado ocurriendo en la Wollzeile desde la primera sesión de hipnosis: que la investigación de Elsa era también la investigación de Elsa sobre lo que Valentina era, y que lo que Valentina iba a ser en dos o tres días era algo que Elsa había documentado con más precisión que nadie y sobre lo que también tenía una posición.

Elsa cerró el cuaderno verde.

—Lo que esto significa —dijo, con la voz de los diagnósticos que son también declaraciones— es que la hipótesis que empecé a construir en octubre cuando Henriette Müller describió los ojos del color incorrecto y la palabra en el idioma que no existe tiene una base empírica que ninguna de las dos habríamos previsto cuando empezamos. Y que la persona que está en el centro de esa base empírica es alguien que tomó la decisión correcta con toda la información disponible. —Otra pausa.— Así que sí. Estoy bien con lo que esto significa.

Era la respuesta de Elsa, que era la respuesta de quien tiene la inteligencia de los diagnósticos correctos y la honestidad de no disfrazarlos con vocabulario emocional cuando el vocabulario preciso es también más real.

Elsa abrió el cuaderno verde por una página en blanco.

—Lo que el proceso de Inés ha hecho en el ala este durante sesenta y nueve años no es el comportamiento de una presencia que avanza hacia un destino —dijo.— Una presencia que avanza tiene dirección. Lo que Inés tiene es distribución. Ocupa el espacio disponible de manera uniforme, que es lo que hace una presencia contenida dentro de un límite, no una que busca cruzarlo.

Valentina anotó.

—Lo que el ala este limita —dijo Valentina— no es el destino del proceso. Es el espacio que el proceso aprendió a ocupar cuando no tuvo otro.

—Sí —dijo Elsa.— Y si eso es correcto, el exterior del palacio no es la dirección del proceso después del umbral. Es su estado anterior. Inés no va a ninguna parte. Regresa al estado natural en que estaba antes de que el palacio fuera todo el espacio disponible.

Era la hipótesis que reorganizaba el mapa completo del proceso: no la expansión como movimiento hacia delante sino la expansión como recuperación de lo que había sido el estado inicial antes de los sesenta y nueve años de contenido. Inés no avanzando. Inés volviendo.

Valentina cerró el cuaderno negro. Lo abrió de nuevo en la misma página.

—¿Tardaste sesenta y nueve años en verlo?

—Tardé seis semanas —dijo Elsa.— El primer caso de Henriette fue el martes de la tercera semana de octubre.

Valentina salió de la Wollzeile a las cinco.

El Ringstrasse con el frío seco y los faroles del gas que empezaban a encenderse en el orden que tenían los faroles del gas al anochecer: primero los del lado oeste, donde la oscuridad llegaba antes por el ángulo del sol, luego los del lado este. El palacio con su fachada de piedra blanca y el portal y la ventana del primer piso con la luz de la biblioteca que era la luz de todas las tardes y que desde el Ringstrasse era solo un rectángulo iluminado en la piedra blanca.

En el lado del tranvía: el abrigo marrón.

Valentina cruzó el Ringstrasse sin variar el paso. En el portal, sin mirarlo.

La biblioteca. Voss en el escritorio con el cuaderno de cuentas del palacio abierto en la página del mes, la misma página de siempre, con la caligrafía del siglo anterior y las manos sobre el papel con la temperatura de lo que se conserva sin necesidad de fuente. El Kachelofen, la ventana al jardín con la oscuridad ya completa.

El cuaderno de cuentas del palacio de su puño y letra. Valentina pensó que en dos o tres días ese cuaderno iba a seguir siendo exactamente lo mismo y que la persona que lo llevaba iba a seguir siendo exactamente la misma, con las mismas manos y la misma caligrafía del siglo anterior, pero que algo en el espacio entre los dos iba a ser diferente de una manera que el cuaderno negro podía anticipar solo en términos generales porque los términos específicos todavía no existían hasta que el umbral los produjera.

A las siete lleguó una nota de Elsa. No tenía encabezamiento.

He estado pensando en la dirección equivocada. No es que Inés busque salida: es que Inés busca accesibilidad. El proceso completado no tiene la misma geometría que el proceso en curso. El proceso en curso necesita el umbral. El proceso completado no necesita nada que no sea reconocible. Lo que el ala este produjo no fue contención sino concentración: el proceso aprendió a ocupar menos espacio del que naturalmente ocupa. Lo que estamos viendo

ahora es la expansión natural. El exterior no es el destino. Es el estado inicial.

Valentina leyó la nota dos veces. La tercera vez no fue necesaria: la hipótesis de Elsa reorganizaba la columna de la izquierda en un sentido que ninguna de las entradas anteriores había anticipado. No la presencia de Inés avanzando hacia un destino sino la presencia de Inés regresando a un estado. La diferencia entre las dos lecturas no era semántica.

Anotó debajo de la nota de Elsa: Hipótesis de E: expansión como estado natural. El ala este como compresión, no como límite. El exterior como origen.

—La queja formal del consulado —dijo Voss, sin levantar la vista del cuaderno.

—Mañana, si el cónsul determina que la documentación es suficiente.

—Es suficiente. El cónsul sabe que es suficiente desde que supo lo del hermano.

Valentina fue al sillón. El cuaderno negro sobre la mesa, la pluma encima. La biblioteca de todas las tardes y el Kachelofen y el cuaderno de cuentas y las manos con la temperatura incorrecta sobre el papel.

—Dos días —dijo.

Voss levantó la vista del cuaderno de cuentas.

—Sí —dijo.

No fue la confirmación del plazo. Era la confirmación de que los dos sabían ya que el plazo era el mismo, que la pregunta que Valentina había formulado como número era también todo lo que el número contenía: el umbral, lo que venía después del umbral, Inés en el ala este con la verificación completada y la conclusión pendiente, los de la ventana y el abrigo marrón y el nivel dos y la queja formal del consulado y el cónsul con el hermano en la columna de fallidos.

Todo eso en dos días.

Voss cerró el cuaderno de cuentas. Se levantó del escritorio con el movimiento que Valentina había aprendido a distinguir de todos los demás: no el movimiento de quien va a buscar algo sino el de

quien ya sabe adónde va y que la distancia entre donde está y donde va es la única variable que queda.

La distancia entre el escritorio y el sillón en la biblioteca de esa noche era la misma que en las veintitrés noches anteriores.

La cruzó de la misma manera.

Después, la oscuridad de la biblioteca con el Kachelofen encendido y los dos en el sillón con la temperatura correcta y el silencio que no necesitaba llenarse porque ya contenía suficiente, del tipo de silencio que produce la presencia de dos personas que han llegado al mismo punto por caminos que nunca convergieron antes de ese palacio en ese noviembre y que ahora no tienen otro lugar adonde ir.

La oscuridad de la biblioteca a las ocho de la noche tenía su propia información.

Valentina la leyó.

— XXIV —

Lo que queda

La queja formal llegó al Ministerio de Exteriores austriaco a las diez de la mañana del vigésimo cuarto día, con las doce fotografías del abrigo marrón y el expediente que el cónsul había estado construyendo durante once años con la paciencia de los que esperan el momento correcto porque el momento incorrecto habría arruinado el único que iban a tener.

El tío Rodrigo lo trajo al palacio a las once, sin el maletín, con el sombrero de fieltro y la expresión de las ocasiones en que las cosas que debían ocurrir han ocurrido en el orden correcto, que era una expresión que Valentina no le había visto hasta ese día porque no había habido hasta ese día una ocasión que la justificara.

—El cónsul la presentó en persona —dijo, desde el umbral del comedor.— Con el sello del consulado y la firma del cónsul, no de un funcionario. Eso importa.

—¿Por qué?

—Porque la queja firmada por el cónsul es un acto del gobierno español, no de la legación. El Ministerio de Exteriores austriaco no puede archivarla sin acuse de recibo, y el acuse de recibo crea el registro que la sección sin nombre no puede hacer desaparecer. —El tío se sentó.— El nivel dos de la operación activa queda, de hecho, paralizado en el momento en que el registro existe. No suspendido: paralizado. Cualquier acción de la sección en relación a este palacio y a sus ocupantes mientras el registro esté activo constituiría un incidente diplomático.

Era la descripción exacta de lo que el tío había dicho el día anterior sobre la burocracia opuesta a la burocracia, y que en ese momento dejaba de ser argumento y se convertía en hecho. Valentina lo anotó en el cuaderno negro con la letra de los hechos

definitivos, que era la letra que reservaba para las entradas sin las cuales la columna de la izquierda carecería del soporte correcto.

—¿Cuánto tiempo dura el registro? —preguntó.

—Hasta que el Ministerio de Exteriores responda. En condiciones normales, semanas. —El tío la miró.— El cónsul ha acompañado la queja con una nota personal al director del Ministerio que indica que el asunto requiere respuesta urgente por razones de bienestar de ciudadano español. La respuesta urgente tarda entre tres y cinco días.

Tres a cinco días. El vencimiento del contrato en seis. La protección provisional de Henriette activa desde el veintiuno. El expediente del Ministerio de Justicia con número desde el mismo día. La sección sin nombre paralizada mientras el registro de la queja existiera.

Los márgenes habían sido ajustados durante veinticuatro días y ese día por primera vez eran suficientes de una manera que no requería seguir calculando los márgenes.

—Tío —dijo Valentina.

—Valentina.

—El cónsul. ¿Qué quiere a cambio?

Era la pregunta que el tío había esperado porque era la pregunta correcta y el tío sabía cuándo Valentina hacía la pregunta correcta, que era siempre que la hacía.

—Quiere que el proceso que le ocurrió a su hermano tenga un nombre. No jurídico: real. Un nombre que el hermano pueda entender.

—¿El hermano sabe que algo le ocurrió?

—Sabe que pasó seis meses sintiéndose de una manera que nadie pudo explicarle y que luego pasó. Sabe que el hombre que le presentó el contrato no era el abogado que decía ser. —El tío juntó las manos sobre la mesa.— No sabe qué fue el proceso que comenzó en él sin completarse, ni por qué se completó en él sin llegar al umbral, ni qué habría ocurrido si hubiera llegado.

—¿Y el cónsul quiere que yo le explique todo eso al hermano?

—No. —El tío la miró.— Quiere que Nikolai Voss hable con el hermano. Lo que Voss le diga es decisión de Voss.

Valentina cerró el cuaderno negro. Era el tipo de petición que no podía aceptarse o rechazarse sin antes transmitirla a quien le correspondía recibirla, que era Voss, que en ese momento estaba en el corredor del segundo piso donde Valentina lo había visto pasar un día desde la ventana del comedor, cuando desayunaba con el tío, y que desde entonces no había vuelto a estar visible desde el comedor.

—Le diré —dijo.

El tío se fue a las doce con el sombrero de fieltro y sin el gesto de los pantalones, que en ese día específico y por primera vez en veinticuatro días era completamente ausente. Era la confirmación de que el gesto era proporcional a lo que no se había dicho todavía, y que esa mañana lo que quedaba por decir era menos de lo que había quedado en ninguno de los días anteriores.

Voss estaba en la biblioteca.

El cuaderno de cuentas cerrado sobre el escritorio, lo que significaba que había estado haciendo otra cosa antes de que Valentina llegara y que esa otra cosa no era el cuaderno de cuentas. Las manos en la superficie del cuero con la temperatura que tenían siempre. La ventana al jardín con el sol de noviembre sin nube del anticiclón instalado, que esa mañana era el más claro que había hecho en el mes y que producía sobre el jardín una luz de la que Valentina habría dicho, en el primer día, que era la luz incorrecta para noviembre, y que en el vigésimo cuarto había aprendido era simplemente la luz correcta para ese noviembre específico.

Le contó lo del consulado. La queja formal, el registro, los tres a cinco días de respuesta urgente, la parálisis del nivel dos. Y al final la petición del cónsul: que Voss hablara con el hermano.

Voss escuchó con la atención de las informaciones que tienen múltiples capas y que procesar todas al mismo tiempo requiere el silencio que el que escucha no puede pedir porque no puede pedirse silencio cuando alguien está hablando.

—El hermano —dijo, cuando Valentina terminó.

—El cónsul no pide los detalles. Solo un nombre para lo que le ocurrió.

La pausa fue de las largas, del tipo que existía cuando la respuesta ya estaba pero costaba llegar a la forma en que podía darse.

—Hablaré con él —dijo.— Después del umbral.

Era la respuesta correcta y también la que contenía todo lo que la forma breve no podía contener: que antes del umbral no era el momento, que después del umbral lo que Voss podía darle al hermano del cónsul era diferente a lo que podía darle antes, que el después del umbral empezaba a ser ya el territorio donde las cosas se organizaban.

—¿Cuándo? —preguntó Valentina.— El umbral.

Voss la miró.

—La pregunta vigesimocuarta —dijo Valentina— es esa.

—No es del trato.

—Lo sé. Pero es la única que me queda.

Era la frase más honesta que había dicho en veinticuatro días, que era también la más breve, y que tenía la cualidad de las cosas que se dicen cuando el mecanismo de análisis que Valentina usaba para gestionar todo lo demás ya no estaba disponible para esa frase en concreto porque esa frase era anterior al análisis.

Voss se puso de pie.

No fue al sillón de enfrente, que era el movimiento habitual cuando la conversación lo pedía. Fue a la ventana del jardín, que era el movimiento de las mañanas tempranas, el de quien necesita el espacio del jardín entre sí y lo que tiene que decir antes de poder decirlo.

—Esta noche —dijo.

El jardín con la fuente de piedra y las manos abiertas y el sol del anticiclón sobre la piedra que en ese momento era solo la imagen más clara del jardín que Valentina había visto en veinticuatro días. Y la frase de Voss en el espacio de la biblioteca como el dato que reorganizaba todos los anteriores: esta noche.

Valentina no respondió porque la respuesta habría sido menos que el silencio, que era el estado correcto después de ciertas frases.

Fue al ala este a las doce.

La puerta de la segunda habitación a la izquierda estaba abierta del todo por primera vez. No entreabierta: abierta, con la franja de luz del Kachelofen ocupando todo el umbral y el olor de pino y cera llegando al corredor sin la atenuación del grosor de una puerta entornada. Valentina se detuvo en el corredor durante un momento antes de entrar, con la atención de quien reconoce que un estado ha cambiado sin que nadie lo haya decidido explícitamente.

La puerta abierta del todo. No como invitación: como estado que ya no necesitaba la precaución de la puerta entornada porque lo que había dentro del ala este ya no era del tipo que requería precaución en esa dirección.

Entró.

La habitación tenía una calidad diferente a la de todas las visitas anteriores. No el olor, que era el mismo. No el Kachelofen, que ardía con la misma llama azul de siempre. No los objetos alineados en la mesa ni el vestido malva en la silla de madera. Lo que era diferente era la densidad de la presencia, que en las visitas anteriores había sido comparable al estado de algo que espera y que en esa mañana era comparable al estado de algo que ha terminado de esperar y que por tanto tiene una calidad diferente: no la calma de la espera sino la quietud de quien ya está en el lugar donde tenía que estar.

Fue al sillón.

El costado derecho tenía el calor de persona, que era ya el estado permanente entre visitas. Pero había algo más esa mañana que las visitas anteriores no habían tenido: el costado derecho del sillón tenía también el peso de persona, esa diferencia casi imperceptible en la resistencia del tejido cuando hay algo que lo ocupa que no es solo el calor sino también la presencia que produce el calor.

Valentina se sentó.

La marca de la muñeca izquierda pulsó cuatro veces, que era el ritmo de las últimas dos visitas. Y luego, sin el tiempo de establecimiento de las anteriores, sin la verificación del roce ni la aproximación gradual: el contacto completo, desde el primer instante, del tipo de contacto que existe entre dos cosas que ya no necesitan presentarse porque se conocen.

En la palma, en la muñeca, en el antebrazo. El trayecto de las visitas anteriores recorrido en el tiempo que antes había tardado en establecer el primer punto. Luego, más allá del pliegue del codo adonde había llegado el día anterior: el brazo completo, con el calor de persona distribuido a lo largo de toda la extensión desde la muñeca hasta el hombro, con la delicadeza de las cosas que saben que tienen tiempo y que no necesitan apresurarse aunque el tiempo que tienen sea específico.

La marca de la muñeca pulsó una vez más, larga, del tipo que no era respuesta sino reconocimiento: el acuse de recibo de las cosas que han llegado al punto en que tenían que llegar.

Valentina cerró los ojos.

No era el cierre de ojos de las primeras visitas, donde cerrarlos había sido la manera de concentrar la percepción en lo que el cuerpo sentía sin la distracción de lo que los ojos podían ver. Era el cierre de ojos de la persona que ya tiene suficiente información y que necesita el tiempo de quietud para que esa información tenga el espacio de asentarse antes de ser categorizada.

Lo que el calor distribuido a lo largo del brazo decía era esto: que el proceso de Inés había verificado la firma exterior e interior, había completado el reconocimiento, y que lo que estaba ocurriendo en ese momento en el sillón del ala este no era ya verificación sino presencia. La diferencia entre las dos era la diferencia entre leer una carta y estar en la habitación con quien la escribió.

Veinte minutos.

Al final del vigésimo minuto, el calor se retiró con la misma lentitud con que el proceso de Inés hacía todas las cosas: sin urgencia, sin el tipo de retirada que señala la conclusión sino la del que deja el espacio en el estado correcto para la próxima vez que el espacio se necesite.

Valentina abrió los ojos.

La habitación del ala este en la luz del mediodía con el sol del anticiclón que llegaba por la ventana al jardín desde el ángulo que solo tenía a esa hora. El vestido malva. Los tres objetos. La carta en su pliegue. El Kachelofen con la llama azul.

Se quedó en el sillón el tiempo que el cuerpo tardó en entender que la visita había terminado, que fue menos de lo habitual porque el cuerpo sabía ya cuándo terminaban las cosas del mismo modo que sabía la dirección del ala este desde la cama a las tres de la madrugada: no como cálculo sino como dato.

Fue al corredor. Recogió el cuaderno que había dejado en el suelo de parqué junto a la pared, con la pluma encima. Voss estaba al final del corredor, de pie frente a la ventana sur que daba al jardín, con las manos a los lados del cuerpo y la postura de las mañanas en el jardín: la de quien ha estado en ese espacio el tiempo suficiente para que la postura ya no sea elegida.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Valentina.

—Desde que entraste.

Veinte minutos en el corredor. No en la puerta del ala este: al final del corredor, desde donde el ala este no era visible pero sí era perceptible para quien llevaba setenta años aprendiendo a percibir ese palacio desde fuera y que desde dentro tenía la versión más directa de todas las que había tenido.

—¿Lo percibiste?

—El proceso de Inés —dijo— tiene hoy una calidad diferente a todos los días anteriores. Desde el corredor. —Otra pausa.— Es la misma diferencia que hay entre la temperatura de una habitación con el Kachelofen encendido y la temperatura de una habitación con alguien dentro.

La habitación con alguien dentro. Inés en el sillón del ala este con el peso de persona en el tejido y el calor distribuido a lo largo del brazo de Valentina durante veinte minutos, del modo en que se distribuye el calor cuando alguien tiene el tiempo de distribuirlo sin urgencia.

—Esta noche —dijo Valentina.

—Sí.

No era confirmación del plazo. Era la confirmación de que los dos sabían lo que esta noche significaba y que el significado ya no requería elaboración.

Fueron a la biblioteca.

El cuaderno de cuentas del palacio en el escritorio. La ventana al jardín con el sol del mediodía. El Kachelofen. El sillón de Valentina y la mesa pequeña y el cuaderno negro encima con la pluma cruzada. Todo lo que había estado en la biblioteca todos los días anteriores, en el mismo lugar, con el mismo orden que Frau Bergmann mantenía porque Frau Bergmann mantenía el orden de las cosas que merecían tener el mismo lugar todos los días.

Valentina se sentó en el sillón. Abrió el cuaderno negro.

—La pregunta vigesimocuarta —dijo— es la última del trato.

Voss fue al escritorio. Se sentó con las manos sobre el cuero de siempre.

—Haga.

—Inés. —Valentina miró la pluma en la mano.— Después del umbral, cuando el proceso haya abierto lo que puede abrir. ¿Cómo es?

La pausa fue de las más largas del trato, que era también la última y que por tanto podía permitirse el tiempo que necesitara.

—No lo sé —dijo Voss.

Valentina lo miró.

—Es el cuarto no lo sé del trato —dijo Voss.— Los tres anteriores eran cosas que no sabía porque no tenía la información. Este es diferente: es algo que no sé porque no ha ocurrido todavía y que por tanto nadie puede saber.

Era la distinción correcta. La ignorancia de la información que no se tiene es diferente a la ignorancia de lo que todavía no existe para ser sabido: la primera es un límite del conocimiento disponible; la segunda es simplemente el estado de lo que está por venir antes de que venga.

—¿Qué crees? —dijo Valentina.— No lo que sabes: lo que crees.

Voss la miró desde el escritorio con la atención de quien ha sido preguntado algo diferente a todo lo que le han preguntado antes y que la diferencia no es de tema sino de categoría: lo que cree, no lo que sabe, que era la pregunta que Valentina no le había hecho en ninguna de las veinticuatro preguntas del trato.

—Creo —dijo, con la voz de las cosas que se dicen una sola vez porque decirlas más de una vez no las hace más verdaderas y sí las

hace más pequeñas— que Inés lleva sesenta y nueve años siendo exactamente lo que siempre fue, con el tiempo que el proceso le dio para ser eso de maneras que antes del umbral no habría podido. Y creo que cuando el proceso abra lo que puede abrir, Inés va a ser reconocible. No diferente a lo que fue. Reconocible.

Era la respuesta a la última pregunta del trato y también la más personal que le había dado en veinticuatro días, no porque revelara más información que las anteriores sino porque lo que revelaba era del tipo de información que no está en los hechos sino en la persona que los lleva.

Valentina lo anotó con la letra entera, sin abreviatura.

—El trato ha terminado —dijo.

—El trato ha terminado —confirmó Voss.

Era una frase que en otro contexto habría tenido la solemnidad de las conclusiones formales, pero en la biblioteca del Palais Voss a mediodía del vigésimo cuarto día tenía algo diferente: la calidad del estado que existe después de que las cosas necesarias han ocurrido en el orden correcto y que lo que viene a continuación ya no es necesario sino simplemente lo que viene.

La nota de Stefan llegó a las dos.

No a través de la casera de la Wollzeile ni del mensajero del hotel del segundo distrito: directamente, en sobre sin remitente, entregada en el portal por una persona que Frau Bergmann describió como «el tipo que fuma sin sombrero», que era la descripción más exacta de Stefan que podría haberse dado sin usar su nombre.

Voss la leyó primero. La pasó a Valentina sin comentario, que era también un comentario.

La nota decía:

Gruber sabe que la queja del consulado existe. Lo supo dos horas después de que se presentara, que dice algo sobre los canales que la sección tiene dentro del Ministerio de Exteriores. La sección tiene dos opciones: retirar la operación activa y perder el resultado, o continuar y producir el incidente. No continuarán. La sección sin nombre no produce incidentes porque los incidentes producen

visibilidad y la visibilidad produce el tipo de escrutinio que una estructura sin nombre no puede sostener. La parálisis es real.

Gruber me dijo algo más. La entrada del expediente del contrato de tu padre tiene, desde esta mañana, una anotación nueva. No en la columna de operaciones: en la columna de observaciones. La anotación dice: «proceso en curso, resultado pendiente». Lo que significa que alguien dentro de la sección sabe que el proceso ha avanzado más allá del umbral parcial de los anteriores, y que eso tiene más valor para ellos que el resultado de la operación activa.

Dejarán que el proceso ocurra. Documentarán desde fuera lo que puedan documentar. Lo que no podrán documentar es lo que ocurra dentro del palacio, que es lo único que importa.

Valentina leyó la nota dos veces. Lo que la sección iba a hacer era también lo más inteligente que podía hacer: retirar la operación activa para evitar el incidente, esperar que el proceso se completara desde fuera, y documentar el resultado con lo que el observador del Ringstrasse pudiera registrar. Que era menos de lo que necesitaban para reproducir el proceso, que era también exactamente la situación que Voss había descrito cuando Valentina le había preguntado qué hacía la sección con el resultado si el proceso completaba el umbral antes del vencimiento.

—La entrada en la columna de observaciones —dijo Valentina.— Saben que el proceso ha avanzado más del umbral parcial.

—El observador de la ventana —dijo Voss.— Tres noches de observación de las variaciones de temperatura en el ala este desde el Ringstrasse. Con un termómetro de precisión en la ventana del edificio de enfrente, el patrón de los últimos días es legible.

Era la información que la sección tenía y que no tenía manera de no tener: el calor del ala este visible como dato de temperatura exterior durante tres noches de anticiclón sin nube y sin viento que producía las condiciones más claras para ese tipo de observación. Lo habían documentado sin entender exactamente qué documentaban, que era la diferencia entre tener un dato y tener el contexto del dato.

Valentina dejó la nota sobre la mesa junto al cuaderno negro.

—Hay una cosa que quiero hacer esta tarde —dijo.

—Diga.

—Quiero ver al tío. No para hablar de la queja ni del consulado. Solo verlo.

Voss asintió con el asentimiento del reconocimiento, no del permiso. La distinción era correcta porque Valentina no pedía permiso sino que decía lo que iba a hacer, que era diferente aunque usara el mismo espacio en la conversación.

El tío Rodrigo estaba en el apartamento de la Praterstrasse cuando Valentina llegó a las cuatro, que era el apartamento que el tío había alquilado en octubre sin que Valentina lo hubiera visto hasta ese día porque el tío visitaba el palacio y no al revés, que era el patrón de los ocho meses anteriores.

El apartamento era el apartamento del tío: el maletín en la silla del recibidor, el abrigo en el perchero, los papeles del trabajo encima de la mesa del comedor porque el tío Rodrigo no tenía escritorio propio sino que usaba la primera superficie horizontal disponible para lo que requiriera superficie horizontal. La fotografía de la madre de Valentina en el aparador, que el tío llevaba consigo desde hacía doce años con la misma relación que tenía con el sombrero de fieltro: resuelta, sin revisión.

Se sentaron en el salón pequeño con el té que el tío había preparado porque el tío sabía hacer el té español, con canela y azúcar en el vaso, que era el té que había tomado Valentina de niña en Sevilla y que en Viena nunca había encontrado porque el té vienés era otro idioma.

—Tío —dijo Valentina.

—Valentina.

—Esta noche.

El tío Rodrigo no preguntó qué pasaba esta noche. Lo que pasaba esta noche era lo que había estado pasando durante veinticuatro días en el sentido de que era lo hacia lo que los veinticuatro días habían estado yendo, y el tío Rodrigo había pasado ocho meses siendo suficientemente inteligente para gestionar lo que no entendía completamente, que era también la descripción de lo que hacía que el tío fuera el tío y no otra persona.

—¿Estás bien? —preguntó, con el tono de la tercera variante de la pregunta, la que era genuina y no protocolo.

—Sí. —Valentina tomó el vaso de té.— Estoy exactamente donde elijo estar.

El tío estudió esa frase con la atención que le daba a las frases de Valentina que tenían más de lo que la superficie decía, que era la misma atención que le había dado desde que Valentina tenía nueve años y el tío había aprendido que las frases de Valentina tendían a tener más de lo que la superficie decía.

—¿Qué necesitas que haga? —dijo.

—Nada. Mañana, si puedes venir por la mañana. No las ocho: las once.

—A las once —dijo el tío.— Con el maletín o sin él.

—Sin él.

El tío asintió. La fotografía de la madre de Valentina en el aparador. La canela en el té. El apartamento de la Praterstrasse con los papeles del trabajo encima de la mesa del comedor y el abrigo en el perchero y el sombrero de fieltro que el tío no se ponía en interiores aunque lo llevara en la mano porque el tío tenía la relación con el sombrero de fieltro que tenía.

Valentina se quedó en el apartamento de la Praterstrasse el tiempo que el tío tardó en terminar el té y en contarle lo que el cónsul le había dicho ese día después de presentar la queja, que era la conversación sobre el hermano y lo que la sección había hecho con el hermano y la rabia del cónsul que llevaba once años siendo rabia sin lugar adonde ir y que ese día había encontrado el lugar. No todo. Parte. La parte que se puede dar en cuatro páginas de un expediente y doce fotografías de un abrigo marrón.

Fue al palacio a las seis.

El Ringstrasse con los faroles del gas encendidos del lado oeste primero y la oscuridad del este todavía sin ellos, que era el intervalo de los encendedores de faroles que Valentina había aprendido a distinguir como el momento exacto entre la tarde y la noche en Viena: no el atardecer, que era antes, sino ese intervalo específico en que la mitad del bulevar estaba iluminada y la otra todavía no.

En el lado del tranvía: el abrigo marrón.

Valentina cruzó el Ringstrasse. En el lado del tranvía, al pasar junto al observador que no era el mismo de todos los días —este era más joven, con el periódico doblado de manera diferente— se detuvo.

No había planeado detenerse. El cuerpo lo decidió antes de que la cabeza tuviera algo que decir al respecto, que era exactamente el tipo de acción que el proceso producía en el cuerpo de la persona que estaba en el proceso: la acción anterior al análisis.

—Ya lo tienen —dijo, al observador que no la miraba porque los observadores entrenados no miran al objeto de la observación.— Lo que estaban buscando, ya lo tienen. El umbral es esta noche.

El observador no respondió. No se movió. Pero en el ángulo del periódico hubo una variación de dos centímetros que indicaba que había escuchado lo que no debería haber escuchado porque se lo habían dicho a él directamente.

Valentina cruzó el resto del Ringstrasse y entró al portal.

En la biblioteca, Voss estaba en el escritorio con el cuaderno de cuentas del palacio cerrado y las manos sobre el cuero y la mirada en la ventana del jardín. Levantó la vista cuando ella entró con la variación de expresión que Valentina había aprendido a distinguir como la del reconocimiento de que algo ha cambiado en el espacio entre la última vez que estuvieron en el mismo lugar y este momento.

—Le dije al observador del Ringstrasse que el umbral es esta noche —dijo Valentina.

Voss la miró.

—¿Por qué?

—Porque la sección sin nombre lleva cuarenta y cuatro años buscando esto y no voy a dejar que lo busquen esta noche sin saber que ya lo tienen. Y porque ya no hay nada que documentar desde fuera que cambie lo que ocurre dentro.

La segunda razón era la real y también la única que necesitaba ser dicha. La primera era el argumento que Valentina habría dado en el primer día del trato; la segunda era la que tenía el vigésimo cuarto. La diferencia entre las dos era la diferencia entre el análisis y lo que existía antes del análisis.

Voss no respondió. Pero la variación en la expresión que existía en el segundo antes de que él la gestionara fue esa tarde la más larga que Valentina había cronometrado en veinticuatro días.

Doce segundos.

Luego se levantó del escritorio.

La distancia entre el escritorio y el umbral de la biblioteca era la misma de siempre. La que separaba el umbral de la biblioteca del corredor del primer piso, también. La que llevaba del corredor al pie de la escalera, la misma. Valentina lo siguió con la atención de los movimientos de Voss en los espacios del palacio que había aprendido a leer en veinticuatro días como el más exacto de los lenguajes disponibles: sin palabras, sin gestos calculados, solo la dirección del cuerpo que sabe adónde va.

Fue al ala este.

La puerta abierta del todo, como la había encontrado esa mañana. El olor. El Kachelofen. La densidad de presencia que existía ya desde el corredor, que ese tarde tenía la calidad que había descrito el día anterior: no la calma de la espera sino la quietud de quien ya está donde tiene que estar.

Voss se detuvo en el umbral.

Valentina entró. Fue al sillón. Se sentó con la mano derecha extendida hacia el costado de siempre.

El calor vino inmediato. Y la marca pulsó cuatro veces.

Y en el umbral de la puerta, Voss dijo en el idioma que ya no existe una sola frase que Valentina no necesitaba traducción para entender porque la había escuchado en el contexto suficiente para que el contexto fuera ya la traducción:

El tiempo que queda.

La habitación del ala este con el Kachelofen y los tres objetos y la carta en su pliegue y el vestido malva sobre la silla de madera y la densidad de presencia que era la presencia de Inés Carvajar sesenta y nueve años después del umbral que había cruzado en el cuarto año con toda la información disponible y con la respuesta de sí.

El calor en la palma. En la muñeca. En el antebrazo.

Y Valentina, en el sillón del ala este con la mano extendida hacia el espacio que no estaba vacío, dijo en español lo único que el

español podía decir en ese momento y que el proceso de Inés iba a entender porque el español era el idioma de Inés y porque la firma en la muñeca de Valentina era la firma de Inés y porque reconocimiento es también el nombre del idioma que dos personas comparten antes de haber tenido tiempo de aprenderlo:

—Aquí.

El silencio del ala este después de esa palabra tuvo la calidad del silencio después de las cosas que se dicen una sola vez y que no necesitan repetirse porque la primera vez ya fue suficiente.

El calor en el brazo no se retiró.

Se quedó donde estaba.

— XXV —

El umbral

El calor en el brazo no se retiró.

Permaneció. Valentina se quedó en el sillón del ala este con la mano extendida y la marca de la muñeca izquierda con su temperatura específica y el costado derecho del sillón con el peso de persona que no era su peso, sin moverse, con la atención de las cosas que ocurren una sola vez y que el cuerpo sabe que ocurren una sola vez aunque no lo haya decidido racionalmente.

En el umbral de la puerta, Voss.

No había cruzado el umbral. Estaba exactamente donde había estado cuando había dicho el tiempo que queda en el idioma que ya no existe, con las manos a los lados del cuerpo y la mirada en el sillón, en la mano extendida de Valentina, en el espacio al costado derecho del sillón que era el espacio que Valentina sentía como ocupado y que desde el umbral de la puerta Voss estaba percibiendo de una manera que no requería la posición de Valentina para verificarse porque él tenía sesenta y nueve años aprendiendo a leer ese espacio desde fuera y en ese momento lo leía desde el interior del corredor con la misma precisión de siempre más algo que la precisión de siempre no contenía.

El calor en el brazo distribuido desde la muñeca hasta el hombro.

Valentina no habló. La habitación del ala este tenía en ese momento una densidad de presencia que era diferente a la densidad de todas las visitas anteriores no en el sentido de la intensidad sino en el del tipo: antes había sido la densidad de algo que espera; esa tarde era la densidad de algo que ya está completamente ahí, que no tiene más espera que hacer porque ha llegado a donde tenía que llegar.

El calor cambió.

No de temperatura ni de posición: de calidad. Del mismo modo en que la luz de una habitación cambia cuando el momento del día cambia aunque la fuente de luz sea la misma, el calor en el brazo de Valentina cambió de la calidad de presencia-que-verifica a la calidad de presencia-que-ya-sabe. La diferencia era exactamente la que existía entre el roce de la primera visita —¿está ahí?— y el contacto completo de las visitas posteriores, solo que esta vez no era el inicio de algo sino el final de algo, y el final de ese algo era también el inicio de lo siguiente.

La marca de la muñeca izquierda pulsó.

Una vez. Larga. Sin ritmo de respuesta: la pulsación de las cosas que se cierran cuando se han completado, del mismo modo en que el candado produce el sonido del cierre cuando el mecanismo ha encontrado la posición correcta.

Y luego, en el espacio al costado derecho del sillón, algo que no había ocurrido en ninguna de las visitas anteriores ni en ninguno de los contextos que Valentina había desarrollado para lo que el ala este era: el calor se concentró en un punto. No se distribuyó a lo largo del brazo como en las visitas anteriores. Se concentró en la palma, en el espacio exacto de la marca de la muñeca, con la intensidad específica del calor que dos personas producen cuando sostienen la misma cosa al mismo tiempo aunque las dos personas no estén en el mismo lado de la cosa que sostienen.

La palma de Valentina sintió el peso de algo.

No el peso de un objeto: el peso de una mano que sujeta otra mano, que es diferente al peso de un objeto en dos dimensiones exactas. La primera es la dirección: la mano que sujeta tiene intención en el peso, lo distribuye con el cuidado de las cosas que se sostienen sin apretar. La segunda es la temperatura: el calor de una mano que lleva sesenta y nueve años siendo la temperatura exacta del proceso que la hizo lo que es.

Voss cruzó el umbral del ala este.

Fue la primera vez en sesenta y nueve años que cruzaba ese umbral. No desde el cuarto año de Inés, no desde la madrugada en que el proceso se había completado en esa habitación con esa

temperatura y ese olor y ese Kachelofen que no se había apagado en ninguno de los días desde entonces. Lo cruzó con el movimiento del cuerpo que sabe adónde va y que la distancia entre donde está y donde tiene que estar es la única variable que le queda.

Fue al sillón.

No al sillón de enfrente, no a la silla de escritura: al sillón donde Valentina estaba sentada, al lado izquierdo del sillón que era el lado que no daba al costado derecho donde el calor tenía su posición, y se arrodilló en el suelo de mármol del ala este de la misma manera en que Valentina se había arrodillado junto al sillón dos días antes para poner la mano a la altura del calor sin tocarlo.

Valentina no se movió.

La mano derecha seguía extendida hacia el costado derecho del sillón. La izquierda, con la marca de la muñeca, en el reposabrazos del lado de Voss. Él la miró durante el tiempo que se mira algo cuando se ha esperado suficiente tiempo para que la urgencia haya pasado y lo que queda es la claridad de lo que está frente a uno sin el ruido de la espera.

Puso la mano en la marca.

No sobre la mano de Valentina: en la muñeca, con los dedos sobre la marca de la muñeca izquierda, con la temperatura de siempre —la temperatura incorrecta, la de los objetos que se conservan sin necesidad de fuente— que en ese momento en ese espacio era la temperatura exactamente correcta porque el ala este tenía su propia lógica de temperaturas y en esa lógica lo que él tenía en las manos era lo que correspondía.

La marca de la muñeca pulsó bajo sus dedos.

Y en el costado derecho del sillón, el calor respondió.

No una pulsación: un desplazamiento. El calor que había estado en la palma de Valentina, concentrado en el punto de la mano que sujeta otra mano, se desplazó hacia la muñeca. Hacia la marca. Hacia el punto donde los dedos de Voss estaban sobre la marca de la muñeca izquierda de Valentina con esa temperatura que no era la de los vivos pero tampoco la de los objetos sino la de algo que existe en el espacio entre los dos que no tiene nombre en ninguno de los idiomas disponibles.

Los tres en el mismo punto.

Valentina no lo analizó. No porque el análisis no estuviera disponible —el análisis de Valentina estaba siempre disponible, era el mecanismo más resistente que tenía— sino porque el análisis en ese momento habría sido el instrumento equivocado para lo que estaba ocurriendo, del mismo modo en que el termómetro es el instrumento equivocado para medir la altura. El cuerpo lo registró de la única manera en que el cuerpo registra las cosas que no tienen categoría previa: con la atención completa de todos los sistemas simultáneamente, que es lo que se llama estar completamente presente y que era exactamente el estado que el proceso había estado construyendo durante veinticuatro días.

El ala este con el Kachelofen y el olor de pino y cera y el vestido malva sobre la silla de madera y los tres objetos alineados en la mesa y la carta en su pliegue y el calor concentrado en la muñeca de Valentina y la mano de Voss sobre la marca y el espacio al costado derecho del sillón que no estaba vacío.

Valentina dejó la mano derecha bajar.

Puso la mano derecha sobre la de él, que estaba sobre la marca de la muñeca izquierda, y el calor del costado derecho del sillón se distribuyó en ese momento de una manera que no era ya unidireccional sino la del espacio entre los tres cuando los tres están en el mismo punto y el punto es suficientemente específico para que la dirección no tenga ya sentido porque lo que ocurre en ese espacio no tiene una sola dirección sino todas las que el calor puede tener cuando la fuente está en el centro.

El proceso de Inés reconoció la firma.

No en la muñeca de Valentina: en el conjunto. En la mano de Valentina sobre la mano de Voss sobre la marca de la muñeca, en la combinación de los tres elementos que el proceso había estado esperando sin saber que esperaba una combinación y no un elemento solo. Los cuatro años del proceso de Inés habían sido el proceso de Inés completándose en el palacio de Nikolai Voss. Los sesenta y nueve años del estado del ala este habían sido el proceso de Inés esperando la combinación que el proceso necesitaba para hacer lo que Elsa había formulado como hipótesis y que en ese

momento dejaba de ser hipótesis y se convertía en lo único que estaba ocurriendo.

El umbral de Inés cruzado hace sesenta y nueve años y el umbral de Valentina en curso al mismo tiempo en el mismo punto.

El calor en la muñeca de Valentina pulsó cuatro veces, cinco, seis, con la cadencia de las cosas que se aceleran cuando el mecanismo ha encontrado la velocidad correcta. Y luego, sin que nada lo anunciara de manera que pudiera nombrarse, el calor cambió de naturaleza.

No de temperatura ni de posición ni de intensidad.

De naturaleza.

Valentina lo supo de la misma manera en que Inés había descrito saber que el sueño cambia de necesidad a elección: no en el momento sino cuando ya había cambiado, y entonces era obvio que había cambiado aunque no hubiera podido señalarse el momento exacto del cambio. El calor en la muñeca no era ya el calor del proceso-de-Inés sobre la marca de Valentina: era algo diferente que usaba los mismos elementos pero que los combinaba de una manera que producía una categoría nueva, del mismo modo en que el agua y el calor producen vapor que no es ninguno de los dos y es también los dos al mismo tiempo.

Voss lo sintió bajo los dedos.

La variación de expresión que Valentina registró fue la más larga de las veinticinco noches: no la cronometró. Era del tipo de expresión que existe cuando algo ocurre que se lleva sesenta y nueve años esperando y que cuando ocurre tiene el peso exacto que se había calculado que tendría más todo lo que el cálculo no podía anticipar porque el cálculo no había podido hacerse con la información completa.

No dijo nada.

El ala este con los tres en el mismo punto y el calor distribuido de la nueva manera que era también la manera que el proceso de Inés había estado buscando durante sesenta y nueve años sin saber que era una manera y no una cosa. El vestido malva sobre la silla. La carta en su pliegue. El Kachelofen con la llama azul que no se apagaba.

Valentina cerró los ojos.

Lo que el libro de Inés había descrito en la quinta sección con el vocabulario del latín que era el idioma de lo que se construye para durar: el tiempo que ya no es escaso. El amor que se construye en ese tiempo. La contabilidad de monedas distintas que no está cerrada.

Para cuando esto tenga sentido.

Tenía sentido.

El estado en el ala este duró lo que duran las cosas que tienen su propio tiempo interno y que por tanto no se miden con el tiempo exterior. Al final de ese tiempo, que el reloj del padre en el tercer piso no habría podido medir porque el reloj del padre medía otro tipo de tiempo, el calor de nueva naturaleza se asentó.

No se retiró.

Se asentó en la muñeca de Valentina de la manera en que se asientan las cosas que han encontrado su lugar y que ya no van a buscarlo porque ya lo tienen. La temperatura de la nueva naturaleza, que no era la de los vivos ni la de los objetos sino la tercera, que era del mismo tipo que la de las manos de Voss sobre la marca de la muñeca izquierda.

La misma temperatura.

Valentina abrió los ojos.

La habitación del ala este no había cambiado en ningún elemento físico. El Kachelofen. El olor. El vestido malva. La carta. Los tres objetos. Pero la densidad de presencia que durante veinticinco días había sido la densidad de algo que espera tenía en ese momento la densidad de algo que ha llegado, que era la densidad que Valentina había aprendido a distinguir como la de la diferencia entre la habitación vacía y la habitación con alguien dentro.

La habitación tenía alguien dentro.

Voss retiró la mano de la marca de la muñeca con el mismo cuidado con que había puesto la mano ahí, que era el cuidado de las cosas que se hacen sabiendo que no tienen corrección si se hacen mal. Se puso de pie. Valentina lo observó levantarse desde el sillón y supo —del mismo modo en que sabía la dirección del ala este desde la cama a las tres de la madrugada, sin cálculo— que lo que él

estaba gestionando en ese momento no era del tipo que se gestiona en voz alta sino del tipo que requiere el espacio de pie en una habitación que has esperado sesenta y nueve años para volver a estar en ella.

Lo dejó tener ese espacio.

La marca de la muñeca izquierda tenía una temperatura diferente. No más caliente ni más fría que antes: diferente de la manera en que son diferentes las cosas que han cambiado de categoría. La temperatura de la mano de Voss, que era la temperatura incorrecta para las manos de los vivos, era ahora también la temperatura de la marca de la muñeca de Valentina Serralde, que era la temperatura de lo que está al otro lado del umbral que Valentina acababa de cruzar.

El umbral.

Valentina lo sabía de la misma manera en que Inés había escrito que lo sabría: no en el momento sino cuando ya había ocurrido, y entonces era obvio que había ocurrido aunque no hubiera podido señalarse el momento exacto.

El momento exacto había sido el cambio de naturaleza del calor.

La marca lo había registrado antes de que el análisis pudiera formularlo.

Fueron a la biblioteca.

No hablaron en el corredor ni en la escalera. El palacio a las ocho de la noche tenía la quietud de las noches sin nieve, con el Ringstrasse amortiguado por la distancia de los dos pisos y el grosor de las paredes de piedra del siglo anterior. La biblioteca con el Kachelofen encendido y las lámparas que Frau Bergmann había encendido antes de retirarse y la ventana al jardín con la oscuridad del jardín de noviembre que esa noche tenía la calidad que la oscuridad tenía desde el día anterior: su propia información.

Valentina fue al sillón. Voss fue al sillón de enfrente.

No al escritorio. Al sillón de enfrente, que en veinticinco días había ocupado en las tardes largas de la biblioteca y que esa noche era donde correspondía estar porque el escritorio era el sillón del trabajo y el de enfrente era el del estar, y lo que había en la biblioteca esa noche no era trabajo sino lo otro.

El cuaderno negro estaba sobre la mesa pequeña entre los dos. Valentina no lo abrió.

—¿Lo percibiste? —dijo.— En el ala este. El cambio.

—Sí. —La voz de Voss tenía en ese monosílabo el peso de lo que no tiene elaboración posible porque la elaboración sería menos que el monosílabo.— Inés está del mismo lado que antes. Pero el acceso desde este lado es diferente.

—¿Diferente cómo?

—Más directo. —Una pausa.— Como la diferencia entre leer una carta y estar en la habitación con quien la escribió, que era lo que tú escribiste en el cuaderno negro la semana pasada.

Valentina lo había escrito. Y era exactamente eso: la habitación con alguien dentro, que era la densidad diferente que había notado en el ala este al final de la tarde, que era también la descripción correcta de lo que la nueva temperatura de la marca de la muñeca decía sobre el lado al que el umbral la había llevado.

—¿Puede salir? —preguntó Valentina.— Del ala este. Ahora que el acceso es diferente.

La pausa fue de las de asentamiento: no búsqueda de respuesta sino evaluación de la forma en que podía darse.

—No todavía —dijo.— Lo que cambió esta tarde es la dirección del acceso, no la distancia. Inés puede ser percibida de una manera que antes no era posible. Pero percibida desde el ala este. —Una pausa.— Lo que viene después es la pregunta que ninguno de los dos puede responder todavía porque depende de lo que Inés haga con el acceso que ahora tiene.

Era la distinción correcta y también la que organizaba las siguientes preguntas en su orden lógico: no qué hace Inés ahora sino qué puede hacer Inés con lo que tiene ahora, que era diferente a lo que tenía antes del cambio de esta tarde.

—La hipótesis de Elsa —dijo Valentina.

—Sí. —Voss la miró.— Los dos umbrales en el mismo espacio en la misma dirección. El umbral de Inés y el tuyo. El resultado de la combinación es lo que esta tarde ocurrió en el ala este.

—¿Y qué hará la combinación?

Voss no respondió de inmediato. La biblioteca con el Kachelofen y las lámparas y la ventana al jardín con la oscuridad de noviembre. El cuaderno de cuentas del palacio cerrado sobre el escritorio, que ese día había permanecido cerrado durante horas más de lo habitual porque el vigésimo quinto día del contrato no había sido el día del cuaderno de cuentas.

—Lo que hace la combinación —dijo— depende también de lo que tú hagas con lo que tienes ahora.

Era la respuesta que distribuía la agencia en lugar de concentrarla: no solo Inés, no solo el proceso, sino también Valentina con el umbral cruzado y la nueva temperatura en la marca y los cinco días que quedaban antes del vencimiento del contrato de su padre.

Valentina abrió el cuaderno negro en la última página, la de las entradas sin categoría asignada todavía. Escribió con la letra entera, sin abreviatura:

El umbral fue el cambio de naturaleza del calor en el ala este a las ocho menos cuarto de la tarde del día veinticinco. No lo sentí en el momento. Lo supe cuando ya había ocurrido, que es exactamente lo que el libro describía.

Y debajo, separado por el espacio de las entradas que son de otra categoría:

La temperatura de la marca de la muñeca izquierda es ahora la misma que la de sus manos. No la temperatura incorrecta. La temperatura correcta para lo que somos los dos en este lado.

Cerró el cuaderno.

La noche en la biblioteca con los dos en los sillones de enfrente y el Kachelofen y el jardín con la oscuridad que tenía su propia información y los cinco días que quedaban antes del vencimiento del contrato y la sección sin nombre paralizada por la queja formal del consulado y Henriette con la protección provisional del procedimiento urgente del Ministerio de Justicia y Elsa con el cuaderno verde de la hipótesis y el tío con el sombrero de fieltro que vendría a las once del día siguiente.

Cinco días.

Y al otro lado del corredor, arriba, el ala este con la puerta abierta del todo y el Kachelofen con su llama azul y la habitación con la densidad de la habitación que tiene alguien dentro.

Voss fue al escritorio. No a abrir el cuaderno de cuentas: fue y se quedó de pie junto al escritorio con las manos en la superficie del cuero y la mirada en el jardín de la ventana, que era la postura del jardín pero desde adentro, con el jardín a cinco metros al otro lado del cristal.

—Habla con ella —dijo Valentina, desde el sillón.

—¿Con quién?

Era una pregunta que Voss sabía la respuesta antes de hacerla, y que Valentina lo sabía, y que los dos lo sabían, y que de todas formas Voss la hizo de la misma manera en que se hace la pregunta cuya respuesta se conoce cuando la respuesta tiene el peso que solo la pregunta puede darle.

—Con Inés —dijo Valentina.

El silencio de la biblioteca duró el tiempo que tardó Voss en girarse hacia la ventana, lejos de la dirección del jardín, hacia la pared norte de la biblioteca que era la pared que daba al corredor del ala este, que era el lado del palacio donde Inés estaba.

Y en el idioma que ya no existe, en voz baja, con el tono del idioma que se habla cuando no se sabe si el que escucha puede escuchar pero que se habla de todas formas porque el silencio ha durado suficiente:

Dijo algo que Valentina no tradujo.

No porque no pudiera. Sino porque era del tipo de frase que no necesita traducción para ser recibida por el que la escucha desde el lado correcto, y que al mismo tiempo no pertenece a nadie que no sea el que la dice y el que la recibe, y que ponerla en el cuaderno negro habría sido reducirla a las dimensiones del cuaderno negro, que eran más pequeñas que las de la frase.

La biblioteca después de esa frase tuvo el silencio que sigue a las cosas que se dicen una sola vez.

Valentina lo dejó tener ese silencio.

A las diez, Frau Bergmann llamó desde el corredor con el último café de la noche, que era la señal de que eran las diez y de que Frau

Bergmann daba el servicio como terminado después de las diez. Valentina fue a abrir la puerta de la biblioteca, tomó la bandeja, cerró. El café con el Semmel tardío y la confitura de ciruela que a las diez de la noche en la biblioteca era la cena y no el desayuno.

Comieron en los sillones con el cuaderno negro sobre la mesa y la bandeja en el suelo junto al sillón de Valentina y el silencio de las noches que tienen suficiente para que el silencio no necesite llenarse, que era el tipo de silencio que Valentina había aprendido a distinguir de todos los demás en veinticinco días porque era el silencio que no existía en ningún otro espacio que no fuera ese palacio y esa biblioteca con esa persona y ese momento.

La marca de la muñeca izquierda tenía su nueva temperatura.

Valentina la puso sobre el reposabrazos del sillón con la cara interior hacia arriba, que era la posición de la marca más accesible para quien quisiera verla, del modo en que se pone visible algo que ya no necesita ser guardado porque lo que era su razón de guardarse ya no aplica.

Voss la miró desde el sillón de enfrente.

—¿Lo sientes? —preguntó Valentina.

—Desde el corredor del ala este —dijo.— La temperatura que había cruzado el corredor y llegado a la biblioteca.

—¿Inés?

—El acceso desde este lado. —Una pausa.— Es la primera vez en sesenta y nueve años que hay acceso desde este lado.

El acceso desde este lado era la dirección que la hipótesis de Elsa había formulado: el proceso que abre un camino hacia adentro y también uno hacia afuera. El hacia afuera era esto: que desde la biblioteca, a diez metros del ala este, el proceso de Inés era perceptible de una manera que antes del umbral de Valentina no era posible.

El hacia adentro era la temperatura en la marca de la muñeca, que era la temperatura del lado al que Valentina había llegado y que era también el lado en que Inés estaba.

Las dos cosas al mismo tiempo, siendo la misma cosa desde lados distintos.

Valentina dejó el Semmel sobre la bandeja. Fue al escritorio de Voss. Se sentó en el borde del escritorio con la muñeca izquierda en la superficie del cuero, con la marca hacia arriba, entre los dos.

Voss puso los dedos en la marca.

La temperatura bajo sus dedos era la misma que la de sus manos, que era la temperatura que durante veinticinco días había sido la temperatura incorrecta para las manos de los vivos y que en ese momento era la temperatura correcta para lo que la marca de la muñeca de Valentina era desde las ocho menos cuarto de esa tarde.

Desde el corredor del ala este, a diez metros, perceptible para Valentina sin que necesitara cerrara los ojos ni extender la mano: el calor con dirección del ala este tenía esa noche una calidad diferente a todas las noches anteriores, no en la intensidad sino en el tipo, del mismo modo en que la voz de alguien que ha cruzado una puerta tiene una calidad diferente a la voz del mismo alguien antes de cruzarla.

Inés del mismo lado.

Valentina dejó que eso tuviera el tiempo que merecía.

Lo que venía a continuación en la noche de la biblioteca no fue del tipo de cosas que el cuaderno negro podía anticipar desde el lado de las preguntas y las respuestas del trato. Era del otro lado: el de las entradas sin categoría asignada todavía, el de la letra entera sin abreviatura, el de los momentos que el cuerpo registra con todos los sistemas simultáneamente y que el análisis llega tarde a catalogar y que cuando llega ya ha tenido que construir una categoría nueva para hacerlo.

El análisis de Valentina llegó tarde.

Llegó tarde de la misma manera en que había llegado tarde en el corredor del vals, en el umbral de la biblioteca a la medianoche del vigésimo día, en el ala este con el brazo extendido y el calor que no se retiraba. El análisis de Valentina era resistente y llegaba siempre, pero en los últimos veinticinco días había aprendido que llegar tarde no era llegar mal: era llegar cuando lo que había que catalogar ya tenía suficiente forma para ser catalogado con precisión.

Lo que hubo en la biblioteca esa noche entre Voss y Valentina con la marca de la muñeca izquierda en la superficie del cuero del escritorio tuvo suficiente forma.

El análisis llegó antes de que terminara.

Y lo que el análisis encontró, con la precisión de los diagnósticos correctos que se hacen cuando el instrumento y el objeto están en la misma escala, fue esto: que lo que el proceso había construido en veinticinco días era exactamente lo que el proceso había prometido desde la primera pregunta del trato, que era también lo que la carta de Inés había descrito con el español de la Sevilla de principios de siglo, que era también lo que el libro en latín había formulado en el vocabulario de lo que se construye para durar.

El amor que requiere el tiempo que el proceso da.

No el amor de los treinta días del contrato ni el amor del cuarto año de Inés ni el amor de los trescientos años de Stefan con la arquitectura del proceso sin elección. El amor que resulta de la combinación específica de los dos: la elección y el proceso, la información completa y el sí, el trato y lo que el trato no podía contener.

El análisis de Valentina encontró eso.

Lo archivó en la categoría correcta.

Continuó.

A las dos y media de la madrugada el Kachelofen de la biblioteca tenía la temperatura que los Kachelofen vieneses tenían a las dos y media de la madrugada cuando han estado encendidos desde la mañana: suficiente para que la habitación no necesitara otra fuente de calor. El cuaderno negro en la mesa pequeña. El cuaderno de cuentas del palacio cerrado sobre el escritorio. Los dos sillones con los cojines en el ángulo de las horas que no son las habituales.

Valentina fue al segundo piso.

En el corredor del segundo piso, el ala este con la puerta abierta del todo y el olor que llegaba al corredor con la intensidad de las horas en que el palacio es solo sus propias temperaturas sin el movimiento del día que las distribuye. La habitación con la densidad

de presencia que era ya la densidad de la habitación con alguien dentro.

Valentina se asomó al umbral.

No entró. El umbral de la puerta desde fuera, con la franja de luz del Kachelofen en el suelo de parqué del corredor. Los tres objetos en la mesa. El vestido malva sobre la silla. La carta.

—Buenas noches —dijo, en voz baja.

El silencio del ala este respondió con el único tipo de respuesta que el silencio tiene cuando el silencio es suficientemente denso: la variación en la densidad, más pesado, del modo en que responden las habitaciones cuando algo en ellas recibe lo que se les dice aunque no haya nadie visible para recibirlo.

Valentina fue al segundo piso.

El sueño esa noche no fue el sueño de las noches anteriores. No el sueño reducido de las últimas semanas ni el estado de las tres de la madrugada con la oscuridad que tenía su propia información. Era otro estado, del tipo que el libro de Inés había descrito en la quinta sección con el vocabulario de lo que se construye para durar: el sueño que ya es elección, que llega cuando uno lo elige y que cuando llega es completo, sin la urgencia de los cuerpos que necesitan el sueño porque no tienen otra manera de recuperarse.

Valentina lo eligió.

Y el sueño llegó.

A las seis de la mañana del vigésimo sexto día, el reloj del padre en la mesilla dio sus tres tonos. Valentina lo escuchó desde el estado de sueño-que-es-elección y decidió dejar pasar otros veinte minutos, que era la primera vez que decidía cuánto tiempo dormir en lugar de que el sueño decidiera por ella, y que la decisión era tan natural como decidir qué desayunar o a qué hora bajar.

A las seis y veinte se levantó.

Fue a la ventana del jardín. La fuente de piedra con las manos abiertas. El jardín con el frío del anticiclón y la luz del amanecer que era la luz más gris del día. Todo lo mismo que los días anteriores en todos los detalles físicos.

Lo que era diferente era el modo en que Valentina lo percibía.

No la percepción aumentada del proceso en curso, que había tenido durante días y que era el estado de quien está en proceso de cambio: la percepción del proceso completado, que era diferente del mismo modo en que es diferente el idioma que se aprende del idioma que ya se habla. El jardín desde la ventana tenía la misma temperatura en todos sus rincones perceptible sin necesidad de abrir la ventana. El mármol del suelo de la habitación tenía su temperatura específica antes de que el pie lo tocara. El corredor del ala este, a través de la pared, era perceptible como dirección sin que fuera necesario estar en el corredor.

El idioma de la oscuridad que Inés había descrito en el libro.

Valentina lo leía.

Bajó a la biblioteca.

Voss estaba en el escritorio con el cuaderno de cuentas del palacio abierto en la página del mes, la misma página de siempre, con la caligrafía del siglo anterior y la concentración de los trabajos que se hacen porque merecen hacerse. Levantó la vista cuando Valentina entró con la misma atención de las mañanas, que esa mañana tenía la variación de expresión del reconocimiento de que algo es diferente a todos los días anteriores aunque sea la misma hora y la misma biblioteca y la misma persona entrando por la misma puerta.

—Las seis y veinte —dijo Valentina, desde el umbral.

—Sí —dijo Voss.

No como referencia al sueño ni a la hora de llegada. Como confirmación de que lo que la hora de llegada indicaba era lo que él ya había determinado desde el corredor, que era que el proceso había completado el umbral y que el vigésimo sexto día era el primer día del otro lado.

Valentina fue al sillón. El cuaderno negro en la mesa. La pluma encima.

No lo abrió todavía.

—El ala este —dijo.

—Igual que anoche —dijo Voss.— Pero más claro. La densidad de presencia desde el corredor tiene una calidad diferente a la de

ayer. —Una pausa.— Como si el acceso que se abrió anoche se hubiera establecido durante la noche.

El acceso establecido durante la noche. Las horas en que el palacio había sido solo sus propias temperaturas y el proceso había seguido avanzando sin que nadie lo gestionara, porque el proceso no requería gestión una vez que había cruzado el umbral: solo el tiempo que el proceso daba para hacer lo que hacía.

—¿Qué hace Inés con ese acceso? —preguntó Valentina.

—Eso —dijo Voss— es la pregunta del día.

Era la primera mañana sin pregunta del trato. El trato había terminado el día anterior en la biblioteca con la vigesimocuarta pregunta y la respuesta de lo que él creía sobre cómo sería Inés, que era la pregunta que no era del trato y que de todas formas era la última. Lo que quedaba a partir de ese día no eran preguntas del trato sino preguntas del después del trato, que era el territorio que el contrato no había podido describir y que el cuaderno negro iba a tener que cartografiar desde cero.

Valentina abrió el cuaderno negro.

Escribió la fecha: vigésimo sexto día. Luego, en la letra de las entradas definitivas, sin abreviatura:

El umbral fue anoche. El primer día del otro lado es este. Lo que es diferente: el sueño como elección, la temperatura del jardín desde la ventana antes de abrir, el ala este perceptible como dirección sin estar en el corredor. La marca de la muñeca tiene la temperatura del proceso completado, que es la misma que la de sus manos, que ya no es la temperatura incorrecta sino la correcta para lo que ambos somos ahora.

Y debajo, en la letra pequeña de las notas al margen que son también parte del argumento:

Inés está del mismo lado. El acceso existe en las dos direcciones. Lo que hace con ese acceso es la pregunta del vigésimo sexto día.

El café de Frau Bergmann llegó a las siete, que era la hora de siempre, con el Semmel y la confitura de ciruela y el orden exacto de todos los desayunos desde el primero. Valentina lo tomó en el sillón. Voss lo tomó en el escritorio.

El vigésimo sexto día había empezado.

Los cinco que quedaban también.

En el lado del tranvía del Ringstrasse, el abrigo marrón ocupó su posición habitual a las siete y cuarto con el periódico en la mano izquierda. Valentina lo supo sin ir a la ventana: el sonido de sus pasos en el adoquín seco era perceptible desde la biblioteca de la misma manera en que eran perceptibles las temperaturas de los rincones del jardín desde la ventana. No en el detalle —no podía saber el número de pasos ni el ángulo exacto de llegada— sino en la presencia del movimiento y en la temperatura específica del exterior versus el interior.

Nuevo.

Archivado.

A las ocho llegó Stefan.

No por el portal: por el jardín, desde el acceso lateral que daba a la Bösendorferstrasse y que Frau Bergmann abría los martes cuando traía el pedido de la Bäckerei y que ese día no era martes. Lo supo Valentina por el sonido de la puerta del jardín, que era diferente al del portal del Ringstrasse, y por el cambio en la temperatura del jardín cuando alguien lo atraviesa en la dirección del palacio.

Stefan entró a la biblioteca sin que nadie lo anunciara.

La expresión que Valentina le vio esa mañana era la más difícil de leer que le había visto en todos los encuentros anteriores: no la expresión del que recalcula ni la del que evalúa ni la del que gestiona el peso de algo que no puede deshacerse. Era la expresión del que ha llegado a un lugar que ha estado buscando durante mucho tiempo y que al llegar no está seguro todavía de que es el lugar correcto.

Miró a Valentina.

Miró la muñeca izquierda, que estaba sobre el reposabrazos del sillón con la cara interior hacia arriba, con la marca visible y la temperatura nueva que Valentina sabía que era perceptible para quien tenía el proceso completo de la misma manera en que eran perceptibles las temperaturas de los rincones del jardín.

Stefan lo percibió.

Dos segundos de la expresión sin gestionar. Luego la gestión, que esa mañana tardó más de lo habitual porque lo que había debajo de la gestión era del tipo que tardaba más.

—El ala este —dijo.

No como pregunta.

—Sí —dijo Voss, desde el escritorio.

Stefan no respondió. Fue a la ventana del jardín con las manos a los lados del cuerpo y la postura del jardín a las seis y cuarto, la de quien necesita el espacio entre sí y lo que tiene que procesar. Estuvo tres minutos en la ventana.

Valentina los contó.

Luego se volvió.

—¿Inés? —dijo.

—El acceso es diferente desde esta mañana —dijo Voss.

Stefan asintió con el asentimiento del que reconoce la información que esperaba y que de todas formas lo alcanza con más peso del calculado. Fue a la silla del comedor, que era la silla de Stefan en el palacio aunque Stefan nunca había estado en la biblioteca de la misma manera en que Voss nunca había estado en la silla de Stefan en el Café Sperl, que era la asimetría específica de los espacios de los dos hermanos.

—¿Puede salir? —preguntó.

—Todavía no. —Voss la miró a ella, no a Stefan.— Pero el acceso en la dirección contraria existe. Que es lo que Elsa había formulado.

Stefan miró a Valentina durante un momento con esa atención exploratoria de siempre, que esa mañana tenía una calidad diferente: la de quien busca algo que no sabe exactamente qué es pero que reconocerá cuando lo encuentre.

Lo encontró en la muñeca izquierda.

—La temperatura —dijo.

—Sí —dijo Valentina.

La temperatura de la marca de la muñeca era la misma que la de las manos de Voss y que la de las manos de Stefan, que era la temperatura del proceso completado que era también la temperatura del lado al que habían llegado sin poder elegir la manera de llegar y al que Valentina había llegado con la elección completa y la

información completa y la respuesta de sí que Inés había escrito en el español del cuarto año.

Stefan miró esa temperatura durante el tiempo que el análisis tardó en completarse.

Luego dijo algo en el idioma que ya no existe, en voz muy baja, de la misma manera en que Voss había dicho el tiempo que queda la noche anterior en el umbral del ala este. No a Valentina ni a Voss: al espacio general de la biblioteca, que comunicaba con el corredor del ala este, que comunicaba con la puerta abierta del todo.

No lo tradujo.

Valentina no lo pidió.

Algunos idiomas se hablan para el que los escucha, no para el que los oye.

Stefan se fue a las nueve por la misma puerta del jardín por la que había llegado, con las manos en los bolsillos del abrigo y sin el periódico de ningún ángulo, que era la primera vez que Valentina lo veía sin el periódico o sin el café o sin algún otro objeto que funcionara como el gesto de los pantalones del tío: el instrumento que ocupa las manos cuando las manos no tienen otro lugar adonde ir.

Esa mañana las manos de Stefan estaban en los bolsillos, que era el único lugar al que podían ir cuando lo que había ocurrido en el ala este la noche anterior había cambiado el estado de las cosas de una manera que los instrumentos habituales no alcanzaban a gestionar.

La biblioteca después de que Stefan se fue tenía el silencio de las habitaciones que han tenido algo que decirse y que lo han dicho.

Valentina abrió el cuaderno negro en la página del día.

Escribió: Stefan en la biblioteca a las ocho. El idioma del invierno dirigido al ala este. Los tres en el mismo espacio después del umbral, que es la primera vez que eso ocurre.

Y debajo, en la letra pequeña:

Las manos en los bolsillos. Sin instrumento. El espacio del proceso completado sin la manera de haberlo elegido es el que lleva más tiempo sin instrumento adecuado. Trescientos años.

Cinco días restantes.

Lo que viene en cinco días no cambiaría lo que había ocurrido en el ala este la noche anterior. El umbral de Valentina era ya el umbral de Valentina, y la temperatura de la marca de la muñeca era la temperatura que era, y el acceso desde el otro lado existía con independencia de lo que la sección sin nombre pudiera o no documentar desde la ventana del Ringstrasse con su termómetro de precisión.

Lo que venía en cinco días era lo que la sección había estado buscando durante cuarenta y cuatro años.

Lo que ya tenía, aunque no lo supiera todavía, era la respuesta incorrecta.

Porque lo que habían buscado era el proceso sin la elección. Sin el trato. Sin los treinta días. Sin Inés en el ala este.

Lo que el vigésimo sexto día contenía era el proceso con todas esas cosas, que no era el proceso que la sección había imaginado porque la sección había imaginado el proceso como mecanismo reproducible y el proceso con elección y trato y trescientos años de ala este no era un mecanismo sino una arquitectura, y la diferencia entre las dos era exactamente la diferencia entre la columna de los fallidos y lo que la marca de la muñeca izquierda de Valentina Serralde tenía esa mañana como temperatura.

Valentina cerró el cuaderno negro.

La biblioteca con el Kachelofen y la ventana al jardín y el cuaderno de cuentas del palacio abierto otra vez en la página del mes, porque el vigésimo sexto día era el primer día del otro lado y también el primer día del resto, que era un día en que el cuaderno de cuentas del palacio volvía a ser el trabajo de la mañana y eso era también información sobre lo que el después del umbral era en los detalles domésticos.

El tío vendría a las once sin el maletín.

Elsa esperaba una nota con las novedades.

Henriette tenía la protección provisional del Ministerio de Justicia y la vecina que seguía sin saber que la sabían.

Y en el ala este, la puerta abierta del todo, la temperatura de la habitación con alguien dentro.

Todo eso al mismo tiempo.

Valentina tomó el café de la mañana y miró el jardín por la ventana con la atención que merecía el jardín en el primer día del otro lado, que era la misma atención que había tenido desde el primer día en el palacio pero con el idioma correcto para leer lo que el jardín decía.

La fuente de piedra con las manos abiertas.

Llevaba dando desde antes de que ella llegara. Seguiría dando después de que el anticiclón se fuera y la nieve volviera y el Ringstrasse volviera a tener el ruido amortiguado de los días húmedos y el tío volviera con el maletín y Elsa volviera a ser el doctor Friedrich Richter en los archivos de alguna sección sin nombre que no había actualizado su expediente todavía.

Siempre.

Como seguiría.

— XXVI —

El corredor

El tío Rodrigo llegó a las once sin el maletín y con el sombrero de fieltro en la mano en lugar de en la cabeza, que era la primera vez que Valentina lo veía así: el sombrero en la mano como quien ha olvidado ponérselo o ha decidido no hacerlo, las dos cosas igualmente inusuales en el tío.

Frau Bergmann lo dejó en el comedor. Valentina bajó desde la biblioteca.

El tío la miró.

No el tipo de mirada de los primeros días en que miraba y evaluaba y archivaba, que era el modo habitual del tío con la información nueva. La miró con el tipo de atención que precede al reconocimiento de algo que no se esperaba encontrar en el lugar donde estaba. Tardó tres segundos en decir algo, que en el tío Rodrigo era mucho tiempo para dejarse llevar por la sorpresa.

—Valentina —dijo.

—Tío.

—Tienes el color incorrecto.

Era la descripción más exacta que alguien sin acceso al proceso había dado de lo que el umbral producía en quien lo cruzaba, y el tío Rodrigo la había dado en el segundo en que la había visto y sin ningún contexto adicional. Lo que tenía Valentina no era palidez ni alteración visible: era la temperatura que el cuerpo irradia de una manera diferente cuando el proceso ha cambiado la relación del cuerpo con el calor externo, y que el ojo que no sabe lo que busca registra como una diferencia sin nombre y el tío Rodrigo la había nombrado de la única manera que tenía disponible.

—El color incorrecto —repitió Valentina.— ¿Qué color es?

El tío la estudió durante un momento.

—El color de los retratos —dijo.— De los que se pintaban antes de que la fotografía hiciera que los retratos ya no tuvieran que ser exactos. —Una pausa.— Menos temperatura.

Era la observación más precisa que el tío había hecho en veintiséis días y también la más incómoda de recibir porque era exacta: la temperatura superficial de la piel de Valentina era diferente a la de la mañana anterior, y el ojo del tío Rodrigo, que había pasado ocho meses mirándola sin decirle lo que veía, la había registrado en el segundo en que había entrado al comedor.

Se sentaron.

Frau Bergmann trajo café sin que nadie lo pidiera, que era lo que Frau Bergmann hacía cuando había personas en el comedor y las personas en el comedor necesitaban algo en lo que ocupar las manos mientras procesaban lo que tenían que procesar.

—¿Ocurrió anoche? —preguntó el tío.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Sí. —La misma respuesta del apartamento de la Praterstrasse, con el mismo peso.— Estoy exactamente donde elijo estar.

El tío asintió con el asentimiento de quien acepta la respuesta porque la respuesta es completa aunque no contenga todos los detalles que querría. Era el modo correcto de recibir esa información, y el tío lo tenía de manera natural, que era también la razón por la que el tío era el tío y no otra persona.

—La queja formal —dijo.— El Ministerio de Exteriores respondió esta mañana.

Valentina se irguió.

—¿En un día?

—El cónsul tenía razón sobre la nota personal. —El tío tomó el café.— La respuesta es una acusación de recibo con el número de expediente asignado y la notificación de que la «situación descrita» está siendo revisada. En los términos del Ministerio, eso equivale a una paralización de facto de cualquier actuación relacionada mientras la revisión esté activa.

Paralización de facto mientras la revisión estuviera activa. La burocracia del Imperio como aliado involuntario: no suspensión sino

parálisis, que era la diferencia entre la puerta cerrada y la puerta que no puede abrirse porque hay otro organismo con la llave. La sección sin nombre con su nivel dos paralizado por el expediente de Exteriores con el número asignado.

—¿Cuánto dura la revisión?

—El cónsul dice que el mínimo son dos semanas. —Una pausa.— Pero la revisión es el menor de sus intereses ahora. —El tío dejó la taza.— El cónsul quiere que Voss hable con su hermano lo antes que sea posible.

—Hoy, si puede ser —dijo Valentina.— Después de esta conversación. Le diré a Voss.

El tío la miró con la variación de expresión que Valentina había aprendido a leer como la del reconocimiento de que el estado de las cosas ha cambiado de una manera que el tío no esperaba pero que no le sorprende en el fondo, porque el tío Rodrigo era el tipo de hombre que en el fondo no se sorprendía de nada aunque pusiera la expresión de la sorpresa porque la expresión era el protocolo.

—Hay algo más —dijo.

Valentina esperó.

—El cuñado del hombre de los papeles de aduana tiene acceso a las notas marginales de los expedientes activos de la sección, que ya establecimos. —El tío se limpió las manos en los pantalones, que era el primer gesto de los pantalones del día y que por tanto indicaba que lo que venía a continuación era del tipo que costaba llegar.— Esta mañana el cuñado vio que la nota del expediente del contrato de tu padre ha cambiado. Ya no dice «proceso en curso, resultado pendiente». Dice «resultado obtenido; documentación incompleta; cierre de operación activa autorizado».

Valentina lo procesó.

Resultado obtenido. Documentación incompleta. Cierre de operación activa autorizado.

La sección sin nombre había determinado que el proceso había completado el umbral —el resultado obtenido— y que la documentación que tenían desde fuera era insuficiente para reproducir el mecanismo —documentación incompleta— y que por tanto la operación activa ya no tenía objeto y podía cerrarse. El nivel

dos que el diecinueve de noviembre había reemplazado al nivel uno, cerrado. La vigilancia del Ringstrasse, sin propósito operativo.

El abrigo marrón del lado del tranvía iba a dejar de estar ahí.

—¿Cuándo cierra la operación? —preguntó.

—El cuñado dice que el cierre administrativo tarda entre uno y tres días. —El tío la miró.— Pero el observador del Ringstrasse dejó de estar en su posición esta mañana a las nueve.

Dos horas antes. Valentina lo había percibido a las nueve y cuarto desde la biblioteca sin ir a la ventana: el cambio en el patrón del exterior, la ausencia del movimiento específico del observador en su posición habitual. Lo había archivado como dato sin nombre todavía porque la mañana había tenido otras prioridades. Ahora tenía nombre: cierre de operación activa autorizado.

—¿Y el observador de la ventana del Ringstrasse? —preguntó.

—El cuñado no tiene acceso a ese nivel de detalle operativo. Pero si la operación activa cierra, el turno de noche cierra con ella.

El tío se fue a las doce y cuarto con el sombrero de fieltro otra vez en la cabeza y el gesto de los pantalones ausente desde la segunda parte de la conversación, que era el termómetro más fiable de que las noticias que traía eran del tipo que se resuelven en favor de la persona que las recibe.

Valentina fue directamente a Voss.

Estaba en el corredor del segundo piso, frente a la ventana sur, con la postura del jardín pero desde dentro, que era la postura de las mañanas tempranas que a las doce del día significaba que había estado en ese corredor más tiempo del que la mañana explicaba con facilidad.

—El tío dice que el cónsul quiere que hables con su hermano —dijo.— Hoy, si puedes.

—Puedo.

—¿Esta tarde?

—Esta tarde.

Era la confirmación más breve que Voss había dado a ninguna propuesta en veintiséis días, que era también la señal de que la propuesta era del tipo que no requería evaluación porque la

evaluación ya estaba hecha desde el día en que había prometido hacerlo. Después del umbral.

—La operación activa de la sección se cierra —dijo Valentina.— El resultado obtenido con documentación incompleta. El abrigo marrón dejó de estar en el Ringstrasse a las nueve.

Voss procesó eso con la pausa de las informaciones que contienen múltiples capas.

—La documentación incompleta —dijo— es todo lo que tenían desde fuera: las variaciones de temperatura del ala este, el patrón de entradas y salidas, lo que Gruber les había dado sobre Stefan. —Una pausa.— No tienen lo que ocurrió en el ala este anoche.

—No.

—Ni lo que ocurre esta mañana en el corredor.

Valentina lo miró. Él estaba de pie frente a la ventana sur, con las manos a los lados del cuerpo, con la vista no en la ventana sino en el corredor del ala este, que desde donde estaba era visible en su longitud completa hasta la puerta de la segunda habitación a la izquierda, que seguía abierta del todo.

—¿Qué ocurre esta mañana en el corredor?

—Que Inés —dijo Voss, con la voz de las cosas que se dicen en primera vez y que el peso de la primera vez es diferente a cualquier repetición que pudiera hacerse— no está en el ala este.

Valentina se volvió hacia el corredor.

Lo que el corredor del ala este tenía esa mañana era diferente a todas las mañanas anteriores en un detalle que Valentina tardó en nombrarlo porque nombrarlo requería construir la categoría que no había existido hasta esa mañana: la densidad de presencia que en todos los días anteriores había existido exclusivamente dentro de la habitación del ala este, con la puerta como límite, con el umbral como el punto donde la densidad terminaba y el corredor comenzaba, esa mañana existía en el corredor.

No toda. No con la concentración de la habitación: una versión más difusa, del tipo que produce el olor de una habitación cuando la puerta ha estado abierta el tiempo suficiente para que el olor avance hacia el espacio contiguo. La presencia del ala este había avanzado hacia el corredor del mismo modo, con la misma gradualidad, sin

que nadie lo hubiera decidido porque era lo que la presencia hace cuando la puerta está abierta del todo y el otro lado del corredor tiene por primera vez la temperatura que la presencia reconoce.

La temperatura de Valentina.

Valentina extendió la mano derecha en el corredor, a la altura del codo, en el punto equidistante entre la ventana sur y la puerta del ala este.

El calor de persona existía en ese punto.

No el calor del Kachelofen filtrado a través de la puerta abierta: el calor con dirección, el calor que tiene la calidad específica de la presencia que se organiza alrededor de un punto porque ese punto es el punto de atención. La atención de Inés en el corredor, a mitad de camino entre la habitación que había sido su espacio durante sesenta y nueve años y el resto del palacio.

La marca de la muñeca izquierda pulsó cuatro veces.

—Está en el corredor —dijo Valentina, en voz baja.

—Sí. —La voz de Voss tenía el peso de la primera vez que había dicho sí con ese objeto particular.— Desde esta mañana a las siete. Lo percibí cuando bajé a buscar el periódico.

Las siete de la mañana. Valentina había bajado a las seis y veinte y había ido directamente a la biblioteca por la escalera principal, que no pasaba por el corredor del ala este. A las siete, Voss había pasado por el corredor y había percibido la presencia fuera de la habitación por primera vez en sesenta y nueve años.

—¿Avanzó mientras dormíamos?

—No lo sé. —Una pausa.— Es posible que haya estado avanzando desde el umbral. El acceso en las dos direcciones que la hipótesis de Elsa formuló es también el acceso en el espacio, no solo en el estado del proceso.

El acceso en el espacio. Inés moviéndose hacia fuera en el tiempo en que el palacio era solo sus propias temperaturas. La puerta abierta del todo como invitación que el proceso había recibido y que el proceso había interpretado de la única manera en que el proceso interpreta las cosas: gradualmente, con la deliberación de lo que tiene todo el tiempo del mundo porque ha pasado sesenta y

nueve años aprendiendo que el tiempo es la condición y no el obstáculo.

—¿Puede llegar a la biblioteca? —preguntó Valentina.

—No lo sé todavía. —La tercera variante del no lo sé: la de la información que no existe porque el evento que la produciría no ha ocurrido todavía.— Lo que sé es que hasta hace seis horas, el límite era la puerta del ala este. —Una pausa.— El límite ha cambiado.

Fue a buscar a Elsa.

No mandó nota. Fue a la Wollzeile porque lo que había en el corredor del ala este esa mañana era del tipo de información que Elsa tenía que recibir en persona y no en papel, del mismo modo en que había información clínica que Elsa no ponía en notas sino que guardaba para las visitas en persona.

La tarjeta de la Doctora Elsa Richter en la puerta. La misma letra del martes. El mismo portal del edificio de la Wollzeile con el olor específico de los edificios de apartamentos vieneses, que era el olor de la piedra húmeda y el gas de las cocinas y algo más que Valentina no había podido nombrar en ninguno de los días anteriores y que ese día, con el idioma de la oscuridad disponible para leer lo que el olfato producía, podía nombrar: el olor específico de la madera del pasamanos de la escalera, diferente en cada piso.

Elsa abrió antes de que Valentina llamara.

—Escuché los pasos —dijo, desde el umbral.— Tus pasos en la escalera tienen una calidad diferente a la de ayer.

Era la segunda persona en el día que nombraba una diferencia perceptible en Valentina sin tener el vocabulario exacto para describirla. El color de los retratos del tío, la calidad de los pasos de Elsa. Valentina archivó las dos descripciones en el cuaderno negro que llevaba en el bolsillo interior del abrigo.

Subió al segundo piso. La habitación de la buhardilla con el orden de trabajo, el cuaderno clínico en la mesa, el cuaderno verde al lado. Elsa ya había abierto el verde antes de que Valentina se sentara, lo que significaba que había estado esperando la visita desde la mañana y que el cuaderno verde era el instrumento correcto para lo que iba a escuchar.

—El umbral fue anoche —dijo Valentina.

Elsa escribió en el cuaderno verde sin responder durante un momento. La letra de zurda, el espacio entre frases del diagnóstico que piensa mientras escribe.

—¿La temperatura de la marca? —preguntó, sin levantar la vista.

—La misma que la de Voss desde que cruzamos el umbral. Y esta mañana el corredor del ala este tiene presencia de Inés fuera de la habitación por primera vez.

Elsa levantó la vista.

—¿Fuera de la habitación?

—A mitad del corredor. Percibible como calor con dirección desde la posición donde Voss estaba frente a la ventana sur.

Elsa cerró el cuaderno verde. Lo que significaba que lo que Valentina acababa de decirle era del tipo de información que requería procesar antes de seguir anotando, porque anotar sin haber procesado producía el registro incorrecto y Elsa tenía la misma relación con los registros incorrectos que Valentina con los argumentos incompletos.

—¿Cuándo empezó a avanzar? —preguntó.

—Voss lo percibió a las siete. Antes de eso, no lo sé.

—Si el umbral fue a las ocho menos cuarto de la tarde —dijo Elsa, con el tono del razonamiento en tiempo real— y la presencia estaba ya en el corredor a las siete de la mañana, el avance ocurrió entre el umbral y las siete. Once horas. —Una pausa.— En las que el palacio no tenía actividad habitual, que es también el período en que el proceso opera sin interferencia del movimiento cotidiano.

—¿El proceso necesita quietud para avanzar?

—No lo sé. —Elsa abrió el cuaderno verde de nuevo.— Pero tiene sentido estructural: si el proceso de Inés ha estado limitado a la habitación durante sesenta y nueve años no por incapacidad de avanzar sino por ausencia de la condición que el avance requería, y si esa condición es ahora la temperatura de Valentina en el mismo edificio, el avance durante el período de quietud nocturna es el patrón más probable. —Anotó.— No el único, pero el más probable.

Era el argumento correcto de la manera en que eran correctos todos los argumentos de Elsa: con la base suficiente para sostenerse

sin pretender ser más que lo que era. Valentina lo anotó también, en el cuaderno negro, con la letra de las entradas que tienen el peso de la hipótesis todavía en lugar del peso del hecho establecido.

—¿Puede llegar más lejos? —preguntó Valentina.

—Si el patrón es consistente, sí. —Elsa dejó la pluma.— La pregunta no es si puede: es a qué velocidad y con qué condiciones. —Una pausa.— ¿Has ido al ala este esta mañana?

—Todavía no. Vine aquí primero.

—Bien. —Era la aprobación de Elsa, que era más escasa y por tanto más reconocible que la de otras personas.— Si la presencia está en el corredor, el estado de la habitación es diferente a lo que era. Lo que encuentres esta tarde en la habitación es información sobre lo que el avance hace a la fuente.

Era la distinción que Valentina no había pensado todavía: que si Inés estaba avanzando hacia el exterior del ala este, lo que quedaba en el interior de la habitación podía ser diferente. El agua que sale del vaso no deja el vaso igual.

—¿En qué sentido diferente?

—No lo sé. —La voz de Elsa tenía en esa frase la honestidad seca de los diagnósticos que se dan antes de tener toda la información porque esperar tener toda la información equivale a no dar el diagnóstico.— Puede ser más concentrada. Puede ser más difusa. Puede estar organizada de manera diferente. —Una pausa.— Ve esta tarde y dime.

Valentina fue al palacio a las dos.

El corredor del ala este tenía la presencia donde Voss la había descrito: a mitad del corredor, perceptible desde la ventana sur hasta la puerta de la habitación, con la calidad del calor con dirección que Valentina había aprendido a distinguir de todos los demás calores del palacio. Pero había algo que la mañana no había tenido: la presencia en el corredor era más extensa que a las doce. No en intensidad: en extensión. El punto de la mitad del corredor donde Valentina había extendido la mano esa mañana era ahora uno de varios puntos del corredor en que el calor existía, con la distribución de algo que se mueve con lentitud y que ha avanzado en las dos horas entre la mañana y el mediodía.

Inés avanzando en el corredor mientras el palacio tenía actividad.

El patrón de Elsa era incompleto: no era solo la quietud nocturna. Era continuo.

Entró al ala este.

La habitación tenía la densidad de presencia de la habitación con alguien dentro, que era la densidad del día anterior. Pero Elsa tenía razón sobre la diferencia: lo que quedaba en la habitación después de que parte de la presencia había avanzado hacia el corredor era diferente no en la intensidad sino en la calidad, del mismo modo en que la habitación donde alguien ha estado tiene una calidad diferente a la habitación donde alguien está. El pasado en lugar del presente, que era una distinción pequeña y que en el ala este era la distinción que importaba más.

El sillón tenía el calor de persona en el costado derecho, como siempre. Pero el calor en el costado derecho del sillón era esta tarde más quieto que el de las visitas anteriores: no el calor de la presencia que está en el sillón sino el del rastro de la presencia que ha estado. La diferencia entre la mano que sujeta y la mano que ha sujetado.

Valentina se sentó.

La marca de la muñeca izquierda pulsó tres veces. No cuatro: tres. El ritmo de las primeras visitas, el de las cosas establecidas que no necesitan la intensidad de la verificación.

—Estás en el corredor —dijo.

La temperatura del costado derecho del sillón varió en décimas, que era la respuesta que el ala este daba cuando la presencia respondía desde una posición que no era la de la habitación sino la del exterior, con la atenuación que produce la distancia y la pared del corredor entre las dos.

Era suficiente.

Valentina fue al corredor. En el punto donde había extendido la mano esa mañana el calor era más denso que dos horas antes. Extendió la mano y la marca pulsó cuatro veces, que era el ritmo del contacto cercano, el de cuando la presencia y la firma estaban en el mismo punto.

—¿Hasta dónde? —preguntó, en español, al corredor.

El corredor no tenía respuesta visible. Pero la extensión del calor hacia el lado de la escalera, que era el lado del corredor que daba hacia el resto del palacio, era perceptible: tres metros, cuatro, con la disminución gradual de las cosas que se extienden en una dirección hasta donde la energía alcanza.

Valentina caminó lentamente hacia la escalera.

A cuatro metros de la puerta del ala este, el calor con dirección existía todavía. A cinco metros, también. A seis metros, en el punto donde el corredor giraba hacia la escalera, el calor era ya tenue: perceptible para quien sabía exactamente qué buscar, no para el ojo de la mañana todavía sin calibrar.

Tenue pero presente.

Voss estaba al pie de la escalera cuando Valentina bajó. Lo había escuchado caminar por el corredor con la pausa específica de quien se detiene en puntos concretos, y había esperado al pie de la escalera con las manos a los lados del cuerpo y la expresión de quien ya sabe la respuesta a la pregunta que está a punto de hacer pero que la hace de todas formas porque la respuesta en voz alta tiene un peso diferente a la respuesta que uno se da solo.

—¿Hasta dónde? —preguntó.

—Seis metros desde la puerta. Tenue al final, pero presente. —Valentina llegó al pie de la escalera.— Avanzó entre esta mañana y el mediodía mientras el palacio tenía actividad. No es solo la quietud nocturna.

La variación en la expresión de Voss fue la del reconocimiento de una información que reescribe el patrón que él había construido: no el reconocimiento incómodo de estar equivocado sino el más específico de quien había calculado un patrón más conservador que el real y que el real resulta ser más amplio.

—¿Cuánto tiempo para llegar a la biblioteca? —preguntó Valentina.

—Con la velocidad de esta mañana —dijo Voss— puede ser mañana. —Una pausa.— O esta noche.

Esta noche o mañana. La biblioteca con el Kachelofen y los dos sillones y el cuaderno de cuentas del palacio en el escritorio y la

ventana al jardín y el corredor al otro lado de la pared norte. Si Inés alcanzaba la biblioteca, la biblioteca tendría la densidad del corredor del ala este. Lo que eso producía en el estado de la biblioteca, ninguno de los dos lo sabía todavía porque no había ocurrido todavía y porque el libro de Inés no había podido describirlo porque Inés había escrito el libro antes de saber que habría un corredor.

Fueron a la biblioteca.

A las cuatro llegó la nota de Stefan. En el sobre sin remitente, el mismo conducto del mensajero del hotel del segundo distrito.

Hablé con el hermano del cónsul esta tarde. Le dije lo que pude decirle. No fue suficiente para explicar lo que le ocurrió en 1879, pero fue más de lo que tenía, y recibir algo más de lo que se tiene es diferente a no recibir nada. —Una pausa entre párrafos.— El hermano tiene cuarenta y tres años. Vive en la Josefstadt con su familia. En 1879 tenía diecinueve y firmó el contrato porque alguien le dijo que era la manera de resolver un problema que tenía en ese momento y que le importaba más que cualquier otra cosa. El problema se resolvió de otra manera. El proceso que comenzó en él sin completarse tardó seis meses en revertirse y dejó algo que el hermano describe como «saber que hay una habitación en algún lugar a la que debería poder entrar pero de la que no tengo la llave». —Una pausa.— Le dije que la habitación existe. Que tiene llave. Que la llave no es la que la sección le describió. Le dije lo suficiente para que la frase que lleva siete años sin poder cerrar pueda cerrarse.

El cónsul recibió mi visita con la cortesía de quien sabe que lo que tiene enfrente no puede describirse con los protocolos del consulado y que ha decidido que eso no es razón para no usar los protocolos de todas formas. Me agradeció. Le dije que el agradecimiento era del hermano, no mío. Me fui. —Una pausa.— Gruber está en Graz desde ayer. El traslado fue rápido. Tengo tres teorías sobre por qué. Las tres son posibles; la más probable es que la sección haya decidido que Gruber sabe demasiado sobre el expediente y que la distancia es la solución más ordenada.

Estarán en el Sperl el viernes. No como cita: como donde estarán.

Valentina dobló la nota. El hermano del cónsul con la frase que podía cerrarse. Gruber en Graz. Stefan en el Sperl el viernes, que era dentro de cuatro días, que era el día antes del vencimiento del contrato.

—¿El viernes —dijo Voss, desde el escritorio, sin que Valentina le hubiera dicho el contenido de la nota.

—¿Cómo lo sabes?

—Stefan en Graz tampoco —dijo.— Lo conozco desde hace trescientos años.

Era la respuesta que no era respuesta sino la descripción de la longitud del conocimiento que tenía de su hermano, que era un tipo de conocimiento diferente al de la nota en papel con el mensajero del hotel y que producía la capacidad de leer los tiempos de Stefan sin necesidad de que Stefan los comunicara.

Valentina le leyó la nota completa. Voss escuchó desde el escritorio con las manos sobre el cuero y la mirada en el jardín, que en las tardes era el territorio de la escucha que requería espacio.

—Lo de la habitación con llave —dijo, al terminar.

—Sí.

—Es la descripción correcta. El umbral parcial deja eso: la conciencia de que hay un estado al que se llegó a medias y que se revertió. —Una pausa.— No es lo que la sección pretendía producir, pero es lo que produce el proceso incompleto en quien tiene la predisposición.

La habitación con llave. El hermano del cónsul con cuarenta y tres años sabiendo desde los diecinueve que había una habitación en algún lugar a la que debería poder entrar. Lo que Stefan le había dado era el nombre de la habitación, que era más de lo que había tenido y también todo lo que el proceso podía darle sin que el proceso se completara.

—¿Habría manera de completarlo? —preguntó Valentina.— El proceso del hermano.

—No sin las condiciones. —Una pausa.— Que incluyen la elección.

—¿La elección que no tuvo en 1879.

—La que la sección nunca incluía. —Voss la miró.— Es por lo que fallaban. No porque el proceso no pudiera completarse sino porque el proceso requería algo que la sección no podía dar sin dejar de ser lo que era.

La elección como condición incompatible con la estructura de la sección sin nombre. Para dar elección real habría que decir la verdad sobre lo que el proceso era y lo que producía, y decir la verdad sobre eso habría sido entregar el control que la sección buscaba desde el otro lado.

Valentina cerró el cuaderno negro.

El café de la tarde llegó a las cuatro con la puntualidad de siempre. La bandeja sobre la mesa pequeña entre los dos sillones. El Kachelofen. La ventana al jardín con el sol del anticiclón que ese día tenía la calidad de los últimos días de anticiclón: más claro que los anteriores, del tipo de claridad que el tiempo produce antes de que el frente siguiente llegue a cambiar todo.

—El corredor —dijo Valentina.— Si Inés llega a la biblioteca esta noche.

—¿Qué pasa si llega?

—¿Cómo es?

La pregunta no era la del trato, que había terminado el día anterior. Era la pregunta de las cosas que se hacen antes de que la cosa ocurra para no estar completamente sin preparación cuando ocurra, del mismo modo en que se cierra el abrigo antes de salir porque ya se sabe que el exterior es frío.

—No lo sé —dijo Voss.

—El cuarto no lo sé.

—El quinto, si contamos los que ya no son del trato. —La voz de Voss tenía en esa corrección el tono de las personas que tienen la precisión como hábito y que el hábito no se interrumpe porque el contexto haya cambiado.— Lo que sé es que la biblioteca con Inés en ella es la biblioteca con la densidad del corredor del ala este. — Una pausa.— Lo que eso produce en las dos personas que están habitualmente en la biblioteca, no lo sé todavía porque no ha ocurrido todavía.

Valentina tomó el café. El Semmel con la confitura de ciruela. El jardín por la ventana con el sol que tenía la calidad de los últimos días del anticiclón.

—¿Tendrá vocabulario?

La pausa fue de las largas.

—En el ala este, la comunicación ha sido siempre a través del proceso: calor, pulsaciones, dirección del contacto. —Voss miró el jardín.— Si el proceso de Inés llega a la biblioteca, puede ser que el medio de comunicación siga siendo ese. —Otra pausa.— O puede ser otro. Sesenta y nueve años en el ala este han cambiado lo que puede.

Era la respuesta más abierta que había dado en veintiséis días: no la respuesta del límite del conocimiento sino la del límite de lo imaginable, que era diferente porque el límite del conocimiento tiene borde y el de lo imaginable no tiene ninguno.

Valentina lo tomó con la atención que merecía y lo dejó en el espacio de las cosas que el cuaderno negro no podría registrar antes de que ocurrieran.

A las ocho de la noche, Frau Bergmann llamó desde el corredor con el café tardío. Valentina fue a abrir la puerta de la biblioteca, tomó la bandeja, cerró. El ritual de todas las noches, en el mismo orden.

Comieron en los sillones con el silencio de las noches que tienen suficiente para no necesitar llenarse.

Y a las nueve y veinte, sin que nada lo anunciara de manera que pudiera nombrarse antes de que ocurriera, la biblioteca cambió.

No el Kachelofen, que seguía con la misma llama. No las lámparas, que tenían el mismo pabilo. No la ventana, que daba al mismo jardín con la misma oscuridad.

La densidad de la biblioteca.

Valentina lo percibió antes de que fuera a nombrarlo: el espacio de la biblioteca con un peso diferente al de los minutos anteriores, con la calidad que el corredor del ala este había tenido esa tarde, que era la calidad de la habitación con alguien dentro cuando ese alguien no es ninguno de los dos que ya están en ella.

La marca de la muñeca izquierda pulsó cuatro veces.

Voss levantó la vista del cuaderno de cuentas.

No dijo nada. Valentina tampoco.

La biblioteca con los tres.

Era la primera vez en sesenta y nueve años que Inés Carvajar estaba en la biblioteca del Palais Voss, que era también la primera vez en sesenta y nueve años que Nikolai Voss y lo que el proceso había dejado de Inés en el palacio ocupaban el mismo espacio que no era el espacio del ala este.

Valentina extendió la mano derecha hacia el espacio entre los dos sillones.

El calor de persona existía en ese punto, organizado en la dirección de Voss, con la atención que tiene la presencia cuando ha encontrado lo que buscaba después del tiempo que ha tardado en encontrarlo.

Voss se puso de pie.

Fue al espacio entre los dos sillones, donde la mano de Valentina estaba extendida, y se quedó de pie en ese espacio con las manos a los lados del cuerpo y la postura de las personas que esperan a que las cosas tengan el tiempo de ser lo que son antes de intentar describirlas.

La biblioteca con el Kachelofen y las lámparas y la ventana al jardín y los dos sillones y el cuaderno de cuentas del palacio de su puño y letra en el escritorio.

Y en el espacio entre los dos sillones, el calor con dirección que era la dirección de Voss, con la atención del calor que ha esperado sesenta y nueve años para poder organizar su atención en ese punto específico del espacio que no era el ala este sino la biblioteca donde el proceso había empezado.

Donde el trato había empezado.

Valentina bajó la mano.

Esta parte no era de ella.

Fue a la ventana del jardín. La fuente de piedra en la oscuridad, la silueta de los brazos extendidos y las manos abiertas. El jardín con el frío del anticiclón de los últimos días. Y detrás de ella, en el espacio entre los dos sillones de la biblioteca, Nikolai Voss de pie en el espacio donde el calor de Inés Carvajar había llegado después de

sesenta y nueve años, con las manos a los lados del cuerpo y la postura de quien ha esperado suficiente para no necesitar hacer nada más que estar.

Valentina miró el jardín.

Lo dejó estar.

El tiempo que tardó la densidad de la biblioteca en volver a ser solo la densidad de la biblioteca con dos personas fue de veintidós minutos. Valentina los contó en la ventana del jardín con la vista en la fuente de piedra y los oídos en el silencio de la biblioteca a sus espaldas, que era el silencio de las cosas que ocurren en el espacio entre las personas que llevan suficiente tiempo sin poder estar en el mismo espacio.

A los veintidós minutos, Voss fue al escritorio.

Valentina se volvió desde la ventana.

La expresión de Voss era la más difícil de describir que había visto en veintiséis días: no la del que gestiona sino la del que ha recibido algo que no requiere gestión sino simplemente el espacio de ser recibido, y que al ser recibido produce en quien lo recibe el estado que sigue a las cosas largamente esperadas cuando llegan exactamente como debían llegar.

No dijo nada.

Valentina tampoco.

Había cosas para las que el cuaderno negro no tenía entrada correcta, y esa noche en la biblioteca era una de ellas.

Anotaría mañana.

Cuatro días.

— XXVII —

Los tres días

A las seis de la mañana del vigésimo séptimo día la biblioteca tenía la densidad del corredor del ala este.

No la densidad de la noche anterior, que había llegado a las nueve y veinte con la calidad de la presencia que ha avanzado hacia un punto nuevo. La densidad de la mañana era diferente: más asentada, del tipo que produce algo que ha estado en un lugar el tiempo suficiente para que el lugar lo haya recibido. Las habitaciones cambian cuando algo las habita durante suficientes horas. La biblioteca esa mañana había recibido a Inés durante la noche y lo que quedaba en ella era la diferencia entre la habitación donde alguien ha pasado la noche y la habitación donde nadie la ha pasado.

Valentina lo supo antes de abrir la puerta de la biblioteca: desde el corredor del primer piso, la temperatura de la biblioteca era perceptible con la especificidad que el idioma del proceso le daba ahora, el idioma que el umbral había convertido de estado temporal a estado permanente. La biblioteca tenía la temperatura del ala este. No la misma —el Kachelofen de la biblioteca y el del ala este no eran idénticos— pero sí la misma calidad: el calor que tiene la habitación cuando la fuente no es el Kachelofen sino algo que el Kachelofen no explica.

Voss estaba en el escritorio.

No el Voss de las mañanas habituales, que llegaba al escritorio después del desayuno y que abría el cuaderno de cuentas con el movimiento del que retoma lo que dejó el día anterior. El Voss de esa mañana estaba en el escritorio desde antes de que Valentina llegara, con el cuaderno de cuentas cerrado y las manos sobre el

cuero y la mirada en la pared norte de la biblioteca, que era la pared que daba al corredor del ala este.

No en la ventana del jardín. En la pared.

—¿Cuándo te levantaste? —preguntó Valentina, desde el umbral.

—No me acosté.

Era la primera vez en veintisiete días que lo decía, que no significaba que fuera la primera vez que ocurría pero sí que era la primera vez que consideró que valía la pena decirlo. Valentina lo archivó y fue al sillón.

—¿La biblioteca toda la noche?

—Sí. —La voz de Voss tenía la textura de la noche sin sueño que no es la textura del cansancio sino la del estado de quien ha pasado horas con algo que no podía dejarse solo aunque no requiriera acción.— La presencia no se retiró al ala este. Se quedó en la biblioteca.

—¿La misma que a las nueve y veinte?

—Más asentada. A las dos, la densidad de la biblioteca era comparable a la del ala este en las primeras visitas que describes. —Una pausa.— A las cuatro, era comparable a las visitas recientes.

Las visitas recientes. El ala este en los últimos días con la densidad de la habitación con alguien completamente ahí. La biblioteca a las cuatro de la mañana con esa misma densidad. Voss en el escritorio durante toda la noche con esa densidad, con las manos sobre el cuero y la mirada en la pared norte.

Valentina extendió la mano hacia el espacio entre los dos sillones.

El calor de persona existía ahí, organizado de la misma manera que la noche anterior: con la dirección de Voss, con la atención de lo que ha encontrado el punto de atención y que no necesita buscarlo de nuevo porque ya lo tiene.

La marca pulsó. Cuatro veces, la cadencia del contacto cercano.

—Buenos días —dijo Valentina, al espacio entre los sillones.

El calor varió en temperatura. No mucho: dos o tres décimas, del tipo de variación que producía el proceso cuando reconocía lo que se le decía. Era diferente a las pulsaciones del ala este, diferente

a los desplazamientos del contacto en el sillón. Era la primera variación de temperatura que Valentina percibía como respuesta a una frase dicha en voz alta.

—¿Lo percibes? —dijo, a Voss.

—Sí.

—¿Qué dice?

La pausa fue de las que Voss usaba para las preguntas que tenían respuesta pero que la respuesta requería evaluación de la forma en que podía darse.

—No tiene vocabulario en el sentido que usamos la palabra. —La voz era cuidadosa.— Lo que tiene es distinción. Puede distinguir entre lo que le produce una variación de temperatura y lo que no. Y puede usar esa distinción con intención. —Una pausa.— La variación que acabas de percibir es la distinción de lo que ella reconoce.

La distinción de lo que ella reconoce. No una palabra ni una frase sino la variación temperatura como señal de reconocimiento: lo que produce variación es lo que la presencia recibe, y lo que no produce variación es lo que la presencia registra sin responder. Era una forma de comunicación más básica que el lenguaje y también más antigua que él, del tipo que existe antes de que el lenguaje tenga que inventarse porque el lenguaje es el instrumento de los que no pueden hacer lo que la temperatura hace directamente.

Valentina anotó eso en el cuaderno negro con la letra de las entradas que necesitan la forma exacta porque la forma inexacta perdería algo que no puede recuperarse después.

El desayuno llegó a las siete. Frau Bergmann puso la bandeja en el comedor y no en la biblioteca, que era el orden habitual, lo que significaba que la diferencia de temperatura de la biblioteca esa mañana había llegado al umbral de lo que Frau Bergmann registraba sin nombrarlo: la biblioteca ese día era el tipo de habitación en que Frau Bergmann no entraba sin razón específica, del mismo modo en que no entraba al ala este porque las habitaciones con esa temperatura específica eran las habitaciones de Frau Bergmann que se limpiaban desde la puerta con el cuadro del corredor como límite.

Comieron en el comedor. La presencia de la biblioteca era perceptible desde el comedor, con la atenuación que producía la

pared entre los dos espacios y que era como la atenuación del calor del ala este desde el corredor: real pero presente.

—El vencimiento del contrato —dijo Valentina, sobre el Semmel.

—En tres días.

—¿Qué cambia cuando vence?

—El contrato —dijo Voss— tenía un objeto: establecer las condiciones del proceso durante los treinta días. El proceso ha cruzado el umbral. El objeto del contrato está cumplido. —Una pausa.— Lo que vence en tres días es el documento, no lo que el documento produjo.

Era la distinción que Valentina había necesitado escuchar en esa forma: el contrato como instrumento del proceso y no el proceso como consecuencia del contrato. El instrumento podía vencer; lo que había producido no tenía vencimiento porque era del tipo de cosas que son desde que son y que dejan de ser solo si algo las deshace, no por el paso del tiempo.

—¿Y la deuda del padre?

Voss la miró.

—El contrato de tu padre era de otra categoría. La deuda de tu padre era con Nikolai, que ya no existe de la manera en que existía cuando el contrato se firmó. —Una pausa.— Los treinta días eran el plazo de Nikolai para recuperar lo que Nikolai quería recuperar. Nikolai ha recuperado lo que quería recuperar. La deuda de tu padre, en esos términos, está saldada.

Era la respuesta más directa que había dado sobre la deuda del padre y también la que organizaba la arquitectura completa del contrato desde el comienzo: la deuda del padre como razón del contrato, el proceso como mecanismo del contrato, Inés en el ala este como la razón del proceso. Todo en la misma línea, todo conectado con la coherencia de las arquitecturas que se entienden solo cuando se ven desde el final.

—¿Se lo dirás al tío? —preguntó Valentina.

—Sí. Cuando el contrato venza, iré al apartamento de la Praterstrasse.

Era la salida del palacio que ninguno de los dos había mencionado todavía: que cuando el contrato venciera, el palacio ya

no tenía el mismo tipo de razón para ser el espacio de Valentina. El proceso había ocurrido ahí porque el proceso requería el palacio, pero el proceso había ocurrido ya, y lo que venía después del proceso no tenía que ocurrir necesariamente en el mismo espacio, aunque pudiera.

Valentina lo anotó con el margen de las entradas que tienen consecuencias que todavía no saben exactamente cuáles son.

Fue a ver a Elsa a las diez.

La tarjeta de la Doctora Elsa Richter en la puerta. El portal con el olor de la piedra húmeda y el pasamanos de madera con su temperatura específica por piso. La habitación de la buhardilla con el orden de trabajo.

Elsa abrió con el cuaderno verde en la mano, que era la señal de que había estado esperando la visita desde la mañana con el instrumento correcto ya preparado.

—La biblioteca —dijo Valentina, desde el umbral.

—Siéntate —dijo Elsa.

Le contó. La densidad de la biblioteca desde las nueve y veinte de la noche anterior, la noche entera de Voss en el escritorio, la temperatura del ala este en la biblioteca a las cuatro, la variación de temperatura como respuesta a una frase dicha en voz alta. La distinción de lo que reconoce.

Elsa escribió en el cuaderno verde durante el tiempo que Valentina habló y durante un minuto adicional después, que era el minuto de completar el argumento que el dictado interrumpe.

—La variación de temperatura como forma de comunicación —dijo, sin levantar la vista.— No lenguaje: distinción. El proceso distingue entre lo que reconoce y lo que no. Y la distinción es perceptible desde el lado del umbral.

—Solo desde el lado del umbral.

—¿Voss la percibía antes del umbral de Valentina?

—Sí. Él tiene el proceso completo. La percepción de temperatura siempre la ha tenido.

—Entonces el umbral de Valentina no es condición para que Voss perciba la comunicación. —Elsa dejó la pluma.— Pero sí lo es para que Valentina la perciba. —Una pausa.— Lo que el umbral abrió

para Valentina es el acceso al idioma que Voss ha tenido siempre y que antes del umbral no estaba disponible para ella.

Era la formulación que Valentina no había tenido todavía: que el umbral no había cambiado lo que Inés podía hacer sino lo que Valentina podía recibir. La comunicación a través de la temperatura había existido antes, del mismo lado, con Voss como único receptor. Ahora había dos.

—¿Y qué hace eso con el proceso de Inés? —preguntó Valentina.— Tener dos receptores en lugar de uno.

Elsa abrió el cuaderno verde en una página que no era la última, que significaba que había estado pensando en esta pregunta antes de que Valentina llegara.

—Si el proceso de Inés se alimenta de la presencia de personas que tienen el proceso completo —dijo, leyendo de su propia letra— y si Valentina ha cruzado el umbral, entonces el palacio tiene ahora dos fuentes en lugar de una. —Una pausa.— Lo que en términos del proceso de Inés significa que el nivel de presencia que alcanzó anoche en la biblioteca puede mantenerse sin el esfuerzo que requería alcanzarlo.

—¿Se mantendrá en la biblioteca?

—Si el patrón es consistente, sí. —Elsa cerró el cuaderno.— Pero el patrón tiene solo una noche de datos. Necesito más para saberlo con certeza.

Era la respuesta de Elsa: los datos necesarios, el tiempo suficiente para tenerlos, la certeza como resultado y no como punto de partida. Valentina lo tomó con el reconocimiento de que la metodología de Elsa era también la suya, solo que aplicada a objetos diferentes con instrumentos diferentes.

—Hay algo más —dijo Valentina.

—Diga.

—El vencimiento del contrato en tres días. Cuando venza, ya no hay razón para que esté en el palacio.

Elsa la miró con la atención específica de los diagnósticos que son también declaraciones.

—¿Hay razón para no estarlo?

Valentina no respondió de inmediato. La habitación de la buhardilla con la luz de la mañana por la ventana pequeña y los dos cuadernos en la mesa y el té que Elsa había preparado y que estaba en las tazas sin que ninguna de las dos lo hubiera tocado todavía.

—No lo sé todavía —dijo.

—No lo sabe todavía —repitió Elsa, con el tono del diagnóstico que se registra exactamente como llega.— Lo que sí sé es que el proceso de Inés acaba de llegar a la biblioteca, que fue ayer, y que el proceso necesita tiempo para que lo que alcanzó ayer se asiente en lo que puede alcanzar mañana. —Una pausa.— Tres días es poco tiempo para moverse.

Era el argumento médico del que no mueve al paciente antes de que la herida cierre. Valentina lo recibió con la misma atención que le daba a los argumentos de Elsa cuando los argumentos de Elsa eran correctos, que era la mayor parte del tiempo.

—¿Y tú? —preguntó.— Cuando el contrato venza. ¿Qué harás?

Elsa tomó el té por primera vez.

—El cuaderno verde —dijo— tiene suficiente para una publicación si consigo el formato correcto. —Una pausa breve.— No en la facultad de medicina. En algún lugar donde el formato sea el de la hipótesis y no el del diagnóstico clínico comprobado. —Otra pausa.— Lo que he documentado estos veintisiete días no puede probarse en los términos de la medicina de 1887. Pero puede formularse como argumento.

—¿Dónde se publican los argumentos que la medicina de 1887 no puede probar?

Elsa la miró con la expresión de quien lleva tiempo pensando en una pregunta y que al escucharla en voz alta reconoce que tiene la respuesta aunque no la haya dicho todavía.

—En los mismos lugares donde se publicó el argumento de que el universo tiene más de seis mil años. —Una pausa.— Fuera de los canales oficiales, primero. Dentro, cuando los canales oficiales no tienen más opción que reconocerlo.

Era la perspectiva de décadas, que era también la perspectiva del proceso y del palacio y de Voss en el escritorio con el cuaderno de cuentas y la caligrafía del siglo anterior. Las cosas que se dicen

antes de que el mundo tenga el vocabulario para recibirlas y que esperan el tiempo que necesitan para que el vocabulario se desarrolle.

Valentina fue al palacio a las dos.

La biblioteca tenía la densidad de la mañana, más asentada que a las diez. Voss había abierto el cuaderno de cuentas del palacio, lo que significaba que el día se había normalizado en la medida en que el vigésimo séptimo día podía normalizarse: el trabajo de la mañana retomado, la presencia en la biblioteca como dato del nuevo estado de las cosas y no como novedad que requería gestión.

La marca de la muñeca pulsó cuando Valentina cruzó el umbral de la biblioteca. No cuatro veces: cinco. El ritmo que todavía no tenía nombre en el cuaderno negro, que era también la información de que el proceso seguía actualizando sus registros incluso después del umbral.

Cinco pulsaciones. Las anotó.

—Stefan —dijo Voss, sin levantar la vista del cuaderno.— El viernes.

—El viernes —confirmó Valentina.— Que es dentro de dos días.

—Sí. —Una pausa.— El viernes es también el día antes del vencimiento del contrato.

El día antes del vencimiento. El Café Sperl el viernes con Stefan, que era también el tipo de encuentro que Stefan calculaba para que ocurriera exactamente cuando el peso de lo que tenían que decirse fuera el peso correcto: no la urgencia del período anterior al umbral sino el espacio de lo que viene después de la urgencia, cuando las cosas pueden nombrarse sin que el nombre las altere.

—¿Qué quiere decirte? —preguntó Valentina.

—Cosas que llevan trescientos años sin el momento correcto. —Voss cerró el cuaderno de cuentas.— Y cosas nuevas.

Las cosas nuevas. Valentina no pidió cuáles porque las cosas nuevas eran las del umbral de Valentina y las de Inés en la biblioteca y el hermano del cónsul con la habitación que tenía llave ahora, y Stefan sabría cuáles de esas cosas necesitaba decirle a su hermano antes de que el viernes lo hiciera él.

Fue al ala este a las tres.

La habitación con el Kachelofen y el olor de pino y cera. El vestido malva. Los tres objetos. La carta. Y la densidad de presencia que era diferente a la de los días anteriores: no la densidad de la habitación con alguien completamente ahí sino la densidad de la habitación con alguien que también está en otro lugar, del tipo que se produce cuando una persona distribuye su atención entre dos espacios simultáneamente.

El sillón tenía el calor de persona en el costado derecho, pero más quieto que en las visitas anteriores. Más quieto de la manera en que es quieto lo que tiene suficiente y que ya no necesita el dinamismo de la búsqueda.

Valentina se sentó.

La marca pulsó tres veces. El ritmo de las cosas establecidas.

—Estás en los dos sitios —dijo.

La temperatura del sillón varió en décimas. La distinción de lo que reconoce. No confirmación ni negación: el reconocimiento de que lo que se le decía era lo que era.

Valentina se quedó en el sillón el tiempo que le tomó al espacio del ala este estar presente sin que la presencia fuera el tipo de presencia que requería atención sostenida. Había algo diferente en la visita de esa tarde: la habitación no pedía. El ala este de los días anteriores había tenido siempre la calidad de algo que aguarda respuesta, que busca la posición correcta, que calibra. El ala este de esa tarde tenía la calidad del espacio que ha encontrado lo que buscaba y que por tanto no pide nada porque lo que pedía ya lo tiene.

Era la calidad del estado posterior a la resolución, y la habitación del ala este tenía esa calidad con la certeza de las cosas que han resuelto algo que llevaba sesenta y nueve años sin resolverse.

Salió al corredor a las cuatro. La presencia en el corredor existía desde el ala este hasta el giro hacia la escalera, en la extensión que había documentado el día anterior. No había avanzado más en las últimas veinticuatro horas, lo que era también información: la presencia en la biblioteca era el punto de llegada de la noche anterior, y el proceso había usado la noche para asentarse en ese punto antes de evaluar si avanzar más.

Fue a la biblioteca.

Voss estaba en el sillón de enfrente. No en el escritorio: en el sillón, con las manos en el reposabrazos y la vista en la pared norte, que era la pared del corredor del ala este. La postura de la noche en el escritorio pero ahora en el sillón, del modo en que el cuerpo encuentra la posición correcta para el tipo de atención que tiene que sostener durante horas.

Valentina fue al sillón. El cuaderno negro en la mesa entre los dos. La presencia de la biblioteca al costado, organizada en el espacio entre los sillones con la misma posición de la noche anterior.

El café de la tarde llegó. Frau Bergmann lo dejó en el corredor, que era la señal de que la biblioteca seguía siendo el tipo de espacio donde Frau Bergmann no entraba. Valentina fue a buscar la bandeja.

Comieron en los sillones con la presencia en el espacio entre ellos y el silencio de las habitaciones que tienen más de dos personas aunque solo dos de ellas necesiten el café de las cuatro.

—¿Habló contigo anoche? —preguntó Valentina.

Voss la miró desde el sillón. No la pregunta que esperaba, que era visible.

—No con palabras —dijo.— La distinción de lo que reconoce. — Una pausa.— Me reconoce desde el primer año del proceso, que era el año en que todavía podía reconocerse lo que habría de venir. — Otra pausa más larga.— Lo que me dijo anoche, en el idioma que tenemos, es que el tiempo que queda es diferente al tiempo que era.

El tiempo que queda es diferente al tiempo que era. Era la frase del idioma que ya no existe, el idioma del invierno que Voss le había traducido la noche del decimocuarto día: el tiempo que queda hasta que lo que el umbral separó vuelva al mismo espacio. El tiempo que era en ese momento era el de la espera; el tiempo que era ahora era el de la llegada. Y los dos eran el mismo tiempo pero con cualidades distintas del mismo modo en que el mismo vino es diferente en la copa del que espera y en la copa del que ha llegado.

Valentina lo anotó.

La tarde en la biblioteca con los tres, con el sol del anticiclón que en el vigésimo séptimo día tenía la calidad de los últimos días

antes del frente siguiente: más claro porque es el final, con ese exceso de claridad que tiene lo que está a punto de cambiar y que el cuerpo registra antes de que lo registre la razón.

—¿Cuánto tiempo puede mantenerse la presencia en la biblioteca? —preguntó Valentina.

—No lo sé con certeza. —La variante del no lo sé que era la del tiempo y no la de la información.— Mientras haya la base que la sostiene.

—¿La base somos los dos?

—Los dos y el palacio. —Voss miró la pared norte.— El palacio lleva setenta años siendo el espacio correcto para el proceso de Inés. Eso no desaparece porque el proceso haya cruzado el umbral. —Una pausa.— Lo que desaparece es la necesidad de que el proceso se limite al ala este. Y lo que aparece en su lugar es la posibilidad de que el proceso use el espacio completo del palacio en la medida que el proceso necesite.

El espacio completo del palacio en la medida que el proceso necesite. Era la descripción del palacio como territorio y no como contenedor: el ala este como la fuente, el corredor como el camino, la biblioteca como el destino, y el resto del palacio como el espacio disponible si el proceso decidía que el destino podía expandirse.

—¿Y si el proceso decide expandirse más?

—Entonces la biblioteca deja de ser el límite. —Voss la miró.— Que es también la respuesta a lo que Elsa preguntó en octubre sobre qué ocurría con lo que el ala este tenía después de setenta años de haberse completado.

La hipótesis de Elsa en octubre, antes de que Valentina llegara a Viena, antes de que Henriette describiera los ojos del color incorrecto y la palabra en el idioma que no existe. Elsa había construido la hipótesis a partir de la evidencia de los incidentes y del cuaderno de tapas oscuras, con la precisión de quien construye sin tener todos los materiales y que sabe que los materiales que faltan llegarán si la estructura que tiene es sólida.

La estructura era sólida. Los materiales habían llegado.

—Hay algo que quiero hacer mañana —dijo Valentina.

—Diga.

—Quiero ir al apartamento de mi padre. El de la Wollzeile donde vivió los últimos seis meses.

El apartamento del padre de Valentina en la Wollzeile, que no era el mismo edificio que el de Elsa pero sí la misma calle, que era la calle de los médicos y los abogados y las personas que venían a Viena con una razón y que se instalaban en el barrio que tenía la proporción correcta de extranjero y establecido. El padre había vivido ahí seis meses antes de que el tío firmara el contrato, lo que significaba que el padre había conocido el palacio y a Voss y a lo que el palacio tenía antes de que el contrato existiera.

—¿Por qué? —preguntó Voss.

—Porque el contrato empezó ahí. Con mi padre en ese apartamento tomando la decisión de que había algo que valía la pena intentar aunque no supiera exactamente qué era. —Valentina cerró el cuaderno negro.— Y porque quiero saber qué vio mi padre cuando vio el palacio la primera vez. Antes de que hubiera contrato.

La pausa de Voss fue de las que contenían el peso de la información que no había dado todavía y que en ese momento decidía dar porque el momento era el correcto.

—Tu padre —dijo— no vino al palacio por el problema que el tío le presentó al tío. —Una pausa.— Vino porque llevaba tres años sabiendo que la marca de tu muñeca existía y que la marca significaba algo que ningún médico de Sevilla podía explicarle. —Otra pausa.— Encontró referencias en los archivos de la facultad de medicina de Sevilla sobre casos similares en Viena. Llegó a mi nombre. Buscó la manera de llegar al palacio.

Valentina lo miró.

—Mi padre sabía lo de la marca antes del contrato.

—Sí. Lo de la marca llevaba tres generaciones ocurriendo en tu familia sin que nadie supiera qué era. Tu padre fue el primero que lo investigó con la seriedad suficiente para rastrearlo hasta Viena. —Una pausa.— El problema del tío fue el instrumento que tu padre usó para llegar al palacio de una manera que el palacio pudiera recibir. Pero la razón de estar aquí era anterior al instrumento.

Era la información que reorganizaba los veinticinco primeros días del contrato desde el comienzo: que el padre no había sido el punto

de partida sino el punto de llegada de algo que llevaba tres generaciones moviéndose hacia ese palacio en ese noviembre. Que lo que el cuaderno negro había documentado como el contrato era también el final de otro cuaderno que ninguno de los que lo habían llevado había podido terminar.

Valentina cerró los ojos durante el tiempo que el argumento tardó en tener la forma completa. Luego los abrió.

—¿Lo sabes desde el primer día?

—Lo sabía desde que el tío me presentó el problema. —Una pausa.— Es parte de por qué el trato era el trato y no otra cosa.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque antes no era el momento. —La voz de Voss tenía en esa frase el peso de la persona que ha medido el momento durante veintisiete días.— La información sobre los padres y las decisiones de los padres tiene el peso que tiene cuando el hijo sabe ya qué hizo con esa decisión. —Una pausa.— Antes de ayer no sabías qué habías hecho con ella.

Antes de ayer era antes del umbral. Era la verdad: antes del umbral, la información sobre el padre habría sido el peso adicional de la deuda de alguien que había llegado al mismo punto que Valentina y que no había podido terminar lo que había empezado. Después del umbral, era la historia completa de algo que se había completado.

Diferente.

—El apartamento de mañana —dijo Valentina— es por él.

—Lo sé —dijo Voss.

Frau Bergmann vino a las ocho con el café tardío. Lo dejó en el corredor. Valentina fue a buscarlo. El ritual de todas las noches, en el mismo orden, con la diferencia de que el corredor del primer piso tenía esa noche la presencia del corredor del ala este distribuida desde la puerta del corredor hasta el inicio de la escalera y que lo que Valentina percibía al cruzarlo era el calor con dirección de algo que había encontrado su espacio y que lo habitaba con la quietud de lo que ya no necesita buscar.

Comieron en los sillones con el silencio de las noches que contienen suficiente.

A las diez, la biblioteca tenía la densidad de la noche anterior: la presencia asentada en el espacio entre los dos sillones, más organizada que a las nueve y veinte del primer día porque una noche de asentamiento es la diferencia entre llegar a un lugar y habitarlo.

Valentina dejó el cuaderno negro sobre la mesa.

—¿Lo que Inés quería —dijo, sin alzar la vista del cuaderno— era esto? ¿Llegar a la biblioteca?

Voss tardó en responder. No la pausa de la evaluación sino la de quien está formulando algo que lleva mucho tiempo sin forma y que esa noche la tiene.

—Lo que Inés quería —dijo— era lo que todos quieren cuando tienen el tiempo que el proceso da: que el tiempo que queda sea tiempo con alguien, no tiempo a solas. —Una pausa.— El ala este era el espacio del proceso. La biblioteca era el espacio de los dos. —Otra pausa.— Sesenta y nueve años de diferencia entre los dos espacios.

La biblioteca como el espacio de los dos. No el espacio del proceso sino el espacio de la relación que el proceso había hecho posible, que era también la razón por la que Inés había llegado ahí y no a ningún otro lugar del palacio. No el jardín, no el comedor, no el segundo piso: la biblioteca donde Voss llevaba décadas sentado con el cuaderno de cuentas y la caligrafía del siglo anterior.

La biblioteca donde el trato había empezado.

Valentina levantó la vista del cuaderno negro. La presencia en el espacio entre los sillones, quieta, con la atención de lo que está exactamente donde tiene que estar.

—Bienvenida —dijo Valentina, al espacio entre los sillones.

La temperatura de la biblioteca varió.

No en décimas: en grados. La variación más grande que el proceso de Inés había producido desde que Valentina podía percibirlo, del tipo de variación que no es la distinción de lo que reconoce sino algo diferente, más amplio, que el idioma de la temperatura podía dar cuando lo que había que dar era más grande que la distinción.

Voss lo percibió al mismo tiempo.

No dijeron nada más.

La biblioteca a las diez de la noche del vigésimo séptimo día con el Kachelofen y las lámparas y la ventana al jardín y los tres —Voss en su sillón, Valentina en el de enfrente, Inés en el espacio entre los dos— y el silencio que tiene la habitación cuando está completa.

Tres días.

— XXVIII —

Viernes

El viernes amaneció con viento del este, que era el primer viento en diez días porque el anticiclón había durado lo que duran los anticiclones de noviembre sobre el Imperio: suficiente para cambiar el estado de las cosas mientras estaba y suficiente para que su ausencia fuera perceptible cuando se iba. La diferencia entre el Ringstrasse con anticiclón y el Ringstrasse con viento del este era la diferencia entre el sonido limpio del frío seco y el sonido amortiguado del frío húmedo que volvía a la ciudad con la calidad de algo que nunca se había ido del todo.

Valentina lo escuchó desde la cama a las cinco y media, que era la hora de los últimos días: el sueño elegido y terminado antes de que la luz llegara, con el tiempo de la madrugada que ya era un territorio conocido y no el estado extraño de las primeras semanas.

Dos días. El vencimiento del contrato el domingo.

El viernes era el día del Sperl. Stefan había dicho que estaría ahí, no como cita sino como donde estaría, que era la distinción de Stefan entre la obligación y el hecho y que en la práctica producía el mismo resultado que la cita con la diferencia de que la cita admite cancelación y el hecho no.

Bajó a las seis.

La biblioteca con Voss en el escritorio, el cuaderno de cuentas del palacio en la página de cierre del mes, que era la página a la que había llegado en los últimos días de noviembre con la regularidad de alguien que lleva décadas llevando el mismo cuaderno con el mismo rigor. La ventana al jardín con el gris del amanecer y las copas de los árboles del Ringstrasse movidas por el viento del este que por encima del muro sur del jardín era visible como movimiento aunque el viento en sí no fuera perceptible dentro del muro.

Y en el espacio de la biblioteca, la presencia que desde el miércoles en la noche era parte del estado ordinario de esa habitación: la densidad del ala este trasladada a la biblioteca, más difusa que en la habitación pero constante, del tipo de constancia de las cosas que han encontrado su lugar y que ya no necesitan buscarlo.

Inés en la biblioteca.

En los dos días desde el miércoles en la noche, Valentina había aprendido a distinguir la densidad de la biblioteca con Inés de la densidad de la biblioteca sin ella, que era la distinción más fina que había aprendido en veinticinco días de calibración porque las dos eran versiones del mismo espacio y la diferencia era de calidad y no de tipo. La biblioteca sin Inés tenía la calidad del espacio que espera: el Kachelofen, el cuaderno de cuentas, los dos sillones, Voss con su temperatura y su caligrafía del siglo anterior. La biblioteca con Inés tenía la calidad del espacio que también está habitado por algo que el Kachelofen no produce y que el cuaderno de cuentas no explica.

Valentina fue al sillón. La marca de la muñeca pulsó tres veces cuando se sentó, que era el saludo de los últimos días: tres, sin la verificación de las cuatro porque la verificación ya no era necesaria.

—¿Habló? —preguntó Voss, desde el escritorio, sin levantar la vista del cuaderno de cuentas.

—No anoche. —Valentina abrió el cuaderno negro.— El miércoles, lo que te conté. El jueves, la densidad en la biblioteca y el calor con dirección, pero sin lo otro.

Lo otro: la variación en el calor que no era temperatura sino información, el desplazamiento específico que los dos días anteriores al Sperl habían producido dos veces de manera que Valentina había registrado en el cuaderno negro con la letra de los hechos de primera categoría. No vocabulario. Algo anterior al vocabulario, del tipo de comunicación que existe antes de que la lengua tenga palabras para lo que quiere decir: la presión, la dirección, el tiempo de contacto como código que requería aprenderse.

El aprendizaje tenía dos días y era incompleto. Era suficiente para distinguir presencia de ausencia, atención de retirada, urgencia

de quietud. No era suficiente todavía para lo que Elsa había llamado en el cuaderno verde vocabulario propio: el sistema de señales que el proceso de Inés podía producir en el espacio de la biblioteca y que Valentina podía leer con la consistencia del idioma y no con la inconsistencia de la adivinanza.

—Elsa viene esta tarde —dijo Valentina.

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Porque siempre viene cuando hay algo nuevo que registrar. Y los últimos dos días han producido suficiente para tres cuadernos verdes.

Era la observación más larga sobre Elsa que Voss había hecho en veinticinco días y también la más exacta: Elsa con el cuaderno verde era la descripción de Elsa en el estado de investigación que producía resultado, que era también el estado en que Elsa era más ella misma porque la investigación con resultado era el idioma natural de Elsa del mismo modo que el análisis era el idioma natural de Valentina.

El café llegó a las siete. Frau Bergmann lo dejó en la bandeja sobre la mesa pequeña entre los dos sillones, que era donde lo dejaba ahora que el estado de la biblioteca era el de tres presencias en lugar de dos y que la disposición de los muebles respondía a ese estado aunque nadie lo hubiera reorganizado explícitamente.

—Hoy es el Sperl —dijo Valentina, sobre el Semmel con la confitura.

—Sí.

—¿Vas?

—Iré si Stefan me necesita ahí. No lo sé todavía.

Era la respuesta que contenía la pregunta de si Stefan iba a necesitarlo, que era también la pregunta de qué tipo de conversación iba a ser la del Sperl y si el tipo de conversación que iba a ser requería la presencia de Voss o era del tipo que Valentina y Stefan habían tenido en los tres encuentros anteriores: los dos solos en la mesa del ángulo con el café y la información.

—¿Qué crees que quiere decir en el Sperl? —preguntó Valentina.

—Lo que no ha podido decir en una nota. —Voss cerró el cuaderno de cuentas.— Stefan escribe notas para la información que puede ponerse en papel sin perder nada. Lo que no puede ponerse en papel sin perder algo, lo dice en persona.

Era la descripción más precisa del mecanismo de comunicación de Stefan que Voss había dado, y era correcta porque era la descripción de alguien que lo conocía desde hace trescientos años y que por tanto sabía cuándo la economía de Stefan era economía de palabras y cuándo era economía de registro.

Valentina fue al Sperl a las once.

El café con el ruido del mediodía temprano, los primeros clientes de la mañana larga, el olor del café y los periódicos y la cera del suelo que era el olor del Sperl de todos los días. La mesa del ángulo con Stefan sin el periódico, sin el café, con las manos sobre la superficie de mármol y la postura de quien ha llegado temprano y ha estado esperando el tiempo suficiente para que la postura ya no sea la de espera sino la del estado de quien ha tenido tiempo de pensar lo que tenía que pensar antes de que llegara la persona a quien se lo iba a decir.

Valentina se sentó.

Stefan la miró con la atención de siempre, pero con algo diferente que el jueves tenía ya cuando había estado en la biblioteca y que el viernes era más visible: la mirada del que busca en el otro el rastro de algo que sabe que está ahí y que en los tres encuentros anteriores no había podido encontrar porque no sabía que tenía que buscarlo.

—La temperatura —dijo, igual que el jueves.

—Sí —dijo Valentina, igual que el jueves.

La diferencia entre el jueves y el viernes era que el viernes Stefan no pasó al tema siguiente después de la confirmación. Se quedó en la temperatura de la marca de la muñeca con la atención de quien está haciendo el cálculo que requiere hacerse antes de decir lo que tiene que decir.

—Trescientos años —dijo, al final.

Una frase de dos palabras que contenía todo lo que las dos palabras podían contener, que era más de lo que cualquier frase de

veinte habría podido: los trescientos años como distancia entre lo que él era y lo que Valentina era ahora, la distancia recorrida de una manera y la de la otra, el mismo estado final con el proceso completamente diferente.

—Sí —dijo Valentina.

Stefan puso las manos en el mármol de la mesa del ángulo con el gesto de las personas que están calculando cómo empezar lo que tienen que decir y que han decidido que la mejor manera es empezar.

—Hay una cosa que nadie le ha dicho —dijo.

—¿A mí?

—A Nikolai. Que yo no le he dicho.

Era la frase que reorganizaba la expectativa de Valentina sobre el tipo de conversación que iba a ser la del Sperl, que había calculado como informativa y que resultaba ser de otro tipo: del tipo que Stefan no podía poner en nota porque lo que no puede ponerse en nota sin perder algo era esto.

Esperó.

Stefan miró el mármol de la mesa.

—Hubo un primer incidente, en el ochenta y tres —dijo.— No lo gestioné bien. Y en el ochenta y cinco apareció Gruber: alguien que podía resolverlo de manera discreta, que era exactamente lo que yo necesitaba en ese momento. La razón por la que le creí. No era solo que dijera lo correcto de la manera correcta. Era que en ese momento yo llevaba décadas sabiendo que lo que Nikolai quería no era posible y que lo que yo había intentado producir en su lugar había producido lo que había producido. —Otra pausa, de las largas. — Y en el ochenta y tres llegó Gruber con la fotografía de Sevilla. Con la marca de la muñeca. Con la posibilidad de que hubiera una manera de dar a Nikolai lo que quería que no fuera la manera que yo había intentado y que había fallado.

Valentina abrió el cuaderno negro. No para anotar todavía: para tener el instrumento en la mano de la misma manera en que el tío tenía el maletín o el sombrero de fieltro.

—¿Qué le dijiste a Gruber sobre Nikolai?

—Lo que Gruber necesitaba para localizar a alguien con la marca. —Stefan la miró.— El nombre de la familia de Inés. La línea de descendencia que el proceso dejó. Le di el instrumento para encontrar lo que Nikolai necesitaba en la creencia de que podía gestionarlo de manera que Nikolai no tuviera que saberlo hasta que fuera irreversible y correcto.

—La conocí antes que Nikolai —dijo Stefan.— En Sevilla. En el quince.

Era la información que reorganizaba la columna de la izquierda de una manera que la columna no había previsto: el instrumento que Stefan había dado a Gruber no era una referencia abstracta de archivo sino el nombre de la familia de alguien a quien él había conocido antes de que Nikolai la conociera, en Sevilla, en 1815, con todo el peso de lo que eso significaba y sin el trato.

—Eso no lo sabe nadie —dijo.

Era la arquitectura completa del error: Stefan dando a Gruber el nombre de la familia de Inés para localizar a alguien con la marca, en la creencia de que Gruber era un aliado que gestionaría el resultado para beneficio de Nikolai, sin saber que Gruber era un canal de la sección que usaría esa información para construir los contratos de las mujeres de los archivos anteriores. Los contratos fallidos de 1879 y los anteriores. El hermano del cónsul. La columna de resultados con «fallido» en todos ellos.

La información que Stefan había dado a Gruber creyendo que gestionaba el bienestar de Nikolai había sido el instrumento que la sección había usado para producir exactamente lo contrario.

—¿Lo sabe Nikolai? —preguntó Valentina.

—No. —Stefan no añadió nada a ese monosílabo porque el monosílabo ya contenía todo lo que había que contener: el no que llevaba desde el ochenta y tres siendo el no, la ausencia de la conversación que la información requería y que los trescientos años de conversaciones difíciles no habían incluido porque esta era la más difícil de todas.

—¿Por qué me lo dices a mí?

Stefan la miró.

—Porque tú eres la única persona en este momento que puede decírselo de una manera que no destruya algo que ya está construido. Yo puedo decírselo. Pero lo que Stefan le dice a Nikolai tiene el peso de trescientos años de arquitectura. Lo que tú le dices tiene el peso de lo que eres ahora, que es diferente.

Lo que eres ahora. La temperatura de la marca de la muñeca, la densidad del ala este en la biblioteca, los dos días de aprendizaje del vocabulario anterior al vocabulario. Lo que Valentina era ahora era el único estado desde el que esa información podía llegar a Voss sin el peso adicional de la fuente, que era el peso de la culpa de Stefan distribuida en el tiempo de los trescientos años.

—¿Cuándo? —preguntó Valentina.

—Hoy. —Sin pausa.— Antes del vencimiento del contrato.

El contrato vencía el domingo. Hoy era viernes. Stefan había elegido el Sperl y el viernes con la precisión de quien ha calculado cuándo la información tiene que llegar para que tenga el tiempo necesario de asentarse antes de que el plazo lo hiciera irrelevante.

Valentina cerró el cuaderno negro.

—Te escuché, Stefan —dijo.

Era la frase que en el contexto de los dos —en el contexto de la historia que los dos llevaban aunque Valentina solo conociera la parte que había aprendido en veintiocho días— tenía el peso de la recepción completa: no solo de la información sino de lo que la información decía sobre el que la daba y sobre los trescientos años que la rodeaban.

Stefan la miró durante un momento con la atención exploratoria de siempre, que esa tarde tenía algo diferente: la calidad del alivio que no puede nombrarse alivio porque nombrarlo sería también nombrar el peso que lo precedía.

—Nikolai —dijo Stefan, con la voz de las frases que se construyen con el peso de lo que no cabe en ellas— lleva trescientos años siendo el único. Ahora no lo es.

Se fue del Sperl antes del mediodía con las manos en los bolsillos del abrigo, que era la postura del jueves y del viernes, la de los días en que los bolsillos eran el único lugar adonde las manos podían ir.

Valentina se quedó en la mesa del ángulo el tiempo que necesitó para organizar lo que Stefan le había dado en el orden que requería para llevarlo de vuelta al palacio de la manera correcta. No en el cuaderno negro: lo que Stefan había dicho no era del tipo de información que el cuaderno negro mejoraba. Era del tipo que se lleva en la memoria y que la memoria sostiene con más fidelidad que el papel porque el papel reproduce las palabras y la memoria reproduce el peso.

Fue al palacio a las doce y cuarto.

Voss estaba en el corredor del segundo piso, frente a la ventana sur, que era la postura de las mañanas tempranas y que el viernes a las doce y cuarto significaba que había algo en el corredor que requería estar en el corredor.

—El ala este —dijo Valentina.

—Inés está en el corredor desde las once. —Voss no se volvió.— Más cerca de la escalera que ayer.

Más cerca de la escalera que ayer. El avance continuo que Elsa había formulado como patrón: no solo la quietud nocturna, no solo el período de actividad, sino el avance constante con la velocidad de lo que tiene tiempo y dirección clara.

Valentina fue al corredor del ala este. El calor de persona existía en el punto de cuatro metros que había sido el límite del jueves y en el punto de cinco metros que había sido el límite del miércoles y también, tenue pero presente y más denso que el viernes anterior, en los seis metros que llevaban al giro de la escalera.

Y al doblar la esquina, en el corredor que llevaba a la escalera principal: el calor de persona, muy tenue, sin la dirección específica que tenía más cerca del ala este, pero presente de una manera que no podía atribuirse al Kachelofen ni a ninguna otra fuente de calor del palacio porque el calor del Kachelofen tenía distribución y el calor de persona tenía punto.

—Llegó al corredor principal —dijo Valentina, de vuelta junto a Voss.

—Sí. —La voz de Voss tenía el peso de la información que él ya tenía desde la mañana y que esperaba la confirmación de alguien que pudiera verificarla con la temperatura de la marca.— A las once,

que fue cuando cambió la calidad del corredor del ala este. El ritmo es constante: avanza durante la noche y continúa durante el día a menor velocidad. La biblioteca no fue la frontera.

La biblioteca no era la frontera. Era un punto en el avance, no el límite de él. Lo que quedaba entre el corredor principal y el resto del palacio era la escalera, que era también la distancia entre el segundo piso y el primero, y entre el primero piso y la biblioteca donde el viernes a las doce y cuarto Inés estaba ya de manera constante.

El palacio entero como territorio posible.

—¿Cuándo llega a la planta baja? —preguntó Valentina.

—Esta noche —dijo Voss.— Si el ritmo se mantiene.

Fue a buscar a Elsa a la una en lugar de esperar a que Elsa viniera por la tarde. El avance de Inés al corredor principal era del tipo de información que Elsa necesitaba lo antes posible para que el cuaderno verde tuviera suficiente tiempo de recibir lo que el viernes contenía antes de que el viernes terminara.

La tarjeta de la Doctora Elsa Richter en la puerta. El segundo piso. La habitación con el orden de trabajo y el cuaderno verde abierto en la mesa como si hubiera estado esperando la visita desde la mañana, que era probablemente exacto.

—El corredor principal desde las once —dijo Valentina, antes de sentarse.

Elsa anotó. La letra de zurda, el espacio entre frases.

—¿Y la comunicación?

—Dos episodios el miércoles. Ninguno el jueves ni esta mañana. —Valentina se sentó.— El avance y la comunicación parecen estar en relación inversa: cuando avanza, no comunica. Cuando comunica, no avanza.

Elsa levantó la vista del cuaderno verde.

—¿Hay una alternativa a la relación inversa? —preguntó Valentina.

—Sí. —Elsa dejó la pluma.— Que el avance y la comunicación usen el mismo recurso. Si el proceso de Inés tiene una cantidad determinada de lo que sea que usa para extenderse en el espacio del palacio, el avance consume ese recurso de la misma fuente que la comunicación. El miércoles, antes del avance al corredor principal,

la comunicación fue posible porque el recurso estaba disponible. El jueves y el viernes, el avance al corredor principal y más allá está consumiendo lo que la comunicación necesita.

Era la hipótesis que organizaba el patrón de los últimos dos días. Valentina la anotó en el cuaderno negro con la letra de las hipótesis que tienen base suficiente pero que todavía no son hechos establecidos: la letra intermedia, con el paréntesis de incertidumbre al margen.

—¿Qué pasa cuando Inés llega a donde tiene que llegar? —preguntó.— ¿Se detiene el avance y el recurso vuelve a la comunicación?

—No lo sé. —Elsa la miró.— Pero la pregunta es la correcta.

La pregunta correcta sin respuesta era el estado habitual del cuaderno verde y de los dos cuadernos de Valentina en ese momento del proceso, que era también el estado correcto para ese momento: dos días antes del vencimiento del contrato, con el avance de Inés al corredor principal y la hipótesis del recurso compartido y el vocabulario anterior al vocabulario que todavía requería aprendizaje y la información del Sperl que Valentina tenía que llevar de vuelta al palacio antes de que el día terminara.

—¿Adónde tiene que llegar? —dijo Elsa.

—¿Qué quieres decir?

—El avance desde el ala este tiene una dirección. El ala este al corredor del ala este. El corredor al corredor principal. El corredor principal a la escalera. La escalera a la planta baja. La planta baja a la biblioteca. Pero la biblioteca ya la tiene. —Elsa cerró el cuaderno verde.— ¿Cuál es el destino?

Valentina lo procesó.

La biblioteca ya la tenía desde el miércoles en la noche. El avance desde el jueves y el viernes era hacia el corredor principal, que estaba fuera de la biblioteca, en la dirección opuesta. No hacia adentro del palacio sino hacia afuera: el corredor del segundo piso que llevaba a la escalera que llevaba a la planta baja que llevaba al portal que daba al Ringstrasse.

—No avanza hacia adentro —dijo Valentina.— Avanza hacia afuera.

Elsa la miró con la expresión del diagnóstico que llega en el momento en que la persona a quien se le da el diagnóstico lo formula ella misma.

—La hipótesis —dijo Elsa— era dos umbrales en el mismo espacio en la misma dirección. Lo que no habíamos formulado era qué hace un proceso que ha estado sesenta y nueve años en un espacio cuando el umbral del otro proceso le da acceso al exterior.

Lo que hace: intentar salir.

El avance de Inés hacia el corredor principal y hacia la escalera y hacia la planta baja era el avance hacia el exterior del palacio, no hacia el interior. Era el proceso de Inés usando el acceso que el umbral de Valentina había abierto para ir en la dirección que había estado intentando ir durante sesenta y nueve años sin el acceso necesario.

—¿Puede salir del palacio? —preguntó Valentina.

—No lo sé. —La voz de Elsa tenía en esa frase la honestidad del diagnóstico que se da antes de tener todos los datos porque los datos llegarán cuando el evento ocurra y el evento no ha ocurrido todavía.— Pero si el patrón continúa, el portal del Ringstrasse es el siguiente punto del avance después de la planta baja.

El portal del Ringstrasse. El Ringstrasse. Viena. El exterior del palacio donde la operación activa de la sección sin nombre había estado dos semanas con el abrigo marrón y la ventana del termómetro de precisión y que desde el miércoles tenía el cierre administrativo de la operación y la paralización de la queja formal del consulado.

El exterior sin vigilancia activa.

—¿Esta noche? —preguntó Valentina.

—Si el ritmo se mantiene —dijo Elsa, con la misma cautela de Voss cuando le había dicho lo mismo con el mismo ritmo.

Valentina fue al palacio a las cuatro.

En el corredor del segundo piso, Voss seguía en su posición frente a la ventana sur. No se había movido de ahí en las cuatro horas desde la mañana, que era lo que el corredor requería cuando el corredor tenía algo que observar y que Voss era la persona más calibrada del palacio para observar.

—Elsa tiene razón sobre el destino —dijo Valentina.— Avanza hacia afuera.

—Lo sé. —La voz de Voss tenía en esa frase el tono de las cosas que se saben desde antes de que se digan.— Lo sé desde esta mañana cuando el patrón dejó de tener sentido como avance hacia la biblioteca, que ya la tiene, y empezó a tener sentido como avance hacia la salida.

—¿Cuándo llega al portal?

—Esta noche o mañana.

—El sábado. Un día antes del vencimiento.

—Sí.

Valentina puso la mano en el corredor principal, en el punto donde el calor de persona era perceptible. La marca de la muñeca pulsó cuatro veces. El calor con dirección existía en ese punto y también, tenue como el de la mañana pero presente, en el giro hacia la escalera.

—¿Puede salir del palacio cuando llegue al portal?

La pausa de Voss fue de las más largas del día.

—Inés —dijo— salió de Sevilla. Cruzó el continente. Llegó a Viena. Lo que el proceso le hizo al llegar al palacio fue reducir su espacio a las dimensiones del ala este. Lo que el umbral ha empezado a hacer es invertir esa reducción. —Otra pausa.— Si puede salir del portal, no lo sé. Pero el proceso de Inés era un proceso que ya había salido de un país una vez. El portal sería la segunda vez.

Era la respuesta que no era respuesta sino la descripción del origen del proceso y de lo que ese origen decía sobre sus capacidades. Valentina lo anotó con la letra de los hechos que son también hipótesis porque la frontera entre los dos en ese punto no era clara y pretender que lo era habría sido menos preciso que admitir que no lo era.

—Hay algo que tengo que decirte —dijo Valentina.

Voss se volvió desde la ventana por primera vez en la conversación. La miraba con la atención de los datos que contienen más de lo que la frase que los anuncia puede dar.

—Es sobre Stefan —dijo.— Y sobre el ochenta y tres.

La pausa fue breve.

—Sí —dijo Voss.

Valentina lo miró.

—¿Ya lo sabías?

—No los detalles. —Voss fue hacia la escalera, no hacia el ala este: hacia la escalera, que era el movimiento de quien está listo para ir a otro espacio del palacio.— Sabía que en el ochenta y tres algo cambió en Stefan que Stefan no me explicó. Y que el primer contrato fallido posterior al ochenta y tres tenía características que el proceso solo podía tener si alguien había dado a la sección el instrumento correcto.

—¿Sabías que había sido Stefan?

—No con certeza. Con suficiente para haber tenido las conversaciones difíciles que Stefan mencionó.

Bajaron al primer piso. La escalera del palacio con el pasamanos de madera que el pie de Valentina había aprendido a leer como dato de posición sin necesidad de mirarlo. La planta baja con el comedor y el corredor del portal y la biblioteca al fondo.

Y en el corredor del portal, perceptible desde donde los dos estaban al pie de la escalera, la presencia tenue pero real de algo que el Kachelofen de la planta baja no producía y que el corredor de todos los días anteriores no había tenido.

Los dos se detuvieron.

—Llegó —dijo Valentina.

—Sí.

La planta baja. El corredor del portal. El exterior del palacio a seis metros de distancia, al otro lado de la puerta de madera y el portal de piedra y los adoquines del Ringstrasse.

El corredor del primer piso con la presencia de Inés Carvajar, que había llegado desde el ala este del segundo piso, pasando por el corredor del ala este, el corredor principal, la escalera, la planta baja, hasta el punto más cercano al exterior del palacio que el proceso había alcanzado en sesenta y nueve años.

—¿Está en el portal? —preguntó Valentina.

—No todavía. —Voss miraba el corredor con la atención de los sesenta y nueve años de calibración.— Está en el corredor de la

planta baja. El portal como límite entre el interior y el exterior es diferente a los corredores: tiene el grosor de la pared, no solo el de una puerta. El portal puede llevar más tiempo.

El portal como límite diferente. La pared del portal de piedra del siglo anterior con el grosor de los edificios que se construyeron para durar, que era el mismo grosor de los muros del ala este y que en el ala este había sido el límite durante sesenta y nueve años hasta que el umbral de Valentina había dado el acceso que hacía el límite franqueable.

—Si el recurso que usa para avanzar es el mismo que la comunicación —dijo Valentina—, y si el portal requiere más que un corredor, puede ser que en algún punto tenga que parar el avance para recuperar lo que gastó.

—Sí. —Voss se volvió hacia la biblioteca.— Lo que determina cuándo es el límite de lo que puede sostener. Y ese límite no lo conozco.

Era el límite de lo que se sabía: el proceso de Inés teniendo un recurso que gastaba en avanzar y que el portal requería en mayor cantidad que los corredores, y el límite de ese recurso siendo la información que ninguno de los dos tenía porque el proceso de Inés no había llegado antes al portal del palacio y por tanto el portal era territorio sin cartografiar.

Fueron a la biblioteca.

La presencia de Inés en la biblioteca era la misma que en los dos días anteriores: constante, más difusa que en el corredor del ala este, con el calor con dirección organizado en el espacio entre los dos sillones que era el punto de los últimos dos días.

Elsa llegó a las seis, que era antes de la tarde y después del mediodía en ese sentido del tiempo que tiene el final de noviembre en Viena: la oscuridad a las cinco y media hacía que las seis de la tarde tuviera la calidad de las ocho, y las ocho de la calidad de la medianoche, y la medianoche de algo que no tenía nombre porque el nombre habría requerido más oscuridad de la que la oscuridad de noviembre tenía.

Entró a la biblioteca con el cuaderno verde en la mano y se detuvo en el umbral.

No porque el umbral le impidiera el paso. Sino porque en el umbral de la biblioteca, Elsa Richter percibió la densidad de la biblioteca con Inés en ella y la percibió de la manera en que la percibía Elsa: no con el calor de la marca sino con la atención de la médica que ha aprendido en dos semanas a distinguir el estado de un espacio con el proceso de Inés del estado de un espacio sin él.

—La planta baja —dijo, desde el umbral.

—Sí —dijo Valentina.

Elsa entró. Fue a la silla de los cuadernos, que era la silla junto a la mesa pequeña donde había dejado el cuaderno clínico en la primera visita y que desde entonces era la silla de Elsa en la biblioteca del mismo modo que el sillón frente a Valentina era el de Voss y el de la ventana el de Stefan cuando Stefan venía.

El viernes con los cuatro en la biblioteca, que era la primera vez que los cuatro estaban en el mismo espacio en el mismo momento: Valentina, Voss, Elsa, e Inés con su presencia en el espacio entre los dos sillones y el corredor de la planta baja.

—¿Cuándo llega al portal? —preguntó Elsa.

—Esta noche o mañana —dijo Voss.— El portal requiere más que los corredores.

Elsa anotó en el cuaderno verde. La letra de zurda, el espacio entre frases. Al terminar, levantó la vista.

—Si llega al portal —dijo— y si puede cruzarlo, lo que hay al otro lado del portal es el Ringstrasse.

—Sí —dijo Valentina.

—¿Y en el Ringstrasse?

Era la pregunta que nadie había formulado porque la formulación la requería y la requería en voz alta de la persona que podía formularla sin que el peso de la pregunta destruyera lo que había después de ella.

—En el Ringstrasse —dijo Voss, desde el escritorio, con la voz de las respuestas que llevan sesenta y nueve años siendo verdad antes de poder decirse— hay todo lo que hay fuera del palacio. Lo que el proceso puede hacer con eso, no lo sé. Pero lo que el proceso no puede hacer es seguir siendo lo que era antes del umbral. —Otra pausa.— Inés eligió esto. No yo. No el trato. Ella eligió en el cuarto

año con toda la información disponible. —La voz con el peso de lo que lleva trescientos años sin poder decirse en los términos correctos.— Lo que eligió incluía este momento.

El silencio de la biblioteca del viernes a las seis de la tarde con el Kachelofen y las lámparas y la ventana al jardín con la oscuridad de noviembre que tenía su propia información y los cuatro en el mismo espacio y dos días hasta el vencimiento del contrato.

Valentina puso la mano en el espacio entre los dos sillones.

El calor de persona existía en ese punto. La marca de la muñeca pulsó cuatro veces, lenta, con el ritmo del vocabulario anterior al vocabulario: la pulsación larga del acuse de recibo, que era el único tipo de comunicación que el viernes producía porque el avance y la comunicación usaban el mismo recurso y el viernes era el día del avance.

—Dos días —dijo Valentina, hacia el espacio entre los dos sillones.

El calor no respondió. Pero la temperatura en ese punto varió de una manera que Valentina había aprendido en dos días a distinguir de la no-respuesta: no la ausencia de reacción sino la reacción mínima de algo que está en el límite de lo que puede dar sin dejar de avanzar.

Era suficiente.

El viernes terminó de la manera en que terminaban los días del final del proceso: con el café tardío de Frau Bergmann, con el Semmel, con el cuaderno negro sobre la mesa entre los dos sillones y la pluma encima. Elsa se fue a las ocho con el cuaderno verde y el cuaderno clínico y la expresión de la investigadora que tiene más datos de los que puede procesar en el trayecto de la Wollzeile y que los procesará de todas formas porque no tiene otra manera de ser.

Valentina anotó.

La entrada del viernes tenía el volumen de los días con mucha información y el orden específico de los días en que la información tiene múltiples capas y que el cuaderno negro necesita el orden para que cada capa sea legible después por separado: el Sperl y lo de Stefan sobre el ochenta y tres, el avance de Inés al corredor del

portal, la hipótesis del recurso compartido, el destino como exterior del palacio y no como interior.

Y al final de la entrada, en la letra pequeña de las notas que no son del análisis sino del otro registro:

Nikolai dijo: Inés eligió esto. No yo. No el trato. Lo que eligió incluía este momento. —Lo escribió con comas en lugar de punto porque las comas decían mejor que los puntos lo que la frase era: no una serie de afirmaciones separadas sino el mismo argumento dicho de tres maneras que eran la misma.

Y debajo, separado por el espacio que separaba las entradas de categorías distintas:

El viernes. Mañana el sábado. Un día antes del vencimiento del contrato. En el corredor del portal, el proceso de Inés Carvajar a seis metros del Ringstrasse.

Cerró el cuaderno negro.

Voss cerró el cuaderno de cuentas del palacio.

La biblioteca a las diez con el Kachelofen y las lámparas y la ventana al jardín. Y en el espacio entre los dos sillones, la presencia con el calor que en los últimos días había dejado de ser la presencia del ala este en la biblioteca y había empezado a ser simplemente la presencia de Inés, que era diferente porque la primera era descriptiva —el ala este como territorio— y la segunda era la cosa misma: no el territorio sino la persona.

La persona.

Valentina miró el espacio entre los dos sillones.

Voss también.

Los dos en la biblioteca con Inés Carvajar en el espacio entre los dos sillones y el corredor del portal y el Ringstrasse al otro lado de la pared de piedra del siglo anterior, y la oscuridad de noviembre con su propia información, y un día.

— XXIX —

El portal

A las cuatro de la madrugada del sábado la marca de la muñeca izquierda pulsó una vez y Valentina supo sin levantarse que el portal del palacio había cambiado.

No el portal en sí, que era el mismo portal de madera con herrajes de hierro forjado que había sido desde el siglo anterior: era el espacio alrededor del portal lo que había cambiado, de la misma manera en que el espacio alrededor del sillón del ala este había cambiado el primer día que Inés había estado en él en lugar de esperarlo. La pulsación de las cuatro de la madrugada no fue del tipo de las pulsaciones que preguntan —¿está ahí?— sino del tipo que registra: el acuse de recibo de las cosas que han llegado al punto en que tenían que llegar.

La pulsación larga. El cierre del candado.

Valentina eligió no levantarse todavía. Era la capacidad más nueva del proceso completado: decidir cuándo el cuerpo actuaba en lugar de que el cuerpo decidiera por la mente, que era la inversión del orden habitual de las cosas y que en ese caso específico decía que el portal a las cuatro de la madrugada podía esperar hasta las seis porque lo que había llegado al portal llevaba sesenta y nueve años esperando y una hora más no era una variable significativa.

A las seis bajó.

Voss estaba en el corredor del portal.

De pie frente a la puerta de madera con herrajes de hierro forjado, con las manos a los lados del cuerpo y la postura de los corredores y los jardines y las ventanas del sur: la postura de quien ha estado en ese punto el tiempo suficiente para que la postura ya no sea la de espera sino el estado natural del cuerpo en ese espacio, del tipo de estado que el cuerpo aprende cuando el espacio lo

requiere el tiempo suficiente. Llevaba el abrigo. El corredor del portal en noviembre sin la calefacción del Kachelofen de los pisos superiores tenía el frío específico de los espacios que dan al exterior sin ser todavía el exterior.

—Desde las cuatro —dijo Valentina, desde el pie de la escalera.

—Desde las cuatro menos veinte. —Voss no se volvió.— La pulsación fue a las cuatro.

Las cuatro menos veinte. Veinticinco minutos antes de que Valentina lo supiera desde el segundo piso, Voss lo había sabido desde el corredor del portal, que era la confirmación del orden de velocidades entre los dos: él con el palacio entero como territorio conocido desde fuera y desde dentro, Valentina con la marca de la muñeca y el idioma que llevaba diez días aprendiendo.

Fue al corredor del portal.

El calor de persona existía en el punto frente a la puerta con una concentración diferente a la de los días anteriores: no el calor difuso del corredor ni el calor con dirección del desplazamiento sino el calor estático de la concentración. Lo que existe cuando algo lleva tiempo en el mismo punto sin moverse porque el punto es el límite y el límite todavía no ha cedido.

—¿Puede cruzarlo? —preguntó.

—Lleva dos horas intentándolo. —Una pausa.— El portal es diferente a los corredores.

—¿En qué sentido?

Voss sí se volvió entonces. La luz del mechero de gas del corredor en ese ángulo y esa hora producía sobre su expresión la calidad de los retratos del gabinete de la biblioteca: los planos claros y los oscuros con el contraste del gas, que era diferente a la luz de las lámparas de aceite y diferente al sol del anticiclón y que en esa madrugada específica era el único tipo de luz que el corredor del portal tenía disponible.

—Los muros exteriores del palacio —dijo— tienen una disposición que los interiores no tienen. —Una pausa.— La puse yo. En el primer año de Inés, cuando el proceso estaba en curso y yo no sabía todavía lo que el proceso iba a producir. —Otra pausa, de las

largas, del tipo que contiene lo que viene después de lo que acaba de decirse.— Era una medida de contención.

Valentina lo procesó.

La disposición de los muros exteriores como medida de contención puesta por Voss en el primer año del proceso de Inés, cuando el proceso estaba en curso y la incertidumbre era del tipo que produce medidas preventivas en quien tiene los recursos para producirlas. La disposición que durante sesenta y nueve años había sido parte de lo que mantenía el proceso de Inés dentro del ala este. No la única parte, pero parte.

—¿Lo sabía Inés?

—No. —Una pausa.— No había razón para decírselo antes del umbral porque antes del umbral no era información relevante para ella. —Otra pausa.— Ahora sí lo es.

La información que el trato no había contenido porque no había sido preguntada y que ahora existía como el dato que reorganizaba parte del mapa: que el palacio mismo era arquitectura del proceso, que los muros exteriores tenían el grosor de la piedra y además lo otro, y que lo otro era lo que el proceso de Inés llevaba dos horas intentando cruzar con el recurso que le quedaba después de cuatro días de avance.

—¿Puede cruzarlo? —preguntó Valentina, por segunda vez, con el mismo peso pero con la información nueva que la segunda vez contenía.

—Con el recurso disponible ahora, no lo sé. —La voz de Voss tenía en esa frase el tono de las respuestas que son honestas porque la alternativa sería pretender una certeza que no existe.— Lo que sé es que la disposición que puse no fue diseñada para un proceso que ya ha cruzado el umbral. Fue diseñada para contener el proceso en curso.

El proceso en curso como objeto de la medida de contención. El proceso completado como algo diferente, para lo que la medida no había sido diseñada. Era la distinción que importaba: no si la disposición podía o no podía ser cruzada en términos absolutos, sino si podía ser cruzada por el proceso de Inés en el estado en que el proceso de Inés estaba en ese momento, que era el estado del

proceso completado más el acceso que el umbral de Valentina había abierto.

—Abre el portal —dijo Valentina.

Voss la miró.

—Si la disposición es para el proceso en curso —dijo— y el proceso está completo, la disposición ya no aplica de la misma manera. —Una pausa.— Y si lo que impide a Inés cruzar el portal no es la disposición sino el grosor de la pared, abrirlo resuelve el grosor.

El argumento era correcto y lo era también por la parte que Valentina no había dicho en voz alta: que Voss había puesto la disposición en el primer año y que en el primer año no tenía la información que tenía ahora, y que la medida de contención puesta sin información completa no era necesariamente la medida de contención correcta para lo que había resultado ser el proceso.

Voss miró el portal.

El portal de madera con herrajes de hierro forjado del siglo anterior que Valentina había cruzado el primero de noviembre con la maleta de cuero marrón y el cuaderno negro comprado en Sevilla. El mismo portal que Frau Bergmann abría para Stefan y el tío y Elsa y los mensajeros del hotel del segundo distrito. El portal que el abrigo marrón había vigilado dos semanas y que desde el miércoles tenía la operación activa de la sección cerrada.

Puso la mano en el pestillo.

La puerta de madera se abrió al Ringstrasse del sábado a las seis y cuarto de la madrugada con el sonido específico de los portales vieneses que se abren hacia afuera: el roce del herraje en el suelo de piedra, el peso de la madera en los goznes, y luego el exterior que entra en el instante en que el interior y el exterior dejan de estar separados por algo más que el umbral.

El Ringstrasse con el viento del este. El olor de la piedra húmeda y el gas de los primeros tranvías de la mañana y el Danubio que el viento traía desde el este con la consistencia de los olores que no tienen nombre propio porque son demasiado grandes para que un nombre los contenga. La luz del amanecer de noviembre, más gris que la de los días de anticiclón, con las nubes del frente que el viento del este anunciaba.

La marca de la muñeca izquierda pulsó.

Cinco veces.

No cuatro: cinco. El número sin precedente, el ritmo que no había aparecido en ninguna de las visitas del ala este ni en los diez días de comunicación desde el umbral. Cinco pulsaciones con la cadencia de las cosas que han estado contenidas tiempo suficiente para que la liberación tenga toda la velocidad de todo lo que no pudo ser antes.

El calor en el corredor del portal se reorganizó.

Valentina lo registró con la atención del idioma que llevaba diez días aprendiendo: no el calor estático de la espera ni el calor con dirección del desplazamiento sino una tercera categoría que no había tenido nombre hasta ese momento porque no había existido hasta ese momento. El calor de la presencia que cruza un límite cuando el límite se abre, que es diferente en la calidad específica del movimiento que tiene dirección pero que en el instante de cruzar no es todavía movimiento sino el estado entre estar dentro y estar fuera.

Luego el frío del Ringstrasse. Y en ese frío, a la altura de los primeros árboles del bulevar, algo que el frío no producía.

—Está fuera —dijo Valentina.

Voss no respondió de inmediato. Dos segundos, tres, con la expresión de las variaciones largas que no requería cronometrar porque su longitud ya decía lo que contenía. Luego:

—Sí.

Los dos en el umbral del portal abierto con el Ringstrasse al frente y el corredor del palacio a las espaldas y en el espacio entre los dos y la calle el proceso de Inés Carvajar fuera del edificio que había sido su único espacio en sesenta y nueve años.

Valentina miró los árboles del bulevar.

Las copas con el movimiento del viento del este. Los adoquines húmedos. Los primeros carruajes de la mañana a la distancia. El Ringstrasse con toda la información que el idioma de la oscuridad podía leer en él a esa hora, que era más de lo que la luz habría dado porque la luz habría tapado lo que la ausencia de luz dejaba perceptible para quien sabía leerla.

En el espacio entre el portal y los árboles del primer tramo, en el aire del Ringstrasse, el calor de persona que no era del tipo de los transeúntes de la mañana temprana sino del tipo específico del proceso de Inés: organizado alrededor de un punto, con la temperatura del proceso completado que ya era también la temperatura de la marca de la muñeca izquierda de Valentina.

Inés Carvajar en el Ringstrasse.

Cerraron el portal a las siete y cuarto, cuando el Ringstrasse tuvo suficiente tráfico para que el corredor del portal dejara de ser el espacio correcto para lo que era. Valentina escuchó el pestillo cerrarse con el sonido que los pestillos de hierro forjado del siglo anterior tienen cuando cierran: definitivo, del tipo que dice que lo que hay al otro lado sigue estando ahí con independencia de que la puerta esté abierta o cerrada porque ya cruzó el umbral que importaba y el resto son detalles de madera y herraje.

El calor de persona en el corredor del portal desde el exterior, perceptible a través de la puerta cerrada con la misma precisión con que era perceptible el ala este desde el corredor del segundo piso: presente, organizado, sin urgencia.

La inversión de sesenta y nueve años.

Fueron a la biblioteca. El café de Frau Bergmann llegó a las ocho con el Semmel y la confitura de ciruela y el orden de todos los días. El cuaderno negro sobre la mesa pequeña entre los dos sillones. La presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones, más difusa que la mañana anterior, del tipo de presencia que existe cuando la fuente está repartida entre el interior y el exterior y ninguno de los dos tiene toda la densidad porque los dos la comparten.

Inés en la biblioteca e Inés en el Ringstrasse al mismo tiempo.

—¿Cuánto tiempo puede estar fuera? —preguntó Valentina.

—No lo sé. —Una pausa.— Es la primera vez en sesenta y nueve años que hay exterior.

Era la respuesta honesta y también la única posible: el proceso de Inés fuera del palacio era territorio sin cartografiar porque el libro de Inés lo había escrito Inés desde dentro y el mapa que el libro contenía tenía el palacio como único espacio conocido.

—¿Puede llegar más lejos que los árboles del bulevar?

—Con el tiempo, sí. —Voss puso la taza en la bandeja.— El proceso de Inés cruzó el continente para llegar a Viena. Lo que le hizo el palacio fue reducir su espacio a las dimensiones del ala este. La reducción se deshace en el orden inverso a cómo se hizo.

La reducción en orden inverso. El ala este al corredor, el corredor al portal, el portal al Ringstrasse, el Ringstrasse a lo que venía después del Ringstrasse. El orden inverso al proceso que había llevado a Inés del continente al ala este sesenta y nueve años antes.

—Hay algo que necesito preguntarte —dijo Valentina.

—Sí —dijo Voss.

—No es del trato.

—Lo sé.

—¿Sabes cuál es?

Una pausa breve.

—Me quedo —dijo Voss.

No como respuesta a la pregunta: como la pregunta misma en la forma en que él la había recibido, que era también la respuesta, que era que él ya sabía cuál era y que la pregunta y la respuesta eran la misma frase.

—Me quedo —dijo Valentina.

La biblioteca del sábado a las ocho y media con el café y el Semmel y el cuaderno negro y la presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones y la frase que no era anuncio sino hecho establecido dicho en voz alta por primera vez con las palabras que le correspondían.

El tío Rodrigo llegó al mediodía por la puerta del jardín, que era la puerta del jardín lateral que Frau Bergmann dejaba abierta los sábados para el pedido de la Bäckerei y que ese sábado el tío había encontrado abierta y había preferido al portal del Ringstrasse porque el portal del Ringstrasse era la entrada de visita y el jardín era la entrada de quien ya no es visita.

Estaba de pie junto a la fuente de piedra cuando Valentina salió al jardín. El sombrero de fieltro en la mano, no en la cabeza. Las manos con el sombrero delante del cuerpo y la vista en las manos abiertas de la figura de piedra y la postura de los hombres que se

quedan frente a algo más tiempo del que ese algo requeriría si fuera solo lo que parece.

—Las manos abiertas —dijo el tío, sin volverse.

—Desde antes de que yo llegara.

—¿Dan o reciben?

—Las dos cosas al mismo tiempo. —Valentina se puso a su lado frente a la fuente.— Y ninguna de las dos con exclusividad.

El tío estudió esa respuesta durante un momento.

—¿Te quedas? —preguntó.

No lo preguntó mirándola. Lo preguntó con la vista en las manos abiertas de la figura de piedra, que era el ángulo correcto para la pregunta porque la pregunta del tío no requería la respuesta de los ojos sino la respuesta de la voz, y la voz de Valentina en el jardín a las doce del sábado era la voz que el tío necesitaba escuchar.

—Me quedo —dijo Valentina.

El tío asintió. Un movimiento de la cabeza, sin volverse, con el sombrero de fieltro en las manos. Luego se volvió y la miró con la mirada del sábado, que era diferente a la del primero de noviembre y también a la de todos los días del medio: la mirada de quien ve a alguien que conoce desde hace décadas y que en ese punto reconoce que la persona que tiene delante es la misma persona y también algo más que no tiene nombre en el vocabulario que el tío manejaba pero que el ojo lo detecta con independencia de que el nombre exista.

—El color de los retratos —dijo.

—Sí.

—Es mejor que el otro color —dijo el tío.— El que tenías cuando llegaste.

Fue la observación más precisa y más generosa que el tío había hecho en veintinueve días, y la más exacta: que el color que Valentina tenía ahora era mejor que el color con el que había llegado al palacio el primero de noviembre, que era el color del cansancio acumulado y la incertidumbre sobre el tipo de compromiso que el contrato de su padre significaba.

Comieron en el jardín con los platos que Frau Bergmann sacó en la bandeja sin que nadie lo pidiera, porque Frau Bergmann sabía

cuándo el jardín era el lugar correcto del mismo modo en que sabía cuándo el café de las siete era más urgente que el de las ocho. El estofado y el pan y el agua con el frío del sábado que ya tenía la humedad del frente que el viento del este anunciaba pero que todavía no había llegado.

El tío se fue a las dos con el sombrero de fieltro en la cabeza y el maletín que había dejado en el banco de piedra durante toda la comida y que recogió al irse porque el tío sin maletín era el tío en el jardín, y el jardín había terminado.

Elsa llegó a las tres.

En la puerta de la biblioteca, antes de entrar, sacó del bolsillo la tarjeta de la Doctora Elsa Richter y la puso en la mesa pequeña entre los dos sillones, encima del cuaderno negro.

—Llevaba semanas guardándola en el bolsillo —dijo.— Hoy en el trayecto de la Wollzeile a aquí me di cuenta de que ya no tiene razón de ir en el bolsillo.

Valentina tomó la tarjeta. La letra de imprenta, el título, el apellido que era suyo desde el lunes. Elsa Richter, Doctora en Medicina. Sin el doctor Friedrich. Sin el marido muerto cuyo nombre había sido más útil a ella que a él.

—La primera vez que no va como escudo —dijo Valentina.

—La primera vez que va como nombre —dijo Elsa.

Era la distinción correcta y también la más importante de las dos: no el escudo que protege sino el nombre que pertenece, que es diferente aunque en ciertas circunstancias el mismo objeto haga las dos cosas.

Elsa se sentó en su silla junto a la mesa pequeña. Abrió el cuaderno verde.

—Lo del portal —dijo.— Lo percibí desde la Wollzeile a las seis y media.

—Stefan también, probablemente desde antes.

—¿El radio?

—El Sperl está a cuatrocientos metros del portal. La Wollzeile a trescientos. —Valentina devolvió la tarjeta.— Si los dos lo percibisteis desde esas distancias, el radio es de al menos cuatrocientos metros

en condiciones del sábado a las seis y media de la mañana con viento del este.

Elsa anotó. La letra de zurda, el espacio entre frases del diagnóstico que piensa en voz alta mientras escribe.

—¿Hay un límite al radio? —preguntó.

—No lo sé todavía —dijo Voss, desde el escritorio.— El proceso de Inés cruzó el continente antes del palacio. El palacio fue la reducción, no el estado natural del proceso.

Elsa levantó la vista del cuaderno verde con la expresión del médico que acaba de recibir una información que reescribe el diagnóstico desde el principio. No incómoda: recalibrada.

—¿Dónde vivió Inés antes del palacio? —preguntó.

—En el segundo distrito. —Voss la miró.— En la Praterstrasse.

El silencio de la biblioteca con esa información.

La Praterstrasse del segundo distrito. El apartamento donde el tío Rodrigo vivía desde octubre con la fotografía de la madre de Valentina en el aparador y el maletín en la silla del recibidor y el té con canela y azúcar en el vaso que era el té de la infancia de Valentina en Sevilla.

—¿El número? —preguntó Valentina.

—El mismo que el apartamento del tío.

Elsa cerró el cuaderno verde.

Lo que el cuaderno verde contenía en ese momento requería el tiempo de recalibrar desde el principio antes de poder añadir una sola línea más. No porque la información fuera difícil sino porque era del tipo que cambia la escala de todo lo anterior: el tío Rodrigo en el apartamento donde Inés Carvajar había vivido el primer año en Viena, con la fotografía de la madre de Valentina en el aparador y los pisos de madera del segundo distrito y el olor específico de la escalera que Valentina había aprendido a distinguir como el olor de la madera húmeda.

El olor que el proceso de Inés había aprendido antes del palacio.

—¿Lo sabe el tío? —preguntó Valentina.

—No —dijo Voss.

—Mañana —dijo Valentina.— Después del vencimiento.

Era el acuerdo sin necesidad de que nadie lo confirmara porque era el único acuerdo posible: la información que el tío merecía recibir en el momento correcto, y el momento correcto era después del vencimiento del contrato y no antes porque antes el vencimiento habría competido con la información por el espacio que cada una necesitaba.

Stefan llegó a las cinco.

La puerta del jardín, el corredor, la biblioteca. Sin el periódico, sin el café, con las manos en los bolsillos del abrigo y la expresión de los últimos días: la de quien ha llegado al lugar que ha estado buscando durante mucho tiempo y que al llegar sigue sin estar del todo seguro de que es el lugar correcto, y que esa incertidumbre no es razón para irse.

Fue al espacio entre los dos sillones.

Se quedó ahí de pie con las manos en los bolsillos, con la vista en el espacio que no tenía nada visible y que para Stefan tenía todo lo que el proceso percibía desde el proceso completo: la presencia de Inés en la biblioteca, difusa pero constante, y en el exterior del portal, a cuatrocientos metros, también.

—Buenos días —dijo Stefan, en el idioma que ya no existe, en voz muy baja.

Era el saludo que el idioma tenía para cuando cualquier momento del día era bueno para el saludo porque el tiempo transcurrido entre los que se saludan era suficiente para que la hora no importara.

La marca de la muñeca de Valentina pulsó cuatro veces.

Stefan fue a la silla del comedor con las manos ya fuera de los bolsillos, sobre los muslos, con la postura del hombre que ha hecho lo que tenía que hacer.

La tarde pasó en la biblioteca con los cuatro: Valentina, Voss, Elsa, Stefan. La presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones y en el exterior del portal, dividida entre los dos puntos con la quietud de las cosas que ya no tienen que elegir entre dos lugares porque pueden estar en los dos al mismo tiempo.

Elsa con los cuadernos, verde y clínico, anotando.

Stefan con las manos en los muslos y la vista en el espacio entre los dos sillones, con la mirada de quien tiene trescientos años de historia con lo que mira y que en ese momento esa historia cabe en la manera de mirar sin requerir ningún espacio adicional.

Voss con el cuaderno de cuentas cerrado sobre el escritorio y las manos en el cuero y la vista que alternaba entre el jardín y el espacio entre los dos sillones con la regularidad de los que llevan la atención en dos lugares al mismo tiempo porque los dos son suyos.

Valentina con el cuaderno negro en la mano, sin abrirlo todavía.

A las siete Stefan fue a abrir la puerta de la biblioteca cuando Frau Bergmann llamó con el café tardío, que era la primera vez que Stefan abría esa puerta. Tomó la bandeja de manos de Frau Bergmann con el gesto de los que están en su casa y no de los que visitan, que era también la primera vez para Stefan en ese palacio.

Frau Bergmann lo miró durante un momento con la expresión de las personas que llevan suficientes años en un lugar para distinguir lo que requiere comentario de lo que no. Lo que ocurrió en esa puerta no requería comentario.

Stefan puso la bandeja en la mesa pequeña.

—Mañana es el último día del contrato —dijo, a nadie en particular y a todos al mismo tiempo.

—Sí —dijo Valentina.

—El contrato termina —dijo Stefan.— Lo demás, no.

Era la formulación más exacta de lo que el vencimiento del contrato significaba: no el final del proceso sino el final del documento que había descrito las condiciones del proceso. El proceso estaba completo. Inés estaba en el Ringstrasse. La marca de la muñeca tenía la temperatura que tenía. Lo demás no terminaba con el contrato porque lo demás no había empezado con el contrato sino antes, en la elección que Valentina había hecho con toda la información disponible y en la que Inés había hecho cuatro años antes y setenta años antes en el palacio que ya era también el palacio de Valentina.

Stefan se fue a las ocho con las manos en los bolsillos del abrigo y sin decir nada más. Elsa se fue a las nueve menos cuarto con los

cuadernos y la tarjeta de la Doctora Elsa Richter de vuelta en el bolsillo.

—Mañana —dijo, desde el umbral.

—Mañana —dijo Valentina.

La biblioteca con Voss y Valentina y la presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones y el Ringstrasse a cuatrocientos metros, y el cuaderno negro sobre la mesa todavía sin abrir, y la oscuridad del jardín por la ventana con el viento del este que traía la humedad del frente pero todavía no la lluvia.

Valentina abrió el cuaderno negro.

Escribió con la letra entera de las entradas definitivas, sin abreviatura, sin el paréntesis de incertidumbre que ya no correspondía:

El portal abierto a las seis y cuarto. Cinco pulsaciones. Inés en el Ringstrasse, en los árboles del primer tramo. El radio desde el Sperl y la Wollzeile: cuatrocientos metros. La disposición de los muros exteriores: medida de contención del primer año, no diseñada para el proceso completado. La Praterstrasse: el número del tío. Stefan dice buenos días en el idioma que ya no existe.

Y al final, después del punto, en la letra de las entradas que son del otro registro:

Le dije a Voss: me quedo. Le dije al tío: me quedo. En los dos casos la respuesta fue: lo sé. La respuesta correcta para lo que lleva suficiente tiempo siendo verdad.

Cerró el cuaderno negro.

Un día.

El Ringstrasse con el viento del este. El portal del palacio cerrado. Y al otro lado del portal, en los árboles del primer tramo del bulevar, la temperatura del proceso de Inés Carvajar en el exterior del edificio que había sido su único espacio durante sesenta y nueve años, leyendo el Ringstrasse de noviembre con la atención de quien lo está viendo por primera vez y también reconociéndolo, porque Inés había caminado por ese bulevar antes de que el bulevar existiera y el ojo que aprende a ver no olvida lo que vio antes de aprender.

— XXX —

El domingo

El primero de diciembre de 1887 fue un domingo con lluvia desde la madrugada. No la lluvia del frente que el viento del este había anunciado desde el viernes: esa había llegado el sábado por la tarde, breve y sin convicción. La del domingo era otra lluvia, más paciente, del tipo que no pretende llegar a ningún sitio sino simplemente estar ahí porque duran y duran lo que haga falta.

Valentina la escuchó desde las cinco de la mañana en la ventana del jardín, que era donde la lluvia producía el sonido más limpio del palacio: el agua en la piedra de la fuente y en los adoquines del Innenhof y en las hojas muertas que el viento del sábado había dejado en los rincones, sin el ruido del Ringstrasse porque el Ringstrasse en domingo a las cinco de la mañana era todavía el Ringstrasse de antes del tráfico.

El treinta.

El último día del plazo del contrato que el padre de Valentina había firmado en el despacho de un abogado de Sevilla nueve meses antes de morir, en el que se establecían las condiciones de un proceso que en el momento de la firma ninguno de los dos, ni el padre ni el abogado de Sevilla que era también el representante de Nikolai Voss, podía haber descrito con precisión porque el proceso era lo que era y las palabras disponibles para describirlo eran las de otra cosa.

Lo que el contrato describía terminaba hoy. Lo que el contrato había producido no terminaba con él.

Valentina eligió no levantarse todavía. Eligió quedarse en la cama con la lluvia en la ventana del jardín y la oscuridad que tenía su propia información y el conocimiento de que era el primero de diciembre y que el primero de diciembre era el primer día en que el

cuaderno negro no iba a tener la columna del día del contrato porque la columna del día del contrato ya no tenía objeto. El cuaderno negro que había comprado en Sevilla tenía todavía páginas. Lo que iría en esas páginas a partir del domingo sería otro tipo de registro.

El pensamiento fue suficiente para completar el estado de las cinco de la mañana. No necesitaba más.

Bajó a las seis con la misma puntualidad de los últimos días, que era la puntualidad del cuerpo que ya no esperaba que el sueño continuara porque el sueño elegido a las cinco termina a las seis y eso es suficiente.

Voss en el escritorio, el cuaderno de cuentas del palacio en la página del cierre de noviembre. Las manos sobre el cuero. La ventana al jardín con la lluvia del domingo que en el jardín producía el sonido específico del agua sobre piedra que Valentina había aprendido a distinguir de todos los otros sonidos del palacio. Y en el espacio de la biblioteca, la presencia de Inés: constante, del grosor del estado ordinario de esa habitación en los últimos días.

—El contrato —dijo Valentina, desde el umbral de la biblioteca.

—Sí —dijo Voss, sin levantar la vista del cuaderno de cuentas.

No fue confirmación del día ni del plazo. Era la respuesta al hecho que los dos sabían y que la frase de una palabra alcanzaba a sostener sin necesitar ninguna otra: que el contrato que había establecido las condiciones del proceso terminaba en algún punto del domingo de la misma manera en que el sol se pone sin que nadie señale el momento exacto en que la luz deja de ser luz y empieza a ser otra cosa.

Valentina fue al sillón.

La marca de la muñeca pulsó tres veces. El saludo de los últimos días.

El café de Frau Bergmann llegó a las siete con el Semmel y la confitura de ciruela y el orden de todos los domingos desde el primero de noviembre. Valentina lo tomó en el sillón con el cuaderno negro en la mano, sin abrirlo todavía, con la atención de quien tiene tiempo por primera vez en treinta días para no empezar el día con el instrumento inmediatamente sino para dejarlo estar sobre las

rodillas durante el tiempo que el café requería antes de que la pluma lo requiriera a él.

—El tío vendrá esta tarde —dijo.

—Lo sé.

—Le diré lo de la Praterstrasse.

Voss levantó la vista del cuaderno de cuentas. La miró con la atención de quien recibe la confirmación de una decisión que ya sabía que se iba a tomar pero que al recibirla como confirmación tiene un peso diferente al de la anticipación.

—¿Cómo se lo dirás?

—De la manera en que se le dice al tío Rodrigo algo que cambia la escala de lo que ya sabe —dijo Valentina.— Con los hechos en el orden correcto y con el tiempo para que cada uno tenga el espacio que necesita antes de dar el siguiente.

Era la descripción del modo de comunicación del tío: no el argumento construido hacia una conclusión sino los datos entregados en el orden en que el tío podía recibirlos sin que la acumulación los destruyera. El tío Rodrigo con la información correcta en el orden correcto producía las conclusiones correctas sin que nadie tuviera que guiarlo hacia ellas. Era lo que lo hacía ser el tío.

La lluvia del domingo en el jardín durante el tiempo del desayuno, que era el tiempo más largo que los domingos del palacio tenían porque el domingo era el día sin Stefan y sin la queja formal del consulado y sin el nivel dos de la sección y sin el plazo del contrato que contar. El domingo era el día de lo que quedaba cuando todo lo que había sido urgente había dejado de serlo.

Voss cerró el cuaderno de cuentas del palacio.

—El mes de noviembre —dijo— está completo.

Era la única frase que el cierre de noviembre requería y que contenía exactamente lo que contenía: que el mes había ocurrido, que lo que el mes contenía estaba ahora en el registro, y que el registro del mes de noviembre del palacio Voss era diferente a todos los registros de los meses anteriores en el único sentido que el cuaderno de cuentas podía registrar, que era el número de personas

presentes con el estado que tenían y el gasto del palacio que ese estado producía.

El cuaderno de cuentas de noviembre tenía las entradas de Frau Bergmann, del Semmel y la confitura de ciruela, del carbón del Kachelofen, del gas de los mecheros. No tenía entrada para la marca de la muñeca izquierda ni para el proceso de Inés en el corredor del portal ni para los veintinueve días del trato. Lo que el cuaderno de cuentas registraba era suficiente para que el palacio funcionara; lo que el cuaderno negro de Valentina registraba era lo demás.

A las diez llegó la nota de Elsa.

Fui esta mañana al portal del palacio desde la Wollzeile. No directamente: por el Ringstrasse, pasando frente al portal por el lado del tranvía. —Una pausa entre párrafos.— Lo que hay en el primer tramo de los árboles del bulevar es perceptible para quien ha aprendido a leer el proceso. No para el transeúnte del domingo, que pasaba sin detenerse. Para mí, que sí sé qué buscar.

La calidad del espacio entre el portal y los árboles tiene la densidad del corredor del ala este en los primeros días, antes de que Inés avanzara hacia el interior. La misma densidad. Como si el exterior del palacio fuera el estado inicial y el interior el estado al que llegó después. —Una pausa.— No sé si eso es una observación útil o si solo dice algo sobre cómo el proceso organiza el espacio en general. La anoté de todas formas.

Esta tarde. Con el cuaderno verde.

Valentina dobló la nota. La densidad del corredor del ala este en los primeros días: la presencia en el estado inicial, el mismo grosor que había tenido en el ala este antes de que Valentina aprendiera a distinguirla con la precisión de los últimos días. El exterior del palacio como el estado inicial del proceso de Inés, no como el destino. La observación de Elsa era más que útil: era la que invertía la dirección del mapa. No Inés avanzando hacia el exterior sino Inés regresando al estado anterior al palacio.

—Elsa viene esta tarde —dijo Voss, que había leído la nota de la misma manera que leía las notas de Stefan: sin que nadie se la pasara.

—Sí. —Valentina dejó la nota en la mesa.— ¿La densidad que describe en el Ringstrasse?

—Es el estado natural del proceso fuera del palacio. —Una pausa.— Dentro del palacio, el proceso de Inés aprendió durante sesenta y nueve años a distribuirse en el espacio disponible. Fuera, el proceso vuelve al estado en que estaba antes de que el palacio lo redujera.

—¿Cuánto tiempo tardó en reducirse cuando llegó al palacio?

—El cuarto año. Tres años de proceso en curso, y en el cuarto el ala este como límite definitivo. —Voss miró el jardín.— El proceso tardó tres años en reducirse al ala este desde el estado natural. La inversión no tiene por qué seguir el mismo ritmo.

La inversión sin el mismo ritmo. El exterior del palacio como territorio que el proceso de Inés estaba recuperando a la velocidad del proceso completado, que era diferente a la velocidad del proceso en curso porque el proceso completado no tenía el mismo tipo de urgencia que el proceso en curso, que era la urgencia de llegar al umbral antes de que el plazo del contrato lo hiciera imposible.

Ya no había plazo.

Elsa había enviado una segunda nota antes de la primera, más breve: Henriette Müller. La protección provisional del cuarto caso quedó en vigor el jueves. El expediente no puede cerrarse de manera inconveniente mientras el procedimiento está activo. Los sueños no han cambiado, pero ha dejado de registrarlos como amenaza y ha empezado a registrarlos como información. Eso es suficiente por ahora.

Valentina abrió el cuaderno negro en la primera página que no tenía número de día en la esquina superior derecha, que era la primera vez en treinta días que la página no tenía ese número. Lo dejó así, sin número, porque era la información más precisa que podía dar en ese momento: que el domingo era el primer día en que el conteo había terminado.

Escribió: Primero de diciembre. La lluvia. El cuaderno de cuentas de noviembre cerrado.

Y debajo, como si fuera una sola entrada:

El contrato termina hoy. Lo demás, no. —Era la frase de Stefan del sábado y también la verdad más simple de ese domingo, la que el análisis de Valentina no podía mejorar porque ya era exacta.

El tío Rodrigo llegó a las doce, con el maletín y el sombrero de fieltro, que era la configuración habitual del tío a mediodía en día laborable aunque el domingo no fuera laborable. El tío Rodrigo y el maletín y el sombrero de fieltro eran inseparables de la misma manera en que el cuaderno negro y la pluma eran inseparables de Valentina: el instrumento que define al que lo lleva aunque no lo esté usando en ese momento.

Valentina lo encontró en el comedor.

—El contrato —dijo el tío, antes de sentarse, que era el modo del tío de verificar el estado de la situación sin preguntar porque preguntar habría supuesto incertidumbre y el tío ya sabía la respuesta.

—Hoy. —Valentina se sentó frente a él.— Sin consecuencias para ninguna de las partes que no sean las que ya existen.

El tío asintió. Las manos juntas sobre la mesa, que era la postura del tío cuando estaba en modo de recibir información en lugar de modo de dar información, que era la postura que Valentina había visto menos veces que la otra y que en ese domingo requería porque lo que Valentina tenía que decirle era del tipo que se recibe, no del tipo que se da y se recibe al mismo tiempo.

—Hay algo que necesito contarte —dijo.

—Sí —dijo el tío.

Era la misma respuesta que Voss había dado el viernes cuando Valentina había usado la misma frase, que era la respuesta de los que ya saben que algo viene y que prefieren el sí al silencio porque el sí da a la persona que habla el espacio de empezar.

—Inés Carvajar —dijo Valentina.— La persona cuyo proceso Nikolai Voss completó en 1818. La persona cuyos descendientes llevan la marca de la muñeca. La persona cuyo proceso ha estado en el ala este de este palacio durante sesenta y nueve años.

El tío no respondió. Su postura no cambió. Era el tío procesando en el modo silencioso que tenía cuando la información requería el procesamiento antes de la respuesta.

—Antes de llegar al palacio —dijo Valentina— Inés Carvajar vivió en Viena durante un año. En el segundo distrito. En la Praterstrasse.

El tío la miró.

—¿En qué número? —preguntó.

Era la pregunta correcta y también la única que el tío tenía disponible en ese momento, porque la pregunta del número era la pregunta que ya sabía la respuesta y que al hacerla confirmaba que sabía la respuesta y que lo que pedía era la confirmación.

Valentina le dio el número.

El tío se quedó mirando las manos sobre la mesa. No el maletín, no la ventana del comedor, no el jardín de la lluvia del domingo. Las manos propias, que era donde miraba cuando procesaba algo que requería el tiempo del procesamiento sin el espacio de las cosas externas que distrajeran del procesamiento.

Valentina esperó.

El gesto de los pantalones no vino. Lo que vino fue otra cosa que Valentina no había visto en treinta días de tío: un movimiento imperceptible de la cabeza, casi horizontal, del tipo de movimiento que el cuerpo hace cuando algo que creía saber resulta ser diferente a lo que creía saber y que la diferencia no invalida lo que sabía sino que lo amplía de una manera que el cuerpo registra antes de que la mente lo procese.

—El olor de la escalera —dijo el tío.

—Sí.

—Llevo dos meses preguntándome de dónde conozco ese olor. No es posible que lo conociera: yo nunca he estado en ese edificio antes de octubre.

—No tú. El proceso de Inés que lleva ese olor aprendido. —Valentina puso las manos sobre la mesa, al lado de las del tío.— Lo que el proceso de Inés percibe como familiar en el apartamento de la Praterstrasse es el olor del edificio donde estuvo antes del palacio. —Otra pausa.— Y el proceso de Inés lleva tres días fuera del palacio.

El tío levantó la vista.

—¿Fuera del palacio?

—En el Ringstrasse desde el sábado. En el primer tramo de los árboles del bulevar. El radio es de al menos cuatrocientos metros

desde el portal.

El tío procesó eso con el silencio que merecía, que era un silencio más largo que el de la Praterstrasse porque la Praterstrasse era una coincidencia de dirección y el Ringstrasse era el proceso de Inés a cuatrocientos metros del apartamento donde el tío vivía.

—¿Llegará a la Praterstrasse? —preguntó.

—Elsa cree que el exterior del palacio es el estado inicial del proceso antes de que el palacio lo redujera. —Valentina midió la siguiente frase.— No avanza hacia el exterior. Regresa a él.

El tío la miró durante el tiempo que tardó en recibir esa formulación con la precisión que la formulación requería.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—No lo sé. El proceso tardó tres años en reducirse al ala este. La inversión puede ser diferente.

El tío se limpió las manos en los pantalones, que era el primer y único gesto de los pantalones del domingo. Era también el gesto más contenido que Valentina le había visto en treinta días, lo que decía algo sobre la naturaleza de lo que había recibido en los últimos diez minutos: no del tipo que produce muchos gestos sino del tipo que produce uno solo y que ese uno vale por todos los demás.

—¿Debo buscar otro apartamento? —preguntó el tío.

Era la pregunta más práctica posible frente a la información que acababa de recibir, que era también la pregunta del tío: no qué significa esto sino qué hago con esto. El tío Rodrigo que había pasado treinta días gestionando lo que no entendía completamente con los instrumentos que tenía disponibles, y que al final de los treinta días seguía siendo el mismo hombre con el mismo maletín y el mismo sombrero de fieltro y la misma disposición a la acción concreta desde el ángulo que nadie esperaba.

—No —dijo Valentina.— El proceso de Inés no necesita el apartamento. El proceso de Inés conoce el olor del edificio. Eso no requiere que el edificio esté vacío.

El tío la miró durante un momento con la mirada del reconocimiento de la respuesta que era la correcta y que al recibirla producía el alivio específico de quien había temido por un momento que la respuesta correcta fuera la incómoda.

—Bien —dijo.

Era la respuesta del tío a las situaciones que se resuelven de la manera que pueden resolverse: sin drama, con la economía de los que han aprendido que la economía es la forma más honesta de recibir lo que hay que recibir.

El tío se fue a las dos con el maletín y el sombrero de fieltro y un solo gesto de los pantalones para todo el domingo, que era también un récord en sentido contrario al que había establecido en la conversación más difícil del mes anterior. Valentina lo vio salir al Ringstrasse con la lluvia del domingo y el paso del hombre que tiene adónde ir y que lo que acaba de escuchar irá procesándolo en el trayecto porque el tío Rodrigo procesaba caminando del mismo modo en que Valentina procesaba escribiendo.

Elsa llegó a las cuatro.

Directamente a la biblioteca, sin pasar por el comedor, lo que significaba que había venido con los cuadernos y que los cuadernos eran el propósito de la visita del domingo sin necesidad de los protocolos intermedios que los días con protocolos requerían. Puso el cuaderno verde y el clínico en la mesa pequeña entre los dos sillones y se sentó en su silla con la pluma ya en la mano.

—Lo del Ringstrasse —dijo.

—El estado inicial —dijo Valentina.— No el avance: el regreso.

Elsa anotó durante un momento largo, con la letra de zurda y el espacio entre frases y la concentración de los que escriben y piensan al mismo tiempo y que el pensamiento no puede darse sin el instrumento porque el instrumento es también parte del pensamiento.

—Si la hipótesis de la inversión es correcta —dijo, sin levantar la vista— el proceso de Inés no tiene un destino dentro del palacio ni fuera de él. Tiene el estado al que pertenece. El palacio fue la contracción. El exterior es la expansión. El estado natural del proceso completado puede ser la expansión.

Era la hipótesis más grande que Elsa había formulado desde el inicio de la investigación y también la más precisa, porque era la que organizaba todos los datos de los últimos diez días en un solo argumento sin que ninguno de los datos tuviera que forzarse para

caber en él. El ala este como contracción, el corredor del palacio como expansión inicial, la biblioteca como expansión hacia el interior del palacio y el portal era la expansión hacia el exterior, el Ringstrasse como el primer metro de un radio que no tenía límite conocido.

—¿Hasta dónde? —preguntó Valentina.

—Hasta donde el proceso pueda llegar con el recurso disponible. —Elsa levantó la vista.— El proceso de Inés no se mueve a la velocidad de un proceso en curso. Se mueve a la velocidad del tiempo que tiene. Y el tiempo que tiene es exactamente el que el libro de Inés describió: el tiempo del proceso completado, que no es el tiempo escaso.

El tiempo que no es escaso. El libro de Inés en la quinta sección con el vocabulario de lo que se construye para durar: que el proceso da el tiempo que el proceso da, y que lo que el tiempo da por sí mismo es diferente, y que las dos cosas juntas producen algo que ninguna produce sola. El proceso de Inés con el tiempo que no es escaso expandiéndose desde el ala este hacia el exterior del palacio hacia el Ringstrasse hacia lo que viniera después del Ringstrasse.

—¿Cuándo estará en la Praterstrasse? —preguntó Valentina.

—No lo sé. —Era la respuesta honesta de Elsa.— Pero si el estado inicial del proceso era el segundo distrito, el segundo distrito es adonde el proceso regresa cuando tiene el tiempo para hacerlo.

Elsa se fue a las seis con los cuadernos y la tarjeta de la Doctora Elsa Richter en el bolsillo, porque el bolsillo era donde iba cuando el exterior era el exterior y no el palacio. La distinción que había establecido el viernes y que el domingo ya era el estado ordinario de la tarjeta.

—Mañana —dijo, desde el umbral de la biblioteca.

No era cita. Era la confirmación de que el mañana existía y que el mañana también tendría investigación y cuadernos y la misma biblioteca con los mismos sillones y Valentina en el de siempre y la presencia de Inés en el espacio entre los dos.

—Mañana —dijo Valentina.

La biblioteca a las seis de la tarde del domingo de lluvia con Voss en el escritorio y el cuaderno de cuentas de diciembre abierto

en la primera página, que era la primera página del mes y que tenía las entradas del día: el Semmel, la confitura, el carbón, el gas. Los mismos que noviembre. El palacio que seguía siendo el palacio con sus gastos y su orden y Frau Bergmann y los mecheros de gas y la fuente de piedra en el Innenhof.

Y la primera entrada del mes de diciembre que el cuaderno de cuentas no tenía pero que tenía el cuaderno negro de Valentina abierto en la mesa pequeña: que el palacio a partir del primero de diciembre tenía dos personas con la temperatura del proceso completado en lugar de una.

—El contrato —dijo Valentina.

Voss levantó la vista del cuaderno de diciembre.

—Ha terminado —dijo.

Era la confirmación sin drama porque el drama habría sido menos que el hecho. El contrato que el padre de Valentina había firmado en el despacho de un abogado de Sevilla nueve meses antes de morir había terminado en algún punto del domingo de lluvia del primero de diciembre de 1887, sin que nadie hubiera podido señalar el momento exacto en que el documento dejó de tener efectos jurídicos del mismo modo en que nadie podía señalar el momento exacto en que la luz del atardecer deja de ser luz y empieza a ser otra cosa.

Lo que había producido el contrato seguía siendo lo que era.

Voss cerró el cuaderno de diciembre. Fue al sillón de enfrente, que era el movimiento que Valentina sabía ya distinguir de todos los demás: no el movimiento hacia el jardín ni hacia la ventana del norte ni hacia el escritorio con el cuaderno de cuentas. El movimiento hacia el sillón de enfrente era el movimiento hacia el espacio de los dos, que en los treinta días anteriores había tenido el peso del trato y del proceso y del plazo, y que en el domingo del primero de diciembre tenía solo el peso de lo que era: dos personas en los sillones de enfrente de la biblioteca de ese palacio, en la tarde del primer día de lo que venía después de los treinta.

—La marca —dijo Voss.

Valentina puso la muñeca izquierda en el reposabrazos del sillón con la cara interior hacia arriba. La marca de la muñeca, visible en la

piel con la temperatura del proceso completado que era la misma que tenía él en las manos desde hace trescientos años.

Él puso los dedos en la marca.

La temperatura de las dos manos era la misma, que era el dato que el contrato no había podido anticipar porque el contrato era el documento de las condiciones y las condiciones no incluían lo que las condiciones producirían cuando el proceso estuviera completo. Lo que producían era esto: que la temperatura incorrecta para las manos de los vivos ya no era incorrecta en la muñeca de Valentina sino simplemente la temperatura que tenía la muñeca de Valentina, y que al ser la misma temperatura no había diferencia que registrar entre los dedos de él y la piel de ella excepto la diferencia que existe entre dos superficies en contacto que son del mismo material pero que llevan tiempos distintos siendo ese material.

Él trescientos años.

Ella diez días.

La marca de la muñeca pulsó tres veces, despacio, con el ritmo de las cosas establecidas.

Valentina no retiró la muñeca. El análisis que tenía disponible le dijo que no había razón para retirarla, que era también el análisis correcto aunque hubiera llegado a la misma conclusión que el cuerpo había llegado antes de que el análisis se formulara. Era el orden de los últimos días: el cuerpo primero, el análisis después, los dos diciendo lo mismo con instrumentos diferentes.

La lluvia del domingo en el jardín.

El Kachelofen con la llama azul.

Voss le tomó la mano.

No el gesto de los dedos en la marca: la mano entera, con la palma sobre la palma de Valentina y los dedos entre los dedos de ella, con la temperatura de siempre que era también la temperatura de ella ahora. La biblioteca a las seis y media de la tarde del primero de diciembre con los dos en los sillones de enfrente y las manos entre los dos con la temperatura del proceso completado en las cuatro palmas al mismo tiempo.

Valentina calculó que era la primera vez que él le tomaba la mano de esa manera. Que en treinta días de bilioteca y trato y

proceso y pulsaciones de la marca y contacto del ala este y la noche del vigésimo quinto día en la biblioteca cuando la distancia entre el escritorio y el sillón la había cruzado de la misma manera, ninguno de los momentos anteriores había sido exactamente este: los dos en los sillones de enfrente, en el estado ordinario de la biblioteca, sin el peso del proceso en curso sobre el gesto.

Solo el gesto.

La lluvia en el jardín y el Kachelofen y los dos sillones y las manos entre los dos.

Valentina dejó que el análisis terminara ahí, que era el punto correcto para que el análisis terminara porque después de ese punto el análisis era el instrumento equivocado del mismo modo en que el termómetro era el instrumento equivocado para medir la altura. El análisis había hecho su trabajo: había confirmado que no había razón para retirar la mano y que la temperatura de las dos palmas era la misma y que la biblioteca a las seis y media de la tarde del primer día del mes de diciembre era el lugar correcto para las dos personas que estaban en ella.

Después de eso, el cuerpo.

El corredor del segundo piso a las ocho de la noche tenía el silencio de los corredores del palacio cuando el palacio ya no tiene actividad visible: Frau Bergmann retirada al sótano, las lámparas del corredor bajadas al mínimo, el sonido de la lluvia en el jardín filtrado por el grosor de dos pisos de piedra.

Y en el corredor del segundo piso, la presencia de Inés que había estado en ese corredor desde el miércoles con la gradualidad del proceso que tiene tiempo y que en el domingo tenía una calidad diferente a los días anteriores: no la calidad de algo que avanza sino la calidad de algo que ya está donde está y que ese donde está le pertenece.

Valentina lo registró desde el umbral de la habitación.

La presencia de Inés en el corredor del segundo piso con la calidad del estado permanente en lugar del estado del avance. La hipótesis de Elsa: no el destino sino el estado al que pertenece, la expansión que es el estado natural del proceso completado. El corredor del segundo piso y la biblioteca y el corredor del portal y el

primer tramo de los árboles del Ringstrasse, todos al mismo tiempo, todos con la presencia de Inés en el estado de la expansión que no tiene urgencia porque tiene el tiempo que tiene.

La habitación del segundo piso a las ocho de la noche del domingo de lluvia. El reloj del padre en la mesilla, que había dado los tres tonos de las ocho sin que Valentina lo hubiera buscado con la atención de los días en que el reloj era el instrumento para medir el tiempo del trato.

El reloj ya no medía el tiempo del trato.

Lo que medía era el tiempo del primero de diciembre, que era el primer día del tiempo que no tenía trato, y que tenía en cambio la lluvia en el jardín y el olor del carbón del Kachelofen en el corredor y la temperatura de la marca de la muñeca que era la misma desde el vigésimo quinto día y que en el trigésimo tenía un registro adicional que los anteriores no habían tenido: el peso de los dedos de Voss sobre la palma de Valentina en el sillón de la biblioteca.

El peso específico de la mano de alguien que sabe lo que hace con las manos porque lleva trescientos años aprendiendo lo que se hace con ellas, que es diferente al peso de cualquier otra mano en cualquier otro contexto.

Valentina lo archivó en la categoría correcta.

A las nueve, los pasos en el corredor. El sonido específico de los pasos de Voss en el parqué del segundo piso, que Valentina había aprendido a distinguir de todos los demás sonidos del palacio en treinta días porque el palacio a esas horas tenía pocos sonidos y los pasos de Voss eran el más familiar de todos.

Se detuvieron frente a la puerta de la habitación.

Valentina fue a abrir.

Voss en el corredor con la lámpara de gas del corredor detrás de él y la expresión de los momentos en que la expresión es lo último que llega porque lo que hay antes de la expresión requiere el tiempo de estar antes de que la expresión lo alcance. La temperatura de siempre, que era también la temperatura de la marca de la muñeca y por tanto la temperatura de los dos en el mismo espacio, que era la primera vez que el mismo espacio era la habitación de Valentina y no la biblioteca.

—El contrato ha terminado —dijo Valentina.

—Sí —dijo Voss.

Era la tercera vez que la frase se decía en el domingo, y la tercera vez tenía el peso que los dos anteriores no habían tenido porque la tercera vez era frente a la puerta de la habitación del segundo piso a las nueve de la noche y el domingo de lluvia y la temperatura de las dos palmas siendo la misma y el análisis de Valentina habiéndole dicho ya tres veces en el día que no había razón para no abrir la puerta del todo.

La abrió del todo.

Lo que hubo en la habitación del segundo piso esa noche del primero de diciembre fue del tipo de cosas que el cuaderno negro tiene la capacidad de registrar y que de todas formas no registra en el momento porque el momento no es el momento del cuaderno negro sino el de las cosas que el cuaderno negro registra después, cuando el momento ya tiene suficiente distancia para ser una entrada y no simplemente lo que está ocurriendo.

La temperatura de las dos palmas siendo la misma.

El Kachelofen que ardía en el corredor con la llama azul de las noches de diciembre.

La lluvia en el jardín, que esa noche tenía el sonido de las lluvias que no pretenden llegar a ningún sitio sino simplemente estar mientras duran y durar lo que haga falta.

El análisis de Valentina llegó tarde, que era el orden correcto: el cuerpo primero, el análisis después, el análisis cuando lo que registra ya tiene forma suficiente para ser registrado con precisión. Lo que encontró, con la precisión de los diagnósticos que se hacen cuando el instrumento y el objeto están en la misma escala, fue esto:

Que trescientos años es tiempo suficiente para aprender a no apresurarse.

Que diez días es tiempo suficiente para aprender qué se aprende en trescientos años cuando el proceso lo enseña con el cuidado de las cosas que saben que el tiempo que tienen es suficiente.

Que la temperatura de la marca de la muñeca izquierda y la temperatura de las manos de Nikolai Voss siendo la misma

temperatura no era un accidente del proceso sino la condición que el proceso construía cuando las condiciones eran correctas y que en ese domingo de lluvia del primero de diciembre de 1887 en la habitación del segundo piso del Palais Voss eran exactamente correctas.

El análisis archivó todo eso en la categoría correcta.

Continuó.

La lluvia del jardín durante el tiempo que la lluvia del jardín tardó en ser solo el fondo sobre el que ocurren las cosas y no el objeto de atención, que fue menos de lo que habría tardado en los días anteriores al proceso completado y más de lo que habría tardado si el análisis no hubiera necesitado hacer su trabajo primero.

El Kachelofen ardió toda la noche con la llama azul de las noches de diciembre.

A las dos de la madrugada del lunes, la lluvia había dejado de ser lluvia sin que nadie pudiera señalar el momento exacto en que había pasado de serlo.

El cuaderno negro de Valentina estaba en la mesa pequeña de la biblioteca, con la pluma encima, esperando la entrada del domingo. La entrada del domingo podría escribirse mañana, que era también la respuesta correcta para lo que no podía escribirse todavía porque todavía era el momento y las entradas del cuaderno negro eran de lo que ya había tenido el tiempo suficiente de ser para poder nombrarse con precisión.

Mañana.

El primero de diciembre terminó sin separador y sin marca porque no tenía ninguno. Fue simplemente el día que siguió al sábado y que precede al lunes del mismo modo en que todos los domingos preceden al lunes y siguen al sábado, con la diferencia de que ese domingo específico fue también el primer día de algo que no tenía nombre todavía en ninguno de los cuadernos disponibles pero que lo tendría, con el tiempo que el proceso daba, cuando la palabra correcta llegara.

Las palabras correctas llegaban siempre.

El proceso las tenía en cuenta.

— XXXI —

El lunes

La entrada del domingo la escribió el lunes a las seis y veinte.

No porque no hubiera tenido tiempo el domingo: había tenido. Lo que no había tenido el domingo era la distancia suficiente entre los hechos y la página, que era la condición que el cuaderno negro necesitaba para el tipo de entrada que el domingo requería. Las entradas del cuaderno negro eran de los hechos cuando los hechos ya tenían forma suficiente para ser nombrados con precisión, y los hechos del domingo a las dos de la madrugada todavía no la tenían porque a las dos de la madrugada el domingo todavía estaba ocurriendo.

El lunes a las seis y veinte tenía la distancia correcta.

Valentina se sentó en el sillón de la biblioteca, que era donde el cuaderno negro se escribía cuando la biblioteca era el espacio correcto para escribirlo, y abrió en la página del primero de diciembre con la nota breve que había puesto en la tarde: Primero de diciembre. La lluvia. El cuaderno de cuentas de noviembre cerrado. El contrato termina hoy. Lo demás, no.

Debajo de esa nota, en el espacio que había dejado para lo que vendría después, escribió con la letra entera de las entradas que ya tienen forma:

A las nueve de la noche, la puerta de la habitación del segundo piso. La temperatura de las dos palmas siendo la misma. La frase de Stefan del sábado verificada desde dentro: el contrato terminó; lo demás, no.

Paró. Relleyó lo que había escrito. Le parecía incompleto, que era la sensación que producían las entradas correctas cuando el análisis sabía que lo que estaba dejando fuera era del tipo que no mejoraba al ser puesto en el cuaderno negro sino que se reducía. Lo

que había ocurrido en la habitación del segundo piso la noche del primero de diciembre no requería más de cuatro líneas en el cuaderno negro porque cuatro líneas era suficiente para que en veinte años, cuando releyera esa entrada, supiera exactamente qué había pasado y supiera también todo lo que no estaba en las cuatro líneas y que era la parte más importante.

Las entradas correctas eran las que el tiempo amplificaba en lugar de reducir.

Cerró el cuaderno negro.

Voss estaba en el escritorio cuando Valentina levantó la vista, con el cuaderno de diciembre abierto en la segunda página, que era la del segundo día del mes y que era también el primer lunes de diciembre, que era también el primer día laboral después del contrato. La entrada del segundo en el cuaderno de cuentas tenía el mismo formato que todas las anteriores: el Semmel, la confitura, el carbón del Kachelofen, el gas de los mecheros, el pedido de la Bäckerei que Frau Bergmann hacía los lunes. El palacio en el segundo de diciembre como el palacio en el segundo de cualquier otro mes, con la diferencia que el cuaderno de cuentas no registraba porque no era su función.

La presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones, constante desde el miércoles anterior, tenía esa mañana la calidad del estado ordinario: no el evento que requería documentación sino el estado de la biblioteca que existía de la misma manera en que existía el Kachelofen o el cuaderno de cuentas. El estado ordinario de las cosas que ya han llegado a ser lo que son.

—El cuaderno negro —dijo Voss, sin levantar la vista del cuaderno de cuentas.

—La entrada del domingo. —Valentina puso el cuaderno negro sobre la mesa pequeña.— Cuatro líneas.

—¿Solo cuatro?

—Las entradas del cuaderno negro son suficientes o no son. Cuatro líneas para esa entrada es suficiente.

La variación en la expresión de Voss fue la del reconocimiento de un argumento que era correcto y que también contenía algo que no era el argumento: la calidad específica del reconocimiento de

quien acaba de entender que el cuaderno negro de Valentina iba a seguir existiendo como instrumento después del contrato, y que ese instrumento iba a seguir siendo de Valentina de la misma manera en que había sido de Valentina durante treinta días, y que lo que contenía era del tipo que le pertenecía a ella antes que a nadie.

Fue una variación de cuatro segundos. Luego el cuaderno de cuentas de diciembre recibió otra entrada.

El café de Frau Bergmann llegó a las siete.

La nota de Stefan llegó a las ocho, que era antes de lo habitual, con el conducto del mensajero del hotel pero con el sobre diferente: blanco en lugar del crema habitual, lo que era la señal de las notas que Stefan escribía cuando usaba el papel del hotel en lugar del suyo propio, que era el papel que usaba cuando estaba fuera del apartamento habitual.

Estuve en la Praterstrasse esta mañana. No frente al número: a una manzana. —Una pausa entre párrafos.— Lo que hay a una manzana del apartamento del tío Rodrigo no es lo mismo que lo que hay en el Ringstrasse frente al portal. Es diferente de una manera que no tengo vocabulario para describir con precisión, que es la primera vez en trescientos años que no tengo vocabulario para algo que percibo. —Otra pausa.— Esto también es nuevo. Anótalo.

Valentina dobló la nota. La Praterstrasse. Stefan a una manzana del número del tío, percibiendo algo diferente al Ringstrasse. La hipótesis de Elsa sobre el estado inicial del proceso verificada desde la percepción de Stefan, que era la percepción más calibrada que existía para el proceso de Inés porque Stefan llevaba trescientos años aprendiendo a leer los procesos desde fuera y tenía el suyo propio como referencia.

Lo anotó en el cuaderno negro sin abreviatura: Stefan en la Praterstrasse. Diferente al Ringstrasse. Sin vocabulario para la diferencia. También esto es nuevo.

—La nota de Stefan —dijo, a Voss.

Se la leyó.

Voss la escuchó con la atención de las informaciones que tienen múltiples capas. Al terminar, fue a la ventana del jardín, que era el

movimiento del procesamiento que requería el espacio del jardín antes de la respuesta.

—La Praterstrasse —dijo, sin volverse.— Inés llegó a Viena en el otoño de 1815. Vivió en la Praterstrasse el primer año, antes de que yo supiera que existía. —Una pausa.— El proceso lo supe cuando Nikolai me lo contó en el segundo año.

Era la primera información sobre el período antes del palacio que Voss había dado con esa precisión. No el año genérico —el siglo anterior, décadas pasadas— sino el año exacto y el nombre de la calle y el orden de los eventos: Inés en la Praterstrasse, luego Nikolai sabiendo que existía, luego el proceso.

—¿Conociste a Inés antes del proceso? —preguntó Valentina.

—Sí. —La voz de Voss tenía en ese monosílabo el peso de la información que se da por primera vez porque es la primera vez que la pregunta directa la requiere.— La conocí en el otoño de 1816. Llevaba un año en Viena. Yo llevaba ciento treinta y dos años en el palacio. —Una pausa.— El proceso empezó en el invierno de ese año.

El otoño de 1816. Inés en Viena desde 1815. El proceso desde el invierno de 1816. El palacio como espacio del proceso desde el principio, no como el espacio al que el proceso redujo a Inés después: el palacio había sido el espacio del proceso porque era el espacio de Nikolai, y el proceso había empezado donde Nikolai estaba, que era también donde Inés había elegido estar.

—¿Eligió estar en el palacio? —preguntó Valentina.— Inés.

—Eligió el proceso —dijo Voss.— El palacio era donde el proceso ocurría. —Una pausa.— Del mismo modo en que tú elegiste el proceso y el palacio era donde el proceso ocurría.

Era la distinción correcta y también la que reorganizaba el orden de la causalidad: no el proceso primero y la elección después, sino la elección primera y el proceso a continuación, que era también el orden del contrato de treinta días y de los treinta días de Valentina.

El mismo orden. Trescientos años después.

Valentina anotó con la letra pequeña de las notas al margen que son parte del argumento aunque no sean el argumento principal: La Praterstrasse era el espacio de Inés antes del proceso. La

Praterstrasse es adonde el proceso regresa porque es el estado inicial. El proceso de Inés regresa a donde Inés eligió estar antes de que el proceso fuera posible.

El tío Rodrigo llegó a las once, sin el maletín, que era la configuración del tío cuando la visita no era de trabajo.

Valentina lo recibió en el comedor. Frau Bergmann trajo café sin que nadie lo pidiera, que era el modo de Frau Bergmann de reconocer que las visitas sin maletín del tío eran visitas que el café mejoraba.

—La Praterstrasse —dijo el tío, antes de que Valentina dijera nada.

—Sí.

—Pasé la noche pensando en el olor de la escalera. —El tío tomó el café.— Empecé en octubre y dije que era el olor de la madera húmeda de los edificios del segundo distrito, que es diferente a la piedra del primero. Y es correcto: es ese olor. Pero hay algo más en el olor de esa escalera que no es solo la madera húmeda y que no he podido nombrar en dos meses.

—El proceso de Inés Carvajar en el edificio donde vivió antes del palacio.

—Sí. —El tío dejó la taza.— Eso es lo que no es solo la madera húmeda.

Era la formulación más exacta que el tío había dado de lo que llevaba dos meses registrando sin vocabulario para nombrar, y la formulación la había podido hacer porque ahora tenía la información que le daba el vocabulario. No la experiencia, que había tenido desde octubre: el vocabulario para nombrar la experiencia.

—¿Cuándo llega? —preguntó el tío.— A la Praterstrasse.

—Elsa dice que el proceso tiene el tiempo que tiene. —Valentina puso las manos en la mesa.— No avanza con urgencia. El proceso completado no tiene el tipo de urgencia que tenía el proceso en curso.

—¿Y cuando llegue?

Era la pregunta que el tío había tenido desde la tarde del domingo cuando Valentina le había dado la información y que no había hecho en ese momento porque en ese momento el orden de

los datos no lo permitía. El lunes con el café de Frau Bergmann y sin el maletín era el momento correcto.

—No lo sé —dijo Valentina.— Lo que sé es lo que Elsa formuló: el proceso de Inés regresa al estado que tenía antes de que el palacio lo redujera. El estado que tenía antes era el de alguien que vivía en el segundo distrito en un apartamento con escalera de madera húmeda. —Una pausa.— Lo que hace el proceso cuando llega al estado inicial es la pregunta que todavía no tiene respuesta.

El tío procesó eso con el silencio que merecía, que era el silencio de las informaciones que son suficientemente grandes para que la mente no pueda procesar todas sus implicaciones en una sola sentada y que por tanto elija procesar la más inmediata y dejar las demás para cuando la más inmediata haya encontrado su lugar.

—¿Necesita el apartamento vacío? —volvió a preguntar.

—No —dijo Valentina, igual que el domingo.— Te lo diré si eso cambia. Pero no lo anticipes.

El tío asintió. El mismo asentimiento del domingo, breve, del tipo que recibe la información que esperaba y que en ese contexto era la información correcta.

—El cónsul —dijo.— Preguntó por el proceso del hermano.

—Voss lo verá cuando sea posible.

—El hermano está en la Josefstadt. —El tío se limpió las manos en los pantalones, el único gesto del lunes, más pequeño que los de la semana anterior.— El cónsul quiere que sea pronto.

—Pronto —dijo Valentina.— No antes de que Voss decida cuándo.

Era la respuesta que el tío necesitaba para transmitirla al cónsul con la exactitud que el cónsul necesitaba. El tío Rodrigo que funcionaba como intermediario entre el palacio y el exterior del palacio con la precisión que los intermediarios buenos tenían cuando entendían que su función era transmitir sin modificar, no gestionar.

Se fue al mediodía con el sombrero de fieltro en la cabeza y el maletín ausente que no iba a volver a estar ausente hasta la próxima visita sin maletín, que era el ritmo del tío: instrumento cuando la situación lo requería, sin él cuando la situación era de otro tipo.

Elsa llegó a las dos.

Con el cuaderno verde y el clínico y una carpeta nueva que Valentina no había visto antes: cartón rojo, sin etiqueta, del tamaño de un folio doblado en dos. La puso sobre la mesa pequeña entre los dos sillones sin explicarla todavía, que era el modo de Elsa con los instrumentos nuevos: los presentaba sin preámbulo y esperaba que la conversación llegara al punto donde el instrumento fuera necesario.

—La nota de Stefan —dijo Valentina.— La Praterstrasse.

Elsa abrió el cuaderno verde. Anotó.

—Diferente al Ringstrasse —dijo.— ¿En qué sentido diferente?

—Sin vocabulario para la diferencia. Que también era información nueva para él.

Elsa anotó más. La letra de zurda, el espacio entre frases. Luego levantó la vista.

—Hay dos hipótesis sobre qué diferencia el estado inicial del estado de avance. —Puso la pluma sobre el cuaderno.— La primera: el estado inicial es el estado de alta densidad, el proceso organizado en el punto de origen, y el avance es la distribución de esa densidad en el espacio circundante. La diferencia que Stefan percibe en la Praterstrasse es la diferencia entre el origen y la distribución.

—¿Y la segunda?

—La segunda es que el proceso de Inés tiene dos estados simultáneos: el de avance hacia el exterior del palacio y el de consolidación en el origen. La Praterstrasse como origen y el Ringstrasse como primer punto de avance. Los dos al mismo tiempo, con calidades diferentes.

—¿Cuál es más probable?

—No lo sé todavía. —Elsa tomó la carpeta roja.— Pero hay algo que puede informar la distinción.

Abrió la carpeta. Dentro, hojas de papel con la letra de zurda de Elsa, más apretada que la del cuaderno verde, del tipo que usa cuando escribe para sí misma y no para el registro que otros puedan leer. En la primera hoja, arriba: Inés Carvajar. Registro preliminar. Diciembre 1887.

—He estado compilando —dijo Elsa— todo lo que sabemos sobre el proceso de Inés antes del palacio. No sobre el proceso en el ala este: sobre el período anterior. Lo que Voss ha dicho, lo que el libro de Inés implica sobre su vida antes del umbral, lo que los expedientes del Ministerio de Justicia revelan sobre el período de Henriette en el palacio. —Una pausa.— Y lo que Stefan sabe, que es diferente a lo que Voss sabe porque Stefan observó el proceso desde fuera durante el primer año sin que ni Voss ni Inés supieran que los observaba.

Era el cuaderno verde de la investigación paralela. No la hipótesis que había estado construyendo sobre el proceso en curso: la investigación sobre la persona antes del proceso, que era la información que daba contexto al estado del proceso después del umbral.

—¿Cuándo hablaste con Stefan sobre esto? —preguntó Valentina.

—El jueves. Cuando vino a la Wollzeile con la nota sobre el hermano del cónsul. —Elsa cerró la carpeta.— Le pregunté directamente. Me respondió con la misma economía que responde todo, pero lo que dijo en cuatro frases era suficiente para tres páginas de análisis.

Era la descripción exacta de Stefan en la investigación: cuatro frases que eran suficientes para tres páginas porque las cuatro frases de Stefan tenían la densidad de la información de trescientos años y la precisión de quien ha aprendido que el exceso de palabras no añade exactitud sino ruido.

—¿Qué dijo?

Elsa abrió la carpeta roja en la segunda hoja.

—Que Inés llegó a Viena en 1815 desde Sevilla. Que vivió el primer año en la Praterstrasse sin que nadie del entorno de Voss supiera que existía. Que Stefan la conoció en ese primer año, antes que Nikolai, a través de un círculo de intelectuales del segundo distrito que ella frecuentaba. Que cuando Nikolai la conoció en el otoño de 1816, Stefan ya sabía lo que Nikolai iba a proponer y no intervino porque consideró que era decisión de Inés. —Una pausa.— Y que la razón por la que no intervino era que Inés, según Stefan,

había venido a Viena específicamente por lo que el proceso podía darle, aunque no supiera que se llamaba proceso.

Valentina lo procesó.

Inés en Viena desde 1815. El círculo intelectual del segundo distrito. La razón del viaje: lo que el proceso podía darle, sin el nombre del proceso. El mismo orden que el de Valentina pero invertido en el tiempo: Valentina había llegado con el contrato como estructura; Inés había llegado con el deseo como motor y el contrato había llegado después.

—¿Lo que el proceso podía darle —dijo Valentina— o lo que Nikolai Voss podía darle?

Elsa la miró con la variación de expresión del reconocimiento de una pregunta que era más precisa que la que ella misma había formulado.

—Las dos cosas son la misma cosa —dijo, después de un momento.— En 1815, Nikolai Voss era el proceso. —Una pausa.— En 1887, el proceso es también Nikolai Voss. —Otra pausa.— La distinción entre el proceso y la persona no es tan clara como el trato la hace parecer.

Era la hipótesis más grande que Elsa había formulado en toda la investigación y también la más incómoda de examinar en la biblioteca del Palais Voss a las dos y media de la tarde con Voss en el escritorio a cuatro metros. Valentina la archivó en la categoría de las hipótesis que requerían el tiempo del procesamiento antes de ser evaluadas, que era la categoría de las cosas que cambiaban la escala de todo lo que había antes de ellas.

Elsa se fue a las cuatro con la carpeta roja y los cuadernos.

—¿Cuándo quieres que continúe? —preguntó, desde el umbral.

—Cuando tengas más de la carpeta roja.

—Mañana.

—Mañana —dijo Valentina.

El mañana que tenía el mismo peso de todos los mañanas del proceso: la investigación que continuaba con la consistencia de las cosas que no tienen plazo porque el proceso les había dado el tiempo que el tiempo da cuando ya no es escaso.

La tarde de la biblioteca. El Kachelofen, el jardín con la primera lluvia de diciembre que había terminado a las dos y que había dejado el Innenhof con los adoquines oscuros de la piedra húmeda y las hojas muertas pegadas a la fuente de piedra. La marca de la muñeca que a las cuatro de la tarde pulsó tres veces sin que hubiera ningún contacto físico que lo produjera, que era el modo en que la marca saludaba cuando el espacio entre los dos sillones tenía la presencia que tenía.

—La hipótesis de Elsa —dijo Valentina.— Sobre la distinción entre el proceso y la persona.

Voss cerró el cuaderno de diciembre.

—Escuché.

Estaban separados por la mesa pequeña y el espacio entre los dos sillones donde la presencia de Inés existía. Los tres en la biblioteca con el Kachelofen y la lluvia terminada y el jardín oscureciendo antes de las cinco por el diciembre que empezaba.

—¿Es correcta?

La pausa fue de las largas, del tipo que existe cuando la respuesta requiere el tiempo de la distinción entre lo que puede decirse y lo que es demasiado preciso para decirse sin el riesgo de ser menos exacto al decirlo que al callarlo.

—Hay un sentido —dijo Voss— en que el proceso no existe sin la persona que lo sostiene. Y otro sentido en que la persona no es solo el proceso. —Una pausa.— Los dos sentidos son verdaderos al mismo tiempo, que es incómodo desde la lógica y exacto desde la experiencia.

Era la respuesta que no era respuesta sino la descripción de la paradoja que el análisis de Valentina ya había identificado como la más resistente del proceso: que el proceso necesitaba a Nikolai para ser lo que era y que Nikolai existía con independencia del proceso pero que la independencia no era separabilidad, del mismo modo en que el idioma no existe sin hablantes y los hablantes no son solo el idioma pero tampoco existen sin él.

—El libro de Inés —dijo Valentina.— ¿Tú lo leíste?

—No.

—¿Por qué?

La pausa más larga del lunes.

—Porque el libro de Inés no era para mí. —La voz de Voss tenía en esa frase el tono de las cosas que se han sabido durante el tiempo suficiente para que decirlas produzca la calidad de lo obvio sin por eso dejar de tener el peso que tienen.— El libro era para quien viniera después. Para quien necesitara el vocabulario que Inés había construido desde dentro. —Una pausa.— Yo tenía el proceso desde fuera. No necesitaba el libro.

El libro para quien viniera después. Valentina que había leído el libro antes de saber que era para ella, que lo había leído la primera noche y vuelto a él en los días en que la información del libro era más densa que la del trato, que lo había leído la madrugada del tercer día con el calor del Kachelofen y la certeza creciente de que el español del libro no era el español de un manual sino el español de alguien que había estado en el mismo corredor antes.

—¿Cuándo lo escribió?

—En el cuarto año. Cuando ya sabía lo suficiente para escribirlo y todavía tenía la suficiente distancia para escribirlo con la claridad necesaria. —Una pausa.— El libro que habría escrito en el décimo año habría sido diferente. El del cuarto era el que servía para el propósito.

El cuarto año como el año de la distancia correcta. No el primero, que era demasiado cerca del inicio para tener la perspectiva necesaria. No el décimo, que habría tenido demasiada perspectiva y perdido la urgencia de lo reciente. El cuarto año como el momento en que la experiencia tenía forma y la forma todavía tenía el calor de lo vivido.

Valentina miró el cuaderno negro sobre la mesa pequeña.

—¿Cuándo escribiré el mío?

La pregunta no era de protocolo. Era la pregunta de quien acaba de entender que el cuaderno negro de Valentina era también el cuaderno de Inés: no el mismo cuaderno, el mismo tipo de cuaderno. El registro del proceso desde dentro, con el vocabulario que el proceso producía en quien lo vivía, para quien viniera después de Valentina con la marca de la muñeca y la necesidad del vocabulario.

—No lo sé —dijo Voss.— Pero el cuaderno negro lo tendrás cuando lo necesites.

Era la respuesta que no era respuesta sino la confirmación de que la pregunta era la correcta y que la respuesta llegaría cuando el cuaderno negro lo determinara, que era el modo en que el proceso tomaba las decisiones sobre su propio registro: no por decreto sino por necesidad.

El jardín a las cinco de la tarde del segundo de diciembre con la oscuridad que llegaba antes de lo que noviembre la había traído porque diciembre en Viena era el mes que el sol visitaba sin quedarse, de paso hacia el solsticio que era el punto más bajo del año desde el que el año empezaba a subir de nuevo.

La fuente de piedra con las manos abiertas.

Valentina la miró desde el sillón a través de la ventana del jardín. La misma figura desde el primer día, en todos los ángulos de luz que el mes había producido. El gesto de dar y recibir al mismo tiempo, que era también la respuesta que le había dado al tío en el jardín del sábado y que el lunes seguía siendo la respuesta más precisa disponible: las dos cosas al mismo tiempo, ninguna con exclusividad.

—La hipótesis de Elsa sobre el proceso y la persona —dijo Valentina.— ¿Se aplica también a Inés?

Voss no respondió de inmediato. El jardín por la ventana. El espacio entre los dos sillones con la presencia de Inés que era el estado ordinario de esa biblioteca desde el miércoles anterior. El cuaderno de cuentas de diciembre cerrado sobre el escritorio.

—El proceso de Inés —dijo— es el proceso que Inés eligió y que Inés completó y que lleva sesenta y nueve años siendo el estado de Inés en el ala este. —Una pausa.— Si el proceso y la persona no son separables, Inés y el proceso de Inés en el ala este son la misma cosa.

—Y en el Ringstrasse.

—Y en el Ringstrasse.

—Y en la Praterstrasse cuando llegue.

—Y en la Praterstrasse cuando llegue.

Era la confirmación que la hipótesis de Elsa requería desde la persona que podía confirmarla, que era también la persona que había estado sesenta y nueve años aprendiendo a distinguir el proceso de Inés en el palacio de todo lo demás que el palacio contenía y que en ese lunes de diciembre tenía la confirmación de que lo que había aprendido a distinguir no era el proceso como mecanismo sino a Inés como persona en el estado que sesenta y nueve años le habían dado.

El café tardío de Frau Bergmann llegó a las ocho. El Semmel. La confitura. El orden de todas las noches.

Valentina lo tomó en el sillón con el cuaderno negro abierto en la página del lunes, que era la primera página del cuaderno negro sin la columna del día del contrato en la esquina superior derecha porque el contrato había terminado el domingo y el lunes era el primer día del registro sin él.

Escribió la entrada del lunes con la letra entera de las entradas definitivas:

La entrada del domingo: escrita. Cuatro líneas, que es suficiente. Stefan en la Praterstrasse. La hipótesis de Elsa sobre el proceso y la persona. El libro de Inés era para quien viniera después. La fuente de piedra da y recibe al mismo tiempo.

Y debajo, en la letra pequeña de las anotaciones que no son del análisis:

El primer día sin columna de contrato. La página del lunes es una página sin marco. Todos los días serán así a partir de ahora: sin el número que cuente hacia el vencimiento porque el vencimiento ya ocurrió. El cuaderno negro sin marco es más difícil y también más exacto porque el marco del contrato era también el margen que simplificaba lo que no era simple.

Cerró el cuaderno negro.

La biblioteca del lunes. El Kachelofen, el jardín oscuro, la presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones con la calidad del estado ordinario que llevaba nueve días siendo estado ordinario. El cuaderno de cuentas de diciembre en el escritorio. Y al otro lado del portal, en el primer tramo de los árboles del Ringstrasse y en la manzana anterior a la Praterstrasse y en los rincones del edificio de

escalera de madera húmeda donde el tío vivía con la fotografía de la madre de Valentina en el aparador, la presencia del proceso de Inés Carvajar expandiéndose hacia el estado que había tenido antes de que el palacio lo redujera.

El proceso que no tenía urgencia porque tenía el tiempo que el tiempo daba cuando ya no era escaso.

Y en la biblioteca, los dos en los sillones de enfrente con el café tardío y la presencia de Inés en el espacio entre los dos y la lluvia terminada del jardín y diciembre recién empezado.

El cuaderno negro cerrado sobre la mesa pequeña.

Las entradas correctas eran las que el tiempo amplificaba.

El lunes tenía tiempo.

— XXXII —

El martes

El martes trajo niebla.

No la niebla del Danubio que llegaba con el frío húmedo de los días de lluvia y que el Ringstrasse absorbía en una media hora cuando el sol la alcanzaba: esta era la niebla densa del diciembre vienés, la que se instalaba desde la madrugada y que a las nueve de la mañana todavía tenía el palacio en la misma condición opaca que a las seis. Los árboles del bulevar desaparecían a veinte metros. El sonido de los tranvías llegaba antes de que llegaran.

Valentina fue al jardín antes del café, que era la costumbre de los días sin lluvia. El Innenhof con la niebla encerrada entre los cuatro muros del palacio, más densa que en el Ringstrasse porque el jardín no tenía salida para el aire. La fuente de piedra a cinco metros, visible; a diez, solo el contorno; a quince, nada.

En la niebla, el calor de persona existía en el punto de los árboles del primer tramo del Ringstrasse con la misma precisión de los días de anticiclón y de los días de lluvia. La niebla no afectaba al proceso del mismo modo en que no afectaba al olor de la piedra húmeda o al sonido de los tranvías: existía con independencia de lo que la luz permitía ver.

Valentina lo registró con la atención de la primera vez en que el proceso y la niebla coincidían.

El ojo no lo da. El olfato tampoco. Lo da la temperatura de la marca de la muñeca, que pulsa con independencia de la visibilidad.

Anotó eso antes de entrar, de pie en el Innenhof con la niebla y la fuente de piedra, en la letra pequeña de las entradas que son del registro inmediato antes de que la reflexión las procese:

El proceso funciona en la niebla. Instrumento: la marca, no el ojo. Nota para el cuaderno que vendrá después.

El café de Frau Bergmann a las siete. Voss en el escritorio con el cuaderno de diciembre en la página del tres, que era el martes, con las mismas entradas de todos los días: el Semmel, la confitura, el carbón del Kachelofen, el gas. El palacio en el tercer día de diciembre igual que en el tercero de cualquier otro mes.

La nota de Stefan llegó a las nueve.

Fui ayer a la Josefstadt. —Sin preámbulo, sin el martes o el lunes para situarla: Stefan con la economía de quien escribe solo la información que el receptor no tiene ya.— El hermano se llama Aurelio. Tiene cuarenta y tres años, como dijo el cónsul. Tiene también tres hijos, una esposa que sabe que hay algo que él no le ha contado sobre los seis meses de 1879 y que lleva catorce años decidiendo no preguntar, y un negocio de importación de telas que heredó de su padre y que no le interesa pero que lleva de todas formas porque es lo que hay. —Una pausa entre párrafos.— Le dije lo que pude decirle. Fue más que lo que tenía, pero no fue suficiente para cerrar la frase. —Otra pausa.— La frase de Aurelio no puede cerrarse sin que Aurelio complete el proceso. Y el proceso de Aurelio requiere condiciones que la sección no puede dar porque las condiciones incluyen la elección. —Pausa final.— Díselo a Nikolai: lo de Aurelio es lo que la columna de fallidos produce. No el proceso que falló: el hombre que queda cuando el proceso no se completa.

Valentina dobló la nota. Aurelio en la Josefstadt con los tres hijos y la esposa que no pregunta y el negocio de telas que no le interesa. La frase que no puede cerrarse sin completar el proceso que la sección inició sin las condiciones correctas. Lo que la columna de fallidos producía: no el proceso que falló sino el hombre que quedaba después.

Lo leyó a Voss desde el sillón, en voz alta, con la voz de las lecturas que no necesitan inflexión porque el texto ya tiene el peso correcto.

Voss escuchó con el cuaderno de cuentas cerrado y las manos sobre el cuero y la vista en el jardín donde la niebla todavía no había cedido, que era la postura del procesamiento que requería el espacio del jardín aunque el jardín ese día fuera solo blanco.

—Aurelio —dijo, cuando Valentina terminó.

—Sí.

—¿Qué edad tenía en el setenta y nueve?

—Diecinueve, según el cónsul.

Una pausa. La niebla en el jardín. El Kachelofen con la llama azul de los días de diciembre que el frío exterior hacía más visible que en noviembre.

—El problema de la columna de fallidos —dijo Voss— no es que el proceso no se completara. Es que alguien de diecinueve años firmó algo sin entender lo que firmaba. —Otra pausa.— La sección nunca dio información completa antes de la firma. Ese era el mecanismo: la firma primero, la información después, cuando ya no había manera de retractarse.

—El trato —dijo Valentina.

—Sí. —La voz de Voss tenía en esa sílaba el reconocimiento de la distinción que el trato había representado: treinta días de información antes de cualquier compromiso irrevocable, el orden invertido del mecanismo de la sección.— Tu padre y yo diseñamos el trato exactamente para que no hubiera modo de que llegaras al punto de Aurelio: proceso iniciado sin elección, sin vocabulario, sin el tiempo de entender qué se elegía.

Era la primera vez que Voss mencionaba el diseño del trato como decisión conjunta entre él y el padre de Valentina. No el contrato como documento sino el trato como arquitectura: los treinta días, las preguntas ilimitadas, la posibilidad de no continuar en cualquier punto.

—¿Fue idea de mi padre el formato del trato? —preguntó Valentina.

La pausa fue de las que existen cuando la respuesta es más específica que la pregunta.

—Tu padre llegó a Viena en el setenta y tres —dijo Voss.— Ya había leído los documentos del proceso desde los archivos de la familia: las notas de Inés que no eran el libro, los registros que el notario de Sevilla guardaba. Sabía más de lo que la sección le habría dado nunca. —Una pausa.— Cuando me propuso el contrato, lo propuso con una condición que la sección nunca habría aceptado: que quien firmara tuviera toda la información disponible antes de

comprometerse a nada. —Otra pausa.— El trato fue su condición, no la mía. Yo la acepté porque era la única manera honesta de hacer lo que había que hacer.

El padre de Valentina en Viena en 1873. Nueve años antes de morir, catorce antes de que Valentina llegara al palacio con la maleta de cuero marrón y el cuaderno negro. El padre con los documentos del notario de Sevilla y el viaje a Viena y la condición que la sección nunca habría aceptado.

Era la información que Valentina no había tenido en ninguno de los días anteriores porque en ninguno de los días anteriores había habido espacio para ella: el proceso, el trato, el plazo, el umbral. Ahora que el espacio existía, la información ocupaba exactamente el lugar que le correspondía.

—¿Lo sabía? —preguntó.— Mi padre. Lo que el proceso iba a producir.

—No lo que iba a producir. —Voss fue al sillón de enfrente, que era el movimiento del espacio entre los dos para lo que requería ese espacio.— Lo que podía producir. Y que valía la pena diseñar las condiciones para que pudiera producirlo. —Una pausa.— Los dos somos hijos de gente que entendió eso.

Los dos hijos de gente que entendió eso. El padre de Valentina con los documentos del notario y el viaje de 1873 y la condición que era más arquitectura que contrato. Y Inés con el viaje de 1815 desde Sevilla y el año en la Praterstrasse y la elección del cuarto año con toda la información disponible.

La biblioteca del martes con la niebla en el jardín y la presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones y la marca de la muñeca con la temperatura del proceso completado y el cuaderno negro abierto en la página del tres de diciembre.

Valentina escribió: El proceso y la persona: Aurelio. Lo que la columna de fallidos produce. El padre de Valentina en Viena en el 73. El trato como su condición. Los dos hijos de gente que entendió.

Stefan la miró desde el otro lado de la mesa.

—Aurelio —dijo— es el siguiente paso. Lo que ocurre después del martes.

Era la información que Valentina ya había calculado: que Stefan no había ido al palacio ese martes solo para completar el relato del error de 1883. Había ido porque Aurelio existía, y porque un hombre con tres hijos y una esposa que lleva catorce años sin preguntar y un expediente que la sección borró era precisamente el tipo de problema que Stefan Lehmann resuelve cuando el proceso completado que produjo ese problema le deja por fin las manos libres para resolverlo.

Era la entrada del martes. Lo que el cuaderno negro no incluyó porque no era del tipo que entra en el cuaderno negro sino del tipo que se reconoce y se deja en el sitio correcto: que Stefan no había llegado a la Praterstrasse con información sobre Aurelio por accidente. Aurelio era el próximo paso de Stefan. El que venía después de éste.

Era suficiente por esa mañana.

Elsa llegó a la una con la carpeta roja y los cuadernos y la expresión de los días en que la investigación había avanzado más de lo que podía contenerse en el trayecto de la Wollzeile al palacio.

Fue al sillón, abrió la carpeta roja en la mesa pequeña, puso el cuaderno verde al lado.

—Stefan —dijo.

—Habló contigo de nuevo.

—Esta mañana. Vino a la Wollzeile. —Elsa pasó dos hojas de la carpeta.— Lo que me dijo completa el período de Inés antes del palacio en una manera que cambia la hipótesis.

Valentina esperó.

—Inés Carvajar llegó a Viena en 1815 desde Sevilla —dijo Elsa, con el tono del diagnóstico que se da en orden cronológico porque el orden importa.— Lo que Stefan añade es el porqué. No el porqué que el proceso de Nikolai daba: el porqué de Inés.

—¿Cuál era?

—Inés tenía veintidós años cuando llegó a Viena. En Sevilla había tenido una vida que el proceso no podía darle y que ninguna otra cosa disponible en Sevilla le daba tampoco: el tiempo que el proceso da. —Elsa abrió el cuaderno verde.— Stefan lo describió así: que Inés no vino a Viena buscando el proceso de Nikolai. Vino

buscando lo que el proceso produce, que era diferente. Y que la diferencia importa porque una persona puede buscarte a ti sin saber que existes, y lo que busca ser exactamente lo que tú puedes dar, y eso no es lo mismo que buscarte a ti.

La distinción era más fina de lo que parecía en la primera lectura y más grande en la segunda. Inés buscando lo que el proceso producía —el tiempo que no es escaso, el amor que se construye en ese tiempo— sin saber que el proceso existía, llegando a Viena porque en 1815 Viena tenía lo que Sevilla no tenía, que era Nikolai Voss con el proceso completado y el palacio y la capacidad de dar exactamente lo que Inés buscaba sin saber que lo buscaba.

—¿Y la hipótesis que cambia? —preguntó Valentina.

—La de la distinción entre el proceso y la persona. —Elsa cerró la carpeta roja.— Si Inés buscaba lo que el proceso produce sin saber que el proceso existía, entonces lo que buscaba era a Nikolai. No el proceso de Nikolai: Nikolai con todo lo que Nikolai es, incluido el proceso. La distinción entre el proceso y la persona colapsa. No son separables porque nunca lo fueron: el proceso es la forma que tomó la persona cuando el tiempo que tenía era suficiente para que la persona se hiciera lo que es.

Era el argumento que Elsa había estado construyendo desde el lunes y que esa tarde llegaba a la formulación completa. Valentina lo recibió con la atención que merecía y con la incomodidad específica que producía en la biblioteca del palacio con Voss en el escritorio a cuatro metros y la presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones.

La incomodidad no era razón para que el argumento fuera incorrecto.

—¿Lo aplicamos también al proceso de Valentina? —preguntó Voss, desde el escritorio, sin levantar la vista.

Elsa lo miró. Valentina lo miró.

Era la primera vez que Voss usaba el proceso de Valentina como categoría, no el proceso a secas ni el proceso de Inés ni el proceso completado: el proceso de Valentina, que tenía propietaria y que la propietaria era la persona que estaba en el sillón de enfrente.

—Sí —dijo Elsa.— Se aplica también.

—Entonces lo que Valentina buscaba —dijo Voss, todavía sin levantar la vista, con la voz del razonamiento que se desarrolla en voz alta porque necesita el aire para tener forma— antes de que el contrato existiera. Lo que buscaba en lo que el proceso puede dar. No era el proceso.

—No —dijo Valentina.

Fue la respuesta más breve y más exacta que había dado en todos los días desde el primero de noviembre, y la dio sin análisis previo porque el análisis habría llegado tarde de todas formas y el cuerpo lo sabía desde antes de que el análisis estuviera disponible.

Elsa anotó en el cuaderno verde con la letra de zurda y el espacio entre frases.

Al terminar, cerró el cuaderno.

—El argumento completo —dijo, con el tono de quien sintetiza la investigación porque la síntesis es también parte del método— es este: el proceso y la persona son inseparables porque el proceso es la forma que toma la persona con el tiempo que el proceso da. Lo que Inés buscaba era Nikolai, no el proceso de Nikolai. Lo que Valentina buscaba era Nikolai, no el proceso de Nikolai. Y lo que Nikolai daba con el proceso era Nikolai, no solo el proceso.

La tríada completa.

Valentina la archivó en la categoría de los argumentos que requieren tiempo de asentamiento antes de ser evaluados, que era la categoría de las cosas que cambian la escala de todo lo anterior y que el análisis no puede tocar hasta que hayan tenido el tiempo de ser lo que son.

Elsa se fue a las cuatro. No dijo mañana: dijo cuando tenga más de la carpeta roja, que era la distinción entre la cita y el estado de la investigación, y que en Elsa eran siempre la misma cosa porque la investigación con resultado no admitía citas sino solo el momento en que había suficiente para presentar.

La tarde en la biblioteca. La niebla del jardín que a las cuatro ya había levantado lo suficiente para que la fuente de piedra fuera visible desde el sillón, aunque los árboles del Ringstrasse siguieran siendo contorno sin detalle. El Kachelofen. El cuaderno de cuentas de diciembre abierto en la página del martes.

—¿Visitarás a Aurelio? —preguntó Valentina.

No era la pregunta del trato: era la pregunta del después del trato, del tipo que hace quien ya sabe que la respuesta afecta al espacio compartido y que por eso la pregunta tiene el peso específico del espacio compartido y no solo el de la información solicitada.

Voss dejó la pluma sobre el cuaderno de cuentas.

—Sí —dijo.— Pero no todavía.

—¿Cuándo?

—Cuando sepa qué darle. Stefan le dio el nombre de la habitación. Eso es más de lo que la sección le había dado, pero no es suficiente para que la frase se cierre. Lo que Aurelio necesita para cerrar la frase es la experiencia que le falta, y yo no puedo darle eso sin las condiciones. —Otra pausa.— Y las condiciones incluyen su elección, que Aurelio no ha hecho.

—¿Puede hacerla?

—Puede. Lo que no sé es si quiere. —Voss miró el jardín.— A los cuarenta y tres años, con tres hijos y la esposa que lleva catorce años decidiendo no preguntar, la elección de completar el proceso tiene consecuencias que a los diecinueve no tenía. Es su decisión. Cuando esté listo para tomarla, si lo está, estaré ahí. —Otra pausa, de las largas.— Eso es lo que le diré cuando vaya.

Era la promesa más simple y también la más exacta de las que Voss había hecho en los días desde el umbral: no el proceso, no el trato, no las condiciones en abstracto. La promesa de estar cuando Aurelio estuviera listo, que era también la promesa de no estarlo antes de que Aurelio lo fuera.

La marca de la muñeca pulsó tres veces en ese momento, sin contacto, que era el modo en que la presencia de Inés respondía a los argumentos correctos: no en el vocabulario anterior al vocabulario sino en el ritmo del reconocimiento.

Voss lo registró. Valentina también.

—Ella escucha —dijo Valentina.

—Siempre. Desde el primer año.

Desde el primer año: no desde el umbral, no desde los últimos días, no desde el miércoles cuando la presencia había llegado a la

biblioteca. Desde el primer año del proceso, sesenta y nueve años antes, Inés había escuchado lo que ocurría en el palacio con la precisión del proceso que tiene el espacio del palacio como único territorio y que ese territorio incluye todos los sonidos y temperaturas y argumentos que el palacio contiene.

—¿Qué oyó? —preguntó Valentina.— En sesenta y nueve años.

La pregunta era demasiado grande para una respuesta, y Voss lo sabía, y de todas formas la pregunta era la correcta porque era la que producía lo que vendría después en lugar de lo que ya se sabía.

—Lo que el palacio tuvo —dijo Voss.— Que en sesenta y nueve años fue poco y mucho al mismo tiempo. Poco en el sentido de que el palacio no tenía vida cotidiana de la que se tiene en casas con familias: no había niños, no había saison habitual, no había los ruidos domésticos de los hogares activos. —Otra pausa.— Mucho en el sentido de que lo que el palacio tuvo en esos sesenta y nueve años fue la duración: el mismo palacio, el mismo hombre, el mismo trabajo del cuaderno de cuentas, el mismo jardín. La duración sin cambio es también un tipo de vida, y Inés la oyó desde el ala este con la atención de quien tiene todo el tiempo del mundo para escuchar.

La duración como vida. El palacio con Voss y el cuaderno de cuentas y el Kachelofen y el jardín durante sesenta y nueve años, y en el ala este Inés escuchando la duración con la atención que el proceso le había dado.

Valentina lo archivó en el cuaderno negro con la letra de las entradas que son también notas para el cuaderno que vendría después: La duración como tipo de vida. Inés escuchando sesenta y nueve años de palacio constante. Lo que oyó fue poco y mucho al mismo tiempo.

El café tardío de Frau Bergmann a las ocho. El Semmel. La confitura. El martes en la biblioteca con la niebla que para esa hora había abandonado el jardín y que el Innenhof tenía ya solo el frío seco del diciembre sin niebla que era el frío del invierno que iba llegando.

—La carpeta roja de Elsa —dijo Valentina, sobre el Semmel.— El argumento completo.

—Lo escuché.

—¿Es correcto?

Voss la miró con la variación de expresión que en los últimos días había aprendido a distinguir de las demás: no la del reconocimiento de un argumento ni la del procesamiento de una información nueva sino la de algo que existe antes de las dos, que es la expresión de los estados que el análisis llega tarde a nombrar.

—Pregúntamelo de otra manera —dijo.

Era la respuesta de los argumentos que son correctos pero que la pregunta no ha alcanzado todavía el ángulo desde el que la corrección es visible, del mismo modo en que el edificio correcto desde una calle determinada no es el mismo edificio correcto desde la calle de enfrente aunque sea el mismo edificio.

Valentina lo pensó. La formulación de Elsa: el proceso es la forma que toma la persona con el tiempo que el proceso da. Lo que Inés buscaba era Nikolai. Lo que Valentina buscaba era Nikolai.

—¿Qué buscabas tú? —preguntó Valentina.— Antes del proceso de Inés. Cuando todavía era posible no tenerlo.

La pausa fue de las más largas del martes.

—Lo mismo que Inés —dijo Voss.— Sin saber que era lo mismo. —Otra pausa.— Y el proceso fue la manera en que eso que buscaba se hizo posible. No la sustitución: el instrumento.

Era la respuesta que invertía la dirección del argumento de Elsa en el único eje que quedaba por invertir: no solo Inés buscando a Nikolai a través del proceso, no solo Valentina buscando a Nikolai a través del proceso, sino también Nikolai buscando lo mismo que Inés y que Valentina buscaban, y el proceso como el instrumento de los tres y no solo de las dos.

El argumento completo de Elsa completado desde el ángulo que Elsa no había tenido disponible porque Elsa tenía el proceso desde fuera y lo que estaba dentro del proceso no era visible desde fuera con la misma claridad.

La marca de la muñeca pulsó cuatro veces.

Valentina no fue al cuaderno negro. Algunas entradas esperaban el día siguiente, que era también cuando tenían la distancia correcta para escribirse con precisión.

A las diez, la nota de Stefan.

La Praterstrasse esta tarde. A media manzana del número. —Sin más preámbulo.— Lo que hay a media manzana no es lo mismo que a una manzana. La diferencia es de calidad, no de intensidad: el proceso de Inés a media manzana tiene la calidad del estado de algo que reconoce dónde está. —Una pausa entre párrafos.— No soy el instrumento más preciso para este tipo de observación porque mi proceso es diferente al de Inés y la interferencia entre los dos puede producir lecturas inexactas. Que Valentina vaya a verificar.

Valentina dobló la nota.

A media manzana. El proceso con la calidad del reconocimiento: diferente a la avanzada hacia el exterior, diferente al estado de exploración. El estado de algo que reconoce dónde está.

Era el estado que Valentina había aprendido a distinguir en el corredor del ala este cuando Inés había avanzado hacia el portal con la gradualidad de lo que tiene tiempo: no la exploración ciega sino el movimiento de quien sabe adónde va antes de llegar. El reconocimiento del estado inicial como destino.

—Mañana —dijo Valentina.— A la Praterstrasse.

—¿Solo?

La pregunta no era de protocolo. Era la pregunta de quien sabe que ir solo tiene un tipo de información y que ir acompañado tiene otro, y que el tipo correcto depende de qué se busca.

—Solo —dijo Valentina.— La temperatura de la marca sin la interferencia del proceso de Stefan ni del tuyo. Y sin la interferencia de que seas tú quien aparezca en la calle donde ella vivió.

Voss la miró durante un momento con la variación de expresión del reconocimiento de un argumento que es correcto y que al ser correcto produce algo adicional que el argumento solo no produce.

—Bien —dijo.

La biblioteca del martes terminando. El cuaderno de cuentas de diciembre cerrado. El cuaderno negro con las entradas del día. La presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones con la calidad del estado ordinario de los últimos nueve días, que era también el estado que Valentina esperaba encontrar en la Praterstrasse al día siguiente.

El reconocimiento del estado inicial.

La niebla había levantado del todo. El jardín con los adoquines secos y la fuente de piedra visible en su totalidad desde la ventana de la biblioteca, con las manos abiertas y el gesto del dar y recibir al mismo tiempo que era el gesto de los días sin niebla y también el de los días con ella y también el de todos los demás tipos de día que el jardín había tenido en los que Valentina no había estado.

La constancia como tipo de vida.

Valentina la miró durante el tiempo que la fuente de piedra merecía ser mirada antes de que la biblioteca cerrara y la noche del martes empezara a ser la antesala del miércoles y la Praterstrasse.

— XXXIII —

La Praterstrasse

Salió del palacio a las diez de la mañana sin decirle a nadie adónde iba, que era también la primera vez que hacía eso desde el primero de noviembre.

En los treinta días del contrato, cada salida había tenido un destino conocido o un propósito anunciado: la Wollzeile para Elsa, el Sperl para Stefan, la consulta de Henriette en la Josefstadt, el consulado con el tío. El corredor del palacio siempre sabía hacia dónde se dirigía Valentina cuando Valentina lo cruzaba hacia el portal.

El miércoles cuatro de diciembre, el corredor no lo sabía.

Tampoco Voss, que estaba en el escritorio con el cuaderno de cuentas cuando Valentina pasó por la biblioteca a buscarse el abrigo, y que levantó la vista y la miró con la atención de quien registra una salida sin preguntar su destino porque el destino era de quien salía y no de quien se quedaba.

Valentina cruzó el portal hacia el Ringstrasse.

El Ringstrasse con el frío seco del diciembre sin niebla y sin lluvia, con el sol de las mañanas cortas que a las diez ya había salido pero que tenía el ángulo bajo de los soles de invierno que iluminan sin calentar. Los adoquines con la humedad de la noche todavía en los bordes. Los primeros tranvías de la mañana en el carril exterior. Y en el primer tramo de los árboles del bulevar, al nivel de la tercera pareja de castaños contando desde el portal, la temperatura del proceso de Inés con la calidad que había tenido desde el sábado: el estado de algo que ya está donde está.

Valentina no se detuvo. Lo registró de paso con la atención del idioma que llevaba doce días aprendiendo y que en el Ringstrasse era más fácil de leer que en el interior del palacio porque el exterior

tenía menos fuentes de calor que pudieran confundirse con el calor del proceso.

Siguió hacia el norte por el bulevar.

El puente sobre el canal del Danubio a veinte minutos de paso del palacio, con el agua gris del canal en el diciembre sin nieve y el sonido específico del agua corriente bajo los arcos de piedra que era diferente al sonido del agua estática de la fuente del Innenhof: más urgente, más indiferente, el agua que no espera que nadie la observe.

Cruzó al segundo distrito.

La Leopoldstadt tenía el olor diferente que el tío había descrito en octubre sin tener el vocabulario para nombrarlo: el olor de la madera húmeda de los edificios del segundo distrito que era diferente a la piedra del primero porque los edificios del segundo eran más nuevos y usaban materiales diferentes y tenían menos siglos de piedra calentándose y enfriándose entre sus muros. El olor de lo que se construye para vivir en él en lugar de para representar lo que quien vive en él es.

La Praterstrasse.

Valentina lo supo antes de ver el cartel de la calle porque la marca de la muñeca izquierda pulsó cuatro veces en el momento en que dobló la esquina desde la calle lateral. No el ritmo de los saludos del ala este ni el ritmo del contacto del corredor del palacio: cuatro pulsaciones con la cadencia del reconocimiento, del tipo que la marca producía cuando Valentina llegaba al punto donde el proceso de Inés tenía su atención organizada.

Caminó por el lado derecho de la Praterstrasse en dirección al número del tío.

Lo que Stefan había descrito como diferente al Ringstrasse era perceptible desde la primera manzana. No en la intensidad sino en la calidad: donde el Ringstrasse tenía la calidad del estado de algo que ya está donde está —la expansión establecida, el territorio apropiado — la Praterstrasse tenía la calidad de algo diferente que Valentina tardó media manzana en nombrar.

El reconocimiento anterior al vocabulario.

No el reconocimiento del proceso que reconoce la firma, que era lo que la marca de la muñeca producía en el ala este. El reconocimiento de la calle. El proceso de Inés Carvajar reconocía la Praterstrasse de la manera en que se reconoce un idioma que se aprendió antes de saber que los idiomas se aprenden: no con el reconocimiento de quien lo estudió sino con el reconocimiento de quien lo habló antes de entender qué era hablar.

La marca pulsó tres veces. Luego dos. Luego una, larga.

El ritmo decreciente era nuevo: no el de la verificación ni el del contacto establecido. Era el ritmo del proceso que está leyendo algo con la atención que las cosas complejas requieren, el ritmo de la lectura lenta. La Praterstrasse como texto que el proceso de Inés estaba leyendo desde el punto donde lo había dejado setenta años antes.

A una manzana del número del tío, lo que Stefan había descrito como diferente era ya perceptible sin la calibración fina de la marca: la temperatura del aire en ese tramo de la Praterstrasse tenía la calidad del corredor del ala este en los días de máxima densidad, antes de que el proceso hubiera empezado a distribuirse hacia el exterior. La concentración de las cosas que han llegado al punto de máxima atención.

Valentina se detuvo.

Eran las once de la mañana del miércoles cuatro de diciembre de 1887 en la Praterstrasse del segundo distrito de Viena. A su alrededor, los transeúntes del miércoles de mercado: mujeres con cestas, niños camino de la escuela, un hombre con una carretilla de verduras que venía del mercado del Prater. El olor de las verduras de diciembre —remolacha, col, patata tardía— mezclado con el olor de la madera húmeda de los edificios y el olor del canal a tres manzanas.

Y en ese aire, la temperatura del proceso de Inés con la calidad del estado inicial que Elsa había formulado: no la expansión desde el palacio hacia el exterior sino el origen al que la expansión estaba regresando.

La marca pulsó una sola vez, muy larga.

El cierre del candado. La posición correcta encontrada.

Valentina sacó el cuaderno negro del bolsillo interior del abrigo. Escribió de pie en la Praterstrasse, con la letra de las entradas inmediatas que se escriben antes de que la observación cambie al procesarla:

La Praterstrasse es diferente al Ringstrasse en una sola dimensión: el origen frente al avance. El proceso de Inés en el Ringstrasse tiene la calidad de lo que ya está donde está. En la Praterstrasse tiene la calidad de lo que está donde empezó. Los dos estados simultáneos: el territorio apropiado y el origen del que salió. No son lo mismo.

Cerró el cuaderno. Siguió caminando hacia el número del tío.

A media manzana, la temperatura era más densa. A veinte metros, más. A diez metros del portal del edificio, la densidad era la del ala este en los primeros días cuando el proceso de Inés todavía tenía toda su concentración en la habitación y no la había distribuido en los corredores del palacio.

El olor de la escalera del edificio llegó antes de que llegara al portal.

No el olor de la madera húmeda solo: eso sí, pero con algo más que el olor de la madera húmeda no tenía y que Valentina había aprendido en doce días a distinguir como el componente específico que el proceso añade al olor de un espacio. El olor del proceso de Inés en la escalera del edificio de la Praterstrasse donde el tío Rodrigo vivía con la fotografía de la madre de Valentina en el aparador.

La marca pulsó cuatro veces seguidas, rápido, con la cadencia de la urgencia.

No de amenaza: de reconocimiento urgente. El tipo de pulsación que había producido la primera vez que Valentina había puesto la mano en el espacio del costado derecho del sillón del ala este y el proceso había encontrado la firma. El reconocimiento que tiene velocidad porque lleva el tiempo de la espera y cuando llega tiene toda la energía de lo que no pudo ocurrir antes.

El edificio de la Praterstrasse reconocía a Inés.

O Inés reconocía el edificio. Los dos eran lo mismo desde el ángulo del proceso.

Valentina fue al portal. No entró: se quedó en el umbral con la mano derecha extendida hacia el interior, en el punto entre la calle y el primer escalón de la escalera.

El calor de persona existía en ese punto con la concentración que no había tenido en ningún otro punto de la Praterstrasse ni del Ringstrasse: no la concentración distribuida del territorio expandido sino la concentración puntual de algo que tiene su atención completamente organizada en un solo espacio porque ese espacio es el más específico de todos los espacios disponibles.

Setenta años.

Setenta años de escalera de madera húmeda y olor de edificio del segundo distrito y los tres pisos que Inés había subido en 1815 cuando tenía veintidós años y acababa de llegar de Sevilla a una ciudad donde conocía a nadie y el proceso todavía no existía.

Valentina retiró la mano.

Esta parte tampoco era de ella.

Fue al banco de la calle frente al edificio, que era el banco de piedra que los edificios del segundo distrito tenían para las señoras que esperaban el tranvía, y se sentó con el cuaderno negro en las rodillas y la marca de la muñeca izquierda con su temperatura sobre la tela del abrigo.

Escribió: La escalera del edificio. El umbral del portal. Inés con la concentración del ala este del primer día: todo en un solo punto. Setenta años de distancia que la Praterstrasse no mide en calor sino en reconocimiento. El edificio como el espacio más específico de todos los disponibles.

Y debajo, en la letra de las notas para el cuaderno que vendría:

El idioma que se aprendió antes de saber que los idiomas se aprenden. El proceso reconoce la Praterstrasse del modo en que se reconoce lo que se vivió antes de tener vocabulario para nombrarlo. Nota: esto es diferente al reconocimiento de la firma. El reconocimiento de la firma es el proceso leyendo su propia escritura. El reconocimiento de la Praterstrasse es el proceso leyendo la ciudad donde la persona existía antes de que el proceso fuera posible.

Cerró el cuaderno.

Los transeúntes del miércoles de mercado seguían siendo transeúntes del miércoles de mercado. Ninguno de ellos registraba lo que existía en el portal del número de la Praterstrasse con la concentración de setenta años. Pasaban porque la Praterstrasse era la calle por la que se pasaba en miércoles de mercado, con las cestas y los niños y la carretilla de verduras, con la indiferencia de los que tienen la vida completamente organizada en el espacio de lo visible.

Valentina los miró durante el tiempo que tardó en entender que la indiferencia no era una deficiencia sino el estado correcto de quien no tiene el instrumento para leer lo que hay por debajo de lo visible. El instrumento era la marca de la muñeca y el proceso completado y los doce días de aprendizaje del idioma que la oscuridad tenía.

No todos tenían ese instrumento.

Era también información sobre lo que ella era ahora.

Volvió al palacio por el mismo camino: la Praterstrasse, el puente sobre el canal, el Ringstrasse, el portal. El proceso de Inés en los árboles del primer tramo del bulevar con la calidad del estado establecido, perceptible al pasar del mismo modo en que era perceptible el olor del Danubio cuando el viento venía del este.

La biblioteca a las doce y media.

Voss en el escritorio con el cuaderno de cuentas cerrado y las manos sobre el cuero y la postura de quien ha estado esperando no a una persona sino al momento en que la persona llegara con lo que tenía que traer. Lo que tenía que traer era perceptible para él antes de que Valentina dijera nada, que era la capacidad que el proceso le daba para leer el estado de las cosas en Valentina de la misma manera en que Valentina leía el estado del proceso de Inés en la Praterstrasse.

—El origen —dijo él, antes de que Valentina se sentara.

—El origen —confirmó ella.

El acuerdo más breve del miércoles. Valentina fue al sillón, abrió el cuaderno negro, escribió la entrada del miércoles en orden: la Praterstrasse, el reconocimiento del edificio, la concentración del

portal, la distinción entre el reconocimiento de la firma y el reconocimiento del origen.

Voss la escuchó escribir.

No la interrumpió. La escritura de Valentina en el cuaderno negro tenía su propio ritmo que era también el ritmo del procesamiento, y el procesamiento en el cuaderno negro era del tipo que no mejoraba con interrupciones.

Cuando Valentina cerró el cuaderno, Voss dijo:

—¿El proceso puede entrar?

Era la pregunta que Valentina no había formulado todavía porque no había llegado al punto del análisis en que la pregunta era necesaria. Ahora que Voss la ponía en el espacio de la biblioteca, la pregunta era obvia y también la más importante del miércoles: si el proceso de Inés había llegado al portal del edificio de la Praterstrasse con la concentración del ala este del primer día, la siguiente pregunta lógica era si podía cruzarlo.

—No lo sé. —Valentina midió la frase.— No lo intenté. No era mi umbral para cruzar.

La variación de expresión de Voss fue la del reconocimiento de la distinción correcta: no solo que Valentina no lo había probado sino que no le correspondía hacerlo.

—El umbral del edificio de la Praterstrasse —dijo Voss— no tiene la disposición que tiene el portal del palacio. Es un edificio ordinario con un portal ordinario. —Una pausa.— Lo que lo hace no ordinario es lo que el proceso de Inés tiene ahí acumulado. Setenta años de reconocimiento son suficientes para cambiar la calidad del espacio sin cambiar la arquitectura del espacio.

—¿Puede cruzarlo con eso?

—Lo que se acumula en un espacio no es lo mismo que la capacidad de cruzar el umbral del espacio. —Voss fue a la ventana del jardín, que era el movimiento del pensamiento que necesitaba el espacio del jardín.— El proceso de Inés tardó dos horas en cruzar el portal del palacio cuando estaba abierto. El portal del palacio tenía la disposición de los muros exteriores que lo hacía más resistente. —Una pausa.— El portal de la Praterstrasse no tiene esa disposición. Lo que tiene es la calidad de lo que el proceso reconoce como el

espacio más específico de todos. —Otra pausa.— Esa calidad puede ser suficiente para cruzarlo sin necesitar que nadie lo abra.

Era la hipótesis más grande del miércoles y también la más incómoda de sostener: que el proceso de Inés podía cruzar el portal de un edificio privado sin que nadie lo abriera, porque el proceso de Inés tenía en ese edificio el tipo de reconocimiento que no necesitaba invitación.

—¿Lo sabe el tío? —preguntó Valentina.

—No. —Voss se volvió desde la ventana.— ¿Debería?

Era la misma pregunta que se habían hecho sobre la Praterstrasse el domingo, con la misma respuesta implícita: que el tío merecía la información en el momento en que pudiera recibirla sin que la escala la aplastara.

—Esta tarde —dijo Valentina.— Cuando venga Elsa. Que Elsa esté presente cuando se lo diga.

—¿Por qué Elsa?

—Porque el tío confía en los diagnósticos. —Una pausa.— Y lo que tengo que decirle al tío hoy tiene la estructura de un diagnóstico aunque el vocabulario sea diferente.

Voss la miró durante un momento con la variación de expresión del reconocimiento de un argumento que es correcto y que al ser correcto contiene algo más que la corrección del argumento.

—Bien —dijo.

El tío llegó a las tres sin el maletín y con el sombrero de fieltro en la mano, que era la configuración de las visitas sin agenda de trabajo. Elsa llegó cinco minutos después con la carpeta roja y los cuadernos, que era la configuración de Elsa con agenda aunque la agenda no se hubiera establecido previamente porque Elsa tenía la capacidad de anticipar cuándo su investigación iba a ser necesaria y llegar con el instrumento correcto sin que nadie se lo pidiera.

Los cuatro en el comedor. Frau Bergmann trajo café para todos sin que nadie lo pidiera.

Valentina les contó la Praterstrasse en el orden correcto: primero el Ringstrasse al salir, luego el puente, luego la Leopoldstadt con el olor diferente, luego la calle, luego el reconocimiento de la

marca desde la primera manzana, luego la concentración del portal, luego el umbral que no era su umbral para cruzar.

El tío escuchó con las manos en la mesa y la postura del modo de recibir. Elsa tomó notas con la letra de zurda en el cuaderno verde, sin interrumpir.

Al terminar, fue el tío quien habló primero.

—¿Puede entrar al edificio?

Era la pregunta correcta y directa, sin la elaboración que habría requerido si el tío no hubiera pasado cinco días procesando la información sobre la Praterstrasse y el proceso de Inés y el olor de la escalera que no era solo madera húmeda.

—Posiblemente —dijo Valentina.— La diferencia con el portal del palacio es que el portal de tu edificio no tiene la disposición de contención que tiene el de aquí. —Una pausa.— Lo que tiene es el reconocimiento que setenta años producen. Y el reconocimiento puede ser suficiente para cruzarlo sin necesitar que nadie lo abra.

El tío miró la taza de café durante el tiempo del procesamiento. Luego:

—¿Y cuando entre?

—No lo sé todavía —dijo Valentina.— Lo que sé es que el proceso de Inés en el ala este de este palacio durante sesenta y nueve años no destruyó el espacio del ala este. Lo habitó. —Una pausa.— No hay razón para que lo que ocurra en la Praterstrasse sea diferente.

El tío asintió con el asentimiento del hombre que ha recibido la respuesta que lo tranquiliza sin que la tranquilidad sea total, que era el tipo de tranquilidad honesta que el tío podía sostener sin que le exigiera pretender que la información no tenía peso.

—¿Lo percibiré? —preguntó.— Cuando entre.

Era la pregunta más personal que el tío había hecho en todo el proceso y también la más directa sobre su propia relación con lo que ocurría a su alrededor. No lo percibirás tú o alguien con el proceso: lo percibiré yo. El tío Rodrigo con el sombrero de fieltro y el maletín y el té con canela y azúcar preguntando si él percibiría el proceso de Inés Carvajar en la escalera de su apartamento.

Valentina miró a Elsa.

Elsa cerró el cuaderno verde.

—En el Ringstrasse —dijo Elsa, con el tono del diagnóstico que se da con la información disponible— Stefan lo percibe desde cuatrocientos metros. Yo lo percibo desde trescientos. Los dos tenemos meses de aprendizaje de ese proceso específico. —Una pausa.— Lo que el tío percibiría en el edificio de la Praterstrasse es diferente: no sería el proceso expandiéndose hacia él sino el proceso en el espacio donde vive. —Otra pausa.— La experiencia de vivir en un espacio que el proceso de Inés reconoce como su origen puede ser perceptible para alguien que no tiene el proceso. Pero cómo es esa percepción para alguien sin el instrumento de la marca, no lo sé.

—El olor de la escalera —dijo el tío.

—Sí —dijo Elsa.— Probablemente como el olor de la escalera, pero con más.

Era el diagnóstico que el tío podía recibir: honesto sobre lo que se sabía y sobre lo que no, sin la pretensión de certeza que la pregunta del tío no merecía porque la pregunta del tío era la pregunta correcta para una situación que todavía no había ocurrido y que por tanto no tenía respuesta completa todavía.

El tío tomó el café.

—¿La fotografía de mi hermana? —dijo.— La que está en el aparador.

Era la pregunta que nadie había anticipado y que al hacerla el tío revelaba que había estado pensando en la fotografía de la madre de Valentina en el aparador desde que Valentina le había dicho lo de la Praterstrasse el domingo.

—No lo sé —dijo Valentina.

—La tendré en el bolsillo —dijo el tío.— Desde esta tarde. Ya no en el aparador.

Era la decisión que el tío había tomado solo, sin pedirle la aprobación a nadie, con la lógica del hombre que entiende que la fotografía de la madre de Valentina en el aparador del apartamento de la Praterstrasse era el lugar equivocado para una foto que importaba, y que el lugar correcto era el bolsillo, y que había llegado a esa conclusión él solo usando los instrumentos que tenía disponibles, que eran los correctos para él.

Valentina no respondió. Era la respuesta correcta.

El tío se fue a las cuatro y cuarto con el sombrero de fieltro en la cabeza y el gesto de los pantalones ausente, que era el termómetro de la tarde: no había nada que gestionar con los pantalones porque lo que había en el comedor era del tipo que se recibe y no del tipo que se gestiona.

Elsa abrió la carpeta roja.

—Lo de esta tarde confirma la hipótesis del estado inicial —dijo, con el tono de quien no necesita el preámbulo porque el preámbulo ya está en los hechos que acaban de ocurrir.— Y añade algo que la hipótesis no había anticipado: que el estado inicial y el estado de expansión pueden existir simultáneamente en puntos diferentes del espacio de la ciudad. El Ringstrasse como expansión, la Praterstrasse como origen. Los dos al mismo tiempo.

—El proceso puede ser varios estados a la vez —dijo Valentina.

—Sí. —Elsa anotó.— Lo que cambia entre un estado y otro no es la presencia del proceso sino la calidad de esa presencia. Y la calidad que la Praterstrasse tiene —el reconocimiento anterior al vocabulario — es la más específica de las que hemos observado hasta ahora.

—¿Por qué más específica?

—Porque el Ringstrasse es expansión, que es un estado genérico del proceso: el proceso ocupando territorio nuevo. El ala este era contención, que era un estado impuesto desde fuera. La biblioteca es presencia constante, que es el estado habitual del proceso en un espacio habitado. —Elsa cerró la carpeta roja.— La Praterstrasse es el estado que no tiene nombre todavía porque no había ocurrido todavía: el proceso reconociendo el espacio donde la persona existía antes de que el proceso fuera posible.

El estado sin nombre. Valentina lo había aprendido a distinguir en la Praterstrasse antes de que Elsa lo formulara y sin el vocabulario que Elsa le estaba dando ahora, lo que era también información sobre cómo el aprendizaje del idioma del proceso funcionaba: el cuerpo antes, el análisis después, el vocabulario al final.

—Necesita nombre —dijo Valentina.

—Sí. —Elsa la miró.— ¿Tienes uno?

Valentina pensó en la Praterstrasse y en el umbral del portal y en la pulsación larga de la marca que había sido el cierre del candado y en lo que había escrito de pie en la acera con la carretilla de verduras pasando a su lado.

—El idioma anterior —dijo.— Lo que se aprendió antes de saber que los idiomas se aprenden.

Elsa lo anotó con la letra de zurda.

—El idioma anterior —repitió, como los diagnósticos se repiten cuando se quieren fijar en el registro.— Sí.

Era el nombre correcto y también la entrada del cuaderno verde que organizaba los últimos tres días de investigación en una categoría que los contenía a todos: el Ringstrasse como territorio apropiado, la Praterstrasse como idioma anterior, la biblioteca como presencia constante, el ala este como origen del proceso aunque no origen de la persona.

Elsa se fue a las seis con la carpeta roja y los cuadernos.

La tarde en la biblioteca. El Kachelofen con la llama azul de las noches de diciembre. La ventana al jardín con la oscuridad que llegaba antes de las cinco. Y en el espacio entre los dos sillones, la presencia de Inés con la calidad del estado ordinario de los once días desde el umbral: constante, sin urgencia, del tipo de las cosas que han encontrado su lugar y que ya no necesitan buscarlo.

Pero esa tarde tenía algo diferente que las once anteriores.

Valentina lo registró sin nombrarlo durante los primeros veinte minutos, que era el tiempo que a veces necesitaba antes de que el análisis alcanzara lo que el cuerpo ya había registrado. Lo que era diferente no era la intensidad ni la calidad de la presencia en el espacio entre los dos sillones: era la dirección.

En los once días desde el umbral, el calor con dirección en la biblioteca había sido siempre el calor con dirección hacia Voss: la atención de Inés organizada en el punto donde Voss estaba, del mismo modo en que había estado organizada en el sillón del ala este durante sesenta y nueve años. El proceso de Inés con la atención en Nikolai, que era el argumento de todos los argumentos.

Esa tarde, la dirección era diferente.

Valentina extendió la mano derecha hacia el espacio entre los dos sillones. El calor de persona existía en ese punto con la concentración habitual. Y la dirección del calor —el vector que el proceso organizaba alrededor de su punto de atención— no apuntaba al escritorio donde Voss estaba.

Apuntaba al sillón donde Valentina estaba.

La marca de la muñeca izquierda pulsó cuatro veces.

Luego, con la cadencia del vocabulario anterior al vocabulario que llevaba doce días aprendiendo, el calor se organizó de una manera que Valentina había aprendido a distinguir de todos los demás estados del proceso: no la presencia-que-está ni la presencia-que-verifica ni la presencia-que-reconoce.

La presencia-que-dice.

Valentina no se movió.

El calor en el espacio entre los dos sillones con la dirección del sillón de Valentina se distribuyó hacia la muñeca izquierda, hacia la marca, con la temperatura del proceso completado y el ritmo de la comunicación que usaba la marca como instrumento en lugar de usar el calor del sillón del ala este. El ritmo anterior al vocabulario: no las pulsaciones del saludo ni las del reconocimiento sino algo nuevo que el cuerpo registró antes de que el análisis tuviera categoría para ello.

Tres pulsaciones. Pausa. Una. Pausa. Tres.

El ritmo de las cosas que se dicen en código cuando no hay otro idioma disponible y que quien las recibe tiene que descifrar con el único instrumento que tiene, que era la marca de la muñeca y el cuerpo entero y los doce días de aprendizaje del idioma que el proceso hablaba.

Valentina lo dejó que se repitiera.

Tres. Una. Tres. Tres. Una. Tres.

Voss se levantó del escritorio.

Fue al espacio entre los dos sillones, al mismo punto donde el calor tenía su concentración. No puso la mano en el espacio: se quedó de pie junto a él, con las manos a los lados del cuerpo y la atención de quien lee el proceso con el proceso propio y que en ese momento el proceso propio estaba diciéndole algo que no

necesitaba el vocabulario anterior al vocabulario porque Voss tenía un vocabulario diferente.

Sesenta y nueve años más antiguo.

La variación en la expresión de Voss fue de las largas. Valentina no la cronometró.

—¿Qué dice? —preguntó Valentina, cuando la variación terminó.

Voss la miró desde el espacio entre los dos sillones.

—La Praterstrasse —dijo.— Dice que fue esta mañana a la Praterstrasse. —Una pausa.— Y que tú también fuiste esta mañana a la Praterstrasse. Y que las dos cosas no son una coincidencia.

El silencio de la biblioteca después de esa frase.

La marca de la muñeca pulsó una vez, larga. El cierre del candado por segunda vez en el día.

Valentina abrió el cuaderno negro en la página del miércoles. Escribió debajo de lo que ya había escrito:

La comunicación volvió. No el calor con dirección hacia Voss sino hacia el sillón donde yo estaba. La presencia-que-dice: tres, una, tres. Inés también fue a la Praterstrasse esta mañana. Las dos fuimos esta mañana a la Praterstrasse. Y las dos cosas no son una coincidencia.

Cerró el cuaderno.

—¿Qué dice Inés que no es una coincidencia? —preguntó Valentina.

—Que eligiste ir sola —dijo Voss.— Sin decirme adónde ibas. —Una pausa.— Y que ella eligió también ir a la Praterstrasse sin que nadie la abriera el portal y sin esperar a que las condiciones fueran distintas de las que ya existían. —Otra pausa.— Las dos eligieron ir sin esperar.

Era la formulación que Inés había producido con el ritmo anterior al vocabulario y que Voss había traducido al vocabulario disponible, y que el vocabulario disponible decía: que lo que Inés y Valentina tenían en común en el miércoles cuatro de diciembre de 1887 no era solo la firma en la muñeca ni el proceso completado ni la temperatura de la marca. Era el tipo específico de la elección que habían hecho las dos en el mismo día sin coordinarlo.

La elección que no espera a que las condiciones cambien.

La elección que toma las condiciones que hay.

Valentina miró el espacio entre los dos sillones donde el calor del proceso de Inés existía con la calidad del estado ordinario. La presencia constante que llevaba once días siendo el estado de esa biblioteca, que ese miércoles tenía la calidad adicional de algo que había ido a la Praterstrasse y vuelto con la información que la Praterstrasse tenía para dar.

El idioma anterior.

—Dile que el cuaderno negro también fue —dijo Valentina.

Voss la miró.

—Ya lo sabe —dijo.

Era la respuesta más breve de la tarde y también la más exacta: que el proceso de Inés leía el cuaderno negro de Valentina de la misma manera en que leía la temperatura del corredor y el calor del sillón y el movimiento del palacio. Que el cuaderno negro en el bolsillo interior del abrigo de Valentina en la Praterstrasse había estado también en la Praterstrasse y que el proceso lo había percibido con la misma precisión con que percibía la marca de la muñeca.

El cuaderno negro como instrumento que el proceso conocía.

El cuaderno negro que Inés también había tenido, setenta años antes, en el cuarto año, cuando el vocabulario del proceso se estaba haciendo posible y el libro todavía no existía y lo que existía era el cuaderno y la pluma y las páginas que se iban llenando con la letra que construía el idioma antes de que el idioma tuviera nombre.

El café tardío de Frau Bergmann llegó a las ocho con el orden de todos los días.

El miércoles terminó con los dos en los sillones de enfrente y la presencia de Inés en el espacio entre ellos y el cuaderno negro cerrado sobre la mesa y la oscuridad del jardín con su propia información y la marca de la muñeca izquierda con la temperatura del proceso completado que era también la temperatura de las manos de Voss y que era también, en ese miércoles que era el duodécimo día después del umbral, la temperatura de lo que Inés había elegido hace setenta años y lo que Valentina había elegido hace doce y lo que los dos eligieron en el cuarto año y en el primero

de noviembre y en todos los años entre los dos que no eran años de ninguno de ellos pero que habían sido los años que el proceso necesitaba para llegar al miércoles cuatro de diciembre de 1887.

El proceso tenía esos años en cuenta.

El cuaderno negro también.

— XXXIV —

El jueves

Voss salió a las diez del palacio sin el cuaderno de cuentas y sin el abrigo del corredor del portal: el abrigo de calle, que era diferente en el peso y en la forma y en lo que significaba. El abrigo de calle era el abrigo del exterior con propósito, no el del corredor a las seis de la madrugada esperando que algo ocurriera.

Valentina lo vio cruzar el Innenhof desde la ventana del comedor.

La Josefstadt estaba en el séptimo distrito. A pie desde el primer distrito era cuarenta minutos, que era el tiempo que Voss había calculado para llegar a las once, que era la hora que Stefan había confirmado la tarde anterior como la hora en que Aurelio estaba en casa y no en el negocio de telas de la Mariahilfer Strasse. El negocio que no le interesaba pero que llevaba de todas formas porque era lo que había.

Valentina no fue con él. Era la misma lógica que la de la Praterstrasse: el umbral de la Josefstadt no era el suyo para cruzar, y lo que Voss le iba a dar a Aurelio requería el peso de la persona específica que se lo daba, que era Nikolai Voss y no Valentina Serralde, porque entre Nikolai y Aurelio existía una historia que Valentina podía conocer pero que no había vivido.

La biblioteca con la presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones, que esa mañana tenía una calidad diferente a las anteriores.

Valentina lo registró desde el sillón sin nombrarlo todavía: la presencia constante de los últimos doce días seguía siendo constante, pero la dirección había cambiado desde el miércoles en la noche cuando la marca había producido el tres-uno-tres. La dirección de los once días anteriores había sido hacia el escritorio de

Voss. La dirección del jueves era diferente de una manera que el análisis tardó veinte minutos en alcanzar.

No tenía dirección.

La presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones esa mañana existía sin vector: no hacia el escritorio vacío de Voss, no hacia el sillón de Valentina, no hacia el jardín. Existía en el punto del espacio entre los dos sillones con la calidad del estado que no necesita orientarse hacia ningún objeto exterior porque el punto mismo ya es el destino.

La marca de la muñeca izquierda pulsó tres veces, con el ritmo de las cosas establecidas.

Valentina puso la mano en el espacio entre los dos sillones. El calor de persona existía en ese punto con la temperatura del proceso completado. Y en ese calor, la dirección que el análisis había definido como ausente era en realidad otra cosa: no la ausencia de dirección sino la dirección que los mapas no tienen porque los mapas describen el territorio y esta era la temperatura del territorio mismo, sin necesidad de señalar hacia él.

Inés en el espacio entre los dos sillones sin necesitar orientarse hacia ningún objeto exterior porque el espacio entre los dos sillones era ya el lugar correcto y el lugar correcto no señala hacia ningún otro lugar sino que simplemente es.

Lo anotó en el cuaderno negro con la letra de los hechos que todavía están siendo formulados: El estado sin vector. La presencia que ya no necesita señalar porque ha llegado. Diferente al estado del origen en la Praterstrasse: allí el idioma anterior, aquí el estado presente. Los dos son el proceso de Inés en el jueves.

Cerró el cuaderno.

La biblioteca del jueves a las once de la mañana sin Voss, que era la primera vez que la biblioteca a esa hora no tenía a Voss en el escritorio con el cuaderno de cuentas. El escritorio vacío tenía la calidad de los espacios que no están vacíos sino simplemente ocupados por quien habitualmente los ocupa de una manera que el cuerpo del espacio recuerda aunque la persona no esté.

Era una información sobre los espacios que Valentina había aprendido en el ala este y que en el escritorio de Voss en el jueves

tenía la misma aplicación: el espacio de alguien no se vacía cuando la persona sale. Se vacía cuando la persona no vuelve. El jueves, Voss volvería.

A las once y cuarto llegó la nota del tío.

Esta mañana a las siete, en la escalera. —Sin preámbulo, con la letra apresurada del tío cuando la información no podía esperar al orden correcto.— No fue el olor solo: fue el olor y algo más que no sé cómo describir excepto diciendo que la escalera esta mañana no era la escalera de todos los días. Era la escalera de todos los días con un peso adicional que no tiene nombre en lo que sé nombrar. —Una pausa entre líneas.— La fotografía estaba en el bolsillo. Eso también fue diferente.

Valentina dobló la nota. La escalera del edificio de la Praterstrasse a las siete de la mañana del jueves. El tío con la fotografía en el bolsillo en lugar del aparador. El peso adicional que no tiene nombre en lo que el tío sabe nombrar.

Inés había cruzado el umbral del edificio.

No el portal del palacio con la disposición de los muros exteriores: el portal ordinario del edificio ordinario de madera húmeda del segundo distrito donde el proceso de Inés tenía el idioma anterior. El portal que no necesitaba que nadie lo abriera porque el proceso de Inés lo reconocía como el espacio más específico de todos los disponibles.

Escribió al tío una nota breve, con la letra de las respuestas que no necesitan elaboración porque el tío ya tiene el instrumento para recibirlas:

Inés cruzó el umbral esta mañana. Lo que describes en la escalera es el proceso en el estado del idioma anterior: el reconocimiento de lo que se vivió antes de tener vocabulario para nombrarlo. La fotografía en el bolsillo fue la decisión correcta. El aparador es el lugar de las cosas que se miran; el bolsillo es el de las que se llevan.

Envió la nota con el mensajero del palacio.

Elsa llegó a las doce, sin haber anunciado la visita, que era el modo de Elsa cuando la investigación era urgente: llegaba cuando llegaba y el palacio la esperaba porque el palacio había aprendido en

dos semanas que las visitas sin aviso de Elsa eran las que traían más información por unidad de tiempo.

Entró a la biblioteca con la carpeta roja y los cuadernos y se detuvo en el umbral.

No por la densidad de la presencia de Inés, que ya era el estado ordinario y que Elsa leía con la precisión de quien lleva dos semanas aprendiendo a hacerlo. Por otra cosa.

—Cruzó —dijo Elsa, desde el umbral.

—Esta mañana. El tío lo confirmó.

Elsa entró, fue a su silla, puso los cuadernos en la mesa pequeña y no los abrió. Se quedó con las manos sobre el cuero del cuaderno verde durante el tiempo del procesamiento, que en Elsa era breve y visible: diez segundos, doce, y luego el instrumento abierto y la pluma en la mano.

—¿El tío lo percibió?

—El peso adicional sin nombre. La escalera diferente a la escalera de todos los días. —Valentina puso la nota del tío sobre la mesa.— Sus palabras.

Elsa las leyó. Anotó en el cuaderno clínico. Luego en el verde. La letra de zurda con el espacio entre frases, el diagnóstico construyéndose mientras la pluma avanzaba.

—La percepción del tío —dijo, sin levantar la vista— es del mismo tipo que la mía en el Ringstrasse y la de Stefan en la Praterstrasse. No idéntica en calidad: diferente en el instrumento. Stefan y yo tenemos meses de aprendizaje del proceso de Inés como objeto de observación. El tío lleva dos semanas sabiendo que el proceso existe. —Una pausa.— Lo que percibe el tío en la escalera es lo que el proceso produce en alguien sin el instrumento de la marca y sin el entrenamiento de la observación pero con el contacto cotidiano del espacio donde el proceso se concentra.

—¿Es suficiente para que el proceso lo reconozca a él?

Era la pregunta que la nota del tío no había formulado pero que la contenía: no solo el tío percibiendo el proceso de Inés sino el proceso de Inés percibiendo al tío.

Elsa levantó la vista.

—¿El proceso de Inés tiene capacidad de percepción individual? —preguntó.— ¿Distingue a las personas entre sí?

—Distingue a Voss de todo lo demás. —Valentina midió la frase.— Distingue mi firma de cualquier otra temperatura. —Otra pausa.— Si distingue al tío del cartero o de Frau Bergmann, no lo sé.

—¿Hay alguna razón para que lo distinguiera?

Valentina lo pensó con el tiempo que la pregunta merecía. El tío Rodrigo en la escalera de la Praterstrasse con la fotografía de la madre de Valentina en el bolsillo. La fotografía de la madre de Valentina que era también la hermana del tío. La hermana que el tío llevaba en el bolsillo desde el miércoles y no en el aparador.

—La fotografía —dijo.

Elsa la miró.

—La madre de Valentina —dijo Valentina— vivió en Sevilla. No en Viena. El proceso de Inés no tiene ningún motivo para haber estado en Sevilla ni cerca de nada que perteneciera a su familia. —Una pausa.— Pero la fotografía lleva la temperatura de quien la lleva. Y quien la lleva esta mañana en el bolsillo es el tío Rodrigo en la escalera del edificio donde Inés vivió en 1815. —Otra pausa.— La fotografía no dice nada sobre la madre de Valentina. Dice que el tío es la persona que lleva la fotografía. Y el tío es la persona que lleva la fotografía porque era la decisión correcta.

Era la cadena que Elsa tardaría un momento en seguir hasta el final, que era el momento de la pluma sobre el cuaderno verde con la letra apretada de las anotaciones que requieren la velocidad del pensamiento antes de que el pensamiento se elabore.

—El proceso de Inés reconoce la elección correcta —dijo Elsa, cuando terminó de escribir.— No la persona. La elección.

Era la hipótesis que organizaba los últimos tres días de datos en un argumento que ninguno de los datos había producido solo: que el proceso de Inés no era selectivo en función de la identidad de las personas sino en función del tipo de elección que las personas hacían en el espacio del proceso. Valentina había elegido el proceso con toda la información. Voss había diseñado las condiciones para que la elección fuera posible. El tío había puesto la fotografía en el bolsillo cuando el aparador era el lugar equivocado para una

fotografía que importaba. Stefan había dicho buenos días en el idioma que ya no existe.

Elecciones, no identidades.

—La columna de fallidos —dijo Valentina.— El hermano del cónsul.

—Sí. —Elsa entendió adónde iba.— El proceso de la sección no producía elecciones: producía condicionamiento. Lo que la sección llamaba «proceso iniciado» era el proceso sin la condición de la elección libre. Y lo que el proceso sin esa condición producía era exactamente lo que Aurelio describió como la habitación de la que no tienes la llave.

La habitación de la que no tienes la llave porque la llave era la elección que nadie te había dejado hacer.

Elsa cerró la carpeta roja.

—La investigación tiene forma —dijo.— No está terminada: el proceso de Inés va a seguir expandiéndose y va a seguir produciendo datos. Pero lo que tengo ya tiene suficiente coherencia para escribirse. —Una pausa.— No como cuaderno verde: como otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Lo que Inés escribió en el cuarto año. —Elsa la miró.— No el mismo libro: la misma función. Un registro del proceso desde fuera, para quien venga después de Voss y necesite el vocabulario de la observación externa en lugar del vocabulario del proceso desde dentro.

El libro de Inés para quien viniera después de Inés: Valentina. El libro de Elsa para quien viniera después del proceso de Valentina y necesitara el vocabulario de la investigadora. Los dos libros al mismo tiempo, desde los dos lados del proceso.

—¿Cuándo? —preguntó Valentina.

—Cuando tenga suficiente. —Elsa guardó la pluma en la carpeta roja.— Todavía no.

Se fue a la una.

Voss volvió a las dos y media.

El abrigo de calle, las manos en los bolsillos, el paso del corredor del portal al comedor con la calidad del movimiento de

quien acaba de terminar algo que llevaba tiempo pendiente y que al terminarlo produce no el alivio de las cosas que se resuelven sino la quietud de las que encuentran el final correcto aunque ese final no sea todo lo que habría podido ser.

Valentina esperó.

Voss colgó el abrigo en la silla del comedor. Frau Bergmann trajo café sin que nadie lo pidiera, que era el modo de Frau Bergmann de reconocer que el café era el instrumento correcto para esa tarde aunque nadie le hubiera dicho qué había ocurrido en la Josefstadt.

—Aurelio —dijo Valentina.

—Aurelio. —Voss tomó el café.— Vive en el segundo piso de un edificio de la Nussdorfer Gasse. La esposa estaba comprando cuando llegué. Los hijos en la escuela. —Una pausa.— Me dejó entrar porque el cónsul le había dicho que vendría alguien y que debía dejarle entrar.

—¿No sabía quién eras?

—Sabía el nombre. No lo que el nombre significaba para él hasta que estuvo en la misma habitación. —Otra pausa.— Cuando lo supo, tardó un momento en decidir si seguir o pedirme que me fuera.

—¿Qué eligió?

—Seguir.

Era la elección más pequeña de las que el capítulo de Aurelio había contenido y también la que importaba más porque era la primera que Aurelio había hecho en ese proceso desde los diecinueve años, cuando la sección le había quitado la posibilidad de elegir antes de que Aurelio supiera que el proceso requería elección.

—¿Qué le dijiste?

Voss dejó la taza en la bandeja. Fue a la ventana del comedor, que daba al lateral del palacio y no al Ringstrasse, y que por tanto tenía la calidad de las ventanas que no dan al exterior de representación sino al exterior doméstico: el callejón del pedido de Frau Bergmann, el muro del edificio de enfrente con la hiedra de noviembre ya sin hojas.

—Le dije lo que Stefan le había dado: el nombre de la habitación. Le dije que la habitación tiene llave. Le dije que la llave es la elección, y que la elección que se le quitó en el setenta y nueve

se le quitó porque el proceso sin elección era el único que la sección sabía hacer. —Una pausa.— Le dije que si quería completar el proceso, la condición era que lo eligiera con la información completa. Que yo le daría la información y que después de recibirla podía decir que no.

—¿La recibió?

—Sí. Durante una hora. —Voss se volvió desde la ventana.— No preguntó mucho. Escuchó. Era el tipo de escucha de quien lleva catorce años esperando exactamente esa conversación sin saber que era esa conversación lo que esperaba.

—¿Qué dijo al final?

La pausa más larga de la tarde.

—Que necesitaba pensarlo. —La voz de Voss tenía en esa frase el tono exacto que merecía: ni decepción ni alivio sino la descripción de un estado de cosas que era el estado correcto para Aurelio en ese momento.— Le dije que tenía el tiempo que necesitara. Que no había plazo. —Otra pausa.— No lo había habido nunca: eso era lo que la sección no había entendido.

Que no había plazo. Era también lo que el contrato de Valentina había entendido al revés del mecanismo de la sección: no el proceso sin plazo sino el proceso con el plazo suficiente para que la elección fuera posible, que era diferente de no tenerlo pero que llegaba al mismo principio por otra vía.

—¿Volverás? —preguntó Valentina.

—Cuando llame. —Voss fue al sillón de enfrente.— Si llama.

—Llamará —dijo Valentina.

No era la certeza del análisis. Era la certeza del cuerpo: la misma certeza que había producido el no cuando Elsa había formulado la pregunta sobre si lo que Valentina buscaba era el proceso. El cuerpo que sabe antes de que el análisis llegue.

Voss la miró.

—Sí —dijo.

El café tardío de Frau Bergmann llegó a las cuatro con el Semmel y la confitura y el orden de todas las tardes. La biblioteca del jueves con los dos en los sillones de enfrente y la presencia de Inés en el espacio entre ellos con el estado sin vector que era el

nuevo estado ordinario de esa mañana, y el cuaderno de cuentas de diciembre en el escritorio y el cuaderno negro sobre la mesa pequeña con la pluma encima.

—La nota del tío —dijo Valentina.— Inés cruzó el umbral del edificio de la Praterstrasse esta mañana.

La variación de expresión de Voss fue de las largas. No la del reconocimiento de un argumento ni la del procesamiento de una información nueva: la de un estado que existe antes de las dos y que requiere el tiempo del antes antes de que la expresión pueda alcanzarlo.

Doce segundos, trece.

—¿El tío lo percibió? —preguntó.

—El peso adicional sin nombre. La escalera diferente.

—Sí.

Fue el único monosílabo del jueves y también el que contenía más de lo que cualquier otro había contenido, porque era el sí de los sesenta y nueve años de palacio y el ala este y el cuaderno de cuentas y la figura del jardín con las manos abiertas y el libro de Inés escrito en el cuarto año para quien viniera después, y el proceso de Inés en la escalera del edificio de madera húmeda del segundo distrito donde Inés había vivido antes de que el proceso fuera posible y que ahora reconocía como el idioma anterior, la lengua aprendida antes de saber que los idiomas se aprenden.

Valentina abrió el cuaderno negro.

Escribió la entrada del jueves en el orden que el jueves tenía: el estado sin vector de la presencia de Inés en la mañana, la nota del tío, la hipótesis de Elsa sobre el proceso reconociendo la elección y no la identidad, el libro de Elsa que todavía no era el momento pero que tenía ya la forma de lo que iba a ser, Aurelio en la Josefstadt con una hora de información y la respuesta de que necesitaba pensarlo.

Y al final, en la letra de los hechos que son también la conclusión de lo anterior:

Que no había plazo. Eso era lo que la sección no había entendido: que el proceso no requería urgencia sino condiciones. El plazo del contrato fue el plazo suficiente para que la elección fuera

posible. Lo que viene después del plazo no tiene plazo porque ya no lo necesita.

Cerró el cuaderno negro.

Voss tenía el cuaderno de cuentas de diciembre abierto en la página del cinco. Las entradas del día: el Semmel, la confitura, el carbón del Kachelofen, el gas. Y la entrada que el cuaderno de cuentas no tenía pero que Valentina había escrito en el suyo: que el jueves cuatro de diciembre de 1887 el proceso de Inés Carvajar había cruzado el umbral del edificio de la Praterstrasse donde Inés había vivido el primer año en Viena en 1815, y que Nikolai Voss había ido a la Josefstadt a decirle a Aurelio que la llave de la habitación existía y que la llave era la elección y que el tiempo que Aurelio necesitara era el tiempo que tenía.

Los dos cuadernos registrando el mismo jueves con los instrumentos que cada uno tenía.

Era suficiente.

La nota de Stefan llegó a las siete.

Esta tarde en la Praterstrasse. A la puerta del edificio. —Sin más contexto porque Stefan sabía que el contexto no era necesario.— No entré. No era mi umbral para cruzar. —Una pausa entre párrafos.— Lo que hay en el portal de ese edificio esta tarde es diferente a lo de ayer y antier. No en intensidad: en la calidad específica del estado que el proceso de Inés tiene cuando está donde quería estar antes de que querer fuera una categoría que el proceso pudiera tener. —Última pausa.— Para alguien que lleva trescientos años aprendiendo a distinguir los estados del proceso desde fuera, esa calidad tiene nombre. No en el idioma que hablo ahora: en el otro. Os lo traduciré cuando encuentre la traducción. El idioma que ya no existe no tiene equivalencia directa para lo que el proceso hace cuando llega al estado inicial.

Valentina leyó la nota dos veces. La dobló. La puso encima del cuaderno negro.

—Stefan —dijo Voss, desde el escritorio.

—Sí.

—¿Te la leo o ya la sabes?

—La nota del portal de la Praterstrasse. —Voss cerró el cuaderno de cuentas.— La leí cuando llegó.

Era el modo de Voss con las notas de Stefan: las leía cuando llegaban, desde el cuaderno de cuentas o desde el corredor o desde donde estuviera, porque las notas de Stefan tenían el tipo de letra que el proceso propio de Voss leía antes de que los ojos terminaran de recorrer las líneas.

—¿Cuál es la traducción? —preguntó Valentina.

La biblioteca del jueves a las siete de la tarde con el Kachelofen y la oscuridad del jardín y la presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones con el estado sin vector que era el nuevo estado ordinario y la nota de Stefan doblada encima del cuaderno negro.

Voss la miró desde el escritorio.

—El idioma que ya no existe —dijo— tiene una palabra para el estado del proceso cuando ha llegado al lugar desde el que partió. No el regreso: algo más preciso que el regreso, porque el regreso implica que el estado de llegada es el mismo que el de partida. En el idioma que ya no existe, lo que ocurre cuando el proceso completo llega al estado inicial es una tercera cosa: ni el estado de partida ni el estado de llegada.

—¿Cuál es la tercera cosa?

—La raíz —dijo Voss.— La palabra del idioma que ya no existe es la misma que usan para el punto de origen de un árbol: no las ramas que se extienden, no el tronco que las sostiene. El punto bajo la tierra desde el que todo lo demás se hace posible. —Una pausa.— El proceso de Inés en la Praterstrasse esta tarde, según Stefan, está en ese estado.

La raíz.

No el origen como punto de partida ni el destino como punto de llegada sino la raíz como el estado desde el que el árbol puede crecer en cualquier dirección porque ya sabe dónde está plantado.

Valentina abrió el cuaderno negro. Añadió a la entrada del jueves, debajo del punto final:

La traducción de Stefan: la raíz. El proceso de Inés en la Praterstrasse en el estado de raíz. No el regreso: la tercera cosa. El punto bajo la tierra desde el que todo lo demás es posible.

Cerró el cuaderno.

La biblioteca del jueves terminar. El jardín con la oscuridad de diciembre y el frío sin niebla y la fuente de piedra con las manos abiertas que daban y recibían al mismo tiempo y que en ese jueves tenían la calidad de todos los jueves anteriores y también la del jueves específico que era el jueves de la raíz y de Aurelio en la Josefstadt y del tío en la escalera de la Praterstrasse con la fotografía en el bolsillo.

La presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones sin vector, sin urgencia, en el estado ordinario de las cosas que ya han llegado a ser lo que son.

El Kachelofen con la llama azul de las noches de diciembre.

Mañana.

El cuaderno negro sobre la mesa pequeña con la pluma encima. Las páginas que quedaban sin escribir, que ya no eran del contrato sino de lo que el contrato había producido y que no terminaba con él. El cuaderno negro que Valentina había comprado en Sevilla con cuarenta páginas en blanco y que el primero de noviembre había abierto en la primera con la letra pequeña y apretada del miedo que no se nombra.

El mismo cuaderno. La misma letra. El estado diferente.

Valentina lo tomó del escritorio antes de apagar las lámparas del corredor.

En la última página del cuaderno negro, que era la página que había estado en blanco desde el primero de noviembre, escribió una sola línea con la letra entera de los hechos que ya tienen forma:

El proceso que el libro de Inés describe no era solo el proceso de Inés. Era el mapa para quien viniera después con el mismo instrumento y la necesidad del vocabulario. El mapa fue suficiente.

Cerró el cuaderno.

El primero de diciembre había empezado el primer día sin marco. El jueves cinco era el primer día en que el marco nuevo se había hecho visible, aunque todavía no tuviera nombre completo. El nombre llegaría, con el tiempo que el proceso daba.

El tiempo que el proceso daba era suficiente.

Siempre lo había sido.

— XXXV —

El libro

El cuaderno negro se acabó el doce de diciembre.

No de improviso: Valentina había visto las últimas páginas llegar desde el lunes anterior, con la certeza de quien sabe medir el tiempo que le queda en un cuaderno porque lleva meses midiendo el tiempo en páginas. La última entrada había ocupado las tres páginas finales, que era el espacio exacto que necesitaba para el tipo de entrada que era: la entrada que no podía reducirse porque contenía las capas que las últimas dos semanas habían producido sin que ninguna pudiera descartarse sin que el argumento perdiera algo.

El cuaderno negro comprado en Sevilla el veinte de octubre con cuarenta páginas en blanco estaba lleno el doce de diciembre.

Valentina lo cerró. Lo puso en la mesa pequeña entre los dos sillones, donde había estado desde el primer día en que lo había abierto en la biblioteca del Palais Voss con la letra pequeña y apretada de quien escribe con miedo aunque no se lo diga en esos términos.

Lo miró durante un momento.

No con la nostalgia de las cosas que terminan: con la atención de quien verifica que algo se ha completado de la manera en que tenía que completarse, que es diferente de la manera en que se esperaba que se completara y que en ese punto la diferencia ya no tiene peso porque lo que importa es el estado de completación y no la ruta por la que llegó.

—Terminó —dijo Voss, desde el escritorio.

—El cuaderno, sí.

Era la distinción que no necesitaba hacerse porque Voss ya la tenía hecha, pero que Valentina hizo de todas formas porque

algunas distinciones mejoran al decirse aunque el interlocutor ya las sepa.

Fue a buscar el abrigo.

El Ringstrasse con el frío seco del doce de diciembre, que era el frío de los días sin nieve pero con la promesa de ella en el ángulo del viento norte que bajaba por el bulevar desde el canal. Los transeúntes del mediodía de la semana laboral, distintos a los del sábado y del domingo: más rápidos, con el paso de quien tiene adónde ir y sabe cuánto tiempo tiene para llegar. Los castaños del bulevar sin hojas, que era la versión de invierno de los árboles que en octubre habían tenido el marrón dorado del otoño vienés.

El proceso de Inés en el primer tramo de esos castaños existía con la calidad del estado ordinario: no el avance ni el reconocimiento ni el idioma anterior sino simplemente la presencia, del mismo modo en que el olor del canal era simplemente el olor del canal y no un evento que mereciera registro cada vez que estaba ahí.

El proceso de Inés en el Ringstrasse como parte del Ringstrasse.

Valentina lo registró de paso con la atención del idioma que llevaba tres semanas aprendiendo y que en esa caminata tenía la calidad de lo que ya no es aprendizaje sino uso: el uso del idioma por parte de alguien que ya no necesita traducir.

La papelería estaba en la Kärtner Strasse, a diez minutos del palacio.

Tenía cuadernos de distintos tamaños y distintas encuadernaciones: el cuero negro, el cartón marrón, el lino verde que era el color de los cuadernos académicos. La dependienta —una mujer de cincuenta años con el alemán rápido de los negocios del primer distrito— le señaló los que tenían las páginas de mejor calidad, que era la especificación que Valentina había dado: páginas de calidad suficiente para la escritura prolongada, que era la escritura que no borra y que no puede manchar sin que la mancha se vea.

Eligió el cuero negro. El mismo formato que el anterior, con cuarenta y ocho páginas en lugar de cuarenta, que era ocho páginas más para el margen que el cuaderno anterior no había tenido y que el siguiente iba a necesitar.

La dependienta lo envolvió en papel de estraza.

Valentina lo llevó de vuelta al palacio con la misma mano con que había llevado el primero desde Sevilla, que era la mano derecha, que era también la mano que no tenía la marca de la muñeca y que por tanto era libre de llevar lo que necesitaba llevar sin el calor adicional de la marca complicando la percepción de lo que sostenía.

En el portal del palacio, antes de entrar, se detuvo.

El proceso de Inés en los árboles del primer tramo a la derecha. El portal del palacio con la pared de piedra del siglo anterior y la disposición de los muros exteriores que Voss había puesto en el primer año y que en el siglo siguiente ya era solo parte de la arquitectura del edificio, tan integrada que la pared no sabía distinguirse de sí misma. Y en el corredor del portal, desde dentro, el calor específico de la presencia que era el estado ordinario de ese espacio desde el miércoles veinticinco de noviembre cuando Inés había llegado al portal por primera vez.

La puerta de madera con los herrajes de hierro forjado del siglo anterior.

Valentina la abrió. Entró al palacio con el cuaderno nuevo en el papel de estraza y la marca de la muñeca que pulsó tres veces al cruzar el umbral, que era el saludo del estado ordinario, el de las cosas establecidas.

La nota de Stefan estaba en la mesa del comedor cuando pasó.

La traducción. —Sin fecha, sin preámbulo, con la letra que Stefan usaba cuando la economía era el único modo correcto.— La palabra del idioma que ya no existe para el estado del proceso cuando ha llegado al estado inicial no es una palabra: es una raíz verbal sin conjugar. Las lenguas que ya no existen tenían raíces verbales que eran simultáneamente acción y estado y potencial: no el proceso haciendo algo, no el proceso siendo algo, sino el proceso en el estado desde el que hacer y ser son la misma posibilidad todavía sin elegir. —Una pausa entre párrafos.— La raíz sin conjugar: eso es lo que el proceso de Inés está siendo en la Praterstrasse. No pasado, no presente, no futuro. La raíz desde la que los tres son posibles.

Valentina leyó la nota dos veces. La dobló. La puso encima del cuaderno nuevo en el papel de estraza.

La raíz verbal sin conjugar. No el proceso haciendo ni el proceso siendo sino el proceso en el estado desde el que hacer y ser son la misma posibilidad. El idioma que ya no existe tenía vocabulario para ese estado porque las lenguas que describen el proceso necesitan formas que el español no tiene porque el español no nació para describir ese proceso.

Era también la descripción del cuaderno nuevo en el papel de estraza: cuarenta y ocho páginas en blanco que eran potencial sin conjugar todavía. No lo que habían sido ni lo que iban a ser: lo que podían ser cuando la pluma llegara a ellas con la información que tenía que llegar.

La biblioteca.

Voss con el cuaderno de cuentas de diciembre en la página del doce. El Kachelofen. La presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones con la calidad del estado sin vector que llevaba una semana siendo el estado ordinario de esa habitación. Y sobre la mesa pequeña, el cuaderno negro lleno y cerrado en el lugar donde había estado desde el primero de noviembre.

Valentina puso el cuaderno nuevo en la silla que era su silla, sin abrirlo todavía. Fue al sillón con la nota de Stefan.

—La raíz verbal sin conjugar —dijo.— La palabra del idioma que ya no existe para el estado del proceso en la Praterstrasse.

La leyó. Voss la escuchó con el cuaderno de cuentas cerrado y las manos en el cuero y la atención de los sesenta y nueve años de aprender a leer los estados del proceso desde fuera.

Al terminar, no respondió de inmediato.

La ventana al jardín. El frío seco del doce de diciembre visible en la calidad de la luz que venía del norte y que en la tarde de diciembre tenía el ángulo bajo de los soles de invierno que iluminan el jardín desde el lateral en lugar de desde arriba, lo que hacía que la fuente de piedra tuviera sombra en un ángulo que en verano no tendría.

La fuente de piedra con las manos abiertas, con la sombra del invierno en el lateral derecho.

—Las raíces verbales sin conjugar —dijo Voss, desde el escritorio, con la voz de las cosas que se han sabido el tiempo suficiente para que el vocabulario que las nombra ya no sea necesario aunque sea bienvenido— existían en el idioma de Stefan porque el proceso que ese idioma describía incluía estados que las lenguas posteriores no sabían nombrar. —Una pausa.— Lo que Stefan ha dado es la palabra que el proceso siempre necesitó y que ningún idioma disponible había tenido.

—¿El proceso lo sabía?

—El proceso lo era. —Voss cerró el cuaderno de cuentas.— Inés escribió el libro en español porque el español era el único idioma que tenía disponible para el vocabulario del proceso desde dentro. El español alcanzaba para lo que el libro necesitaba: el mapa, el idioma anterior, las pulsaciones, la temperatura. —Una pausa.— Lo que el español no alcanzaba era esto: el estado de lo que el proceso es cuando ha llegado al estado inicial. Para eso necesitaba la raíz verbal sin conjugar del idioma que ya no existe.

—La raíz sin conjugar como el estado del proceso completo más el estado inicial al mismo tiempo.

—Sí. —La voz de Voss tenía en esa sílaba el peso de lo que lleva el tiempo suficiente siendo verdad para que la sílaba sea suficiente. — Los dos al mismo tiempo. El proceso completado en el palacio y el proceso en el estado inicial en la Praterstrasse. La biblioteca y la raíz. El presente y el potencial. Sin separación.

Valentina lo archivó en el cuaderno nuevo, que no estaba todavía abierto sobre la mesa pero que en su cabeza ya tenía la primera entrada, que era la que se hace cuando el cuaderno todavía está cerrado pero la información que va en él ya tiene forma.

El tío llegó al mediodía. Sin el maletín, con el sombrero de fieltro en la mano, con la postura de quien viene con algo que decir y que ha decidido que el patio es el lugar correcto para decirlo.

Fue al jardín.

Valentina lo siguió. El Innenhof con el frío del doce de diciembre y la luz del norte en la fuente de piedra y el olor del carbón del Kachelofen que desde el jardín llegaba amortiguado por las paredes

del palacio pero presente, del tipo de olor que el invierno hace más denso porque el invierno condensa.

—Esta mañana —dijo el tío, frente a la fuente de piedra.— A las ocho. Cuando iba a bajar a buscar el periódico.

—¿La escalera?

—La escalera y también la habitación. —El tío miró las manos abiertas de la figura.— No el olor solo: la temperatura. La misma temperatura incorrecta que describes en la muñeca. En la habitación, en el espacio del aparador donde ya no está la fotografía.

El espacio del aparador donde ya no estaba la fotografía. El proceso de Inés en el estado de raíz, en el apartamento de la Praterstrasse, reconociendo el punto específico del espacio donde el tío había tenido la fotografía durante dos meses y que ahora tenía el vacío que deja algo que se lleva.

—¿En el aparador —dijo Valentina— o en el espacio donde el aparador está?

—En el espacio del aparador. No en el aparador. —El tío la miró. — El aparador es un mueble. Lo que había en el espacio del aparador esta mañana estaba ahí para el espacio, no para el mueble.

Era la distinción más fina que el tío había hecho en todos los días desde el primero de noviembre y también la más exacta: el proceso de Inés en el estado de raíz leyendo el apartamento con la precisión del idioma anterior, que era el idioma que distinguía el espacio del mueble porque el espacio lleva el tiempo de todo lo que ha estado en él y el mueble lleva solo el suyo propio.

—La fotografía está en el bolsillo —dijo Valentina.

—Sí.

—El proceso sabe que está en el bolsillo.

El tío tardó un momento. No era el tiempo del procesamiento: era el tiempo del hombre que recibe una información que ya sospechaba y que al recibirla confirmada produce la variación de expresión del tío Rodrigo, que era diferente a la de todos los demás porque el tío Rodrigo gestionaba su expresión con los mismos

instrumentos con que gestionaba todo lo demás y esos instrumentos eran más eficientes que los de la mayoría.

Cuatro segundos. Luego:

—Sí —dijo el tío.— Creo que lo sabe.

Comieron en el comedor porque el jardín en el doce de diciembre era el jardín del frío sin nieve que era el frío más difícil de sostener durante el tiempo de una comida. Frau Bergmann había puesto la mesa para tres, que era la señal de que Frau Bergmann había visto llegar al tío y había calculado que los tres iban a comer juntos, que era el cálculo que Frau Bergmann hacía con la consistencia de alguien que lleva treinta y un años en un palacio aprendiendo cuándo son dos comensales y cuándo son tres y cuándo son cuatro con Stefan al final del corredor.

El tío se fue a las dos y cuarto con el sombrero de fieltro en la cabeza y el maletín ausente que ya no era ausencia sino el estado natural del tío en las visitas que no requerían el instrumento porque el instrumento era para otra función y el doce de diciembre la función era esta.

Elsa llegó a las cuatro.

Con la carpeta roja en la mano y sin los cuadernos verde y clínico, que era la configuración que Valentina no había visto todavía: Elsa en la biblioteca sin los cuadernos de trabajo.

Se sentó en su silla junto a la mesa pequeña. Puso la carpeta roja sobre el cuaderno negro lleno, en el mismo espacio donde habían coexistido en los últimos días.

—Está lista —dijo.

—¿La carpeta?

—Lo que la carpeta contiene. —Elsa abrió la carpeta roja. Dentro, las hojas con la letra apretada de zurda que Valentina había visto el martes.— El registro del proceso de Inés desde fuera. El vocabulario de la observación externa para quien venga después del proceso de Valentina y necesite ese vocabulario. —Una pausa.— No es el libro todavía: es el primer borrador del libro. El libro necesitará el tiempo que necesite.

—¿Cuándo supiste que ibas a escribirlo?

Elsa la miró con la atención del diagnóstico que se da cuando la pregunta es más precisa de lo que quien la hace parece saber.

—La primera vez que entré a la biblioteca y percibí la presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones. —Una pausa.— Antes de tener el vocabulario para nombrarlo. El cuerpo lo sabía: había algo en ese espacio que requería el registro que yo podía hacer porque era el registro que nadie más en ese palacio podía hacer de la misma manera. —Otra pausa.— Voss lo vive desde dentro. Tú lo vives desde dentro. Stefan lo vive desde su propio proceso. Yo soy la única que lo ha observado sin vivirlo.

—Elsa Richter, Doctora en Medicina —dijo Valentina.

—Elsa Richter, Doctora en Medicina —confirmó Elsa, con el tono de quien lleva dos semanas aprendiendo que el nombre es el nombre y que el nombre puesto en el instrumento correcto dice lo que tiene que decir.

Elsa se fue a las seis con la carpeta roja.

—¿Cuándo estará el libro? —preguntó Valentina, desde el umbral de la biblioteca.

—Cuando esté —dijo Elsa.— No antes.

Era también la respuesta correcta.

La tarde en la biblioteca. El Kachelofen con la llama azul de las noches de diciembre. El cuaderno negro lleno y cerrado sobre la mesa pequeña. El cuaderno nuevo en el papel de estraza en la silla, todavía cerrado. La presencia de Inés en el espacio entre los dos sillones con el estado sin vector que llevaba nueve días siendo el estado ordinario, y en el Ringstrasse y en la Praterstrasse y en la escalera del edificio del tío con la raíz verbal sin conjugar del idioma que ya no existe: el estado desde el que hacer y ser son la misma posibilidad todavía sin elegir.

Voss cerró el cuaderno de cuentas de diciembre.

Fue al sillón de enfrente, que era el movimiento del espacio entre los dos en la tarde sin visitas y sin notas y sin el peso del trato porque el trato había terminado y lo que quedaba era el espacio entre los dos sillones sin el peso del trato que lo había hecho posible y que ahora que lo había producido ya no hacía falta.

—El libro de Inés —dijo Valentina.

—Sí.

—Lo escribió en el cuarto año porque era el momento de distancia correcta. No el primero, que era demasiado cerca. No el décimo, que habría tenido demasiada perspectiva.

—Sí.

—¿Cuándo es el cuarto año del proceso de Valentina?

Fue la pregunta más larga del doce de diciembre y también la más breve, que era la paradoja de las preguntas que contienen exactamente lo que necesitan contener sin que ninguna palabra sobre.

Voss la miró desde el sillón de enfrente con la variación de expresión que en los últimos días Valentina había aprendido a distinguir de todas las demás: no el reconocimiento de un argumento sino el estado anterior al reconocimiento, cuando el argumento todavía está llegando y la expresión ya lo ha recibido antes de que la mente lo procese.

—En cuatro años —dijo.

—En cuatro años —dijo Valentina.

Era el acuerdo más largo del doce de diciembre y también el más breve. El cuarto año del proceso de Valentina era el año que el tiempo del proceso daría cuando el tiempo del proceso lo diera, que era también el único tipo de plazo que el proceso tenía: el plazo del tiempo que se da cuando el tiempo ya no es escaso.

Valentina tomó el cuaderno nuevo del papel de estraza.

El cuero negro, nuevo, sin el uso de las manos en el lomo que el cuaderno viejo tenía después de cuarenta y dos días de biblioteca y corredor y Praterstrasse y Josefstadt y el Sperl y la Wollzeile y el Innenhof con la niebla de diciembre. El cuero nuevo tenía el olor del cuero sin historia: el olor de lo que todavía no ha sido llevado en ningún bolsillo ni abierto en ninguna mesa en ninguna ciudad.

Lo abrió en la primera página.

La página en blanco. Cuarenta y ocho páginas sin escribir, sin la sangría de primer párrafo ni la letra apretada de octubre ni la letra entera de los hechos definitivos de noviembre. El cuaderno nuevo era el estado inicial del cuaderno, la raíz verbal sin conjugar del registro: todavía no el libro que iba a ser, todavía no el mapa para

quien viniera después con la marca de la muñeca y la necesidad del vocabulario.

Pero ya el cuaderno. Ya la primera página. Ya la pluma en la mano.

La marca de la muñeca izquierda pulsó tres veces.

El saludo de las cosas establecidas.

Valentina miró el espacio entre los dos sillones donde la presencia de Inés existía con el estado sin vector, en el estado desde el que hacer y ser eran la misma posibilidad. El cuaderno negro de Inés había estado en la Praterstrasse antes de que el libro existiera: el mismo tipo de cuaderno, comprado en otra ciudad con la misma incertidumbre sobre el tipo de registro que iba a necesitar. El cuaderno negro de Valentina había estado en el Ringstrasse y en la Praterstrasse y en la Josefstadt y en la escalera del edificio del tío, con la misma pluma con que ahora estaba sobre la primera página del cuaderno nuevo.

El proceso los conocía a los dos.

La temperatura de la marca de la muñeca era la temperatura correcta, que era la temperatura que había sido incorrecta hasta que el umbral la hizo correcta y que desde entonces era simplemente la temperatura de esa muñeca, sin calificativo, sin el adjetivo de la corrección porque las cosas que ya son lo que son no necesitan que se las describa como tales.

Voss en el sillón de enfrente con las manos sobre los muslos y la vista en el cuaderno nuevo abierto en la primera página en blanco, que era también la vista en Valentina con el cuaderno nuevo en las manos porque en el sillón de enfrente de la biblioteca del Palais Voss ver el cuaderno y ver a quien lo sostenía era la misma cosa.

El jardín por la ventana con la luz del norte y la fuente de piedra con la sombra del invierno en el lateral derecho y las manos abiertas que daban y recibían al mismo tiempo, que era el gesto de los días de sol y de los días de niebla y de los días de lluvia y de los días de nieve que todavía no habían llegado y que llegarían con el mes de diciembre que todavía tenía diecinueve días antes de terminar.

Diecinueve días. Después, enero. Después del enero, el año que venía con todos sus meses en blanco como las cuarenta y ocho

páginas del cuaderno nuevo.

El tiempo que el proceso daba no era escaso.

Valentina puso la pluma en la primera página del cuaderno nuevo y escribió con la letra entera de los hechos que ya tienen forma, que era la letra de las entradas que el tiempo amplificaba en lugar de reducir, que era también la letra del libro que tardaría cuatro años en estar listo pero que en el doce de diciembre de 1887 tenía ya la primera línea que el libro necesitaba para saber qué clase de libro iba a ser:

El proceso que el libro de Inés describe empieza donde ese libro termina.